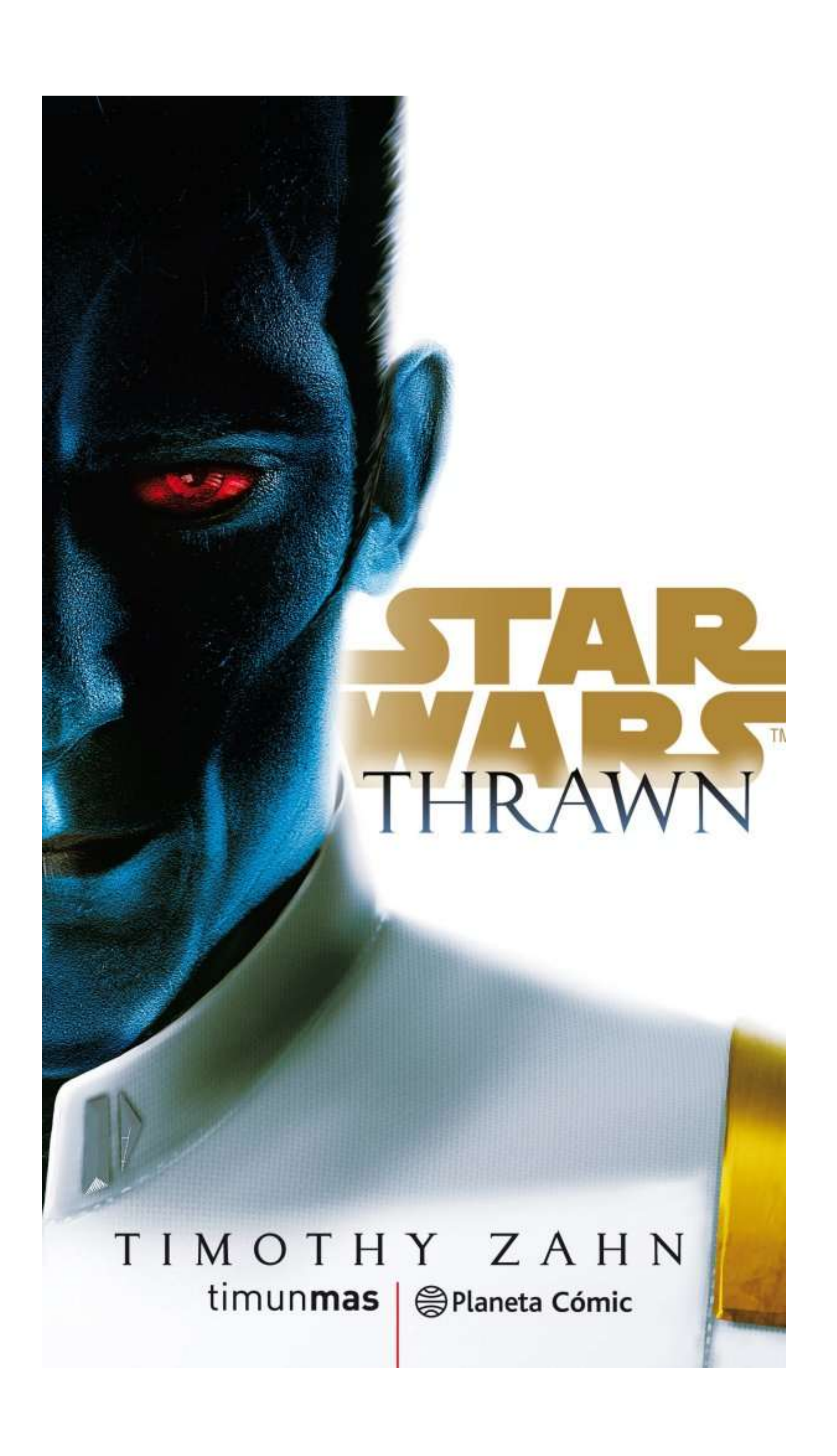

STAR WARS™
THRAWN
TIMOTHY ZAHN
timunmas
Planeta Cómic

«En el universo hay cosas que son un mal puro y simple. El guerrero no intenta entenderlas, ni aceptarlas. Solo busca acabar con ellas.»

—GRAN ALMIRANTE THRAWN

Timothy Zahn nos relata los aciagos sucesos que propulsaron al maestro de tez azul y ojos rojos hasta los círculos más elevados del poder… y la infamia



Thrawn

Timothy Zahn



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

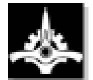
Título original: *Star Wars: Thrawn*

Autor: Timothy Zahn

Traducción: Albert Agut Iglesias

Arte de portada: Two Dots

Publicación del original: abril 2017

 13 años antes de la batalla de Yavin

Aporte: cnmcleod

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

02.04.20

Base LSW v2.22

Declaración

El gran almirante Thrawn, uno de los guerreros más astutos y despiadados en la historia del Imperio Galáctico, es también uno de los personajes más cautivadores del universo de *Star Wars*. Desde su introducción en el clásico *Heredero del Imperio*, del autor superventas Timothy Zahn, hasta sus aventuras en *El resurgir de la Fuerza Oscura*, *La última orden* y demás, el gran almirante Thrawn se ha ganado un estatus de icono entre los mayores villanos de *Star Wars*. Pero los orígenes de Thrawn y la historia de su ascenso en las filas imperiales siguen siendo un misterio. Ahora, en *Star Wars: Thrawn*, Timothy Zahn nos relata los aciagos sucesos que propulsaron al maestro en estrategia militar y guerra letal de tez azul y ojos rojos hasta los círculos más elevados del poder… y de la infamia.

Después de que Thrawn sea rescatado del exilio por soldados imperiales, su ingenio letal y sus grandes habilidades tácticas llaman la atención del Emperador Palpatine. Y, con la misma rapidez, Thrawn demuestra ser tan indispensable para el Imperio como ambicioso; tan abnegado como el más leal de sus servidores, Darth Vader; y un guerrero brillante al que jamás hay que subestimar. Sus misiones para acabar con contrabandistas, desenmascarar espías y derrotar a piratas se cuentan por triunfos… aunque sus métodos radicales enfurezcan a sus superiores, al mismo tiempo que despiertan aún mayor admiración en el Imperio. Mientras los ascensos se suceden en su rápida promoción al poder, entrena a su ayudante de confianza, el alférez Eli Vanto, en el arte del combate y el liderazgo y los secretos para alcanzar la victoria. Pero aunque Thrawn domina el campo de batalla, le queda mucho por aprender de la arena política, donde la despiadada administradora Arihnda Pryce tiene potencial para convertirse en una potente aliada o una enemiga brutal.

Todas esas lecciones se pondrán a prueba definitivamente cuando Thrawn ascienda a almirante y deba emplear todo el conocimiento, instinto y fuerza de combate de que dispone ante una sublevación insurgente que amenaza no solo vidas inocentes sino también al yugo del Imperio sobre la galaxia… y sus propios y minuciosos planes para una futura supremacía.

www.planetacomic.com
www.starwars.com

Dedicado a todos aquellos que querían más historias del gran almirante Thrawn.
Y a todas las personas de Lucasfilm y Del Rey que han hecho esto posible…
Gracias.

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…

CAPÍTULO I

Todos los seres inician su vida con esperanzas y ambiciones. Entre esas ambiciones está el deseo de que exista un camino directo hacia sus objetivos.

No suele suceder. Prácticamente nunca.

A veces uno se desvía por propia voluntad, a medida que sus ideas y metas van cambiando con el tiempo. Aunque normalmente son fuerzas externas las que fuerzan esos desvíos.

Así fue en mi caso. El recuerdo se mantiene vivido, sin corromperse por el tiempo: los cinco almirantes levantándose de sus asientos cuando entro escoltado en la sala. La decisión de la Ascendencia es firme y están aquí para comunicarla. A ninguno de ellos les gusta la decisión. Puedo notarlo en sus caras. Pero son oficiales y servidores de los chissy acatarán sus órdenes. Por mero protocolo.

La palabra es justo la que esperaba.

Exilio.

Ya hay planeta elegido. Los aristocra prepararán todo el material necesario para garantizar que mi soledad no desemboque rápidamente en muerte por culpa de los depredadores o los elementos.

Me sacan de allí. Un nuevo desvío en mi camino.

No sé dónde me llevará.

Era una cabaña pequeña, aparentemente construida con materiales de la zona, situada en el centro del claro del bosque. Estaba rodeada por ocho cajas rectangulares altas con distintivos de dos tipos.

—¿Así que me ha hecho —dijo el capitán Voss Parck— bajar del *Golpe Relámpago* para enseñarme esto?

—Sí, capitán —dijo el coronel Mosh Barris, amargamente—. Creo que podemos tener un problema. ¿Ve esos garabatos?

—Claro —dijo Parck—. Es alfabeto bogolan, ¿verdad?

—Es alfabeto bogolan, pero no es bogolanés —dijo Barris—. Los droides traductores son incapaces de descifrarlo. Y los dos generadores eléctricos que hay detrás de la cabaña no corresponden a ningún diseño imperial.

A un lado estaba Eli Vanto, cadete de primera clase, que intentaba pasar desapercibido mientras observaba como su capitán y el comandante de las tropas del *Golpe Relámpago* comentaban el misterioso asentamiento encontrado en aquel mundo sin nombre.

Y también se preguntaba qué hacía allí.

Ningún otro de los diez cadetes de la academia Myomar habían bajado en la lanzadera de Parck. Eli no tenía mucha experiencia con artefactos ni tecnología desconocida. Aunque tampoco la necesitaba porque iba camino de convertirse en oficial de suministros. No entendía por qué lo habían elegido para aquello.

—¿Cadete Vanto? —dijo Barris.

Eli apartó su mente de aquellas elucubraciones.

—¿Sí, coronel?

—Los droides dijeron que hay una media docena de idiomas que emplean el alfabeto bogolan. Usted es experto en lenguas locales poco conocidas —Señaló las cajas—. ¿Qué me dice de eso?

Eli se acercó, estremeciéndose levemente. Por *eso* estaba allí. Había crecido en el planeta Lysatra, en una parte del Espacio Salvaje contigua a las conocidas como Regiones Desconocidas. La empresa de transportes de su familia operaba principalmente en su planeta natal y sus alrededores, pero hacían los suficientes negocios en las Regiones Desconocidas para que Eli hubiera llegado a dominar diversos de los idiomas comerciales de la zona.

Aunque eso no lo convertía, ni mucho menos, en un experto.

—Podría tratarse de una variante del sy bisti, señor —dijo—. Algunas de las palabras me resultan familiares y la sintaxis es correcta. Pero no es el estándar.

Barris resopló.

—Me cuesta imaginar un *estándar* para un idioma tan complicado que ni los droides son capaces de descifrarlo.

Eli se mordió la lengua. El sy bisti era un idioma perfectamente definido y sumamente práctico. Lo complicado era el pueblo que lo hablaba y los mundos que este habitaba.

—¿Dice que puede leerlo? —le espetó Parck.

—Sí, señor —dijo Eli—. Parece ser información sobre la ubicación y el nombre de la empresa que suministró el material. También incluye un fragmento que proclama la grandeza y honorabilidad de la empresa.

—¿Qué? ¿Graban anuncios en las cajas de envío? —preguntó Barris.

—Sí, señor. Por aquí lo hacen muchos pequeños negocios.

—Supongo que no reconoce el nombre de la empresa —le dijo Parck.

—No, señor. Creo que es Bype Rojo o Bype Rojos. El nombre del dueño, seguramente.

Parck asintió.

—Buscaremos en nuestros archivos. ¿Y ese otro texto?

—Lo siento, señor —dijo Eli—. No lo había visto nunca.

—Genial —masculló Barris—. Tanto si es una base de contrabandistas o un campamento de supervivencia tras un naufragio, está bajo el protocolo AD.

Eli se estremeció. El protocolo «alienígenas desconocidos» eran un vestigio de los días de esplendor de la República, cuando descubrían una especie nueva cada semana y el

Senado quería que todas ellas fueran contactadas y estudiadas. La Marina Imperial moderna ya no se dedicaba a aquellas cosas, no tenía el menor interés, y el Alto Mando lo había dejado muy claro en repetidas ocasiones.

En la academia corrían rumores de que el Emperador Palpatine estaba trabajando para poner fin a aquellos protocolos. Pero, por el momento, seguían vigentes y había muchos senadores que los respaldaban.

Lo que supondría un obstáculo para la agenda del *Golpe Relámpago*. Sus oficiales y tripulantes no se sentían precisamente entusiasmados con la idea de tener un puñado de cadetes allí y Eli notaba que estaban deseando dejarlos otra vez en Myomar. Aquel hallazgo retrasaría la feliz despedida al menos un par de días más.

—Coincido con usted —dijo Parck—. Muy bien. Que sus tropas se instalen mientras ordeno que manden un equipo de análisis. Manténgase alerta, por si vuelven los contrabandistas o náufragos.

—Sí, señor —el comunicador de Barris emitió un pitido y lo sacó—. Barris al habla.

—Al habla el mayor Wyan desde el lugar del accidente, coronel —dijo una voz tensa—. Disculpe la interrupción, pero creo que debería venir a ver esto.

Eli frunció el ceño. No había oído nada de ningún accidente.

—¿Ha habido un accidente, señor? —preguntó.

—Un Ala-V se ha estrellado —dijo Parck, señalando con la cabeza hacia unas luces lejanas que parpadeaban entre la bruma que se colaba por los árboles.

Eli asintió en silencio. Ya había visto aquellas luces, pero había creído que formaban parte del equipo de exploración de Barris.

—Ahora mismo voy —dijo Barris—. Con su permiso, capitán.

—Vaya —dijo Parck—. Me quedaré aquí con el cadete Vanto, a ver qué más puede decirnos de lo que hay escrito en esas cajas.

Eli las había repasado prácticamente todas cuando Barris y un soldado de la marina con uniforme y casco negros regresaron con el traje de un piloto de Ala-V.

Un traje de piloto relleno de hierba, hojas y bayas de aroma extraño.

—¿Qué es *eso*? —preguntó Parck.

—Lo hemos encontrado cerca del lugar del accidente —dijo Barris mientras dejaban el traje en el suelo, frente al capitán—. El cadáver ha desaparecido. Solo queda… esto… —señaló el traje.

—Un espantapájaros —murmuró Eli.

Parck lo miró fijamente.

—¿Es algo típico entre su gente?

—Algunos granjeros siguen usando espantapájaros para alejar las aves de sus cosechas —dijo Eli, notando que se sonrojaba. Parck estaba dejando aflorar sus prejuicios de los Mundos del Núcleo—. También se usan en fiestas y desfiles.

Parck miró a Barris.

—¿Han buscado al piloto?

—Aún no, señor —dijo Barris—. He ordenado instalar un perímetro de seguridad alrededor del asentamiento y me encargaré de que envíen otro pelotón.

—Bien —dijo Parck—. Cuando lleguen, extienda la búsqueda. Quiero que encuentren ese cadáver.

—Sí, señor —dijo Barris—. Aunque quizá sería mejor que esperásemos a mañana.

—¿Sus soldados tienen miedo a la oscuridad?

—No, señor —dijo Barris, fríamente—. Pero también hemos encontrado el kit de supervivencia del Ala-V. Faltan el bláster, las celdas de energía de repuesto y las granadas de conmoción.

Parck torció los labios.

—Primitivos armados. Genial. Muy bien. Sigan buscando hasta el anochecer y después déjenlo hasta mañana.

—Podemos continuar toda la noche, si lo desea.

Parck negó con la cabeza.

—Ya es bastante complicado orientarse a oscuras por un terreno desconocido. He visto muchas patrullas nocturnas que se han perdido y han terminado atacándose unas a otras. Y esta bruma que está formándose lo empeora todo. Mantendremos la vigilancia aérea, pero es preferible que sus tropas acampen hasta el amanecer.

—Sí, señor —dijo Barris—. Puede que los que se han llevado las granadas sean lo bastante considerados para volarse en pedazos antes de dar con nosotros.

—Quizá —Parck levantó la vista hacia el cielo crepuscular—. Yo me vuelvo a la nave a organizar un patrón de apoyo más amplio para los cazas estelares —bajó la vista hacia Eli—. Cadete, usted se quedará aquí con el equipo del coronel Barris. Explore el asentamiento en busca de más inscripciones. Cuanto antes averigüemos todo lo que sea posible, antes podremos marcharnos.

. . .

Ya había oscurecido prácticamente del todo cuando los hombres de Barris terminaron de establecer el perímetro. El equipo técnico había instalado una mesa de análisis bajo un dosel transparente donde podían estudiar la hierba y las hojas que extraían del traje de piloto. Se habían puesto manos a la obra cuando el mayor Wyan y su equipo de exploración regresaron del bosque con las manos vacías.

No habían encontrado el cuerpo del piloto del Ala-V. Al menos tampoco había indicios de heridos ni muertos entre su equipo. Ante unos primitivos provistos de granadas y un bláster o un náufrago de especie desconocida, a Eli le parecía que no podían quejarse.

—¿Eso es todo lo que había dentro del traje de piloto? —preguntó Wyan mientras se acercaba a Barris, que observaba a los dos técnicos que iban examinando el relleno del espantapájaros.

—Sí —dijo Barris. La brisa cambió de dirección fugazmente y Eli volvió a notar el extraño aroma que había percibido antes. Probablemente de alguna de las bayas que los técnicos habían aplastado para su análisis—. Por ahora todo parece flora local. Puede que fuese una especie de ritual religioso…

Y, sin previo aviso, hubo un estallido de luz y el estruendo de una explosión resonó a su espalda.

—¡A cubierto! —gritó Barris, dándose la vuelta y postrándose sobre una rodilla, mientras desenfundaba su bláster. Eli se tiró al suelo, tras una de las cajas grandes, y se asomó con cautela por el borde. A medio camino del límite del claro había una franja de hierba que humeaba por la explosión; detrás de esta, los soldados de la marina corrían hacia el punto más cercano del perímetro de seguridad, con los blásters desenfundados y a punto. Alguien encendió un foco y su luz inundó el bosque e iluminó la bruma que flotaba entre los árboles. Eli siguió el haz de luz con la mirada, intentando atisbar al enemigo que les atacaba…

Y vio a Barris cayendo de bruces al suelo tras una segunda explosión.

—¡Coronel! —gritó Wyan.

—Estoy bien —le contestó Barris. Tras él, la hierba y hojas de la mesa de análisis ardían intensamente, con la mesa medio inclinada por la explosión. Al otro lado, los dos técnicos se pusieron a cuatro patas con aire vacilante. Eli maldijo entre dientes y siguió estirado en el suelo, preparándose para la inevitable tercera explosión.

Pero lo inevitable no se produjo. Uno por uno, oyó que los soldados del perímetro que respondían a Barris confirmaban que sus defensas eran seguras. Wyan exploró los primeros veinte metros de bosque tras el claro y anunció que los atacantes desconocidos habían huido.

Parecía que nadie había visto nada desde el principio y eso no le resultó muy reconfortante a Eli.

Las explosiones eran igual de misteriosas.

—Es evidente que no se trataba de granadas de conmoción —dijo Wyan—. No eran lo bastante potentes. Creemos que eran celdas de energía de bláster a las que habían retirado las clavijas sturm.

—No parece algo que se le pueda ocurrir a un «salvaje» —dijo Eli, frunciendo el ceño.

—Muy observador, cadete —dijo Wyan, con sarcasmo—. El coronel Barris cree que nuestro náufrago ha regresado —señaló la cabaña—. No lo he mandado llamar para que opine sobre nuestra situación táctica. Lo he convocado para saber si ha encontrado algo en la cabaña o las cajas de almacenaje que nos dé alguna pista sobre su apariencia o nivel de pericia técnica.

—En realidad no, señor —dijo Eli—. Por la forma de la cama y el diseño de los utensilios de cocina, probablemente es humanoide. Pero nada más.

—¿Y los generadores eléctricos? Debe poseer cierta pericia técnica para hacerlos funcionar, ¿verdad?

—No necesariamente —dijo Eli—. Están muy automatizados.

Wyan miró hacia la penumbra nocturna con las cejas fruncidas.

—Entonces, ¿a qué ha venido el ataque? —masculló entre dientes—. ¿Y por qué tan leve? Si es lo bastante listo para entender el funcionamiento de las clavijas sturm, también debe ser capaz de lanzar granadas.

—Quizá intenta ahuyentarnos sin destruir su hogar —comentó Eli.

Wyan lo miró fijamente, preparándose quizá para repetir la advertencia de no opinar de materias de tipo militar. Pero no lo hizo. Quizá había recordado que Eli conocía aquella zona insignificante de la galaxia.

—¿Y cómo ha entrado en el campamento?

Eli oyó un ruidito cerca de sus pies y se asustó, pero solo era una pequeña criatura de tierra escabullándose entre la hierba.

—Quizá lanzó las celdas de energía con una catapulta o algo así.

Wyan arqueó las cejas.

—¿A través del toldo?

Eli se estremeció al mirar la hierba quemada y humeante. No, por supuesto que no; si hubieran arrojado un explosivo este habría rebotado contra el toldo y jamás habría llegado hasta la mesa. Era una estupidez.

—No creo, señor.

—No creo, señor —repitió Wyan, con sarcasmo—. Gracias, cadete. Vuelva a su trabajo y esta vez encuentre algo que nos resulte útil.

—Sí, señor.

—¿Mayor? —gritó Barris, cruzando el claro.

—¿Señor? —dijo Wyan, volviéndose hacia él.

—El capitán envía unos cuantos Ala-V para que hagan un peinado exhaustivo —dijo el coronel—. Entretanto, tome un escuadrón y coloque unos cuantos focos en el perímetro. Quiero los límites del bosque iluminados como un módulo de encendido. Después estreche la pantalla sensora del hemisferio. No quiero que se cuelen más explosivos sin que lo sepamos.

La respuesta de Wyan se perdió bajo el repentino estruendo de un par de Ala-V que pasaron disparados por encima de los árboles.

—¿Qué? —preguntó Barris.

—Le estaba recordando al coronel que hay un montón de pájaros volando por ahí —repitió Wyan—. Y animalillos terrestres, también… Casi me doblo el tobillo al pisar a uno, hace un minuto. Si estrechamos demasiado la pantalla sensora, las alarmas se pasarán toda la noche saltando.

—Bien… olviden eso —dijo Barris—. Solo instalen las luces…

Y, de repente, justo enfrente, los árboles más cercanos se vieron perfilados por una bola de fuego que estalló en la lejanía.

—¿Pero qué…? —bramó Wyan.

—¡Se ha estrellado un Ala-V! —dijo Barris, activando su comunicador—. Equipo de rescate acuda al transporte. ¡De inmediato!

. . .

Al menos esta vez no se habían llevado el cadáver del piloto. Por desgracia, el bláster, las celdas de energía y las granadas de conmoción sí.

Y corrían rumores y especulaciones.

Eli se mantenía al margen de las charlas discretas, atareado como estaba en la cabaña del náufrago. Pero, de vez en cuando, se acercaba alguno de los técnicos para recoger alguna otra cosa para analizar. Por lo general, tenían muchas ganas de hablar, de expresar sus propias opiniones y fingir que no tenían ningún miedo.

Aunque lo tenían.

Y Eli también. Los focos que brillaban al borde del bosque habían evitado más ataques, pero las masas de insectos y aves nocturnas que atraía la luz resultaban prácticamente igual de inquietantes. Los Ala-V que volaban sobre sus cabezas creaban una ilusión de seguridad y protección, pero Eli se ponía tenso cada vez que pasaba uno, preguntándose si sería el siguiente en caer abatido.

Y, por encima de todo, estaba el *por qué*.

¿*Por qué* estaba sucediendo aquello? ¿Alguien intentaba ahuyentar a los imperiales? ¿O el atacante intentaba atraparlos o rodearlos? ¿O, peor aún, se trataba de algún juego macabro?

¿Y el traje de piloto relleno de hierba era una distracción, un señuelo, o solo otro ritual de los nativos?

Para eso, al menos, tuvo respuesta. Hacia medianoche, tras una consulta por comunicador con el capitán Parck, Barris ordenó que examinasen minuciosamente el traje del piloto.

Y descubrieron que había desaparecido el comunicador del casco.

—Víboras astutas —gruñó Barris, cuando Eli se aproximó a él—. ¿Y qué hay de ese?

—El comunicador sigue aquí —confirmó Wyan, mirando el interior del casco del segundo piloto abatido—. No deben haber tenido tiempo de sacarlo.

—O no se han molestado en hacerlo —dijo Barris.

—¿Porque ya pueden espiar nuestras comunicaciones?

—Exacto —dijo Barris—. Bueno, eso se va a acabar. Llame a la *Golpe Relámpago* y de órdenes de cerrar ese canal.

—Sí, señor.

Barris desvió la vista hacia Eli.

—¿Tiene algo que añadir, cadete? ¿O solo estaba espiándonos?

—Sí, señor —dijo Eli—. Es decir… no, señor. Quería informarle de que he encontrado un par de monedas entre la capa interior y exterior de una de las cajas datada

del inicio de las Guerras Clon. Parece que nuestro náufrago lleva aquí desde entonces, como mínimo…

—Espere —dijo Barris—. ¿*Monedas*?

—Muchos transportistas de la zona colocan monedas de escaso valor recién acuñadas en sus cajas —explicó Eli—. Es una especie de amuleto, además de una formas de asegurarse que no se alteran las fechas del manifiesto. Las quitan para colocar otras nuevas cada vez que una caja vuelve a su posesión.

—Y si el náufrago tiene cajas nuevas, significa que lleva varios años aquí —dijo Wyan, pensativamente—. Eso explicaría algunos de sus comportamientos.

—No opino lo mismo —dijo Barris—. Si lo que quiere es que alguien lo lleve de vuelta a la civilización, ¿por qué no sale del bosque y nos lo pide directamente?

—Quizá estaba huyendo de algo cuando se estrelló —sugirió Wyan—. O quizá vino aquí por propia voluntad y solo quiere que nos marchemos.

—En ese caso, se llevará una gran decepción —dijo Barris—. Muy bien, cadete, siga buscando. ¿Quiere que le asigne a un técnico para que lo asista?

—No hay mucho espacio, señor. Lo más probable es que nos molestásemos.

—Pues vuelva al trabajo —dijo Barris—. Antes o después, nuestro amigo volverá a probar suerte y, cuando lo haga, estaremos preparados.

Aquella noche sufrieron cinco bajas entre los soldados del perímetro de seguridad. Tres de ellos fueron eliminados por enemigos desconocidos, con el pecho o el casco reventados por granadas de conmoción. Nadie había visto nada, ni antes ni después de los ataques. Las otras dos bajas habían recibido disparos accidentales de sus propios y desquiciados compañeros, que los habían tomado por intrusos debido a la bruma y la oscuridad.

Cuando el amanecer empezaba a iluminar el cielo, Barris volvió a comunicarse con la *Golpe Relámpago*. Cuando el sol terminó de levantar la bruma nocturna, habían llegado dos escuadrones de soldados de asalto. Hablaron con Barris y se adentraron con decisión en el bosque, con los rifles bláster preparados y cruzados ante el pecho.

Eli dudaba que fueran a tener más suerte en la búsqueda del misterioso atacante que las tropas de Barris, pero debía reconocer que la presencia de aquellos guerreros de armadura blanca había supuesto un buen incremento de la moral.

Estaba desmontando la última caja, en busca de más monedas, cuando oyó un suave pero penetrante chirrido proveniente del exterior de la cabaña, seguido de gritos y maldiciones instantáneas.

¿Una alarma general? Sacó su comunicador y lo activó.

Y lo apagó al instante, alejándolo tanto como pudo, mientras el chirrido del exterior estallaba en sus oídos.

Alguien estaba interfiriendo sus comunicadores.

—¡Alerta roja! —oyó bramar a Barris, en la otra punta del claro—. ¡A todas las unidades, alerta roja! Mayor Wyan, ¿dónde está?

Eli rodeó la cabaña y estuvo a punto de tropezar con una soldado de la marina que iba hacia el perímetro. La chica estaba pálida bajo el pesado casco negro, con expresión sombría, y llevaba el uniforme cubierto de polvo. Eli divisó a Barris justo cuando Wyan llegaba junto a él.

—Todos los canales de comunicación están cortados, señor —dijo Wyan.

—Lo sé —gruñó Barris—. Ya he tenido suficiente. Tengo dieciocho soldados de asalto peinando el bosque, mande unos cuantos soldados de la marina a buscarlos. Nos retiramos.

—¿Nos *marchamos*, señor?

—¿Alguna objeción?

—No, señor. Pero ¿qué me dice de eso? —Wyan señaló la cabaña con el pulgar—. El protocolo nos obliga a analizarla.

Barris se la quedó mirando un par de segundos. Y su expresión se suavizó.

—Pero no nos obligan a analizarla *aquí* —dijo—. Nos la llevamos.

Wyan quedó boquiabierto.

—¿A la *Golpe Relámpago*?

—¿Por qué no? —dijo Barris, como si aún se lo estuviera pensando—. En el transporte hay espacio de sobra. Dígale a los técnicos que bajen los repulsores pesados y se pongan manos a la obra.

Wyan lanzó una mirada poco entusiasta al asentamiento.

—Sí, señor.

—Y que se den prisa —gritó Barris, mientras el mayor se marchaba apresuradamente—. El único motivo por el que interferiría con nuestros comunicadores es porque se prepara para lanzarnos un gran ataque.

Eli se apretó contra la cabaña para mirar los confines del bosque. No veía ningún enemigo acechando allí. Aunque nadie lo había visto aún.

Al cabo de tres minutos, un escuadrón de soldados y técnicos de expresión adusta llegó al campamento y empezó a colocar repulsores en los generadores y las cajas de almacenaje. Uno de los técnicos se quedó con Eli, mientras los demás empezaban a trasladar su botín al transporte. Ambos estudiaron el exterior de la cabaña, buscando dónde colocar los repulsores para conservar la estructura intacta.

Seguían debatiéndolo cuando el primer soldado de asalto regresó del bosque, respondiendo a la orden de Barris. Las interferencias de los comunicadores siguieron, mientras el resto de la tropa iba regresando al campamento y se iba colocando de cara al bosque, en formación defensiva, preparándose para el ataque que sabían que se avecinaba.

Pero el ataque no se produjo. La media hora estipulada por Barris concluyó con todo el campamento empaquetado a bordo del transporte y el grupo entero listo para marcharse.

Excepto por un pequeño inconveniente. Había desaparecido uno de los dieciocho soldados de asalto.

—¿Cómo que ha desaparecido? —preguntó Barris, en un tono de voz que resonó en todo el claro, mientras tres soldados de asalto regresaban a propósito hacia el bosque—. ¿Cómo puede *desaparecer* un soldado de asalto?

—No sé, señor —dijo Wyan, mirando alrededor—. Pero tiene razón. Será mejor que nos marchemos de aquí cuanto antes.

—Claro que tengo razón —dijo Barris—. Ya basta, mayor. Haga subir a los técnicos al transporte, seguidos de sus soldados en formación de retirada.

—¿Y los soldados de asalto? —preguntó Wyan.

—Tienen su propio transporte —dijo Barris—. Pueden quedarse y peinar el bosque todo lo que quieran. Nosotros nos vamos en cuanto estemos todos a bordo.

Eli no esperó ni un minuto más. La orden de Barris no lo mencionaba específicamente, pero era más técnico que soldado. Aparentemente. Se giró hacia el transporte.

Y se detuvo. Uno de los soldados de asalto hacía guardia junto a la escotilla, bien rígido y con el arma cruzada ante el pecho. Si se molestaba por la orden de Barris de abandonarlo junto a sus compañeros…

Sin previo aviso, el soldado de asalto desapareció abruptamente entre una violenta explosión.

Eli se lanzó inmediatamente al suelo.

—¡Alerta roja! —oyó que gritaba alguien, una voz distorsionada por el zumbido de sus oídos. Un puñado de soldados corrieron hacia el bosque, aunque Eli no sabía si realmente seguían algún rastro o solo confiaban en atrapar a su atacante por casualidad. Se volvió a mirar el transporte…

Y quedó sin respiración. El humo de la explosión se estaba levantando, revelando que la nave había sufrido daños leves. En su mayoría eran daños estéticos, nada que pudiera interferir con las operaciones de vuelo ni con la integridad del casco. La armadura del soldado de asalto, despojada de su blanco inmaculado, estaba esparcida a trozos alrededor del punto donde había estallado.

La armadura era lo único que quedaba del soldado. Su cuerpo se había volatilizado.

—No —Eli se oyó mascullar entre dientes. No era posible. Una explosión que ocasionaba tan pocos daños a la nave que había justo detrás no podía desintegrar un cuerpo de aquella forma. Sobre todo si no lo había hecho con la armadura que lo cubría de pies a cabeza.

Un movimiento hacia la izquierda le llamó la atención. Los tres soldados de asalto que habían ido a buscar a su compañero desaparecido salieron del bosque. Y lo habían encontrado.

O, al menos, todo lo que quedaba de él.

. . .

Eli esperaba que atacaran al carguero y el transporte de tropas en cuanto despegasen, pero no salió disparado tras ellos ningún misil, láser de pulsos ni granada. Poco después, para su alivio, estaban a salvo en el muelle del *Golpe Relámpago*.

El capitán Parck esperaba frente a la compuerta del transporte mientras los hombres salían.

—Coronel —dijo, saludando respetuosamente a Barris, cuando salió tras Eli—. No recuerdo haberle autorizado a abandonar su posición.

—No, señor, no lo ha hecho —dijo Barris y Eli pudo detectar claramente el hastío en su voz—. Pero yo era el comandante sobre el terreno y he hecho lo que he considerado mejor.

—Sí —murmuró Parck. Eli miró por encima de su hombro y vio que el capitán desviaba la vista de Barris al transporte—. Me dicen que ha subido el asentamiento alienígena con usted.

—Sí, señor —dijo Barris—. Todo lo que había, hasta el polvo. Los técnicos pueden ponerse a trabajar cuando lo desee.

—No hay prisa —dijo Parck—. Acompáñeme a mi despacho. Todos los demás deben darme parte de lo sucedido —se volvió para mirar la hilera de técnicos y soldados de la marina.

Y se detuvo en Eli.

Este giró la cabeza rápidamente. Escuchar a hurtadillas a los oficiales era de muy mala educación. Esperaba que Parck no se hubiera dado cuenta.

Por desgracia, se había dado cuenta.

—¿Cadete Vanto?

Eli se preparó para lo peor y se dio la vuelta.

—¿Sí, señor?

—Usted también se viene con nosotros —dijo Parck—. Vamos —Y salieron del muelle, tras Parck.

Pero, para sorpresa de Eli, no fueron al despacho del capitán. De hecho, Parck los subió hasta la torre de control del muelle, cuyas luces estaban atenuadas por alguna razón.

—¿Señor? —dijo Barris, mientras Parck iba hacia la ventana.

—Es un experimento, coronel —Parck hizo un gesto al hombre del tablero de control—. ¿Ya están todos fuera? Bien. Baje las luces del muelle.

Barris se colocó junto a Parck, mientras las luces al otro lado de la ventana de observación se reducían a niveles nocturnos. Con cautela, intentando pasar tan desapercibido como pudiera, pero sin perderse nada, Eli se colocó detrás de Parck. El transporte y el carguero de tropas estaban justo debajo y eran bien visibles. Tras estos, al otro extremo del muelle, había tres lanzaderas clase Zeta y una nave correo Heraldo.

—¿Qué tipo de experimento? —preguntó Barris.

—Se trata de poner a prueba una teoría —dijo Parck—. Coronel, cadete, pónganse cómodos, es posible que pasemos un buen rato aquí.

Llevaban casi dos horas allí dentro cuando una figura sombría y humanoide bajó sigilosamente del transporte. En absoluto silencio, cruzó el muelle oscurecido hasta las otras naves, aprovechando los pocos escondrijos que había por el camino.

—¿Quién es *ese*? —preguntó Barris, acercándose al panel de transpariacero.

—Si no me equivoco, es el origen de todos sus problemas en la superficie —dijo Parck, con evidente satisfacción—. Creo que es el náufrago de la cabaña que allanaron.

Eli se estremeció y frunció el ceño. ¿Un hombre? ¿*Un* hombre?

Barris tampoco parecía creerlo.

—No puede ser, señor —objetó—. Esos ataques no pudieron ser obra de una sola persona. Tuvo que contar con *alguna* ayuda.

—Esperaremos a ver si hay alguien más —dijo Parck.

No apareció nadie. La figura sombría llegó hasta las otras naves y se detuvo un momento, como si pensase. Después, fue lentamente hasta la puerta de la lanzadera Zeta del centro y entró.

—Parece que va solo —dijo Parck, sacando su comunicador—. Está en el Zeta de en medio. Armas en modo aturdidor. Lo quiero vivo.

Después de todos los problemas que el náufrago había generado en la superficie planetaria, Eli esperaba que opusiera una resistencia feroz a sus captores. Para su sorpresa, se rindió ante los soldados de asalto sin ninguna oposición.

Puede que lo pillasen desprevenido. Pero lo más probable era que supiera cuándo era inútil resistirse.

Al menos, Eli ya entendía por qué Parck lo quería allí. Las cajas de material del prisionero estaban etiquetadas en una variante de sy bisti. Si el prisionero hablaba ese idioma, y si aquel era el *único* idioma que hablaba, los imperiales iban a necesitar un intérprete.

Los soldados que habían detenido al prisionero estaban a medio camino de la compuerta en la que esperaban Parck, Barris, Eli y su escolta de soldados de asalto cuando las luces del muelle se volvieron a encender.

El preso, como ya había notado Eli, tenía forma y dimensiones humanas. Pero ahí terminaba todo su parecido con un humano. Tenía la piel azul, los ojos de un rojo intenso y un cabello reluciente de un color azul negruzco.

Eli se puso tenso. En su planeta, Lysatra, existían mitos sobre unos seres iguales que aquel. Unos guerreros orgullosos y letales que en las leyendas eran conocidos como chiss.

Con esfuerzo, apartó la mirada de aquella cara y la mente de los viejos mitos de su planeta. El prisionero iba vestido con lo que parecían pieles y cuero zurcidos de los animales del bosque en que vivía. Incluso rodeado por un rectángulo de soldados de asalto armados, emanaba una confianza casi regia.

Confianza. Aquello también aparecía en sus leyendas.

Los soldados de asalto lo hicieron detenerse a unos metros de Parck.

—Bienvenido al destructor estelar de clase Venator *Golpe Relámpago* —dijo el capitán—. ¿Habla básico?

El alienígena pareció dedicar un instante a examinarlo.

—¿O prefiere el sy bisti? —añadió Eli, en ese idioma.

Barris lo miró mal y Eli se encogió. Otra estupidez. Debería haber esperado órdenes. El prisionero también lo miraba, aunque su expresión parecía más pensativa que irritada.

El capitán Parck, por su parte, solo tenía ojos para su prisionero.

—Me imagino que le ha preguntado si habla sy bisti, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Eli—. Perdone, capitán. Me pareció que… las leyendas dicen que los chiss hablaban el sy bisti en…

—¿Los *qué*?

—Los chiss —dijo Eli, notando que se sonrojaba—. Son una… bueno, siempre se han considerado un mito en el Espacio Salvaje.

—Vaya —dijo Parck, mirando al prisionero—. Diría que son algo más tangible que eso, pero le he interrumpido, ¿qué estaba diciendo?

—Solo que en las leyendas los chiss usaban el sy bisti cuando trataban con nosotros.

—Como ustedes con nosotros —dijo serenamente el prisionero, en sy bisti.

Eli se estremeció. El prisionero había respondido en sy bisti… pero respondiendo a un comentario que Eli había hecho en básico.

—¿Entiende el básico? —le preguntó en sy bisti.

—Algo —-contestó el chiss en el mismo idioma—. Pero me siento más cómodo con el sy bisti.

Eli asintió.

—Dice que entiende algo de básico, pero que está más cómodo con el sy bisti.

—Ya lo veo —dijo Parck—. Muy bien. Soy el capitán Parck, comandante de esta nave. ¿Cómo se llama?

Eli abrió la boca para traducir…

—No —Parck levantó una mano para detenerlo—. Puede traducir sus respuestas, pero quiero ver cuánto básico entiende. ¿Cómo se llama, por favor?

El chiss se quedó callado un momento, dejando vagar la vista por el muelle. A Eli no le pareció un primitivo abrumado por el tamaño y la majestuosidad del lugar, sino un militar cualquiera evaluando las fortalezas y debilidades del enemigo.

—Mitth’raw’nuruodo —dijo, fijando sus relucientes ojos en Parck—. Aunque creo que les resultará más sencillo llamarme *Thrawn.*

CAPÍTULO II

Nuestro camino vital puede cambiar como consecuencia de decisiones o acontecimientos importantes. Estos fueron los que me llevaron a mi actual camino.

Pero, en ocasiones, el suceso más insignificante también puede provocar un giro. En el caso de Eli Vanto esa fuerza fue una sola palabra, oída casualmente.

Chiss. *¿Dónde había oído aquel nombre el cadete Vanto? ¿Qué significaba para él? Había explicado un motivo, pero podía haber otros. De hecho, la verdad podía tener varias capas. Pero ¿cuáles?*

En una nave tan grande como aquella, solo había una forma práctica de descubrirlas.

Y así mi camino dio otro giro. Igual que el suyo, sin duda.

. . .

—Thrawn —repitió Parck, como si tantease el nombre—. Muy bien. Se lo repito, bienvenido. Andábamos buscando contrabandistas y nos topamos con su casa. Tenemos la orden ineludible de estudiar toda especie desconocida que encontremos.

—Sí —dijo Thrawn, en sy bisti—. Es lo mismo que dijeron los primeros comerciantes que contactaron con mi pueblo.

—Lo entiende, señor —tradujo Eli—. Conoce la orden por los primeros comerciantes que se pusieron en contacto con su pueblo.

—¿Y por qué no se ha presentado abiertamente? —preguntó Barris—. ¿Por qué ha hostigado y matado a mis hombres?

—Fue necesario… —empezó a decir Thrawn, en sy bisti.

—Basta —le cortó Barris—. Entiende el básico. Eso significa que puede hablarlo. Hágalo. ¿Por qué hostigó y mató a mis hombres?

Thrawn se lo quedó mirando pensativamente un instante. Eli miró a Parck, pero el capitán seguía callado.

—Muy bien —dijo Thrawn, en básico. Sus palabras tenían un fuerte acento, pero eran comprensibles—. Fue necesario.

—¿Por qué? —preguntó Parck—. ¿Qué pretendía conseguir?

—Pretendía volver a mi casa.

—¿Naufragó?

—Fui… —Miró a Eli— *Xishu azwane.*

Eli quedó perplejo. ¿Fue…?

—Dice que fue exiliado —les dijo a los demás.

Aquella palabra pareció quedar suspendida en el humo del muelle. Eli miró a Thrawn, recordando las historias de los campamentos de su infancia. Aquellos relatos hablaban de la unidad y las proezas militares de los chiss.

Jamás mencionaron que se exiliasen unos a otros.

—¿Por qué? —preguntó Parck.

Thrawn miró a Eli.

—En básico, a poder ser —dijo Eli.

El chiss volvió a mirar a Parck.

—Los líderes estaban en desacuerdo conmigo.

—¿Hasta el punto de exiliarlo?

—Sí.

—Qué interesante —murmuró Parck—. Muy bien. Por eso se dedicó a hostigar a los hombres del coronel Barris. Ahora explíquenos *cómo* lo hizo.

—No me costó demasiado —dijo Thrawn—. Su nave espacial se estrelló cerca de mi lugar de exilio. Pude examinarla antes de que llegasen más soldados. El piloto había muerto. Me llevé el cadáver y lo escondí.

—Y llenó su traje de hierba —añadió Barris—. Con la intención de que no notásemos que le había robado el material.

—Y no lo notaron —dijo el chiss—. Lo importante era que se llevasen el traje y las bayas *pyussh* podridas.

—¿Las bayas? —repitió Barris.

—Sí. Las bayas *pyussh* podridas y aplastadas son un cebo para animalillos de la noche.

Eli asintió para sí mismo. «Podridas… fermentadas; animales de la noche… nocturnos». Era como si Thrawn tuviera un buen vocabulario de básico al que recurrir, pero que careciese de algunas de las palabras más técnicas, lo que le obligaba a improvisar. Su gramática también era algo vaga, sugiriendo de nuevo que la había aprendido en los libros, en vez de conversando.

¿Acaso aquello no era la prueba de que los chiss no habían tenido contacto con nadie de fuera del Espacio Desconocido hasta hacía relativamente poco?

—Y ató las celdas de energía manipuladas a los animalillos —dijo Barris—. Así las coló en nuestro perímetro defensivo.

—Sí —dijo el chiss—. Después, también ataqué así a los soldados. Con un tirachinas lancé más bayas contra sus armaduras.

—Y abatió un caza estelar —dijo Parck—. ¿Cómo?

—Sabía que mandarían naves a investigar. Me preparé de antemano y coloqué algo de… —hizo una pausa— *ohuludwu.*

—Hilo de pescar —tradujo Eli.

—Hilo de pescar entre las copas de los árboles. La nave quedó enredada.

—Y, a aquella altura, el piloto no tuvo tiempo de reaccionar —dijo Parck, asintiendo—. Hacerse con el caza intacto no le habría servido de nada. No disponen de hiperimpulsores.

—No quería la nave espacial —dijo Thrawn—. Quería el… —otra pausa— *ezenti ophu ocengi* del piloto.

—El equipo y el comunicador —dijo Eli.

—Pero no se llevó el comunicador —objetó Barris—. Registramos el traje en el campamento y seguía allí.

—No —dijo Thrawn—. Aquel era el comunicador del primer piloto.

Eli asintió para sí mismo. Astucia, estrategia y el control permanente de la situación. Sin duda los sellos distintivos de los chiss. Según las leyendas, al menos.

Pero, aun así, *¿exilio?*

—Muy ingenioso —dijo Parck—. Creimos saber lo que había pasado y no nos molestamos en comprobar el número de serie. Por eso, aunque descubrimos que el primer comunicador había desaparecido y cerramos su canal, seguía disponiendo de uno operativo.

—Eso es lo mismo que decir que mató a un hombre con el único propósito de hacerse con su comunicador —dijo Barris, secamente. Era evidente que no se sentía tan impresionado por los recursos del alienígena como el capitán—. ¿Por qué siguió atacando a mis hombres? ¿Por mera diversión?

—Lamento las vidas perdidas —dijo Thrawn, muy seriamente—. Pero necesitaba que llegasen los soldados con armaduras completas.

—¿Con armaduras…? —Barris se calló—. ¿Soldados de asalto? ¿Quería que acudieran *soldados de asalto*?

—Sus soldados llevan casco corto —dijo el chiss, trazando un ribete imaginario alrededor de su frente con un dedo—. A mí no me sirven —Se llevó una mano a la cara—. Necesitaba cubrir la cara.

—La única manera de entrar en el campamento de incógnito —dijo Parck, asintiendo.

—Sí —dijo Thrawn—. Usé explosivo con uno para tener una armadura y estudiarla…

—¿Cómo lo hizo para que nadie oyese la explosión? —le cortó Barris.

—Fue cuando empecé a meter ruido distorsionado por el comunicador —dijo el chiss—. El ruido enmascaró la explosión. Con la armadura aprendí cómo matar al soldado sin hacer ruido ni dejar daños aparentes. Elegí a otro soldado, le quité la armadura y entré caminando en la nave.

—¿Mientras nosotros cargábamos su equipo? —preguntó Barris.

—Elegí un momento en que no había nadie —dijo Thrawn—. Usé ramas para colocar la armadura derecha y la dejé frente a la puerta. La destruyó un explosivo que llevaba dentro.

—Una maniobra de distracción para que no notásemos que, en realidad, habían desaparecido *dos* soldados de asalto —dijo Parck—. ¿Dónde se escondió durante el viaje?

—Dentro del revestimiento del segundo generador de energía —le dijo Thrawn—. Está prácticamente vacío porque usé sus piezas para reparar el otro.

—Parece que pasó bastante tiempo allí —dijo Parck—. Entiendo que estuviese tan desesperado por marcharse.

Thrawn se enderezó.

—No estaba desesperado. Mi pueblo me necesita.

—¿Por qué?

—Están en peligro. Hay muchos peligros en la galaxia. Peligros para mi gente. Peligros para los suyos —hizo un gesto extraño—. Les convendría descubrirlos.

—Pero su gente lo exilió —comentó Parck—. ¿No coinciden con usted respecto a la magnitud de esos peligros?

Thrawn miró a Eli.

—Repite —le pidió en sy bisti.

Eli tradujo la pregunta del capitán.

—Estamos de acuerdo sobre los peligros —contestó Thrawn, en básico con fuerte acento—. No coincidimos en el procedimiento a seguir. No tienen fe en… *ezeboli hlusalu*.

Eli tragó saliva.

—No creen en ataques preventivos.

—Y su pueblo necesita protección —dijo Parck, en un tono sutilmente distinto—. ¿Cómo piensa dársela solo, sin naves ni aliados?

Eli frunció el ceño. Una pregunta extraña en un tono extraño. ¿El capitán le estaba intentando sonsacar información sobre posibles aliados de los chiss?

Thrawn no pareció haberse percatado.

—No sé —dijo serenamente—. Ya encontraré alguna manera.

—No lo dudo —dijo Parck—. Hasta entonces, ha tenido un día muy ajetreado, seguro que necesita un descanso. ¿Comandante?

—¿Señor? —uno de los soldados de asalto dio un paso adelante.

—Su escuadrón escoltará a nuestro huésped hasta la oficina del oficial de cubierta, mientras preparan un camarote y ropa limpia —ordenó Parck—. Thrawn, me despido de usted. Seguiremos hablando.

—Gracias, capitán Parck —dijo el chiss—. Lo estoy deseando.

. . .

Eli estaba en su camarote, trabajando en el informe de la misión que le habían ordenado redactar, cuando llegaron en su busca.

Eli no había estado nunca en el despacho del capitán. Ni siquiera había pisado aquella parte del *Golpe Relámpago*.

Y *nunca* había estado en compañía de tantos altos oficiales. Era como la reunión de un consejo de administración.

O un consejo de guerra.

—Cadete Vanto —le saludó el capitán Parck, señalándole una silla que habían colocado frente a la hilera de oficiales—. Siéntese.

—Sí, señor —Eli se sentó, deseando con fervor que nadie notase sus temblores.

—Primero, quiero felicitarlo por su trabajo en nuestra misión más reciente —dijo Parck—. Actuó admirablemente bajo el fuego enemigo.

—Gracias, señor —dijo Eli. Aunque, por lo que recordaba, había hecho poco más que mantenerse tan apartado del combate y el caos como pudo.

—Dígame, ¿qué opina de nuestro prisionero?

—Parece tener una gran confianza en sí mismo, señor —dijo Eli. ¿Por qué se lo preguntaban a *él*?—. Lo tiene todo controlado. —Se lo pensó—. Excepto cuando fue capturado en el muelle, quizá. Puede que allí lo pillasen desprevenido.

—No lo creo —dijo Parck—. Se rindió bastante rápido, sin intentar resistirse ni escapar. —Ladeó ligeramente la cabeza—. Parece que usted sabe bastante sobre su pueblo.

—En realidad no, señor —dijo Eli—. Entre los nuestros corren historias sobre los chiss, más bien mitos, que han ido pasando de generación en generación. Por lo que sé, nadie los ha visto en Lysatra ni alrededores desde hace siglos.

—Pero *tienen* esos mitos, como mínimo, y es más de lo que disponemos nosotros en los registros del *Golpe Relámpago* —dijo Parck—. ¿Qué cuentan esas historias sobre ellos?

—Al parecer son grandes guerreros —dijo Eli—. Listos, ingeniosos y orgullosos. Y muy leales unos a otros. Ese exilio… deben detestar profundamente la idea de los ataques preventivos para hacerle algo así.

—Eso parece —coincidió Parck—. Veo que tiene intención de llegar a oficial de suministros en Myomar.

—Sí, señor —dijo Eli, desconcertado por el cambio de tema—. Mi familia se dedica al transporte y creen que servir al Imperio sería un paso adelante para mí…

—¿Tiene alguna formación en enseñanza?

—Nada serio, señor —dijo Eli. ¿Parck le iba a recomendar que desviase su carrera hacia la enseñanza?

Esperaba que no. Se había pasado la juventud repartiendo cargamentos para su familia y no le apetecía quedarse encerrado en un despacho o una aula.

El capitán se lo quedó mirando un instante. Después se reclinó en su asiento y miró a los oficiales que lo flanqueaban. Y se hicieron alguna señal muda…

—Muy bien, cadete —dijo Parck, volviéndose hacia Eli—. Por ahora, su cometido será actuar como enlace, intérprete y asistente dé nuestro prisionero. También deberá…

—¿Señor? —intervino Eli, consciente que su asombro era evidente—. Pero si solo soy cadete…

—No he terminado —dijo Parck—. Además de traducir, deberá enseñarle básico. Conoce los fundamentos, como pudo comprobar, pero necesita un vocabulario más extenso y ciertas mejoras en la pronunciación y gramática. ¿Alguna pregunta?

—No, señor —logró decir Eli. Las sorpresas no cesaban—. En realidad, sí, señor. ¿Para qué necesita aprender básico? ¿No vamos a dejarlo en el planeta?

Se produjo una leve agitación entre los oficiales y Eli tuvo de repente la sensación de haber pisado una línea invisible. Se puso tenso…

—No —dijo Parck. Su voz era serena, pero había algo en su tono, como si fuera un asunto sobre el que habían debatido. Sin llegar a ningún acuerdo, necesariamente—. Nos los llevamos a Coruscant.

—¿A…? —Eli cerró la boca, con imágenes de antiguos reyes haciendo desfilar a sus enemigos por las calles en la mente.

Aunque seguro que Parck no estaba hablando de eso. ¿O sí?

—Creo que el Emperador querrá conocerlo y descubrir a esos chiss —dijo Parck. Algo en su tono sugería que aquella explicación iba dirigida tanto a sus oficiales como a Eli—. Creo que puede serle muy útil al Imperio. ¿Sus mitos incluyen alguna pista sobre la ubicación del planeta de los chiss?

—Solo que está en las Regiones Desconocidas, señor. Nada más.

—Qué lástima —dijo Parck—. No importa. Esa será otra de sus tareas para los próximos días, ayeriguar todo lo que pueda sobre él, su planeta y su pueblo.

—Sí, señor —dijo Eli, notando que el corazón se le aceleraba. De cadete insignificante a intérprete y profesor particular de un ser salido de los mitos de Lysatra.

El único inconveniente era el coste potencial para su futuro.

Porque ya se había dado cuenta de que el Imperio era una maquinaría gigantesca y despiadada de dimensiones titánicas. Si se desviaba apenas unos grados del camino que había elegido para su carrera, podía encontrarse repentinamente relegado a otra vía, algo siniestro que podría terminar con él abandonado en una base estelar olvidada.

Aun así, aquel pequeño giro en su camino debería ocuparle solo una semana, mientras el *Golpe Relámpago* transportaba a Thrawn hasta Coruscant. Después, Eli se volvería a Myomar con los demás cadetes, con una historia que podría contarle a la gente durante toda su vida.

Además, ¿qué podía salir mal?

—Parece que se divierte —dijo el cadete Vanto. «*Se reclina en su silla*».

—¿Divertirme? —preguntó Thrawn.

—Entretenerse con un punto de humor —dijo Vanto. «*Vuelve al sy bisti para la explicación*»—. ¿Hay algo en esta historia que le haya parecido gracioso?

—La historia me ha parecido bastante interesante.

—Algunas de mis historias le resultan interesantes —dijo Vanto. «*Frunce el ceño*»—. Otras le parecen increíbles. Unas pocas, divertidas. Como esta.

—No pretendía ofenderlo —dijo Thrawn—. Pero soy un chiss y no tenía la menor idea de que mi pueblo poseyera semejante poder.

—Tiene razón —dijo Vanto. «*Las arrugas se suavizan*»—. Ya le dije al principio que estas historias bordean el terreno de los mitos, pero me pidió que se las contase, de todas formas.

—Agradezco su predisposición a compartirlas conmigo —dijo Thrawn—. Se puede aprender muchísimo sobre un pueblo basándose en las historias que cuentan sobre ellos los demás.

—¿Y? —preguntó Vanto. «*Vuelven las arrugas. Gira la cabeza levemente hacia la derecha*».

—No le entiendo.

—Pregunto qué ha aprendido de los humanos —dijo Vanto. «*Entrecierra ligeramente los ojos*».

—Me he explicado mal. Disculpe. Quería decir que se podía aprender sobre una persona, usted, por las historias que elige contar.

—¿Y qué ha aprendido de mí? —preguntó Vanto. «*Sus ojos recuperan el tamaño normal. Su tono de voz es más bajo*».

—Que no desea estar aquí —dijo Thrawn—. No quiere ejercer de intérprete y asistente. Y sobre todo no quiere actuar como interrogador.

—¿Quién ha dicho que sea interrogador? —preguntó Vanto. «*Eleva un poco el tono. Se le tensan los músculos de los brazos bajo las mangas*».

—Desea volver a sus números e inventarios —dijo Thrawn—. Es lo que mejor se le da y el rumbo que quiere tomar.

—Fascinante —dijo Vanto. *«Su tono adquiere una nueva textura difusa. Las comisuras de la boca se le tensan fugazmente*»—. Imagino que, como destacado mando militar, la logística y los suministros le parecerán algo por debajo de su nivel.

—¿Y a *usted*?

—Claro que no —dijo Vanto. *«Infla ligeramente el torso, separándolo de la silla. Su voz adquiere un tono más intenso*»—. Porque sé en qué consiste. Mi familia lleva tres generaciones dedicada a ese tipo de trabajo. La única diferencia es que ahora yo trabajo para la Marina Imperial, en vez de para mi familia, nada más.

—Imagino que se le dará bien.

—Se me da *muy* bien —dijo Vanto—. El teniente Osteregi me dijo que soy uno de los mejores cadetes que ha tenido nunca a bordo. Cuando termine el último curso en la academia, me destinarán a bordo de una nave de línea.

—¿Y es lo que quiere? —preguntó Thrawn.

—Por supuesto —dijo Vanto. «*Su tono pierde algo de firmeza*»—. Lo que no entiendo es por qué le interesa.

—¿Por qué me interesa el qué?

—¿Por qué le intereso yo? —dijo Vanto. «*Vuelve a entrecerrar los ojos. Su voz recupera un tono más grave*»—. Me ha estado analizando… no crea que no me he dado cuenta. Me pide que le cuente una de las leyendas que escuché de niño, después me pregunta por mi hogar, mi pasado o mi infancia. Siempre preguntas nimias, siempre hechas despreocupadamente. Y quiero saber por qué. —«*Cruza los brazos frente al pecho*».

—Lo siento —dijo Thrawn—. No tenía ninguna mala intención. Solo me interesa usted, igual que me interesa todo lo relacionado con su Imperio.

—Pero ¿por qué *yo*? —preguntó Vanto—. Nunca me ha preguntado por el capitán Parck, ni por el mayor Barris, ni por ninguno de los demás altos oficiales. Ni siquiera por el Emperador Palpatine o el Senado Imperial.

—No están directamente relacionados con mi supervivencia inmediata —dijo Thrawn—. Usted sí.

—Con el debido respeto, no puede estar más equivocado —dijo Vanto. «*Mueve la cabeza, adelante y atrás, y de lado a lado*»—. El capitán Parck puede ordenar que lo arrojen por alguna escotilla en cualquier momenro. El mayor Barris puede falsear los cargos o implicarlo en algo turbio y hacer que lo fusilen. En cuanto al Emperador… —«*La musculatura de su cuello se tensa brevemente. Se produce un intenso brillo rojo en su cara*»— tiene poder absoluto sobre todas las cosas y personas del Imperio. Si no le cae bien o no le gusta, estará muerto.

—El capitán Parck busca honores y ascensos —dijo Thrawn—. Y piensa que yo soy el camino para conseguirlos. Al mayor Barris no le gusto, pero no correrá el riesgo de molestar a su capitán. Y en cuanto al Emperador… ya veremos.

—Está bien —dijo Vanto. «*La musculatura de su cuello se relaja parcialmente, aunque no del todo*»—. Aunque yo que usted estaría *mucho* más preocupado por él, pero eso es asunto suyo. Además, sigo siendo el último mono. ¿Por qué se preocupa por mí?

—Es mi intérprete. Tiene en sus manos mis palabras y sus significados. Una traducción mal elegida puede confundir o molestar. Un error deliberado podría conducir a la muerte.

—Bah… escupitajos de krayt —dijo Vanto—. «*Lanza un resoplido por la nariz*».

—¿Perdone?

—Digo que escupitajos de krayt —dijo Vanto—. Ha aprendido *mucho* básico en los últimos dos días. Lo habla tan bien como yo. Probablemente mejor, usted no tiene un acento del Espacio Salvaje del que nadie pueda burlarse. No necesita para nada un intérprete.

—Usted es como mi abogado defensor —dijo Thrawn—. ¿Qué quiere decir eso de «escupitajos de krayt»?

—Es una forma coloquial de referirse a algo absurdo —dijo Vanto. «*La comisura izquierda de sus labios se eleva*»—. Sobre todo cuando quien lo dice es consciente de que es absurdo.

—Entiendo. *Escupitajos de krayt.* No lo olvidaré.

—Olvídelo —dijo Vanto. *«Su tono es grave, la palabra sale entrecortada»*—. Es poco educado. Y hace pensar en lugares remotos como Lysatra. Y por lugares remotos me refiero a cualquier planeta que no pertenezca a los Mundos del Núcleo, a la élite y gente poderosa que los habita.

—Deduzco que existe una jerarquía de mundos y de habitantes, ¿verdad?

—Al fin… una pregunta sobre el Imperio —dijo Vanto—. Sí, hay una jerarquía evidente. Una jerarquía enorme, imponente y básicamente tácita, pero muy rígida. Si espera que yo le presente a algún poderoso, se va a llevar una decepción.

—Es demasiado modesto, cadete Vanto —dijo Thrawn—. O quizá le da demasiada importancia a esa jerarquía social. Me alegro de que sea mi intérprete.

—Y yo de que se alegre —dijo Vanto. *«Su tono sube un poco. La musculatura de su cuello sigue revelando tensión»*—. Aunque tampoco tuve mucha elección.

—Es posible —dijo Thrawn—. Oiga, ¿cuándo llegaremos al mundo capital?

—Mis órdenes son acompañarlo al muelle delantero, donde intentó escapar, mañana a las siete de la mañana.

—¿Y conoceré al Emperador poco después?

—No tengo la menor idea de qué pasará después —dijo Vanto. *«Los músculos bajo su túnica se tensan levemente y vuelven a aparecer arrugas en su frente»*—. Pero no creo que vea a nadie próximo al Emperador, siquiera. Probablemente a algún alto administrador. O quizá algún cargo menor.

—¿Vendrá conmigo?

—Eso es decisión del capitán —dijo Vanto—. Tengo otros deberes a bordo del *Golpe Relámpago.* Además, debo preparar mi regreso a la academia de Myomar.

—Por supuesto, sus deberes y estudios son importantes —dijo Thrawn—. Veremos qué decide el capitán. Hasta mañana, cadete. Buenas noches.

—Sí —dijo Vanto. *«La tensión de sus músculos disminuye, pero no desaparece por completo»*—. Hasta mañana.

La lanzadera Lambda personal del capitán Parck salió del muelle exactamente a las siete y cinco de la mañana siguiente. Además de Parck, Thrawn y Eli, la lista de pasajeros incluía al mayor Barris, tres de los soldados de la marina que estaban en el planeta cuando Thrawn los hostigaba y dos soldados de asalto, probablemente del grupo que también había visto al alienígena en acción.

También iban otros diez soldados de la marina armados hasta los dientes. Era posible que a Parck le preocupasen los fríos gestores del Alto Mando, pero tampoco quería correr el menor riesgo de que su prisionero escapase cuando llegasen al planeta.

Como todo súbdito del Imperio, Eli había visto centenares de holos de Coruscant. También había dedicado un par de horas a estudiar mapas planetarios el día que Parck les anunció que irían allí.

Nada de aquello lo había preparado para la pasmosa grandiosidad de la realidad.

Miraba atónito el monitor del pasajero, completamente fascinado. El planeta entero estaba rodeado por media docena de anillos con transportes, naves de pasajeros y embarcaciones militares en órbita, todos esperando su turno para bajar a la superficie. En otras zonas, el flujo constante de las naves salientes creaba sutiles focos de luz al congregarse en las distintas vías de salida de la atmósfera; las cuales se dispersaban en todas direcciones al llegar al espacio.

Mientras la Lambda continuaba su descenso, Eli observaba la batería de puntos brillantes como estrellas que cubrían el planeta, que se iban convirtiendo progresivamente en torres y edificios. Al acercarse más vio montones de vehículos repulsores serpenteando entre edificios altísimos, bailando una intrincada danza con rumbo a mil destinos. Se le ocurrió algo que lo devolvió a la realidad: probablemente, en aquel preciso instante estaba viendo más vehículos de los que había en todo su planeta.

El piloto los metió en una de las vías más altas, aparentemente reservada a vehículos militares. Estaban lo bastante cerca para que Eli pudiera ver lo más destacado de la ciudad. La Academia Real del Imperio, donde la élite imperial se preparaba para entrar en el ejército o la marina. Tras esta, hacia el este, estaba una de las zonas industriales, con altas torres que escupían vapor sobrecalentado a las capas altas de la atmósfera. Más allá, vio una zona despejada, muy por debajo de las torres circundantes, aunque muchos niveles por encima de la verdadera superficie planetaria. Seguramente era una pista de aterrizaje, probablemente para la élite política o las embarcaciones militares de mayor tamaño. Miró en dirección contraria y vio el tejado del edificio del Senado Imperial.

Y contuvo la respiración. Si el Senado estaba a un lado y la Academia Real allí detrás…

No iban al Almirantazgo ni al cuartel general del Departamento de Seguridad Imperial, los dos destinos que había considerado más probables.

Iban directos al Palacio Imperial.

¿Al *Palacio* Imperial?

No… no podía ser. No por un casi humano de piel azul capturado en un mundo sin nombre del Espacio Salvaje. No era posible que el Emperador tuviera ninguna constancia de aquello, mucho menos que mostrase el menor interés personal por el asunto.

Pero eso era exactamente lo que parecía estar sucediendo.

Discretamente, Eli miró al otro lado del pasillo, donde Thrawn y Parck estaban sentados juntos, flanqueados por guardias. El capitán parecía extrañamente rígido, como si le costase creer su destino tanto como a Eli. Los guardias estaban igual, con excepción de algunos que parecían discreta pero genuinamente aterrorizados.

Y tenían motivos. Aquellos eran los hombres y mujeres cuyos errores habían permitido que Thrawn subiera a bordo del *Golpe Relámpago.* Corrían historias siniestras sobre lo que el Emperador le hacía a los que le fallaban.

Pero Thrawn no parecía asustado, ni tan siquiera preocupado. Lo único que Eli detectaba en su cara era aquella exasperante confianza en sí mismo.

Quizá Parck no le había dicho dónde iban. Quizá no le había contado la historia del Emperador, ni le había hablado de su reputación.

O quizá se lo había contado todo y Thrawn daba por supuesto que, allí donde fueran, lo tendría todo bajo control.

Eli se volvió hacia la pantalla, con las viejas historias sobre la potencia militar chiss resonando en su mente. Por lo que había podido comprobar, aquella cultura y sociedad había desaparecido por completo del conocimiento de la República durante siglos, puede que incluso durante milenios. Y ahora, de repente, se reincorporaba a la historia.

¿La seguridad en sí mismo que poseía Thrawn era algo excepcional? ¿O todos los chiss eran iguales?

Teniendo en cuenta que podía llegar el día en que lo reclutasen para combatir contra ellos, deseó que se tratase de lo primero.

Eli estaba prácticamente convencido de que la comitiva iba a reunirse con algún funcionario de palacio cuando pasaron junto a un par de Guardias Imperiales con toga y casco rojos y entraron en el salón del trono del Emperador.

Los holos y vídeos que había visto de Coruscant palidecían en comparación con la ciudad, pero dicha diferencia no era nada comparada con la del Emperador Palpatine respecto a sus holos y vídeos.

A primera vista, el Emperador parecía poca cosa. Iba vestido con una toga marrón con capucha, sin adornos de ningún tipo y nada ostentosa. Su trono, aunque enorme, tampoco era ostentoso, era completamente negro y sencillo y cuatro escalones lo separaban del suelo. De hecho, la oscuridad de su toga prácticamente lo hacía desaparecer de la vista sumergido en el negro del trono.

Cuando el grupo se acercó, apareció lo más espeluznante.

Para empezar, la cara del Emperador. Los holos y vídeos siempre lo mostraban como un hombre solemne, ligeramente envejecido por sus experiencias vitales y las preocupaciones del liderazgo. Pero los holos no mostraban la realidad. La cara bajo la capucha era *vieja*. Vieja y estaba surcada por centenares de arrugas profundas.

Y no eran arrugas normales, como las de sus abuelos tras años trabajando al sol. Aquellas arrugas no parecían fruto de la edad, sino cicatrices o tejido quemado.

Según contaban, el último intento de los traicioneros Jedi por alcanzar el poder había sido un ataque contra el entonces Canciller Palpatine. Pero nadie mencionaba que su victoria sobre aquellos asesinos le hubiese salido tan cara.

Probablemente también era eso lo que les había sucedido a sus ojos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Eli. Aquellos ojos eran brillantes e inteligentes, omniscientes y profundamente poderosos. Pero eran… extraños. Unicos. Perturbadores. ¿Serían consecuencia de la misma traición que le había arruinado la cara?

Inteligencia, conocimiento, poder. Desprendía una sensación de absoluto dominio sobre todo lo que lo rodeaba, incluso más que Thrawn.

El Emperador observó en silencio mientras la comitiva caminó hacia él. Parck abría el paso, con Barris y Eli detrás, seguidos de Thrawn y los soldados de la marina y de asalto. El contingente de guardias que Parck había llevado se había quedado en la puerta, remplazados por seis Guardias Imperiales en su tarea de escolta.

Tuvo la sensación de que no llegaban nunca al trono. Eli se preguntó hasta dónde los dejarían llegar y cómo iba saber el capitán Parck cuando debía detenerse. Sus dudas tuvieron respuesta cuando Parck llegó hasta unos cinco metros del trono y los dos Guardias Imperiales al pie de los escalones se movieron ágilmente para colocarse frente a él. Parck se detuvo y esperó, como el resto de la comitiva.

Y esperaron.

Probablemente fueron solo cinco segundos, pero a Eli le parecieron media eternidad. Todo el salón del trono estaba sumido en un profundo silencio. Lo único que oía eran los latidos de su corazón y el único movimiento que percibía eran los temblores de sus brazos dentro de las mangas.

—Capitán Parck —dijo finalmente el Emperador, con voz grave y un tono neutro—. Dicen que me ha traído un regalo.

Eli se estremeció. ¿Un *regalo*? Para los chiss de sus leyendas aquello habría sido un insulto mortal. Tenía a Thrawn detrás, pero Eli no se atrevió a volverse, aunque se podía imaginar la expresión en su orgullosa cara.

—Así es, Su Majestad —dijo Parck, haciendo una gran reverencia—. Un guerrero presuntamente de una especie conocida como chiss.

—Bien —dijo el Emperador, en un tono aún más seco—. ¿Y qué espera que haga con él, si se puede saber?

—Si me lo permite, Su Majestad —Thrawn intervino antes de que Parck pudiera responder—. No soy solo un regalo. También soy un recurso. Uno como no ha conocido antes y no volverá a encontrar jamás. Haría bien en usarme.

—¿Ah, sí? —dijo el Emperador, aparentemente divertido por aquello—. No hay duda de que es un recurso con una confianza sin límites. ¿Qué me ofrece exactamente, chiss?

—Para empezar, le ofrezco información —dijo Thrawn. Si se había ofendido, Eli no pudo notarlo en su voz—. Hay peligros al acecho en las Regiones Desconocidas, peligros que algún día llegarán hasta su Imperio. Y estoy muy familiarizado con muchos de ellos.

—No tardaré en descubrirlos por mí mismo —replicó sosegadamente el Emperador—, ¿Tiene algo más que ofrecerme?

—Quizá los descubra a tiempo para acabar con ellos —dijo Thrawn—. Quizá no. ¿Qué más ofrezco? Le ofrezco mi destreza militar. Puede emplearla para planificar maneras de encontrar y eliminar esos peligros.

—Esos peligros —dijo el Emperador—, me imagino que no son solo una amenaza para mi Imperio, ¿verdad?

—No, Su Majestad —dijo Thrawn—. También lo son para mi pueblo.

—¿Y quiere eliminar esos peligros para su pueblo?

—Eso es.

Los ojos amarillentos del Emperador parecieron brillar.

—¿Y quiere la ayuda de mi Imperio?

—Su ayuda sería muy bienvenida.

—¿Quiere que ayude a la misma gente que lo mandó al exilio? —preguntó el Emperador—. ¿O el capitán Parck se explicó mal?

—Se explicó bien —dijo Thrawn—. Sí, me exiliaron.

—Pero insiste en protegerlos. ¿Por qué?

—Porque es mi pueblo.

—¿Y si le niegan su gratitud y no lo aceptan de vuelta? ¿Qué pasa entonces?

Se produjo una breve pausa y Eli tuvo la espeluznante sensación que Thrawn le estaba dedicando al Emperador una de aquellas sonrisitas que tan bien se le daban.

—No necesito su permiso para protegerlos, Su Majestad. Y tampoco espero el agradecimiento de mi pueblo.

—He conocido seres con su sentido del honor —dijo el Emperador—. La mayoría terminaron cayendo cuando su cándido altruismo se topó de bruces con el mundo real.

—Yo conozco el mundo real, como usted lo llama.

—Por supuesto —dijo el Emperador—. ¿Qué quiere de mi Imperio, exactamente?

—Un acuerdo beneficioso para ambas partes —dijo Thrawn—. Le ofrezco mis conocimientos y habilidad ahora, a cambio de su futura gratitud con mi pueblo.

—¿Y si, llegado ese futuro, me niego a darles esa gratificación?

—En ese caso, mi apuesta habrá sido un fracaso —dijo Thrawn, con serenidad—. Pero, hasta entonces, tendré tiempo para convencerlo de que mis objetivos y los suyos coinciden.

—Interesante —murmuró el Emperador—. Dígame, si sirviera al Imperio pero surgiera una amenaza para su pueblo, ¿a quién sería leal?

—No veo ningún problema en compartir información.

—No hablo de información —dijo el Emperador—. Hablo del servicio.

Se produjo una breve pausa.

—Si sirviera al Imperio, sería leal a usted.

—¿Qué garantías me da?

—Basta con mi palabra —dijo Thrawn—. Su servidor puede confirmarle la firmeza de esa palabra.

—¿Mi servidor? —preguntó el Emperador, mirando a Parck.

—No me refiero al capitán Parck —dijo Thrawn—. Me refería a otro. Quizá supuse por error que es su servidor. Siempre me habló muy bien del Canciller Palpatine.

El Emperador se inclinó ligeramente hacia delante, con un brillo intenso en sus ojos amarillentos.

—¿Y cómo se llama?

—Skywalker —dijo Thrawn—. Anakin Skywalker.

CAPÍTULO III

La guerra es básicamente un juego de destreza. Una competición de mentes contra mentes, de estrategias contra estrategias.

Pero también hay un elemento de fortuna más propio de partidas de cartas o dados. Un estratega sabio también analiza esas partidas y aprende de ellas.

La primera lección de las partidas de cartas es que no puedes jugar tus cartas en cualquier orden. Solo si las usas adecuadamente podrás lograr la victoria.

En este caso, había solo tres cartas.

La primera se jugó en el campamento. El resultado fue la entrada en el Golpe Relámpago. *La segunda se jugó a bordo de esa nave. El resultado fue la promesa de llevarme hasta Coruscant y la asignación del cadete Vanto como mi intérprete.*

La tercera fue un simple nombre: Anakin Skywalker.

. . .

—Interesante —dijo el Emperador. *«Mira fijamente, sin parpadear. La piel de su cara no se mueve»*—. ¿Y cómo se llama *usted*?

—Ya lo sabe.

—Quiero que me lo diga.

—Mitth'raw'nuruodo.

—Así que era usted —dijo el Emperador. *«Se reclina en su trono. Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba. Sus ojos no cambian de tamaño»*—. Cuando llegó el mensaje del capitán Parck deseé que lo fuera.

—Entonces, ¿el Jedi Skywalker sobrevivió a la guerra?

—No, por desgracia —dijo el Emperador.

—Lamento su fallecimiento —dijo Thrawn—. Era muy astuto y… ¿puedo consultar a mi intérprete?

—Puede —dijo el Emperador. *«Cierra un poco los ojos. Su tono amarillo parece ahora más intenso».*

—*Eqhuwa.*

—Valeroso —tradujo Vanto. *«Su cara emana más calor. Los músculos bajo la túnica muestran rigidez. Los labios se comprimen con fuerza antes y después de pronunciar la palabra».*

—Era un guerrero muy astuto y valeroso —prosiguió Thrawn—. Me habría gustado volver a verlo.

—Muy valeroso, sin duda —dijo el Emperador. *«Gira la cabeza ligeramente hacia la izquierda. Mira fugazmente a Vanto. Sus dedos aprietan suavemente los reposabrazos del trono»*—. Pero, antes de morir, me contó los detalles de su encuentro y elogió mucho

sus talentos. ¿Así que desea convertirse en mi asesor en asuntos relacionados con las Regiones Desconocidas?

—Ya se lo he dicho.

—¿Y si le ofreciera algo más? —preguntó el Emperador.

—¿Qué podría ofrecerme mejor que eso?

—Puede ver el poder que he creado —dijo el Emperador. *«Sus ojos están muy fijos, sus labios se curvan ligeramente»*—. O formar parte de él.

—Yo he perdido mi hogar —dijo Thrawn—. Usted ha perdido los servicios del Jedi Skywalker. Si quiere que sirva directamente como su sustituto, para mí sería un honor.

—Interesante —dijo el Emperador. *«Sus ojos vagan un momento, después se fijan en el capitán Parck»*—. Ha hecho bien trayéndome a su prisionero, capitán. Usted y sus hombres pueden regresar a su nave y a sus deberes. El Alto Mando lo recompensará adecuadamente por sus servicios y su iniciativa.

—Sí, Su Majestad —dijo Parck, haciendo otra reverencia—. Gracias.

—¿Puedo pedirle un favor, Su Majestad? —dijo Thrawn.

—Dígame, Mitth'raw'nuruodo —dijo el Emperador.

«Entrecierra los ojos».

—Sigo sin dominar su idioma. Me gustaría pedirle que me asignasen a mi intérprete como asistente personal.

«El Emperador se queda quieto, sin hablar. Después apoya las manos en los reposabrazos del trono y se pone de pie».

—Venga conmigo, Mitth'raw'nuruodo.

Los dos guardias al pie del trono se apartaron un metro hacia cada lado. El Emperador descendió de la tarima y giró a la izquierda, hacia un jardín que había a un lado del salón.

«El jardín es pequeño, pero contiene gran variedad de plantas. La mayoría en grandes macetas o largos parterres que flanquean los senderos embaldosados. Algunas flores de colores vivos crecen directamente entre las piedras decorativas. Pequeños árboles de corteza reluciente se alzan alrededor, como guardianes de su intimidad. La distancia del jardín al trono garantiza intimidad respecto a los que allí esperan».

«La distribución del jardín tiene fundamentos artísticos. Hay una pauta en la interacción de curvas y rectas, en la combinación y el contraste de formas y colores, en el sutil juego de luces y sombras. Revela poder, delicadeza y profundidad de pensamiento».

—Un lugar muy interesante —dijo Thrawn—. ¿Lo creó usted?

—Lo diseñé —dijo el Emperador. Se detuvo junto al primer grupo de arbustos—. ¿Qué le parece?

«Delicadeza y profundidad de pensamiento».

—No me ha traído aquí para hablar del intérprete —le dijo Thrawn—. Aunque quiere que el capitán Parck y los demás crean que es así.

—Bien —dijo el Emperador. *«Su tono es más profundo. Las comisuras de sus labios se elevan. Abre la boca ligeramente, mostrando los dientes»*—. Bien. Anakin me habló

de su perspicacia. Celebro comprobar que no se equivocó. Las Regiones Desconocidas me intrigan, Mitth'raw'nuruodo. Tienen gran potencial.

—También encierran muchos peligros.

—Aquí también hay muchos peligros —replicó el Emperador. «*Las comisuras de sus labios se tuercen hacia abajo y entrecierra los ojos*».

—Lo que hay aquí es *poder*, no cabe duda —dijo Thrawn—. Solo hay peligros para sus enemigos.

—¿Y cree que su pueblo no está entre esos enemigos?

—Me ha hablado de su interés por las Regiones Desconocidas. ¿Cómo puedo ayudarlo a satisfacer esa curiosidad?

—Está intentando eludir mi pregunta —dijo el Emperador. «*Frunce los labios*»—. Dígame, ¿su pueblo ve mi Imperio como un enemigo?

—No respondo de futuros actos ni objetivos de mi pueblo —dijo Thrawn—. Solo puedo hablar por mí. Y ya he dicho que le serviré.

—¿Hasta que considere conveniente huir de mis garras?

—Soy un guerrero, Su Majestad —dijo Thrawn—. Un guerrero puede retirarse, pero nunca escapa. Puede prepararse para lanzar una emboscada, pero nunca se esconde. Puede lograr victorias o derrotas, pero nunca deja de servir.

—Le tomo la palabra —dijo el Emperador—. ¿Por qué quiere quedarse con el intérprete?

—Sabe cosas sobre mi pueblo —dijo Thrawn—. Quiero averiguar hasta dónde llega ese conocimiento.

—Si conoce las Regiones Desconocidas, me podría venir bien dejarlo aquí conmigo.

—Su conocimiento se limita a poco más que mitos y leyendas —dijo Thrawn—. No conoce ni mundos ni pueblos. Ni vías hiperespaciales ni potenciales refugios seguros.

—¿Eso solo lo conoce usted? —preguntó el Emperador. «*Su tono de voz desciende*».

—Por ahora —dijo Thrawn—. Más adelante usted también lo conocerá.

—De nuevo, su elocuencia contradice la necesidad de ningún intérprete —dijo el Emperador. «*Sus labios vuelven a curvarse hacia arriba*»—. Pero accederé a sus deseos. Vamos, volvamos con los demás.

El grupo seguía esperando entre hileras de guardias.

—¿Es este? —preguntó el Emperador, señalando a Vanto.

—Sí, Su Majestad —dijo Thrawn—. El cadete Eli Vanto.

—Capitán Parck, ¿cuánto le falta para graduarse al cadete Vanto?

—Tres meses estándar, Su Majestad —dijo Parck—. Lo íbamos a llevar de vuelta a Myomar, junto al resto de cadetes, cuando nos desviamos para perseguir a aquellos contrabandistas, lo que terminó llevándonos hasta el mundo donde estaba exiliado Thrawn.

—Lleven de vuelta a los demás cadetes, como tenían previsto —dijo el Emperador—. El cadete Vanto se quedará en Coruscant y terminará su instrucción en la Academia Real del Imperio.

—Sí, Su Majestad —dijo Parck, mirando brevemente a Vanto y después a Thrawn—. Informaré al almirante Foss sobre este cambio.

«La cara de Vanto brilla con más fuerza que antes y los músculos de su cuello se tensan. Abre la boca, como si quisiera hablar, pero la cierra sin decir nada».

«No lo entiende. Ni lo entenderá. Durante mucho tiempo».

En la academia de Myomar, situada en la Región de Expansión, la mayoría de personal y alumnos provenían de mundos remotos. Allí, Eli estaba entre los suyos, tan relajado y cómodo como se podía, dada la presión terrible del régimen de entrenamiento más intenso del Imperio.

En la Academia Real del Imperio, por el contrario, el personal estaba formado exclusivamente por la élite imperial y los estudiantes no les iban en zaga. Desde el mismo instante que Eli y Thrawn bajaron de la lanzadera que los traía del palacio, pudo notar todas las miradas fijadas en ellos.

Y no dudaba que la mayoría de ellas eran hostiles.

Un alienígena y un palurdo de un mundo remoto. Eli pensó, con aire taciturno, que parecía el principio del típico chiste.

Era evidente que el comandante Deenlark opinaba lo mismo.

—Bueno —dijo, mirándolos alternativamente, mientras estaban firmes ante su escritorio—. ¿Esto es una broma del almirante Foss?

Thrawn no respondió, dejando aparentemente que Eli se ocupase de aquello. Fantástico.

—El Emperador en persona nos ha enviado aquí, señor —dijo Eli, sin saber muy bien qué hacer.

—Era una pregunta retórica, cadete —gruñó Deenlark, mirándolo mal desde debajo de sus frondosas cejas—. En el Espacio Salvaje también usan palabras complejas como «retórica», ¿verdad?

Eli apretó los dientes.

—Sí, señor.

—Bien —dijo Deenlark—. Porque aquí usamos muchas palabras difíciles. No querríamos que se perdiera —Desvió la mirada hacia Thrawn—. ¿Y qué excusa tiene *usted*, alienígena?

—¿Excusa para qué, señor? —preguntó serenamente Thrawn.

—Su excusa para estar vivo —le espetó Deenlark—. ¿Y bien?

Thrawn se mantuvo en silencio y los dos se quedaron mirando fijamente a los ojos durante un par de segundos. Finalmente, Deenlark torció los labios.

—Sí, lo que me temía —dijo el comandante, con amargura—. Ha tenido la grandísima fortuna de caerle bien al Emperador. Aunque no logro entender *por qué*.

Hizo una pausa, como esperando que Thrawn se lo explicase. Este siguió sin abrir la boca.

—Bien —dijo Deenlark—. El mensaje de Foss decía que, supuestamente, es un gran guerrero, que solo necesita un poco de orientación sobre procedimientos, material y terminología imperiales. Lo que se reduce a un curso de seis meses para cualquier recluta. Posiblemente dos años para los cadetes del culo del universo —añadió, mirando a Eli.

Eli había aprendido que había momentos en que no compensaba abrir la boca. Aquel era uno de ellos. Mantuvo la cabeza alta, la mirada fija al frente y la boca cerrada.

—Así que ese es el trato —dijo Deenlark, volviéndose de nuevo hacia Thrawn—. Al cadete Vanto le faltan tres meses para entrar en servicio. Es todo el tiempo que tiene para ponerse al día. Si no lo consigue, será expulsado.

—Es posible que el Emperador no esté de acuerdo con eso —dijo Thrawn, cordialmente.

Deenlark torció los labios.

—El Emperador lo comprendería —dijo. Pero el tono de sus bravatas se había reducido un poco—. Su mandato para las academias es que produzcan oficiales dignos del servicio imperial. Todo lo que no sea eso es un perjuicio para toda la marina, tanto oficiales como reclutas. Por supuesto, si el Emperador quiere ascenderlo por decreto puede hacerlo. —Arqueó las cejas—. Espero que demuestre su valía para que no sea necesario.

—Ya veremos —dijo Thrawn.

—Seguro que sí —Deenlark frunció los labios—. Una cosa más. Foss dijo que debía salir de aquí con rango de teniente, en vez del estándar de alférez. Que debe llegar a los puestos de mando lo antes posible. ¿Por qué perder el tiempo? —Abrió un cajón, sacó una placa de rango de teniente y la lanzó por los aires hasta el borde de su escritorio, frente a Thrawn—. Ya es suya. Felicidades, teniente. El cadete Vanto puede indicarle cómo colocársela.

—Gracias, señor —dijo Thrawn educadamente y recogió la placa—. Supongo que llevarán los uniformes adecuados a nuestros cuartos, ¿verdad?

—Sí —dijo Deenlark, frunciendo el ceño—. ¿Seguro que necesita un intérprete? Su básico me parece bastante bueno.

Eli sintió un destello de esperanza. Deenlark había dejado claro que no le gustaba aquel plan. No podía hacerle nada directamente a Thrawn, pero quizá podía mostrar parte de su descontento negándose a aceptarlo como intérprete del chiss. Si lo hacía, quizá aún estuviera a tiempo de regresar a Myomar y terminar su instrucción en un entorno más confortable.

—Aún hay muchas expresiones y términos técnicos con los que no estoy familiarizado —dijo Thrawn—. Sus servicios me serán muy valiosos.

—No lo dudo —admitió Deenlark, a regañadientes—. De acuerdo. Ya se pueden largar. Es decir… *pueden retirarse, cadetes.* Les han asignado una habitación doble, el

asistente de fuera se ocupará de que un droide ratón los lleve hasta allí. Tiene los horarios e instrucciones en su ordenador. Siempre que sepa encenderlo.

—Estoy familiarizado con sus sistemas informáticos —dijo Thrawn.

—Me refería a Vanto —dijo Deenlark, sarcásticamente—. Retírense.

El asistente era tan estirado como el comandante. Aunque era eficiente. Al cabo de dos minutos, Eli y Thrawn seguían a un droide ratón por la pasarela que conducía al barracón dos.

Y así, sin más, la vida de Eli dio un vuelco absoluto.

Su carrera en la marina, tan bien calculada e implementada, se había terminado. Y lo que era peor aún, que hubiera tenido grandes posibilidades de graduarse en Myomar no significaba que fuera capaz hacerlo en el durísimo entorno de la Academia Real. Aunque solo le quedaban tres meses para terminar, eran suficientes para arruinarlo todo.

Sobre todo porque ahora su tiempo se tendría que dividir entre los estudios y las prácticas con juegos de palabras con Thrawn. Un alienígena que allí parecía aún más fuera de lugar que el propio Eli.

Un alienígena que jamás se graduaría.

Eli conocía las academias imperiales. Había oído todos los chistes sobre falleen, umbaranos, neimoidianos y demás alienígenas. Y la Academia Real, en pleno corazón del Imperio, sin duda debía ser la peor de todas. Thrawn tenía tantas posibilidades de sobrevivir allí como un pájaro herido en un nido de espitas de sangre.

Y cuando cayera, ¿caería Eli con él?

No tenía la menor idea. Aunque suponía que era lo más probable.

—Pareces pensativo —dijo Thrawn.

Eli hizo una mueca. El chiss no sabía dónde se había metido.

—Solo me estaba preguntando cómo nos irá por aquí.

—Sí —Thrawn se quedó callado un momento—. Una vez me hablaste de la jerarquía social y planetaria. Cuéntame cómo la jerarquía se… —hizo una pausa— *binesu*.

Eli suspiró.

—Manifiesta.

—Gracias. Cómo se manifiesta esa jerarquía aquí.

—Probablemente como en todas las academias militares —dijo Eli—. El comandante está en la cúspide, los instructores justo debajo y los cadetes bajo estos. En realidad es bastante sencillo.

—¿Los distintos niveles de autoridad mantienen buenas relaciones?

—No lo sé. Tienen que trabajar juntos, así que supongo que se las arreglan.

—¿Pero existe rivalidad entre cadetes?

—Por supuesto.

—¿Y los cadetes no alcanzan rango ni jerarquía militar oficial hasta que se gradúan?

—Hay un orden social tácito —dijo Eli, frunciendo el ceño—. Extraoficial. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—A esto —Thrawn abrió la mano y bajó la vista hacia la placa de teniente que había en su palma—. Me gustaría entender por qué me le ha dado.

—Bueno, no ha sido un acto de generosidad —gruñó Eli—. Ni para ahorrar tiempo.

—Explícate.

Eli resopló.

—Mire, en cuanto empiece a mostrar la placa por ahí se encontrará tres tipos de reacciones. Primera, algunos estudiantes e instructores lo verán como un enchufado de Deenlark y le guardarán rencor por ello.

—¿Qué es un «enchufado»?

—En este caso, un término coloquial para un estudiante favorito —le dijo Eli—. Ese grupo le guardará rencor por todos los privilegios que suponen que está teniendo.

—No espero contar con ningún privilegio.

—Da lo mismo… seguirán creyendo que los tiene. Reacción número dos: algunos lo verán como un oficial fracasado que han enviado de vuelta a la academia para ponerlo al día. Ese grupo lo tratará con absoluto desdén.

—Entonces, ¿esto es más un arma que un regalo?

—Un arma contra *usted*, sí —dijo Eli—. Y queda el tercer grupo. Estos se lo tomarán a broma. No, pensándolo bien, probablemente creerán que es una prueba.

—¿Qué tipo de prueba?

—De las duras —dijo Eli. Sí, aquello era lo que Deenlark debía tener en mente—. Vale. Se supone que uno no debe mostrarse irrespetuoso con los oficiales superiores. Imagino que es igual entre los militares chiss, ¿no?

—Normalmente sí —dijo Thrawn, en un tono más seco.

Eli se estremeció. Por un instante había olvidado la forma en que Thrawn había llegado al Imperio.

—Bueno, oficialmente tampoco podemos faltar el respeto a los alienígenas —continuó apresuradamente—. Digo «oficialmente» porque eso es lo que dicen las Ordenes Generales. Pero no es lo que hacemos.

—¿No os gustan los no humanos?

Eli titubeó. ¿Cómo debía responder a aquello?

—Hubo muchos grupos de no humanos en el movimiento separatista —dijo, eligiendo sus palabras con cautela—. Las Guerras Clon mataron a mucha gente y devastaron mundos enteros. Aún queda mucho resentimiento por eso, sobre todo entre humanos.

—Pero, ¿acaso no hubo grupos de no humanos aliados con la República?

—Claro —dijo Eli—. Y la mayoría lo hizo muy bien. Pero los humanos cargaron con el mayor peso —se quedó pensando—. Bueno, al menos esa es la percepción. No sé si es realmente cierto.

Thrawn asintió, coincidiendo o sencillamente dándose por enterado.

—En cualquier caso, ¿no sería más razonable guardarles rencor solo a aquellos grupos de no humanos que se opusieron a vosotros?

—Es posible —dijo Eli—. Bueno, vale… tiene razón. Y probablemente empezó siendo así. Pero ese tipo de cosas a veces acaban salpicando a otros grupos —titubeó—. Además, en los Mundos del Núcleo se desprecia mucho a todos los que habitan más allá del Borde Medio, humanos y no humanos. Alguien del Espacio Salvaje como yo y alguien de las Regiones Desconocidas como usted seremos blanco de muchas mofas.

—Entiendo —dijo Thrawn—. Si no lo entiendo mal, soy intocable por tres motivos: soy un oficial, soy un no humano y provengo de los despreciables confines del Imperio. Así que la prueba para los cadetes sería ver lo creativos que llegan a ser en sus desprecios hacia mi persona, ¿verdad?

—Básicamente —dijo Eli—. Y hasta qué punto pueden acercarse a la línea sin sobrepasarla.

—¿Qué línea?

—La línea de hacer algo que no se pueda ignorar —dijo Eli, intentando pensar—. Vale, probemos esto. Alguien podría empujarlo por el borde de una pasarela y asegurar que fue usted quien tropezó con él. Pero no podría colarse en su alojamiento y averiarle el ordenador. ¿Ve la diferencia? En el segundo caso, es imposible decir que ha sido culpa suya.

—Siempre que no dijese que mi ordenador contenía datos robados que estaba intentando recuperar.

Eli se estremeció.

—No había pensado en eso. Pero sí, así funciona. Aunque en ese caso tendría que demostrar el robo de esos datos para salirse con la suya.

—-Podrían grabarlos después de colarse en mi cuarto.

—Imagino que sí —dijo Eli. Aquello mejoraba por momentos—. Parece que tendremos que andarnos con pies de plomo durante los próximos tres meses.

Thrawn se quedó callado unos cuantos pasos más.

—Imagino que eso debe ser otra expresión hecha. Quizá no tendrías que andarte con pies de plomos si no fueras conmigo al lado.

—Sí, bueno, eso debería haberlo pensado antes de pedirle al Emperador que me nombrase su intérprete personal —dijo Eli, con amargura—. ¿Quiere llamar al palacio y decirles que ha cambiado de idea?

—Sigo necesitando tus servicios —dijo Thrawn—. Pero podrías sumarte a los demás en sus exhibiciones de desprecio hacia mí.

Eli frunció el ceño.

—¿Qué me está contando?

—¿Cómo dices?

Eli puso los ojos en blanco. Había momentos que Thrawn era capaz de interpretar las expresiones hechas, en otros estaba completamente perdido.

—Quiero decir que me lo repita. O que se explique.

—¿Mis palabras no han sido claras? Muy bien. Puedes dejarle claro a los demás que solo soy tu trabajo. Un encargo al que te resististe y que detestas profundamente.

—Este trabajo no me disgusta —protestó Eli, y la mentira educada afloró automáticamente de sus labios—. Y usted tampoco me disgusta.

—¿No? —contestó Thrawn—. Por culpa mía te sacaron de tu nave y te metieron en esta academia, que te asusta.

Eli sintió que algo se removía en su interior.

—¿Quién ha dicho que estoy asustado? —preguntó—. No tengo miedo. Pero no me entusiasma la idea de pasar mi último trimestre con un puñado de esnobs de los Mundos del Núcleo, eso es todo.

—Celebro oírlo —dijo Thrawn, muy serio—. Lo soportaremos juntos.

—Sí —dijo Eli, frunciendo el ceño. ¿Acababa de manipularlo para que le diera su apoyo ante cualquier mochuelo que la Academia Real pudiera intentar cargarles? Le parecía que sí.

Aunque eso no significaba que no se pudiera desdecir cuando quisiera. Lo que podía suceder fácilmente.

—Estoy deseando verlo —dijo—. Cambiando de tema, ¿de verdad conoció al general Skywalker?

—Sí —dijo Thrawn, en un tono más distante—. Fue muy interesante.

—¿Nada más? ¿Es todo lo que piensa decirme? ¿Qué fue *interesante*?

—Por ahora —dijo Thrawn—. Puede que volvamos a hablar de ello más adelante —Abrió la mano y miró su nueva placa de rango—. No puedo evitar ser no humano ni provenir de una región poco respetada, pero quizá será mejor que mantengamos esto en secreto. —Se guardó la placa dentro de la túnica.

Eli asintió.

—Por mí perfecto.

Frente a ellos, el droide ratón rodó hasta la fachada de un edificio de tres plantas y se detuvo, esperando que alguien abriera la puerta.

—Supongo que ya hemos llegado —dijo Eli—. Veamos qué nos han mandado del Almirantazgo.

—Y después le echaremos un vistazo a nuestros horarios y tareas —dijo Thrawn—. Y nos prepararemos lo mejor que podamos para las acometidas.

Eli suspiró.

—Sí. Eso también.

CAPÍTULO IV

Hasta cierto punto, la dirección del camino que uno ha elegido determina automáticamente aquellos otros caminos con los que puede cruzarse. El camino de un guerrero se cruzará por igual con el de otros guerreros, aliados y enemigos. El camino de un obrero se cruzará con el de otros obreros.

Pero, como en los juegos de cartas o dados, a veces se producen cruces inesperados. Algunos son causados por el azar, otros por designios, otros por cambios en los propios objetivos.

Algunos son provocados por la malicia.

Esas manipulaciones pueden resultar efectivas a corto plazo. Pero las consecuencias a largo plazo pueden ser peligrosamente difíciles de predecir.

El camino de Arihnda Pryce es un ejemplo de esto. Un análisis profundo y perspicaz de su caso puede servir de valiosa lección. Y como advertencia aún más valiosa.

. . .

—¿Señora Pryce?

Arihnda Pryce se detuvo y se dio la vuelta. Arik Uvis corría por el largo pasillo hacia ella, con un datapad en la mano y una expresión sombría en la cara.

Arihnda frunció el ceño. Uvis, con sus preguntas o comentarios de cabeza de alcornoque, no era precisamente lo que más le apetecía soportar en aquel momento.

Pero el hombre no iba a marcharse y el edificio de Minería Pryce era demasiado pequeño para poder darle esquinazo todo el día. Lo mejor era acabar con aquello cuanto antes.

Uvis llegó hasta ella y se detuvo.

—Señora Pryce —repitió, respirando con ciertas dificultades. Era un hombre en mitad de la treintena, de edad parecida a la de la propia Arihnda, aunque su estado físico era mucho peor—. Celebro haberla alcanzado.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Uvis? —preguntó Arihnda, manteniendo un tono y expresión neutros.

—He oído rumores de que su padre acaba de descubrir un filón desconocido de doonio —dijo Uvis—. ¿Es eso cierto?

—Sí —dijo Arihnda, preguntándose taciturnamente quién habría permitido que la noticia se filtrase. El doonio era uno de los metales más duros conocidos, lo que lo convertía en un componente clave para la fabricación de los cascos de naves de guerra. Y el reciente programa para acelerar la fabricación de naves había provocado que el precio del metal se disparase. El menor indicio de haber hallado un nuevo filón era suficiente

para generar auténtica histeria entre las refinerías y los compradores de minerales—. ¿Puedo preguntarle cómo se ha enterado?

—Eso es lo de menos —dijo Uvis—. Lo importante es que protejamos el hallazgo para explotarlo al máximo.

—Estoy segura de que mi madre ya se está ocupando de eso —le aseguró Arihnda—. Tenemos contactos entre los agentes capaces de manejar algo así.

Uvis resopló.

—No lo dudo —dijo, en un tono vagamente condescendiente—. ¿Agentes pequeños y locales que trabajan a cambio de un apretón de manos?

—No todos son pequeños —dijo Arihnda, haciendo grandes esfuerzos por ocultar su irritación. Uvis era un extranjero procedente del Núcleo que podría decirse que la administración del gobernador Azadi les había obligado a contratar hacía unos seis meses estándar. Los viajes que Uvis había hecho a Ciudad Capital durante ese tiempo se podían contar con los dedos de una mano. No solo lo desconocía prácticamente todo sobre Lothal, sino que parecía carecer del menor interés por conocerlo—. Pero ¿qué pasa si lo son? Si no hay ninguno capaz de asumir la contrata solo, tendremos que cerrar tratos con dos, tres o cuatro. Aquí todo el mundo se conoce.

—Y no me cabe duda de que es el sistema perfecto para un mundo cualquiera del Borde Exterior —dijo Uvis, agotándosele la paciencia—. Pero algunos de nosotros tenemos ambiciones más altas para Lothal.

Arihnda resopló entre dientes. Ambiciones para un vertedero como Lothal. Genial.

—Le deseo suerte.

—Lo digo en serio —insistió Uvis—. Ahora que tenemos un filón de doonio…

—*Nosotros* tenemos el filón —le cortó Arihnda—. Minería Pryce. Ni usted ni Lothal. Es *nuestro.*

—Bien —dijo Uvis—. Pero recuerde que la administración del gobernador y yo estamos incluidos en ese *nosotros.* Somos socios suyos, ¿lo recuerda?

—No por mucho tiempo —dijo Arihnda—. En cuanto el doonio empiece a dar beneficios, les compraremos su parte. Podemos hacerlo… lo dice el contrato.

—El contrato no preveía algo así. —Uvis respiró hondo—. Mire, Arihnda, esta es la cuestión. Sí, ahora son ricos, más de lo que jamás habían soñado. Eso significa que están ante su gran oportunidad. No solo Minería Pryce, sino también usted, personalmente.

—Sin duda —dijo Arihnda, intentando sonar sarcástica. Aunque no acabó de lograrlo.

Porque Uvis tenía razón. Aquel tipo de riqueza repentina le podía permitir salir de allí de una vez por todas. No solo de la empresa familiar, sino también del propio Lothal.

—Pero esto también llamará la atención y no necesariamente en el buen sentido —prosiguió Uvis—. Necesita…

Se calló cuando apareció una ithoriana cabezamartillo tras un recodo y pasó corriendo junto a ellos portando un montón de tarjetas de datos en las manos. Era sobrina de alguien, recordó vagamente Arihnda, y trabajaba de prácticas desde hacía dos semanas. La ithoriana gruñó «buenos días» y desapareció tras la siguiente esquina.

—Necesita apoyo —dijo Uvis—. Más que eso, necesita protección. El gobernador Azadi puede proporcionárselos.

La vaga idea de marcharse por fin de Lothal se esfumó entre una repentina nube de sospechas.

—¿Protección? —contestó—. ¿No querrá decir adquisición?

—No, claro que no —protestó Uvis.

—¿En serio? Porque ya hemos oído eso antes. Otros han venido a Lothal, muchos, buscando la forma de sacarnos de la miseria, mientras se hacían ricos, casualmente. Antes o después, todos terminan descubriendo que la gente aquí es testaruda y muy fiel a sus tradiciones, que no nos interesa que los petulantes del Núcleo nos digan qué debemos hacer.

—-Me alegro de que Lothal haya asumido su mediocridad —gruñó Uvis—. Pero ese modelo está agotado. Los petulantes volverán y esta vez para quedarse. Y comerán peces pequeños como Minería Pryce para desayunar.

—No me amenace, Uvis —le advirtió ella.

—No la estoy amenazando. Solo intento decirle que todo va a cambiar. Una gran corporación minera tiene docenas de maneras de lanzarse sobre una pequeña explotación como la suya y hacerse con ella o dejarla seca. Yo no quiero eso, usted no quiere eso y el gobernador Azadi, evidentemente, tampoco quiere eso.

Arihnda tuvo que esforzarse para recuperar el control de sus emociones. ¿Así que Uvis ya le había contado lo del doonio a Azadi?

Maldición. En una comunidad tan unida como la de Ciudad Capital aquello significaba que se habían enterado la mitad de sus habitantes. Y si lo sabía la mitad de los habitantes, una cuarta parte de los extranjeros probablemente también.

—Supongo que tienen alguna solución en mente.

—La tenemos —le aseguró Uvis—. Para empezar, usted le vende al gobernador otro veintiún por ciento de Minería Pryce. Eso…

—¿Qué? —preguntó Arihnda, notando que se quedaba boquiabierta—. Ni hablar. No conseguirán una participación mayoritaria.

—Es la única manera de quitarles de encima a alguna megaempresa depredadora —dijo Uvis—. Con el poder y la administración del gobernador Azadi como escudo, podemos hacer tratos con *auténticas* refinerías, de las que tienen dinero e influencias…

—No —dijo Arihnda, secamente.

Uvis respiró hondo.

—Soy consciente de que es un gran paso —dijo, suavizando el tono—. Pero es la única manera…

—He dicho que *no* —repitió Arihnda.

—Como mínimo, debe trasladarle la oferta del gobernador a sus padres —insistió Uvis—. A su madre, al menos. Como administradora general debe saber…

—¿Qué parte del *no* se le escapa?

La expresión de Uvis se ensombreció.

—Si no lo hace usted, lo haré yo personalmente.

—No, usted lo que va a hacer es desaparecer de mi vista —le dijo Arihnda—. De hecho, puede salir de nuestras instalaciones inmediatamente.

Uvis resopló.

—Por favor. Soy propietario del treinta por ciento de Minería Pryce. No me puede echar así.

—La familia Pryce posee el otro setenta por ciento —replicó Arihnda— y los droides guardias nos obedecen.

Se quedaron mirando un buen rato. Finalmente, Uvis inclinó la cabeza.

—Muy bien, señora Pryce. Pero escúcheme, puede quedarse sentada en su mundito mugriento, como una gran rana en un charquito fangoso, y creer que se puede enfrentar sola a toda la galaxia. Pero no puede. Cuanto antes lo entienda, menos perderá —arqueó las cejas—. Igual que sus padres.

—Adiós, señor Uvis —dijo Arihnda.

—Adiós, señora Pryce. Llámame cuando entre en razón.

Uvis se había marchado. Pero las nubes que había dejado sobre Arihnda se quedaron.

Ese día, pensó en ir a ver a su madre y contarle la advertencia y la oferta de Uvis una docena de veces. Pero siempre terminó decidiendo no hacerlo. La mina había sido propiedad de la familia prácticamente desde la época de los primeros asentamientos del planeta y sabía que sus padres preferían caer peleando a rendirse.

La mina, las tierras y la explotación les pertenecían de pleno derecho. Más aún, el sistema judicial de Lothal, donde se litigaban todas las denuncias, estaba plagado de parientes, proveedores, clientes, amigos y amigos de amigos. Una de las ventajas de vivir en un mundo apartado y aletargado. Poco importaba lo que intentasen hacerles las empresas, los chupatintas o la interesada administración del gobernador, podrían capear el temporal.

Se quedó trabajando hasta tarde, terminó la clasificación de datos del día y esbozó un comunicado para el momento en que sus padres decidieran dar la noticia. El mero hecho de que la mitad de Lothal lo supiera ya no significaba que no fueran a emitir un comunicado oficial.

Ya casi había anochecido cuando por fin se marchó de la oficina. Se fue a casa, condujo más lentamente que de costumbre, observó los colores del cielo al atardecer y contempló el reflejo de la luz en los arbustos y las intrincadas estructuras de piedra que flanqueaban la carretera. Las luces de los edificios de Ciudad Capital se acercaban por el horizonte, con un brillo más suave y blanco que los rojos y rosas de la puesta de sol. Desde algún punto lejano le llegaron los alegres gritos de niños jugando. Más lejos vio un par de aerodeslizadores, probablemente pilotados por adolescentes que exhibían sus

habilidades surcando las suaves colinas cubiertas de hierba rumbo al sol poniente. Aquel era el tipo de belleza primitiva de la que alardeaba la publicidad turística de su mundo.

Arihnda la detestaba.

No siempre había sido así. Durante un tiempo, de niña, adoró la vida tranquila, los grandes espacios abiertos y la compañía de niños de tantas otras especies y procedencias. Pero en su adolescencia había empezado a ver la tranquilidad como hastío, los espacios abiertos como falta de cultura y emociones, y las relaciones sociales como agobiantes y aburridas. A menudo, despierta en la cama, miraba las estrellas por la ventana y deseaba con todo su corazón poder escaparse a algún mundo *real*, un lugar con emociones, luces intensas y gente sofisticada.

Pero no lo había logrado. Y cuando había pasado la adolescencia y se había introducido en las responsabilidades de la edad adulta, supo que jamás lo lograría.

El dolor y la frustración por aquello se habían aplacado un poco en la última década, pero no habían desaparecido del todo. Seguía detestando la vida que tenía allí, pero era un odio familiar y constante, como un dolor sordo que nunca termina de sanar.

Redujo un poco más la velocidad del aerodeslizador y contempló el juego de luces de la ciudad y el atardecer. Sospechaba que muchos de los habitantes de mundos con emociones y luces intensas no veían nunca el horizonte, mucho menos la puesta de sol.

Aunque esas cosas debían importarles muy poco. Si viviera allí, dudaba que a ella tampoco le importaran.

¿Acaso Uvis tenía razón cuando decía que aquellos depósitos de doonio podían ser la oportunidad de escapar para siempre?

Resopló. Por supuesto que no. Toda su palabrería había sido un juego psicológico, pensado para distraerla de sus intentos por convencerla de que les cediese el control de la empresa.

Que lo intentase si quería. Arihnda no disfrutaba particularmente con su vida allí, pero era *su* vida y Minería Pryce era *su* empresa y mandaría a Uvis al infierno antes de permitir que nadie se la robase.

Los últimos matices de color se habían disipado y ya estaba metiendo su aerodeslizador en el garaje cuando su comunicador emitió un pitido. Miró quién la llamaba, vio que era su padre y lo activó.

—Hola, padre —lo saludó—. ¿Qué pasa?

—Arihnda, tienes que ir a comisaría ahora mismo —le dijo Talmoor Pryce, con una voz prácticamente irreconocible—. Han detenido a tu madre.

Arihnda quedó estupefacta.

—*¿Qué?* ¿Pero por qué? ¿Quién lo ha ordenado?

—La denuncia la ha hecho la administración del gobernador —dijo Talmoor, con la respiración entrecortada—. La acusan de malversación.

Talmoor Pryce se había pasado la vida trabajando en la mina familiar y Arihnda lo había visto actuar con serenidad y determinación en docenas de situaciones críticas. Pero aquella crisis no tenía relación con la mina y era evidente que, para variar, no tenía la menor idea de qué hacer.

La policía tampoco parecía saber qué hacer. Talmoor y Arihnda conocían personalmente a muchos de los agentes, pero ahora aquellos contactos no bastaban para suavizar las cosas, ni siquiera para reducir el papeleo burocrático. La policía solo podía decirles que Elainye estaba detenida, que se había denegado la solicitud de libertad con fianza y que tenían órdenes de no permitirle visitas. No les dijeron quién había dado aquella orden, pero provenía de la administración del gobernador.

Arihnda sabía bien quién estaba detrás de todo aquello.

—Arik Uvis trabaja para la administración del gobernador Azadi —comentó Talmoor, al salir de la comisaría con Arihnda—. Quizá pueda ayudarnos.

—Quizá —dijo Arihnda, sintiendo una breve punzada de culpa derritiendo el hielo que se había formado en su alma. Se daba cuenta de que debía haberles contado a sus padres su última conversación con Uvis. Como mínimo no habrían quedado tan profundamente desconcertados por aquel ataque cobarde—. Iré a verle en cuanto te deje en casa.

—Gracias, pero estoy bien —dijo Talmoor—. Podemos ir juntos.

—Creo que deberías irte a casa, de verdad —insistió Arihnda. Empezaba a formarse un plan en su cabeza, de los que salían mejor sin testigos—. Barkin va a insistir en lo de la fianza. Si lo consigue, no querrás estar en la otra punta de Ciudad Capital mientras madre espera que vayas a buscarla.

—Supongo que tienes razón —reconoció Talmoor—. Me contarás lo que te diga Uvis, ¿verdad?

—Claro —prometió Arihnda—. Aunque no espero gran cosa. Intenta dormir un poco, ¿vale?

—Lo intentaré —La miró y entornó un poco los ojos—. Ten cuidado, Arihnda.

—Tranquilo —aseguró Arihnda, con aire taciturno—. Lo tendré.

Que el senador Domus Renking estuviera en Lothal, en vez de en el remoto mundo de Coruscant, donde pasaba la mayor parte del tiempo, fue un auténtico golpe de suerte. Según sus comunicados de prensa, había regresado a su planeta natal para unas cortas vacaciones y para asistir a algunas reuniones con el gobernador Azadi y otros destacados líderes políticos e industriales. Su marcha estaba programada para dentro de dos días.

Arihnda llegó a las nueve de la mañana en punto, cuando abría la oficina de Renking, y le dijo su nombre y el motivo de su visita a la sonriente recepcionista. Al cabo de dos horas, la hicieron pasar.

—Señora Pryce —Renking la recibió de pie, en señal de cortesía, cuando entró—. Siéntese, por favor.

—Gracias, senador —dijo Arihnda, pasando entre los dos guardias que flanqueaban la puerta y dirigiéndose a la silla que había frente al escritorio de Renking—. Le agradezco que me reciba.

—Supongo que era inevitable —dijo Renking, con una sonrisa, y esperó a que ella se hubiera sentado para volver a su silla—. Tengo entendido que su madre, Elainye, ha sido detenida por malversación.

—Sí, así es —dijo Arihnda—. Pero es inocente.

Renking se reclinó en su asiento.

—Cuénteme.

—Sí, senador —Arihnda activó su datapad y abrió el primer archivo—. Para empezar, las cuentas de mi madre —dijo, dejando el datapad sobre la mesa y volviéndose para mirar al senador—. Verá que no hay grandes ingresos en sus cuentas. Si malversó, el dinero tuvo que ir a alguna parte.

—Pudo abrir una cuenta secreta —comentó Renking—. Quizá fuera del planeta, incluso.

—Es verdad —dijo Arihnda—. Pero si malversó, esos fondos deberían provenir de Minería Pryce. Lo he revisado todo en la empresa, he revisado todos los asuntos a los que tenía acceso. No hay rastro de dinero, créditos ni recursos desaparecidos. Ni ninguna transacción virtual tampoco.

—Que usted haya podido encontrar.

—Conozco el sistema informático de Minería Pryce mejor que mi madre —dijo Arihnda—. Es imposible que haya hecho nada que yo no pueda descubrir.

—Hum —dijo Renking—. Imagino que se da cuenta de qué parece esto.

—Sí, pero yo tampoco malversé nada —dijo Arihnda, abriendo otro archivo en su datapad—. Estas son las cuentas de beneficios de la empresa en los últimos dos años. Puede ver que hay altibajos regulares durante este tiempo.

—Fluctuaciones del mercado galáctico —dijo Renking, asintiendo—. Pasa en todos los sectores. ¿Qué quiere decir?

—Puede ver una pauta que se repite —dijo Arihnda—. Cae aquí, aquí y aquí. Si hubiera malversación, probablemente habría calculado un momento adecuado para que pasase desapercibido.

—Dice que si hubiera malversación… tenía entendido que la administración del gobernador Azadi ha confirmado la desaparición de fondos.

—Eso he oído —dijo Arihnda, intentando no desanimarse mientras tecleaba el datapad. Ahora venía lo complicado—. Pero puede no ser algo tan sencillo como una desaparición de fondos. Aquí hay un vídeo de seguridad de una fiesta que dimos en la empresa hace dos semanas, justo en medio de la última caída financiera —señaló a un ser de cara ancha con mentón peludo y ojos separados, vestido con una túnica marrón oscuro—. ¿Ve a esa lutrilliana de ahí?

—Sí.

—Es Pomi Harchmak —dijo Arihnda—. Se ocupa del inventario del material pesado. Sus cuentas son independientes de las cuentas principales de fondos operativos. Mire… ahí. ¿Ve que abandona la sala en pleno apogeo de la fiesta?

—Sí —dijo Renking—. ¿Dónde conduce ese pasillo?

—A la zona de oficinas. Su escritorio está allí, desde donde puede acceder a todo el sistema de inventario. Ah, nos acababa de llegar un pedido de cabezas excavadoras y estaba previsto que los fondos salieran la mañana siguiente. El momento perfecto para actuar.

—También era un momento perfecto para que alguien que está en una fiesta fuera al servicio —comentó Renking—. ¿Por qué cree que no es eso?

—Porque sale tres veces más en las siguientes dos horas y está fuera un mínimo de diez minutos cada vez —dijo Arihnda.

—¿Y qué tiene eso que ver con la denuncia a su madre?

—Porque así funcionan las transacciones financieras aquí. No sé cómo será en Coruscant, pero en Lothal las transacciones de fondos seguras suelen requerir dos o tres gestiones y sus códigos de autorización a veces rebotan de un lado para otro durante más de una hora.

Renking resopló.

—Eso es bastante ineficaz.

—Extremadamente ineficaz —coincidió amargamente Arihnda. Era otro de los peculiares planteamientos vitales de Lothal que la exasperaban—. Pero no podemos remediarlo. Los bancos y los proveedores tienen su propia manera de funcionar y ni unos ni otros son demasiado partidarios de dejarlo todo en manos de computadoras o droides. Todo el mundo quiere tener acceso personal a las grandes transacciones.

—Sí, suena muy propio de Lothal —admitió Renking. Acercó un dedo al datapad—. ¿Puedo?

—Claro.

Tecleó el datapad para acelerar la reproducción. Por lo que Arihnda veía, no sospechaba que lo que acababa de contarle fuese otra cosa que la verdad.

Y lo era, realmente… aunque Arihnda recordaba que su madre le había mencionado aquel mismo día que Pomi Harchmak había sufrido problemas digestivos. Lo que significaba, casi con toda seguridad, que todas aquellas desapariciones habían sido al baño.

Puede que Harchmak fuese inocente. Puede que no hubiera desaparecido ningún fondo y Uvis solo estuviera ensayando una burda maniobra para hacerse con el control de la empresa. O quizá los problemas estomacales habían sido una treta, una excusa, y Harchmak era realmente culpable.

Arihnda no lo sabía. Tampoco le importaba. Lo único que le importaba era apartar las sospechas de su madre y convencer a Renking de que interviniera. Cuando lo hiciera, la culpabilidad o inocencia de Harchmak serían problema suyo.

—¿Puedo hacer copia de todo esto? —preguntó Renking.

—Ya se la he hecho —dijo Arihnda, sacando una tarjeta de datos de su bolsillo y dejándola sobre la mesa.

Renking sonrió al recogerla.

—Tiene una gran seguridad en sí misma, ¿verdad?

—Justo lo contrario —dijo Arihnda—. Si no lograba que me recibiera en persona, pensé que quizá aceptaría ver, al menos, las pruebas que he recopilado.

—Celebro haberle dedicado un momento —dijo Renking—. Discúlpeme un segundo.

Terminó de mirar la grabación de seguridad, empujó en silencio el datapad hacia Arihnda y se volvió hacia su ordenador. Pasó unos minutos tecleando y mirando la pantalla. Arihnda se quedó donde estaba, intentando descifrar sus expresiones, en vano.

Finalmente, apretó una tecla y se dio la vuelta para mirar a Arihnda.

—Esta es la situación —dijo, en tono grave—. Primero, tal como están las cosas, no puedo hacer que retiren los cargos de malversación.

Arihnda se lo quedó mirando, boquiabierta. No era la respuesta que esperaba.

—¿Y qué pasa con Harchmak? Acabo de demostrarle que hay otra sospechosa como mínimo tan viable como mi madre.

—Oh, sí, viable es, sin duda —coincidió Renking—. Y no dudo que será detenida en cuanto le traslade esto a la policía, pero el gobernador Azadi no liberará a su madre sin pruebas de su inocencia.

—¿Y no podemos sacarla bajo fianza, al menos?

—¿No lo entiende? —preguntó Renking, mirándola raro—. Azadi intenta hacerse con Minería Pryce.

—¿Azadi… o Uvis?

—¿Acaso importa?

—Probablemente no —reconoció Arihnda—. Por eso he acudido a usted, en vez de ir a contárselo a él. Esperaba que pudiera detenerlo, si le proporcionaba suficiente munición. ¿Me está diciendo que no puede?

Renking arqueó las cejas.

—¿Por qué cree que quiero detenerlo? ¿Por qué cree que no formo parte del plan?

Arihnda frunció los labios. ¿Por qué lo pensaba?

—Porque si formase parte de la trama, no la habría mencionado. Se habría callado o me habría animado a cerrar un acuerdo de venta.

—Muy bien —dijo Renking, dedicándole una sonrisita—. Tiene razón, hay cierta… rivalidad entre el gobernador y yo. Y sí que podría ayudar a su madre de una manera. Aunque no creo que le guste.

—Le escucho.

—Puedo lograr que retiren los cargos.

—De momento suena bien —dijo Arihnda—. ¿Y qué pasa con la empresa?

—Eso es lo que no le va a gustar. Tendrá que cederle la mina al Imperio.

Arihnda ya sospechaba que iba a decir algo así. De todas formas, sintió aquellas palabras como un puñetazo en el hígado.

—El Imperio.

Renking estiró las manos, con las palmas hacia arriba.

—Va a perder la mina, Arihnda —le dijo—. A manos de Azadi o del Imperio.

—Por el doonio.

—Básicamente —dijo Renking—. Tenga presente que Coruscant puede quitárselo por decreto, sin compensación alguna. Ahora mismo, prefieren portarse bien con esta parte del Borde Exterior, pero esa moderación no durará eternamente. Así, como mínimo, sacará a su madre de la cárcel y tanto usted como su familia tendrán trabajo.

Arihnda negó con la cabeza.

—No creo que quieran explotar la mina para otro.

—Oh, no me refería a dejarlos aquí —le dijo Renking—. Ni en Minería Pryce ni en Lothal. El gobernador Azadi es un hombre vengativo y mientras estén bajo su jurisdicción se sentirá tentado de fastidiarlos, por puro rencor. Afortunadamente, conozco una mina en Batonn que necesita un subdirector y un capataz experimentados. Tengo la oferta.

Arihnda sonrió levemente.

—Las dos horas que me ha tenido esperando fuera.

Renking se encogió de hombros.

—Entre otros asuntos. Por desgracia, por el momento, no hay un puesto en administración para usted, pero el propietario dice que puede colocarla en inventario, hasta que surja algo mejor.

—Entiendo —dijo Arihnda, mirándolo fijamente. Lothal era un hervidero de intrigas políticas y con los años había aprendido a sortearlas. Si las cosas funcionaban de la misma manera en el Imperio…—. Supongo que me podría quedar en Lothal hasta entonces.

—No se lo aconsejo —dijo Renking, rápidamente—. No con Azadi molesto con usted.

—¿Molesto conmigo?

Renking torció los labios en una leve sonrisa.

—Bueno, conmigo —admitió.

—Puede que también intentase presionarme a mí —dijo Arihnda lentamente, como si acabase de caer en la cuenta—. Eso no nos conviene ni a usted ni a mí.

—No —dijo Renking, con una mezcla de divertimento y resignación en la cara—. Vamos al grano. ¿Qué quiere, exactamente?

—Quiero ir a Coruscant. Seguro que tiene centenares de buenos puestos de asistente en oferta. Quiero uno.

—¿A cambio de qué? —preguntó Renking—. Los favores deben ser mutuos.

—A cambio de no causar problemas cuando el Imperio se haga con el control de Minería Pryce —dijo Arihnda—. Puede que haya olvidado cómo es la gente de por aquí, pero no les gustará una absorción tan descarada.

—Oh, lo recuerdo perfectamente —le aseguró Renking—. ¿Por qué cree que lo hago así, en vez de limitarme a dejar que el Imperio intervenga y le corte las alas a Azadi? Lothal es como todos los planetas fronterizos del Borde Exterior, rebelde y un potencial grano en el trasero.

—Aunque ¿por un nuevo filón de doonio merece la pena afrontar esos problemas?

—Mucho más que eso. —Renking respiró hondo, mirándola fijamente—. Muy bien. Resulta que podría ofrecerle un trabajo en Coruscant. Hay una vacante en una de mis oficinas de asistencia al ciudadano.

—¿Qué es eso?

—Mi tarea es representar los intereses de Lothal en Coruscant —explicó Renking—. Eso incluye a los ciudadanos de visita y los que trabajan temporalmente allí. Pues bien, resulta que hay un contingente considerable de conciudadanos nuestros trabajando en las minas de Coruscant.

La sorpresa de Arihnda debió ser evidente porque Renking sonrió.

—No son minas de verdad, como la suya, claro —dijo—. Estas son más bien explotaciones de reciclaje, donde excavan escombros, chatarra y otros residuos vertidos durante siglos junto a los cimientos de las antiguas plantas industriales. El contingente de Lothal cambia constantemente, así que tengo una oficina de asistencia allí para ayudarlos con cuestiones de alojamiento y darles orientación en general, además de echarles una mano con el laberinto burocrático de Coruscant.

—¿De cuánta gente estamos hablando?

—Ahora mismo, cerca de quinientos —dijo Renking—. Pero hay mineros y personal de apoyo de otra docena de mundos del Borde Exterior que trabajan en esas explotaciones de reciclaje. En total deben ser unos diez mil o más. Tengo personal que sabe de burocracia, pero nadie que sepa de minas ni que conozca las necesidades ni el lenguaje de los mineros. Creo que me vendrá muy bien.

—No tengo la menor duda —dijo Arihnda—. ¿Dónde me alojaría y cuál sería mi salario? ¿Y cuándo quiere que me marche de Lothal?

—El alojamiento sería modesto, pero el salario sería mucho mayor que aquí —dijo Renking, estudiando su cara—. Lo suficiente para mantener su estilo de vida actual, incluso con los precios de Coruscant. En cuanto a lo de marcharse, puedo llevarla yo mismo en cuanto cierren el acuerdo con el Imperio por Minería Pryce. A no ser que antes quiera dejar a sus padres instalados en Batonn, claro.

—Probablemente será lo mejor —dijo Arihnda—. Siempre que pueda convencerlos para que acepten este plan, claro.

—Espero que pueda, por su propio bien —le advirtió Renking, en un tono más sombrío—. Es eso o que su madre acabe trabajando en las minas de Kessel.

—Sí, será mejor que vaya a hablar con ellos. —Arihnda se levantó y se guardó el datapad en el bolsillo—. Supongo que puede levantar la prohibición de visitar a mi madre, ¿verdad?

—Daré la orden en cuanto se marche.

—Gracias —dijo Arihnda—. Seguiré en contacto con usted.

Al cabo de cinco minutos estaba conduciendo, con la mente bullendo de pensamientos y sensaciones contradictorias. Se había terminado todo. Después de años de espera, después de años convencida que jamás sucedería, por fin se iba a marchar de Lothal. Y no solo se iba a marchar de Lothal, sino que además iba a Coruscant.

Y el único peaje a pagar eran el trabajo y la dignidad de sus padres, además del legado de varias generaciones de la familia Pryce.

Aunque tampoco es que Renking estuviera siendo altruista. Parte de su propósito al aceptar la petición velada de Arihnda era claramente dividir a la familia, lo que sofocaría cualquier desafío legal o sublevación de lugareños que pudieran querer organizar.

Pero, si dejaba las maquinaciones y tramas a un lado, había una cosa que destacaba por encima de todas las demás.

Coruscant.

De niña deseaba ver las luces, colores y grandes edificios de aquel mundo lejano. En la agitación y desesperación de su adolescencia aquella capital reluciente le parecía el paradigma de la vida que tanto anhelaba.

Ahora, cuando había renunciado ya a toda esperanza, por fin iba a instalarse en Coruscant.

Renking tenía motivos y planes propios. Igual que Arihnda.

Porque, además de luces, colores y grandes edificios, Coruscant era el primer y principal centro de poder político del Imperio. Poder que Azadi había empleado para meter a su madre en la cárcel. Poder que Renking estaba usando para que entregasen su mina al Imperio.

Poder que Arihnda algún día utilizaría para recuperarla.

Sus padres iban a aceptar las condiciones de Renking. Ella se encargaría de eso. Después se marcharía a Coruscant, a trabajar en la pequeña oficina de asistencia al ciudadano de Renking, se portaría bien y sería una empleada modelo.

Hasta el día en que diese con la manera de acabar con él.

CAPÍTULO V

No todos los rivales son necesariamente enemigos. Pero tanto enemigos como rivales poseen ciertas características comunes. Ambos perciben al contrario como un obstáculo, una oportunidad o una amenaza. A veces esa amenaza es personal. Otras es una presunta violación de estándares o normas aceptadas de su sociedad.

En su modalidad más suave, los ataques del rival son verbales.

El guerrero debe elegir a cuáles responder y cuáles ignorar.

A menudo otros toman esa decisión por él. En esos casos, la ausencia de disciplina puede disuadir al rival de continuar con sus ataques. Aunque lo más habitual es que el rival se sienta alentado a proseguir o intensificar los ataques.

Cuando los ataques pasan a ser físicos es cuando el guerrero debe tomar las decisiones más peligrosas.

. . .

—¿No lo ve? —preguntó Vanto. «*Su voz es áspera y estridente. Los gestos de su mano son amplios y expansivos. Está enfadado y frustrado*»—. Si sigue ignorando estos episodios solo empeorarán.

—¿Y cómo querías que respondiera? —preguntó Thrawn.

—Debe contárselo al comandante Deenlark —dijo Vanto. «*Su voz sigue siendo áspera, pero sus gestos se calman. El enfado remite, pero la frustración permanece*»—. Lleva solo un mes aquí y ha tenido ya altercados con cuatro cadetes.

—Tres —corrigió Thrawn—. El segundo incidente no fue intencionado.

—Eso cree usted porque desconoce el argot de los Mundos del Núcleo —dijo Vanto. «*Hace un gesto imitando el del supuesto insulto*»—. Esto no es una señal de respeto.

—He visto gestos parecidos sin mala intención.

—No en los Mundos del Núcleo —«*Vanto cruza la mano frente a su pecho, indicando negación*»—. Mire, tres o cuatro… da lo mismo. Lo importante es que no le respetan y Deenlark debe saberlo.

—¿Para qué? —preguntó Thrawn.

—Mire —«*Vanto hace una pausa, los músculos de su mandíbula se tensan y relajan mientras prepara sus palabras*»—, el Emperador en persona lo mandó aquí. Aunque nadie más lo sepa, Deenlark lo sabe. Por su bien, debe informarle. Porque si el Emperador descubre lo que está pasando y cree que Deenlark no ha hecho nada para evitarlo habrá problemas.

—El comandante Deenlark está en una mala posición estratégica —dijo Thrawn—. Si se entera y no hace nada corre el riesgo de molestar al Emperador. Si lo descubre y actúa corre el riesgo de molestar a las familias de los cadetes.

—¿Y qué haría un buen estratega?

—Lo ideal sería esperar una posición mejor u otro momento. En este caso, no puede hacer ninguna de las dos cosas.

«Vanto mira hacia la ventana. Su calor facial se disipa. Aumenta su comprensión de la situación».

—Me está diciendo que estamos atrapados.

—Solo dos meses más —dijo Thrawn—. Después nos graduaremos y nos marcharemos de aquí.

—Y se pondrá la placa de teniente —dijo Vanto. «*Vuelve la vista y señala el bolsillo donde suele estar escondida la placa. Los músculos de su cara y garganta vuelven a tensarse fugazmente. Su frustración aumenta*».

—¿Le molesta?

—¿Si me molesta el qué? —preguntó Vanto. *«Su voz se hace más profunda y áspera. Frustración, pero también resentimiento*»—. ¿Que haga cuatro años de instrucción académica en solo tres meses? ¿Y terminen dándole un rango superior al de todos los demás cadetes?

—¿Has olvidado que tengo muchos años de experiencia militar?

«*Vanto vuelve a mirar hacia otra parte».*

—Lo sé. Es solo que a veces olvido que… Lamento haber sacado el tema —*«Su cara se suaviza a medida que el resentimiento se disipa. Abre y cierra las manos brevemente, por vergüenza».*

—Entiendo —dijo Thrawn—. No te preocupes. Los incidentes terminarán cuando los agresores se envalentonen y lleguen demasiado lejos con sus actos.

«*Vanto entorna los ojos. Ahora está sorprendido, su recelo y su escepticismo aumentan».*

—¿Me está diciendo que quiere que se pasen de la raya?

—Creo que la falta de respuesta por mi parte a los ataques verbales lo hace inevitable —dijo Thrawn—. Un acto de ese tipo haría que fueran castigados por la disciplina oficial, ¿verdad?

—Probablemente —«*Vanto levanta la mano frente a él, en un gesto de confusión*»—. Pero ¿no acaba de…? Un momento, tengo una llamada —sacó su comunicador—. Cadete Vanto al habla.

Escuchó durante un minuto, sin decir nada. *«Es una voz humana, aunque ininteligible. Los músculos faciales de Vanto se tensan y su calor facial aumenta. Al principio está sorprendido por lo que oye, después se muestra precavido y por último receloso*».

—Claro, suena divertido —dijo Vanto. *«Su voz es comedida, pero no revela ni pizca de la desconfianza que muestra su expresión*»—. Contad con nosotros.

Apagó el comunicador.

—Bueno, es posible que sus deseos acaben de hacerse realidad —dijo—. Spenc Orbar y Rosita Turuy nos han invitado esta noche a una partida de cartas en el laboratorio de metalurgia, mientras realizan pruebas de corrosión en uno de los tableros de aleación.

—¿Podemos acceder libremente al laboratorio de metalurgia? —preguntó Thrawn.

—No sin un proyecto entre manos —dijo Vanto. *«Frunce los labios brevemente. Sus sospechas se transforman en certeza»*—. Que no tenemos.

—¿Y si nos invita alguien con un proyecto en marcha?

—No puede ser —dijo Vanto—. En los grandes laboratorios no. Si nos pilla algún instructor u oficial no le hará ninguna gracia. Y si la partida de cartas incluye apuestas peor aún. Jugar con créditos está estrictamente prohibido.

—Eso nos garantiza que no intentarán ese tipo de trampa.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque si nos acusan de apostar, también los acusarán a ellos —dijo Thrawn.

Vanto negó con la raheza.

—Sigue sin entender cómo funcionan las cosas aquí, ¿verdad? —*«Su calor facial aumenta; también crece su tensión muscular. Vuelve a mostrarse frustrado»*—. La familia de Orbar es de aquí, de Coruscant. Peor aún, está relacionada con el senador del planeta. Probablemente se puede permitir cualquier cosa que no llegue al asesinato sin ser expulsado.

—En ese caso, nos negaremos apostar.

«Vanto exhala sonoramente».

—Piensa ir, ¿verdad? —*«Su voz es más serena, indicando aceptación reticente»*.

—Nos han invitado —le recordó Thrawn—. Tú puedes quedarte, si quieres.

—Oh, quiero quedarme, claro que quiero —dijo Vanto—. Pero no creo que el Emperador me diese este destino para que lo deje vagar por ahí solo. Además, así descubriré qué planea Orbar —*«Gira la cabeza unos grados hacia un lado. Está intrigado, o quizá perplejo»*—. ¿Así es cómo lo hacen los chiss? ¿Ven una trampa y se lanzan a ella? No es eso lo que cuentan las leyendas…

—Harías bien en no creerte a pies juntillas esas historias —le dijo Thrawn—. Algunas están tan distorsionadas que no queda nada de verdad en ellas. Algunas hablan solo de victorias, sin mencionar las derrotas. Otras se han elaborado expresamente para crear falsas impresiones en el oyente.

—¿Y esta de qué tipo es?

—A veces meterse de lleno en la trampa es la mejor estrategia —dijo Thrawn—. Hay muy pocas trampas que uno no pueda volver contra los que la han tendido. ¿Qué juego de cartas sugieren?

—Se llama Desafío Alpino —dijo Vanto. *«¿Aceptación resignada?»*—. Vamos… creo que hay una baraja en el salón. Le enseñaré a jugar.

—Supongo que os preguntáis —dijo Orbar, mientras repartía la primera mano— por qué os hemos invitado esta noche.

—Dijiste que para jugar a las cartas —dijo Eli, mirándolo fijamente. Tanto Orbar como Turuy estaban actuando cordialmente; habían saludado a Eli y Thrawn en la puerta y habían armado un gran escándalo para preparar su prueba de corrosión, pero luego habían acercado cuatro sillas a una de las mesas del laboratorio y habían sacado las cartas.

Pero su cortesía y cordialidad no eran auténticas.

A lo mejor Thrawn no era capaz aún de percibir las sutilezas de las expresiones humanas, Pero Eli sí podía. Llevaba recibiendo su buena dosis de sonrisas irónicas y comentarios susurrados desde el día que habían llegado y había desarrollado un afiladísimo sexto sentido para detectar cuando estaban a punto de lanzarle alguna puya, hacerle una broma o insultarlo.

Y no había la menor duda de que Orbar y Turuy tramaban alguna de aquellas tres cosas. O algo peor.

Como mínimo no era la cuestión de las apuestas que Eli se temía. Turuy se había escandalizado un poco cuando Eli le dijo que ni Thrawn ni él podían permitirse gastar créditos en apuestas y tanto Orbar como ella lo habían aceptado con expresiones burlonas y desdén mal disimulado.

Pero habían protestado poco y se habían rendido con demasiada facilidad. Tramaban otra cosa.

Hizo una mueca. Meterse en una trampa desconocida. ¿De verdad los chiss hacían aquellas cosas?

—Oh, claro, la partida era una parte —dijo Orbar, terminando de repartir y recogiendo sus cartas—. Las pruebas de corrosión son aburridas y terminas cansándote de las partidas entre dos —desvió la mirada hacia Thrawn—. Pero sobre todo quería aprovechar los conocimientos de tu amigo.

—¿Sobre qué? —preguntó Thrawn, entrecerrando levemente sus brillantes ojos rojos, mientras miraba las cartas con cautela, como le había enseñado Eli.

—Táctica y estrategia —dijo Orbar—. Estamos teniendo algunas dificultades con un par de clases de simulación de combate y he pensado que tú, con toda tu experiencia militar…

—Como mínimo, eso nos han contado… —dijo Turuy, sonriendo. Aquella noche sonreía demasiado.

—Sí —dijo Orbar—. Pensamos que podrías ayudarnos.

—Me gusta compartir mi experiencia —dijo Thrawn—. ¿Tenéis alguna pregunta concreta?

—Me interesan las trampas —dijo Orbar, en un tono excesivamente despreocupado—. Piensa en las cartas, por ejemplo. Si tengo una Vía Real ninguno de vosotros puede ganarme. Pero no lo sabréis hasta que ya sea demasiado tarde. ¿Cómo te prepararías para ese tipo de situación?

—Uno debe analizar primero sus probabilidades —dijo Thrawn—. Una Vía Real es imbatible, pero no olvides que hay otras tres en la baraja. Cualquiera de ellas igualaría la tuya y os dejaría en tablas.

Turuy resopló.

—¿Tienes idea de las probabilidades que hay de que aparezcan dos Vías Reales en la misma mano? —preguntó.

—Parecidas a las de que haya una —comentó Thrawn—. Pero, como decís, esas manos son inusuales. Es más probable que tengas una Vía del Príncipe, como mucho; o un Cubo, o una Tríada. En ese caso, lo que definías como trampa se podría calificar más bien de simple batalla —sus ojos brillaron—. O de farol.

—Vale, estás eludiendo la pregunta —dijo Orbar—. Te he preguntado qué harías si tuviera una Vía Real. No te pedía una disertación sobre teoría del juego.

—Supongamos que tuvieras las cartas que dices —dijo Thrawn—. Como te he dicho ya, incluso en ese caso, tus posibilidades de éxito también dependen de las cartas que tenga yo —levantó ligeramente sus cartas—. Algo que desconoces.

—Partimos de la premisa de que mi mano es imbatible.

—No existe ninguna mano imbatible —dijo secamente Thrawn—. Como he sugerido antes, podría tener otra Vía Real. En ese caso, un enfrentamiento conduciría a la destrucción mutua. La mejor opción para ti sería desafiar a otro jugador.

Orbar miró a Eli.

—Siempre que haya otro objetivo que valga la pena.

—Es verdad —dijo Thrawn—. Pero la destrucción mutua nunca es la mejor opción —señaló alrededor de la mesa—. Todavía no has desafiado a nadie. Aún estás a tiempo de elegir a otro.

—Ninguno me daría tanta satisfacción —dijo Orbar, con una leve sonrisa.

—Como desees —dijo Thrawn, encogiéndose de hombros—. Un momento, si me permites —dejó sus cartas boca abajo sobre la mesa y se metió una mano dentro de la túnica.

Y cuando la sacó llevaba la placa de teniente en ella. Se la colocó en la parte izquierda de la pechera y volvió a coger sus cartas.

—Ibas a desafiar a alguien, ¿verdad?

Eli miró a Orbar y Turuy. Los dos cadetes miraban fijamente la placa, boquiabiertos. Orbar lanzó una mirada rápida a Turuy, que estaba muy seria…

—¿Qué está pasando aquí? —gritó una voz seca a espaldas de Thrawn.

Eli volvió la cabeza. Vio un instructor en la puerta del laboratorio, con las manos sobre las caderas y una expresión feroz, que miraba a los cadetes alrededor de la mesa.

—¿Supongo que todos están autorizados a estar aquí? —gruñó, caminando hacia la mesa.

—Los cadetes Orbar y Turuy están haciendo una prueba, señor —dijo Thrawn, levantándose y volviéndose hacia el instructor.

Este se detuvo en seco, abriendo mucho los ojos. Eli pensó sombríamente que, aquella reacción demostraba que formaba parte del plan de Orbar.

—Teniente —dijo, casi sin aliento—. Esto… ¿Y qué pasa con ese? —preguntó, señalando a Eli con la cabeza.

—El cadete Vanto es mi intérprete —dijo Thrawn, con calma—. Debe acompañarme a todos sitios.

El instructor torció los labios.

—Entiendo. Esto… muy bien, teniente. Continúen. —Se dio media vuelta y se marchó apresuradamente.

Thrawn se lo quedó mirando mientras se marchaba. Después, muy lentamente, se volvió hacia la mesa y miró a los demás.

—No existe ninguna mano que garantice la victoria, cadete Orbar —dijo, en voz baja—. Le aconsejo que no lo olvide. Cadete Vanto, creo que hemos terminado. Buenas noches, cadetes.

Al cabo de un minuto, Eli y él volvían a estar bajo las luces reflejadas de la ciudad planetaria, caminando por la pasarela que conducía al Barracón Dos.

—Bueno, ha sido divertido —comentó Eli, estremeciéndose por el leve temblor de su voz. ¿Se habituaría algún día a aquellos enfrentamientos?—. ¿Sabía que iba a intentar eso?

—Tú mismo sugeriste su estrategia esta tarde —le recordó Thrawn—. La clave era el momento.

—¿El momento?

—Si llego a sacar la placa demasiado pronto podría haber advertido a su compinche —dijo Thrawn—. Si llego a esperar a que apareciera el oficial, este me podría haber reprendido por no llevar el uniforme adecuado.

—O podría haber puesto en duda su derecho a llevarla —comentó Eli—. No se la había puesto nunca.

—Porque soy oficial y cadete a la vez. Es una situación única que crea oportunidades únicas —Thrawn sonrió levemente—. Además de confusión e incertidumbre en nuestros oponentes. ¿Qué has aprendido esta noche?

Eli arrugó la nariz. ¿Que Orbar y Turuy eran un par de capullos a los que era preferible evitar en el futuro? Era verdad, pero probablemente Thrawn no se refería a aquello.

—A anticiparse al enemigo —dijo—. A deducir qué se trae entre manos y después intentar ir un paso por delante de él.

—Un paso por delante o a un lado —dijo Thrawn, asintiendo—. Cuando llega un ataque, lo mejor suele ser estar lejos de los tiros para que la energía del asalto se disperse en otro lugar.

—Sí, entiendo que es útil —dijo Eli, secamente—. Aunque me imagino que no siempre se puede elegir…

Sin previo aviso, Thrawn le puso una mano sobre el hombro y le dio un violento empujón hacia un lado.

El comentario de Eli terminó con un grito de sorpresa, después de que sus rodillas se estrellaran con el seto que bordeaba la pasarela y la inercia de su impacto lo lanzara por encima de la barrera, sobre la gravilla del otro lado. Su aullido se convirtió en un gruñido cuando sus brazos y hombro se llevaron el grueso del golpe. Volvió a ponerse de pie, estremeciéndose por la gravilla que se le había clavado en las palmas de las manos. ¿Qué *demonios*… ?

Se puso rígido. Habían aparecido tres encapuchados y rodeaban a Thrawn.

Mientras Eli contemplaba incrédulo la escena, avanzaron hacia el alienígena con intenciones homicidas.

Durante aquel primer segundo eterno, la mente de Eli se negó a creer lo que estaba viendo. Aquellas cosas no pasaban en la Academia Real del Imperio. Sencillamente no sucedían.

Pero estaba sucediendo. Ante sus narices.

La primera embestida salvaje parecía no haber dado en el blanco, probablemente porque el movimiento de Thrawn para empujarlo por encima del seto había propulsado al chiss un metro en dirección contraria. Pero los asaltantes eran rápidos. Volvieron a acecharlo y a cernirse sobre el chiss.

Y atacaron, mientras Eli lo veía todo, preso de la incredulidad y el horror.

El currículum estándar de la Academia incluía clases de combate sin armas. Desgraciadamente, con sus estudios enfocados exclusivamente a la tecnología y protocolos navales, Thrawn no había recibido entrenamiento en el dojo de lucha.

Y se notaba. Hacía todo lo que podía por esquivar los ataques de sus asaltantes, pero su defensa consistía básicamente en intentar quitárselos de encima, agacharse para evitar sus acometidas y protegerse la cara y el torso.

Pero no era suficiente. La defensa por sí sola nunca era suficiente. Necesitaba empezar a añadir algunos contraataques para tener alguna opción. En ese momento estaba en una guerra de desgaste y por mucha resistencia que tuviera estaba casi seguro de que se le terminaría antes que a sus atacantes.

Entonces, una idea espontánea surgió de un rincón de la mente de Eli.

Aquello podía poner fin a todos sus problemas.

Era una idea horrible. Una idea espantosa. Pero era asombrosamente tentadora. Si Thrawn quedaba tan herido que era incapaz de terminar su instrucción, no tendría más remedio que rendirse. El gran experimento del Emperador, fuera lo que fuera lo que este esperaba conseguir metiendo a un chiss en la marina, habría sido un fracaso. Se vería obligado a mandar a Thrawn de vuelta a su planeta de exilio y a abandonarlo allí.

Y Eli sería libre.

El *Golpe Relámpago* se había marchado hacía mucho tiempo, sí. Pero podía tomar un transporte hasta Myomar, pagándolo de su bolsillo si era necesario, y ponerse al día en la Academia en una semana. Estaba seguro de que el comandante Deenlark no lo querría en la Academia Real cuando Thrawn se hubiera marchado. Eli tampoco tenía ningunas ganas de quedarse. Quería volver a Myomar. Volver a la carrera que había elegido. Volver a su vida.

Uno de los asaltantes le dio un fuerte puñetazo a Thrawn en la parte baja del torso y el chiss cayó sobre una rodilla.

Y un torrente de vergüenza inundó el alma de Eli.

¿En qué demonios estaba pensando?

—¡Eh! —gritó, agachándose. Mientras lo hacía, hundió los dedos en la gravilla que tenía bajo sus pies, ignorando las punzadas de dolor que le producían los cantos afilados en la piel—. ¡Eh, tú! ¡Ojos brillantes!

Dos de los tres atacantes se volvieron hacia él…

Y les arrojó dos puñados de gravilla con todas sus fuerzas a la cara.

No esperaba que funcionase, pero lo hizo. Los dos atacantes aullaron de dolor, levantando las manos demasiado tarde para cubrirse de la oleada de piedras. Eli se agachó y volvió a enterrar las manos en el suelo, preguntándose si le daría tiempo a arrojar otro puñado de gravilla antes de que se pudieran recuperar y responder.

Porque si no lo lograba, si saltaban el seto y lo atrapaban antes, iba a estar en serios problemas. Thrawn seguía postrado sobre una rodilla, incapaz de ayudarlo, y, siendo dos contra uno, no les costaría reducir a Eli.

Pensó que los asaltantes habían aprendido bien sus lecciones sobre táctica. Dividir la fuerza enemiga en dos y destruir las dos partes, una a una, era un clásico planteamiento bélico. Habían concentrado sus esfuerzos en Thrawn, con éxito, y ahora iban a hacer lo mismo con él.

Pero calcularon mal. Cuando los dos atacantes fueron hacia él, Thrawn, impotente pero ni mucho menos vencido, se inclinó hacia el hombre que tenía al lado y le golpeó con el antebrazo en el muslo con una fuerza paralizante.

Aquel tipo lanzó una maldición de sorpresa y estuvo a punto de caerse cuando se agarró la pierna. Sus dos amigos se volvieron hacia él y su ofensiva contra Eli se vio afectada ahora que tenían que dividir su atención entre dos objetivos. Eli movió los brazos para lanzar la siguiente oleada de gravilla…

—¡Eh! —gritó alguien desde cerca.

Se volvió para mirar. De un edificio habían salido cinco cadetes y venían corriendo hacia la pelea.

Aquello fue demasiado para los asaltantes. Dieron media vuelta y huyeron hacia la oscuridad nocturna, con dos de ellos cargando con el hombre al que Thrawn había golpeado en la pierna.

—¿Te encuentras bien?

Eli parpadeó para eliminar el sudor que caía sobre sus ojos, tiritando de pies a cabeza por la tensión. ¿Ya había acabado todo?

—Estoy bien —le dijo a Thrawn, pasando torpemente por encima del seto. Extrañamente, su voz no era nada temblorosa—. ¿Y usted?

—Mis heridas son menores —dijo Thrawn, enderezándose con facilidad.

—Sí —dijo Eli, frunciendo el ceño. Thrawn tenía la túnica muy arrugada y le brotaba sangre de ambas mejillas—. ¿Está seguro?

—Tiene peor pinta de lo que es —lo tranquilizó Thrawn, tocándose suavemente una mejilla—. Tu ayuda ha sido muy oportuna. Gracias.

Eli sintió que se sonrojaba de vergüenza por motivos personales. Si el chiss supiera porque no había actuado antes…

—Lamento no haber podido hacer más —dijo—. Estaba en el lado malo del seto, ya lo sabe. Supongo que los oyó venir, ¿verdad?

—Todos los depredadores suelen andar igual —dijo Thrawn, acercándose—. Buscando un equilibrio entre sigilo y velocidad. Los humanos tienen su propia versión de ese paso.

—Ah —Eli sabía que los ojos de los chiss eran mejores que los de los humanos y que tenían un espectro de visión que se aproximaba al infrarrojo. Al parecer, su oído también era mejor—. Gracias por apartarme del medio. He entrenado lo suficiente para saber que estas cosas no se me dan muy bien.

—De nada —Thrawn miró a los cadetes que se aproximaban, que habían reducido su paso al trote, ahora que los asaltantes habían huido—. Y ahora —añadió—, creo que es hora de que vayamos a hablar con el comandante Deenlark.

CAPÍTULO VI

Un líder es responsable de aquellos que están bajo su autoridad. Esa es la primera de las reglas del mando. Es responsable de su seguridad, de sus necesidades, de su información y, finalmente, de sus vidas.

Aquellos a los que comanda, a su vez, son responsables de su comportamiento y dedicación al deber. Cualquiera que viole esa confianza debe ser castigado, por el bien de los demás.

Pero la disciplina no siempre es sencilla o clara. Existen muchos factores, algunos de ellos ajenos al control del comandante. A veces esas complicaciones son relaciones personales. Otras, la dificultad surge de las circunstancias en sí. También pueden incidir la política y las intervenciones externas.

La inacción siempre tiene consecuencias. Aunque, en ocasiones, esas consecuencias se pueden explotar en beneficio propio.

. . .

—Muy bien —dijo el comandante Deenlark, mientras hacia una última anotación en su datapad. «*La piel que rodea sus ojos está hinchada. Puede que acabe de despertarse. Su calor facial es intenso y los músculos de su garganta están tensos. Hay una fina capa de transpiración sobre su cara*»—. Dicen que los cadetes Orbar y Turuy tramaron el ataque. ¿Oyeron que llamasen a los hombres que los asaltaron?

—No, señor, no lo oímos —dijo Vanto—. Pero el historial de sus comunicadores, o el sistema de comunicaciones del laboratorio, deberían darle todas las pistas necesarias.

—Sí, deberían —coincidió Deenlark. *«Su voz adquiere un tono más profundo. ¿Reticencia?*»—. Siempre que los asaltantes no fueran de otro grupo distinto.

—No lo eran —dijo Thrawn.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Deenlark. «*Entrecierra los ojos*».

—Llegaron por la esquina suroeste de la plaza de armas —dijo Thrawn—. Se movían con rapidez y sigilo. Pero solo nos habrían podido identificar con electrobinoculares.

—Que ninguno llevaba —dijo Vanto. «*Asiente, un gesto de entendimiento*»—. Eso también descarta un ataque motivado por envidia o xenofobia, ya que no podían saber que se trataba del cadete Thrawn. Así que tuvieron que ser Orbar o Turuy. O el instructor, quizá —añadió. «*Su tono aumenta levemente*».

—No —dijo Deenlark—. No fue él.

—Pudo serlo —dijo Thrawn.

—Le digo que no fue él —repitió Deenlark. *«Su tono se hace más profundo, su cara se tensa, sus ojos miran con mayor intensidad. Quizá no desea que algo así sea posible*»—. Ya es bastante penoso que esos cadetes se vean involucrados en algo así. No

vamos a arrastrar por el fango también a un instructor —«*Vuelve a mirar su datapad. Su calor facial crece mientras toma una última nota*».

—Señor, con el debido respeto, no creo que la política deba intervenir en esto —dijo Vanto. «*Su tono es respetuoso pero firme*».

—Oh, ¿no lo cree? —dijo Deenlark. «*Su voz gana en aspereza*»—. ¿Quiere que ponga su nombre en la lista de testigos?

—No me importaría, señor.

—Lo dudo mucho, cadete —dijo Deenlark—. La familia de Orbar tiene mucha influencia en Coruscant. Aunque le dejasen graduarse, lo más probable es que terminase destinado a un puesto de escucha en pleno Espacio Salvaje.

—Esa manipulación del sistema judicial es ilegal en sí misma, ¿no? —preguntó Thrawn.

—Por supuesto —dijo Deenlark. «*Frunce los labios, su calor facial se disipa lentamente*»—. Muy bien. Si los asaltantes no han logrado borrar los historiales de sus comunicadores deberíamos conocer sus nombres mañana por la mañana.

—No creo que tarden mucho —dijo Thrawn—. No correrán el riesgo de alejarse de su círculo de amigos próximos. Suelen relacionarse con otros ocho cadetes, dos de los cuales se pueden descartar por cuestiones de aura.

—¿Aura?

—*Esethimba*.

—Presencia o aura —tradujo Vanto—. Un término sy bisti que puede hacer referencia a la altura, el peso, la constitución, el tipo de voz, los gestos, la profesión y los conocimientos de una persona, o una combinación de todo ello.

—Son cadetes —dijo Deenlark—. No tienen profesión.

—Los diez están en la rama de estudios de ingeniería armamentística —dijo Thrawn.

—Sí, creo que sí —dijo Deenlark—. Lo que nos deja seis sospechosos.

—Todos ellos del mismo nivel social que los cadetes Orbar y Turuy, imagino.

—Si está sugiriendo que voy a hacer la vista gorda con esto, cadete, más vale que cambie de idea —dijo Deenlark. «*Su voz es áspera, su calor facial aumenta. Puede estar enfadado. O sentirse culpable*»—. Sí, me preocupan las potenciales repercusiones políticas. Por eso llevo casi cuatro años soportando las payasadas de Orbar. Dos meses más y dejará de ser mi problema. Sí, no lo niego, me gustaría que olvidásemos todo esto. Pero no puedo ignorarlo. Y no pienso hacerlo.

—Agradezco oír eso, comandante —dijo Thrawn—. Deje que le sugiera, en tal caso, un procedimiento alternativo. Encuentre a nuestros agresores. Pero no presente cargos contra ellos.

«*Deenlark entorna los ojos. Su boca se abre levemente por la sorpresa*».

—¿No quiere presentar cargos? Entonces, ¿qué demonios hacemos aquí?

—Ya se lo he dicho, quiero que los encuentren —dijo Thrawn—. Y le recomiendo que después los traslade.

Deenlark lanzó un resoplido desdeñoso.

—¿Dónde? ¿A Mustafar?

—A la instrucción para pilotos de caza estelar.

«Deenlark abre mucho los ojos. Su expresión de sorpresa se acentúa».

—No me parece ningún castigo.

—No pretende serlo —dijo Thrawn—. Los tres han demostrado aptitudes y el aura adecuada para ser buenos pilotos de caza.

—¿Ah, sí? —*«Deenlark se reclina en su silla. Cruza los brazos ante el pecho»*—. Estoy deseando saber por qué.

—Quedó claro en su método de ataque —dijo Thrawn—. Por la forma de moverse, tanto en conjunto como por separado. Me faltan las palabras para explicarlo adecuadamente. Pero era el sello de los pilotos de combate natos.

—¿Cadete Vanto? —«*Deenlark hace un gesto hacia Vanto*»—. ¿Puede corroborar eso?

—Lo siento, señor —dijo Vanto. *«Su expresión es pensativa»*—. No me fijé en su táctica. Aunque dudo que hubiera visto lo que comenta el cadete Thrawn.

—Esa medida aportaría además un beneficio extra —dijo Thrawn—. El programa de cazas estelares de la Academia Real es excelente, pero tengo entendido que el programa de la Academia Skystrike es igual de bueno, ¿no es así?

—Más que eso… Skystrike tiene pilotos mucho mejores que nosotros —dijo Deenlark. «*Se endereza en su asiento. Su funcimiento de ceño desaparece. Lo entiende*»—. Y no es necesario contarles a Orbar y Turuy dónde están sus compañeros de conspiración, ¿verdad?

—No, señor —dijo Thrawn—. De hecho, lo que sugiero es que los tres inicien su nuevo entrenamiento —hizo una pausa—. *Ngikotholu.* ¿Hay alguna palabra en básico para eso?

—Sí, incomunicados —dijo Vanto—. ¿Lós pueden mantener incomunicados, comandante?

—¿En Skystrike? —«*Deenlark lanza un resoplido*»—. Lo complicado allí es no estar incomunicado. Y tiene razón… me imagino que incluso Orbar aprenderá a comportarse cuando tres de sus compinches desaparezcan sin dejar ni rastro.

—La incertidumbre suele ser muy útil para paralizar los planes y las acciones de un oponente —dijo Thrawn—. Para un humano como el cadete Orbar, que se cree capaz de manejar cualquier situación, será también una valiosa lección para su futuro. Esperemos que la asimile bien y se convierta en mejor persona y oficial.

—Yo no iría tan lejos —dijo Deenlark—. Con Orbar no. Pero merece la pena intentarlo. Si están seguros de que es lo que quieren hacer.

—Permítame que lo exprese con más firmeza —dijo Thrawn—. Si va a someter a los asaltantes a un consejo de guerra, no testificaré contra ellos.

—Ajá —«*Deenlark inclina la cabeza unos grados hacia un lado*»—. ¿Así se hacen las cosas en las Regiones Desconocidas, cadete? ¿Saltándose las leyes y las normas para obtener lo que quieren a través del chantaje o la extorsión?

—Solo intentamos solucionar los problemas. Y esta es la mejor solución para el Imperio en su conjunto.

—¿Algo más que añadir, cadete? —preguntó Deenlark. «*Arquea las cejas hacia Vanto, en señal de interrogación*».

—No, señor —dijo Vanto.

«*Deenlark se encoge de hombros. Puede que en aceptación reticente*».

—Iniciaré todo el protocolo —dijo—. Puede que llame al comandante de Skystrike. Tendremos los nombres de los culpables por la mañana y sabremos en qué rincón de Coruscant se esconden antes de la hora de cenar —«*Sonríe. Puede que levemente divertido*»—. Eso debería darles tiempo suficiente para decirles a Orbar y Turuy que no saben dónde van, antes de desaparecer. Lo que usted decía, cadete, incertidumbre.

—Exacto —dijo Thrawn—. Gracias, comandante.

—No me lo agradezca a mí —«*El tono de Deenlark se hace más profundo*»—. Solo déjeme que le advierta que si todo esto se destapa, su nombre estará justo debajo del mío en la lista de futuros represaliados —«*Inhala profundamente*»—. Quedan libres de servicio, los dos. Vuelvan a sus barracones y duerman un poco. Pueden retirarse.

—Sí, señor —dijo Vanto, levantándose—. Gracias, señor.

No volvió a hablar hasta que estaba otra vez en la pasarela con Thrawn.

—Interesante solución —comentó. «*Su tono de voz es pensativo*»—. Me sorprende un poco que Deenlark la haya aceptado.

—A mí no —dijo Thrawn—. ¿Has visto la planoescultura de la pared izquierda?

—Sí, diría que sí —dijo Vanto. «*Frunce el ceño y su voz suena más titubeante. Rebusca en su memoria*»—. ¿Una de olas y un buque?

—Un buque de guerra, sí —dijo Thrawn—. Es una obra de arte muy valiosa, más de lo que alguien en la posición del comandante Deenlark se puede permitir.

—Dudo que sea suya —dijo Vanto—. Debe de ser decoración de la oficina.

—Sigue siendo demasiado costosa para que la Academia la adquiera. Lo que me lleva a la conclusión de que se trata de un regalo de una o varias de las familias poderosas de Coruscant.

—¿Y qué significa eso? —dijo Vanto. «*Su postura se endereza abruptamente al comprenderlo*»—. Significa que Deenlark es consciente de que la Academia Real está en deuda con esas familias. Y eso, a su vez, significa que hará todo lo posible por evitar cualquier escándalo público.

—¿En deuda?

—*Ubuphaka.*

—Ah —dijo Thrawn—. Sí, esa es la posición del comandante Deenlark, no hay duda. Por eso aceptó tan gustosamente mi plan. Es extraño que estos comunicadores no tengan una señal de emergencia predeterminada.

—¿Qué? —«*Vanto frunce el ceño, sorprendido y confuso*».

—Los comunicadores chiss disponen de un botón de emergencia —dijo Thrawn—. Permite solicitar ayuda inmediata.

—Sí, sería muy útil —coincidió Vanto—. Los comunicadores civiles los tienen, pero los militares no. Probablemente necesitaban ese espacio para todos los chips de encriptado adicionales que garantizan que nadie escucha furtivamente las comunicaciones oficiales.

—También sería útil adaptar los comunicadores para que nadie tuviese que sacárselo del cinturón o del bolsillo.

—Eso sería muy práctico —«*Vanto señala la placa de teniente*»—. Quizá podrían instalarlo en la placa de rango. Así no tendrías que preocuparte porque se te cayera, al menos.

—¿Se puede hacer?

—¿El qué, colocar un comunicador en la placa de rango? Claro. Solo hay que agujerearla por detrás. Hay espacio de sobra para las piezas electrónicas de un comunicador —*«Entrecierra los ojos, más pensativamente*»—. Aunque, pensándolo bien, puede que no haya espacio para todos los chips de encriptado. Y no creo que pudieran meter tampoco una batería lo bastante potente para que fuera de largo alcance.

—Así que solo funcionaría a bordo de una nave, ¿no?

—Sí —dijo Vanto—. Lo que significa que tendríamos que seguir cargando con otro para usar fuera de la nave —«*Suspira resignado*»—. Supongo que por eso las cosas son como son.

—A veces —dijo Thrawn—. No siempre.

—Ya me imagino —dijo Vanto. *«Su tono es reflexivo*»—. ¿De verdad sabe que serán buenos pilotos de cazas estelares? ¿O solo ha sido una excusa para que los sacasen de la Academia Real?

—Lo sé de verdad —dijo Thrawn—. ¿Tú no?

—Ni mucho menos —*«Se queda callado durante tres pasos. Tiene el ceño fruncido*»—. Pero sigue sin castigar el ataque, como sabe. ¿Va a dejar que se marchen de rositas?

—Tu pregunta presupone que no tendrán castigo —dijo Thrawn—. Todo lo contrario. Mañana pasarán el día sabiendo que sus actos se harán públicos y preguntándose qué les prepara el comandante Deenlark. Viajarán hasta Skystrike con esos mismos miedos e incertidumbre.

—Ah —dijo Vanto—. Ya veo por dónde va. Ni siquiera allí podrán estar seguros de que nadie va a sacarlos de la cama en mitad de la noche para traerlos de vuelta a Coruscant y procesarlos.

—Esos temores acabarán diluyéndose —dijo Thrawn—. Pero tardarán un tiempo.

—Me imagino —dijo Vanto—. Por eso se andarán con pies de plomo durante unos meses, igual que Orbar. Y Deenlark no tendrá que vérselas con su familia.

—Y tú no tendrás que soportar sus presiones.

—Me preguntaba si habría pensado en eso —dijo Vanto—. Así que se ha hecho justicia, más o menos, y todo el mundo sale bien parado. Una situación que podíamos calificar de beneficiosa para todos —«*Señala la cara de Thrawn*»—. Excepto para usted.

—Mis heridas son leves y se curarán. He pasado por cosas peores.

—Apuesto a que sí —«*Vanto se queda callado unos cuantos pasos más*»—. ¿Así que esto es lo que los líderes chiss deben esperar?

—No entiendo.

—Este tipo de justicia —dijo Vanto—. Una represalia por exiliarlo. Las leyendas cuentan que los chiss jamás olvidan el daño que se les hace.

—Tus leyendas implican que la memoria desemboca necesariamente en venganza —dijo Thrawn—. Eso no siempre es así. Las situaciones cambian. Nuestras razones y motivaciones cambian. No, no busco represalias.

—¿En serio? Porque a mí me parece que las merecen.

—Tenían motivos para exiliarme.

—¿Lo de los ataques preventivos? —preguntó Vanto. *«Su tono es de curiosidad, pero cauteloso. Ve información a su alcance, pero teme lanzarse a por ella*»—. Pero ¿qué sucedió? ¿Permitió que alguien atacase las líneas chiss?

—No —dijo Thrawn—. Yo mismo lancé el ataque.

—¿Contra quién?

—Contra el mal —dijo Thrawn—. Piratas nómadas que hostigaban a mundos indefensos. Me pareció deshonroso que la Ascendencia Chiss se quedase de brazos cruzados y no ayudase a los indefensos.

—¿Los derrotó?

—Sí —dijo Thrawn—. Pero mis líderes se molestaron.

—Parece bastante desagradecido por su parte —dijo Vanto. *«Su voz es firme, sin incertidumbre*»—. Y bastante estúpido, también. Antes o después, esos piratas habrían atacado a su pueblo. ¿Y qué habría pasado entonces?

—Habríamos combatido —dijo Thrawn—. Y habríamos perdido.

—¿Y no pueden combatir hasta que sucede algo?

—Esa es la doctrina militar actual de la Ascendencia.

«*Vanto sacude la cabeza*».

—Aún así es injusto.

—A veces, un comandante debe tomar decisiones sin pensar en cómo se percibirán —dijo Thrawn—. Lo importante es que haga lo necesario para vencer.

—Sí —dijo Vanto—. Por suerte, solo aspiro al puesto de oficial de suministros. Nunca tendré que preocuparme de esos asuntos.

—Sí —dijo Thrawn—. Es posible.

. . .

—Fíjese bien —dijo Arihnda, señalando la mancha descolorida en el punto por el que la tubería entraba en la pared del apartamento—. Vale, Daisie. Ábrelo.

Desde la otra habitación llegó el ruido de un grifo abriéndose. Al cabo de un momento, un chorrito de agua emanó de aquel punto.

—¿Una fuga? —gruñó Chesna Braker—. ¿Me ha hecho bajar hasta aquí por una fuga?

—Es su edificio —le recordó Arihnda, con calma—. Su equipo de mantenimiento la ha ignorado y no he logrado que nadie de su oficina me tomase en serio.

—Así que, como una niña que se hace un arañazo en las rodillas, ¿ha ido a llorarle a un burócrata del Departamento de Vivienda para que emita una orden que me obliga a dejar todo lo que estoy haciendo y bajar aquí?

—La concesión del gobierno de la que disfruta dice que su empresa es responsable de las reparaciones —dijo Arihnda—. Usted es la dueña de la empresa que posee este bloque de apartamentos. Eso la convierte en la responsable final. Si su gente hace caso omiso de las leyes supongo que le tocará encargarse a usted. Personalmente.

—Hum —dijo Braker, mirándola con ira—. Venga un momento —se dio la vuelta y fue hasta la ventana, desde la que se veía la enorme ciudad planetaria de Coruscant.

Arihnda frunció el ceño y la siguió.

—¿Ve eso? —le preguntó Braker, cuando volvían a estar juntas—. Ahí fuera está la gente a la que representa con tanto orgullo. ¿Sabe qué harán si se mete en líos o necesita ayuda?

—No. ¿Qué harán?

—Absolutamente nada —dijo Braker—. La olvidarán tan rápido como lo que desayunaron ayer. —Se dio un golpe en el pecho—. Es a mí a quien debe impresionar, señora Pryce. A hombres y mujeres como yo. No a Daisie, o como se llame. Somos nosotros los que tenemos poder para conducirla al éxito o al fracaso. Le sugiero que no lo olvide.

—Agradezco su preocupación por mi bienestar —dijo Arihnda—. Pero ya tengo un amigo bien colocado.

—¿Quién, el senador Renking? —Braker resopló—. Puede seguir creyéndolo, si quiere. No es más que la última en una larga lista de gente a la que ha dejado tirada y pudriéndose en callejones sin salida.

—Lo tendré presente —dijo Arihnda—. Entretanto, usted tiene algunas averías por reparar y yo otras setenta y cinco puertas de apartamentos a las que llamar. Ya que he venido, puedo aprovechar para ver qué más no funciona.

—No se moleste —gruñó Braker—. Me ocuparé de que uno de los míos, de mi gente, revise las quejas de los inquilinos. Estará todo solucionado a finales de la próxima semana.

—Le tomo la palabra, señora Braker. Buenos días.

Al cabo de diez minutos, Arihnda estaba en su aerocoche, surcando el cielo de Coruscant junto a millones de otros vehículos. Pensó que solo un mes antes se habría sentido aterrorizada por aquel tráfico. Ahora apenas reparaba en él.

Hacía solo un mes, podría haber estado de acuerdo con la sugerencia de Braker de que Renking la había destinado allí para deshacerse de ella. Durante los dos primeros

meses, el senador había hablado con ella solo un par de veces, no más de tres minutos cada una. Daba la impresión de haberla olvidado.

Pero aquello iba a cambiar. Muy, muy pronto.

Su comunicador emitió un pitido y lo sacó. La identificación decía que era el senador Renking.

Sonrió levemente. Muy pronto o posiblemente en aquel mismo instante.

—Arihnda Pryce al habla —dijo.

—Soy el senador Renking, señora Pryce —dijo este por el comunicador—. ¿Cómo va todo?

—Muy bien, senador, gracias —dijo Arihnda—. Acabo de llamar la atención a otro casero por no cumplir con sus responsabilidades hacia sus inquilinos.

—Eso tengo entendido —dijo Renking, en un tono un tanto irregular—. Acabo de enterarme por el concejal Jonne, a quien se lo ha explicado la señora Braker. Está causando muchos problemas por ahí abajo.

—Me limito a cumplir mi cometido, senador —dijo Arihnda, sonriendo para sí. Su pequeña cruzada unipersonal contra la corrupción y la indiferencia por fin estaba despertando la atención adecuada—. Espero que el concejal Jonne y usted no pretendan sugerirme que ignore las leyes y regulaciones de Coruscant.

—No, por supuesto que no —le aseguró Renking.

—Porque los ciudadanos de Lothal a los que sirvo parecen satisfechos con nuestros progresos —prosiguió Arihnda—. Y para eso estoy aquí.

—Por supuesto —dijo Renking—. Está haciendo un trabajo muy eficiente. Precisamente por eso la llamo. Como quizá sepa ya, con tantos habitantes en Coruscant, la oferta de servicios gubernamentales ha sido insuficiente durante muchos años. Acaba de implementarse un nuevo programa que alienta a los senadores a crear y, por supuesto, financiar oficinas de asistencia al ciudadano por todo el planeta.

—¿Oficinas abiertas a todos los ciudadanos de Coruscant, no solo a los ciudadanos en tránsito del planeta de cada senador?

—Exacto —dijo Renking—. Yo tengo cuatro de esas oficinas y estoy a punto de abrir la quinta en el Sector Bartanish Cuatro. Se me ha ocurrido que usted es la persona idónea para dirigirla.

—¿En serio? —dijo Arihnda, añadiendo un punto de emoción infantil a su voz, mientras sonreía cínicamente mirando el tráfico—. Eso sería maravilloso. ¿Cuándo empezaría?

—Hoy mismo, en cuanto cierre la oficina. Me encargaré de que alguien abra la semana que viene, vacíe su apartamento y lo traslade todo a Bartanish Cuatro. La oficina ya está lista allí y tengo un apartamento reservado para usted a dos y seis de ella.

—Suena fantástico —dijo Arihnda. Dos bloques y seis niveles eran una distancia perfecta para ir andando—. Vuelvo a la oficina para ponerlo todo en marcha cuanto antes.

—Bien. Le mandaré las direcciones de la oficina y el apartamento. Hágamelo saber cuando llegue y me ocuparé de que alguien le entregue las llaves. ¿De acuerdo?

—Por mí perfecto —dijo Arihnda—. Gracias de nuevo.

—No se merecen —dijo Renking—. Se lo ha ganado. Cuídese —la conexión se cortó.

Arihnda guardó el comunicador, sonriendo otra vez. A Renking no le importaba que fastidiase a los ricos y poderosos; lo único que quería era que no relacionasen sus actividades directamente con él. En una oficina de asistencia anónima, sin relación aparente con Renking, podría armar tanto revuelo como quisiera sin tantas consecuencias políticas.

Desde el punto de vista de Renking, aquello tenía un par de buenas ventajas. Arihnda seguiría removiendo el fango de Coruscant, posiblemente encontrando elementos de presión contra gente influyente local que Renking podía utilizar en un futuro. Al mismo tiempo, con un poco de suerte, su nuevo puesto la mantendría demasiado atareada para pensar en la mina que había perdido a manos del Imperio.

Puede que Renking no se diera cuenta de que aquella era una situación absolutamente beneficiosa para Arihnda. Precisamente por eso había trabajado durísimo, decidida a hacerse con aquel empleo desde el momento en que había conocido la existencia del proyecto, unas pocas semanas antes. Tratar con verdaderos ciudadanos de Coruscant, en lugar de expatriados de Lothal, la haría ascender un modesto escalón en el escalafón social y en Bartanish Cuatro también estaría un poco más cerca del poderoso Distrito Federal.

Eran pasos pequeños, no lo dudaba. Pero sus padres le habían enseñado que el mejor camino no era el más rápido sino el correcto.

Y Arihnda no tenía prisa. Ninguna prisa.

De repente, casi antes de que Eli pudiera darse cuenta, todo había terminado.

—Enhorabuena, hijo —le dijo su padre, estrechándole la mano con fuerza.

—Gracias, papá —dijo Eli.

Pero, a pesar de las sonrisas y palabras alegres, podía percibir unas reservas inesperadas en los ojos de su padre. Y la inquietud de su madre le resultaba aún más evidente.

No le costaba imaginar los motivos. Cada mirada al paisaje urbano de Coruscant, cada vistazo a los flamantes nuevos alférez, cada vez que bajaban la voz cuando alguien podía oírlos… todo dejaba muy claro que un cadete del Espacio Salvaje como Eli jamás debería haberse enrolado en la Academia Real.

Y después estaba Thrawn.

—¿Estás seguro de que es bueno? —le preguntó su madre, mientras andaban por uno de los jardines hacia los barracones—. Porque si las historias sobre los chiss son ciertas… —no terminó la frase.

—No lo son, mamá —la tranquilizó Eli—. Al menos, esas en que piensas.

—¿Cómo sabes en cuáles pienso?

—En las que hablan de una sed de venganza cruel y astuta —dijo Eli—. Si lo fueran, muchos de los cadetes que ves no habrían llegado vivos a su graduación.

Se estremeció al decir aquello. Probablemente no era la mejor manera de explicarlo.

—Es bueno —aseguró—. De verdad. Y muy listo.

—Entonces ¿eso sí que es verdad? —intervino su padre.

—Sí —dijo Eli—. Dejemos de hablar de él, ¿vale?

—Vale —dijo su padre—. Hablemos de ti. ¿Qué pasa ahora que has abandonado tu carrera?

—¿Quién dice que la he abandonado? —replicó Eli—. Hasta que llegué aquí, estuve entrenando básicamente para eso. Y creo que sigo el mismo rumbo.

—Bueno, eso espero —dijo su padre—. Es solo que… bueno, uno nunca sabe, con todas las bobadas de los Mundos del Núcleo.

Eli reprimió un suspiro. Después de lo que había tenido que soportar en la Academia Real… pero bueno, así eran las cosas.

—Y andar con ese chiss también puede variar las cosas —añadió su madre.

—No tuve elección, mamá —volvió a explicarlo, con tanta paciencia como pudo. Pensó que poco importaba lo bajo que estuvieras en la escala social porque siempre encontrarías alguien más abajo—. Me destinaron como su intérprete.

—Bueno, espero que eso se haya terminado —dijo su padre—. ¿Cuándo te destinarán a tu nueva nave?

—Hoy mismo —dijo Eli—. Aunque también puede ser un destino en tierra.

—Será en una nave, querido —dijo su madre, dándole una palmada en el brazo—. Vienes de una familia de viajeros y se te dan bien los números. Serían tontos si te destinaran a una base.

—Ya —dijo Eli. Aunque ya conocía mejor la logística de la marina, sabía que ser bueno con los números podía ser un motivo perfecto para destinarlo a una base o un almacén de suministros.

—Debemos irnos —dijo su padre, de repente.

Eli lo miró con el ceño fruncido. Por el rabillo del ojo vio que Thrawn se acercaba a ellos a buen paso. Su padre también parecía haberlo visto.

«Siempre hay alguien más abajo», pensó.

—¿De verdad? Si pudierais quedaros un día o quizá unas horas más nos enteraríamos juntos de mi destino.

—Debemos irnos —dijo su padre, agarrándose la túnica—. Tenemos que… maldición.

Ya era demasiado tarde.

—Buenas tardes —dijo Thrawn, al llegar hasta ellos—. Los padres del alférez Vanto, sin duda. Bienvenidos a Coruscant.

—Gracias —dijo el padre de Eli, con la voz un poco tensa—. Usted es… uh…

—El teniente Thrawn. Su hijo ha hecho muy buen trabajo. Deben estar orgullosos de él.

—Lo estamos —dijo la madre de Eli. Su voz era menos tensa que la de su marido, pero lo compensaba con su expresión de curiosidad más que evidente—. ¿De verdad… de verdad es chiss?

—Sí, lo soy —le confirmó Thrawn—. Su hijo me ha hablado de sus leyendas sobre nosotros. Debe saber que no todas son muy precisas.

—¿Hay algunas que sí? —preguntó el padre de Eli, con cautela—. ¿Puedo preguntar cuáles?

—¡Papá! —le regañó Eli, notando que se sonrojaba.

—Las más halagadoras, por supuesto —dijo Thrawn, con una leve sonrisa—. De todas formas, las leyendas pueden ser muy instructivas, aun siendo falsas.

—¿No ha dicho que no todas son reales? —dijo la madre de Eli.

—No me refería a las leyendas en sí —dijo Thrawn, mirándola con sus ojos brillantes—. Pero lo recordado dice mucho sobre aquellos que lo recuerdan.

Por un instante se instaló un extraño silencio en el grupo.

—Entiendo —dijo finalmente el padre de Eli—. Muy interesante, pero tenemos que marcharnos.

—¿Qué problema hay? —preguntó Eli.

—¿Problema?

—Has maldecido. Eso normalmente implica que hay algún problema.

—Oh —dijo su padre—. No, en realidad no. Solo había olvidado que aquí no podemos usar el llamador, nada más. Un aerobús tendrá que llevarnos a nuestra plataforma de aterrizaje.

—Eso cuesta un ojo de la cara —añadió su madre—. Aunque no importa. Tenemos que volver a casa. —Se acercó a Eli y le dio un gran abrazo—. Gracias por invitarnos, Eli. Avísanos cuando te hayan dado tu destino y cuídate mucho.

—Lo haré, mamá —prometió Eli, mientras su padre los rodeaba a ambos en un abrazo—. Que tengáis buen viaje de regreso.

—Seguro que sí —dijo su padre—. Adiós. Cuídate. —Los soltó—. Teniente —dijo, haciendo un leve gesto con la cabeza hacia Thrawn.

—Señor Vanto —dijo este, devolviéndole la inclinación de cabeza—. Señora Vanto. Buen viaje.

—Gracias —el padre de Eli agarró a su esposa por el brazo y se marcharon.

Por un instante, Eli y Thrawn se quedaron callados, viendo cómo sus padres bajaban por el camino que conducía a la plataforma de aterrizaje de la academia.

—Están preocupados por ti —dijo finalmente Thrawn.

—Como cualquier padre —dijo Eli, preguntándose con cierta incomodidad qué habría podido percibir Thrawn en su breve encuentro con ellos. ¿Había entendido que gran parte de esa preocupación era que su presencia en la vida de Eli pudiera haber

envenenado de alguna manera su futuro?—. Tampoco se sienten cómodos aquí. La gran ciudad, la gente del Núcleo. Ya sabe.

—Sí —dijo Thrawn—. Tu padre ha mencionado un llamador. ¿Qué es eso?

—Un aparato que trae tu nave por control remoto —dijo Eli—. Todas las naves de la empresa familiar están vinculadas a llamadores. Tenemos clientes cuyos cargamentos conviene tener bien protegidos hasta haber acabado el trabajo.

—¿Por las posibilidades de robo?

—Básicamente.

—¿Por qué el Imperio no acaba con ese tipo de actividad delictiva?

—Porque no puede estar en todas partes —dijo Eli—. Y el Espacio Salvaje no forma parte de las prioridades de Coruscant, precisamente —Señaló con la cabeza la placa de teniente, ahora colocada bien visible en la túnica de Thrawn—. ¿Deenlark le ha dado una placa nueva en la ceremonia? ¿O ha vuelto a darle la que ya tenía?

—Esta es nueva —dijo Thrawn, acariciándola suavemente—. Parece evidente que ha olvidado que me había dado una ya.

—Ah —dijo Eli, asintiendo—. Supongo que se la puede quedar de recuerdo.

—O darle algún otro uso. ¿Cuándo conoceremos nuestros destinos?

Eli miró su crono.

—En cualquier momento —Volvió a mirar a sus padres, confundidos con el resto de familiares congregados para la ceremonia de graduación—. Será mejor que vayamos a mirarlo a la oficina del comandante.

—Muy bien —dijo Thrawn—. ¿Por qué no envían los destinos a nuestros ordenadores?

—No sé —dijo Eli. Dio la espalda al resto de cadetes y a sus familiares y echó a andar hacia la oficina del comandante—. Probablemente porque quieren que nos habituemos a manejar datos y órdenes bien encriptados. O porque las cosas siempre se han hecho así. Usted elige. Vamos, quizá seamos los primeros de la cola.

No fueron los primeros. Pero fueron segundo y tercero.

Eli echó un vistazo a su tarjeta de datos cuando pasaron junto a la fila de graduados que empezaba a formarse, deteniéndose a mirar el logo de la Academia Real del Imperio, con un punto de satisfacción asomando tras la decepción de la abrupta partida de sus padres. Puede que no apreciasen demasiado su traslado a Coruscant, pero la marina sí lo valoraría.

Lo había conseguido. Había llegado hasta el final. Contra todo pronóstico, el palurdo del Espacio Salvaje había aterrizado entre la élite de Coruscant y lo había logrado.

—¿Y bien? —le espetó Thrawn.

—Usted primero —dijo Eli. Y con el final de su estancia en la Academia Real llegaba también el fin de su tiempo junto a Thrawn. Había sido interesante, pero estaba encantado de dejar aquello atrás.

—Muy bien —Thrawn metió su tarjeta en el datapad y miró la pantalla—. Interesante. Voy a ser segundo oficial de armas del crucero de clase Gozanti *Cuervo de Sangre*.

—Qué bien —dijo Eli. Los Gozanti eran de diseño corelliano, con unos sesenta y cuatro metros de largo, y torretas láser dorsales y ventrales. Eran un poco antiguos, la mayoría fabricados antes de las Guerras Clon, pero mantenían el tipo frente a naves más modernas. La mayoría se usaban como cargueros o naves de evacuación, aunque a algunas se les añadían abrazaderas externas para transportar cazas estelares o andadores hasta las zonas de combate contra piratas, contrabandistas y esclavistas. En todo caso, las Gozanti eran unas naves buenas y sólidas para iniciar una carrera.

—¿Y tú? —preguntó Thrawn—. Imagino que habrás solicitado un puesto de oficial de suministros.

—Sí —confirmó Eli, mientras introducía su tarjeta de datos—. Puede que me lo den… las naves grandes siempre necesitan personal de suministros…

Se quedó callado. ¿Qué demonios?

—¿Qué pasa? —preguntó Thrawn.

Eli necesitó un par de segundos para recuperar la voz.

—El *Cuervo de Sangre* —logró decir—. Asistente del… teniente Thrawn.

Levantó la vista hacia el chiss, con la mirada nublada por la ira.

—¿Esto ha sido cosa suya? —preguntó.

Thrawn negó con la cabeza.

—No.

—¡No mienta! —le espetó Eli—. Los tenientes no tienen asistentes. *Nunca*. Lo ha organizado todo con el Emperador, ¿verdad?

—Nunca hablo con el Emperador —dijo Thrawn—. No he vuelto a hablar con él desde el día que pisé este planeta por primera vez.

—Esto no puede ser casualidad. Algo tuvo que decir. ¿Qué? *¿Qué?*

Thrawn titubeó y bajó la cabeza.

—El *Cuervo de Sangre* está destinado al servicio en sectores fronterizos en los que se habla sy bisti y otros idiomas comerciales de la zona —dijo, con reticencia—. Solo comenté que les podría convenir disponer de dos oficiales a bordo que hablasen esos idiomas.

—¿Porque no están en la programación de los droides traductores? —espetó Eli, amargamente.

—Te aseguro que no dije nada sobre ningún asistente personal —insistió Thrawn—. Si quieres, te rechazaré.

Eli bajó la vista hacia su datapad, notando que su ira se aplacaba. La ira y la emoción por la graduación. Thrawn podía rechazar, pedir o sugerir lo que quisiera. Sería

completamente inútil. Cuando una orden quedaba registrada en el sistema de datos de la marina era como si la hubieran grabado a láser en granito.

Estaba decidido. De golpe, la vida de Eli daba un vuelco absoluto. Otra vez.

Aunque ya no se trataba de sus estudios. Ahora le habían arrebatado su carrera, tan cuidadosamente calculada e implementada. Entraría en la marina no como prometedor oficial de suministros, sino como asistente de un oficial. El camino más seguro a ninguna parte en la carrera militar.

Y eso suponiendo que Thrawn fuera un oficial prometedor. ¿Y si no lo era? ¿Y si fracasaba?

Porque era posible. De hecho, era altamente probable. Puede que el desprecio hacia los no humanos no fuera política oficial, pero imperaba en la marina. Thrawn tendría que esforzarse el doble y lograr el doble de éxitos que cualquier otro para no quedar relegado.

Y podía estar seguro de que, cuando cayera, todos los relacionados con Thrawn caerían también.

—¿Alférez Vanto? —dijo Thrawn—. ¿Debo hablar con el comandante?

—Es inútil —dijo Eli, apagando el datapad y guardándolo—. La marina no cambia las órdenes solo porque a los nuevos oficiales no les gusten. Cuando sea almirante, veremos qué puede hacer.

—Entiendo —dijo Thrawn, en voz baja—. Muy bien. Me esforzaré por alcanzar ese rango lo antes posible.

Eli lo miró fijamente. ¿El maldito chiss se estaba burlando de él?

Pero no había rastro de sarcasmo en su cara. Thrawn lo decía completamente en serio.

Eli sintió que un escalofrío le recorría la espalda, y los recuerdos de las viejas historias retornaron a su mente. Los chiss no hacían alardes ni promesas vanas. Y si se proponían algo solo podían lograrlo o morir en el intento. Quizá creía realmente que podía llegar a almirante.

Quizá tenía razón.

—Estoy deseando verlo —dijo Eli—. Vamos. Las órdenes eran presentarnos en el transporte a Corellia a las dieciocho cero-cero. No conviene que empecemos nuestra carrera militar perdiendo el autobús.

CAPÍTULO VII

Derrotar a un enemigo produce satisfacción. Pero uno no debe permitirse caer jamás en la complacencia. Siempre hay más enemigos que detectar, afrontar y derrotar.

Todos los guerreros entienden la necesidad de afrontar y derrotar al enemigo. Ambas tareas pueden ser complicadas. Las dos requieren reflexión, visión y planificación. Cualquier error en esos factores puede conducir a una pérdida de tiempo y vidas irremplazables.

Pero el guerrero puede olvidar que la tarea de identificar al enemigo también puede ser complicada. Y que el coste del fracaso puede conducir a la catástrofe.

Eli ya había advertido a Thrawn en alguna ocasión sobre los tejemanejes políticos en el seno de la marina. Y lo había comprobado durante el incidente de Orbar.

Ahora, nuevamente, habían surgido factores políticos que podían afectarles.

—No he logrado averiguar nada sobre los motivos del remplazo del capitán Virgilio —murmuró Eli, mientras seguían a la procesión de oficiales que escoltaba a la nueva comandante, la capitana Filia Rossi, en su primera visita al *Cuervo de Sangre*—. Pero todos coinciden que Rossi tiene muy buenos contactos. Hoy en día es lo único que se necesita para que te den el mando de una nave.

—Entiendo —dijo Thrawn.

Eli hizo una mueca. «Entiendo» era la respuesta que solía dar Thrawn cuando no quería añadir nada más.

Aunque tenía mucho que decir.

Empezando por el tipo de capitán que había sido Virgilio. Había realizado su trabajo a la perfección, había encontrado el equilibrio necesario entre disciplina y flexibilidad. En los dieciocho meses que Eli y Thrawn habían servido a sus órdenes, el capitán se había granjeado una buena reputación cazando a contrabandistas, auxiliando a embarcaciones en apuros y desactivando crisis políticas potencialmente dañinas en mundos del Borde Medio y el Borde Exterior. Se había ganado el respeto de sus oficiales y la tripulación, además de una alta valoración por parte de los gobernadores y demás líderes políticos con los que había tratado.

Y, algo igual de importante desde el punto de vista de Eli y Thrawn, Virgilio se había tomado bien la presencia de un oficial alienígena en su nave. Durante las primeras semanas había existido cierta tensión, mientras Virgilio tanteaba la inteligencia, conocimientos y habilidades de Thrawn, pero en cuanto el capitán percibió las capacidades de su nuevo oficial, Eli no notó la menor diferencia en su manera de tratar a

su segundo oficial de armas. Cuando el puesto de primer oficial de armas quedó vacante, no puso la menor objeción al ascenso de Thrawn. De hecho, corrían rumores en la nave de que Virgilio lo habría recomendado específicamente para aquella tarea.

Ahora, sin previo aviso ni más explicación, habían sacado a Virgilio del *Cuervo de Sangre* para colocar a una nueva capitana, más joven e inexperta.

Eli apenas había podido averiguar nada sobre la nueva capitana. Filia Rossi se había graduado en la Academia Raithal doce años antes y había pasado la mayor parte de su vida en Socorro, primero en tierra y después en una plataforma orbital del cinturón de asteroides del planeta. El último año había servido como primera oficial a bordo de una nave escolta de un carguero de minerales.

Ahora, de repente, la habían ascendido a comandante de un crucero.

Parecía evidente que aquella era una decisión política y se debía a sus influencias, más que su mérito o experiencia. En cualquier caso, Eli estaba dispuesto a concederle el beneficio de la duda. El principal motor de todo aquello podía tener más que ver con traslados de tipo personal que con cuestiones de estatus político. Si el capitán Virgilio había sido ascendido a un puesto de mando mejor y más prestigioso, por fuerza alguien debía remplazado en el *Cuervo de Sangre*.

Pero ningún oficial de la nave había tenido noticias sobre un ascenso de Virgilio. Aquel silencio del Alto Mando daba más consistencia a las sospechas de Eli de que el antiguo capitán había sido discretamente retirado o expulsado.

—De todas formas, en la carrera de todo oficial siempre hay un primer puesto de mando —dijo Thrawn, interrumpiendo los pensamientos de Eli.

—Imagino que sí —reconoció—. Lo que no comprendo es por qué su primer puesto de mando tiene que ser en nuestra nave.

Más adelante, la capitana y la breve ristra de oficiales que la seguía habían llegado a la bodega de almacenaje número dos. La capitana apretó el botón de abertura de la compuerta y entró, seguido a poca distancia por el primer oficial Neis Deyland.

Eli se estremeció.

—Oh, oh —murmuró.

El resto de los oficiales también sabían qué significaba aquello. Empezaron a colocarse a ambos lados del pasillo, haciendo sitio para que Thrawn pasase cuando llegase la esperada llamada.

La espera duró apenas diez segundos.

—¡Thrawn! —resonó la voz de la capitana, desde el interior de la bodega de almacenaje—. Venga aquí. *Inmediatamente.*

La capitana Rossi y el teniente Deyland estaban a un lado de la bodega. «*El brillo facial de Rossi aumenta, sus ojos se entrecierran cuando frunce el ceño. Deyland se mantiene inmóvil, su cara muestra una expresión de incomodidad parcialmente disimulada*».

—El primer teniente Deyland afirma que esto es suyo —dijo Rossi, señalando el equipo apilado junto al mamparo.

—Lo es, capitana.

—¿Le importaría decirme qué demonios hace esto ocupando espacio en mi nave?

—Lo encontró en un mercado de chatarra que investigábamos por contrabando —intervino Deyland—. Como le he dicho ya…

—¿Usted se llama teniente Thrawn? —le cortó Rossi. *«Su brillo facial aumenta. Su postura es rígida y mueve ligeramente los dedos»*.

—No, señora.

—Pues cállese. Le he hecho una pregunta, teniente.

—Como le ha dicho el primer teniente Deyland, encontramos esas piezas en un mercado de chatarra —dijo Thrawn—. Son antigüedades, de las Guerras Clon.

—Ya sé qué son —gruñó Rossi, volviendo a mirar las pilas—. Droidekas, droides zumbadores, *dos* zumbadores, media PAM —entrecerró los ojos—. ¿Eso es parte de un *anillo de hiperimpulsión?*

—Sí, señora.

—Esto no son antigüedades, teniente —*«Rossi resopla y tuerce brevemente los labios hacia abajo»*—. Esto es chatarra.

—Puede que sí, señora —dijo Thrawn—. Sin embargo, como no estoy realmente familiarizado con la tecnología de la época, deseaba aprender un poco con su análisis.

—¿Para que vuelvan a funcionar? —preguntó Rossi—. No lo niegue… hay piezas de recambio en los dos droides zumbadores. Piezas completamente nuevas —*«Arquea las cejas. Los movimientos de sus dedos se intensifican brevemente»*—. Espero que no sean piezas provenientes del material del *Cuervo de Sangre.*

—No, señora —dijo Thrawn—. Son compradas en otro sitio.

—Y pagadas por él —susurró Deyland.

—El primer teniente Deyland tiene razón —dijo Thrawn—. Los droides zumbadores, en particular, me parecieron potencialmente útiles. Son compactos y tienen herramientas especiales para perforar y cortar que les permiten…

—Ahórreme la lección —le cortó Rossi. *«Su mano lanza una corta estocada al aire. El tono de su voz decrece»*—. Quizá haya leído sobre las Guerras Clon, pero algunos de nosotros las vivimos. ¿Y Virgilio le permitió subir esto a bordo?

—El capitán Virgilio me permitió adquirirlo, sí, señora —dijo Thrawn—. Y también me dio permiso para almacenarlo aquí, cuando no trabajase con ello.

—Muy generoso por su parte —dijo Rossi—. Quizá se haya dado cuenta de que Virgilio ya no es el capitán. Ahora la capitana soy yo y quiero mi nave limpia. Quiero esta basura fuera de la nave antes de que llegue su siguiente turno. ¿Está claro?

Deyland se revolvió junto a ella. *«Su postura muestra disconformidad»*.

—Señora, si me lo permite…

—Le he preguntado si está claro, teniente.

—Sí, capitana —dijo Thrawn—. ¿Puedo ofrecer una alternativa?

—Si no quiero escuchar a mi primer oficial, ¿por qué cree que voy a querer escucharlo a usted? —replicó Rossi—. Primer teniente Deyland, ocúpese de que se deshaga de eso, como he ordenado. Hemos terminado.

—Sí, señora —*«Deyland no se mueve de donde está, sin dar indicios de prepararse para abandonar la bodega»*—. Con su permiso, señora, me gustaría oír la sugerencia del teniente Thrawn.

«Los ojos de la capitana Rossi se cierran un poco más cuando mira fijamente a Deyland. Tiene los brazos rígidos bajo las mangas del uniforme, con los dedos ahora inmóviles, y una postura ligeramente inclinada hacia delante. La expresión del primer teniente Deyland es tensa, pero su lenguaje corporal indica firmeza. La capitana Rossi se pone ligeramente tensa».

—Parece que nadie a bordo conoce el respeto que se le debe tener a un capitán —dijo, en tono severo—. Tendré que ocuparme de eso —Se volvió hacia Thrawn—. Bien, oigamos esa alternativa.

—Señora, tengo entendido que el material a bordo de una embarcación de guerra imperial es propiedad de la embarcación y por tanto está bajo el control del comandante —dijo Thrawn—. Cuando compré esos artículos por quinientos créditos…

—¿*Quinientos* créditos? —le interrumpió Rossi—. ¿Lo dice en *serio?* No valen ni una décima parte.

—No le quitaría la razón, capitana, si esos fueran droides zumbadores estándar —dijo Thrawn—. Pero son la primera versión. Bastante inusuales y aparentemente muy valiosos.

—¿Sí? —*«Rossi mira los droides zumbadores, frunciendo los labios»*—. ¿Cómo de valiosos?

—Cuando los compré no funcionaban —dijo Thrawn—. Como ha notado, he hecho algunos progresos con las reparaciones. Creo que cuando estén completamente restaurados serán muy valiosos para los coleccionistas.

—Coleccionistas —*«El tono de Rossi es plano»*—. Gente con más dinero que cerebro.

—Algunos tienen interés por las antigüedades de las Guerras Clon —dijo Thrawn—. Según dicen, algunos miembros del Alto Mando comparten ese interés.

«Rossi abre levemente los labios y su postura se endereza. Vuelve a mirar los droides zumbadores, con los músculos de sus mejillas tensándose, relajándose y volviéndose a tensar. Sus dedos se mueven, el pulgar y el índice de su mano derecha se frotan suavemente».

—Dice que son de la primera versión, ¿verdad?

—Sí.

—La primera versión —murmura ella. *«Su voz contiene una mezcla de tensión e interés que indica repentina comprensión. Su mano se mueve ligeramente hacia su datapad, pero se detiene»*—. Muy bien, haremos un trato. Debemos volver a Ansion

dentro de tres meses. Hasta entonces puede juguetear con eso. Cuando lleguemos a Ansion, me los llevaré, funcionen o no. ¿Queda claro?

—Queda claro, señora —dijo Thrawn—. Gracias.

«Rossi mira a Deylandy después a los droides. Las arrugas de tensión de su boca se suavizan. Pasa junto a Deyland, rumbo a la salida de la bodega».

—Cuando quiera, primer teniente Deyland —dijo Rossi, por encima de su hombro.

—Sí, señora —*«Deyland esboza una sonrisita de satisfacción y sale al pasillo tras la capitana. Continúan hacia la parte trasera de la nave, con el resto de oficiales desfilando de nuevo a su estela»*.

—¿Y bien? —preguntó Vanto, en voz baja, cuando llegaron a la bodega. *«Su expresión revela expectación y temor»*—. ¿Le hará tirarlo todo?

—¿Por qué presupones eso?

—Porque Virgilio le permitió subirlo y Rossi piensa borrar cualquier rastro del viejo capitán del *Cuervo de Sangre* —dijo Vanto. *«Su voz contiene un matiz de amargura»*—. Créame… he visto a muchos como ella.

—Interesante —dijo Thrawn—. Resulta que ha aceptado concederme hasta el final de nuestra patrulla actual para conseguir que estén plenamente operativos.

—Qué generosa. Imagino que hay truco, ¿no?

—Le recordé que acabarían siendo de su propiedad.

—Ah —dijo Vanto. *«Asiente al comprenderlo»*—. ¿Y recordó lo que le dije cuando los compró sobre los coleccionistas y el valor no intrínseco?

—Sí. Te agradezco la información.

—De nada —dijo Vanto—. Imagino que no habrá mencionado que los droides zumbadores ya eran plenamente operativos, ¿verdad?

—No me lo ha preguntado. Pero creo que al final recordó que tienen un valor propio, más allá de su atractivo para los coleccionistas. ¿Recuerdas un metal llamado *doonio* de nuestras clases técnicas?

—Oh, conozco el doonio desde mucho antes de entrar en la Academia Real —dijo Vanto—. Papá destinaba seguridad adicional siempre que teníamos la suerte de transportar una o dos cajas. Pero en los droides zumbadores no hay doonio.

—En los modelos de la primera versión sí —dijo Thrawn—. En un revestimiento que protegía el núcleo cerebral. Lo eliminaron de los modelos posteriores porque su coste superaba los beneficios defensivos que aportaba.

—Así que son inusuales y valiosos por sí mismos —dijo Vanto. *«Asiente comprensivamente»*—. ¿Y dice que la capitana se percató de esto último ella sola?

—Creo que sí. Fue a echar mano de su datapad, probablemente para confirmar lo que recordaba sobre la composición de los primeros modelos de zumbadores, pero terminó cambiando de idea.

—No quería que nadie notase su repentino interés —dijo Vanto—. Esperará a quedarse sola —*«Sonríe cínicamente»*—. Y se felicitará por su buena memoria y su astucia al habérsela pegado al inocente de su oficial de armas.

—Es posible —dijo Thrawn—. Creo que deberíamos volver con los demás.

—Vale. —«*Vanto echa a andar por el pasillo con paso alegre*»—. Esperemos que Deyland tampoco mencione que los droides están operativos. Si se lo dice, es probable que Rossi se los quede de inmediato y usted no pueda seguir jugueteando con ellos.

—Antes no ha dicho nada.

—Bien hecho —dijo Vanto—. Claro que se lo debe. Haber caído en una emboscada cuando aquellos delfidianos querían asaltarnos habría podido resultarle muy embarazoso.

—Y letal, posiblemente.

—Muy posiblemente —coincidió Vanto.

—¡Thrawn! —un grito lejano resonó por el pasillo.

—Creo que han llegado al taller de reparaciones eléctricas —dijo Thrawn.

—Y han encontrado la otra parte de su anillo de hiperimpulsión —dijo Vanto—. Sí, será mejor que nos demos prisa.

La capitana Rossi necesitó una semana para tomarle el pulso a su nuevo puesto de mando, además de para familiarizarse con su nave, sus oficiales y su tripulación.

Eli debía reconocer que era bastante buena. A finales de la segunda semana, la mayor parte de la tripulación hablaba de ella con una aceptación cautelosa y había establecido buenas relaciones de trabajo con la mayoría de oficiales.

Con dos excepciones destacadas.

Eli, por supuesto, era la segunda.

Lo más frustrante era que había predicho el problema desde el principio. La capitana y el teniente no humano Thrawn eran los únicos de la nave que tenían cada uno un asistente.

No era el protocolo adecuado. Ni mucho menos la tradición establecida. Y en la Marina Imperial aquellos eran los dos cimientos sobre los que se sustentaba todo lo demás.

El capitán Virgilio había necesitado algún tiempo para hacerse a la idea. El primer teniente Deyland aún más. Eli sospechaba que, en el fondo, ninguno de los dos estaba contento con aquello.

Eli no esperaba que Rossi se habituase, ni que lo aceptara. Por desgracia, un comandante tenía diversas maneras de mostrar su incomodidad con algo. O con alguien.

Evidentemente, durante el mes siguiente Eli vio que se desarrollaba un patrón muy claro. Todos los trabajos desagradables, sucios o indeseables terminaban en manos de Thrawn. Si se trataba de alguna tarea que no podía ordenar a un oficial, Thrawn tenía la misión de supervisar su buena ejecución.

Y Eli, como su asistente, solía acabar destinado a las mismas tareas que el teniente.

Thrawn se lo tomaba con elegante estoicidad. Eli se aseguraba de que su irritación fuera invisible. Sabía que al menor indicio de insubordinación Rossi se abalanzaría sobre él como un gato colmillo sobre un shaak.

Así que cuando el *Cuervo de Sangre* captó una llamada de auxilio de un carguero que transportaba gas tibanna sellados estáticamente, Eli supo con certeza quién lideraría el pelotón de abordaje.

—Si lo entiendo bien —dijo Thrawn, cuando la alférez Merri Barlin metió su lanzadera entre el *Cuervo de Sangre* y el carguero abandonado *Dromedario*—, lo más desagradable de esta misión es el polvo, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Eli, mirando al hombre y la mujer que iban en los asientos plegables de las paredes de la lanzadera. Ninguno de los dos parecía particularmente contento con la misión, tampoco—. Layneo, la técnica de electrónica, tiene experiencia con el sellado estático —-prosiguió Eli, haciendo un gesto a la mujer—. ¿Le importa darle los detalles?

—Como dice el alférez Vanto, señor, hay polvo —dijo Layneo, arrugando brevemente la cara, con asco—. Mucho polvo. El proceso de sellado estático tiene algo que lo hace salir de todos los recovecos de la nave y lo deposita nítidamente sobre tu uniforme y piel. De allí se sale tan sucio como un minero.

—Se adhiere particularmente a la tela, —añadió el técnico de ingeniería Jakeeb—. Normalmente hay que pasar el uniforme dos veces por la limpiadora para eliminarlo todo.

—Y todos sabemos que a la capitana Rossi le gusta que su tripulación vaya impoluta —gritó Barlin, desde la cabina.

—¿Y cómo afecta al equipo electrónico? —preguntó Thrawn.

—Afortunadamente, el polvo suele ser lo bastante grueso para no introducirse en el material sellado adecuadamente —dijo Layneo—. Insisto en ese «adecuadamente». Aún no he visto ningún transporte civil que cumpla todas las normativas.

—De hecho, apuesto cincuenta créditos que no encontraremos a nadie a bordo —dijo Jakeeb—. Una señal automática, perdida en el espacio… Lo más probable es que les entrase polvo en el hiperimpulsor, no pudieran repararlo y se marcharan.

—Acepto la apuesta —dijo Layneo.

—Calma —les advirtió Eli—. No está permitido apostar a bordo de la nave, ¿recuerdan?

—No estamos a bordo de la nave, señor —dijo Jakeeb, con candidez.

—Esta embarcación se considera parte del *Cuervo de Sangre* —dijo Thrawn—. Si el sellado estático comporta semejantes inconvenientes, ¿por qué lo siguen empleando?

—Solo se usa con el gas tibanna, señor —dijo Layneo—. Es un material altamente explosivo y muy valioso. Un cebo para secuestradores de naves. Los tanques estancos hacen que los robos sean enormemente arriesgados.

—Lo que significa que son igual de peligrosos para nosotros, si la capitana Rossi decide que los subamos a bordo —les advirtió Jakeeb—. Esperemos que solo haya que reparar alguna avería y podamos pilotar el carguero hasta Ansion.

Se produjo una leve sacudida.

—Hemos llegado, señor —dijo Barlin—. Conectando collar de enlace… bien, listo. Las lecturas atmosféricas del interior son correctas. Las luces están bajas, temperatura media, gravedad operativa y estándar. El barrido continúa.

—¿Algún indicio de seres vivos? —preguntó Thrawn.

—Nada, señor —contestó ella—. El sellado estático interfiere con eso. Bien, el barrido ha terminado… negativo en sustancias químicas o microorganismos peligrosos. Podemos proceder, teniente.

—Gracias —dijo Thrawn—. Alférez Vanto, acompañe a los técnicos Layneo y Jakeeb a la zona trasera de ingeniería. La alférez Barlin y yo iremos al puente.

Al cabo de dos minutos, Eli y los dos técnicos bajaban por el pasillo central del carguero, con sus pasos resonando en la penumbra.

—No se imagina lo que odio las naves abandonadas, señor —masculló Layneo, mientras andaban. Eli notó que tenía la mano apoyada en su bláster enfundado—. Me contaron demasiadas historias de naves fantasmas de niña.

—A mí también —dijo Eli—. Suelen ser meros cuentos. O incidentes reales exagerados hasta no se parecerse en nada a la realidad.

—Estoy seguro de que ese lugar tendrá mucho mejor aspecto cuando Barlin encuentre los controles de iluminación —dijo Jakeeb, intentando ayudar.

—No creo —gruñó Layneo—. Ni toda la luz del mundo…

Sin previo aviso, el pasillo se llenó de una luz cegadora.

—¡Alto ahí! —dijo una voz tensa a su espalda—. ¿Me ha oído? ¡Alto ahí! ¡O juro que los mato!

«La expresión de Vanto cuando aparece es recelosa, pero la tensión que había en su voz al dar la alarma se ha reducido. Empuña un bláster extraño, sin apuntarlo».

—Alférez Vanto, ¿qué sucede? —dijo Thrawn.

—Teniente —dijo Vanto. *«Hace un asentimiento breve y formal. Sus dedos están medio enroscados en la señal que confirma que todo va bien»*—, permítame que le presente a Nevil Cygni. Al parecer, nos ha confundido con otros seres.

—Eso parece —dijo Thrawn. *«Cygni es un humano de pelo negro, con la piel curtida de quien ha trabajado durante años a pleno sol. Está sentado en la cubierta, a los pies de Vanto. Tiene el torso inclinado hacia delante, pero los músculos tensos de su cuello y brazos revelan miedo y recelos. Su ropa está manchada con el mismo polvo que se adhiere a los uniformes imperiales. Sus manos muestran los callos y cicatrices de un trabajo físico moderado»*—. ¿Con quién nos ha confundido?

—¿Cygni? —dijo Vanto.

—Sí, señor —dijo Cygni. *«Sigue sentado, se endereza y baja las manos. Tiene una cara lustrosa, sin indicios de malnutrición. La piel que rodea sus ojos está tensa por el*

estrés, como los músculos de su garganta. Su mirada es sombría y cautelosa»—. Por favor, créame cuando le digo que he creído que eran… —«*Se queda callado y abre más los ojos*»—. Yo… esto…

—El teniente Thrawn le ha hecho una pregunta, Cygni —dijo Vanto.

—Sí —dijo Cygni. «*Parpadea dos veces y mira a Vanto*»—. Disculpe. Me llamo… no, ya saben cómo me llamo. Lo siento. La cuestión es que fuimos atacados. Por piratas.

—¿Quiénes eran? —preguntó Vanto—. ¿Mencionaron algún nombre? ¿Lucían algún tipo de distintivo?

—No —dijo Cygni—. Nada de nombres —«*Tuerce los labios*»—. Al menos que yo oyera. Yo… hui.

«*Se produce un breve silencio*».

—¿Dónde huyó? —preguntó Vanto.

—Hay un almacén atrás, la capitana Fitz guardaba su comida allí —«*Cygni inclina la cabeza hacia atrás*»—. Caprichos que se compra por el camino y que vende siempre que puede sacar algún beneficio. Solíamos hurtarle, sacando cosas del fondo y manteniendo las de delante intactas para que no se diese cuenta.

—¿Lo que dejaba el suficiente espacio para esconderse tras los paquetes?

—Sé lo que piensa —dijo Cygni. «*Su tono se hace áspero*»—. Debería haberme quedado con los demás. Quizá debería haber luchado, quizá… —Se calla y traga saliva—. Después se los llevaron —«*El volumen de su voz desciende*»—. A todos. Oí que alguien decía que volvían a su base y que traerían a un especialista informático para hacer que la nave funcionase. Pero se llevaron a todos los demás.

—¿Y qué le pasó al hiperimpulsor? —preguntó Thrawn.

—Layneo lo está examinando —dijo Vanto—. Creemos que alguien lo desactivó antes de que los piratas pudieran acceder a él.

—Sí… así fue —dijo Cygni—. La capitana Fitz apagó el hiperimpulsor. Oí que la amenazaban. O quizá lo desactivó Toom, nuestro ingeniero —«*Entrecierra los ojos*»—. Oí… gritos.

—¿Y creía que éramos los piratas? —preguntó Thrawn.

—Sí —«*Cygni abre los ojos y señala a Vanto*»—. Estaba asustado y no me fijé en sus uniformes. No creí que nadie fuese a oír la señal de auxilio y menos aún que acudiera a echar un vistazo. Cuando he visto quiénes son… —«*No termina la frase*»—. Supongo que he tenido suerte de que no me hayan disparado por apuntarles con un bláster.

—Tenemos cierto autocontrol —dijo Vanto. «*Mira a Thrawn*»—. ¿Qué ordena, señor?

—Contacte con el *Cuervo de Sangre* —dijo Thrawn. «*Cygni vuelve a enterrar la cara entre sus manos. Los músculos de sus manos están tensos*»—. Explíquele la situación a la capitana y dígale que voy a realizar un análisis minucioso de la nave.

—Excepto del compartimento de energía, señor —dijo Layneo, llegando junto a ellos—. Hay una fuga grave en el reactor principal.

—Oh, sí… no entren ahí —dijo Cygni apresuradamente. *«Se aparta las manos de la cara. Se le tensa la espalda cuando levanta la vista»*—. Lo siento… debería habérselo advertido.

—Tranquilo —dijo Layneo, secamente—. Los indicadores y el bloqueo de la compuerta son bastante elocuentes.

—Oh. Claro —*«Cygni suspira. Vuelve a inclinar el torso para acurrucarse»*.

—Después dígale —prosiguió Thrawn para Vanto— que sugiero que mande una tripulación completa, mientras nosotros intentamos reactivar el hiperimpulsor. Si no lo logramos, sugiero que se desactive el sellado estático para sacar los cilindros de tibanna y trasladarlos al *Cuervo de Sangre.*

«Layneo abre la boca unos milímetros».

—Ah… sí —dijo Vanto, con cautela—. Señor, sospecho que la capitana considerará que sus sugerencias son… un poco excesivas.

—Es posible —dijo Thrawn. *«Cygni sigue escondiendo la cara tras sus manos»*—. De todas formas, mis recomendaciones son esas.

—Sí, señor —dijo Vanto—. Se las trasladaré inmediatamente.

—Gracias, alférez —dijo Thrawn—. Mientras lo hace, la técnico Layneo me mostrará los cilindros de tibanna.

«La mandíbula de Layneo se tensa».

—Sí, señor —dice Layneo—. Sígame.

CAPÍTULO VIII

La capacidad de liderazgo y la obediencia son los dos pilares sobre los que se sustenta la vida de un guerrero. Sin ellos no se puede alcanzar la victoria.

El liderazgo depende de la información y la comprensión. La obediencia no tanto. En ocasiones, el comandante puede decidir compartir detalles de su plan. A menudo prefiere no hacerlo. En ambos casos, la obediencia debe ser inmediata y absoluta.

Ese tipo de respuesta automática se basa en la confianza entre el comandante y aquellos a su mando. Y esa confianza solo se puede obtener mediante el liderazgo.

Eli esperaba que la capitana Rossi se tomase mal las recomendaciones de Thrawn. Y no lo decepcionó.

—¿Una tripulación completa? —repitió Rossi, con incredulidad—. ¿Ha perdido la cabeza?

—Señora, el cargamento es extremadamente valioso —comentó Eli, reprimiendo su creciente incomodidad. Rossi no tenía derecho a rechazar las sugerencias de Thrawn sin más. Pero Thrawn no debería haberlo colocado en medio de aquello, para empezar. Si quería defender su plan disparatado debería hacerlo personalmente—. Si podemos mover la nave o el tibanna…

—Si cree que va a juguetear con veinte cilindros de tibanna mientras mi nave está en el mismo sistema solar, está muy equivocado —le cortó Rossi.

—Sí, señora —dijo Eli, mirando mal a su comunicador. Ahora la capitana estaba siendo excesivamente dramática. Una explosión de tibanna en cadena era algo espantoso, pero no tanto—. Pero, si el teniente Thrawn cree que puede hacerlo, quizá valga la pena dejar que lo intente.

—Además, tampoco sería una pérdida tan grave para la marina que se volase en pedazos —contestó Rossi, con sarcasmo—. Pero no pienso arriesgar tantos tripulantes en esas circunstancias. Sería una cuestión polémica. Un asentamiento ho’din en Moltok está siendo atacado por el jefe local markuth y necesitan un poco de músculo imperial para pararle los pies, antes de que desemboque en una guerra sin cuartel. Debemos marcharnos.

—Sí, señora —dijo Eli, deseando poder olvidarse de todo aquello y que la decisión de Rossi, para bien o para mal, pendiese sobre su cabeza.

Pero Cygni también necesitaba protección y justicia. Tanto como la base imperial o la fuerza de defensa planetaria que había solicitado aquel cargamento de tibanna.

Además, Thrawn se fiaba de él.

—¿Y si nos quedamos el teniente Thrawn y yo? —le sugirió a Rossi—. ¿Con alguno de los técnicos para que nos ayude? Podríamos intentar arrancar la nave o incluso trabajar con el tibanna. Usted podría regresar para recogernos cuando haya resuelto la situación en Moltok.

Se produjo una breve pausa y Eli casi pudo ver a Rossi martilleando el reposabrazos con sus dedos mientras sopesaba las alternativas.

De haber sido aficionado a las apuestas, y si el juego hubiera estado autorizado a bordo del *Cuervo de Sangre*, Eli habría apostado que la capitana elegiría la opción en que fuera más posible que Thrawn se volase en pedazos. Si el tibanna no lo conseguía, una nave repleta de piratas volviendo a la escena del crimen también podría valer.

—Muy bien, alférez —dijo Rossi—. Informe al teniente Thrawn de que puede llevarse el material que necesite y un máximo de tres tripulantes, suponiendo que encuentra tantos voluntarios. En todo caso, usted se quedará con él, por supuesto. Un oficial tan importante no puede vivir sin su asistente.

Eli frunció el ceño. Lo había logrado.

—Sí, señora. Le trasladaré su mensaje.

Dadas las circunstancias, estaba seguro de que Rossi presuponía que el equipo de reparación quedaría formado exclusivamente por Thrawn y Eli. Por lo que debió de llevarse una desagradable sorpresa cuando Barlin, Layneo y Jakeeb se ofrecieron inmediatamente voluntarios para quedarse junto a ellos.

—Les estoy muy agradecido a todos por querer ayudar —dijo Cygni, mientras todos observaban desde el puente del *Dromedario* cómo el *Cuervo de Sangre* saltaba a velocidad luz—. Solo espero que las cosas no terminen mal para ustedes.

—No lo harán —le aseguró Thrawn—. Alférez Barlin, técnico Layneo, pueden empezar cuando quieran.

—Sí, señor —dijo Barlin, sentándose ante el timón—. ¿Layneo?

—Estoy en ello, señora —dijo Layneo, acercando una silla a la computadora central—. Allá vamos.

—¿Qué hacen? —preguntó Cygni, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, como si temiera molestar.

—Prueban lo que se conoce como una puerta trasera asimétrica —le dijo Thrawn—. Es un código oculto programado en muchas computadoras de naves precisamente para esto.

Cygni lanzó un débil silbido.

—No lo había oído nunca. Genial —Miró de reojo a Thrawn—. Y tampoco había oído nunca que hubiera oficiales imperiales no humanos. Es una especie de pantorano, ¿verdad?

Eli respiró hondo, preparándose para decir que los pantoranos no tenían los ojos rojos…

—-Sí, más o menos —dijo Thrawn—. Y soy teniente de la Marina Imperial.

—Bien —dijo Cygni—, Lo siento… no quería parecer entrometido. Es solo… no pretendía ofender.

—No lo ha hecho —dijo Thrawn—. Alférez Vanto, vaya a ingeniería y abra la caja que he hecho subir a bordo. Nosotros iremos dentro de un momento.

—Sí, señor —dijo Eli, frunciendo levemente el ceño. Había algo en la manera de comportarse de Thrawn que no terminaba de identificar. ¿Estaba preocupado por la nave? ¿Por el gas tibanna? ¿Por los piratas? ¿Por la capitana Rossi?

De hecho, al detenerse a pensarlo, no le sorprendió que Thrawn pudiera estar preocupado.

Habían dejado la caja justo delante de la puerta de la bodega de carga, donde estaba la hilera de cilindros de tibanna apoyados contra el casco. Eli echó un vistazo a la bodega (Jakeeb estaba dentro, realizando las lecturas que Thrawn le había ordenado) y se puso a trabajar con la caja. Abrió la tapa.

Y quedó boquiabierto. No sabía lo que Thrawn había hecho subir…

—¿Qué diantre? —la voz asombrada de Cygni llegó desde su espalda—. ¿Eso es un *droide zumbador*?

—Sí —dijo Thrawn, serenamente—. Me sorprende que lo reconozca.

—No fueron un arma secreta, precisamente —dijo Cygni, acercándose a Eli y agachándose junto a él para mirar el interior de la caja—. Es una primera versión, ¿verdad? ¿Funciona? Por favor, dígame que no está operativo.

—Por supuesto que funciona —dijo Thrawn—. De no estarlo no nos serviría de nada.

Cygni miró a Thrawn, después al droide zumbador y de nuevo a Thrawn.

—Vale, me he perdido —dijo—. Estas cosas se diseñaron para devorar cazas estelares, ¿no?

—Tienen otros usos —dijo Thrawn—. Venga. Se lo explicaré.

Se dio la vuelta y cruzó la compuerta de la bodega de carga. Cygni lo miró marcharse y se volvió hacia Eli.

—¿Lo dice en serio? Me refiero a lo de usar droides zumbadores ahí dentro.

—Creo que sí —dijo Eli.

—Vaya —Cygni volvió a mirar la compuerta, se encogió de hombros y le hizo un gesto a Eli—. Usted primero —dijo—. Esto tengo que verlo.

Thrawn estaba con Jakeeb, debatiendo en voz baja, cuando Eli y Cygni llegaron junto a ellos.

—El técnico Jakeeb confirma mis sospechas iniciales —dijo Thrawn—. El sellado estático sella los cilindros de tibanna, pero solo desde este lado.

—¿Cómo? —preguntó Cygni, aún más confuso—. ¿Qué quiere decir con «este lado»?

Thrawn hizo un gesto.

—¿Técnico Jakeeb?

—Solo hay sellado en la parte de los cilindros que da a la bodega de carga —explicó Jakeeb—. Miren, están fijados al casco con puntales de medio metro. Eso es demasiado

poco para que el sellado lo rodee del todo… se cortocircuitaría o se quedaría sin energía. Así que solo está en las partes que dan a la bodega.

—Y alrededor de los extremos de la fila de cilindros, me imagino —dijo Eli. Ya veía por dónde iba Thrawn con aquello.

—Correcto —confirmó Jakeeb—. Donde no hay es en la parte trasera. Así que si queremos acceder a ellos lo mejor será a través del casco.

—De ahí el droide zumbador —dijo Cygni, visiblemente impresionado—. Que me aspen. ¿Cómo no se le había ocurrido a nadie antes?

—Oh, se les ha ocurrido —dijo Jakeeb—. El problema es que no es tan sencillo como parece.

—¿Por qué?

—Primero, tienes que conseguir un droide zumbador y posiblemente reconstruirlo —dijo Jakeeb, contando con los dedos—. Segundo, aunque lo tengas, los cascos de las grandes naves son mucho más gruesos y duros que los de los viejos cazas estelares. Es muy probable que tu droide termine averiado antes de haber atravesado la mitad del casco. Tercero… —Miró a Thrawn y arqueó las cejas.

—Lo tercero es que necesitas lanzar al espacio el contenido de uno de los cilindros cuando cortas —dijo Thrawn—. Lo que representa unas pérdidas que muchos no están dispuestos a aceptar.

—Aunque, porcentualmente, perder uno de veinte no esté tan mal —masculló Cygni—. Sobre todo si la alternativa es perderlos todos. Supongo que cuando tienes un cilindro ya vacío, lo puedes cortar en pedazos y lanzarlo por el agujero del casco, lo que te permite acceder al resto desde atrás. A partir de ahí solo tienes que seguir la fila, cortar los puntales y liberar los cilindros uno a uno.

—Exacto —dijo Jakeeb—. Se tarda un poco, pero después de sacar el primero es una operación puramente mecánica. —Volvió a mirar a Thrawn—. Hay otro problemilla, claro. En teoría, lanzar el tibanna al exterior de la nave no genera ningún problema, pero si se produce una chispa en el vapor… bueno, podrían surgir problemas.

—¿Como que la nave volase en pedazos? —preguntó Cygni.

—No tanto —dijo Jakeeb—. Pero sería un embrollo.

—Por suerte, no será necesario —dijo Thrawn. Eli vio que tenía la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera escuchando algo.

—¿Por qué no? —preguntó Cygni.

Thrawn sacó su comunicador.

—¿Alférez Barlin? ¿Acabo de oír el hiperimpulsor activándose?

—Sí, señor —dijo débilmente la voz de Barlin por el comunicador—. Lo he desbloqueado, ya podemos marcharnos. ¿Cygni tiene las coordenadas de su destino? ¿O llevamos la nave a Ansion?

—Me temo que ni una cosa ni la otra —dijo Cygni en voz baja.

Eli frunció el ceño y se volvió hacia él.

Y quedó petrificado. Aquel tripulante apenado, nervioso y desdichado se había esfumado. En su lugar encontró a otra persona: silenciosa, serena y extremadamente confiada.

Con un pequeño bláster en la mano.

—¿Qué demonios…? —dijo Jakeeb.

Cygni lo ignoró. Sacó su comunicador con la mano libre y lo activó.

—Ya estamos —dijo—. Tres con el tibanna; dos en el puente —arqueó las cejas hacia Thrawn—. Le agradecería que les ordene a Barlin y Layneo que se rindan sin oponer resistencia.

—¿Por qué debería privarlos del derecho y deber de defender sus vidas? —replicó Thrawn.

—Porque si se rinden no les pasará nada —dijo Cygni—. Le doy mi palabra.

—¿Y a ellos? —preguntó Thrawn, señalando con la cabeza a Eli y Jakeeb.

—Nadie sufrirá ningún daño —dijo Cygni—. Lo único que nos interesa es el tibanna —arrugó la nariz—. Bueno, y la nave. Supongo que lo daba por descontado.

Antes de que Thrawn pudiera contestar, una docena de tipos corpulentos de aspecto rudo entró en tropel por la compuerta de la bodega de carga. Uno de ellos, un tipo delgado con una barba trenzada, levantó su bláster…

—Bajad los blásters —-gritó Cygni—. Se han rendido. Nada de disparos. Ángel, he dicho que los bajéis.

El tipo de la barba trenzada hizo caso omiso.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó, señalando a Thrawn con el bláster.

—Eso —dijo Cygni— es un teniente de la Marina Imperial. Y ahora baja el arma —miró a Thrawn—. ¿Teniente?

Thrawn lo examinó un instante. Después volvió a acercarse el comunicador.

—Alférez Barlin, un grupo de piratas va para allá. Tienen órdenes de no hacerles nada si se rinden sin oponer resistencia. Y es lo que van a hacer.

—¿Señor?

—Ríndanse, alférez. Es una orden —Thrawn se guardó el comunicador—. ¿Quiere mi rendición personal, señor Cygni?

—No es necesario, teniente —dijo Cygni, inmóvil—. No me produce ningún placer particular derrotar a mis oponentes. Ángel, desármalos, por favor.

—Sí —Ángel sonrió con malicia—. A mí sí que me lo produce. Nada de trucos. —Hizo un gesto para que tres de sus soldados se acercasen.

Eli vio por el rabillo del ojo que Jakeeb se preparaba para la acción.

—Descanse, Jakeeb —murmuró—. Le han dado una orden.

Jakeeb lanzó un suspiro.

—Sí, señor.

Al cabo de un momento, los imperiales estaban desarmados.

—Bien —dijo Cygni. A Eli le pareció que estaba más relajado, ahora que había pasado el riesgo de combate—. Será mejor que llames a tu nave, Ángel.

—Ya la he llamado —dijo Ángel—. Imagino que quieres que meta a estos con los demás, ¿no?

—Ese era el trato —dijo Cygni—. Sin muertos ni heridos. Oh, por si no te lo había dicho, tengo gente en tierra, en el punto de entrega, para asegurarse de que entregas a todo el mundo sano y salvo.

—Bueno, las cosas no siempre salen como uno quiere —le advirtió Ángel. Eli notó que no le había quitado los ojos de encima a Thrawn—. A veces se producen accidentes. A veces surgen problemas. Puede haber…

—A veces se generan consecuencias que en realidad uno prefiere no afrontar —dijo Cygni. No había elevado la voz, pero algo en su tono hizo que Eli se estremeciera—. Basta de bravatas. ¿Tienes a los otros dos imperiales? Bien. Bájalos. Los trasladaremos en cuanto llegue tu nave. Confío que habrás decidido ya cuáles de tus hombres me van a ayudar a llevar el *Dromedario* hasta puerto.

—Oh, sí, ya tengo tu equipo —dijo Ángel, mirando a Thrawn—. Yo soy el primero.

Cygni frunció el ceño.

—No hace falta que vengas personalmente —dijo—. Sacar los cilindros nos llevará tiempo, tanto si rompemos el sellado estático como si recurrimos a la idea del teniente Thrawn de cortar los puntales a través del casco. Tendrás tiempo de sobra para dejar a los prisioneros y volver con nosotros.

—Lo sé —dijo Ángel—. Pero me gusta tu compañía —señaló a Thrawn con la cabeza—. Solo decía que a veces se producen accidentes. No que vayan a producirse, solo que pueden darse.

Cygni lo miró con una expresión indescifrable. Miró a Thrawn y volvió a mirar a Ángel. Eli contuvo la respiración…

—Permíteme suavizar un poco las cosas —dijo Cygni—. ¿Has visto la caja del pasillo al venir?

—Sí —dijo Ángel—. ¿Es un droide zumbador?

—Por supuesto —dijo Cygni—. Llévatelo, como extra. ¿Cuánto puede valer…? —Levantó una mano hacia Thrawn.

—Como está, unos doscientos créditos —dijo este.

Cygni resopló.

—No tiene ni idea, teniente. Es de la primera versión, Angel. En el mercado actual puede valer mil créditos solo por el revestimiento de doonio del núcleo.

Angel miró al droide con estupefacción.

—¿Tiene revestimiento de *doonio*?

—Refinado, templado y listo para que el comprador indicado lo saque y lo introduzca en el mercado negro —le confirmó Cygni—. Mil créditos. Doscientos por cada uno de los imperiales, que por otra parte no valen nada. Por mantenerlos vivos, nada más.

Ángel arrugó la nariz.

—Bien —dijo, a regañadientes—. Claro. Supongo que está bien así.

—Si no es suficiente, piensa una cosa —le dijo Cygni—, si no llego a convencerlos de que se rindieran, habrían combatido y algunos de tus hombres habrían muerto. O tú, incluso.

—Ya te he dicho que me parece bien —dijo Ángel, socarronamente—. Si se portan bien, los bajaré con los demás. ¿Contento?

Cygni inclinó la cabeza.

—Quizá no lo sepas, Ángel, pero tener fama de cumplir tu palabra acaba compensando.

—No con la gente con quien yo trabajo —dijo Ángel, amargamente—. Bueno, acabemos con esto.

—Por el mero hecho de no tener tu reputación impoluta, ¿crees que no puedes fiarte de mi palabra? —«*Ángel mira hacia atrás, por encima de su hombro, a sus prisioneros y los demás piratas. Tiene los ojos entrecerrados y los labios torcidos hacia abajo. Los músculos de su garganta y espalda están tensos*».

—En absoluto —dijo Cygni. *«Su tono es tranquilo, sus palabras conciliadoras. Sus movimientos son cautelosos y precisos. Su cara apenas muestra expresión alguna, pero hay un músculo tenso tras su mejilla*»—. Solo quería echar un vistazo a los demás prisioneros, aprovechando que he pasado por aquí. Tus hombres han sido un poco duros con un par de ellos.

—Eh, si le das un puñetazo a un Sincu, te lo devuelve con intereses —gruñó Ángel—. Tienen suerte de que no los matase de un tiro.

—Sí —susurró Cygni—. Imagino que sí.

—¿Qué es un Sincu? —preguntó Thrawn.

—¿Qué? —dijo Ángel. *«Sus ojos se cierran un poco, su calor facial aumenta. Su tono es cauteloso y de pronto se vuelve irritado, indicando quizá arrepentimiento por haber mencionado aquella palabra*».

—No lo había oído nunca —dijo Thrawn—. ¿Alférez Vanto?

—Yo tampoco lo sé —dijo Vanto. *«Su tono es cauteloso, pero intrigado*»—. Argot, me imagino. Debe significar algo como «idiota».

«Ángel da un paso hacia Vanto. Su expresión se ha tornado furiosa de pronto. Cierra las manos en puños».

—Escucha, chico listo…

—Basta —dijo Cygni—, Vamos, Ángel. Tenemos un plazo que cumplir.

La tripulación del *Dromedario* estaba encerrada dentro de una celda de barrotes de hierro construida en la parte trasera de la bodega de carga de estribor. Había un total de diez: siete humanos de diversas edades, tamaños y tonos de piel; dos gran, ambos con los tres ojos y el hocico de cabra típicos de su especie; y una togruta, con sus cuernos montrales cónicos y colas craneales rayadas haciéndola destacar entre los prisioneros.

«La togruta observa a los nuevos prisioneros cuando se acercan, frotando con las manos, verticalmente y poco a poco, uno de los barrotes de su prisión. Mira fugazmente a cada uno de los imperiales y después desvía su atención hacia Ángel».

Llegaron a la celda. Ángel se quitó una llave que llevaba colgada de una cadena al cuello y abrió la cerradura. Esta era de tipo mecánico, ajena a cualquier apertura electrónica. La llave en sí tenía una forma elaborada y sinuosa, con múltiples protuberancias y hendiduras, seguramente era difícil o imposible de duplicar.

Tres de los piratas apuntaron sus blásters a los prisioneros de la celda mientras Ángel abría la cerradura. Este abrió la puerta y les hizo un gesto para que entrasen.

—Adelante —ordenó.

Ángel esperó que los cinco imperiales estuvieran dentro, cerró la puerta y volvió a echar el cerrojo.

—¿Contento? —le preguntó a Cygni. Le dio la llave a otro pirata, que se colgó la cadena al cuello y se la metió por dentro de la camisa.

—Por ahora sí —dijo Cygni—. Recuerda, debes dejarlos a todos, como acordamos. Sanos y salvos —«*Arquea las cejas en un desafío mudo*»—. Nada de accidentes. Recuérdaselo a tus hombres.

—Descuida —gruñó Ángel—. Muchachos… volved a vuestros puestos. Os quiero en el cenco dentro de seis días —«*Vuelve a mirar a Cygni. Sus ojos se entrecierran*»—. Y aseguraos de que nadie sufra ni un solo rasguño cuando los dejéis. Vamos, larguémonos de aquí.

Salió de la bodega de carga y fue hacia la parte delantera de la nave, seguido por sus hombres. «*Cygni echa un último vistazo a los prisioneros, con los labios muy fruncidos, y después sale tras ellos*».

—¿Supongo que sois nuestro escuadrón de rescate? —preguntó una de las humanas enjauladas. «*Tuerce los labios, puede que con desprecio o sarcasmo*».

—Más o menos —dijo Vanto—. Este es el teniente Thrawn y yo soy el alférez Vanto. ¿Usted es la capitana Fitz?

—Sí —dijo la mujer—. También os la ha pegado a vosotros, ¿verdad?

—¿Quién, Cygni?

—Sí —dijo Fitz—. Subió a bordo del *Dromedario* con autorización falsa y consiguió engañarnos a todos.

—A todos no —la rectificó Layneo—. Alguien desactivó el hiperimpulsor.

—Sí —dijo Fitz—. Pero no nos sirvió de mucho. ¿Os convenció para que lo arrancaseis?

—Más o menos —dijo Vanto.

Fitz maldijo.

—Se acabó. Hemos perdido la nave. Hemos perdido el tibanna. Estamos acabados. Casi preferiría que nos matasen.

—Yo no perdería la esperanza —dijo Vanto—. ¿Teniente?

—Todavía no, alférez —dijo Thrawn—. Paciencia.

—¿Todavía no qué? —preguntó Fitz—. Eh, ojos brillantes… te estoy hablando.

—Probablemente está pensando qué va a explicar en su informe —dijo otro de los prisioneros—. Tiene que encontrar la manera de adornar este desastre.

—Cuidado con lo que dicen —les advirtió Vanto—. Están hablando de un oficial de la Marina Imperial.

—Sí, estoy impresionada…

—Les digo que tengan cuidado con lo que dicen —«*Vanto no alza la voz. Pero el efecto en los prisioneros es inmediato. Fitz le mira disimuladamente y baja la vista. Su brillo facial reluce con más intensidad*».

—Perdón —dijo Fitz, en voz baja.

—Gracias —dijo Vanto—. Y si creen que el teniente Thrawn los está haciendo perder su tiempo con excusas, están muy equivocados. ¿Teniente?

—Un momento —dijo Thrawn.

—Oiga, teniente… —empezó a decir Fitz.

—Dice que esperemos —dijo Vanto.

—¿El qué? —«*Fitz aprieta los dientes y se obliga a relajarlos*»—. ¿Qué esperamos?

—Que Cygni y los demás vuelvan a bordo del *Dromedario* y salten a velocidad luz —dijo Thrawn—. Estoy calculando el tiempo estimado.

—¿Quiere que se marche con nuestra nave?

—Silencio, capitana —dijo Vanto.

—Pero…

—He dicho que silencio —repitió Vanto. «*Su voz sigue firme y controlada. Pero su determinación y confianza vuelven a acallar las protestas de Fitz*».

—No volveré a preguntarle nada.

La celda quedó en silencio. Thrawn siguió contando.

Hasta que llegó el momento.

—Técnico Layneo, ¿está familiarizada con los controles electrónicos de este tipo de nave? —preguntó Thrawn.

—De este tipo concreto no, señor —dijo Layneo. «*Mira entre los barrotes metálicos hacia la entrada de la bodega de carga*»—. Pero me he fijado en la ingeniería que he visto por el camino y parece bastante estándar. ¿Qué necesita que haga?

—Si aislamos el puente, ¿podemos pilotar la nave desde aquí?

«*Se extiende un murmullo entre los prisioneros*».

—Probablemente —dijo Layneo—. ¿Alférez Barlin?

—Creo que podemos hacerlo, teniente —coincidió Barlin—. Aunque habrá que hacer un poco de recableado rápido. Si los piratas son lo bastante rápidos, es posible que inutilicen algunos circuitos antes de que podamos anularlos.

—Creo que podremos mantenerlos ocupados —dijo Thrawn.

—Suena genial —dijo la capitana Fitz—. Excepto porque los circuitos están ahí fuera y nosotros aquí dentro.

—Yo tampoco lo veo claro, capitana —dijo Vanto—. Teniente, ¿necesita que le dejemos espacio?

—No, alférez —Thrawn se quitó la placa de teniente—. Una vez me preguntaste qué iba a hacer con la otra placa que me había dado el comandante Deenlark en la Academia.

«*Vanto se inclina hacia delante, frunciendo el ceño. Examina la placa y los componentes electrónicos y microinterruptores que se pueden ver parcialmente en la parte trasera. Las arrugas de su frente se suavizan*».

—Eso es un llamador, ¿verdad?

—Sí —dijo Thrawn.

—Un momento —dijo Fitz—. ¿Está diciendo que su nave está lo bastante cerca para hacerla venir? No, eso es absurdo.

—Nuestra nave se marchó hace mucho —dijo Vanto. «*Sonríe*»—. Pero no la llama a ella.

—¿Y a quién llama? —preguntó Fitz.

Su respuesta llegó al cabo de cinco segundos.

Los holos de la época de las Guerras Clon que mostraban ataques de droides zumbadores contra cazas estelares de la República eran bastante impresionantes. Pero aquellos combates se libraban en el vacío del espacio, con solo ruidos leves grabados mediante conducción metálica. El droide que en aquel momento se abría paso hacia ellos cortando el mamparo de la bodega de carga hacía mucho más ruido de lo que Thrawn esperaba.

—¡Atrás! —gritó entre el estruendo cuando los filos de las cuchillas, las puntas de la perforadora y el fulgor del soplete de plasma asomaron a través del metal del mamparo. Cuando el droide lo atravesase, lo único que lo separaría del llamador sería la celda en sí. La precisión iba a ser esencial para que pudiera cortar los barrotes sin tocar el que contenía el control remoto.

El droide cruzó el mamparo, haciendo saltar unas cuantas esquirlas metálicas. Continuó con su vector constante por la bodega, replegándose en una esfera cuando volaba. Se estrelló contra la celda y se volvió a desplegar. Sus brazos ganchudos se aferraron a uno de los barrotes mientras su radial y soplete atacaban otros dos. Un trozo de un metro de longitud de uno de los barrotes se cortó, rebotó sobre la cubierta y la radial pasó al siguiente.

—Esto llevará demasiado tiempo —advirtió Vanto.

Thrawn ya había calculado los progresos del droide. Vanto tenía razón.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn. Dio dos pasos hacia la derecha, alejando el llamador de la puerta de la jaula. El droide giró hacia él. Thrawn recolocó el llamador, conduciendo al droide directamente hacia la puerta. Un último ajuste de posición y la sierra del droide empezó a cortar el mecanismo de la cerradura.

Thrawn miró a la entrada de la bodega. Los piratas de aquella parte de la nave llegarían para investigar qué estaba pasando en solo unos segundos.

Se volvió hacia la puerta de la celda, evaluando los progresos del droide. Iban a tener el tiempo muy justo.

—¡Cuidado! —gritó uno de los prisioneros.

Tres piratas aparecieron abruptamente por la compuerta. «*Su paso se reduce, abren los ojos y la boca al ver al droide zumbador cortando la celda*». Al cabo de un segundo se recuperaron de su sorpresa y echaron mano a sus blásters, con cierta torpeza aún por la estupefacción. «*Sus expresiones pasan de la sorpresa a la ira*».

Thrawn echó los brazos entre los barrotes de la celda y lanzó el llamador por encima de sus cabezas, para que aterrizase en la sala de ingeniería que tenían detrás. Al instante, el droide zumbador desactivó sus instrumentos cortantes, se desenganchó de la jaula y se lanzó por la bodega hacia los piratas.

«*Los piratas abren aún más los ojos*». Tenían los blásters apuntados a los prisioneros. En aquel momento desviaron sus armas hacia el droide que se aproximaba y dispararon.

Incluso con el revestimiento de doonio interno, el mecanismo del droide era vulnerable al fuego de bláster. Pero el revestimiento exterior de la esfera era mucho más duro. Los disparos de los tres piratas impactaron en él, pero ninguno lo atravesó. Los piratas volvieron a disparar pero los tres fallaron. Dos de ellos se lanzaron a la cubierta, intentando esquivar al droide. El tercero fue demasiado lento y recibió un golpe de refilón que lo hizo girar sobre sí mismo.

Detrás de Thrawn, Jakeeb dio un paso adelante, se agarró a los barrotes superiores de la celda y golpeó con las suelas de los pies la puerta. La parte del mecanismo de la cerradura que seguía intacta saltó por el impacto. Jakeeb cayó de espaldas al suelo y salió a gachas de la celda. Barlin, Layneo y el resto de prisioneros lo siguieron.

Se produjo una breve lucha. Cuando todo hubo terminado, los tres piratas estaban inconscientes.

—Buen trabajo —dijo Thrawn—. Alféfez Vanto, técnico Jakeeb y capitana Fitz, quítenles los blásters y cubran el acceso a esta parte de la nave. Alférez Barlin y técnico Layneo, ocúpense del sistema de control.

—Sí, señor —dijo Barlin. Corrió hacia los tableros de mando, con Layneo y tres tripulantes del *Dromedario* tras ella.

—Necesitaremos más armas si queremos oponer resistencia —dijo la capitana Fitz.

—No creo que eso sea necesario —dijo Thrawn—. Los piratas que aún no han cruzado la compuerta no llegarán hasta nosotros.

—¿Qué va a detenerlos? —preguntó Fitz.

—Los bloqueos internos de la compuerta —dijo Thrawn y señaló hacia delante, a las luces rojas que parpadeaban a lo lejos—. Ahora mismo, la cámara de entrada y la zona central de la nave están expuestas al vacío.

—¿Qué? —preguntó Fitz. «*Sus músculos se tensan por la sorpresa y la perplejidad*»—. ¿Cómo diantre…?

—Relájese, capitana —dijo Vanto. «*Sonríe con satisfacción y humor negro*»—. El teniente Thrawn siempre está preparado. Y resulta que tiene otro droide zumbador.

«Fitz se queda callada dos segundos. Después, poco a poco, una sonrisa crece en su cara».

—Qué desgracia para los piratas —dijo—. Teniente Thrawn, creo que esta nave ya es suya. ¿Dónde vamos?

CAPÍTULO IX

Un gran estratega urde planes. Un buen estratega reconoce un buen plan cuando se le presenta. Un estratega decente debe ver que el plan tiene éxito antes de darle su aprobación.

Aquellos que carecen de habilidad táctica pueden no entenderlo o aceptarlo jamás.

Estas personas tampoco entenderán ni aceptarán al estratega. Para los que no poseen esa habilidad aquellos que la poseen resultan misteriosos.

Y cuando una mente tiene un entendimiento deficiente, el vacío resultante se suele rellenar con resentimiento.

—A ver si lo entiendo bien —gruñó la capitana Rossi, mirando a Thrawn y Eli—. ¿Me están diciendo que se dejaron capturar?

—Sí, señora —dijo Thrawn—. Parecía la forma más sencilla de rescatar a la tripulación del *Dromedario*.

—Corriendo un riesgo altísimo y estúpido —dijo Rossi, secamente—. Sobre todo porque ni siquiera sabían si seguían vivos.

—Me pareció muy probable que lo estuvieran, señora —dijo Thrawn—. Cygni no es un asesino cruel ni descuidado. De serlo, nos habría disparado a los tres en cuanto la alférez Barlin desbloqueó el hiperimpulsor. Estaba detrás de nosotros, así que éramos blancos fáciles.

—Pues ya son dos riesgos estúpidos —dijo Rossi—. Y no solo para sus vidas, también para las de mis tripulantes.

—No hubo gran peligro —dijo Thrawn—. Yo veía su reflejo en los cilindros de tibanna. Si hubiese hecho ademán de disparar, habría detectado el cambio de postura a tiempo para impedírselo.

Rossi lanzó un resoplido.

—Tiene respuesta para todo, ¿verdad?

—Parte de mi trabajo es anticiparme a los actos de nuestros enemigos.

Rossi miró a Eli, como desafiándolo a decir algo. Pero este no era tan tonto. Ya había visto a la capitana de aquel humor y sabía que estaba deseando encontrar algo que reprocharle a Thrawn.

Pero no estaba de suerte. Thrawn se la había pegado a Cygni, se la había pegado a los piratas y también se la podía pegar a ella.

—Me parece más pura suerte que un buen plan —dijo la capitana, volviendo a mirar a Thrawn, ahora con más intensidad—. No podía saber que Cygni no era exactamente quien decía ser hasta que sacó su bláster.

—Al contrario, señora. Supe desde el principio que era un señuelo —dijo Thrawn, serenamente—. Tenía la ropa cubierta de polvo, lo que indicaba que había estado en la zona de los cilindros y en la sala de ingeniería. De haber sido un tripulante nos habría advertido sobre la supuesta fuga del reactor en cuanto se dio cuenta de que no éramos los piratas. Pero no lo hizo.

Eli se estremeció. Todo aquello se le había pasado completamente por alto.

—Un gran error por su parte.

—Más bien un riesgo calculado —dijo Thrawn—. Sabía que existía el peligro de que alguien detectase la fuga. Pero también sabía que si desviaba nuestra atención hacia ella podríamos preguntarnos por qué no había mencionado antes semejante peligro. Eso podría habernos llevado a inspeccionar más detenidamente el compartimento del reactor, lo que no podía permitirse.

—Porque habríamos encontrado al resto de piratas —dijo Eli, asintiendo.

—Y habría conducido a nuestra captura, teniendo en cuenta nuestra manifiesta inferioridad numérica —dijo Thrawn—. Pero Cygni habría perdido la opción de reactivar el hiperimpulsor y llevarse el tibanna, su principal objetivo.

—Siempre que no obligase a Barlin y Layneo a hacerlo a punta de pistola —dijo Eli, sintiendo que un escalofrío le recorría la espalda. Cygni podía tener ciertos reparos morales, pero Eli no apostaría ni un crédito doblado a que Ángel ni los demás piratas tuvieran los mismos estándares morales.

—No le habría servido.

—Quizá sí, quizá no —dijo Rossi—. Lo que nos lleva de vuelta a su sentido de las prioridades.

—¿Disculpe, señora?

—Tenía que elegir, teniente —dijo Rossi—. El *Dromedario* y su cargamento o la fragata pirata y la tripulación del *Dromedario*. Y eligió esto último —negó con la cabeza—. La elección equivocada.

Thrawn miró a Eli.

—Rescatamos a la tripulación, señora —dijo Thrawn, aparentemente más confuso de lo que Eli lo había visto jamás—. Y capturamos a siete piratas y su nave.

—Nada de eso vale lo que un tanque de gas tibanna, imagínese veinte —dijo Rossi, bruscamente—. Espero la decisión de Coruscant, pero me veo obligada a suspenderlo del servicio hasta que nos la comuniquen.

Eli contuvo la respiración.

—Señora, ¿está…?

Se calló cuando Rossi se volvió y lo miró mal.

—¿Tiene algo que decir, alférez?

—No —dijo Thrawn, lanzándole una mirada de advertencia a Eli—. Supongo que me dejarán en Ansion, mientras siguen con su patrulla, ¿verdad?

—Sí —dijo Rossi, claramente más molesta por no haberlo podido explicar ella—. Si lo encierran o no dependerá del almirante Wiskovis. Puede retirarse.

Eli apretó los dientes. Aquello era completamente injusto. Abrió la boca para decirlo…

Pero Rossi se le adelantó.

—Una sola palabra, alférez —le advirtió—, y se queda aquí haciéndole compañía.

—No será necesario, capitana —dijo Thrawn—. Estoy seguro de que el alférez Vanto le será enormemente útil en su patrulla.

—Vaya —dijo Rossi—. Pensándolo bien, no puedo privar a mi teniente de los servicios de su asistente, ¿verdad? Enhorabuena, Vanto, acaba de recibir un permiso para quedarse en tierra. Un permiso indefinido.

Eli sintió un nudo en el estómago. ¿Qué demonios?

—Barlin los llevará a la base —dijo Rossi. Seguía mirando a Eli, como si esperase algún tipo de comentario o protesta. Eli no cayó en la trampa—. Avisaré a Wiskovis para que los espere. Pueden retirarse.

Salieron del despacho, Thrawn en silencio y Eli hecho un manojo de nervios. ¿Qué diantres había sido todo aquello?

Porque había sido deliberado. Puede que Rossi no se diera cuenta, pero ella no había pasado tanto tiempo junto a Thrawn como Eli. Para este los indicios habían sido claros como una mañana soleada, el chiss había manipulado a la capitana para que echara a Eli a patadas del *Cuervo de Sangre* y lo dejase con él.

Pero ¿por qué? ¿Por qué lo había hecho? ¿Había manipulado a Rossi por mera diversión o por el desafío que implicaba?

¿O se escondía algo más tras los brillantes ojos rojos de Thrawn? ¿Tenía tanto miedo de perder a su asistente que no quería que Rossi ni nadie más a bordo del *Cuervo de Sangre* descubriera lo que Eli podía hacer?

Para ser sincero, Eli tampoco tenía muy claro exactamente de qué era capaz. Los números y las cuentas de los suministros se le daban bien… demonios, *extremadamente* bien. Pero era bastante poco probable que pudiera demostrar aquel talento durante la presumible breve temporada que pasaría apartado de Thrawn.

—Discúlpame, alférez Vanto —dijo Thrawn, interrumpiendo sus atribulados pensamientos—. Sé que deseabas volver al *Cuervo de Sangre*. En circunstancias normales, habría estado encantado que demostrases a la capitana Rossi y los demás el verdadero alcance de tus habilidades, pero las actuales circunstancias no son normales.

—¿Alguna vez lo han sido en la Marina Imperial, señor? —gruñó Eli. Aun así, notaba la curiosidad hormigueando bajo su resentimiento. El tono de Thrawn transmitía una intensidad extrañamente contagiosa—. ¿Qué tienen de extrañas estas, en particular?

—La capitana Rossi tiene razón, el gas tibanna es muy valioso, por lo que genera mucho interés —dijo Thrawn—. Si queremos encontrar el *Dromedario* antes de que extraigan los cilindros, debemos apresurarnos.

—Tengo entendido que el DSI ha mandado un interrogador —dijo Eli, notando un nudo en el estómago. El Departamento de Seguridad Imperial era un elemento imprescindible para mantener el orden, pero en ocasiones parecía extralimitarse en sus funciones con la intención de generar desconfianza, desprecio y temor—. Dudo que los piratas guarden muchos secretos cuando haya terminado con ellos.

—Esa es la fama del DSI —dijo Thrawn—. Pero es posible que el interrogador no llegue a tiempo o que no obtenga la información necesaria lo bastante rápido. Recuerda, tenemos solo cuatro días hasta que Ángel se dé cuenta de que su nave no regresa y empiece a sospechar.

—O a cabrearse, como mínimo —Eli frunció el ceño y miró de reojo a Thrawn, entendiéndolo todo—. ¿Piensa interrogarlos usted?

—Suponiendo que logre convencer al almirante Wiskovis para que me lo permita —dijo Thrawn—. Dime, ¿qué sabemos hasta ahora?

Eli agitó una mano.

—Prácticamente nada.

Thrawn se quedó callado. Eli apretó los dientes.

—Está bien —dijo, dejando escapar un suspiro. Otro juego que se le daba muy bien a Thrawn—. Sabemos que faltaban seis días para el encuentro, incluida la parada para dejarnos a nosotros y a los prisioneros en algún sitio. Como usted ha dicho, eso nos deja cuatro días para llegar a donde quiera que estuvieran yendo, pero no sabemos dónde empezar a buscar.

—Tenemos el sensor de datos de la nave pirata —le recordó Thrawn.

Eli negó con la cabeza.

—No se puede saber dónde va una nave solo con su vector de partida.

—Cierto —dijo Thrawn—. Pero marcharse en dirección opuesta habría sido muy ineficaz, sobre todo porque saben que tienen el tiempo contado hasta que la desaparición del *Dromedario* sea de dominio público. Por eso podemos presuponer que su destino está dentro de un cono que no supera los noventa grados cuyo vórtice es el vector de partida.

Eli frunció los labios. Y ese cono incluía su ubicación actual en Ansion, así que llegar al destino final de Cygni en solo cuatro días no parecía ningún disparate.

Dondequiera que fuera. Seguían sin tener la menor pista al respecto.

—¿Qué más sabemos? —insistió Thrawn—. ¿Cómo llamó Ángel a su cita?

Eli tuvo que rebuscar en su memoria.

—Lo llamó Cenco —dijo—. Imagino que ya habrá buscado ese planeta, ¿no?

—Sí —dijo Thrawn—. No hay ningún planeta ni gran ciudad registrado así. Pero dijo «el cenco», no solo «Cenco». Podría ser un término coloquial o argot.

—¿Referido a qué?

—Aún no lo sé —dijo Thrawn—. Pero creo que se puede averiguar con las preguntas adecuadas. ¿Qué más sabemos?

Eli se encogió de hombros.

—Conocemos las caras de nuestros prisioneros. Pero, aunque no hayan alterado o borrado sus archivos de datos, como hacen muchos delincuentes, necesitaremos días o semanas para revisar todos los registros planetarios hasta descubrir quién son.

—Es posible que también sepamos cómo se refieren los piratas a sí mismos —comento Thrawn—. ¿Lo recuerdas? Te pregunté por ello al momento.

—¿Se refiere a «Sincu»? —preguntó Eli, frunciendo el ceño—. Me pareció simple argot.

—Creo que es algo más que eso —dijo Thrawn—. Ángel reaccionó con demasiada prontitud a mi interés por la palabra para ser inocente o inofensiva.

—No noté ninguna reacción.

—Fue bastante sutil.

—Me fío de su palabra —dijo Eli, empezando a sentir cierta excitación cautelosa—. Puede que una base del Borde Medio como Ansion no disponga de los archivos completos de ciudadanos del Imperio, pero debería tener una lista de los principales organizaciones criminales bajo su jurisdicción. ¿La ha consultado?

—Sí —dijo Thrawn—. No aparece nada con ese nombre.

—Oh —dijo Eli, notando que su excitación decaía.

—Pero hay posibles conexiones que podría explotar —prosiguió Thrawn—. Lo veremos cuando pueda hablar con ellos.

—¿Y qué quiere que haga yo? —preguntó Eli—. Supongo que manipuló a Rossi para que me dejase aquí por alguna razón.

—Por dos razones —dijo Thrawn—. Necesito que supervises mis interrogatorios. Puedes resultar excepcionalmente útil en algún momento.

—Muy bien —dijo Eli, preguntándose qué querría decir con aquello. Nadie le había dicho nunca que fuera «excepcionalmente útil»—. ¿Y el segundo?

Thrawn se quedó callado un instante.

—Es posible que necesite un testigo para lo que tengo planeado —dijo, en voz baja—. Y tú, alférez Vanto, serás ese testigo.

«Los tres piratas se muestran impertérritos cuando entran en fila india por un lado de la sala de interrogatorios. Todos echan un vistazo a la sala al entrar, fijándose en las paredes, techo y suelo metálicos. Todos miran fugazmente la mesa de interrogación tras la barrera transpatente que divide la sala en dos».

Thrawn esperó que se hubieran sentado. Después tocó el control del intercomunicador de su escritorio. Unas luces indicadoras parpadearon a ambos lados de la barrera.

—Buenas tardes —dijo, hablando por el micrófono—. Soy el teniente Thrawn.

«Ninguno de los tres contesta. Pero su calor facial aumenta. Los músculos de sus mejillas, gargantas y alrededor de sus ojos pasan de la amargura a la hostilidad. Los músculos corporales de mayor tamaño, bajo su ropa de presidiarios, se estremecen y tensan en patrones claros».

—Estoy seguro de que se preguntan por qué están aquí —prosiguió Thrawn—. Quiero ofrecerles un trato.

«Su brillo facial aumenta brevemente y después regresa a los niveles previos».

—No me creen, lógicamente —dijo Thrawn—. Pero es cierto. Tenemos un dicho: «*quédate con lo útil, deja marchar lo inservible*». Ustedes tres son inservibles.

—Y usted se puede volver a Pantora —replicó el más alto de los tres. *«Su voz tiene un deje claro, un deje que se había manifestado en su viaje hasta Ansion. No es idéntico al acento de Vanto, pero tiene grandes similitudes, seguramente sea señal de que procede del Espacio Salvaje*»—. Si ha venido a insultarnos, pierde su tiempo.

—No pretendo insultarlos —dijo Thrawn—. Al contrario, me impresiona que los sucesores de la reina pirata Q'anah sigan operando en la galaxia.

«El calor facial de los piratas aumenta bruscamente. Abren más los ojos y los músculos de sus cuellos se tensan. Intentan ocultar su reacción de inmediato, pero no lo logran del todo».

—No creerán que habían pasado desapercibidos —prosiguió Thrawn—. El gran moff Tarkin se dio cuenta hace mucho de que algunos de los Merodeadores de Q'anah habían corrido mejor suerte que su capitana. Mantengo contacto con Tarkin y me ha manifestado su deseo de venir hasta Ansion a ocuparse personalmente de los últimos reductos de su antiguo enemigo.

—No sabemos de qué nos habla —dijo el portavoz de los piratas.

—Un farol muy audaz, pero inútil —dijo Thrawn—. No obstante, como les he dicho, yo preferiría intercambiarlos por su líder. Puede que el gran moff Tarkin no piense como yo, pero el que está aquí soy yo. Lo realmente irónico es que su líder, Ángel, tiene una filosofía muy parecida a la mía.

—¿Qué quiere decir?

—Seguro que se han dado cuenta de qué compañeros fueron elegidos para viajar con Cygni hasta el punto de encuentro —dijo Thrawn—. Más importante aún, seguro que se han dado cuenta de cuáles de ustedes no fueron elegidos. Ustedes y el resto fueron abandonados a su suerte.

«*Uno de los piratas mira a su portavoz, con expresión tensa. Este lo ignora, pero su calor facial aumenta*».

—Tanto a corto como a largo plazo, fue una decisión razonable —continuó Thrawn—. A corto plazo, Ángel pierde varios tripulantes experimentados, pero su captura e interrogatorio le permiten ganar más tiempo para sacar los cilindros de tibanna del *Dromedario.* A largo plazo, aleja a los que ha dejado de considerar útiles para sus objetivos.

—¿Y el *Merodeador*? —contestó el portavoz—. Disculpe, carazul, pero Ángel no es tan tonto como para renunciar a una buena fragata sin más.

—Ya se lo he dicho, piensa a largo plazo —replicó Thrawn. Ya tenía el nombre de la nave pirata—. Cygni ha demostrado lo eficaz que es su forma más sutil de capturar naves. Seguro que ha convencido a Ángel de que el *Dromedario* les será más útil que el *Merodeador*. Sin duda, un carguero permite aproximarse más sigilosamente a sus víctimas que una fragata armada.

El datapad se iluminó sobre la mesa, con un mensaje: «Fragata *Merodeador,* vinculada con cinco robos de naves bajo la identidad de *Esperanza de Elegin*».

—En particular una tan buscada como la *Esperanza de Elegin* —añadió.

—Bah, escupitajos de parth —*«El tono del portavoz es grave y desdeñoso*».

—Aplaudo su tenacidad —dijo Thrawn—. Aunque ya debe saber que es inútil. Sé demasiado sobre ustedes para que puedan salir de esta y cuando llegue Tarkin sabremos el resto. Si no aceptan mi oferta, están perdidos.

«Los tres piratas se miran unos a otros».

—Explique qué ofrece —dijo el portavoz.

—Les daré un transporte civil —dijo Thrawn—. Está parcialmente dañado, pero debería sacarlos de este sector sin que sea necesario repararlo. A cambio, me dirán el sistema al que Cygni y Ángel han llevado al *Dromedario* para sacar el tibanna.

—¿Qué garantía tenemos de que no nos entregará a Tarkin cuando tenga la información, de todas formas?

—Les doy mi palabra —dijo Thrawn—. Pero también les ofrezco la simple lógica. Los tres son demasiado jóvenes para haber pertenecido a los piratas de Q'anah originales. La venganza de Tarkin no va dirigida específicamente contra ustedes. Y, lo más importante, conozco a Tarkin. Le gustará mucho más que Ángel se entere de que los hemos liberado a cambio de que lo traicionaran.

—No debe conocer mucho a Tarkin si cree que muestra compasión ante nadie.

—Exactamente —dijo Thrawn—. Su reputación no se lo permite. Por eso voy a liberarlos por iniciativa propia. Así Tarkin podrá darse el gusto de contárselo a Ángel sin que esa decisión haya sido cosa suya.

Hizo una pausa. Los piratas no abrieron la boca.

—Esta es mi oferta —dijo Thrawn—. Esperaré mientras la debaten.

Volvió a apretar el botón del intercomunicador y las luces indicadoras se apagaron.

Los piratas no se dejaron engañar. Probablemente ya los habían interrogado en lugares como aquel y sabían que el intercomunicador seguía abierto, aunque las luces se apagaran.

Thrawn había jugado sus cartas. Pero los piratas aún guardaban un as en la manga. Se juntaron y empezaron a hablar en susurros.

En un idioma que debían de haber aprendido de niños en el Espacio Salvaje. Un idioma que solo se empleaba allí y en las Regiones Desconocidas. Un idioma no programado ni en los droides traductores ni en los de protocolo de la República ni en los

del Imperio. Un idioma que podían estar seguros de que ningún imperial habría oído jamás.

Sy bisti.

—¿Qué os parece? —preguntó el portavoz a los demás—. ¿Creéis que podemos fiarnos de él?

—Es un imperial —dijo uno, burlonamente—. Claro que no.

—¿Qué más da? —replicó otro—. Ya lo habéis oído. *Tarkin* viene hacia aquí.

«El portavoz resopla».

—Ángel te ha contado demasiadas historias de fantasmas. Ni siquiera Tarkin puede ser tan malo.

—¿No? ¿Y por qué Ángel sigue contando esas historias? Hacedme caso, Tarkin es pura maldad.

—Hablando de malvados —dijo otro pirata—, ¿qué creéis que hará Ángel cuando descubra que lo hemos vendido al carazul?

—Buena observación —dijo el portavoz—. Aunque quizá podamos matar dos pájaros de un tiro. Aceptamos la oferta, le contamos cuatro banalidades al carazul, lo seguimos hasta el cenco y avisamos a Ángel. Si somos lo bastante rápidos, deberíamos llegar antes de que Tarkin o el carazul puedan detenernos.

—Siempre que no hayan logrado desactivar el sellado estático —replicó el otro pirata—. Si es así, llegaremos justo a tiempo para que nuestra nave salte en pedazos y nos deje allí tirados hasta que nos encuentre Tarkin.

—¿Creéis que encontrarán un *ub-dub squalsh* capaz de hacerlo? —dijo el portavoz, en tono desdeñoso—. Imposible. Ángel tendrá que traer a alguien de fuera.

—Puede que Cygni ya se haya ocupado de eso.

—En teoría Cygni tenía que haber anulado el sellado estático antes de que subiéramos a bordo —dijo el portavoz—. Tranquilos, nos da tiempo de sobra a llegar.

—Entonces aceptemos la oferta —dijo uno de los piratas—. Le damos… no sé, le damos algo… y nos largamos de aquí.

—¿Antes de que llegue Tarkin? —sugirió el portavoz.

—Búrlate si quieres —gruñó el tercer pirata—. Yo no pienso hacerlo.

—Está bien —El portavoz levantó la vista hacia Thrawn y meneó una mano—. Eh —gritó en básico—. Usted… el imperial.

Thrawn apretó el botón del intercomunicador.

—¿Han tomado una decisión?

—Aceptamos su oferta —dijo el portavoz—. Ángel y Cygni han ido a Cartherston, están en un planeta llamado Keitum. ¿Necesitan las coordenadas?

—Gracias, podemos encontrarlas —le aseguró Thrawn—. ¿Algo más?

—Solo que se dé prisa si quiere alcanzarlos —le advirtió el portavoz—. Estarán allí solo el tiempo necesario.

—Tiene razón —dijo Thrawn—. Gracias por su cooperación. Los guardias de fuera los escoltarán hasta su nuevo transporte.

—¿Y el resto de la tripulación? —preguntó el portavoz.

—Sus compañeros ya van hacia allí —dijo Thrawn—. Una cosa más, acabo de darles una segunda oportunidad, les sugiero que la aprovechen para reconducir sus vidas por el buen camino.

—Ahórrese los sermones, hermano —dijo el portavoz, mientras todos se levantaban de sus sillas—. Créame… no volverá a tener noticias nuestras.

Salieron por la puerta. Thrawn se los quedó mirando, se levantó cuando salieron y se volvió hacia la puerta lateral de la sala. Esta se abrió y apareció Vanto con el almirante Wiskovis.

—Almirante.

—Teniente —Wiskovis inclinó cabeza—. Una de las actuaciones más impresionantes que he visto nunca.

—Gracias, señor —dijo Thrawn—. ¿Lo tenemos?

—Sí —dijo Vanto, con satisfacción—. Uba, en el sector Barsa. Es un lugar tranquilo para aparcar un carguero durante una temporada, a la distancia justa del punto en que atraparon al *Dromedario*. En argot se conoce, despectivamente, como «*ub-dub*». «*Squalsh*» es el término de argot local para sus habitantes, que no tienen fama de ser genios tecnológicos, precisamente. —Sonrío levemente—. Hay un puñado de núcleos comerciales en el continente norte, que en argot local se conocen como centros comerciales, abreviados como «céneos».

—Lo tenemos, sí —coincidió Wiskovis—. Aunque aún no tengo ni idea de cómo lo hemos conseguido. ¿Cómo supo que ese grupo trabajaba para Q’anah?

—No estaba seguro —dijo Thrawn—. Una mera suposición basada en su nombre.

—¿Qué nombre? —preguntó Vanto. «*Frunce el ceño por la confusión*»—. ¿Ángel?

—*Sincu* —dijo Thrawn—. Así llamó Ángel a su grupo. Yo lo entendí como Sin-Q, o el grupo sin Q. Cuando llegamos, mientras esperábamos que volviera la capitana Rossi, investigué sobre grupos criminales conocidos. Había varios que incluían referencias a una Q, pero los Merodeadores de Q’anah me parecieron los que disponían de los recursos, historia y contactos necesarios para manejar gas tibanna robado.

—Parece una apuesta muy arriesgada.

—Lo fue —coincidió Thrawn—. Pero Q’anah solía rubricar sus robos con una referencia en clave a su nombre. Parecía razonable que lo que queda de su banda también quisiera dejar ese tipo de rúbrica.

—Me sigue pareciendo una apuesta muy arriesgada —«*Wiskovis niega con la cabeza*»—. ¿Y si se hubiera equivocado?

—No teníamos nada que perder —dijo Thrawn—. Habría llegado el interrogador del DSI y habría procedido a realizar el interrogatorio según los cánones. Todo se habría desarrollado como si yo no hubiera intentado nada.

—Con la excepción de que se podría exponer a un consejo de guerra —dijo Wiskovis. «*Su tono es sombrío*»—. Confío en encargarme de dar vía libre al transporte, al menos.

—No puedo permitírselo —dijo Thrawn.

—¿Perdone? —«*Wiskovis se endereza con rigidez. Su expresión se endurece, los músculos de su garganta se tensan. La expresión de Vanto muestra una repentina incomodidad*»—. ¿No me lo puede permitir?

—Creo que lo que el teniente Thrawn quiere decir, señor, es que le insta encarecidamente a mantenerse tan al margen de esta situación como le sea posible —intervino Vanto, rápidamente—. Creo que pretende asumir todas las posibles consecuencias para no implicar a nadie más en este asunto.

—Muy noble por su parte —dijo Wiskovis. «*Su expresión sigue siendo rígida e irritada*»—. ¿Y si prefiero hacerlo de otra manera? Esta es mi base, teniente. Soy responsable de todo lo que sucede aquí.

—Cierto —admitió Thrawn—. Pero aún pueden torcerse muchas cosas y las posibilidades de éxito o fracaso siguen sin estar muy claras. No deseo que cargue con ninguna culpa por mi plan y mis actos.

—¿Ni que me atribuya ningunos de los méritos de su éxito?

«*Vanto se estremece*».

—No creo que el teniente Thrawn se refiera a eso, señor.

—Bueno, que me lo explique él mismo —dijo Wiskovis.

—Si esto sale bien, no tendré el menor inconveniente en mencionar su ayuda —dijo Thrawn—. Pero si fracasa, debe saber que, en el consejo de guerra al que seré sometido, el alférez Vanto declarará que actué solo.

—¿Perdone? —repitió Wiskovis. «*Abre mucho los ojos al mirar a Vanto. Su calor facial aumenta y los músculos de sus mejillas se tensan*»—. ¿Acaba de decirme que está dispuesto a cometer perjurio, alférez?

—Sí, señor, así es —dijo Vanto. «*Crece la tensión en su voz, su expresión muestra una incomodidad extrema*»—. Como le he dicho, quiere protegerlos, a usted y su carrera, de cualquier consecuencia que pueda derivarse de esto.

«*Wiskovis se queda callado tres segundos. Su tensión y enfado no amainan*».

—Tenemos que seguir hablando de esto —dijo, finalmente—. Pero ahora tenemos cosas que hacer. ¿Cuándo quieren que mande un escuadrón a Uba?

—Debería esperar a que los prisioneros liberados hayan saltado a la velocidad de la luz —dijo Thrawn—. No queremos que noten nuestros preparativos y empiecen a sospechar. También debería ponerse en contacto con el agente del DSI y decirle que desvíe el rumbo de su nave hacia Uba.

—¿Y después?

—El teniente Thrawn solo les prometió dejarlos marchar —dijo Vanto. «*Su tensión aún no se ha disipado*»—. En ningún momento les dijo que no fuera a detenerlos si iban a Uba.

—Bien —dijo Wiskovis—. ¿Algo más?

—También le sugeriría que envíe un escuadrón al otro punto que han mencionado, la ciudad de Cartherston, en Ketium.

—Creía que solo lo habían mencionado para despistarnos.

—No dudo que ese era su principal propósito —dijo Thrawn—. Pero el nombre afloró con demasiada rapidez y espontaneidad. Quizá Keitum era el lugar donde debían liberar a la tripulación del *Dromedario*.

—Cygni dijo que su gente estaría vigilando —dijo Vanto.

—Sí —dijo Thrawn—. Quizá también descubramos quién es su gente.

—Si los atrapamos —Wiskovis hizo ademán de volverse hacia la puerta, pero se detuvo—. No ha hablado con el gran moff Tarkin, ¿verdad?

—No —contestó Thrawn—. No tengo el placer de conocerlo.

—Probablemente sea mejor así —dijo Wiskovis—. Si suele hablar así a sus superiores, teniente, le conviene no conocerlo jamás. Vamos, tenemos piratas que capturar.

CAPÍTULO X

Aquel cuyo camino da un giro se suele sentir desorientado inicialmente. Pero, a medida que pasa el tiempo, si el camino sigue constante en esa nueva dirección tenemos tendencia a creer que siempre será así, sin más giros.

Nada más lejos de la realidad. El camino que se tuerce es siempre proclive a tomar nuevos desvíos.

Particularmente cuando el primer desvío es consecuencia de una manipulación externa.

—Bueno —dijo Juahir Madras, dando un sorbo cauteloso al caf que le había servido Arihnda—. ¿Este fin de semana vas a Plaza Núcleo? ¿O harás lo de siempre y te quedarás en Bash?

—Lo más probable es que haga lo de siempre —dijo Arihnda, con pesar, soplando su taza. A Juahir le gustaba el caf mucho más caliente que a ella, por eso siempre lo preparaba así cuando su amiga pasaba por su oficina. Era más fácil dejar enfriar el suyo que soportar a Juahir intentando no protestar por la tibieza de su caf—. Plaza Núcleo es terriblemente cara.

—Eso es verdad —admitió Juahir, sobriamente—. Pensaba que dormías en tu aerodeslizador cuando ibas allí.

—Hasta que pillaron a Wapsbur consumiendo especia en un aparcamiento público —le recordó Arihnda—. A partir de entonces, Renking nos prohibió dormir o vivir en ninguno de sus vehículos.

—No creía que fuera una prohibición total —dijo Juahir—. Pensaba que solo quería que no pillaran a ningún empleado suyo haciendo algo ilegal o vergonzoso.

Arihnda se encogió de hombros.

—Una prohibición total es más sencilla.

—Y más absurda —dijo Juahir—. ¿Y no te puedes quedar en la oficina central?

—En la tienda solo pueden dormir diez. Y apretados —dijo Arihnda—. Ahora mismo soy la decimoctava en la lista de espera, así que no.

—Ah. Bueno, la Semana de la Ascensión es algo bastante gordo.

Arihnda asintió, sin dejar de soplar su caf. Algo gordo para cualquier habitante de Coruscant, aún más para la élite política. Los grandes acontecimientos como aquel eran una tapadera perfecta para que los poderosos se encontrasen y la Semana de la Ascensión era la máxima expresión de aquello. Las fiestas culminaban en el Día del Imperio y atraían multitudes al centro de la sociedad imperial, mientras los políticos mantenían reuniones y cerraban tratos discretamente, sin dejar rastros evidentes como visitarse en

sus oficinas o las llamadas de comunicador, que eran menos evidentes pero que en teoría eran rastreables.

Un millón de personas y un millón de posibilidades. Arihnda había trabajado muy duro para explotar ambas cosas. Había empezado modestamente, entablando relación con otros asistentes senatoriales, pero en las últimas dos fiestas también había conocido a un periodista de poca monta y al jefe de personal de un moff del Borde Medio. Ese año esperaba que ambos le permitiesen acceder a sus respectivos jefes.

Ahora, tras la prohibición de Renking sobre lo que su personal conocía socarronamente como «alojamiento móvil», parecía que no iba a ser posible.

Y no podía evitar preguntarse hasta qué punto se debía a la indiscreción de Wapsbur o si Renking había detectado finalmente las maquinaciones políticas de Arihnda y estaba haciendo lo posible para contrarrestarlas. Aunque, honestamente, debía admitir que aquello era altamente improbable.

Aunque en Coruscant muchas cosas solían tender hacia lo improbable.

Su trabajo en la oficina de asistencia al ciudadano de Renking en Bartanish Cuatro, conocido por todos sus habitantes como Bash Cuatro, había arrancado con ciertas dificultades. La población, principalmente obrera, estaba tallada con el mismo patrón que los mineros de Lothal, pero, incluso con aquella gente tan llana, su acento del Borde Exterior y falta de pasado en Coruscant la habían convertido en objeto de burlas y desprecios. Pero no se había rendido y se había ido ganando paulatinamente su aceptación y confianza.

Y, contra todo pronóstico, por el camino había encontrado una verdadera amiga.

—Pues supongo que tendremos que hacer algo al respecto —dijo Juahir. Dio otro sorbo y dejó la taza—. Vale, lo admito. El caf puede llegar a estar demasiado caliente.

—Te lo dije —dijo Arihnda, sonriendo. Llevaba más de un año en Bash Cuatro y empezaba a ganarse a la gente cuando apareció Juahir solicitando ayuda para encontrar un apartamento. Arihnda le encontró uno en su mismo edificio y aquella misma semana la ayudó a trasladar sus escasas pertenencias. Juahir se lo había agradecido con una cena en un restaurante increíble que Arihnda ni siquiera sabía que existía y desde aquel momento se habían convertido en inseparables—. No merece la pena insistir. Aquí también habrá celebraciones, ya lo sabes.

Juahir emitió un sonido áspero.

—Sí… las festividades del Día del Imperio en Bash Cuatro. Diez minutos de fuegos artificiales, dos de los cuales son restos del año anterior, y tres minutos con todos los aerodeslizadores haciendo sonar sus bocinas. El discurso pregrabado de Palpatine, dos minutos más de bocinazos y todos para casa. Un festival —negó con la cabeza—. Es una pena que no tengas algún amigo de un amigo con apartamento con vistas al Palacio Imperial.

Arihnda emitió un leve resoplido.

—Si te refieres al senador Renking…

—Oh, espera —la cortó Juahir, más animada—. Es verdad… lo tienes. —Se señaló a sí misma—. Soy yo.

—¿De qué demonios hablas? —le preguntó Arihnda, frunciendo el ceño.

—Hablo de Plaza del Núcleo —dijo Juahir, muy alegre—. Conozco un tipo que acaba de alquilar un piso en las torres Sestra.

—¿Las torres Sestra? —dijo Arihnda, asombrada. Sestra era un complejo de apartamentos de lujo lo bastante cercano al Distrito Federal como para poder verlo desde la oficina central de Renking—. ¿Estás de broma?

—No —le aseguró Juahir—. Estaremos un poco apretados, pero cabrás.

—Lo dices en serio —dijo Arihnda, casi sin atreverse a creerlo—. ¿Estás segura de que a tu amigo no le importará?

—Ya lo hemos hablado. Aunque tiene una condición —Apuntó con un dedo a Arihnda—. Tendremos que encargamos del transporte y el alojamiento. Y tú te encargas de que entremos en alguna fiesta o recepción exclusiva. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —dijo Arihnda, sonriendo—. No hay problema. Mi pase de asistente de senador incluye dos invitados.

—No, no, no —dijo Juahir—. Nunca hay que contarle el truco al público. ¿Puedes salir un poco más temprano?

—Claro —Arihnda consultó su crono—. Como jefa de esta oficina, he decidido darme el resto del día libre.

—Ojalá yo tuviera amigos en las altas esferas.

—Los tienes. En las torres Sestra.

—No lo olvides —dijo Juahir—. ¿Cuánto tardas en hacer la mochila?

—Cinco minutos —prometió Arihnda, apagando su ordenador y activando el desvío de los mensajes a su comunicador—. Vamos… yo conduzco. Puedes recoger tu mochila mientras preparo mis cosas y nos encontramos en mi aerodeslizador.

—Te he dicho que yo me ocupo del transporte —le recordó Juahir.

—Lo sé —dijo Arihnda—. Pero he visto tu aerodeslizador. Prefiero el mío.

. . .

El Distrito Federal, conocido informalmente como Núcleo de Coruscant y de forma aún más informal como Plaza del Núcleo, era indiscutiblemente el centro de la galaxia, tanto política como socialmente. Allí estaba el Senado, el Palacio Imperial, los principales ministerios y el cuartel general combinado del ejército y la marina imperiales.

Allí vivía y trabajaba la élite del Imperio. Y también los que ambicionaban entrar en aquella noble sociedad o los que trabajaban para hacer realidad los deseos de la élite.

—¿Y cuál es tu excusa? —le preguntó Arihnda a Driller MarDapp, mientras iban en un autobús abarrotado hacia el hotel Alisandre.

—Quiere decir que cómo conseguiste un apartamento aquí —le tradujo Juahir—. Qué mascota de *tooka* has tenido que alimentar, pasear y peinar.

—Oh, ¿se refiere a eso? —preguntó Driller, sonriendo. Arihnda, en el breve tiempo que lo conocía, había notado que sonreía mucho. Por suerte, tenía dentadura y hoyuelos para hacerlo—. Lamento decepcionarte, pero ningún *tooka* tuvo nada que ver. Resulta que tengo un tío que es alto oficial de la Academia Real y que, casualmente, está fuera del planeta tres meses. Y como soy su sobrino preferido…

—Traducción: es el sobrino que se lo pidió primero —le cortó Juahir.

—Su sobrino preferido entre los que se lo pidieron —rectificó secamente Driller—. Tenía que aprovecharlo.

—¿Y qué haces? —preguntó Arihnda—. ¿De trabajo, me refiero?

—Me temo que nada demasiado llamativo. Estoy en un grupo de apoyo que hace peticiones a senadores y ministros en nombre de ciudadanos de a pie.

—Ah —dijo Arihnda, tachándolo mentalmente de su lista. Los grupos de apoyo tenían acceso ocasional a los poderosos, pero no tenían poder propio. Allí no había nada que sacar.

—Es muy parecido a lo que hace Arihnda en Bash Cuatro —dijo Juahir.

—Sí, bastante —dijo Driller—. Excepto que tú te ocupas de gente y problemas locales, mientras nosotros representamos a seres de otros planetas. Y a veces a todo el planeta, de hecho.

—Creía que eso era lo que tenían que hacer los senadores —dijo Arihnda.

—Sí, supuestamente —dijo Driller—. Lo siento… ha sonado peor de lo que pretendía. Tú sabes mejor que nadie lo fácil que es que alguien caiga en el olvido entre las grietas del sistema. Ese es nuestro trabajo, tapar esas grietas.

—Suena tan emocionante cuando lo explicas así —dijo Juahir—. ¿Alguna idea de cuál de estas fiestas organiza el Emperador?

—No estoy segura de que vaya a organizar alguna —dijo Arihnda—. Todos los años corre el mismo rumor —Miró de reojo el hotel al que se aproximaban—. No veo ningún Guardia Imperial, seguro que no es esta.

—No importa —dijo Juahir—. Vamos a ir a muchas fiestas antes de que termine la semana, ¿verdad?

—Tantas como puedas soportar —le prometió Arihnda—. O hasta que nos echen, al menos.

—Eh, eso también puede ser divertido.

Supuestamente, el gran salón de baile Alisandre era uno de los más grandes de Plaza del Núcleo y estaba rodeado de un puñado de salones más pequeños. La distribución lo hacía perfecto tanto para reuniones numerosas como para las más reducidas e íntimas que inevitablemente se formaban en las grandes multitudes. Los guardias de seguridad de la puerta revisaron minuciosamente la identificación de Arihnda, mirando mal a Juahir y Driller, pero los dejaron pasar a los tres sin más comentarios.

—Guau —exclamó Juahir, mirando a su alrededor mientras Arihnda abría paso entre el sinuoso tránsito de gente—. Me siento muy mal vestida.

—Eres la invitada de la asistente de un modesto senador —le recordó Arihnda—. Nadie espera que lleves un traje de gala de miles de créditos.

—Estoy seguro de que hay montones de esos por aquí —añadió Driller—. No los vemos por culpa del brillo de las joyas. ¿Quién hay por aquí, Arihnda?

—Una mezcla bastante variada —dijo Arihnda, estudiando los grupitos formados entre el ir y venir de los asistentes a la fiesta—. Ahí están los gobernadores de un par de mundos menores del Núcleo. Allí hay un moff del Borde Medio. Y veo al menos a seis o siete senadores.

—¿Y los conoces a todos? —preguntó Drill—. ¿Me los puedes presentar?

—En realidad no los conozco, aunque me han presentado a muchos de ellos —dijo Arihnda. La verdad era que había intentado conocer mejor a la mayoría—. El senador Renking a veces me envía a entregar tarjetas de datos confidenciales cuando estoy por Plaza del Núcleo.

—Por eso siempre estás desapareciendo —comentó Juahir.

—No desaparezco siempre —la corrigió Arihnda, severamente—. Como mucho cuatro días al mes, con suerte.

—Sí, pero cada uno de esos días recibo veinte llamadas preguntando por qué no estás en la oficina solucionando los problemas de alguien.

—¿Y por qué te llaman a ti? —preguntó Arihnda, frunciendo el ceño. Era la primera noticia que tenía sobre aquello—. Tú no trabajas allí.

—No, pero una cantidad pasmosa de inquilinos de nuestro edificio sabe que somos amigas —dijo Juahir, secamente—. Creen que respondo por ti o algo así.

—Eso es ridículo —dijo Arihnda—. Si apenas puedes cuidar de ti misma.

—¿Podéis dejaros de reñir un momento? —Las cortó Driller—. ¿Alguna podría explicarme eso?

Arihnda siguió la dirección de su dedo. En la otra punta del salón había un grupito charlando, formado por solo cuatro personas.

Aunque no se podía negar que era un grupo llamativo. Uno de ellos era un hombre canoso con placa de coronel del DSI. El segundo estaba de espaldas a Arihnda, pero su uniforme era igual que un conjunto del senador Renking. El tercer hombre era joven y lucía uniforme y placa de alférez de la marina. Y el cuarto…

No era un hombre. Tenía forma y rasgos humanos, pero su piel era azul, su pelo negro azabache y sus ojos de un rojo brillante.

Y su placa lo identificaba como primer teniente.

—Nunca había visto nada igual —continuó Driller—. ¿Qué es, un pantorano con alguna afección ocular?

—Vaya, eso ha sido muy grosero —lo regañó Juahir. Aunque miraba tan fijamente al extraño ser como él—. ¿Arihnda? ¿Se te ocurre algo?

—Claro. Acerquémonos a averiguarlo.

Pudo oír el gritito de sorpresa de Juahir, a pesar del rumor de las conversaciones que llenaba el salón de baile.

—Estás de broma.

—En absoluto —dijo Arihnda—. De hecho, creo que ese es el senador Renking, así que puedo fingir que me acerco a ver si necesita algo.

—Creía que estabas fuera de servicio.

Decidió que si no era Renking, el uniforme señalaba que se trataba de alguien de un estatus similar. No costaba demasiado convertir un gracioso malentendido en un nuevo contacto en la élite.

Este plan de emergencia resultó innecesario. Era el senador Renking.

Lo primero que Arihnda había aprendido siendo su asistente era a no interrumpir jamás una conversación. Lo segundo era la manera de introducirse en aquellas conversaciones. En ese caso, la mejor opción era colocarse a una distancia discreta, fuera del grupo pero dentro del campo de visión periférica del senador. Sabía que terminaría reparando en ella.

Su espera duró apenas diez segundos.

—Ah… Arihnda —dijo Renking, invitándola a acercarse con un gesto—. Esperaba verla. Su comunicador me decía que estaba aquí, pero no quería interrumpirla con una llamada, si no era necesario.

—No se preocupe, senador —dijo Arihnda—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito un favor —Renking se volvió ligeramente hacía las tres personas que lo acompañaban—. Pero estoy descuidando mis modales. Coronel, teniente, alférez, les presento a Arihnda Pryce, una de mis asistentes. Señorita Pryce, le presento al coronel Wullf Yularen, del Departamento de Seguridad Imperial; al primer teniente Thrawn, figura emergente de la marina; y al alférez Eli Vanto, asistente e intérprete del teniente.

—Es un honor, caballeros —dijo Arihnda, con una respetuosa reverencia.

—El coronel Yularen me estaba hablando acerca de una intrigante operación en la que participaron recientemente el teniente y el alférez en el Borde Medio —dijo Renking.

—¿En serio? —dijo Arihnda, con un matiz de fascinación, en parte genuina. A la élite le encantaba oírse hablar, pero sus historias solían ser dignas de ser escuchadas.

—En serio —le confirmó Yularen, mirando por encima del hombro de Arihnda a Juahir y Driller. Probablemente para asegurarse que no podían oírlos—. El teniente capturó prácticamente solo una nave pirata y a la mayor parte de su tripulación y salvó un valioso cargamento de gas tibanna, por si fuera poco.

—No lo hice solo, coronel —dijo el no humano. Su voz era tranquila y respetuosa, con una confianza e inteligencia subyacentes.

—Solo contó con cuatro personas, incluido el alférez Vanto —dijo Yularen—. Para mí eso es prácticamente como hacerlo solo. ¿Qué opina, alférez? ¿Exagero?

—Ni mucho menos, señor —dijo educadamente el alférez Vanto. Parecía algo apenado, como si no supiera bien qué hacía allí y estuviese deseando marcharse a su casa.

Que Arihnda supuso, por su característico acento, debía estar en algún punto del Borde Exterior o incluso el Espacio Salvaje, lo que hacía que su presencia forzosa entre la élite resultase aún más extraña e incómoda. Arihnda había hecho grandes esfuerzos

para deshacerse de su acento del Borde Exterior, pero se seguía sintiendo un tanto cohibida por sus orígenes.

—Creo que el alférez Vanto está siendo demasiado modesto respecto a su contribución —dijo Thrawn—. Pero lo importante son los resultados.

—Bueno, en todo caso, enhorabuena a los dos —dijo Renking—. Imagino que han venido a Coruscant para recibir una condecoración. —Arqueó las cejas—. ¿O un ascenso?

—No exactamente —dijo Yularen—. Hay pendiente cierto… papeleo, por decirlo de alguna manera.

—¿Algo serio? —preguntó Renking, mirando a Thrawn.

—Lo suficiente —dijo Yularen—. Pero no me preocupa demasiado. Fui almirante durante las Guerras Clon y sigo teniendo amigos bien situados.

—Y seguro que hace algunos más esta noche —murmuró Arihnda.

Yularen la miró con renovado interés.

—Muy perspicaz, señora Pryce —la elogió—. Sí, por eso precisamente estoy presentando al teniente en sociedad en Coruscant. Creo que hizo un trabajo muy notable y quiero asegurarme de que se entere el máximo número de senadores posible.

—Bueno, yo estudiaré los detalles en cuanto pueda —dijo Renking—. Pero, ahora mismo, como les decía, necesito que la señora Pryce haga un recado para mí. Debo marcharme, pero necesito hacerle llegar una tarjeta de datos al moff Ghadi. Lo conoce, ¿verdad?

—Por supuesto, señor —dijo Arihnda. En realidad, ya había entregado varias cosas a Ghadi en persona. Este siempre estaba demasiado ocupado para hablar con ella durante aquellas visitas, pero Arihnda se había empeñado en mantener una relación cordial con su personal. Aquella podía ser la oportunidad definitiva para tratar directamente con el moff.

—Bien —dijo Renking—. Debe meterla en un datapad seguro, descargar los archivos y devolvérsela.

—Entendido —dijo Arihnda. Un procedimiento un tanto inusual, pero nada que no hubiera hecho antes—. ¿Quiere que se la lleve a su oficina cuando termine?

—Gracias —dijo Renking—. Pero basta con que la deje en el buzón. —Hizo una reverencia con la cabeza a Yularen y compañía—. Bueno, debo irme. Buena suerte, coronel. Y mejor suerte para ustedes, teniente y alférez. —Se dio la vuelta y empezó a sortear la multitud, rumbo a la entrada.

—Si me disculpa, señora Pryce —dijo Yularen, con otra reverencia cortés—. Aún me quedan unas cuantas personas que quiero presentar al primer teniente Thrawn, antes de cruzar Plaza del Núcleo para ir a la siguiente recepción.

—Claro, coronel —dijo Arihnda, devolviendo la reverencia—. Teniente, alférez.

Se dio la vuelta y se marchó, mientras Yularen y los otros oficiales se dirigían hacia otro grupo de senadores.

—Creía que nos ibas a presentar —protestó Driller cuando llegó hasta ella con Juahir.

—Lo siento —se disculpó Arihnda—. No era el mejor momento. La próxima vez.

—¿Quién es? —preguntó Juahir—. ¿Y qué es?

—Básicamente alguien en problemas con el Alto Mando —dijo Arihnda—. No han contado más.

—Qué interesante —dijo Driller—. El Alto Mando no suele preocuparse por oficiales de bajo rango. Debe de haber atropellado al *tooka* de algún pez gordo.

—-Se lo puedes preguntarse a tu tío, cuando vuelva —dijo Arihnda—. Lo único que sé es que si alguien como el coronel Yularen habla de «papeleo pendiente», haciendo una pausa entre palabras, se está refiriendo a algo serio.

—Para ser exactos, se está refiriendo sin referirse —dijo Driller.

—Eso es —dijo Arihnda—. Pero eso es problema de Thrawn. El mío es que tengo un recado que hacer.

—Sí, hemos visto que te ha dado algo —dijo Juahir—. Una entrega, ¿no?

—Sí.

—En plena fiesta de la Semana de la Ascensión. —Juahir negó con la cabeza—. Renking es un esclavista. ¿Quieres que te acompañemos?

—No, tranquila —dijo Arihnda, estirando el cuello. No lograba ver a Ghadi, pero si estaba allí no tardaría en localizarlo—. Volveré lo antes posible. Divertios, pasadlo bien y no os emborrachéis con los torbellinos.

—¿Los torbellinos tienen alcohol? —preguntó Juahir, animadamente.

—Aquí sí —dijo Arihnda—. No os metáis en líos, ¿vale?

Renking había acertado sobre lo de ver rápidamente a Ghadi. Gracias a su inconfundible aspecto, Arihnda lo encontró a los tres minutos de ponerse a buscarlo.

—Vaya, parece que Renking la hace trabajar de noche, ¿verdad? —preguntó Ghadi, toqueteando la tarjeta de datos. Arihnda notó, con cierta incomodidad, que sus ojos eran brillantes e intensos. Obra de torbellinos o de algo más potente. Esperaba que estuviera suficientemente sereno para acabar con aquello rápidamente y poder volver a la fiesta.

—Sí, Su Excelencia —dijo ella—. Pero estoy segura de que no lo habría interrumpido si no fuera importante.

—Incluso la manda a usted —dijo Ghadi, con una sonrisa torcida—. Bueno, venga. —Se dio la vuelta y fue hacia los ascensores, haciendo ondear su capa roja y amarilla—. Mi datapad seguro está en mi suite —añadió, mientras Arihnda se apresuraba a seguirlo—. Solo tardaremos un minuto. Después podrá seguir disfrutando de las fiestas.

—Sí, Su Excelencia —dijo Arihnda, echando un vistazo alrededor mientras cruzaban la multitud. No había visto las suites del Alisandre ni en fotos. Si tomaba como referencia el salón de baile, la suite de Ghadi bien merecía una visita rápida.

Y así era.

—Puede tomar algo si quiere —dijo Ghadi, mientras cruzaba la lujosa moqueta del salón principal hasta una de las puertas laterales—. El droide puede prepararle lo que desee.

—Gracias, Su Excelencia —dijo Arihnda, mirando la extensa barra que tenía a un lado y el droide camarero C5 de MecaOcio, exquisitamente restaurado, que permanecía inmóvil al lado. Se sintió tentada, pero en aquellos momentos estaba oficialmente de servicio, así que se contentó con mirar las esculturas, los cuadros y los paneles decorativos. Solo aquella habitación era el doble de grande que su apartamento y una noche debía costar lo mismo que todo su salario anual.

—Me alegro de que la haya enviado a usted —le gritó Ghadi desde la otra habitación—. La he visto varias veces por mi oficina en los últimos meses, normalmente como mensajera. Es evidente que Renking la valora mucho.

—Gracias, Su Excelencia.

—Como yo, por supuesto —añadió Ghadi—. Mucho. Dígame, ¿le gusta trabajar para él?

—Es muy interesante —dijo Arihnda, frunciendo el ceño. No era el tipo de pregunta que solían hacerle. ¿Ghadi intentaba darle conversación? ¿O había algo más?

—Claro, muy interesante —dijo Ghadi—. La palabra más diplomática posible. Y la más insulsa. —Volvió al salón, con la tarjeta de datos de Renking en la mano, y cruzó la moqueta hasta ella—. Aquí tiene —le dijo, tendiéndosela—. Ya puede devolvérsela.

—Gracias, Su Excelencia —dijo ella, mirando la tarjeta con el ceño fruncido. Parecía la que le había dado Renking… pero al mismo tiempo había algo distinto. El color era el mismo, y el logo del senador de la esquina superior parecía genuino. ¿Quizá fuera el peso? La sopesó delicadamente, intentando comprobarlo.

No, de repente lo entendió… era el logo. El logo del senador Renking estaba grabado en la superficie de todas las tarjetas de datos de su oficina. El de aquella parecía más un relieve que un grabado.

Aquella no era la misma tarjeta que acababa de entregar. Levantó la vista hacia el moff y se lo encontró mirándola, esbozando media sonrisa.

—Bueno, señora Pryce —dijo Ghadi, en voz baja—. En realidad es una pena.

—¿Disculpe, Su Excelencia? —preguntó con cautela.

—Ha notado que hay algo distinto en la tarjeta de datos —dijo Ghadi—. Qué pena. Si se hubiera limitado a devolvérsela… como le he dicho. Una verdadera pena.

Sin previo aviso, la mano del moff salió disparada hacia ella. Arihnda apenas tuvo tiempo para ver un tubito escondido en la palma antes de que un espray le salpicara la cara y el pecho. Arihnda se estremeció y cerró los ojos instintivamente…

—Porque ahora tendremos que hacerlo por las malas —prosiguió Ghadi—. Esto, señora Pryce, es especia polstina. Muy apreciada y muy cara. Y muy ilegal.

»Y usted, querida, ahora tiene la suficiente encima para pasar el resto de su vida entre rejas.

CAPÍTULO XI

El liderazgo militar es un camino, no una meta. Se ve sometido a pruebas constantes y debe demostrar su valía ante cada nuevo obstáculo. A veces esos obstáculos son acontecimientos externos. Otras veces son las dudas de los liderados. Sin embargo, en otras ocasiones son fruto de los fallos y defectos del líder.

El poder y la influencia políticas son dos cosas distintas. Cuando se alcanzan ciertos niveles, no es necesario demostrar el liderazgo ni la propia competencia. Una persona con semejante poder está habituada a que todas sus palabras se tengan muy en cuenta y a que todos sus caprichos se traten como órdenes. Y todos los que reconocen ese poder lo reverencian.

Unos pocos son lo bastante valerosos o insensatos como para resistir. Algunos logran mantenerse firmes ante la tormenta.

Por lo general, ven que su camino se aleja de nuevo de la meta que anhelaban.

Pero esos desvíos no siempre significan que la víctima haya sido derrotada. Ni que el vencedor haya salido victorioso.

Eli no pintaba nada allí. Él lo sabía, Yularen sin duda lo sabía y estaba convencido de que prácticamente todos los presentes en el salón de baile también lo sabían.

Era sencillamente absurdo. Era demasiado palurdo para aquella gente del Núcleo. Era de un rango demasiado bajo para aquella mezcolanza de almirantes y generales. Era de una clase demasiado baja para tratar con la élite del Imperio.

Los mismos defectos se podían aplicar también a Thrawn, además del de ser un no humano en una sociedad que, aunque principalmente lo toleraba, no se le daba precisamente la bienvenida. Aunque al menos había un motivo para que Yularen lo hubiera arrastrado hasta allí y lo exhibiera ante hombres y mujeres poderosos. Si el Alto Mando decidía tomarse en serio su amenaza del consejo de guerra, una buena base civil de apoyo podría resultar útil como contrapunto frente a los almirantes ofendidos.

Thrawn necesitaba estar allí. La presencia de Eli era completamente innecesaria.

Aunque no podía quitarse de encima la sensación de que a Thrawn lo veían más como una preciada presa que como un oficial acusado injustamente.

—Interesante —murmuró Yularen.

Eli apartó la vista del vestido de noche de colores cambiantes que estaba mirando y descubrió al coronel con los ojos clavados en su datapad.

—¿Señor? —preguntó.

—Una nota del cuartel general —dijo Yularen—. Parece que la última sugerencia del teniente Thrawn ha dado sus frutos.

Eli miró a Thrawn.

—¿El rastreo de Cygni que sugirió hace un par de días?

—No —dijo Thrawn, mirando fijamente a Yularen—. Resulta que el coronel Yularen no logró establecer suficientes puntos de medición en la investigación para producir resultados útiles. Entonces me di cuenta de que el planeta Kril'dor, fuente conocida de gas tibanna, está bastante cerca del sistema Uba. Se me ocurrió que si Cygni intentaba vender los cilindros llevaría el *Dromedario* hasta allí, donde pueden vender y añadir discretamente ese tibanna extra a sus canales habituales de distribución.

—Lo que sugería que los receptores querrían el tibanna tal como estaba —dijo Yularen—. Lo que apuntaba inmediatamente hacia traficantes de armas o gente que dispone de blásters y está dispuesta a usarlos.

Eli se estremeció.

—Criminales o insurgentes.

—Sí —confirmó Thrawn—. Hemos identificado a unos cuantos.

—Vaya —dijo Eli, frunciendo el ceño. Era la primera noticia que tenía sobre aquellas identificaciones—. ¿Cuándo ha hecho todo esto?

Thrawn inclinó la cabeza.

—Duermes más que yo.

Eli notó que se sonrojaba.

—Lo lamento.

—No se disculpe —dijo Yularen, con un gruñido—. Y no se preocupe… su carrera en la marina no tardará en acabar con su buen dormir. La cuestión es que, si añadimos el último filtro de Thrawn a los demás, esto es lo que nos da.

Le entregó el datapad a Thrawn. Eli se inclinó hacia el chiss y miró la pantalla. Vio un extenso informe, en cuyo centro Yularen había subrayado dos palabras.

«Cisne Nocturno».

—Llevamos un año oyendo rumores sobre alguien que se hace llamar Cisne Nocturno —prosiguió Yularen—. Al principio, parecía una especie de asesor externo que planificaba trabajos de este tipo para distintos grupos.

—¿Y ahora? —preguntó Thrawn, devolviéndole el datapad.

—Ahora ya no estamos tan seguros —dijo Yularen, repasando el informe—. Un par de analistas sugieren que puede haberse sumado a una organización concreta. No acabo de creerlo. —Frunció los labios—. Bueno, lo investigaremos. Ahora, como mínimo, ya conocemos uno de sus alias.

Eli sabía que aquel tipo jamás volvería a emplearlo. Nadie había podido averiguar aún cómo había escapado Cygni del cerco instalado por el almirante Wiskovis alrededor de Uba, pero lo había hecho.

Puede que los interrogatorios a los piratas supervivientes les dieran alguna pista. Eli lo dudaba.

—En cualquier caso, esto llegó mientras hablaba con el último grupo de senadores y creí que querría saberlo —dijo Yularen.

—Se lo agradezco, coronel —dijo Thrawn—. Muchas gracias.

—De nada… Hemos llegado hasta aquí gracias a sus sugerencias —le recordó Yularen. Fue a guardarse el datapad, pero se detuvo cuando algo llamó su atención—. Espere un momento… llega algo nuevo. Los cilindros de tibanna…

Dejó la frase inacabada.

—¿Algún problema, coronel? —preguntó Thrawn.

—Podríamos decir que sí, teniente —Yularen respiró hondo—. Parece que doce de los veinte cilindros que recuperamos del *Dromedario* —Volvió a tenderle el datapad a Thrawn— estaban vacíos.

Eli se quedó boquiabierto.

—¿Vacíos? Eso es imposible. Estaban sellados estáticamente.

—Parece que nuestro amigo Cygni encontró la manera de extraer el gas —gruñó Yularen—. Al parecer accedió por la parte trasera de los cilindros.

Eli se estremeció. La técnica que había sugerido Thrawn. Fantástico.

—¿Por el casco?

—El casco estaba intacto —dijo Yularen, negando con la cabeza—. No, tendrán que desmontarlos por completo para averiguar cómo lo hicieron.

Los tres se quedaron mirándose un buen rato.

—Pero salvó la nave —dijo Yularen, finalmente—. Además de casi la mitad del tibanna y la tripulación del *Dromedario.* Y atrapó a la mayoría de piratas.

—Teniendo en cuenta el valor que le da el Alto Mando al gas tibanna —dijo Thrawn—, es probable que no les parezca suficiente —su tono era sereno.

Pero la expresión de su cara hizo que Eli sintiera un escalofrío.

Algunos de los mitos hablaban de lo que sucedía cuando los chiss eran derrotados o engañados. Ninguna de aquellas historias terminaba bien.

—Pues debería parecérselo —dijo Yularen, secamente—. No importa. Aún nos queda mucho camino que recorrer y yo, para empezar, he pensado siempre que más vale pájaro en mano que ciento volando. Saldremos adelante. —Le dedicó una leve sonrisa a Thrawn—. Y si la marina decide expulsarlo, el DSI lo recibirá con los brazos abiertos. —Se dio unos golpecitos en la túnica blanca—. Me atrevo a decir que el blanco le sentará bien.

—Gracias, coronel —dijo Thrawn—, pero mis habilidades y aptitudes se adaptan mejor a las naves espaciales y la guerra abierta.

—En ese caso, asegurémonos de que sigue dedicándose a ellas —Yularen miró alrededor—. Creo que ahí está el ministro de defensa. Es absurdo apuntar bajo cuando puedes disparar alto. Con suerte, si ha bebido, podríamos convencerlo de que revoque definitivamente ese consejo de guerra.

—Su Excelencia, por favor —dijo Arihnda con cautela, reculando hacia la puerta y notando sus pulmones ardientes y helados a intervalos debido a la escasa especia que había inhalado accidentalmente. ¿Qué demonios estaba pasando?

Fuera lo que fuera, no podía hacer prácticamente nada. La puerta debía estar cerrada con llave, las ventanas eran irrompibles y, por si fuera poco, estaba en un piso a gran altura.

—Su senador Renking es muy listo —dijo Ghadi. Su voz era fría y despreocupada—. ¿De verdad creía poder salirse con la suya?

Arihnda negó con la cabeza.

—Lo siento, Su Excelencia, pero no tengo la menor idea de qué me habla.

—Hablo de colocar datos falsos en la computadora de un alto oficial imperial —dijo Ghadi, en un tono más débil y amenazante—. Al parecer, Renking confiaba que usted me dejase lo bastante fascinado para descargarme la tarjeta sin revisarla antes.

Arihnda se quedó boquiabierta.

—Un momento. ¿Colocar datos falsos? ¿Qué tipo de datos falsos?

—Le diré lo que va a hacer —continuó Ghadi, ignorando su pregunta—. Se va a llevar esa tarjeta de datos —señaló distraídamente la tarjeta que ella tenía en las manos— y hará lo que Renking le dijo que hiciera con ella. La dejará sobre su mesa, la archivará, la esconderá bajo la moqueta o lo que sea que le ordenase. Y nunca le dirá nada sobre el cambio ni sobre esta conversación —Ghadi arqueó las cejas—. Siga mis instrucciones y aquí quedará todo. Si se desvía de ellas, me encargaré de que la arresten por posesión de sustancias ilegales. Usted decide.

Los pulmones de Arihnda empezaban a despejarse poco a poco. Aunque, al mismo tiempo, la habitación estaba adquiriendo una extraña claridad, con colores y texturas cada vez más definidas, y sombras y luces parpadeantes.

—¿Qué me está haciendo esta cosa? —preguntó. Notó que su voz se acompasaba con el ritmo de la danza de luces y sombras.

—No mucho —dijo Ghadi—. Hay que cocinarla para que libere toda su potencia. Por supuesto, el hecho de que sea pura serviría para que la denunciarán como traficante o mula, en lugar de simple consumidora. La sentencia es mucho más dura. Necesito que se decida.

Arihnda cerró los ojos. Incluso teniéndolos cerrados tenía la sensación de poder ver la nueva viveza de la habitación.

—¿Cómo sé que mantendrá su palabra? —preguntó, abriendo los ojos.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —replicó Ghadi, encogiéndose de hombros—. Es usted muy lista, no merece la pena dedicar tiempo ni esfuerzos a acabar con usted.

—Entiendo —dijo Arihnda—. ¿Qué había en la tarjeta de datos que le entregué?

Ghadi frunció el ceño.

—Hace muchas preguntas, señora Pryce —dijo, con aire pensativo—. ¿Intenta hacerme creer que merece la pena acabar con usted?

—Me está pidiendo que le haga a Renking lo mismo que él ha intentado hacerle a usted —comentó Arihnda—. No quiero escapar de un fuego para caer en las brasas.

—Haga su trabajo y nunca sabrá que ha sido usted —dijo Ghadi—. Además, tampoco tiene elección, ¿no?

Arihnda miró el polvo que Ghadi le había arrojado sobre la túnica. El blanco brillante se estaba disipando, absorbido por la tela, pero sabía que con el equipo adecuado seguiría siendo detectable durante días.

—Imagino que no.

—No lo olvide —Ghadi sonrió. Una sonrisa fina, amarga y maliciosa—. Bienvenida a la política, señora Pryce. Bienvenida al verdadero Coruscant.

. . .

Arihnda logró salir del salón del baile sin que Juahir ni Driller la vieran. Tomó un aerotaxi, fue hasta la oficina de Renking y dejó la tarjeta de datos de Ghadi en el buzón de la caja fuerte, como le habían ordenado. Después tomó otro aerotaxi y volvió al apartamento prestado de Driller. No le apetecía quedarse ni un minuto más del necesario en la Plaza del Núcleo, pero sabía que escapar la haría parecer culpable.

Además, sus pulmones y visión seguían mostrando efectos de la especia y podía haber otros indicios aparentes qué la delataran ante un conocido. Sería el colmo de la ironía que Ghadi no la denunciase pero la acabase deteniendo un guardia de seguridad cualquiera.

Se quedó estirada en el sofá-cama las siguientes tres horas, esperando que los síntomas se disiparan y preguntándose qué habría en la tarjeta. Preguntándose qué iba a pasar. Preguntándose qué debía hacer.

No tenía respuestas.

Eran pasadas las dos de la madrugada cuando Juahir y Driller por fin regresaron. Arihnda esquivó las preguntas de Juahir y explicó que se había encontrado indispuesta y después había rechazado su ofrecimiento de ayudarla. Juahir se había terminado rindiendo y todos se acostaron en sus respectivas camas.

Arihnda no se quedó dormida hasta el amanecer, cuando el cielo empezaba a clarear. Su último pensamiento fue preguntarse cuándo estallaría todo.

Y no tardó nada.

La llamada general por comunicador llegó a las nueve en punto, apenas tres horas después de que Arihnda se hubiera dormido. Al llegar a la oficina de Renking, se encontró a la mayor parte del personal local reunida, susurrando con inquietud y aprensión entre ellos. Renking llegó al cabo de unos minutos, con una mirada fría y expresión sombría y tensa.

—Tengo malas noticias —dijo, sin más preámbulos. Sus ojos vagaron por los reunidos mientras hablaba, pero Arihnda notó que no los posaba en ella ni un instante—. Recientemente se han denunciado maniobras financieras y corporativas extrañas provenientes de mi oficina. Aunque esas denuncias son categóricamente falsas, debo ocuparme de ellas cuanto antes. Así que vuelvo a Lothal durante una temporada y es muy probable que deba visitar otros mundos antes de volver aquí.

»Por desgracia, hasta que esta situación se aclare, mis niveles de financiación quedarán severamente restringidos. No tengo más remedio que cerrar varias de mis oficinas periféricas y relevar de sus deberes a los empleados. Estas son las oficinas afectadas.

Leyó una lista de siete oficinas de su datapad. Arihnda sospechaba que no era ninguna coincidencia que hubiera dejado la de Bash Cuatro para el final.

—Gracias a todos por venir —concluyó—. Pido disculpas a todos aquellos a los que no puedo seguir dando trabajo, pero estoy seguro de que no tardarán en encontrar otro empleo. Disfruten de lo que queda de las fiestas de la Semana de la Ascensión. Señora Pryce, ¿puede quedarse un momento?

Arihnda se quedó de pie junto a la pared, mientras los demás se marchaban. Renking siguió atareado con su datapad, o al menos fingiéndolo, hasta que se quedaron solos.

Y entonces, por primera vez desde que había entrado en la oficina, la miró.

Arihnda esperaba ver ira en sus ojos. Solo vio hielo. Esperaba que gritase o maldijera. Su voz, cuando por fin habló, fue suave e infinitamente más aterradora.

—Espero que se sienta orgullosa.

—No tuve elección —dijo Arihnda, maldiciendo para sí el temblor que afectaba repentinamente a su voz. Se había prometido imitar su tono, pero un senador imperial enfurecido daba más miedo del que creía—. Dijo que haría que me arrestasen.

—¿Y usted le creyó? —preguntó Renking—. ¿De verdad se creyó lo bastante importante para perder siquiera el tiempo de llamar a un policía? —Negó con la cabeza—. Es así de tonta, ¿verdad?

—¿Y usted? —replicó Arihnda. ¿Cómo podía ser culpa suya?—. No sé lo que intentaba, pero no debió disimularlo demasiado bien. Si hubiera sabido lo que estaba pasando, como mínimo habría estado preparada.

—Oh, claro —le espetó él—. Cualquier paleto recién llegado de Lothal habría estado preparado para un moff. Sí, habría pagado mucho dinero por verlo. —Alargó la mano—. La llave de su aerodeslizador.

Arihnda se la dio y cerró la boca para reprimir la maldición que luchaba por salir.

—Supongo que también va a quitarme el apartamento. Iré a vaciarlo.

—Ya lo están vaciando —dijo Renking—. Podrá recoger sus cosas mañana, en la recepción de la oficina. —Torció los labios—. Podríamos haber hecho grandes cosas juntos, Arihnda. Lamento no haber podido confiar en usted.

—Y yo no haberme podido fiar de usted —dijo Arihnda.

—¿Fiarse? —Renking resopló—. No sea estúpida. Nadie se puede fiar de nadie en política. Ni podrá. Ahora, márchese. Estoy seguro de que la alegrará mucho volver a Lothal.

Para sorpresa de Arihnda, Juahir y Driller la esperaban frente a la oficina.

—¿Estás bien? —le preguntó Juahir, inquieta—. Me ha llamado la casera para decirme que un grupo de ugnaughts han estado en tu apartamento, empaquetándolo todo, y me imagine que estarías aquí.

—Acaban de despedirme —le dijo Arihnda. El temblor estaba regresando a su voz. Lo reprimió con firmeza—. Al perder el empleo he perdido el apartamento.

—Argh —Juahir la miró fijamente—. ¿Tiene algo que ver con tu desaparición de anoche?

—Sí. Y no quiero hablar del tema —Arihnda echó un vistazo alrededor, hacia el paisaje urbano que los rodeaba, los majestuosos edificios y el interminable tráfico de aerodeslizadores. Al llegar a Coruscant, aquella vista le había parecido exótica y emocionante. Después había terminado familiarizándose con ella.

Ahora le parecía espantosa. Miles de millones de humanos y alienígenas apretujados, compitiendo todos por los mismos empleos y el mismo espacio vital.

Y, ahora, Arihnda era una de ellos.

—Vale —dijo Juahir, enérgicamente—. Bueno, por ahora te puedes quedar conmigo. Estaremos un poco apretadas, pero nos las arreglaremos. En cuanto al trabajo… bueno, ya sabes cómo es la clientela de Topple, así que quizá no quieras ni planteártelo, pero los droides camareros se averian constantemente y Walt siempre necesita personal.

—Sí —murmuró Arihnda. Las palabras de Renking, «lamento no haber podido confiar en usted», resonaban acusadoras en su mente.

Quizá ese era el truco para sobrevivir en Coruscant, no confiar nunca en nadie.

Si eso era lo que debía hacer, Arihnda podía hacerlo.

—También puedes quedarte conmigo los próximos dos meses, si lo prefieres —le ofreció Driller—. Está más cerca del centro y de los mejores trabajos. Aunque no deben ser fáciles de conseguir.

—Probablemente —dijo Arihnda. Respiró hondo. Podía hacerlo—. Gracias por vuestros ofrecimientos. Lo que necesito, Driller, si no te importa, es quedarme contigo y Juahir durante el resto de la Semana de la Ascensión. Después, me perderéis de vista.

Juahir y Driller se miraron.

—Vale —dijo Juahir, con cautela—. ¿Seguro que no quieres que nos volvamos?

—No —dijo Arihnda—. Gracias.

—¿Podemos hacer algo más por ti? —insistió Driller—. ¿Necesitas algo más?

—Solo una cosa —dijo Arihnda, sacando su datapad. Aquel, como mínimo, era suyo, no de Renking—. Necesito la dirección de la oficina de asistencia al ciudadano más cercana.

—… Y es decisión de este tribunal que el teniente Thrawn sea absuelto de todos los cargos.

Eli respiró hondo. Se había terminado. El tribunal militar había tenido en consideración todos los detalles del incidente del *Dromedario,* había subrayado la estrechez de miras de la capitana Rossi y había tomado la decisión correcta.

Era una defensa sólida. Eli se descubrió con sentimientos encontrados cuando abandonaron la sala con Thrawn. Él también había estado bajo sospecha en aquel asunto, pero como subordinado su carrera no había corrido el mismo peligro que la del chiss. Si Thrawn hubiese sido condenado y expulsado de la marina, ¿Habría podido Eli regresar a su vieja carrera de oficial de suministros?

Y, de haberlo hecho, ¿se habría llevado una alegría o una decepción?

Frunció el ceño y miró las paredes grises que los rodeaban. No había pedido el papel que le habían asignado, ni siquiera lo había querido. Como siempre había sospechado, su puesto como asistente de Thrawn estaba siendo contraproducente para sus propios progresos y en los últimos dos años había pasado por muchos momentos en que lo habría dado cualquier cosa por librarse del chiss.

Pero también había otros momentos. Momentos en que Thrawn caía en la cuenta de alguna conexión o percibía algún pequeño detalle que servía para atrapar a un contrabandista o chantajista con las manos en la masa. Momentos en que el chiss sugería una maniobra táctica que convertía una derrota segura en victoria inesperada. Momentos, como con Cygni y sus piratas, en que Thrawn iba permanentemente dos pasos por delante de su enemigo.

Casi siempre, al menos. El tibanna perdido le seguía fastidiando. Y sabía que a Thrawn le dolía aún más.

Entonces, ¿qué quería realmente? ¿Un camino tranquilo y seguro donde explotar al máximo sus talentos y habilidades que lo condujese a lo más alto del sector de su elección? ¿O un camino en el que se sentía prácticamente siempre como un pez fuera del agua, pero donde podía ser testigo directo de auténticas genialidades?

Llevaba reflexionando sobre aquello desde la Academia Real. Seguía sin tener una respuesta.

—Tu familia se sigue dedicando al transporte privado, ¿verdad? —preguntó Thrawn, desviándolo de sus pensamientos.

—Sí, señor —le confirmó Eli, estremeciéndose un poco. Aún no estaba muy seguro de cómo se sentía siendo el asistente de Thrawn, pero sus padres le habían dejado

clarísimo lo que pensaban sobre el estancamiento de su carrera. Las cosas se habían puesto tan feas que ya había dejado de esperar sus cartas y llamadas.

—¿Supongo que ese trabajo comporta ciertos conocimientos sobre la oferta y la demanda?

—Para el transporte no es necesario —dijo Eli—. Pero también compran mucho material y ahí sí que lo es. ¿Por qué, necesita algo?

Thrawn dio unos pasos más en silencio.

—Doonio —dijo—. Cygni identificó mis droides zumbadores como modelos de la primera versión y es evidente que reconoció su valor. Eso solo pudo deberse a su contenido en doonio.

Eli se encogió de hombros.

—No me sorprende. El precio del doonio se ha disparado desde que la marina incrementó su fabricación de naves.

—Eso dicen —coincidió Thrawn—, pero no me convence. ¿Sabes cuántas naves se están construyendo y cuánto doonio se necesita para hacerlo?

—-Así de memoria no, pero seguro que puedo averiguarlo —dijo Eli, frunciendo el ceño—. ¿Cree que la marina puede estar haciendo acopio del mineral?

—Es una posibilidad —dijo Thrawn—. La otra resulta más… intrigante.

—¿Y cuál es?

—Algún otro proyecto —dijo Thrawn, pensativo—. Algo grande y secreto.

—El ejército a veces tiene proyectos extraoficiales en marcha —comentó Eli—. Pero no sé cómo de grande podría ser. Supongo que lo primero sería repasar los registros del Senado y del ministerio de finanzas.

—A no ser que el proyecto sea invisible incluso para ellos.

—Eso solo es posible si se trata de algo pequeño. El dinero para ese proyecto, sea secreto o no, tiene que venir de algún sitio. No solo los costes en materiales, sino en ingeniería, salarios de los trabajadores y transporte de recursos. Cuanto más grande es, más cuesta ocultarlo.

—Pero ¿no imposible?

—Mis padres siempre dicen que nada es imposible —dijo Eli—. Si lo desea, puedo investigarlo.

—Te lo agradecería —dijo Thrawn—. Gracias —Señaló una puerta—. Me dijeron que ahí nos darían nuevas órdenes.

—Ah —dijo Eli. Habían sido rápidos. Al parecer, el Alto Mando había sabido de antemano cuál iba a ser el veredicto del jurado. Como mínimo, Thrawn y él no quedarían olvidados en el limbo.

De todas formas, puede que aquella noticia no fuera del todo buena. Por lo que había leído, los consejos de guerra eran fulminantes para cualquier carrera. Aunque el oficial resultase absuelto, normalmente solo le daban destinos en tierra o en órbitas planetarias durante unos cuantos años. Teniendo en cuenta la actitud de la marina respecto a los no humanos y la manera en que Thrawn había dejado en ridículo al almirante Wiskovis y a

la capitana Rossi, dudaba que fueran a recibir uno de los destinos de tierra más agradables o prestigiosos.

Y allí donde fuera Thrawn, ¿tendría que acompañarlo Eli?

—¿Alférez Eli Vanto? —dijo alguien a su espalda.

—Sí, señora —confirmó Eli, dándose la vuelta.

La mujer que caminaba hacia él era de mediana edad, iba vestida de forma profesional y discreta y llevaba una capa corta. Su expresión era fría y su piel suave, con aspecto de no pasear nunca bajo el sol.

—¿Podemos hablar un momento, por favor? —le preguntó ella.

Eli miró a Thrawn.

—Puedes hablar con ella —le dijo este—. Voy a ver cuáles son las nuevas órdenes y vuelvo. —Dedicó una mirada fugaz a la recién llegada y fue hacia la puerta que había señalado. Esta se abrió y entró.

—¿Puedes hablar con ella? —repitió la mujer—. No sabía que los alférez necesitasen permiso de sus superiores para hablar con nadie.

—Solo es una manera de hablar —dijo Eli, notando que se sonrojaba. Ya hacía mucho que Thrawn hablaba el básico con soltura, pero tenía una dificultad preocupante para expresarse de forma educada o diplomática—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Culper —dijo la mujer—. Soy asistente del moff Ghadi. —Arqueó ligeramente las cejas—. Supongo que sabe quién es el moff Ghadi, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Eli. Había oído hablar de Ghadi, creía recordar vagamente que era el moff de Tangenine, un importante sector del Núcleo. Pero, más allá de eso, los detalles sobre la vida y posición de Ghadi eran un tanto difusos.

—Bien —dijo Culper, enérgicamente—. Su Excelencia ha seguido su caso con cierto interés. Coincide con el veredicto, pero está un tanto decepcionado porque su papel en los éxitos del teniente no se ha reconocido como es debido.

—El motivo es sencillo —dijo Eli—. Fue el teniente Thrawn quien identificó al impostor Cygni, quien urdió un plan para capturarlo y después fue él quien ejecutó ese plan con astucia y eficacia.

—Pero no lo hizo solo —comentó Culper—. Usted y el resto de tripulantes del *Cuervo de Sangre* fueron vitales para eso.

—Algo que se ha dicho en varias ocasiones —le recordó Eli—. El teniente Thrawn lo ha repetido bastante. Creo que también sugirió que se nos concedieran distinciones a todos.

—Pero no ascensos.

—Los oficiales de bajo rango no pueden decirles a sus superiores cómo deben hacer su trabajo —dijo Eli—. Confío en que el Alto Mando y la Marina Imperial harán lo más correcto y apropiado.

Culper sonrió ligeramente.

—Ah, sí. Lo correcto y apropiado. Dos palabras muy altisonantes pero carentes de significado. En este universo, uno no siempre consigue lo que merece, alférez Vanto.

Uno no debe esperar aquello que otros consideran correcto o apropiado. No, uno debe mantenerse atento a las oportunidades y aferrarse a ellas cuando asoman —levantó una mano y la cerró enfáticamente en un puño.

—Creo que me he perdido.

—Por supuesto —dijo Culper—. Su Excelencia el moff Ghadi tiene muchos contactos y socios por todo el Imperio. Uno de ellos, un gobernador de un prestigioso sistema del Borde Interior, necesita un agregado militar adjunto. Una sola palabra de Su Excelencia y el cargo será suyo —Otra leve sonrisa—. Y por el camino será ascendido a teniente, sin duda. Y poco después a capitán.

—Interesante —dijo Eli—. Por desgracia, me comprometí a realizar otros tres años de servicio en la marina, ni siquiera puedo plantearme su oferta.

—No pasa nada —le aseguró Culper—. En el sistema del que hablamos, la oficina del agregado es de la Marina Imperial. Cumplirá con su servicio al Imperio al mismo tiempo que se establece entre la jerarquía local.

—Cada vez suena mejor —dijo Eli—. Agradezco la oferta, pero no estoy preparado para el trabajo de oficina.

—No sería trabajo de oficina —dijo Culper, torciendo ligeramente los labios, divertida o con desdén. Al parecer, Eli estaba menos informado sobre aquellas cosas de lo que creía—. Sería un enlace con la Marina Imperial quizá sí, pero también sería un oficial de la flota en las fuerzas de defensa del sistema. Tendría su propio puesto de mando. Para empezar una patrullera, después una fragata y finalmente un crucero ligero o incluso pesado.

—Suena interesante —dijo Eli.

—Espero que más que eso —dijo Culper, arrugando su lisa frente—. Parece extrañamente dubitativo, alférez. Estoy segura de que es consciente de que muchos altos oficiales de la marina se lanzarían sin dudarlo tras una oportunidad como esta. Que Su Excelencia se la ofrezca a un oficial tan nuevo como usted es inaudito.

—No lo dudo. Lo que me lleva a la pregunta evidente, ¿por qué yo?

Culper se encogió de hombros.

—¿También se podría preguntar por qué no usted? Ha demostrado su capacidad en una situación inusual, se ha labrado un nombre… —Hizo una pausa y desvió la vista hacia la puerta por la que acababa de salir Thrawn—. Y no parece que la marina esté muy interesada en su futuro.

Eli miró hacia otro lado, notando que se le hacía un nudo en el estómago. Culper tenía razón. Thrawn iba rumbo de acabar teniendo su propio trabajo de oficina y era muy probable que su asistente terminase como él.

O podía aceptar la oferta del moff Ghadi y comandar su propia nave.

Jamás se había planteado aquello como una alternativa de futuro. En la Academia había estado en suministros y lo mejor que se podía conseguir por aquella vía era un puesto de oficial jefe de suministros a bordo de un destructor estelar o de administrador de un gran almacén en tierra.

Pero hacía mucho que se había desviado de aquel rumbo. Ahora era asistente de oficial… y si había algún camino que condujera a ningún sitio era aquel. Podía terminar como capitán, posiblemente capitán de corbeta incluso, pero siempre a la sombra de un capitán de navio, un almirante o un gran almirante.

O, si aceptaba, podía ser capitán de su propia nave.

Era una oportunidad única. Sería un idiota si la desperdiciaba.

Pero ¿de verdad podía hacerlo? ¿Era capaz de comandar una nave, incluso tan pequeña como una patrullera de sistema? No tenía instrucción ni experiencia. Era evidente que no poseía dones del liderazgo ni carisma.

Pero… capitán de su propia nave…

—Supongo que la ubicación no es problema —dijo Culper, ante sus titubeos—. Para serle completamente sincera, un destino en el Borde Interior es muy generoso.

Los pensamientos de Eli se congelaron.

—¿Qué quiere decir con eso?

Culper frunció los labios brevemente.

—Quiero decir que, para alguien del Espacio Salvaje como usted, el Borde Interior es un grandísimo progreso.

—Entiendo —dijo Eli, con un punto de irritación. Había notado mucho desdén y aires de superioridad en los cadetes del Núcleo de la Academia Real del Imperio, pero jamás habría pensado que fuera a oír los mismos prejuicios en un alto oficial gubernamental—. Dígame, señora Culper, ¿por qué me han elegido para semejante honor?

—Porque Su Excelencia cree que merece un ascenso.

—Eso ha dicho —coincidió Eli—. ¿Cuál es el verdadero motivo?

Culper volvió a fruncir los labios.

—Si no quiere aprovechar esta oportunidad…

—Es por Thrawn, ¿verdad? —la cortó, viéndolo de repente muy claro—. Al moff Ghadi le importa muy poco cómo me van las cosas. Lo único que quiere es que Thrawn fracase.

—Su Excelencia no tiene el menor interés en lo que pueda sucederle a un simple teniente.

Eli miró la puerta y lo tuvo claro.

—Pero ya no es un simple teniente, ¿verdad? Lo han ascendido a capitán.

Culper torció los labios. No mucho, pero lo suficiente para que Eli supiera que había dado en el blanco.

—Bueno —dijo, y su tersa voz adquirió un tono sombrío—. Sí, ha sido ascendido. Y sí, hay algunos que no estamos contentos con el nivel de atención que recibe el alienígena. Sus acciones le han costado centenares de miles de créditos al Imperio en gas tibanna perdido.

—Salvó la mitad.

—Un cuarenta por ciento —dijo Culper, fríamente—. Y fue el almirante Wiskovis, no él. Lo único que le importaba a su amigo alienígena era demostrar lo listo que es.

—También rescató a la tripulación del carguero.

—Tres de los cuales eran alienígenas.

Eli sintió que se le erizaba la piel.

—¿Y qué importa eso?

—¿De verdad no lo entiende? —le preguntó Culper—. La prioridad del Imperio era recuperar el tibanna. Eso era lo valioso. En eso se habría concentrado un buen oficial imperial. Pero él prefirió arriesgar su vida y las de los tripulantes del *Cuervo de Sangre* para rescatar a unos alienígenas. ¿Qué cree que hará la próxima vez que deba tomar una decisión así?

—Entiendo —dijo Eli. Se trataba de aquello. No lo elegían por su habilidad, ni querían prepararlo para un puesto prestigioso. No era más que una herramienta que Ghadi y sus amigos deseaban emplear para acabar con la amenaza no humana y ajena a las élites que hacía peligrar su universo pequeño y agradable—. Le agradezco la sinceridad, señora Culper. Por favor, dele las gracias a Su Excelencia el moff Ghadi por la oferta, pero estoy bien donde estoy.

—Pues es usted tonto —dijo Culper, amargamente—. Algún día caerá. Aunque cuente con usted para allanarle los baches del camino político, caerá. Esta vez ha estado de suerte, pero la suerte se termina. Y, cuando caiga, todos sus allegados caerán con él.

—¿El moff Ghadi se encargará de eso?

Culper sonrió.

—Buenos días, alférez.

Empezó a volverse, pero se detuvo.

—Oh, yo que usted me contentaría con su cargo —añadió—. Va a conservarlo durante mucho tiempo.

Se dio la vuelta, haciendo girar su capa, y echó a andar hacia la puerta. Eli la miró marcharse, y los sentimientos confusos resurgieron de nuevo en cuanto se le pasó la indignación.

Pero, aunque sus sentimientos seguían siendo contradictorios, ahora su rumbo estaba claro. De una forma u otra, su carrera estaba ligada a la de Thrawn.

—Estás alterado —le llegó la voz de Thrawn, a su espalda.

—Estoy bien —le gruñó Eli. ¿Era demasiado pedir que dejase de acercársele sigilosamente?— ¿Ya tiene nuevas órdenes?

—Sí —dijo Thrawn—. ¿Qué quería?

—Me ha ofrecido un empleo —dijo Eli, secamente—. ¿Cuál es su nuevo destino?

Thrawn bajó la vista hacia el datapad que llevaba en la mano.

—Primer oficial a bordo de la *Avispa Trueno.* Está registrada como crucero ligero de clase Arquitens y actualmente está de patrulla por el Borde Medio.

—¿Y lo han ascendido a capitán?

Thrawn inclinó la cabeza, entrecerrando ligeramente sus ojos brillantes.

—¿Cómo lo has sabido?

—Un golpe de suerte —dijo Eli—. Supongo que también tiene mis órdenes.

—Sí —Thrawn le tendió una tarjeta de datos—. También en la *Avispa Trueno,* como edecán.

—Sin ascenso.

—Sí —dijo Thrawn—. Lo siento, alférez. Solicité ascensos y destinos en combate para los dos.

—Para los que no estoy realmente preparado —comentó Eli—. Yo debería estar en suministros.

Thrawn se quedó callado un momento.

—Ese trabajo que te han ofrecido. ¿Es mejor que el que te ha asignado la marina?

Eli levantó la vista justo a tiempo de ver a Culper saliendo de la sala. Capitán de su propia nave…

—No —dijo—. En realidad no.

Arihnda necesitó cuatro intentos para dar con lo que estaba buscando.

Pero fue un tiempo bien empleado.

El lugar en el que se encontraba era sin duda la oficina de asistencia al ciudadano más escasa de personal que había visto en su vida. Solo cuatro de las doce mesas estaban ocupadas, dos por humanos, una por un rodiano y otra por un duros. De la puerta del supervisor salía luz, por lo que parecía que había al menos una persona más.

La escasez de personal podía deberse al momento, con las fiestas de la Semana de la Ascensión cobrándose su peaje en personal de la oficina. Lo que evidentemente significaba que los que seguían allí eran los que no se podían tomar ni un solo día libre, lo que probablemente era lo mismo que decir que eran los más novatos y menos competentes.

Lógicamente, como los ciudadanos comunes y corrientes tampoco tenían semanas enteras de vacaciones, la cola era tan larga como de costumbre. Más, de hecho, puesto que solo había una tercera parte del personal para atenderlos.

Arihnda sonrió para sí. Perfecto.

Durante la espera, tuvo tiempo de sobra para analizar a los empleados. Finalmente eligió a uno de los humanos, una mujer achaparrada con una cara y lenguaje corporal que proclamaban silenciosamente las pocas ganas que tenía de estar allí. Arihnda fue variando hábilmente su posición en la cola para asegurarse de que la atendiera doña Malhumorada.

—Bienvenida a Asistencia Ciudadana de la avenida Proam —le dijo la mujer, en una voz más mecánica que la de algunos droides con los que Arihnda había trabajado—. Me llamo Nariba. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy Arihnda. Acabo de perder mi empleo y necesito otro. Me vendría bien algo interesante y divertido. Ah, también necesito un sitio para alojarme.

—¿Nada más? —gruñó Nariba y miró su ordenador—. ¿Referencias? ¿Formación? ¿Historial laboral? Vamos, vamos… no tengo todo el día.

—Trabajaba para un senador —dijo Arihnda, animadamente—. Pero lo único que me han ofrecido ha sido trabajo de camarera.

—¿Y no lo ha aceptado? —gruñó Nariba—. Qué estupidez. Aquí no encontrará nada mejor.

—Pero antes trabajaba para un senador.

—Eh, cariño, mira alrededor —dijo Nariba, en un tono poco paciente—. La mitad de los que viven en Plaza del Núcleo han trabajado para senadores. Tienes suerte de no haber tenido que trabajar debajo de un senador, no sé si me explico —La miró más fijamente—. O quizá sí lo hiciste. Eres de las que gustaría a muchos.

—¿Está sugiriendo que mi senador cometería una inmoralidad? —preguntó Arihnda, apreciando en parte la ironía de su pregunta.

—¿Qué, acabas de caerte de un transporte de Rimma? —Nariba frunció los labios en una sonrisa condescendiente—. Claro, eso es. Has trabajado en tu acento. Aunque necesitas trabajarlo un poco más.

—Lo haré —le prometió Arihnda—. Pero ¿qué hay de mi empleo y el apartamento?

Nariba puso los ojos en blanco.

—Claro, ¿por qué no? Aún queda gente que cree en los milagros. Dame tu número de comunicador y te apuntaré en la lista.

Arihnda lo hizo. Dio las gracias a Nariba, se levantó y le hizo un gesto al siguiente de la fila.

Y fue directa a la oficina del supervisor.

En la puerta había un timbre. Arihnda lo apretó y esperó un instante. Volvió a llamar. Y luego llamó otra vez. A la cuarta llamada, la puerta se abrió.

El despacho era más pequeño de lo que esperaba, era poco más grande que el escritorio mediano de su interior, y unas estanterías de pared repletas de tarjetas de datos ocupaban la mayoría del espacio. Tras el escritorio había sentado un hombre de mediana edad visiblemente agobiado.

—¿Quién es usted y qué desea? —le gruñó este.

—Me llamo Arihnda Pryce —le dijo ella, entrando y mirando la placa del nombre de la mesa. Alistar Sinciar—. Tiene un problema, señor Sinciar, y yo tengo la solución.

Sinciar quedó boquiabierto.

—¿Perdone?

—Acabo de hablar con Nariba —dijo Arihnda—. Su empleada de la mesa tres. No hace demasiado bien su trabajo. Es desagradable y ofensiva. Y, lo peor, no ofrece ninguna ayuda. Entre usted y yo, debería despedirla.

—¿Ah, sí? —dijo Sinciar—. No creo que sea la más indicada para hacer ese tipo de valoraciones.

—No, pero usted sí —dijo Arihnda—. Y ahí está mi solución. Contráteme para remplazaría.

Sinciar arqueó las cejas.

—¿Y sus credenciales?

—He trabajado los dos últimos años en la oficina de asistencia del senador Renking en Bash Cuatro —dijo Arihnda—. Y soy muy buena en mi trabajo.

Sinciar frunció los labios.

—Trabajar para un senador es un poco limitado…

—He tratado con caseros furiosos, inquilinos furiosos, empresarios reticentes y desempleados timoratos —prosiguió Arihnda—. También con líderes sindicales, futuros líderes sindicales, mineros en huelga, mineros esquiroles, hombres y mujeres cabreados que querían destrozar mi oficina, criminales de poca monta, capos criminales y políticos de todas las edades, desde el más novato hasta el fósil más viejo.

Se detuvo para tomar aire. Por la cara de Sinciar, probablemente nunca había oído a nadie recitándole semejante letanía.

—Vaya —dijo, sin demasiada convicción.

—En serio —le aseguró ella—. Pero no tiene que creer mi palabra. —Señaló con la cabeza la oficina, a su espalda—. Ahí fuera tiene ocho mesas vacías. Déjeme trabajar gratis el resto de la Semana de la Ascensión. Después, puede decidir con cuál de las dos prefiere quedarse.

Sinciar sonrió.

—Es usted muy atrevida, ¿verdad?

—Sí —admitió Arihnda—. Pero vale la pena, si logras tus objetivos.

—Interesante. —Sinciar se levantó y le tendió la mano por encima de la mesa—. Contratada, señora Pryce. Ocupe la mesa ocho. Ahora veremos si es tan buena como cree.

CAPÍTULO XII

Nadie puede saber dónde le conducirá su camino, ni siquiera durante un solo día. Es más difícil aún ver en qué punto tu camino se cruzará con el de otro guerrero.

Un guerrero debe mantenerse siempre alerta ante esos encuentros. Algunos se producen por casualidad y pueden ser beneficiosos. Otros se preparan deliberadamente. Estos nunca hay que subestimarlos.

Afortunadamente, siempre hay indicios. Antes de tender una trampa, hay que prepararla, ajustarla y montarla. Si uno lee bien los indicios, verá clara la pauta del ataque.

Pero uno no debe olvidar nunca que tender una trampa siempre resulta más sencillo que escapar de ella.

. . .

Habían subido a los contrabandistas a bordo, malhumorados y maldiciendo, y los habían mandado a todos al calabozo. El comandante Alfren Cheno estaba junto a la compuerta exterior del calabozo, jugueteando con la concha de un molusco grano.

—Conchas —dijo, monótonamente—. Entraban iridio de contrabando en el interior de las conchas.

—Sí, señor —dijo Eli. Cheno era de la vieja escuela y había llegado ya a la cúspide de sus capacidades como capitán de la *Avispa Trueno*. Probablemente estaba destinado a terminar su carrera a bordo de aquella nave u otra exactamente igual.

Teniendo en cuenta la edad y educación del capitán, Eli se temía que mostrase los mismos prejuicios que la bocazas y condescendiente de Culper, al servicio de moff Ghadi, o el desdén de la capitana Rossi, del *Cuervo de Sangre*. Sin embargo, Cheno se había tomado bien que destinasen a Thrawn a su nave, aunque con cierto grado de recelo disimulado pero evidentes. Sin embargo, el chiss se lo había ido ganando poco a poco con su talento para captar la esencia de cualquier asunto que tuvieran entre manos.

Aun así, el comandante no había perdido su capacidad de asombro. Lo que hacía que momentos como aquel fueran tan entretenidos.

—Llevaban el iridio robado de las minas hasta un viejo transporte submarino, señor —le explicó Eli—. Posiblemente gungan, aunque aún no hemos podido identificar con certeza el vehículo. Después lo transportaban a unas cuantas barcas pesqueras, donde le daban forma de pequeños discos que escondían dentro de las conchas para sacarlos del planeta.

—¿Y la diferencia de peso no los delataba?

—No había ninguna, señor —dijo Eli—. Los discos eran pequeños y la carne del molusco grano es extrañamente densa. Lo tenían todo muy bien calculado.

—Hum —Cheno frunció los labios—. ¿Puedo preguntar quién descubrió ese truco?

—¿Lo cree necesario, señor?

—Diría que no —dijo Cheno—. Bien. ¿Cómo lo ha hecho?

Eli pensó que, solo un año antes, cuando habían llegado con Thrawn a bordo de la *Avispa Trueno*, le había molestado un poco tener que explicar cómo el chiss había llevado a cabo el éxito más reciente de su larga lista de milagros. Ahora Eli estaba tan habituado que casi le parecía divertido. Era algo parecido a ser ese ayudante de un ilusionista que conoce el secreto de todos los trucos.

Que no era lo mismo que ser capaz de hacerlos él mismo. Sin embargo, empezaba a sentirse sorprendentemente cómodo con todo aquello.

—Fue el makorr, señor —dijo—. Una especie de depredador acuático local. El capitán Thrawn notó que estaban particularmente activos cerca de aquellas barcas concretas. Algo parecía atraerlos.

—Y ese misterioso cebo que era la carne extraída —dijo Cheno, asintiendo al entenderlo—. Los contrabandistas tenían que deshacerse de la carne del molusco para dejar sitio al iridio y la tiraban por la borda, sin más. —Negó con la cabeza—. Parece bastante sencillo cuando lo percibes.

—Sí, señor —dijo Eli. El asistente del ilusionista—. Como casi todo.

La compuerta se abrió y apareció Thrawn.

—Capitán —Cheno lo saludó—. ¿Tenemos a nuestros invitados preparados para pasar la noche a buen recaudo?

—Sí, señor —dijo Thrawn—. Aunque parecían un poco desconcertados.

—Bien —dijo Cheno—. Me gustan los prisioneros desconcertados. Así tienen algo en qué pensar, además de en fugarse. Por cierto, ¿tengo entendido que vienen más antigüedades?

—Sí, señor —dijo Thrawn—. Discúlpeme por no haberlo informado antes.

—No importa —dijo Cheno—. ¿Qué es ahora? ¿Otra pieza de un anillo de hiperimpulsión?

—No, señor. Una pieza de un droide zumbador y un trozo de un arma que creo que se conocía como droide buitre.

Cheno gruñó.

—Más material de las Guerras Clon —dijo, mirando fijamente a Thrawn—. ¿Hay algo concreto en esa época que le interese?

—De hecho, señor, me interesa toda esa época, en general —dijo Thrawn—. ¿Puedo seguir almacenando los artículos en el hangar trasero?

—Por supuesto —dijo Cheno—. Recuerde, si algún día recibimos los nuevos cazas TIE que nos tienen prometidos, tendremos que buscar otra solución. Pero, hasta entonces, no veo motivo para que no use ese espacio.

—Gracias, señor —dijo Thrawn—. Con su permiso, voy a supervisar el almacenamiento.

—Por supuesto —dijo Cheno—. Siga con lo suyo, capitán. Alférez —hizo un saludo con la cabeza a ambos, se dio la vuelta y fue hacia el puente.

—¿Te apetece dar un paseo, alférez? —dijo Thrawn, señalando hacia el hangar vacío.

—Claro, señor —dijo Eli, saliendo tras Thrawn—. ¿Dice que estaban desconcertados?

—Están molestos por la forma en que han sido capturados.

—Apuesto que sí —dijo Eli—. Puede que el próximo grupo sea lo bastante listo para guardar la carne del molusco y arrojarla a lo largo de todo su trayecto de salida del puerto. Así no atraerán bancos de peces.

—Excelente —dijo Thrawn.

Eli frunció el ceño.

—¿Excelente el qué?

—Tu creciente talento para el arte de la estrategia —Thrawn le pasó su datapad—. ¿Qué opinas de esto?

—¿Qué es? —preguntó Eli, cogiendo el aparato. No tenía nada de estratégico entender las maniobras estúpidas cometidas por un grupo de contrabandistas demasiado confiados. Como había dicho Cheno, a posteriori todo parecía obvio.

—Una lista de los precios de varios artefactos de las Guerras Clon en distintas tiendas de antigüedades, almacenes de excedentes y desguaces durante los últimos tres años.

Eli frunció el ceño.

—¿No es el mismo tiempo que hace que empezó a coleccionarlos en el *Cuervo de Sangre*?

—Sí —dijo Thrawn—. Los más antiguos van primero. Analízalos y dime qué te parece.

Eli echó un vistazo a la lista. Era un documento impresionante, extenso y detallado. No estaban solo los artículos que Thrawn había comprado, sino toda la gama de armamento y material de las Guerras Clon. Examinó la lista, colocando su mente en el modo de suministros y transportes que apenas había podido emplear desde que se había graduado en la Academia.

—Bueno, los droides zumbadores de la primera versión están carísimos —dijo—. Pero, con el precio del doonio aún en aumento, es inevitable.

—Cierto —dijo Thrawn—. Sigue repasando la lista, por favor. Busca alguna pauta.

Eli asintió, ya había previsto aquella sugerencia. Artículos, precios, fechas…

Y allí lo tenía.

—Los droides buitre —dijo, dando golpecitos al datapad—. Los precios se mantuvieron estables hasta hace cinco meses.

—Cuando empezaron a subir, de repente —dijo Thrawn, asintiendo—. ¿A qué conclusión te lleva eso?

—Es evidente que alguien los está comprando. Alguien está comprando muchos —Eli arqueó las cejas—. ¿Más doonio?

—En esos droides no —dijo Thrawn—, pero recuérdamelo tú. ¿Has hecho progresos en tu análisis del programa de naves de guerra de la marina?

—Algunos —dijo Eli, con cautela. En realidad, los últimos meses habían estado tan atareados que había dispuesto solo de momentos puntuales para dedicarse a aquello—. Hay muchos recovecos en ese tipo de registros, por lo que no puedo afirmarlo con absoluta certeza, pero no he encontrado ningún proyecto de construcción actual que pueda estar absorbiendo ni de lejos la cantidad de doonio que ha desaparecido de los mercados.

—¿Y en las finanzas?

—Nada aparente, tampoco. Si están haciendo algo, lo tienen bien escondido.

—Interesante —murmuró Thrawn—. Espero que sigas con tu investigación —señaló el datapad—. Entretanto, tenemos que centrarnos en esos droides buitre. ¿Dices que los están comprando?

—Sí —dijo Eli—. Y las compras no son solo locales. No se puede hacer crecer las cifras tan rápido sin agotar las existencias de sectores vecinos.

—Eso suponía también yo —coincidió Thrawn—. Y, a falta de otro valor aparente de los droides buitre, lo más probable es que el comprador pretenda emplearlos.

—Los droides buitre no sirven para gran cosa, excepto para disparar a alguien —comentó Eli—. Y su tecnología debe tener ya más de dos décadas de antigüedad. Creo que todo el mundo ha aprendido a lidiar con ellos.

—Quizá lo hayamos olvidado —comentó Thrawn—. A medida que el armamento avanza, se pueden descuidar o incluso perder las técnicas usadas contra artillería obsoleta.

—Puede —dijo Eli—. Pero hay que tener mucha confianza en uno mismo para creerse capaz de derrotar a turboláseres modernos con cañones bláster.

Thrawn se encogió de hombros.

—Yo sería capaz.

—Sí, pero usted es de los nuestros —dijo Eli—. ¿Quién más podría?

Thrawn arqueó las cejas, en una pregunta silenciosa. Eli frunció el ceño…

—A ver si lo adivino, ¿Cisne Nocturno?

—El rodiano que me vendió la pieza de droide buitre tenía pedidos de otras piezas como aquella a nombre de un tal Cisne Nocturno —le confirmó Thrawn.

—¿El comerciante le permitió ver sus pedidos pendientes?

—No se dio cuenta.

—Ah —dijo Eli, mirándolo fijamente. Desde Uba y el tibanna perdido, Thrawn se había concentrado de manera sutil pero decidida en algo que Eli se resistía a considerar una obsesión, ni siquiera íntimamente: el Cisne Nocturno. En el último año, habían convocado a Thrawn en Coruscant cuatro veces para que se entrevistase con el Emperador y en todas y cada una de aquellas visitas había buscado algún momento para visitar al coronel Yularen y ponerse al día, privada y extraoficialmente, de las actividades de Cisne Nocturno—. No creo que haya otro Cisne Nocturno por ahí, ¿verdad?

—Todo es posible —dijo Thrawn—. Pero piénsalo. Sabemos que nuestro Cisne Nocturno es especialista en estrategias complejas. Sabemos que ha comprobado personalmente la eficacia de tecnología y armamento antiguos con los que nadie espera volver a enfrentarse jamás. Y, además del nombre, vi que el pedido especificaba que el pago se realizaría en iridio.

—¿Y cree que también está implicado en la operación que acabamos de desbaratar? —Eli negó con la cabeza—. No sé. Cisne Nocturno es listo. Esos tipos son idiotas.

—Lo son, sí —coincidió Thrawn—. Por eso pregunté a uno por la carne del molusco antes de que los encerrasen. Reconoció que el hombre que urdió el plan les dijo claramente que la fuesen arrojando durante todo el trayecto. Ellos le contestaron que era demasiado complicado.

—Interesante —dijo Eli—. Aunque sigue sin servir como prueba.

—Cierto, pero debemos seguir analizándolo —dijo Thrawn—. Le contaré al comandante mis ideas y conjeturas. Mientras, quizá puedas rastrear los metales pasados de contrabando y buscar algún vínculo con la compra de droides buitre.

—Haré lo que pueda —dijo Eli—. Pero ese tipo de vínculos son bastante fáciles de encubrir.

—Confío en tus talentos —dijo Thrawn—. También debemos mantenernos atentos a cualquier información sobre problemas en el planeta Umbara.

—¿Por qué Umbara?

—Los contrabandistas recuerdan que el hombre que les dio las órdenes lo mencionó.

—Parece una pista falsa —le advirtió Eli—. Umbara fue uno de los principales planetas separatistas. Sus habitantes combatieron bastante duro y fueron aplastados de manera muy contundente. Me cuesta creer que quieran volver a pasar por eso.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn—. Pero seguiremos atentos a las informaciones sobre el planeta, de todas formas —Su expresión se endureció—. Cisne Nocturno ya escapó de las garras del Imperio una vez. Estoy seguro de que el Imperio se sentirá muy agradecido si reparamos ese error.

El arte.

Para algunos era indicativo de cultura. Para otros, indicativo de riqueza. Para la mayoría, mero entretenimiento.

Para Thrawn era una herramienta valiosísima.

La biblioteca digital de la *Avispa Trueno* disponía de un catálogo limitado de reproducciones artísticas, solo tres de las cuales eran de Umbara. Por suerte, Thrawn había dedicado los últimos tres años a recopilar una amplísima colección de tarjetas de datos que no tenía nada que envidiar a los mejores archivos del Imperio.

Estaba sentado en su camarote, rodeado de hologramas de esculturas, planas, móviles, cinéticas, interactivas y todas las demás formas de arte que los umbaranos habían creado

y explorado durante siglos. Le resultaban particularmente interesantes los cambios sutiles producidos entre las obras creadas antes y después de las Guerras Clon.

Los demás chiss no lo entendían. Nunca lo habían entendido. En innumerables ocasiones le habían preguntado cómo podía alcanzar semejantes conocimientos tácticos a partir de ingredientes tan difusos e insignificantes.

La pregunta llevaba implícita su respuesta. Para Thrawn, no había nada en el arte de una especie que fuera difuso o insignificante. Todos los hilos se unían, todas las pinceladas le hablaban, todas las curvas de luz le contaban la historia de sus autores.

Los artistas eran individuos. Pero también eran productos de su cultura, historia y filosofía. El engranaje entre artista y cultura resultaba evidente para un ojo entrenado. Se podía esbozar la pauta fundamental de una especie, después dibujarla y finalmente darle cuerpo. Y, lo más importante, se podía deducir la relación entre su arte, su cultura y su doctrina militar.

Y aquello que se podía deducir se podía contrarrestar.

Thrawn se percató vagamente de que una nueva imagen se había sumado al arte umbarano que flotaba alrededor. Apartó su mente de la contemplación y la reflexión y regresó al presente a regañadientes.

El alférez Vanto había entrado en su camarote.

—Alférez —dijo Thrawn—. Perturbas mi soledad.

—Nos tenía preocupados —contestó Vanto. *«Su expresión es de inquietud»*—. El comandante Cheno lleva diez minutos intentando contactar con usted por intercomunicador. Hemos entrado en el sistema Umbara y quiere que esté en el puente.

—Lo siento —dijo Thrawn—. Estaba más concentrado de lo que creía.

—Claro —dijo Vanto. *«Mira las obras de arte»*—. El comandante pensó que quizá estaba indispuesto. ¿Qué es todo esto?

—Arte del pueblo umbarano —dijo Thrawn—. ¿Ha llegado ya el resto de la fuerza de asalto?

—Nuestro destructor estelar sí —dijo Vanto. «*Sigue estudiando las obras de arte con interés*»—. El *Principal* del DSI, al mando del almirante Carlou Gendling. Lleva dos de sus cuatro corbetas con él, pero mandó a las otras dos y a un crucero ligero a investigar un problema que acaba de surgir en otro sistema.

—¿El almirante Gendling tiene previsto esperar a las otras naves?

—Parece confiar que podremos resolver el asunto sin ellas —dijo Vanto—. Supongo que cuando lleguemos a la órbita, ordenará a los disidentes que se dirijan a la guarnición o comisaría de policía más cercana y que se entreguen y depongan las armas. El comandante Cheno lo quiere en el puente por si se resisten.

—Entiendo —-dijo Thrawn—. Por favor, transmite mis disculpas al comandante y dile que me reuniré con él dentro de un momento.

Al llegar al puente, encontró la tripulación de combate congregada y en sus puestos. Todos los indicadores mostraban que la *Avispa Trueno* estaba completamente preparada para el combate.

—Me presento para el servicio, comandante. Disculpe el retraso.

—No se preocupe —dijo Cheno. «*Mira fijamente mi cara*»—. ¿Se encuentra bien? Pensé que podía haber enfermado.

—Estoy bien —le aseguró Thrawn—. Tengo entendido que el almirante Gendling se está preparando para lanzar un ultimátum, ¿es eso cierto?

—Sí —dijo Cheno. «*Su expresión delata aprensión*»—. Le he aconsejado que esperase al resto de la fuerza de asalto, pero Gendling es impaciente. —«*Da un paso hacia Thrawn y baja el volumen de su voz*»—. También tiene una visión un tanto desmedida de sí mismo y sus capacidades —añadió—. Aunque eso es solo mi opinión.

—No es solo su opinión, señor —dijo Thrawn—. La pauta general de su carrera confirma ese análisis.

—¿En serio? —dijo Cheno. «*Está sorprendido*»—. ¿Ha analizado su carrera?

—La he repasado por encima.

—Vaya. ¿También ha repasado por encima mi carrera?

—A usted no le han ofrecido las mismas oportunidades que al almirante Gendling —dijo Thrawn—. Sin ellas, no tiene muchas posibilidades de demostrar sus talentos.

—Eso suponiendo que los tenga —dijo Cheno. «*Su expresión es irónica y comprensiva*»—. No, no se preocupe por herir mis sentimientos. Es un oficial brillante. Yo solo soy uno correcto. Usted ascenderá en el cuerpo. Yo terminaré mi carrera discretamente. —Se volvió hacia el ventanal delantero—. Pero quizá tengamos suerte. Quizá debamos entrar en batalla y, si es así, usted la ganará por mí. La *Avispa Trueno*, al menos, tendrá cierto reconocimiento. —Señaló con la cabeza hacia la parte trasera de la nave—. Los sistemas de puntería del turboláser de estribor nos están dando algunos problemas. Vaya a ver si el alférez Vanto necesita ayuda con el diagnóstico, ¿quiere?

—Sí, señor.

Vanto estaba junto al puesto de diagnóstico de armas cuando Thrawn llegó.

—Alférez —lo saludó este—. Informe sobre los sistemas de puntería de estribor.

—Solo he realizado un diagnóstico —dijo Vanto—. No se detecta ningún problema aparente, pero no termina de funcionar bien y lo estamos repitiendo. ¿He oído que el comandante Cheno quiere que los umbaranos nos ataquen?

—Así es —le confirmó Thrawn—. Aunque es muy probable que sus esperanzas se desvanezcan. Los umbaranos no atacarán.

—¿Seguro, señor? —dijo Vanto, claramente sorprendido—. Porque atacaron, y de qué manera, durante las Guerras Clon.

—Solo cuando consideraron que tenían la ventaja numérica, posicional o de capacidad de mando —dijo Thrawn—. Esos factores no se dan aquí. Es más, si iniciasen las hostilidades su mundo podría sufrir graves daños a consecuencia de los bombardeos orbitales.

—Ah —dijo Vanto—. Pues lo lamento por el comandante Cheno, supongo.

En la pantalla del comunicador principal apareció la cara del almirante Gendling.

—Habitantes de Umbara —dijo. *«Su voz es potente y orgulloso, cargada de desafío y desdén»*—. Aunque quizá debería decir insurgentes de Umbara. Les habla el almirante Carlou Gendling, del destructor estelar imperial *Principal*. Han sido parte de una sedición y han hecho acopio de armas, desafiando a las leyes imperiales. En nombre del Emperador, les ordeno que se entreguen y depongan sus armas en la guarnición o comisaría de policía más cercanas. Sus líderes serán acusados en función de la gravedad de sus crímenes; aquellos que solo se sumaron a ellos por ignorancia o vínculos familiares podrán regresar a sus hogares y sus vidas sin ningún castigo. Si desobedecen, su mundo se enfrentará a toda la fuerza destructiva de un destructor estelar imperial. Tienen una hora.

—Y ahí termina todo —dijo Vanto. *«Hay un matiz de pesar en su voz. Vanto, al igual que el comandante Cheno, quiere demostrar su valía en combate»*—. Seguro que termina mandando unos cuantos escuadrones de soldados de asalto para que mantengan el orden y se aseguren de que los alborotadores no olvidan lo que pende sobre sus cabezas. Pero, para nosotros…

—¡Ahí vienen! —dijo la primera teniente Hammerly, desde el puesto de sensores. *«Su voz contiene sorpresa y tensión»*—. Muchas naves, desde detrás de la luna externa. Doscientas… trescientas… cuatrocientas. Cuatrocientas naves aproximándose por nuestro cuarto trasero de estribor, en vector de ataque.

»Identificación: droides buitre.

CAPÍTULO XIII

Ningún plan de batalla puede anticipar todos los imprevistos. Siempre hay factores inesperados, incluidos aquellos surgidos de la iniciativa del oponente. Por eso, una batalla se convierte en un equilibrio entre planificación e improvisación, entre intelecto e instinto, entre errores y rectificaciones. Es una línea muy delgada. Pero una línea sobre la que también debe caminar el oponente. No obstante, más allá del equilibrio entre experiencia e inteligencia, a menudo prevalece el guerrero que actúa más rápidamente.

—Dispersen todas las naves —resonó la voz del almirante Gendling en todo el puente—. Giro de ciento ochenta grados. Preparados para el combate.

Eli resopló entre dientes. ¿Qué demonios creía aquel almirante patético y pomposo que habían estado haciendo?

Aunque al menos uno de los oficiales de la *Avispa Trueno* no pareció notar ningún tipo de desaire en aquella orden. El comandante Cheno estaba plantado, bien erguido, en la pasarela de mando, con la cabeza alta y los hombros hacia atrás. Aquella era su oportunidad, quizá la última, de brillar en combate.

—Turboláseres preparados —gritó—. Timonel, llévenos hasta la parte trasera superior del *Principal*. Artilleros, su tarea es interceptar y destruir los cazas enemigos que ataquen la superficie dorsal del *Principal*.

Llegó un coro de asentimientos desde los pozos de tripulantes.

—Parece que por fin se hacen realidad sus deseos —susurró Eli a Thrawn.

—No —dijo Thrawn.

—¿Perdone?

—Quería combatir con los umbaranos. Este ataque no es cosa suya.

—Proviene de una luna umbarana —comentó Eli, intentando que no se percibiese sarcasmo en su voz. La confianza inquebrantable de Thrawn a veces le irritaba—. El sistema está plagado de umbaranos. Y no veo a los líderes umbaranos gritándole a Gendling que no es cosa suya y que haga el favor de no dispararles.

—Porque aún no se ven en posición de inferioridad —dijo Thrawn—. Obsérvan el ataque para ver si nos debilitan lo suficiente como para lanzarse también ellos contra nosotros.

Eli negó con la cabeza.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Todos los artilleros, ¡fuego! —gritó Cheno.

El puente de la *Avispa Trueno* se iluminó con destellos de luz verde cuando las descargas de turboláser salieron disparadas hacia los cazas que se les aproximaban. Varios droides buitres fueron alcanzados, estallando al instante en fulgurantes bolas de humo y cascotes. Aunque la mayoría esquivó el ataque del crucero con relativa facilidad.

—¡Vuelvan a abrir fuego! —gritó Cheno—. Y esta vez, alcancen al objetivo.

—Son demasiado pequeños, señor —gritó en respuesta el oficial de armas Osgoode—. Debemos esperar a que se acerquen más.

Antes de que Cheno pudiera responder, los droides buitre lanzaron su propia descarga de fuego.

—¡Deflectores! —gritó Cheno. Eli notó en su tono que empezaba a crisparse.

No le extrañó. En teoría, los droides buitre no debían ser rival para las modernas naves imperiales, pero había muchísimos.

Los artilleros del crucero se esforzaban tanto como podían. Pero apenas le hacían nada al enjambre que los hostigaba. Aquellas pequeñas naves eran demasiado rápidas y ágiles, y estaban demasiado lejos. La *Avispa Trueno* siguió disparando, pero fueron pocas las descargas que acertaron en el blanco.

Mientras, los disparos de los droides buitre iban perforando el casco de la *Avispa Trueno*, agujereando los escudos, ya sobrecargados, para destruir sensores, baterías de armas y cada vez más placas del blindaje externo.

Eli miró los indicadores tácticos. Hasta el momento, el *Principal* parecía resistir bien, pero las dos corbetas de clase Incursor estaban sufriendo aún más que la *Avispa Trueno*.

El comandante Cheno seguía en la pasarela de mando. Inmóvil. En silencio.

Abrumado.

Impotente.

Eli miró a Thrawn. El chiss también estaba de pie e inmóvil, con una expresión tan impasible como la de Cheno.

Pero desprendía algo que hizo estremecer a Eli. Thrawn estaba viendo algo. Entre todo aquel caos y destrucción, veía algo.

De repente, pareció tomar una decisión.

—¿Alguno de los presentes tiene experiencia en combate con droides buitre? —gritó.

—Servidora, señor —gritó Hammerly, levantando la mano.

—Puesto de turboláser uno, teniente —ordenó Thrawn.

—¿Comandante? —preguntó Hammerly, mirando a Cheno en busca de confirmación.

—Vaya —le ordenó Cheno, en un tono sombrío—. Segundo oficial de sensores…

—Yo ocuparé el puesto del primer oficial de sensores —le cortó Thrawn—. Alférez Vanto, venga conmigo.

Al cabo de unos segundos, Thrawn estaba sentado ante la computadora de Hammerly. Eli estaba de pie, tras él, haciendo grandes esfuerzos para que no se notase lo nervioso que estaba. Ya era bastante desgracia que los estuviera derrotando una fuerza de ataque a la que no podían repeler. Pero, al lanzar órdenes sin la aprobación de Cheno, Thrawn le había arrebatado el mando. Eli recordó a la capitana Rossi y al almirante Wiskovis, y sus

reacciones ante los desprecios ocasionales de Thrawn hacia los protocolos de la cadena de mando.

—¿Y ahora qué? —preguntó, en voz baja—. ¿Sabía que Hammerly había combatido con buitres?

—Necesitaba un motivo para ocupar su puesto —contestó Thrawn—. He estudiado los droides buitre, alférez. No suelen combatir con tanta eficacia.

Eli miró los indicadores. Los cazas se habían acercado a las cuatro naves imperiales y se arremolinaban sobre ellas, sin dejar de disparar y sortear los contraataques de los defensores.

—Bueno, no estaban diseñados para ser demasiado independientes —comentó—. Unas cuantas maniobras preprogramadas y patrones de combate, y se desplegaban en masa para abrumar a sus objetivos…

—¡Allí! —Thrawn señaló con un dedo—. Ese grupo de cuatro. ¿Lo has visto?

Eli frunció el ceño.

—No.

—Las emisiones de sus impulsores han aumentado repentinamente, lo que les ha permitido acelerar —dijo Thrawn—. Aunque no tenían motivo para hacerlo. Ya estaban esquivando nuestro ataque bastante eficazmente.

—Vale —dijo Eli, arrugando aún más la frente. El grupo que le había señalado Thrawn serpenteaba entre descargas de turboláser, dando la vuelta para lanzar otra oleada…

Se puso tenso. Allí lo tenía.

—Lo veo.

—Bien —dijo Thrawn—. Observa cómo cambia también su estilo de combate. En vez de disparar insistentemente a puntos vulnerables, disparan a discreción, sin importarles el blanco.

—Lo veo —dijo Eli. Los cambios en el estilo de combate fueron sutiles, pero ahora que sabía qué buscar le parecían bastante evidentes—. ¿Y qué significa eso?

—Tú mismo has dicho que esos droides no son demasiado listos —dijo Thrawn—. Sus creadores entendieron que de uno en uno no sobrevivirían mucho, así que los programaron para ser como un enjambre de armas.

—¿Para que agotaran sus recursos lo más rápidamente posible, sin pensar a largo plazo? —preguntó Eli, frunciendo el ceño—. ¿Está seguro?

—Fíjate en la curva de las cápsulas de combate —dijo Thrawn—. La forma de las franjas, las posiciones de los cañones bláster. Ese tipo de armas no solo son prácticas, también revelan la maestría de sus creadores. Los seres que crearon y construyeron esos cazas creían en respuestas rápidas y contundentes para las dudas y los problemas.

—Si usted lo dice —dijo Eli. La explicación parecía absurda, pero había visto a Thrawn deduciendo hechos igual de extraños a partir de detalles imperceptibles—. ¿Y dónde nos lleva eso?

—Están diseñados para arremolinarse sobre sus presas —dijo Thrawn—. Pero apenas emplean esa táctica. ¿A qué conclusión nos lleva eso? —hizo una pausa, expectante.

—A que el resto del tiempo están controlados directamente desde algún punto —dijo Eli, cuando por fin lo captó—. ¿Desde algún punto de esa luna?

—Los lanzaron desde allí —coincidió Thrawn—. Pero no los controlan desde allí. Los cambios se producen cuando los cazas pasan bajo la sombra de transmisiones de alguna de nuestras naves.

—Si pudiéramos descubrir y analizar todas las sombras, podríamos encontrar el rastro del transmisor —dijo Eli, con renovadas esperanzas—. ¿Y necesitaba el puesto de sensores para realizar ese tipo de cálculo?

—Exacto —dijo Thrawn.

Eli sintió un escalofrío al encajar la última pieza. Al ocultar de aquella manera su perspicacia, Thrawn esperaba ceder parte del mérito al resto de tripulantes de la *Avispa Trueno*. Y, en consecuencia, al comandante Cheno. Una última oportunidad para él de brillar en combate.

—¿Qué quiere que haga yo?

—Yo haré los cálculos y coordinaré las ubicaciones y vectores —dijo Thrawn—. Tú busca otras sombras y señálalas.

—Bien. —Eli miró los indicadores tácticos, estremeciéndose al ver la cantidad de puntos rojos que señalaban daños importantes en las naves imperiales—. Dese prisa.

Los siguientes dos minutos pasaron muy lentamente. Eli contemplaba la batalla y percibió otros tres cambios sutiles, que indicaban que el caza perdía su autonomía. No tenía la menor idea de cuántos habría detectado Thrawn en el mismo tiempo, pero el chiss se había vuelto bruscamente hacia su tablero un mínimo de diez veces.

—¡Corbeta abatida!

Eli miró la pantalla táctica y sintió un nudo en el estómago. Allí donde antes estaba la corbeta había ahora una nube de esquirlas de metal y restos llameantes.

—¿Señor? —murmuró, en tono apremiante.

—Listo —Thrawn apretó un último botón.

Y, de repente, aparecieron unas brillantes mirillas amarillas en la pantalla planetaria.

—¿Comandante Cheno? —gritó Thrawn, hacia la pasarela de mando—. Creo que hemos localizado el transmisor de tierra que está coordinando el ataque. Le sugiero que se lo comunique al almirante Gendling y le solicite que dispare contra él hasta destruirlo.

—¿De qué está hablando? —preguntó Cheno, frunciendo el ceño—. ¿Qué transmisor?

—El que está suministrando los datos tácticos a los droides buitre —dijo Thrawn—. Los turboláseres del *Principal* son los únicos que pueden alcanzar la superficie.

—Entiendo —dijo Cheno. Eli sospechaba que no lo entendía, pero que era lo bastante listo para hacer caso del consejo de su primer oficial—. Comunicaciones, contacten con el *Principal*. Informen al almirante de que necesito hablar con él inmediatamente.

Eli lanzó un largo resoplido. Y allí acababa todo. Thrawn volvía a salirse con la suya y todo había terminado.

Solo que esta vez no fue así.

—Es absurdo —protestó el almirante Gendling—. Aunque esos cazas estén siendo controlados remotamente, y no estén simplemente reprogramados, es completamente imposible que hayan localizado al transmisor.

—Señor, como ya le he explicado…

—No pienso disparar contra una ciudad basándome en la disparatada conjetura de un oficial —le interrumpió Gendling—. Menos cháchara, comandante. Y más combate.

Eli se estremeció. Por lo general, no disparar contra población civil era el planteamiento más sensato en todo combate. Más sensato, de hecho, de lo que se podía esperar de muchos oficiales imperiales.

Pero, en ese caso, el ataque propuesto no era aleatorio y no actuar podría salirles carísimo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Thrawn.

Este se quedó mirando la pantalla táctica un instante, en silencio. Después, acercó la mano al tablero y tecleó algo.

Aparecieron varias cuñas grises en movimiento tanto en las pantallas de sensores y como en las tácticas.

—Alerten a todas las naves —ordenó al oficial de comunicaciones—. Las cuñas grises señalan las sombras de transmisión, donde los droides buitres dependen exclusivamente de su programación. Dentro de esas sombras, son vulnerables y fáciles de destruir —elevó la voz—. ¿Teniente Hammerly?

—Estoy en ello, señor —gritó ella. En la pantalla táctica, cuatro droides que volaban bajo la sombra de la *Avispa Trueno* se desintegraron al ser alcanzados por cuatro descargas de turboláser—. ¿Era eso lo que tenía pensado, señor?

—Lo era, en efecto —le confirmó Thrawn—. Buen trabajo.

—Todas las naves han recibido la alerta —añadió el oficial de comunicaciones—. Los artilleros están cambiando de táctica.

Y aquello cambió definitivamente las tornas.

Aunque fue sangriento. Al final, la corbeta que le quedaba a Gendling sufrió daños graves y prácticamente la mitad de sus tripulantes murieron o fueron heridos. La *Avispa Trueno* y el *Principal* salieron algo mejor parados, aunque ambas iban a necesitar una temporadita en los astilleros para volver a estar listas para combatir.

Todos los droides buitre fueron destruidos. Los umbaranos se rindieron incondicionalmente. Los escuadrones de soldados de asalto del *Principal* estaban en la superficie, supervisando la rendición de los insurgentes.

Y el almirante Gendling estaba furioso.

—Tiene suerte de que no presente cargos contra usted ahora mismo, comandante —dijo el almirante. «*Su expresión revela vergüenza y culpa. Su tono revela dureza e ira*»—. No puede usurpar la autoridad y el mando de un almirante de esa forma. Soy yo quien responde por mi tripulación y quien da las órdenes.

—Lamento que se haya sentido así, almirante —dijo el comandante Cheno. «*Su tono revela tensión, pero también firmeza*»—. Solo intentaba recuperar la iniciativa de la manera más eficiente posible para salvar la batalla. Y algunas vidas.

—¿Se burla de mí, comandante? —preguntó el almirante Gendling—. Porque si lo está haciendo, pongo al Emperador por testigo que lo aplastaré tan rápido y de tal manera que no quedará ni rastro de su carrera. ¿De quién ha sido esa brillante idea, de todas formas? Sé que nada de esto se le ha ocurrido a usted.

«La expresión del comandante Cheno no pierde firmeza».

—Ordené que se advirtiera al *Principal* y a la última corbeta —dijo. «*Pone cierto énfasis en la palabra "última"»*—. Y el hallazgo del punto flaco del enemigo fue fruto del esfuerzo conjunto de mi tripulación.

Muy lentamente, el almirante Gendling volvió la vista hacia Thrawn. «*Los músculos de su brazo y torso están rígidos».*

—Su primer oficial se ha labrado una buena reputación —le dijo a Cheno—. Quizá deba preguntarle a él de quién fue la idea de lo del transmisor.

«Durante tres segundos, Gendling sigue mirando fijamente a Thrawn. Después vuelve a mirar a Cheno».

—Voy a acabar con su carrera, comandante —le dijo—. Me quedaría también con su nave, pero parece evidente que de eso ya se ocupará un joven presuntuoso con la mitad de años que usted.

—Por mí, si ese joven presuntuoso merece más poder, que se lo den —dijo Cheno.

«Gendling sonríe con malicia y orgullo».

—Esto no quedará aquí, comandante. Puede estar seguro de ello. Nos veremos en su consejo de guerra. Puede retirarse.

«El comandante Cheno está callado durante el trayecto de regreso a la lanzadera. Hasta que no estamos a bordo y en el aire no vuelve a hablar».

—Bueno —dijo. *«Su voz revela hastío»*—. Parece que no podré terminar mi carrera como esperaba.

—No es necesario que me proteja —dijo Thrawn—. El cuaderno de bitácora de la *Avispa Trueno* responderá a todas sus sospechas.

—Puede —dijo Cheno—. Los cuadernos de bitácora se pueden alterar, como ya sabe.

—No lo sabía.

—No es sencillo, claro —dijo Cheno. «*Sonríe levemente*»—. Ni legal, evidentemente. No importa. Como dice él, usted tiene una reputación. Además, no puede revelar más detalles sobre la presunta violación de los protocolos que ha cometido sin dejar al descubierto su propia ineptitud. No, le bastará con destruir mi carrera, a usted y al resto de tripulación de la *Avispa Trueno* los dejará en paz.

—Eso no está bien.

—No. Pero así es la vida —dijo Cheno—. Como le dije, mi carrera no tiene importancia. Lo importante es el futuro de la Marina Imperial. —«*Hace un gesto de respeto y admiración*»—. Usted es ese futuro, Thrawn. Ha sido un privilegio tenerlo a mis órdenes.

—Gracias, señor —dijo Thrawn—. He aprendido muchísimo a su servicio.

—Lo dudo —dijo Cheno. «*Su tono revela un humor seco, sin amargura ni resentimiento*»—. Pero se lo agradezco. Yo sí que he aprendido muchísimo.

Eli casi esperaba que la lanzadera volviera vacía y que hubieran enviado a sus dos pasajeros a los calabozos del *Principal*. Para su alivio, tanto Cheno como Thrawn salieron del muelle de atraque. Cheno le murmuró algo a Thrawn y fueron hacia el puente. Thrawn se lo quedó mirando hasta que el turboascensor del comandante se marchó, después hizo un gesto a Eli para que se acercase.

—Alférez —lo saludó en voz baja—. Supongo que querrás saber cómo ha ido nuestra reunión con el almirante Gendling. En resumen, no demasiado bien.

—No me sorprende —dijo Eli, estremeciéndose. La cara que había tenido Cheno al salir del muelle…—. Entiendo que el comandante se ha llevado la peor parte.

—Sí —dijo Thrawn—. En parte, porque estaba al mando durante la batalla. En parte, porque intentó encubrir mi papel en el resultado final.

—Gendling la fastidió y ahora la toma con ustedes —gruñó Eli—. Creía que solo los políticos eran tan estúpidos y perversos.

—He observado esas características en todas las profesiones —dijo Thrawn—. ¿Tus investigaciones han revelado algo útil?

—Es posible —Eli le pasó su datapad—. El edificio desde el que operaba el transmisor es propiedad de un grupo de humanos. Los lugareños no saben cómo se llaman y no pueden darnos ninguna descripción útil. Pero parece evidente que acertó en lo de la no implicación directa de ningún umbarano en el ataque.

—Dudo que el almirante Gendling lo tenga en cuenta.

—Nadie lo está teniendo en cuenta —dijo Eli, amargamente—. Viendo que gran parte del desasosiego y la agitación se concentró en los distritos mineros, Gendling ya ha solicitado que el Imperio asuma control directo de todo el sector de minería y refinería de Umbara.

—Interesante —dijo Thrawn—. ¿Has encontrado algún indicio de que Cisne Nocturno esté directamente implicado en esto?

—El transmisor lo manejaban humanos. Eso es todo lo que sabemos.

—Aun así, sabemos que Cisne Nocturno ha estado implicado en el contrabando de minerales y metales en otros lugares —dijo Thrawn—. Dime, ¿cómo de valiosos son los depósitos minerales umbaranos?

—Muy valiosos —dijo Vanto. Recuperó su datapad y tecleó en él—. Tienen varios depósitos importantes. El más destacado es de doonio.

Thrawn reflexionó un momento.

—¿Hay alguna manera de calcular el porcentaje de éxitos de un sistema en su lucha contra contrabandistas?

—Se pueden obtener datos aproximados —dijo Eli—. Hay que tomar el número de transportes legales de un producto fácil de identificar, como los moluscos grano de Paklarn, por ejemplo, y compararlo con la cantidad vendida en otros lugares. Las cifras nunca son exactas y, obviamente, no se pueden aplicar a todo tipo de productos, pero, como he dicho, dan una cifra aproximada.

—Entiendo —dijo Thrawn—. ¿Sabes la cifra de Umbara? Si es posible, me gustaría conocer el porcentaje de éxito contra contrabandistas de metales o minerales raros.

Eli buscó las cifras e hizo unos cálculos rápidos.

—Es muy alto —dijo—. Cerca del noventa por ciento.

—¿Y se puede comparar con las cifras de mundos controlados por el Imperio?

Eli asintió y se concentró en su datapad.

—Parece… uauh. Del sesenta y cinco al setenta por ciento. Aunque basándome, en mi experiencia familiar, creo que en realidad podría ser un cuarenta o cuarenta y cinco.

—Parece que ya hemos descubierto el motivo del ataque —dijo Thrawn—. El propósito de un asalto claramente inútil contra una fuerza imperial. Cisne Nocturno quiere que el Imperio asuma el control de las minas de Umbara.

—Porque para sus contrabandistas es más fácil engañar a los inspectores imperiales que a los umbaranos para pasar el material —Eli resopló—. Parece el tipo de tejemaneje propio de Cisne Nocturno. Aunque no podemos estar seguros de su implicación.

—Está implicado —dijo Thrawn—. Sin duda. ¿Quién sino me invitaría a venir para admirar su obra?

Eli se estremeció.

—¿Cómo?

—Está claro —dijo Thrawn—. Colocó al grupo de contrabandistas de los moluscos en la zona que sabía que estaba patrullando la *Avispa Trueno*. Se aseguró de que alguien mencionase Umbara para que los contrabandistas lo oyesen. Conocía mi interés por el armamento de la época de las Guerras Clon y se aseguró de que el nombre «Cisne Nocturno» apareciera al menos en uno de los pedidos.

—Interesante —murmuró Eli. A primera vista, el mero hecho de que Thrawn sugiriera algo así bordeaba la egomanía.

Aun así, el chiss no solía equivocarse en asuntos tácticos. Y Cisne Nocturno tampoco era un estratega cualquiera. Era muy posible que hubiera hecho algo así sencillamente por el desafío que representaba.

—Bueno, si ha sido él, esta vez ha perdido.

—En absoluto —dijo Thrawn, en tono sombrío—. Derroté el ataque de sus droides buitre, pero su verdadero objetivo no era ganar esa batalla.

—Que el Imperio tomara el control.

—Puede que esa toma del poder solo sea un paso —dijo Thrawn—. Podría ser su objetivo final si fuera un simple contrabandista. Pero es algo más.

—Si no es un contrabandista, ¿qué es?

—Aún no lo sé —dijo Thrawn—. Es posible que sus actividades están derivando hacia una confrontación o resolución política en algún planeta o sistema. Es posible que busque venganza o quiera humillar a algún ser u organización. Pero, sean cuales sean sus motivaciones y metas, es alguien extremadamente interesante.

—Si es así, supongo que será mejor mantener los ojos bien abiertos, por si aparece —dijo Eli—. Antes o después, tendrá que hacerlo.

—No, alférez. Antes o después, decidirá hacerlo.

CAPÍTULO XIV

Todos nacemos con una serie de talentos y habilidades. Todos debemos elegir cuáles de esos talentos potenciar, cuáles dejar de lado durante un tiempo y cuáles ignorar por completo.

A veces esa elección resulta evidente. Otras veces, los indicios y los empujones son menos claros. Después, uno puede pasar por varios tipos de enseñanzas y probar distintos oficios, hasta detectar dónde explotar sus mayores talentos. Esa es la fuerza impulsora de muchos cambios de rumbo vital.

Hay pocas habilidades que encajen con un único trabajo concreto. Por lo general, son adaptables a varias profesiones distintas. A veces, uno puede planificar ese cambio. Otras veces, el cambio aparece sin avisar.

En ambos casos, uno debe mantenerse alerta y considerar con cautela todas las opciones. No todos los cambios son pasos hacia adelante.

. . .

Había sido un día duro, lleno de gente desesperada e insignificante con problemas desesperados e insignificantes. Arihnda tenía motivos para estar agotada.

Al mismo tiempo, había sido un día enormemente exitoso, con soluciones para prácticamente todos aquellos problemas y agradecimientos emocionados y efusivos. Tenía motivos para sentirse eufórica.

Intentaba decidir qué sentimiento dominaría su velada y estaba deseando que llegara la noche cuando la puerta exterior emitió un pitido de alarma.

Miró el crono y reprimió un resoplido. Técnicamente, aún quedaban dos minutos para cerrar la oficina. Y en realidad ninguno de los problemas del día se había solucionado en menos de veinte. Era evidente que su noche iba a empezar más tarde de lo que esperaba.

Pero aquel era su trabajo y se le daba bien, aparte de que no había nada mejor en diez kilómetros a la redonda, niveles superiores e inferiores incluidos. Así que, por mucho que durase aquello…

—Eh, forastera —dijo jovialmente Juahir, entrando por la puerta interior—. ¿Cómo te va?

—¡Juahir! —dijo Arihnda, prácticamente en un suspiro, notando que su cara se iluminaba con una sonrisa—. Estoy bien. ¿Qué haces en la zona cara del planeta?

—Oh, ¿esta es la zona cara? —preguntó Driller, entrando tras Juahir—. Eh, como mínimo ganas lo suficiente para vivir aquí.

—Por los pelos —dijo Arihnda, notando que su sonrisa crecía. Driller se había pasado por la oficina un par de veces hasta que su tío regresó y recuperó su apartamento, pero no lo había vuelto a ver desde entonces.

Y Juahir solo había pasado una vez y de eso ya hacía casi seis meses. Habían hablado varias veces por comunicador y había invitado a Juahir a darse una vuelta por el Distrito Federal en cuanto pudiese visitar aquella zona del planeta.

Momento que parecía haber llegado.

—Qué alegría volver a veros a los dos —dijo Arihnda, rodeando su escritorio y dándoles un abrazo rápido a cada uno—. ¿Hasta cuándo os quedáis? ¿Tenéis planes para esta noche? Acabo mi turno dentro de un minuto y medio.

—¿Estás segura de que podrán arreglárselas sin ti? —preguntó Driller, mirando la hilera de mesas vacías—. ¿O el supervisor ha decidido que eras tan buena que no necesita a nadie más?

—No, seguimos siendo una oficina con una extensa plantilla y hasta los topes de trabajo —dijo Arihnda—. Pero resulta que todos los demás tenían planes para esta noche y me ofrecí a hacer la última media hora sola.

—Vaya, eso no es justo —dijo Juahir, con fingida indignación—. Les estaría bien empleado que alguien entrase y te raptase.

—No está tan mal —dijo Arihnda—. De hecho, trabajo mejor sola.

—¿Te gusta tener más presión? —preguntó Driller.

—Me gusta que no haya testigos.

Driller la miró de reojo.

—Bromeas, ¿verdad?

Arihnda se encogió de hombros.

—Te sorprendería lo lejos que te puede llevar una leve insinuación a la propietaria de un apartamento.

—¿Qué tipo de insinuación? —preguntó Juahir.

—Insinuaciones de que sabes lo que hizo la noche anterior —dijo Arihnda—. O el mes pasado, o el año pasado. Lanzas algún comentario vago y, por lo general, ellos mismos te cuentan el resto. Después, se muestran mucho más dispuestos a solucionar los problemas del inquilino.

—Siempre que tengan trapos sucios que contar —comentó Juahir.

—Todo el mundo tiene trapos sucios —dijo Arihnda—. No me habéis dicho hasta cuando os quedáis.

—Tú tampoco has respondido a mi comentario sobre alguien que venga a raptarte —replicó Juahir.

—Creía que bromeabas —dijo Arihnda, consciente del hueco que había en lo más profundo de su ser. En el último año, había conocido a muchos hombres, algunos de los cuales habían intentado entablar amistad o una relación más íntima con ella. Lo había probado con algunos, de verdad, pero nada había funcionado.

Tampoco había conocido a nadie, hombre ni mujer, a quien pudiera llamar amigo. En su sector, toda la gente que conocía empezaba viéndola como una asistente, una defensora o incluso una figura materna. Nada de aquello era una buena base para establecer una conexión sentimental equilibrada.

—Nunca bromeo con la comida —dijo Juahir, solemnemente—. Estamos hambrientos y apostamos que tú también. Así que baja la persiana y vámonos.

—Voy —dijo Arihnda, iniciando el proceso de apagado de su ordenador—. Os aviso, esta vez no me puedo permitir un sitio tan elegante como el hotel Alisandre.

—Tranquila, eso corre de nuestra cuenta —dijo Juahir, con una sonrisa picara—. Ya hemos reservado.

—¿En el Alisandre? ¿En serio?

—No, no, no —Juahir señaló al cielo—. En el Pináculo.

Arihnda quedó boquiabierta.

—¿El Pináculo? Estáis de broma.

—No —dijo Juahir, sonriendo aún más—. ¿Te apuntas?

—Claro —Arihnda miró lo que llevaba puesto—. Pero debo cambiarme.

—Sin problema —dijo Juahir—. Hemos dejado algo de tiempo para eso.

El Pináculo no era el punto más alto de Coruscant, pero era el punto más alto del Distrito Federal y ofrecía unas vistas magníficas del Palacio, el edificio del Senado y los distintos ministerios y monumentos agrupados en torno a ellos.

La clientela estaba a la altura de las vistas. A Arihnda le pareció que cada tres mesas había una cara que recordaba de sus días al servicio del senador Renking.

Era muy emocionante. Aunque, al mismo tiempo, resultaba un tanto deprimente. Había ido a Coruscant a conseguir contactos e influencias, a ascender por los escalones de la política. Sin embargo, había terminado encallada a unos peldaños del suelo.

Al pasear la mirada por aquella sala y levantarla hacia los escalones que seguían ascendiendo burlonamente ante ella, su viejo objetivo de recuperar Minería Pryce se revelaba cada vez más como un objetivo imposible.

Pero la comida era lo bastante buena para hacerla olvidar casi por completo las punzadas de resentimiento por la manera en que la habían tratado. Se preguntó un par de veces cómo iban a pagar aquello Juahir y Driller, pero, con tantas emociones y recuerdos y las delicias que comía, no le dio demasiadas vueltas.

—¿Cómo te sientes de vuelta entre las altas esferas del poder? —le preguntó Juahir, mientras el camarero servía los postres.

—Muy bien —dijo Arihnda—. Creía tenerlo superado, pero no puedo negar que tiene su atractivo.

—Si pudieras volver a este tipo de vida, ¿lo harías?

Arihnda lanzó un breve resoplido.

—¿Qué pasa, el senador Renking necesita personal?

—No creo —Juahir señaló con la cabeza a Driller—. Pero Driller sí.

Arihnda se lo quedó mirando, con el ceño fruncido.

—¿En serio? ¿Para qué?

—Para un puesto en mi grupo de apoyo. Recuerdas a qué me dedico, ¿verdad?

—Claro —dijo Arihnda—. Solo que pensaba que la gente como tú siempre trabaja con presupuestos muy ajustados. ¿De verdad vais a contratar a alguien?

—De verdad —dijo él, asintiendo.

—¿Y por qué no te quedas el empleo tú? —preguntó Arihnda, mirando a Juahir—. Sea lo que sea, seguro que es mejor que hacer de camarera en el Topple.

—Ya no trabajo de camarera —dijo Juahir, frunciendo el ceño—. Ya lo sabes. Desempolvé mi equipo de artes marciales y me puse a entrenar a guardaespaldas, ¿recuerdas?

—¿Desde cuándo? —preguntó Arihnda, frunciendo el ceño. Juahir le había hablado alguna vez de su entrenamiento escolar en combate cuerpo a cuerpo, pero jamás había sugerido que pensase dedicarse profesionalmente a algo así.

—Cuatro meses después de que te mudases de Bash Cuatro a aquí —dijo Juahir—. Empecé trabajando a tiempo parcial en un pequeño dojo que hay cuatrocientos niveles por debajo de mi apartamento y cuando salió un puesto a tiempo completo… oye, ya te lo expliqué.

—Por supuesto que no —dijo Arihnda.

—Pero… —Juahir miró de modo implorante a Driller.

—Eh, a mí no me mires —dijo este, rápidamente—. Me dijiste que se lo habías contado.

—Lo siento, Arihnda —dijo Juahir, encogiéndose de hombros—. Lo habría jurado… en cualquier caso, me he mudado aquí y ahora trabajo en el dojo Yin-chom. Hacemos entrenamiento para civiles, pero también tenemos licencia para entrenar a guardaespaldas gubernamentales. Tenemos un puñado de guardias del Senado y el boca a boca atrae cada vez a más.

—Están ciento treinta niveles por debajo de tu oficina, aunque están pensando en buscar algo más arriba —añadió Driller.

—Tiene sus pros y sus contras —dijo Juahir—. Los niveles más bajos son más discretos para los asistentes y auxiliares cuyos senadores quieren que hagan también funciones de guardaespaldas, pero prefieren que nadie sepa que han realizado ese entrenamienro. Los niveles altos son más prestigiosos y atraen a más gente con pinta de guardaespaldas.

—Y son más caros —murmuró Driller.

—Mucho más caros —coincidió Juahir, arrugando la nariz—. Pero, volviendo a tu pregunta inicial, esa es una de las razones por las que Driller no me ha ofrecido el trabajo.

Arihnda casi había olvidado que la conversación había empezado allí.

—¿Y la otra razón?

—Buscamos un experto en minas, minería y refinado —dijo Driller—. Juahir no sabe nada sobre eso y tú te lo conoces al dedillo.

—Yo no diría tanto —dijo Arihnda, modestamente, con mil pensamientos bullendo en su cabeza. Trabajar para un grupo de apoyo no era un gran paso adelante en términos

de estatus, pero la devolvería a los centros de poder político. Solo por aquello merecía la pena intentarlo.

Aparte de que la alejaría de ciudadanos desesperados con problemas desesperados.

—La pega del trabajo es que no viene con apartamento incluido, como en tu oficina de asistencia —prosiguió Driller—. Pero Juahir tiene un piso bastante grande, está cerca del edificio del Senado y me ha comentado que le encantaría tener una compañera.

—Por supuesto —confirmó Juahir—. No tienes ni idea de la cantidad de veces que me he tirado en el sofá, con todos los músculos doloridos, deseando que hubiera alguien para preparar la cena.

—Cocino bastante bien —dijo Arihnda, encogiéndose de hombros. Había aprendido que en política nunca convenía mostrarse demasiado entusiasmado—. Y me apetece mudarme con alguien. ¿Cuándo y dónde tengo que presentarme para el puesto?

—Acabas de hacerlo —dijo Driller, sonriendo—. En serio. Ya he dejado caer tu nombre y el resto del grupo ya ha examinado tu historial. Si lo quieres, el trabajo es tuyo.

Arihnda respiró hondo. Al infierno sus reservas.

—Lo quiero.

—Genial —Driller cogió su postre, frunciendo levemente el ceño hacia Juahir—. Por cierto, ¿está bien visto brindar con un plato de postre?

—No sé —dijo Juahir, recogiendo su plato—. Ahora veremos.

Y así, sin más, Arihnda estaba de vuelta.

Fue como despertarse de una pesadilla. De repente, volvía a estar entre la élite, caminando por las pasarelas adornadas de los edificios del Senado y de su oficina, hablando con la gente que mandaba en el Imperio.

Y no solo hablando, sino haciéndose escuchar también. Antiguamente, cuando entregaba paquetes de tarjetas de datos para el senador Renking, la mayoría de los destinatarios apenas se fijaban en ella. Pero los grupos de apoyo oficiales tenían prestigio, aunque carecieran de auténtico poder, y se hacían notar. Ahora, de repente, parecía que todos conocían su cara y a su grupo de apoyo. Algunos incluso recordaban su nombre.

Arihnda había sobrevivido a los niveles más bajos del Distrito Federal. Pero era allí arriba, donde el sol y las luces brillaban con más intensidad, donde quería estar.

Había vuelto. Y no pensaba marcharse. Nunca. Haría todo lo necesario para quedarse entre las altas esferas del poder.

—Bien —dijo Driller, invitando a Arihnda a sentarse ante la computadora central del Grupo de Apoyo Cielos Altos—. La última tarea del día, te lo prometo.

—Eso mismo me prometiste hace dos días —le recordó ella.

—¿Quién, yo? —dijo, con aire de inocencia—. Lo sé, lo sé. ¿Qué quieres que te diga? Eres la experta en minería. Por eso te asignamos todos los asuntos para expertos en minería.

—Lo sé —dijo Arihnda. No podía hacerlos cualquiera.

Principalmente, porque nunca parecía haber nadie más por allí.

Al principio, aquello la desconcertó. Driller le había explicado que los demás miembros del grupo solían pasar la mayor parte del tiempo fuera de la oficina, hablando con senadores o sus asistentes, visitando los distintos ministerios o viajando fuera del planeta junto a gobernadores o moffs con el único fin de obtener información de primera mano. También le había recordado que ella también solía pasar mucho rato fuera de la oficina y había sugerido que era simple mala suerte que no se hubiera topado con ninguno de los otros.

Era mentira, por supuesto. Arihnda lo había descubierto muy pronto. O el resto del personal estaba por ahí perdiendo el tiempo o no había más personal.

Aunque no le importaba. Driller pagaba puntualmente y le sobraban suficientes créditos para pagarse el tipo de ropa apropiada para las exclusivas compañías que frecuentaba en aquellos momentos.

Y, lo más importante, la oficialidad del grupo de Driller le daba acceso a los poderosos del Imperio. A fin de cuentas, aquello era lo único que le importaba.

—Esto es lo que necesitamos —dijo Driller, pasando una mano por encima de su hombro y tocando unas cuantas teclas—, parece haberse producido un número inusual de expropiaciones imperiales de instalaciones mineras e incluso de planetas enteros. Quiero que saques una lista completa y analices la importancia de las minas en cuestión, las circunstancias de las intervenciones imperiales y cualquier cosa que pueda establecer una pauta de lo que está sucediendo. ¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? —preguntó Arihnda.

—Has arrugado el gesto —dijo Driller—. ¿Hay algún problema?

—No —dijo Arihnda. No era consciente de su reacción—. Lo siento. Solo estaba pensando en la intervención imperial en la mina de mi familia, hace tres años.

—-Perdona, lo había olvidado —se disculpó Driller—. Si te incomoda esto…

—No, no, estoy bien —le aseguró Arihnda.

—Vale. Y no es necesario que lo termines esta noche. Tengo una cita… ¿Te importa cerrar?

—No —dijo Arihnda. El apartamento que compartía con Juahir estaba doscientos niveles más abajo y no precisamente en la mejor zona del distrito, pero los maleantes no solían aparecer por las pasarelas y plataformas hasta que había anochecido del todo. En aquella época del año, aún faltaban dos horas para aquello—. Pásatelo bien.

—Seguro —dijo Driller, secamente—. Una reunión con un bedel del Senado. El colmo de la diversión.

Se marchó, cerró la puerta y Arihnda empezó a leer.

Había creído que todo aquello eran imaginaciones de Driller, que veía pautas de comportamiento y conspiraciones que eran simples frutos de su imaginación desmedida. Tenía cierta tendencia a hacerlo.

Pero, en aquel caso, había dado en el clavo.

Había veintiocho minas en la lista: veintiocho intervenciones imperiales que se remontaban a un año antes de que Renking le hubiera arrebatado Minería Pryce de las manos. Aunque la inmensa mayoría, veintiuna para ser precisos, se habían producido en el último año. Examinó minuciosamente la lista, analizando los elementos básicos, estudiando o revisando por encima algunos archivos anexos, buscando el denominador común. Llegó a la intervención más reciente, un ataque contra una fuerza de asalto imperial en Umbara…

Se detuvo, frunciendo el ceño, porque uno de los nombres del informe llamó su atención.

El capitán Thrawn.

—No —murmuró entre dientes. No podía tratarse del mismo no humano de piel azul que había conocido, un año antes, en el hotel Alisandre. Aquel Thrawn era teniente, este capitán; y tenía entendido que se solían necesitar entre diez y quince años de servicio en la marina para alcanzar tal rango.

Pero era él, no cabía duda. Había un archivo anexo que ofrecía detalles de la batalla y las imágenes que lo acompañaban no dejaban lugar a dudas. El insignificante teniente al que el coronel Yularen intentaba salvar el pellejo había alcanzado un puesto de mando en menos de dos años.

Negó para sí. O era asombrosamente competente o tenía amigos increíblemente poderosos.

Era interesante, pero no era asunto suyo. Lo apartó de su mente y siguió con su trabajo.

Al estar concentrada en su análisis no se dio cuenta de cómo pasaba el tiempo y se sorprendió cuando miró el crono y descubrió que hacía más de media hora que había anochecido. Los maleantes empezaban a congregarse, pero el trayecto de vuelta a su apartamento aún era seguro, si se daba prisa. Apagó el sistema informático y se marchó, cerrando con llave.

Ya había anochecido, pero el aumento de la intensidad de las farolas y los estridentes anuncios lo contrarrestaban con creces. Aun así, la ausencia de luz solar creaba una extraña sensación psicológica de oscuridad.

Allí arriba, donde la policía se mantenía muy alerta, todo iba bien. Pero en las partes más bajas del distrito, los maleantes se estarían congregando para beber, tomar especia y armar follón.

Algunos de ellos terminarían dando problemas.

El turboascensor al que llegó estaba abarrotado. En el siguiente podría ir más ancha, pero no estaba de humor para esperar. Por suerte, los pasajeros empezaron a bajar en los

niveles residenciales más elitistas, justo debajo de las oficinas gubernamentales. Cuando aún faltaban veinte niveles para llegar al suyo, su último acompañante la dejó sola.

No era la situación más idónea, particularmente a aquellas horas y tan abajo, pero tampoco tenía por qué pasarle nada.

Y, ya que tenía el ascensor para ella sola, podía aprovechar aquella intimidad imprevista. Sacó su comunicador y llamó a Juahir.

—Hola —contestó esta, jovialmente—. ¿Qué tal? ¿Estás preparando la cena?

—No exactamente —dijo Arihnda—. He tenido que quedarme un rato más en la oficina y aún estoy camino de casa.

—Oh —dijo Juahir, más seria—. ¿Estás bien? ¿Dónde andas?

—Bajando en el turboascensor —dijo Arihnda, mirando el indicador—. Ya casi he…

Se calló, como si se le cortase la respiración. El ascensor había llegado a su nivel, pero en vez de detenerse había seguido bajando.

—Juahir, no ha parado —dijo Arihnda, esforzándose por no perder el control. Se lanzó sobre el tablero de mandos y apretó el botón del nivel inferior al suyo.

Demasiado tarde. Ya lo habían rebasado. Volvió a probar, esta vez con el botón de diez niveles más abajo del suyo. El ascensor volvió a pasar de largo.

—¿Arihnda? ¡Arihnda!

—No para —dijo Arihnda. Esta vez pasó el dedo por toda la ristra de botones. El ascensor no reaccionó.

Y estaba ganando velocidad.

—Juahir, no puedo pararlo —dijo—. Sigue bajando y no puedo pararlo.

—Vale, no te asustes —dijo Juahir, con firmeza—. Hay un botón de parada de emergencia. ¿Lo ves?

—Sí —dijo Arihnda. Estaba debajo del tablero, protegido por una tapa naranja descolorida. Después de años de viajes sin incidencias, había olvidado que existía. Levantó la tapa, vio un botón naranja no tan descolorido y lo apretó.

Y se agarró al pasamanos mientras el ascensor se detenía abruptamente, entre chirridos.

Por un instante, se hizo un silencio absoluto.

—¿Arihnda? —dijo Juahir, tímidamente.

Arihnda recuperó la voz.

—Estoy bien —dijo—. Ha parado. Por fin.

—¿Dónde estás?

Arihnda miró el indicador.

—Nivel cuatro uno dos cero.

Juahir silbó débilmente.

—A mil de casa. Vale. Has tomado el turboascensor de siempre, ¿verdad?

—Sí —las puertas se abrieron. Arihnda echó un vistazo al exterior con cautela.

Nunca había estado tan abajo, pero era igual que en los vídeos y los holos. Había letreros estridentes por todas partes, mucho más relucientes y chillones que los de más

arriba, anunciando tiendas o productos, o parpadeando con estática por falta de pago. El blanco pálido de las farolas, de las que solo funcionaban unas tres cuartas partes, contrastaba con aquellos colores intensos. El resto se debatían entre alumbrar o apagarse definitivamente. Las pasarelas bajo aquella luz, al igual que las farolas en sí, estaban bien en líneas generales, pero había suficientes azulejos rotos o desaparecidos para ver que no estaba en los niveles más altos de la ciudad. Tras los letreros, las fachadas de los edificios iban desde las cuidadas y casi alegres, hasta las desvencijadas y descoloridas e incluso había algunas ruinosas propias de chabolas. Y todo, incluso las tiendas bien pintadas, parecía mugriento.

Y después estaba la gente.

En aquel momento no había muchos peatones en las pasarelas. La mayoría se movía en grupos de tres o más, como si nadie quisiera u osase ir solo, y todos lo hacían con el paso extraño de quien quiere ir deprisa pero prefiere que no se note.

La gente, al igual que los edificios y las pasarelas, también parecía sucia.

—Vale —llegó la voz de Juahir por el comunicador—. Tendrás que espabilar… es evidente que ese turboascensor está averiado y no conviene que esperes a que llegue alguien a repararlo. Hay otro turboascensor unas seis manzanas hacia el oeste. ¿Ves el letrero?

Arihnda miró pasarela abajo. Pero el letrero indicador del turboascensor, si en teoría era visible desde aquel ángulo, quedaba completamente ensombrecido por el brillo de los carteles publicitarios.

—No, pero puedo ir hacia allí.

—Vale, ve —le ordenó Juahir—. Nosotros ya vamos para allá. Intentaremos llegar antes que tú.

Arihnda frunció el ceño. ¿«Nosotros»?

—¿Driller está contigo?

—Tú sigue andando —dijo Juahir—. Esconde el comunicador… te identificará como alguien de clase alta y no te conviene. Ten cuidado.

—Lo tendré —Arihnda apagó el comunicador y se lo guardó en el bolsillo. Echó un último vistazo alrededor y empezó a andar por la pasarela, intentando imitar el paso de los demás.

En realidad no era para tanto. La gente era algo tosca y nerviosa, y no dudaba que no tendrían el menor inconveniente en recurrir a la violencia cuando les convenía, pero en Bash Cuatro había aprendido trucos de expresión y lenguaje corporal que hacían que la gente se lo pensase dos veces antes de meterse con ella.

Afortunadamente, las cosas parecían funcionar igual por allí. El puñado de gente que se le acercó lo suficiente para verla pasó de largo sin hacer comentarios ni reducir el paso.

Había recorrido cuatro manzanas y por fin veía el letrero del turboascensor, cuando todo se torció.

Aparecieron sin avisar. Seis jóvenes desgarbados puestos hasta las cejas de especia o algo peor emergieron de un par de portales oscuros entre dos farolas rotas. Dos llevaban largas cadenas en las manos, los otros cuatro empuñaban cuchillos cortos.

—Eh, guapa —gritó uno de los que llevaban cadenas—. ¿Buscas diversión?

Arihnda echó un vistazo rápido por encima de su hombro. Otros dos matones habían salido de otro escondite y venían tras ella.

Se vino abajo al darse cuenta de que estaba acorralada. A la izquierda tenía ventanales y escaparates de pequeñas tiendas que ya habían cerrado. A la derecha, una barandilla de dos metros de alto que separaba la pasarela de un precipicio de al menos veinte niveles hasta el siguiente obstáculo sólido.

—No, gracias —gritó por toda respuesta e intentó mantener un tono firme. Había peleado con amigas cuando era niña y en Lothal se las había visto con algún borracho o adicto a la especia, pero jamás se había encontrado en algo así.

Podía llamar a la policía, pero estaban dispersos por el distrito y aquellos matones ya estaban allí. Los problemas llegarían antes que la ayuda. Podía darse media vuelta y echar a correr, con la esperanza de esquivar a los dos que la seguían, pero por allí no iba a encontrar más que pasarelas desconocidas y un turboascensor averiado.

—Vamos, no seas así —dijo el matón, con fingida dulzura—. ¿Te apetece una copa? Seguro que sí. Puedes invitarnos a tomar algo. Llevas dinero, ¿verdad?

Arihnda sintió un nudo en el estómago. ¿Qué demonios podía hacer?

Tras los seis matones aparecieron un hombre y una mujer, caminando hacia ellos entre las sombras de otras dos farolas rotas. Arihnda los miró, sintiendo renacer sus esperanzas. Era su oportunidad. Si aquella pareja se acercaba demasiado, ajena a lo que estaba pasando, quizá podía desviar la atención de los matones hacia ellos para que los mirasen e intentar escapar cuando ellos se concentrasen en aquella otra presa más apetecible.

Demasiado tarde. El hombre se detuvo a unos diez metros de los matones, como si hubiese percibido los problemas. Si la mujer y él salían corriendo en aquel momento, llegarían al turboascensor antes de que los granujas pudieran atraparlos.

Pero la mujer no se había detenido al mismo tiempo que su acompañante. Siguió caminando hacia los matones, como si no los hubiera visto. Arihnda se preparó…

El portavoz de los matones debió de oír los pasos. Empezó a volverse cuando la mujer se le echó encima…

Sin detenerse, la mujer lanzó una patada y golpeó con el empeine del pie la parte trasera de la rodilla del matón.

Se le dobló la pierna. Apoyó una mano en el pavimento, aullando de rabia y dolor, esforzándose por mantener el equilibrio. Sus maldiciones se detuvieron abruptamente cuando la mujer le dio un puñetazo en un lado del cuello. El matón cayó derrumbado sobre la pasarela, completamente inmóvil.

Los demás matones quedaron petrificados y boquiabiertos por un segundo. La mujer no les dio tiempo a recuperarse de su conmoción. Mientras caía su primer objetivo,

agarró la cadena de sus dedos inertes y la arrojó contra la cabeza de los tres jóvenes que tenía a la derecha.

Dos de ellos lograron esquivarla. Al tercero lo alcanzó de pleno en el cuello y cayó con un gorjeo agónico, con la cadena repiqueteando al lado.

La mujer se volvió para encarar a los dos que tenía a la izquierda. Pero la banda ya había tenido suficiente. Los cuatro que seguían en pie huyeron a toda velocidad, pasando junto a Arihnda sin mirarla siquiera. Esta se dio la vuelta cuando la rebasaron y vio que los dos que había tenido detrás se perdían ya a lo lejos.

—¿Estás bien?

Arihnda se dio la vuelta, boquiabierta.

—¿Juahir?

—Sí. Hola. ¿Estás bien? —Juahir la agarró por el hombro y la miró de arriba abajo—. ¿Te han hecho algo?

—No —logró decir Arihnda. El hombre que acompañaba a Juahir por fin se había despegado de la pasarela y se acercaba hacia ellas—. Estaba… me habéis sorprendido.

—Te dije que veníamos de camino —le recordó Juahir, haciendo gestos a su compañero—. Arihnda Pryce, te presento a Ottlis Dos. Ottlis es un guardaespaldas que ha estado tomando clases particulares de cuerpo a cuerpo en el dojo. Acabábamos de terminar la clase y nos íbamos para casa cuando llamaste. Se ofreció a acompañarme, por si lo necesitaba.

—Parece que no —dijo Arihnda, mirando detenidamente al hombre. No tenía mucha pinta de guardaespaldas.

—No —dijo Juahir—, Y, antes de que lo preguntes, me ha dejado sola porque yo se lo he pedido. Es un funcionario gubernamental. Si golpea a alguien tiene que rellenar un montón de papeleo.

—Si la víctima presenta denuncia —murmuró Arihnda.

—Bueno, sí —reconoció Juahir—. En cualquier caso, como ciudadana normal y corriente yo solo tengo que alegar legítima defensa o defensa de otros para seguir con mi vida como si nada.

—Es agradable cuando la ley sirve para ayudar a la gente.

—¿Para variar, quieres decir? —preguntó Ottlis. Su voz era suave y profunda, agradable y casi jovial. No era el tipo de voz que Arihnda había esperado en un hombre que ganaba la vida dando palizas.

—No he dicho eso —objetó Arihnda.

—No pasa nada… Ottlis no se engaña sobre cómo funcionan las leyes del Imperio —dijo Juahir—. Trabaja para… bueno, de hecho, se supone que no puede hablar sobre su trabajo ni su jefe. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Arihnda, mirándolo otra vez. Aquel tipo de silencio forzoso solía implicar que había alguien de las altas esferas del escalafón político tras la cortina. Aquel tal Ottlis podía ser una amistad digna de cultivar—. Deberíamos irnos, ¿no os parece?

—Claro —dijo Juahir—. Cuando estés lista.

—Lo estoy —dijo Arihnda. Y dio un paso.

Y se encontró con inesperadas dificultades para mantener el equilibrio porque le flaqueaba una pierna.

—Vaya —dijo Juahir, sujetándola por un brazo—. Deja que te ayude.

—Gracias —dijo Arihnda, sonrojándose por vergüenza—. No estoy asustada. Solo es… un temblor.

—Tranquila, le pasa a todo el mundo —dijo Juahir, mirándola fijamente—. La adrenalina y el shock retardado. ¿Alguna vez te has planteado tomar clases de autodefensa?

—Muchas —le aseguró Arihnda, mientras echaban a andar hacia el turboascensor—. Sobre todo en los últimos tres minutos. ¿Cuánto cuestan en tu dojo?

—Por desgracia, ahora mismo no quedan plazas —dijo Juahir, arrugando la nariz con aire pensativo—. Quizá podríamos recomendarte en el… —Se quedó callada y miró a Ottlis, que se había colocado al otro lado de Arihnda—. ¿Y tú? ¿Estarías dispuesto a entrenar a Arihnda una hora antes o después de tus clases? Podríamos hacerte descuento.

—No puedo pedirle eso —objetó Arihnda—. Juahir, déjalo… lo estás poniendo en un aprieto.

—En absoluto —dijo Ottlis, inclinando la cabeza hacia ella—. Estaría encantado de darte clases. Dicen que uno no entiende de verdad algo hasta que lo enseña.

—Pero ¿tienes tiempo? —insistió Arihnda—. Juahir dice que eres guardaespaldas de alguien.

—Sí, pero por ahora solo ayudo a proteger una oficina vacía —dijo Ottlis—. Mi jefe no volverá hasta dentro de seis semanas, como mínimo. Tiempo más que de sobra para enseñarte lo más esencial. —Sonrió, casi tímidamente—. Y algo más, quizá.

Arihnda miró a Juahir. Su expresión revelaba una extraña candidez. ¿Había algo más allí que clases de autodefensa?

Y, de repente, se dio cuenta que no le importaba. No le vendría mal un nuevo amigo en aquella ciudad. Si Juahir quería jugar a ser celestina, mejor para ella.

—Vale, trato hecho —dijo—. Con los dos —añadió, mirándolos alternativamente—. Con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Ottlis.

—Esta noche os invito a cenar —dijo Arihnda—. A los dos.

CAPÍTULO XV

Muchos de los que dominan la guerra tecnológica creen que el entrenamiento y disciplina físicos son innecesarios. Teniendo turboláseres, hiperimpulsores, blindajes y los recursos mentales para dirigirlos, la fuerza y agilidad musculares se consideran mera vanidad.

Se equivocan. La mente y el cuerpo están conectados en un entramado de oxígeno, nutrientes, hormonas y salud neuronal. Los ejercicios físicos mueven ese entramado, estimulando al cerebro y el propio intelecto. Los simulacros de combate poseen la virtud adicional de entrenar al ojo para detectar pequeños errores susceptibles de ser explotados.

Un cambio en el foco de atención puede permitir también que el subconsciente se concentre en cuestiones sin resolver. Los simulacros de combate a menudo terminan con el guerrero descubriendo que una o más de esas dudas quedan inesperadamente resueltas.

Y, ocasionalmente, ese ejercicio puede servir para otros fines.

. . .

—No lo entiendo —dijo Thrawn, su gesto, habitualmente impasible había mudado a uno compungido mientras revisaba el informe en el datapad. Eli pensó que si Thrawn fuera un ser común casi creería que estaba confundido.

—¿Qué tiene que entender? —preguntó Eli—. Es lo que todos esperaban.

Sus relucientes ojos rojos se clavaron en Eli.

—¿Todos?

—Casi todos —rectificó Eli. Sí, aquello podía definirse como confusión—. En serio, es el politiqueo habitual en la marina.

—Pero va contra toda lógica táctica —objetó Thrawn—. El comandante Cheno salió bastante bien librado y la intervención de su nave fue decisiva para ganar la batalla y salvar muchas vidas. ¿Cómo es posible que el Alto Mando haya decidido que debe ser relevado de su cargo?

—No lo relevan, exactamente —-precisó Eli—. El comunicado afirmaba que lo autorizaban a jubilarse.

—¿Hay alguna diferencia, a fin de cuentas?

—En realidad no —admitió Eli—. Tiene razón, dejarlo jubilarse es básicamente un caramelo envenenado. Lo que le decía, política. Gendling está bien relacionado y su delicado orgullo salió mal parado. Y se lo hace pagar a Cheno.

Thrawn volvió a mirar el datapad.

—Es un desperdicio de recursos absurdo.

—Estoy de acuerdo —dijo Eli—. Pero podría haber sido peor.

—¿Ah, sí?

—¿En serio? —preguntó Eli, frunciendo el ceño. ¿No era evidente?—. Es usted a quien Gendling querría clavar contra un mamparo. Cheno se podría haber salvado, quizá, si le hubiera contado al tribunal que usted se había excedido en sus atribuciones. Pero no lo hizo. Y como no tenían nada contra usted, le echaron los perros a él.

Thrawn dio otros tres pasos en silencio.

—Un desperdicio absurdo —repitió, en un murmullo.

Eli suspiró.

—Terminará habituándose.

Los relucientes ojos rojos se volvieron a posar en él.

—¿Qué quieres decir?

Eli vaciló. No le correspondía a él decir aquello, pero si no lo hacía, ¿quién se lo iba a decir? Por mucha habilidad y perspicacia militar que poseyera, Thrawn parecía incapaz de entenderlo por sí solo.

—Es decir, señor, es muy probable que deje un rastro de carreras arruinadas a su estela. De hecho, ya lo ha dejado: el comandante Cheno, el almirante Wiskovis, el comandante Deenlark… todos se toparon con problemas de tipo oficial.

—No fue mi intención.

—Lo sé —dijo Eli—. No es nada que usted haya hecho. Solo es la reacción política a… bueno, a usted.

—No acepté entrar al servicio del Emperador con esa intención.

—Poco importan las intenciones —dijo Eli, con paciencia—. El problema es que usted no encaja en el pequeño espacio que se supone que deben ocupar los oficiales de la marina. Usted no es humano. Peor, no es de los Mundos del Núcleo.

—Ni tú, ni muchos otros.

—Pero el resto de los palurdos del Espacio Salvaje no somos como anillos volantes alrededor de una élite política que se cree importantísima —comentó Eli—. Usted los está desenmascarando y le guardan rencor por ello. Y si no pueden acabar con usted, irán a por la gente que creen que lo ha ayudado a convertirse en lo que es.

—¿Gente como tú?

Eli desvió la vista hacia otro lado. Sí, gente como él. Gente que seguía teniendo el mismo rango insignificante con el que se había graduado de la Academia, mientras los demás ascendían con paso firme por el escalafón.

Pero aquella conversación no trataba de él. Aquella conversación y aquella advertencia eran para Thrawn.

—Puede que vinieran por mí, si creyeran que merece la pena el esfuerzo —dijo, desviando la cuestión.

—¿Me estás sugiriendo que intente ser menos eficaz?

—Por supuesto que no —dijo Eli, con firmeza—. Si lo hace, morirá más gente y escaparán más criminales. Solo digo que debe saber que está en el punto de mira político.

—Entiendo —dijo Thrawn—. Me esforzaré por entender las reglas y tácticas de este tipo de guerra. ¿Podemos hacer algo por el comandante Cheno?

—Solo desearle suerte, supongo —dijo Eli—. Aunque pudiera convencer a alguien para que aceptasen una apelación, nunca volvería a comandar una nave. Así, como mínimo, puede retirarse con honor.

—Aunque nosotros sepamos que la victoria solo fue parcial.

—Lo sospechamos —corrigió Eli, bajando la voz—. No sabemos si Cisne Nocturno estuviera tras aquello. —Señaló la puerta que tenían delante, con la sencilla placa dorada que rezaba «DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD IMPERIAL» sobre otra más pequeña con el nombre de «CORONEL WULLF YULAREN»—. Quizá ahí dentro encontremos respuestas.

El coronel Yularen estaba esperando tras su mesa cuando entraron.

—Bienvenidos, capitán Thrawn, alférez Vanto —los saludó—. Siéntense.

—Gracias, coronel —dijo Thrawn—. Creo que tiene noticias para nosotros.

—Sí, pero no las que espera —dijo Yularen, con pesar—. Hablando de noticias, acabo de enterarme que el tribunal del consejo de guerra le ha dado una puñalada por la espalda al comandante Cheno. Lo lamento.

—Gracias, coronel —dijo Thrawn—. Era un buen oficial.

—Eso tengo entendido —dijo Yularen—. Tampoco era el mejor, pero no se merecía que lo echasen de esa manera. —Entrecerró los ojos—. ¿Ustedes han sufrido alguna represalia? ¿Alguno de los dos?

—No, que nosotros sepamos, señor —dijo Eli.

—Bien —dijo Yularen—. Puede que no caiga muy bien en el Alto Mando, Thrawn, pero no pueden ignorar sus resultados. —Frunció el ceño—. Por desgracia, nosotros no cosechamos tantos éxitos. Hemos revisado todos los documentos a los que el DSI ha tenido acceso. El nombre «Cisne Nocturno» aparece por todas partes, desde contrabando de metales o compra de antigüedades hasta la organización de protestas y alborotos. De todas formas, seguimos sin tener la menor idea de quién es.

—Interesante —dijo Thrawn—. Dice que organizó protestas, ¿contra quién?

—Contra prácticamente todo el mundo —dijo Yularen—. Principalmente gobiernos, locales e imperiales, pero también empresas, fabricantes o incluso compañías navieras. —Sus ojos volaban por la pantalla de su ordenador—. Tampoco hemos encontrado ningún vínculo entre sus distintos objetivos. Quizá solo quiere causar problemas.

—¿Puede darme una lista de todas las actividades en las que está involucrado? —preguntó Thrawn.

—Por supuesto —Yularen recogió una tarjeta de datos y se la pasó por encima de la mesa—. ¿Qué espera encontrar?

—Alguna pauta —dijo Thrawn—. Dice que sus objetivos parecen aleatorios, pero creo que encontraremos algo que relacione las ubicaciones, momentos o personal implicado. Muchos de sus planes incluyen el robo de doonio u otros metales preciosos. ¿Podría moverle el simple afán de robar o…? —Miró a Eli—. ¿*Gubudalu*?

Eli frunció el ceño. «¿*Gubudalu*?». ¿Qué demonios era aquello? Repasó rápidamente raíces y modificantes del sy bisti…

Ah.

—Usurpar —dijo.

—Gracias —dijo Thrawn—. ¿Podría moverle el simple afán de robar o usurpar alguna empresa minera?

—Interesante idea —dijo Yularen—. A los contrabandistas, piratas y ladrones normalmente no les gusta llamar la atención. Pero Cisne Nocturno deja su firma por todas partes. —Frunció los labios—. Quizá está planeando algún gran golpe y quiere que todo el mundo mire hacia otra parte. Recuerdo un grupo de contrabandistas de armas, durante las Guerras Clon, al que le gustaba provocar incendios en un lado de la ciudad para atraer a la policía y los bomberos hasta allí, mientras ellos daban un golpe en un depósito de armas en la otra punta.

—Eso es —dijo Thrawn—. ¿Y qué pasa con Coruscant? ¿Hay disturbios aquí?

—¿Bromea? —dijo Yularen, con un resoplido—. Descienda dos mil niveles y encontrará todos los disturbios que quiera. Baje cuatro mil y le parecerá que está en el Espacio Salvaje.

—¿Así que sería un terreno ideal para protestas antiimperialistas?

—Sí —coincidió Yularen—. Excepto que todos los centros de poder están aquí arriba y contamos con la mejor policía, ejército y fuerzas privadas de defensa de toda la galaxia. Demonios, tenemos dojos de combate que se dedican exclusivamente a entrenar a guardaespaldas del Senado y de los ministerios. Cisne Nocturno podría crear disturbios desde ahora mismo hasta la Semana de la Ascensión sin hacerle un solo rasguño a nadie importante.

—Nubia también parecía inmune a ese tipo de amenazas —Thrawn señaló una anotación en su datapad—. Pero las protestas ante la oficina del alcalde de Bahía Círculo parecen haber dado bastantes frutos.

—Eso es un caso único —gruñó Yularen—. Los alborotadores lograron que despidieran a todo el personal de cocina para infiltrar a su gente entre los nuevos empleados. Cuando tienes a alguien dentro, cualquier cosa es posible.

—Exacto —dijo Thrawn—. ¿Dice que hay dojos que trabajan específicamente con guardaespaldas del Senado?

—Sí —murmuró Yularen, frunciendo el ceño, con repentino interés—. Sí, ya veo por dónde va. Pero la mayoría de guardaespaldas que entrenan en esos lugares ya trabajan para alguien. Dudo que ningún senador acuda personalmente a los dojos en busca de personal. Lo más seguro es que lo encontrara mediante agencias autorizadas.

Yularen se levantó.

—Aun así, hace mucho que el DSI no visita ningún dojo. Quizá valga la pena hacer una visita por el mundillo de los deportes de combate del Distrito Federal. ¿Quieren acompañarnos?

—Bienvenidos al dojo Yinchom. —*«El chico, sentado con las piernas cruzadas en el suelo a la derecha de la puerta, se pone de pie. Su voz desprende la claridad de la juventud y hay jovialidad bajo su tono solemne. Hace una reverencia al coronel Yularen y después repite el gesto con los otros cuatro miembros del grupo»*—. Aquellos que entran deben abandonar el tedio y las preocupaciones de la vida. Preparen sus mentes y cuerpos para los rigores y bondades del combate.

—Así lo haremos —dijo Yularen. *«Su tono es sereno y oficial, pero contiene un matiz de humor y de admiración por los modales del chico»*—. Soy el coronel Yularen. Quiero hablar con la propietaria. ¿Puede llamarla?

—Claro —dijo el chico. «*Vuelve a hacerle una reverencia a Yularen*»—. Por favor, pasen.

Entraron en el dojo. El chico esperó que los cinco estuvieran apoyados contra la pared y los guio por el borde de los tatamis de entrenamiento.

—No es tan imponente como el anterior, señor —murmuró Vanto.

—No —coincidió Thrawn.

—Un poco pequeño y demasiado lejos de la luz solar para considerarlo de alta gama —coincidió Yularen. «*Mira detenidamente la zona de entrenamiento, de lado a lado, empapándose de los detalles. Hay varias parejas entrenando en cada uno de los tatamis centrales; en uno una pareja pelea con las manos, en otro hay dos que pelean uno con las manos y otro con un cuchillo; la tercera y la cuarta pareja pelean con bastones. Una joven humana da vueltas alrededor del tatami, dando instrucciones y correcciones ocasionales a cada pareja*».

—Sin embargo, treinta senadores han mandado aquí a uno o más de sus guardaespaldas para ponerse al día o practicar en los últimos cinco años —prosiguió Yularen—. Algo debe tener. La dueña es una togoriana llamada H’sishi.

«El chico, rodeando la sala, pasa junto a una mujer sentada en un banco apoyado contra la pared».

—¿Señor? —dijo Vanto, de repente. «*Señala a la mujer con la cabeza*»—. Esa mujer. La hemos visto varias veces antes.

«El chico adelanta a la mujer, ella se levanta y rodea el tatami. Una patada excesivamente desviada está a punto de darle. La esquiva con soltura. Un indicio de dominio y habilidad. Llega hasta los imperiales e inclina la cabeza».

—Bienvenido al dojo Yinchom, capitán Thrawn —dice, subiendo la voz para hacerse oír entre el ruido de los bastones de combate—. Soy Arihnda Pryce. Puede que no se acuerde de mí, pero nos conocimos en una recepción de la Semana de la Ascensión, en el hotel Alisandre, cuando era primer teniente.

—Claro que la recuerdo, señorita Pryce —dijo Thrawn—. La asistente del senador Domus Renking.

—Qué buena memoria, capitán —dijo Pryce—. Pero ya no trabajo para el senador Renking. Ahora trabajo para un grupo de apoyo.

—Entiendo —dijo Thrawn—. Permítame que le presente a mis acompañantes, el coronel Yularen y el alférez Vanto.

—Los recuerdo a los dos —dijo Pryce. «*Los saluda a ambos con una leve inclinación de la cabeza. Sus ojos se posan fugazmente en los dos agentes del DSI que hacen guardia en silencio tras ellos*»—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Queremos hablar con la propietaria —dijo Yularen—. El chico ha ido a buscarla.

—¿Quién es la mujer que supervisa las prácticas? —preguntó Thrawn.

—Es Juahir Madras, una de las instructoras —dijo Pryce.

—¿Viene a tomar clases? —preguntó Yularen.

—No —dijo Pryce—. Mi jefe cree que me vendría bien hacer algunos contactos con los guardaespaldas de las altas esferas que entrenan aquí, así que llevo unos días dejándome caer por aquí para charlar con ellos. Ah… ahí viene H’sishi.

«*Un ser corpulento y felino aparece por una de las puertas laterales de la sala principal. Está cubierta por un pelaje corto marrón y blanco y va vestida con una combinación de falda a cuadros y bandolera. Mira a cada una de las parejas que entrenan y después a la instructora Madras*».

—¡Alto! —gritó.

El entrenamiento se detiene al instante. En silencio, H’sishi cruza el tatami, caminando con elegancia con sus piernas de rodillas inversas. Pasa junto a Madras sin mirarla y se detiene junto a Pryce.

—Buenos días, oficiales del Imperio —dijo. «*Su voz es sibilante pero clara*»—. Soy H’sishi, maestra del dojo Yinchom. ¿En qué puedo servirlos?

«*Las parejas que entrenan se plantan de cara a los visitantes, tienen un intenso calor facial debido al ejercicio. La expresión y postura de la instructora Madras muestra incomodidad. Mira al pecho de Yularen, no a su cara*».

—Soy el coronel Yularen —dijo este—. Estos son el capitán Thrawn, el alférez Vanto y los oficiales Roenton y Brook. Estamos haciendo una revisión rutinaria de los dojos del Distrito Federal, y tenemos un particular interés en los que trabajan para el gobierno y entrenan a guardaespaldas. Supongo que tiene un registro completo de ambas cosas, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo H’sishi—. Ahora se los traigo.

—Espere —dijo Thrawn—, también estamos interesados en entrenadores para una posible unidad de combate urbano. ¿Entrena combate con bastones avanzado?

—Sí —le confirmó H’sishi—. ¿Tiene práctica en ese arte?

—Conozco los fundamentos —dijo Thrawn—. Me gustaría ver su técnica.

—Claro —dijo H’sishi—. La instructora Madras y yo le haremos una demostración.

—No es necesario llamar a nadie —dijo Thrawn—. Instructora Madras, traiga los bastones, por favor. La instructora H’sishi y yo vamos a practicar.

—¿Señor? —preguntó Vanto. *«Su tono es de sorpresa e inquietud. Pero sin comprensión. No ve las pautas; no ha entretejido los hechos y posibilidades»*.

«Madras camina hasta el centro del tatami, con los bastones de combate en las manos. Su lenguaje corporal muestra incomodidad'».

—Señora Pryce, acérquese —dijo Thrawn—. Quiero preguntarle algo.

—Por supuesto —Pryce fue hasta él.

Thrawn, Pryce y H'sishi se dirigieron al centro del tatami.

—Dice que trabaja para un grupo de apoyo —dijo Thrawn—. ¿Cuál?

—Se llama Grupo Cielos Altos —dijo Pryce.

—Gracias —dijo Thrawn—. Ahora, apártese. Instructora H'sishi, podemos empezar.

Pryce y Madras se apartaron.

—El asalto durará tres minutos —dijo H'sishi, cruzando los bastones en un saludo. Thrawn imitó su gesto.

Y empezaron.

«*H'sishi es una buena luchadora. Pero está centrada únicamente en el combate, sin pensar en nada más. No nota cómo las respectivas posiciones varían lentamente, hasta que Pryce y Madras entran en el campo de visión*».

«Las dos observan el combate, sin hablar, aunque puede que se hayan dicho algo rápido antes de que las vieran».

«Sus expresiones son inconclusivas. Las dos mujeres están fascinadas por el combate, que aplaca sus otros miedos, inquietudes y pensamientos».

«Con H'sishi ya no queda ninguna duda».

«Pasan los tres minutos. H'sishi recula un paso y vuelve a cruzar los bastones».

—Excelente, capitán. No conozco su estilo, pero no hay duda de que está bien entrenado.

—Gracias, instructora —dijo Thrawn. Cruzó sus bastones y se los tendió a Madras. *«Da un paso adelante y los recoge, esquivando su mirada»*—. La próxima vez que me destinen a Coruscant podría darme clases de su estilo. ¿Es propio de su especie?

—Sí, una forma togoriana. Espero que pueda pasarse por aquí. Sería un placer tenerlo de estudiante, incluso de profesor. Bueno, coronel Yularen, voy a buscar los registros que me ha pedido.

Esperaron mientras ella iba a su oficina y regresaba con una tarjeta de datos. Yularen la cogió y se marcharon.

—Bueno, ha sido muy interesante —comentó Yularen, mientras caminaban hacia el aerocoche—. Me imagino, capitán, que no le han entrado ganas de repente de hacer ejercicio, ¿verdad?

—No —dijo Thrawn—. Y supongo que usted habrá notado que la instructora Madras no detuvo su entrenamiento cuando entramos, ¿verdad?

—Ni cuando Pryce se acercó a hablarle —dijo Yularen. *«Su tono transmite un aire meditabundo»*—. Aunque costaba entenderse con tanto ruido.

—No se detuvieron hasta que H'sishi se lo ordenó —añadió Vanto.

—¿Y no cree que sea simple mala educación? —preguntó Yularen.

—Creo que sabe quién soy —dijo Thrawn—. Y no tengo la menor duda de que sabe quién es usted, coronel. Por eso demoró nuestro encuentro, buscando más tiempo para prepararse.

—Interesante —dijo Yularen—. Desgraciadamente, es una reacción con la que los agentes del DSI nos topamos a todas horas. Todo el mundo tiene secretos turbios.

—Pero no todo el mundo conoce secretos turbios de Cielos Altos —dijo Thrawn.

—¿El grupo de apoyo? —preguntó Yularen.

—Sí —dijo Thrawn—. En el que trabaja la señorita Pryce. Se lo pregunté antes de la práctica y me fijé en la instructora Madras cuando la señora Pryce me dijo el nombre. Reaccionó con incomodidad.

—¿Está seguro?

—Sí —dijo Thrawn—. Por un motivo u otro, vale la pena investigar ese grupo.

—Pero, si ya tenía el nombre y la reacción de Madras, ¿por qué siguió con el combate? —preguntó Vanto.

—He desarrollado cierta habilidad para interpretar las emociones humanas —dijo Thrawn—. No tengo las mismas capacidades con los togorianos. Deseaba saber si H'sishi también estaba preocupada porque yo conociera la conexión de la señora Pryce con Cielos Altos.

—Así que le dio la posibilidad de noquearlo —dijo Vanto, en voz baja. *«Su tono revela una mayor comprensión»*—. Usted fue el único que oyó el nombre. De haberlo querido, lo habría podido noquear, asegurar que había sido un accidente y ganar algo de tiempo para el grupo.

—Correcto —dijo Thrawn—. Para ser más precisos, le ofrecí algo parecido a la posibilidad de hacerme daño. Falsa, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Vanto. *«Su tono es respetuoso, aunque también irónico»*—. ¿Entonces, cuando le atacaron en la Academia Real del Imperio…?

—Quería analizar las capacidades de los asaltantes —dijo Thrawn—. Te habría protegido de cualquier daño grave, como a mí mismo.

—Algún día tiene que contármelo todo, capitán —*«Yularen saca su comunicador»*—. Pondré al DSI a investigar a Cielos Altos y veremos qué descubrimos.

—Le recomiendo que la investigación se realice con mucha cautela y discreción —dijo Thrawn—. Ahora se mantendrán alerta ante ese tipo de pesquisas y no queremos espantarlos.

—Sí, sabemos cómo conducir nuestras investigaciones, gracias.

—No pretendía ofender —dijo Thrawn—. Y le agradecería que me permitiera estar al corriente de sus progresos.

—Lo lamento, pero eso no será posible —dijo Yularen—. Han llegado nuevas órdenes mientras combatía con H'sishi con los bastones. Las recibió el alférez Vanto —*«Señala a Vanto»*—. ¿Alférez?

—Sí, señor —dijo Vanto. *«Su voz revela frustración contenida.»*—. Durante las cuatro próximas semanas, mientras reparan la *Avispa Trueno*, se quedará en Palacio con el Emperador Palpatine. Cuando terminen las reparaciones, la nave volverá a sus tareas de patrulla por los Bordes Medio y Exterior. —*«Hace una pausa, con creciente frustración»*—. Al mando de su nuevo capitán, el comandante Thrawn.

—Enhorabuena, comandante —murmuró Yularen.

—Gracias —dijo Thrawn. Lo habían ascendido. ¿Y a Vanto?

Las cosas no debían ser así. Vanto seguía teniendo rango de alférez, un año más de lo que era normal. Pero no había hecho ni había dejado de hacer nada que debiera postergar sus progresos.

—Un logro impresionante —prosiguió Yularen. «*Alterna la mirada entre Thrawn y Vanto. Él también se da cuenta de que algo falla*»—. Los capitanes suelen mantenerse en ese rango durante un mínimo de seis años.

—Tengo entendido que durante las Guerras Clon se ascendía más rápidamente.

—Es normal en tiempos de guerra —dijo Yularen. *«Su voz delata recuerdos amargos»*—. Buena suerte con su nuevo cargo y puesto. Y no se preocupe por Cielos Altos. Si esconden algo, lo encontraremos.

CAPÍTULO XVI

Nadie es inmune al fracaso. Todos han probado el amargo sabor de la derrota y la decepción. Un guerrero no debe detenerse en ese fracaso, sino aprender de él y seguir adelante.

Pero no todos aprenden de sus errores, cosa que saben muy bien los que quieren dominar a los demás. Si un oponente ha fallado en una ocasión ante un problema lógico, su enemigo volverá a probar con el mismo tipo de problema, esperando que repita el fallo.

Lo que el manipulador olvida algunas veces, y lo que todo guerrero debe recordar siempre, es que nunca se dan las mismas circunstancias exactas. No hay ningún desafio igual a otro. La presunta víctima puede haber aprendido de su anterior error.

O puede haberse producido un cruce de caminos vitales inesperado o desconocido.

. . .

—Lamento haberme perdido las dos últimas clases —dijo Ottlis por el comunicador de Arihnda—. Como te dije, mi jefe ha venido de visita y hemos estado bastante atareados.

—Entiendo —dijo Arihnda.

Y lo entendía. Aunque eso no significaba que estuviese contenta con la situación. No solo por la interrupción de su entrenamiento en combate, sino porque le gustaba mucho la compañía de Ottlis.

Pero el trabajo era lo primero e, incluso en las altas esferas del poder imperial, eran pocos los que se podían permitir el lujo de decidir cómo ocupar su tiempo.

—Pero si tienes un par de horas libres, avísame —dijo ella.

—En realidad, por eso te llamo. Esta noche estoy de guardia en la oficina solo, todos los demás van a una fiesta, y si apartamos la mesa de la sala de conferencias hasta la pared tendremos espacio de sobra para una sesión de entrenamiento. ¿Te apuntas?

—Creo que sí —dijo Arihnda, frunciendo el ceño. Aquello sí que era una sorpresa. Le vendría bien un poco de entrenamiento, para variar. Por no hablar de un par de horas de contacto humano que no se redujese a tratar de políticas altruistas con senadores y ministros—. ¿Cuándo quieres que vaya? ¿Y dónde? No me has dado la dirección.

—¿Ah, no? Perdona. —Le dio las señas, un local en una de las agujas de oficinas cercanas al edificio del Senado—. Respecto a la hora, cuanto antes mejor. Como te he dicho, se han marchado todos y tendremos el local para nosotros solos.

—¿Salvo por los droides porteros de guardia?

—Bueno, salvo por ellos, claro. Pero tengo autoridad suficiente para que te permitan el paso. ¿A qué hora puedes llegar?

Arihnda miró su crono. Técnicamente, debía mantener la oficina abierta otros cuarenta minutos, por si el asistente de algún senador se dejaba caer por allí buscando información sobre alguna postura política de Cielos Altos.

Pero aquella noche estaba sola, como casi siempre. Decidió que los que movían los hilos en el Imperio podían esperar hasta el día siguiente.

—En diez minutos —dijo.

—Perfecto —dijo Ottlis—. Llama al timbre cuando llegues y me encargaré de que te dejen pasar.

Arihnda buscó la dirección en su datapad durante el trayecto en aerotaxi, esperando descubrir «para quién trabajaba Ottlis exactamente. Pero aquella información no aparecía por ninguna parte. Una vez dentro del edificio, pues Ottlis ya había hablado con los droides porteros para que la dejasen pasar, buscó algún directorio, índice o lista de ocupantes.

Tampoco había nada. Al parecer, los residentes no querían que ni los visitantes autorizados supieran quién ocupaba aquellos espacios ni dónde estaban ubicados.

Ya había supuesto que el jefe de Ottlis era un alto funcionario. Aquello se lo confirmó.

Los dos droides porteros del vestíbulo la miraron en silencio mientras se aproximaba a la puerta de la oficina, pero le permitieron llamar al timbre sin decirle nada. Ottlis respondió inmediatamente, les dio a los droides su contraseña personal de seguridad y la dejó pasar.

—Qué bonita —comentó ella, mirando alrededor, mientras él la guiaba por la recepción y un largo pasillo. La moqueta, los adornos de las paredes y las columnas esculpidas eran elegantes, aunque más discretos que la decoración que había visto en las oficinas de otros senadores. Era alguien que gustaba del lujo, pero que no sentía la necesidad de restregárselo en las narices a los demás—. Tu jefe debe ser más importante de lo que creía.

—Es probable —coincidió Ottlis—. Por aquí.

Arihnda frunció el ceño, quedándose rezagada un paso. Esa noche había una extraña lejanía emocional en la forma de hablar y los gestos de Ottlis. Algo iba mal.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó ella.

—¿Qué fiesta?

—La fiesta a la que dices que ha ido todo el mundo.

—Oh —se detuvo junto a una puerta abierta y señaló al interior—. Pasa, por favor.

—Gracias —dijo ella. Algo iba muy mal, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Pasó rozándolo y entró dentro de la habitación.

Y se detuvo abruptamente.

Aquello no era la sala de conferencias que le había prometido. Era un despacho, tan lujosamente amueblado como la recepción y el pasillo, con abalorios y recuerdos de toda la galaxia a la vista, sin un solo hueco vacío.

Y, sentado tras el escritorio de perla tallada…

—Buenas noches, señorita Pryce —dijo el moff Ghadi, poniéndose de pie—. Me alegro de volver a verla.

Arihnda se quedó un buen rato donde estaba, recordando su último encuentro con Ghadi. Aquel era el hombre que le había lanzado la especia y había amenazado con hacer que la detuvieran. El hombre que había usado aquella extorsión para obligarla a traicionar al senador Renking. El hombre que había provocado que su vida cayera en picado.

—Su Excelencia —dijo, alejándose de la puerta y caminando hacia él—. Yo también me alegro de verlo. Debería haberme hablado claro en el hotel Alisandre.

Ghadi perdió su sonrisa de autosuficiencia por un instante.

—¿Eh?

—Sí —le dijo Arihnda—. De haberlo hecho, podría haberle contado que estaba tan deseosa de acabar con el senador Renking como usted.

—¿En serio? —dijo Ghadi, mirándola fijamente—. ¿Con su propio jefe?

—El hombre que tramó la usurpación por parte del Imperio de la empresa minera de mi familia en Lothal —rectificó ella—. Habría preferido destruirlo sin arruinar mi vida en el proceso —Se detuvo junto a la silla para invitados que había frente al escritorio—. ¿Me permite?

—Por supuesto —dijo Ghadi, señalándole la silla. Ella notó que la sonrisa de Ghadi volvía a ser completamente confiada—. Viendo los resultados, diría que ese trastorno en su vida fue lo mejor que podía pasarle. Su aplomo y confianza demuestran por sí solos que ha hecho grandes progresos.

—Probablemente habría llegado mucho más lejos si no hubiera tenido que volver a empezar de cero —dijo Arihnda. Miró alrededor mientras se sentaba, notando que Ottlis se había instalado en la puerta, a su espalda, como para impedir cualquier intento de fuga. El hecho de que no hubiera intentado escapar parecía tenerlo desconcertado—. Pero eso ya es agua pasada —añadió, volviéndose hacia Ghadi—. Bueno, ¿a qué debo el placer de esta invitación?

—Primero aplomo y ahora franqueza —dijo Ghadi, en tono aprobatorio—. Excelente. Veamos si podemos sumar la honradez a la lista. ¿Para quién trabaja?

—Seguro que ya lo sabe. Para el Grupo de Apoyo Cielos Altos.

—Bien —dijo Ghadi—. Sigamos. ¿Quién ha contratado a su grupo de apoyo para que me destruya?

Arihnda frunció el ceño.

—¿Perdone?

—No, no, el papel de niña inocente no funciona —dijo Ghadi—. En usted no.

—No soy inocente, ni ninguna niña —dijo Arihnda, con tanta calma como pudo—. Solo estoy confundida porque no tengo ni idea de qué me está hablando.

—¿En serio? —gruñó Ghadi—. ¿No sabe que, poco después de que uno de los suyos viniera a hablar conmigo, se hicieron con cierta información confidencial sobre mí que poseía una banda de contrabandistas? ¿O que una de mis minas fue asaltada por saqueadores, apenas una semana después?

—¿Qué le robaron? —preguntó Arihnda.

Ghadi frunció el ceño.

—¿Qué?

—Pregunto que qué le robaron —repitió Arihnda—. Puede que el que le robó los datos solo esté interesado en sus minas y sus recursos.

Ghadi lanzó un resoplido.

—No insulte mi inteligencia —le espetó—. Nadie roba a un moff. No si quieren seguir respirando. Esto solo pueden ser los aguijonazos preliminares de un futuro ataque o una maniobra de distracción. En cualquier caso, quiero saber quién está detrás. —Entrecerró los ojos—. ¿Es Renking?

—Su Excelencia…

—Es lo más obvio —prosiguió Ghadi—. Pero la sutileza nunca ha sido su fuerte. ¿Otro senador? Siempre andan peleando para conseguir ventajas y cargos. ¿Un moff, quizá? —Lanzó una risotada cargada de cinismo—. Por supuesto. Es Tarkin, ¿verdad? El gran moff Tarkin, que nunca tiene suficiente. Hace años que me quiere sacar de la circulación. Dígame que es él.

Arihnda negó con la cabeza.

—Lo siento, Su Excelencia, pero no puedo ayudarle.

Ghadi se reclinó en su silla, sin desviar la mirada de la cara de Arihnda.

—Bien. No lo sabe. Quizá su jefe sí. Llámelo y dígale que la han invitado a mi oficina, como ha hecho Ottlis. Veamos si tiene alguna sugerencia interesante sobre lo que debe hacer cuando esté aquí.

Arihnda se lo pensó. Driller era demasiado jovial y abierto para ser un espía.

Pero tampoco tenía muy claro ni quién más trabajaba para él ni a qué se dedicaban. Y después estaba su montaña de créditos aparentemente interminable.

Y es probable que los mejores espías fueran aquellos que no lo parecían.

—Muy bien —dijo, sacando su comunicador—. Supongo que querrá escucharlo, ¿verdad?

—Por supuesto —Ghadi hizo un gesto para que Ottlis se acercase—. Por si se le ocurre intentar algo —añadió.

—Lo único que pienso hacer es charlar —dijo Arihnda. Subió el volumen del altavoz del comunicador al máximo y marcó el número de Driller.

—Hola, Arihnda —dijo la alegre voz de Driller—. ¿Qué hay?

—Acabo de recibir una llamada de Ottlis —dijo Arihnda—. Esta noche no puede venir al dojo, pero tiene algo de tiempo libre y la oficina del moff Ghadi para él solo, quiere saber si puedo ir allí a tomar una clase particular.

—Genial —dijo Driller—. ¿Qué le has dicho?

Arihnda notó que sonreía cínicamente. Driller sabía que Ottlis trabajaba para Ghadi, pero no se había molestado en mencionarlo.

—Le he dicho que debía preguntarte si podía cerrar antes.

—Claro, cierra.

—Gracias —dijo Arihnda—. ¿Alguna instrucción especial?

Se produjo un levísimo titubeo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, con un tono ligeramente distinto—. ¿Instrucciones para qué?

—Sobre qué debo hacer allí —dijo Arihnda—. Bueno… no sé. ¿Debo fijarme en algo o tomar nota de algo?

—No, no, nada de eso —dijo Driller, recuperando su voz normal—. Toma tu clase y vete a casa.

Arihnda levantó la vista para mirar a Ghadi. Este tenía los ojos clavados en el comunicador y los labios fruncidos por la concentración. La ausencia de su sonrisita de autocomplacencia parecía indicar que no había oído lo que esperaba.

Y probablemente era así. Casi seguro que era así. Tampoco podía conocer a Driller lo suficiente para haber notado el titubeo ni la leve alteración en su voz.

Pero Arihnda había percibido ambas cosas. ¿Significaba que estaba pasando algo en Cielos Altos? ¿O solo estaba cansado o distraído con otro asunto?

A lo mejor había una manera de descubrirlo.

—Gracias —dijo—. Oye, hay algo más. Ottlis me ha dicho que pronto saldrá una oferta para un puesto de auxiliar de oficina con entrenamiento de combate. Dice que debería presentarme.

—¿Quieres decir que dejarías Cielos Altos? —preguntó Driller, en un tono repentinamente cauteloso—. No puedes, Arihnda. Tenemos muchísimo trabajo por delante y eres nuestra mejor agente.

—Gracias, pero creo que no lo entiendes —dijo—. No es un puesto cualquiera. Es con el gran moff Tarkin.

Esta vez la pausa no le pasó desapercibida a Ghadi.

—¿Tarkin? —preguntó Driller, con cautela.

—Eso dice Ottlis —dijo Arihnda—. Además, será solo media jornada, así que podría seguir trabajando para ti.

—¿Podrás pasarte a vernos de vez en cuando, al menos? Podríamos comer y charlar un poco.

—Por supuesto —dijo Arihnda—. Me gusta hablar contigo. Ya lo sabes.

—Sí. Lo mismo digo —dijo Driller—. Bueno… que tengas buena clase. Y si quieres presentarte a ese trabajo, no lo dudes. Podría ser interesante.

—Gracias —dijo Arihnda—. Hasta mañana.

—Bien. Buenas noches.

Arihnda apagó su comunicador.

—¿Y bien? —preguntó, mirando a Ghadi y arqueando las cejas.

—¿Y bien qué? —gruñó este—. ¿A qué ha venido esa bobada sobre Tarkin?

—Es la prueba de que nadie lo está atacando —dijo Arihnda—. Si lo estuvieran haciendo, me habría dicho que echase un vistazo a la oficina, aprovechando que venía, como usted mismo esperaba que me dijera. Y no habría estado dispuesto a dejarme perder mi contacto con Ottlis y, por consiguiente, con usted, para trabajar con Tarkin.

Poco a poco, la mirada de Ghadi fue perdiendo ferocidad.

—Es una buena historia, señorita Pryce. Quizá tenga razón, incluso. Pero debemos asegurarnos, ¿verdad?

—¿Qué significa eso?

—Significa que, a partir de ahora, usted será mis ojos y oídos dentro de Cielos Altos —dijo Ghadi—. Hará copia de todos los archivos, me informará de todas las conversaciones y me dará una lista de todos sus contactos.

Arihnda tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse impávida.

—No creo que eso sea necesario, Su Excelencia.

—Oh, yo sí —dijo Ghadi—. Y va a hacerlo, porque si no llamaré al DSI y les diré que anoche se presentó aquí con la intención de robarme archivos y tarjetas de datos confidenciales. Como confirmará Ottlis, por supuesto.

Arihnda levantó la vista hacia este. Ottlis la miró, carente de expresión.

—No contrato bobos, señorita Pryce —añadió Ghadi, en voz baja—. Ottlis sabía desde el principio cuál era su cometido. Me ha mantenido al corriente de su juego.

—Ya le he dicho que no juego a nada.

—Pues debería agradecer el poder demostrármelo —dijo Ghadi—. Ottlis le proporcionará todo lo que necesite y la acompañará a casa.

—No necesito su protección —dijo Arihnda, levantando la vista. Y pensar que había creído que aquel hombre era su amigo—. Ni su compañía.

—Lamento que esté dolida —dijo Ghadi—. Aunque me trae sin cuidado. Buenas noches, señorita Pryce. Volveremos a hablar. Muy pronto.

El trayecto hasta el apartamento fue muy tranquilo. Ottlis esperó a que hubiera abierto la puerta y entrado para marcharse rumbo a las luces y los letreros parpadeantes de la ciudad. Ninguno de los dos abrió la boca durante el viaje.

El apartamento estaba desierto. Juahir debía estar en el dojo o había quedado con quien le había sugerido la brillante idea de presentarle a Ottlis a su querida amiga Arihnda.

No importaba. Arihnda aún no estaba preparada para verla.

Cocinó la cena en modo piloto automático y se la comió de la misma manera. Después, se sentó frente a su ordenador, contemplando la pantalla e intentando pensar.

La habían metido dentro de una caja. Una caja muy estrecha e incómoda. Al menor indicio de intentar engañarlo, Ghadi la entregaría al DSI. Y, si Ottlis confirmaba los cargos, la condenarían en tiempo récord.

No tenía más opción que espiar a Cielos Altos. Pero si Driller realmente estaba espiando para alguien, a ese alguien no le gustaría nada encontrar a Arihnda metiendo las narices en sus secretos. Y si Driller no estaba espiando y Arihnda demostraba que no había ninguna campaña deliberada contra Ghadi, el moff podía terminar entregándola al DSI de todas formas, como advertencia para potenciales enemigos.

Era la misma caja en la que Ghadi la había encerrado antes. Probablemente creía que le volvería a funcionar.

Pero esta vez Arihnda estaba preparada.

Y le iba a salir muy caro.

Pasó la siguiente hora trabajando en el ordenador, buscando datos, investigando rumores e informes no oficiales, desenterrando pistas y registros financieros oscuros. Se pasó otra hora ordenándolo todo. En ese rato, llamó Juahir y le dijo que iba a una fiesta, que no la esperase despierta. Tampoco pensaba hacerlo.

Esperó a tenerlo todo bien empaquetado. Después, sacó su comunicador y marcó el número del sistema de Conexión Universal.

—Soy Arihnda Pryce —le dijo al droide que respondió a la llamada—. Quiero mandar un mensaje a un oficial de la marina que creo que está en Coruscant.

—¿Nombre?

Se preparó. Había llegado a la conclusión de que aquel oficial o era asombrosamente competente o tenía amigos muy poderosos. En cualquier caso, merecía la pena intentarlo.

—Thrawn. Comandante Thrawn.

. . .

Cuando Arihnda llegó, la estaba esperando en un reservado apartado del restaurante Gilroy Plaza, con la cara medio escondida por la capucha de su toga lisa, cubriéndole por completo sus ojos rojos. Lo primero que pensó ella fue que se había confundido de persona, pero al acercarse vio que llevaba unas gafas oscuras que revelaban un brillo leve.

—Señorita Pryce —la saludó, cuando llegó hasta la mesa—. Llega tarde.

—Perdone —se disculpó ella, mirando alrededor, mientras se sentaba frente a él. El restaurante estaba prácticamente desierto, los únicos otros clientes estaban en un reservado situado junto a una esquina de la barra. Aquello debía darles la suficiente intimidad—. Bonitas gafas. Con los ojos tapados, todo el mundo creerá que es un pantorano.

—Eso dicen —dijo Thrawn—. ¿Por qué me ha pedido que me reuniera con usted?

Arihnda lo miró detenidamente. Su cara era impasible, no revelaba nada.

—Estoy en un pequeño aprieto —dijo—. Creo que usted también tiene algún problemilla. Espero que podamos ayudarnos mutuamente.

Él inclinó la cabeza ligeramente bajo la capucha.

—Continúe.

—Esta tarde me han llevado a una reunión con un alto funcionario del gobierno —dijo ella—. Cree que el grupo de apoyo para el que trabajo intenta destruirlo. Quiere que los espíe para él y ha amenazado con entregarme al DSI bajo falsas acusaciones de espionaje si me niego.

—¿Lo cree capaz de hacerlo?

Arihnda frunció el ceño. Extraña pregunta.

—Muy capaz.

Thrawn asintió.

—Continúe.

—Eso es todo —dijo Arihnda—. Espero que me ayude a sacármelo de encima.

—Entiendo —dijo Thrawn—. ¿Con qué armas?

Arihnda parpadeó.

—¿Qué quiere decir?

—Seguro que no espera que lance un ataque con turboláser contra su oficina —dijo Thrawn, en un tono seco—. Por eso entiendo que cuenta con alguna otra arma que considera útil contra él.

Arihnda sonrió levemente. Era bueno, eso estaba claro.

—Así es —dijo, sacando su datapad—. Durante su perorata mencionó que una de sus minas había sido atacada recientemente. Investigué un poco y lo encontré. —Tecleó en el datapad y lo giró hacia él—. ¿Ve algo interesante?

Thrawn asintió.

—Doonio.

—Sí —dijo Arihnda—. Un filón considerable, que aparentemente nunca registró oficialmente. Parece que está vendiendo el doonio a la marina por canales oscuros, probablemente a precios inflados y sin pagar los correspondientes impuestos, eso sin duda.

—O quizá lo esté vendiendo a otros —dijo Thrawn.

—Es cierto que el mercado negro actual de ese metal produciría beneficios mucho más altos —dijo Arihnda—. En cualquier caso, nadie supo nada hasta que alguien lo descubrió y asaltó la mina. Le pregunté qué le habían robado, pero no me contestó. Apuesto a que fue parte del doonio.

—¿Y cree que su falta de franqueza es un arma que podemos emplear?

—Exacto —dijo Arihnda—. Pensé que, siendo usted amigo del coronel Yularen, se lo podría comentar discretamente.

—Supongo que quiere decir anónimamente.

Arihnda sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—En parte sí, al menos —dijo—. Es un pelín complejo. No quiero que nadie excepto Yularen sepa que se lo he contado yo. Pero él debe saberlo, porque quiero que sepa que yo le he dado ese dato, así me evito que me arresten y acusen de nada si resulta que alguien de Cielos Altos fue el ladrón.

Thrawn se la quedó mirando un instante desde detrás de sus gafas. Después, negó lentamente con la cabeza.

—Puedo explicárselo al coronel Yularen, pero no ahora.

Arihnda se lo quedó mirando.

—Porque cuanto más tiempo lo sepa, más fácil será que se enteren otros miembros del DSI —dijo Thrawn—. Incluso podría enterarse el íntimo amigo y aliado secreto de su funcionario corrupto.

—¿Cree que tiene un aliado en el DSI?

—Estoy convencido —dijo Thrawn—. Dice que la amenazó con enviarla a la cárcel por robo, pero su palabra no basta para compensar la ausencia de pruebas.

—¿Aunque sea la palabra de un alto oficial?

—Es a los altos oficiales precisamente a quien se encarga de vigilar el DSI —dijo Thrawn—. Solo con un aliado secreto podría tener la certeza de que las acusaciones contra usted no se analizarían minuciosamente.

—No lo entiendo —dijo Arihnda—. ¿Cómo puede estar seguro de que cuenta con alguien así?

—Dijo que le pareció muy capaz de acusarla —le recordó Thrawn—. Un guerrero no amenaza al enemigo con un arma descargada, si puede elegir. —Sacó la tarjeta del datapad y se la guardó en un bolsillo—. Me guardaré su información para el coronel Yularen, pero no se la daré hasta que crea que ha llegado el momento oportuno.

Arihnda tragó saliva. Podía entender la lógica de Thrawn, tenía sentido.

Pero si Yularen y el DSI no tenían nada contra Ghadi, no podría quitárselo de encima sola.

—¿Y si le dijera que estoy dispuesta a asumir ese riesgo?

—Yo no.

—¿Y si subo mi apuesta? —insistió Arihnda—. Usted entiende de estrategia militar, yo entiendo de política. Podría ayudarlo.

—Agradezco su oferta —dijo Thrawn—, pero no necesito ayuda.

—Puede que su asistente no piense lo mismo —dijo Arihnda—. El alférez Vanto. En tres años, usted ha pasado de teniente a comandante, mientras él sigue siendo alférez. ¿Por qué?

A pesar de las gafas, Arihnda pudo ver que entrecerraba los ojos.

—Cosas de militares.

—¿En serio? —replicó Arihnda—. Recuerde, yo estaba en el dojo cuando se enteraron de su ascenso. Se sintió decepcionado. Y resentido, creo. Aunque intentó disimularlo.

—¿Cómo lo sabe?

—Mantuvo una breve conversación con el coronel Yularen cuando les llegó la noticia. Usted se estaba batiendo con H'sishi, es probable que no los oyera, pero yo estaba lo bastante cerca para captar en líneas generales lo que decían. —En realidad, no había oído tanto como pretendía, pero había sondeado a Vanto mientras se preparaba para esta reunión y no le había costado demasiado encajar las piezas del rompecabezas.

Afortunadamente, las había encajado bien. Tras las gafas, Thrawn entrecerró los ojos.

—Los ascensos no deberían tener nada que ver con la política —dijo.

—Quizá no, pero lo tienen —dijo Arihnda—. Tal como lo veo yo, hay ciertos senadores y ministros a los que no cae muy bien. Es demasiado bueno para atacarlo directamente, así que buscan otras vías. Presionar al Alto Mando para impedir los progresos de su asistente es una de ellas. Colocar su nave la última de la cola para las reparaciones es otra.

Thrawn pareció enderezarse.

—¿Perdone?

—Oh, ¿no se había dado cuenta? —preguntó Arihnda—. Prácticamente una de cada dos naves que han de pasar por los astilleros han adelantado a la *Avispa Trueno* en la lista de espera. En definitiva, la mejor manera de garantizar que no eclipsa a la valiosa élite de funcionarios de los Mundos del Núcleo es evitar que salga de Coruscant y mantenerlo tan alejado como sea posible de batallas y conflictos.

—Interesante —dijo Thrawn—. Por supuesto que había notado que la *Avispa Trueno* estaba etiquetado como baja prioridad. Supuse que la cola de reparaciones se basaba en la premura con que las naves debían regresar a sus tareas de patrulla.

—Acierta, pero solo en parte —dijo Arihnda—. Solo le falta sustituir las naves por los capitanes que quieren, y los que no, de regreso a sus tareas. Seguro que lo entiende.

—Ya —susurró Thrawn—. ¿Cuenta con algún aliado capaz de cambiar eso?

—Tengo algunos contactos —dijo Arihnda, repasando rápidamente la lista de senadores y ministros con los que había tratado desde que trabajaba en Cielos Altos. Sin saber quién había detrás de aquellas represalias contra Thrawn, resultaba imposible adivinar cuál de ellos podría actuar a favor de él—, pero ninguno de ellos es realmente un aliado.

Thrawn se quedó callado un momento.

—Dígame, ¿a quién teme su alto funcionario del gobierno?

—No sé si teme a alguien.

—Entonces ¿a quién odia? Todo el que tiene poder teme u odia a alguien. O a algo.

Arihnda volvió a pensar en las palabras de Ghadi. Ahora que Thrawn lo mencionaba…

—Sí, odia a alguien —dijo.

—Pues ya tiene un enemigo y una amenaza contra ese enemigo —dijo Thrawn—. Eso le da dos vectores de ataque posibles. Uno es transformar la amenaza en un aliado y usarla contra su enemigo. La otra… —hizo una pausa e inclinó la cabeza hacia un lado—

es usar la amenaza como un elemento de presión contra su enemigo para convertirlo a él en su aliado.

—Entiendo —dijo Arihnda, mientras los pensamientos corrían por su cabeza. Visto así…—. ¿Alguna sugerencia sobre qué planteamiento sería mejor?

—Solo usted puede decidirlo —dijo Thrawn—. Debe considerar con qué armas y elementos de presión cuenta y qué planteamiento le ofrece mayores probabilidades de éxito. —Levantó un dedo en señal de advertencia—, pero recuerde que su nuevo aliado en ningún caso será un nuevo amigo. Su asociación se basará únicamente en el miedo o la necesidad. Miedo por lo que pueda hacerle o necesidad de lo que pueda ofrecerle. Si alguno de esos dos elementos pierden peso, también lo hará su posición.

—Entendido —dijo Arihnda—. Gracias, comandante. Creo que ya sé qué debo hacer.

—Una cosa más. —Los ojos medio ocultos de Thrawn la miraron con ardor—. Puede que su grupo de apoyo resulte ser más de lo que usted cree. Si necesita el apoyo y protección del coronel Yularen, quizá deba darles la espalda a sus amigos. ¿Está preparada para hacerlo?

Arihnda sonrió amargamente. Sus amigos. Driller, su jefe. Juahir, su compañera de piso. Las únicas dos personas en Coruscant a las que conocía bien. Las únicas personas en aquel planeta a las que había llamado «amigo» alguna vez.

—Por supuesto —dijo.

La oficina de Cielos Altos estaba vacía cuando llegó, al cabo de una hora. Tampoco había muchas probabilidades de que apareciera nadie por allí. Driller sabía que se había marchado a ver a Ottlis y seguro que se lo había explicado a Juahir. Probablemente verían el hecho de que Arihnda no hubiera vuelto a su apartamento como la prueba de que el guardaespaldas de Ghadi y ella habían pasado del entrenamiento de combate a otro tipo de actividad física.

Un año antes, la habría avergonzado algo tan evidente o grosero. Ahora apenas pensaba en ello. Y no le preocupaba.

Lo único que le interesaba era que disponía de toda la noche para trabajar sin temor a interrupciones.

Ya había amanecido cuando por fin hizo la llamada.

—Más vale que sea importante —le gruñó Ghadi—. Condenadamente importante. Estoy a punto de hacer azotar a Ottlis por haberme despertado y mejor no le digo lo que me gustaría hacerle a usted.

—Es importante —le aseguró Arihnda—. Tenía razón… Cielos Altos está vigilando a mucha gente importante. He encontrado los archivos.

—Por supuesto que tenía razón —dijo Ghadi, secamente—. ¿Y hay algún motivo por el que esta revelación no pudiera esperar a más tarde?

—Probablemente habría podido esperar —reconoció Arihnda—. Pero me pareció que querría ver cuanto antes el archivo sobre Tarkin.

Se produjo un breve silencio.

—¿Tienen un archivo sobre Tarkin? —preguntó, sin pizca ya de mal humor—. ¿Qué contiene?

—No lo sé —dijo Arihnda—. Está encriptado de manera distinta a todos los demás que he encontrado. Pero, si es como los que he podido leer, seguramente contiene muchos secretos. Cosas que Tarkin preferiría que nadie supiera.

—Perfecto —dijo Ghadi—. Sí, sin duda quiero esos archivos.

—Eso pensaba —dijo Arihnda—. Puedo ponerlo con el resto de los archivos que he encontrado. Solo quería asegurarme de que también quería este.

—No sea estúpida. ¿Tiene el arma que necesito para acabar con Tarkin y ha de preguntarme si la quiero? Métalo en una tarjeta de datos y tráigala a mi oficina. Inmediatamente.

—Sí, Su Excelencia —dijo Arihnda—. Aunque, como le he dicho, por el momento es ilegible. Si me da un poco de tiempo, quizá pueda descifrarlo.

—Limítese a traerlo —le gruñó Ghadi—. Yo lo descifraré. Ya veremos cuánto poder le queda al gran moff Tarkin cuando le haga comerse todos esos secretos.

—Muy bien, Su Excelencia —dijo Arihnda—. ¿Quiere el resto de archivos, también? ¿O prefiere esperar a que los haya descifrado?

—Me quedo con todo lo que haya encontrado sobre los demás moffs. Lo otro puede esperar —Masculló algo ininteligible entre dientes—. Tarkin.

—Ahora mismo se lo llevo —dijo Arihnda—. Cuando llegue a su oficina, ¿a quién le entrego la tarjeta de datos?

—Hum… buena observación —dijo Ghadi—. Sí, será mejor que me la traiga directamente a mí. —Le dio una dirección en la torre Halcón Blanco—. Ottlis la recibirá en la puerta, dele la tarjeta de datos. Désela solo a él.

—Sí, Su Excelencia —dijo Arihnda—. Ya voy para allá —Desactivó el comunicador.

Ya estaba hecho.

O, como mínimo, ya tenía hecha la mitad.

Pero le quedaba tiempo. Le quedaba mucho tiempo.

CAPÍTULO XVII

Existen tres maneras de acabar con un tusklan salvaje.

El cazador común recurre a una arma de largo alcance para disparar al animal. Cuando funciona, es un método rápido y eficaz. Pero si el primer disparo no alcanza un órgano vital, el tusklan se puede lanzar sobre su atacante antes de que este logre apuntar y realizar un segundo disparo.

El cazador sabio usa una arma de alcance más corto. Este método raramente produce la muerte de un solo disparo, pero el segundo, tercero o cuarto pueden servir. Sin embargo, si el alcance es demasiado corto, ningún disparo penetrará en los órganos vitales y el tusklan volverá a derrotar a su atacante.

El cazador más sutil no recurre a ninguna arma visible. Este induce a un millar de moscaguijones a atacar al tusklan por todas partes. Este método es lento y destruye el pelaje, pero el tusklan siempre termina muerto.

Y muere sin saber de dónde vino el ataque.

. . .

Eli suspiró al mirar la pantalla de navegación de la oficina de Thrawn. Un día más, otra crisis más.

Otra crisis menor en un mundo menor.

—¿De qué va esto, señor? —preguntó.

—Parece una disputa territorial, alférez —dijo Thrawn.

Eli apretó los dientes. «Alférez». Thrawn le había prometido que intentaría que le dieran el ascenso que ambos consideraban que se estaba demorando en exceso. Aunque, por el momento, seguía sin llegar.

Si al menos Eli supiera por qué.

Pensaba en aquel breve y remoto encuentro con la esbirra del moff Ghadi, Culper. Pensaba en ello muy a menudo. Entonces, no había hecho caso de sus amenazas de mantenerlo en lo más bajo del cuerpo de oficiales de la marina, convencido de que se trataba de una exageración para amedrentarlo.

Pero, como rezaba el viejo dicho, no vas de farol si tienes las cartas. Y estaba claro que el moff Ghadi tenía cartas de sobra.

Además, a pesar de toda su inteligencia militar, Thrawn no tenía la menor idea de cómo manejarse en el terreno político de Coruscant.

—En un bando está el clan afe de los nativos cyphari —continuó Thrawn—. En el otro, un grupo de colonos humanos de un enclave que se está echando encima del territorio afe. Los colonos aseguran que los afe han estado atacando sus asentamientos fronterizos y piden terrenos y una zona de seguridad que ocuparía cerca de la mitad de las

tierras afe, obligándolos a trasladarse a territorios controlados por otros cyphari. Los afes aseguran que llevan siglos viviendo en esas tierras y que sus ataques son en represalia a las infiltraciones y asaltos fronterizos de los humanos.

Eli reprimió otro suspiro.

—¿Y qué hacemos aquí?

—He solicitado este destino —dijo Thrawn—. Con ayuda y apoyo del coronel Yularen.

—Entiendo —murmuró Eli. ¿Y el apoyo del Emperador, también?

Posiblemente. El vínculo informal de Thrawn con Yularen no era algo frecuente entre oficiales de la marina y el DSI y Eli sospechaba desde hacía tiempo que la silenciosa mano del Emperador tenía algo que ver con aquella relación. Tenía sentido. Yularen podía suavizar el camino de Thrawn por los vericuetos administrativos y la enorme burocracia del Alto Mando, mientras Thrawn, por su parte, a menudo percibía detalles útiles para las investigaciones de Yularen, particularmente en el rompecabezas de Cisne Nocturno.

Pero aquel plan y los beneficios que implicaba no habían pasado desapercibidos a otros miembros de la marina. Eli había detectado miradas al pasar y las comunicaciones formales con la *Avispa Trueno* solían contener matices de resentimiento o envidia.

Thrawn, naturalmente, parecía notar solo los beneficios.

—Mira —dijo Thrawn, haciendo girar la pantalla de su escritorio—. Dime qué ves.

Eli se inclinó para mirar. Era un sumario de los registros de transporte del planeta durante los últimos seis meses, mostrado junto al tipo de cargamentos desglosados. Les echó un vistazo, clasificando, sumando y analizando automáticamente…

Sonrió levemente.

—Marisco.

—Exacto —dijo Thrawn—. El volumen de exportaciones de marisco prácticamente se ha duplicado en los últimos cuatro meses.

—¿Cuándo se inició la disputa territorial?

—La disputa venía empeorando desde hace el doble de ese tiempo —dijo Thrawn—, pero la reciente escalada de incidentes fronterizos sí que se produjo en esas fechas. La petición de auxilio a Coruscant llegó un mes después.

—Los humanos tienen metales preciosos y quieren pasarlos de contrabando —dijo Eli, elucubrando—. Posiblemente porque hace ocho meses descubrieron un nuevo filón. —Miró fijamente a Thrawn—. ¿Bajo territorio afe?

—Ese es el motivo más probable de la toma repentina de tierras afe por parte de los colonos.

—Estuvieron entretenidos con en el contrabando durante un tiempo —continuó Eli—. Después alguien contactó con Cisne Nocturno. Este les enseñó a hacerlo mejor, empezaron a pasar el excedente dentro de marisco y decidieron que querían mejor acceso al filón. —Negó con la cabeza—. Es un poco chapucero. Alguien tan listo como el Cisne Nocturno habría usado alguna técnica nueva, en vez de repetirse.

—Vamos —dijo Thrawn, con cierto tono de reproche—. ¿No reconoces una invitación cuando te la ponen ante las narices?

Eli volvió a mirar la lista del transporte.

—Es bastante audaz. Y bastante estúpido. La última vez se salió con la suya por los pelos. Lo más lógico sería que hubiera entendido que le conviene dejarlo cuando aún tiene ventaja.

—Ah, pero ¿la última vez se salió con la suya? —replicó Thrawn—. Estamos de acuerdo en que ganó en Umbara, pero no sabemos realmente cuántas veces podemos habérnoslas visto con él en los últimos meses. De hecho, solo podemos atribuirle las operaciones que rubrica.

—No había pensado en eso.

—Yo sí —dijo Thrawn, su voz se hizo oscura y reflexiva—. Puede que no lo hayas notado, pero parece que este tipo de incidentes están creciendo por todo el Imperio. Ha habido un aumento en el contrabando, lo que le quita a Coruscant el dinero de los aranceles. También ha aumentado el robo de metales como el doonio, justo cuando el Imperio está intentando hacerse con la mayor cantidad posible de ese metal. Ya ha habido disputas como esta, en ocasiones entre pueblos de un mismo mundo y otras entre sistemas vecinos, y estas disputas siempre acaparan la atención y gastan recursos militares. Y, lo que es más inquietante, cada vez hay más disturbios y revueltas.

—¿Y cree que Cisne Nocturno está tras ellas?

—¿De todas? —Thrawn negó con la cabeza—. No. De momento, todos estos disturbios son espontáneos. Cisne Nocturno no es una siniestra copia del Emperador que dirige un ejército que cada vez tiene más desafectos. Aunque tampoco tengo la menor duda de que Cisne Nocturno ha tenido algo que ver con algunos de esos incidentes. Y sospecho que, en muchos, logró lo que se proponía.

—Fuera lo que fuera —mascculló Eli—. Y ahora nos invita a esta. Me alegro de que hayamos podido encontrarle un hueco en nuestra agenda.

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Veamos qué nos ha preparado esta vez.

. . .

—No alcanzo a entender el propósito de esta reunión, comandante —dijo el alcalde Pord Benchel. *«Su expresión es tensa, los músculos de su garganta también están contraídos. Su voz transmite resentimiento y frustración»*—. No nos ha preguntado nada que no aparezca en los informes y declaraciones juradas que enviamos a Coruscant. ¿Los ha leído?

—Sí —dijo Thrawn—. El propósito de esta reunión es conocerlos personalmente. A usted y al resto del comité para la resolución del conflicto.

—No es un comité para la resolución de un conflicto —dijo Lenora Scath. *«Su expresión contiene ira, y su voz también»*—. Es un comité por la justicia. Somos nosotros los que estamos siendo atacados, comandante, no los cyphari.

—Los informes sugieren que eso es discutible —dijo Thrawn—. De ahí el plazo que les he concedido.

—No serán en nuestros informes —replicó Brigte Polcery. «*Su expresión y voz contienen ira*»—. Ni en ninguno al que nadie en su sano juicio pueda dar credibilidad.

—¿Sugiere que no estoy en mi sano juicio? —preguntó Thrawn, serenamente.

—No, por supuesto que no —dijo apresuradamente Polcery. «*Su ira disminuye, remplazada por la cautela*»—. Solo digo que no se puede fiar de los mentirosos de los cyphari. Ese clan suyo supone que todos repitan siempre lo que mismo que dice su líder.

—Entiendo —dijo Thrawn—. ¿Coincide con eso, señor Tanoo?

—¿Disculpe? —preguntó Clay Tanoo. «*Su lenguaje corporal sugiere sorpresa y nerviosismo*».

—Le pregunto si coincide en que no podemos creer a los cyphari.

—Oh —Tanoo miró a los demás—. Sí, por supuesto. Son un clan. Ya sabe.

—Eso me han dicho —dijo Thrawn—. Fuentes fiables —«*Sus expresiones cambian. Benchel y Scath dudan de si lo que acabo de decirles es ofensivo. Polcery y Tanoo están seguros de que lo es. Algunas de las más setenta y tres personas reunidas en la sala de conferencias muestran emociones parecidas. La mayoría solo están nerviosos o asustados. Los del fondo de la sala probablemente están demasiado lejos para oír la declaración. Las paredes de la sala están cubiertas de estandartes con representaciones de su vida en Cyphar. Los dibujos hablan de las privaciones y la determinación de su pasado y de sus esperanzas para el futuro. En esas imágenes se ve la trama de estrechos vínculos familiares y su desconfianza ante toda autoridad externa*»—. Gracias. Pueden volver a sus actividades.

—Gracias, señor —dijo Benchel—. ¿Podemos saber qué ha decidido?

—Apenas he tenido tiempo de tomar decisión alguna, alcalde Benchel. Ahora debo ver personalmente el terreno en litigio.

—No se lo recomiendo, comandante —dijo Polcery—. Los cyphari han amenazado con atacar a cualquiera que entre en sus tierras sin autorización.

—Eso he oído —dijo Thrawn—. Por suerte, me ha invitado el jefe Joko de los afe.

«*Las reacciones en sus expresiones y lenguaje corporal son fugaces pero significativas*».

—Bueno, le deseo suerte —dijo Benchel—. De todas maneras, le recomiendo que lleve un guardaespaldas.

La lanzadera despegó al cabo de tres minutos.

—¿Qué conclusiones extraes, alférez Vanto? —le preguntó Thrawn.

—No estoy del todo seguro, señor —dijo Vanto, pensativo—. El alcalde Benchel parece el candidato más claro… es histriónico y apasionado, y es el que más habló. Pero creo que es demasiado ruidoso.

—¿Y de los demás?

—Scath y Polcery, quizá. Puede que Tanoo, pero me parece un poco lento de reflejos y corto de entendederas. No veo a Cisne Nocturno confiándole secretos importantes.

—Olvidas que la conspiración ya se había iniciado cuando Cisne Nocturno irrumpió en escena —dijo Thrawn—. Quizá no pudo elegir a los participantes. ¿Alguno más?

—No he visto nada en los otros diez miembros del comité. A simple vista, me han parecido colonos comunes que se han visto atrapados en los acontecimientos o que tal vez han sido manipulados para que crean a pies juntillas todo lo que les dicen. Y lo mismo se puede decir de los espectadores.

—Así es —dijo Thrawn—. Enhorabuena, alférez. Tus habilidades han mejorado notablemente.

—Gracias, señor —dijo Vanto, secamente—. ¿A quién me dejo?

—A nadie —dijo Thrawn—. Scath, Polcery y Tanoo están implicados en la conspiración, no hay duda. El alcalde Benchel, como has deducido, es uno de los engañados. ¿Alguna otra idea o conclusión?

—Aún no, señor —dijo Vanto.

—Tenemos tiempo —le aseguró Thrawn—. Sigue estudiando. Volveremos a hablar tras la reunión con el jefe Joko.

Eli había realizado un estudio rápido de los cyphari durante el viaje en la *Avispa Trueno* y la imagen que se había podido hacer del aspecto de los nativos era la de una especie de grandes insectos palo, con hocicos rodianos y nítidas franjas de pelaje corto y rojo.

Y resultaron ser exactamente así.

—No sé qué decirle, comandante Thrawn —dijo el jefe Joko, con una voz a la vez rasposa, quejosa y melodiosa. Una combinación interesante que Eli no había encontrado nunca antes—. Los informes de mi clan son verídicos y minuciosos. Los humanos del enclave Hollenside han cruzado la frontera repetidas veces, para robar y sabotear nuestras cosechas y atacar o quemar nuestras granjas. —Echó un largo brazo hacia atrás y tocó la pared interior del templo cónico al que había invitado a los imperiales—. Una vez quemaron incluso una casa.

—Menos mal que no fue el templo del clan —dijo Thrawn, echando un buen vistazo a la estructura y las docenas de dibujos que la decoraban—. Esta estructura contiene gran parte de la cultura e historia del clan afe.

—Así es —dijo Joko—. No muchos imperiales notarían algo así. Y muy pocos lo apreciarían.

—Es posible. ¿Se enfrentaron a los atacantes?

—En tres ocasiones nuestros centinelas impidieron la incursión antes de que los invasores hubieran entrado en nuestras tierras —dijo Joko—. En dos de ellas los centinelas fueron atacados.

—¿Resultaron heridos o muertos?

—Ocho fueron heridos —dijo Joko—. No murió ninguno.

—Menos mal —dijo Thrawn—. Esperemos poder resolver esto antes de que debamos lamentar ninguna muerte. —Terminó su inspección visual del templo y volvió a concentrarse en Joko—. Deje que repasemos la versión contraria. Me comentan que miembros del clan afe también han cruzado la frontera con el enclave Hollenside.

—Quedarnos de brazos cruzados, no responder, es una forma de incitar más ataques —dijo Joko, aplanando su hocico—. Sí, hemos cruzado la frontera. Sí, hemos causado daños iguales a los que hemos padecido, pero nunca hemos atacado a los humanos en sus tierras.

—¿No se enfrentaron a los centinelas humanos?

—Claro —dijo Joko, mientras su hocico se volvía a enroscar y las puntas de su pelaje adquirían un leve tono anaranjado—. Pero solo disparamos para distraerlos. No teníamos intención de herir o matar a nadie.

Eli recordó que los informes del alcalde Benchel no decían eso. Según este, varias de las guardias improvisadas en el enclave habían recibido disparos y habían sufrido heridos entre sus filas. Y, si Thrawn tenía razón y Benchel no formaba parte de la conspiración, el alcalde no tenía motivo ninguno para mentir sobre aquello.

Siempre que no le hubieran mentido a él. En ese caso, sus informes podían carecer de toda validez.

Eli suspiró para sí mismo. Thrawn conseguía que todo pareciera tan sencillo.

—Me gustaría ver dónde se produjo la primera de las incursiones —dijo Thrawn—. ¿Quiere asignarnos un guía para que nos acompañe hasta allí en nuestra lanzadera?

—No necesitará lanzadera ni guía —dijo Joko, desplegándose de su posición sentada como tirabuzón que se desenroscaba—. Está cerca de aquí. ¿Me acompañan?

—Por supuesto —dijo Thrawn, levantándose. Eli, desprevenido, se puso de pie con ciertas dificultades—. Qué suerte que las incursiones se produjeran tan cerca del templo del clan.

—La fortuna no tiene nada de azaroso —dijo Joko, ensanchando el hocico—. Esperaba que me lo pidiera —Abrió los brazos para señalar el templo—. El templo del clan es portátil. Venga, se lo mostraré.

• • •

—Es aquí —dijo Joko. *«Se detiene al borde de un campo de cereales secos»*—. Aquí entraron los humanos por primera vez en territorio afe, cuando el grano estaba maduro y sin cosechar.

Thrawn miró el campo, preguntándose qué aspecto tendrían aquellas plantas en plena floración. En aquel momento, apenas había nada que ver.

Se volvió para mirar el templo del clan, un centenar de metros por detrás de ellos. Su forma y estructura seguían las pautas de los dibujos que había visto en las paredes del interior.

Pautas y conexiones. En definitiva todo se reducía a eso. Los patrones y conexiones en la naturaleza; los patrones y conexiones en los artefactos; los patrones y conexiones en la guerra.

Los patrones de los humanos y de los contrabandistas humanos. Los patrones de los afe y sus defensas. Los patrones de Cisne Nocturno.

¿Cuál era el patrón allí?

—¿Los aerodeslizadores suelen pasar por aquí? —preguntó.

—Normalmente no —dijo Joko—. A veces alguna nave va del enclave humano al asentamiento twi'lek.

—¿Hay alguna foto del terreno hecha por esas naves?

—No, que yo sepa —dijo Joko. «*Se toca la piel junto a los ojos*»—. Nosotros vemos la tierra con nuestros propios ojos. —«*Señala hacia arriba*»—. No necesitamos verla desde las nubes.

—Toda la información y todos los puntos de vista son útiles —dijo Thrawn—. Alférez Vanto, por favor, calcule la ruta más posible.

—No es necesario —dijo Joko. Se sacó una pequeña caja plana del fajín y la activó.

A diez metros de ellos apareció un holomapa vertical enorme de la zona, de unos veinte metros cuadrados. Joko tocó la caja y el mapa se amplió.

—Hay dos grandes ciudades con transporte aéreo —dijo, señalando el holomapa. Volvió a teclear en la caja y el mapa se amplió en la zona en que estaban—. Ninguna ruta pasa por aquí.

—Sí, ya veo —dijo Thrawn. Examinó el holomapa, después las tierras de cultivo y de nuevo el holomapa. El campo de cultivo debía ser claramente visible desde un aerodeslizador, aunque aquella zona concreta quedaría en los márgenes de su visión.

Un aislamiento limitado que ofrecía una intimidad también limitada. Quizá antes de la cosecha se había podido ver algo que ahora ya no era visible.

—Alférez, quiero una lista de todos los que han hecho esta ruta en el último año. Jefe Joko, ¿alguno de los afe notó algo raro en la cosecha de este campo? ¿Hubo que desechar parte del cereal por plagas o malformaciones?

—Algunas plantas murieron en el campo —dijo Joko—. En este campo es algo habitual. Pero es muy fértil y el agua abunda, por eso lo seguimos cosechando.

—Sí. —Se veían unos tallos más cortos y finos que el resto, formando un pasadizo sinuoso de cuatro metros de ancho, desde el límite hasta el centro del campo—. ¿Los daños se produjeron en esa parte del campo?

—Sí. —«*Joko lo mira, con el torso inclinado hacia delante, como si quisiera colocar sus ojos a la altura de los del imperial*»—. Los tallos inclinados son síntoma de un desarrollo inapropiado. Tiene muy buena vista, comandante Thrawn.

—¿Su mapa incluye los lugares de los ataques humanos en territorio afe?

Joko hizo unos ajustes en la caja. El mapa volvió a ampliarse. Otro toque a los controles y aparecieron una docena de puntos rojos parpadeantes. Todos ellos al norte del campo en que estaban los imperiales en aquel momento.

—Los más recientes aparecen de rojo más oscuro.

—¿Y sus contraataques contra los humanos?

Aparecieron cuatro puntos azules, aproximadamente frente a los puntos rojos más septentrionales.

—Somos muy resistentes a los padecimientos —dijo Joko—. Pero algo teníamos que hacer.

—Es comprensible. —Patrones. Y aquel patrón empezaba a asomar—. Esta noche van a vigilar algunos de sus pueblos, ¿dónde van a apostar a sus centinelas?

«Joko se pone bien recto».

—¿Por qué lo pregunta?

—Creo que puedo prever el plan de los conspiradores humanos para esta noche —dijo Thrawn—. Quiero ver cómo se despliegan para ajustar mis planes.

«Joko queda en silencio unos segundos, después toca el mando. Aparecen tres puntos amarillos en el mapa, uno ante el punto rojo más septentrional, los otros dos aún más al norte».

—Cada vez son más descarados y se acercan más a nuestras principales ciudades —dijo—. Vamos a hacer guardia en ellas preventivamente. También mantendremos guardias en la reserva para seguirlos hasta su guarida y atraparlos.

—Sí. —Aquel despliegue encajaba con la pauta que indicaban los dibujos del templo. Una pauta que los conspiradores también conocían, con todos los años que las dos especies llevaban conviviendo—. Permítame dos sugerencias. Primera, no reserve ningún guardia para la persecución. Despliéguelos a todos solo para proteger sus pueblos.

—¿Nos niega el derecho a responder?

—Creo que sus atacantes quieren atraerlos para que crucen la frontera y así poder asegurar que han invadido su enclave —dijo Thrawn—. Si se quedan en su territorio, no les dará esa arma.

—Pero las pruebas demostrarán que ellos atacaron primero —dijo Joko—. No tenemos intención de causar daños. Solo queremos identificar a los invasores.

—Da lo mismo, les sugiero que se contengan.

—¿Hasta cuándo, comandante Thrawn? —«*Las puntas del pelaje de Joko se tornan fugazmente amarillas*»—. ¿Hasta cuándo quiere que agachemos la cabeza ante el enemigo?

—Esta noche terminará todo.

Joko desvió la vista hacia Vanto, después hacia cada uno de los cinco soldados de asalto que los escoltaban y finalmente de nuevo hacia Thrawn.

—¿Esta noche?

—Esta noche. Le ofrezco mi escolta para que la despliegue como desee en la defensa de sus pueblos. Sepa que sus blásters estarán en modo aturdidor. No van a matar a nadie.

—Pero algunos de esos humanos son criminales.

—Cuando se demuestre su culpabilidad, se las verán con la justicia imperial —dijo Thrawn—. Hasta entonces, no quiero muertos.

—Justicia imperial —«*La voz de Joko y su lenguaje corporal transmiten desdén*»—. Muy bien, comandante Thrawn. Le tomo la palabra. Por ahora. ¿Piensa volver a su nave?

—No —dijo Thrawn—. El alférez Vanto y yo pasaremos la noche aquí.

—¿En nuestro mundo?

—Aquí mismo, donde estamos —dijo Thrawn—. ¿Puede dejar el templo donde está actualmente para que lo usemos?

—¿Por qué?

—Quiero ver las cosechas bajo la luz de la luna. A veces ese espectro distinto permite descubrir alguna pista.

—No va a encontrar nada —dijo Joko—. Pero le dejo el templo. Haga lo que quiera.

—Gracias —dijo Thrawn—. Y mi última petición, sé que mucha de su gente vive en esta zona, pero les pido que se marchen por esta noche.

—¿Todos?

—Todos —le confirmó Thrawn—. Pueden subir a las colinas o cruzar al otro lado del río, pero deben abandonar la zona todos.

—Pero será un fastidio —dijo Joko—. Van a necesitar cobijo y provisiones. Hay muchas familias con niños pequeños.

—Será solo por esta noche —dijo Thrawn—. Seguro que la gente del clan afe puede soportar una noche dura a cambio de recuperar sus tierras.

—¿Puede prometer que la solución será así de rápida?

—Le prometo justicia imperial —dijo Thrawn—. Evacué a su gente de aquí. Le avisaré cuando puedan volver sin peligro.

Al cabo de cinco minutos, los soldados de asalto y los afe se marcharon, los primeros en la lanzadera de la *Avispa Trueno*, los segundos en los viejos deslizadores terrestres del clan.

—¿Alférez? —dijo Thrawn.

—Piensa que los conspiradores van a venir esta noche aquí —dijo Vanto—. Probablemente en tropel.

—¿Por qué?

—Porque creen que va a favorecer a los afe y bloquear su acceso al mineral —dijo Vanto—. Esta puede ser su última oportunidad y querrán explotarla al máximo.

—Muy bien —dijo Thrawn. El razonamiento de Vanto era ligeramente imperfecto, pero su conclusión era acertada—. Si conocieran la justicia imperial no esperarían una decisión rápida, pero una investigación prolongada sin duda terminaría atrayendo la atención a esta región, lo que les impediría volver por aquí sin ser vistos.

—Ah —dijo Vanto, perdiendo algo de su confianza previa—. Entiendo.

—Pero tu conclusión respecto al asalto sigue siendo válida —dijo Thrawn—. ¿Qué conclusiones sacas de los tallos torcidos?

—Intoxicación por metales pesados —dijo Vanto, recuperando la confianza—. Eso implica que el mineral está cerca de la superficie. Es extraño que nadie lo descubriera antes.

—Hay otras minas más grandes que satisfacen las necesidades metalúrgicas del planeta —dijo Thrawn—. Es posible que no les salga a cuenta explotar un filón de estas dimensiones.

—A no ser que se sea un grupo de unas diez o veinte personas atraídas por los posibles créditos fáciles.

—Sí. ¿Has notado la pauta de los ataques humanos?

—Cada vez avanzan más hacia el norte —dijo Vanto—. Aproximándose a los principales centros de población. Supongo que intentan provocar una reacción más contundente por parte de los afe.

—Sí —dijo Thrawn—. Se han dado cuenta de que la respuesta habitual de los cyphari a ese tipo de ataques es defender el último lugar atacado y los dos siguientes en esa ruta potencial. Los conspiradores buscan dos cosas, alejar la atención de aquí para que sus extracciones sigan pasando desapercibidas y provocar un ataque afe que cause pérdidas de vidas humanas.

—¿Quieren que los afe maten a alguien? ¿Solo para poder defender mejor su caso en Coruscant?

—En parte —dijo Thrawn—. Lo más importante es que los valores de los afe los llevarán a recular avergonzados y a sentirse culpables, lo que los dejará en desventaja para futuras negociaciones.

—Por eso aconsejó a Joko que no cruzasen la frontera —dijo Vanto, asintiendo—. Aunque no quieran matar a nadie, pueden obligarlos a hacerlo. ¿Y todo eso lo ha deducido a partir de las pinturas del templo?

—Sí.

—Ojalá pudiera enseñarme a hacerlo —dijo Vanto, con pesar—. Si esperamos compañía, ¿no deberíamos hacer venir a más soldados de la marina o de asalto?

—Basta con nosotros dos —dijo Thrawn—. No esperan encontrarse con ningún problema.

Vanto sonrió con siniestra expectación.

—No —coincidió—. Me atrevo a decir que no.

CAPÍTULO XVIII

Existen muchos mitos e historias sobre los chiss. Algunos son exactos; a otros los han erosionado las fuerzas hermanas de la distancia y el tiempo.

Pero un hecho se ha mantenido siempre constante: a los chiss debes abordarlos desde una posición de fuerza y respeto. Uno debe ser fuerte, porque los chiss solo tratan con aquellos capaces de cumplir sus promesas. Uno debe mostrar respeto, porque los chiss deben dar credibilidad a esas promesas.

Surgirán muchas diferencias culturales, y el guerrero que trate con un chiss deberá ser cauteloso con ellas. Pero jamás debe cometer el error de creer que la tolerancia es lo mismo que la aceptación o que todas las posturas son igual de válidas. Hay cosas en el universo que son simple y llanamente malas. Un guerrero no intenta entenderlas ni negociar con ellas. Se limita a intentar ponerles fin.

. . .

Eran tres deslizadores terrestres descapotados, con nueve hombres y tres mujeres en total. Eli y Thrawn observaron desde la puerta del templo cómo los intrusos conducían con cautela hasta la ristra de tallos dañados, abriéndose paso entre los cereales. Los vehículos se fueron deteniendo uno a uno, dispersados por aquel pasadizo a intervalos de veinte metros. Los saqueadores desmontaron, se dispersaron y se pusieron manos a la obra.

Eli esperaba que los tres conspiradores que Thrawn había identificado en la reunión estuviesen presentes. Descubrirlos con las manos en la masa facilitaría presentar cargos, sin duda. Pero solo estaba el nervioso Tanoo.

Aun así, el hecho de que los deslizadores terrestres se hubieran metido en el campo, sin preocuparse aparentemente por los daños visibles que dejaban en los tallos de cereal, indicaba que Thrawn tenía razón al pensar que aquella iba a ser su última incursión durante una temporada. Lo que, probablemente, implicaba que todos los que no estaban participando en los asalto de distracción estaban allí.

Y con los soldados de asalto de Thrawn apoyando a los afe, los asaltantes no podrían lanzar los ataques relámpago que deseaban.

De hecho, era probable que todos terminasen capturados. Si Eli y Thrawn eran capaces de detener también al grupo que tenían delante, los imperiales podían acabar con la conspiración aquella misma noche.

Sin duda no iban a faltarles pruebas. Cada uno de los saqueadores llevaba dos largas bolsas cilindricas atadas a la cintura, de unos quince centímetros de diámetro, que arrastraban por el suelo. Caminaban enérgicamente por sus partes asignadas del filón de mineral, excavando la tierra con palas pequeñas y guardándose sus tesoros en las bolsas.

—Interesante —murmuró Thrawn—. Tanoo no cava.

Eli enfocó sus electrobinoculares. Thrawn estaba en lo cierto. Tanoo iba de un excavador a otro, haciendo pruebas con un sensor manual al material extraído.

—¿Comprueba la calidad del mineral? —sugirió.

—Puede —dijo Thrawn, en tono pensativo—. Busca su historial. Quiero una lista de los campos que domina.

—Sí, señor —Eli bajó los electrobinoculares y sacó su datapad. Ya habían mirado los perfiles de los tres conspiradores conocidos y habían descubierto que Tanoo aparecía como especialista en genética vegetal. Buscó el archivo y lo ojeó.

Frunció el ceño cuando algo llamó su atención.

—Su educación secundaria fue en química orgánica.

—¿Ha sido arrestado o acusado de algún crimen?

—Aquí no aparece nada —dijo Eli. Se le ocurrió algo y lo buscó—. Tanoo no fue detenido, pero su hermano mayor fue detenido por… —Se quedó callado, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta al leer el resto de la documentación—. Su hermano mayor fue detenido por posesión de especia. En concreto, una rara variedad conocida como scarn, que se forma bajo campos de cereales.

Thrawn volvió sus brillantes ojos rojos hacia él.

—¿Campos de cereales como este?

—Sí —dijo Eli, notando el regusto de la bilis en su boca. La especia, en cualquiera de sus docenas de variedades, era una plaga galáctica. Una droga espantosamente adictiva que llevaba a sus víctimas a mentir, robar, asaltar y asesinar para conseguirla—. Es una sustancia previa a la especia, de hecho. Parece que hay que refinarla y manipularla químicamente para convertirla en auténtica scarn.

—Muéstrame el método.

Eli buscó el archivo y le pasó su datapad a Thrawn. Este dedicó unos minutos a leer en silencio. Después le devolvió el datapad y sacó su comunicador.

—Al habla el comandante Thrawn —dijo, en voz baja—. ¿Las lanzaderas y soldados de asalto que solicité están listos para volar? Bien. Mándenlos a esta ubicación para recoger unos prisioneros. Añada al teniente Gimm a la escolta de los TIE. Despeguen en cuanto puedan. —Recibió respuesta afirmativa y se guardó el comunicador en el cinturón.

Eli hizo unas cuentas rápidas. Normalmente, el tiempo de preparación y de viaje haría que las lanzaderas aparecieran al cabo de unos cuarenta minutos. La previsión de Thrawn de tenerlas listas para despegar reducía el tiempo a la mitad.

—¿Cuántos soldados de asalto vienen?

—Veinte —dijo Thrawn—. No sabía las dimensiones de la conspiración cuando di las órdenes.

—Siempre es mejor prevenir que curar —coincidió Eli. Y veinte soldados de asalto era un prevención muy cautelosa—. ¿El teniente Gimm es uno de los nuevos pilotos de TIE?

—Sí —dijo Thrawn—. El mejor que tenemos ahora mismo.

Eli frunció el ceño. Allí, en terreno de los cyphar, no se necesitaba un gran piloto para realizar una misión secreta. ¿Esperaba Thrawn resistencia en forma de aerodeslizadores enemigos?

Se planteó preguntarlo, pero decidió que era más sencillo esperar a verlo con sus propios ojos y volvió a enfocar sus electrobinoculares hacia los excavadores.

Avanzaban a buen ritmo. Las largas bolsas que arrastraban tras de sí empezaban a llenarse. Cuando llegaran los soldados de asalto quizá ya estuvieran listos para huir al otro lado de la frontera.

—¿Qué es eso? —dijo una voz lejana, desde el otro lado del campo vacío.

Eli se estremeció. Siempre que no se asustasen y huyesen antes, claro.

Se concentró en Tanoo. Este estaba mirando hacia el cielo nocturno, sacando unos electrobinoculares civiles de una bolsa de su cintura. Se los acercó a los ojos…

—Ajústalo al modo aturdidor —dijo Thrawn en voz baja, sacando su bláster—. Yo iré cien metros a la derecha y me colocaré tras esa piedra que marca la posición de la frontera.

—Entendido —dijo Eli. Miró al otro lado del campo y encontró la piedra.

—Tú quédate aquí —continuó Thrawn—. Yo me ocuparé de los deslizadores, tú encárgate de los asaltantes. Asegúrate de que no escape ninguno.

—Entendido —repitió Eli. Doce contra dos. Y los doce asaltantes llevaban blásters. Esperaba que Thrawn lo hubiera tenido todo en cuenta—. ¿Atacamos a la vez o lanza el primer ataque uno de los dos?

—Yo empezaré —dijo Thrawn—. Ya sabrás cuando abrir fuego.

Eli frunció el ceño.

—¿Lo sabré? ¿Cómo voy a…?

Pero Thrawn ya había desaparecido en la oscuridad.

Eli maldijo para sí. Genial. Apoyó un lado de su bláster contra el marco de la puerta del templo, rogando no haber olvidado las clases de tiro de la Academia.

—¡Son lanzaderas Lambda! —dijo Tanoo, con inquietud y casi en un aullido—. Hay dos. Todos a los deslizadores. Vamos, vamos, vamos.

—Oh, relájate —gruñó alguien, desdeñosamente—. Probablemente solo es ese estúpido imperial que vuelve con la cena o algo así.

Apenas había acabado de decirlo cuando Thrawn abrió fuego.

Su primer disparo atravesó el chapado oxidado del deslizador más retrasado de los tres, volando el repulsor trasero de estribor. Tras un chirrido metálico, la parte delantera del vehículo salió disparada hacia arriba cuando aquella esquina chocó contra el suelo.

Los asaltantes más cercanos se estremecieron como si hubieran pisado una placa estática. Eli apretó los dientes, preguntándose si había llegado el momento de intervenir. Antes de poder decidirlo, Thrawn volvió a disparar, volando el mismo repulsor del siguiente vehículo de la fila.

Aquello fue suficiente para Tanoo. Bramó algo incomprensible y se lanzó al tercer deslizador, el que tenía más cerca, e intentó llegar a la frontera.

Pero debido a los dos vehículos inutilizados bloqueándole el paso y a los tallos más altos y robustos de cereal a ambos lados oponiendo resistencia a su avance, estaba teniendo serias dificultades para progresar. Aunque insistía, arremetiendo contra el cereal, apenas ganaba unos centímetros con cada acometida.

El resto de los asaltantes no se pusieron tan histéricos. Corrieron hacia los vehículos inutilizados, arrastrando sus largas bolsas tras ellos, desenfundaron sus blásters y dispararon hacia el escondite de Thrawn sin aminorar el paso. Eli se puso tenso, pero estaban corriendo y ninguno parecía particularmente bueno con sus armas, todos los disparos salían desviados. Los saqueadores se pusieron a cubierto tras los deslizadores terrestres y se arrodillaron, agachándose cuando Thrawn cambió a un patrón de fuego rápido pensado para inmovilizar al enemigo. Los saqueadores respondieron asomando la cabeza alternativamente para dispararle.

Y, mientras los dos bandos tomaban posiciones para la batalla, Eli se dio cuenta de que los asaltantes estaban ahora en su campo de visión. Mejor aún, al estar apiñados contra los deslizadores terrestres y de rodillas, no solo estaban inmóviles sino que además tenían una capacidad de movimiento o evasiva limitada.

Eli sonrió levemente. Thrawn tenía razón, sí que había sabido cuando debía disparar.

Apuntó su bláster a los primeros dos y apretó el gatillo.

El ajuste aturdidor ofrecía un rango más amplio que el del fuego de bláster estándar, permitiendo abatir a dos saqueadores a la vez. Con la atención centrada en Thrawn y sus disparos, más ruidosos y peligrosos, los saqueadores perdieron seis miembros por el ataque de Eli hasta que detectaron la nueva amenaza. Instantáneamente, desviaron sus disparos hacia el templo, obligándolo a lanzarse hacia un lado para evitar que le dieran. Cayó al suelo sobre su hombro izquierdo, todo su cuerpo dio una gran sacudida y perdió su blanco momentáneamente.

Pensándolo bien, había sido una maniobra equivocada. Hasta aquel momento su posición había sido un tanto difusa, ahora estaba a campo abierto. Los disparos acribillaron el templo y el terreno colindante, mientras huía a cuatro patas y tan rápido como podía hacia otra piedra limítrofe situada a la izquierda del templo.

Cuando llevaba cinco metros de huida, se dio cuenta que debería haber tomado la dirección contraria, cruzando la línea defensiva de los asaltantes, para intentar llegar hasta Thrawn. Juntos podrían haber unido esfuerzos para contener a sus oponentes hasta que llegasen los refuerzos de la *Avispa Trueno*.

Pero era demasiado tarde. Maldijo entre dientes y siguió adelante, encogiéndose cada vez que un disparo volaba sobre él o chisporroteaba en el suelo, cerca de él.

Y entonces, de repente, se hizo el silencio.

Eli se detuvo con cautela. Seguía reinando el silencio. Con más cautela aún, levantó la cabeza.

Los hombres y mujeres que le habían estado disparando estaban tirados en el suelo, al lado de sus deslizadores terrestres. Junto a ellos, Thrawn apuntaba su bláster a Tanoo, que seguía encallado entre el cereal.

Eli se sintió como un estúpido, se levantó, se limpió el polvo lo mejor que pudo y fue hacia su comandante.

—Buen trabajo, alférez —dijo Thrawn, con su mirada y su bláster fijos en Tanoo. Este, por su parte, había abandonado sus esfuerzos por escapar y estaba apoyado con resignación sobre el volante de su deslizador—. ¿Estás herido?

—No, señor —dijo Eli, notando que se sonrojaba. «Buen trabajo». Ni por asomo—. Lo lamento, señor.

Thrawn le miró fugazmente.

—¿Qué lamentas? Has ejecutado tu parte a la perfección.

—Pero no los he abatido a todos —dijo Eli—. Y, cuando me dispararon, escapé en dirección equivocada.

—No esperaba que los derrotases a todos —le tranquilizó Thrawn—. Y la decisión de desviar sus disparos de mí me permitió moverme sin ser detectado hasta una posición desde la que pude poner fin a su resistencia.

—Oh —dijo Eli, sin demasiada convicción, dividido entre su deseo automático de contarle a Thrawn que no había sido ninguna decisión y la reticencia igual de automática de no replicar a un oficial de mando cuando lo estaba alabando.

Thrawn no le dio tiempo a resolver aquel dilema.

—Vamos —dijo—. Espero que el señor Tanoo esté dispuesto a hablar.

Lo estaba.

—No fue idea mía —gruñó, aún tirado sobre el volante—. Fue de Polcery… se le ocurrió a ella.

—Pero fue usted quien refinó la preespecia para el contrabando —dijo Thrawn—. Tras aprender la técnica gracias a su hermano.

—Me obligaron —gimoteó Tanoo—. Yo no quería. Pero me obligaron.

—La técnica es bastante interesante —continuó Thrawn, como si Tanoo no hubiera dicho nada—. Basta un pequeño cambio en la fórmula de una sustancia para que parezca scarn pero tenga unos efectos drásticamente menores. Un hombre obligado a trabajar contra su voluntad podía sabotearlos fácilmente. Pero no lo hizo.

Tanoo se incorporó del volante y Eli, a pesar de la oscuridad, pudo ver el asco en su cara. No le gustaba que lo apresaran, y aún menos que lo hiciera un alienígena.

—Es un imperial muy listo, ¿verdad? Vale, nos ha pillado. ¿Y ahora qué?

—Serán sometidos a juicio ante un tribunal.

—¿Y de qué nos van a acusar?

—De posesión de sustancias ilegales —dijo Thrawn—. Y de asalto a los pueblos afe y sus habitantes.

—¿Está seguro? —dijo Tanoo—. Mire, esta noche no ha habido ataques… Polcery pensó que podría haber colocado soldados de asalto de guardia. Así que eso podemos descartarlo. Y la posesión de la preespecia no es ilegal.

—¿De verdad? —dijo Thrawn—. ¿Alférez?

Eli ya tenía su datapad en las manos. Hizo una búsqueda rápida…

Maldición.

—Tiene razón, señor. La preespecia no es una sustancia ilegal. Se puede transformar en muchos otros productos perfectamente seguros y legales.

—Pero el producto que usted ha refinado es ilegal —comentó Thrawn.

—Es posible —dijo Tanoo—, pero no podrá demostrarlo nunca. Eso es lo que están haciendo los demás ahora mismo, en vez de hostigar a los cyphari. Están escondiendo nuestro producto donde nadie lo podrá encontrar jamás.

—Quizá no —Thrawn subió al deslizador terrestre y sacó el sensor del cinturón de Tanoo—. O quizá sí.

Tanoo lanzó una carcajada.

—Si cree que podrá registrar el enclave hasta encontrarlo, ya puede irse olvidando. Eso solo tiene un alcance de veinte metros y detecta únicamente la preespecia. Acéptelo, no tiene nada.

—Al contrario, tengo todo lo que necesito —dijo Thrawn, con calma—. Me bastará con veinte metros. Una pregunta más, ¿quién de su grupo acudió a Cisne Negro para que los asesorase?

Tanoo entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabe eso?

—Responda.

Tanoo frunció los labios.

—Fue Scath. Tenían un conocido en común y pensó que podría ayudarnos.

—Y lo hizo —dijo Thrawn—. Aunque no lo bastante. Le llegará su final. El de ustedes ya está aquí.

Y, en aquel momento justo, las dos lanzaderas y tres TIE escolta pasaron sobre sus cabezas. Las lanzaderas dieron un rodeo y descendieron hasta las proximidades de Thrawn, y los cazas estelares se elevaron en formación de cobertura alta y baja.

Al cabo de diez minutos, los saqueadores inconscientes estaban a bordo de la primera lanzadera, con grilletes en sus muñecas y tobillos. Eli aprovechó ese tiempo para revisar los deslizadores terrestres, esperando encontrar algo de contrabando o cualquier cosa que pudieran usar contra ellos en el juicio.

Pero, aparte del material de las bolsas recolectoras, no había nada. Si no existía algún pequeño retoque en las leyes locales que hiciera ilegal la posesión de preespecia, y si los demás realmente se habían quedado en casa en lugar de lanzar ataques al otro lado de su frontera, era probable que Thrawn no tuviera nada.

—Todo controlado, señor —le informó el comandante de los soldados de asalto, mientras Tanoo subía por la rampa de la lanzadera, apuntado por los blásters de un par de guardias muy atentos y desaparecía en el interior—. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Lleve a los prisioneros de vuelta al enclave, pasando por los pueblos afe que le he indicado —dijo Thrawn, entregándole una tarjeta de datos—. Si encuentran algún tipo de enfrentamiento, deben intervenir en apoyo de los afe. Hagan todo lo posible por no

acabar con las vidas de los atacantes humanos, pero pueden abrir fuego contra ellos, si lo consideran necesario.

—Sí, señor —respondió el comandante—. ¿Quiere que dejemos la otra lanzadera aquí?

—Llévensela —dijo Thrawn—. Harán más prisioneros antes de que termine la noche, ya sea en los pueblos o en el enclave. Me quedo al teniente Gimm, pueden llevarse los otros dos TIE como escolta.

—Sí, señor. —Se cuadró brevemente y echó a andar hacia la lanzadera, repartiendo órdenes por el camino.

Al cabo de unos minutos, las lanzaderas volvían a estar en el aire, con los TIE volando en formación de flanqueo.

—Y ahora acabemos con esto —dijo Thrawn, toqueteando el sensor que le había quitado a Tanoo—. Vamos.

El teniente Gimm esperaba junto a su TIE y se puso firme cuando Thrawn y Eli se le acercaron.

—Me han dicho que necesita un piloto capaz de hacer un vuelo complicado, comandante —dijo Gimm.

—Así es —le confirmó Thrawn—. Bajo el suelo que pisamos hay un filón de un material que es el precursor de una variedad de especia conocida como scarn.

El piloto se puso tenso.

—Sí, señor —dijo, en tono más sombrío—. Algo he oído.

—Este sensor le indicará su presencia —prosiguió Thrawn—. Pero tiene un alcance mínimo, de veinte metros o menos, lo que le obligará a volar a ras de suelo. Seguramente, el filón no estará en línea recta, sino que tendrá curvas y meandros en toda su longitud. ¿Cree que podrá seguirlo?

—¿Puedo ver ese sensor?

Thrawn se lo pasó. El piloto le echó un vistazo, lo agitó alrededor de su cuerpo y asintió.

—Sí, señor, podré. ¿Puedo hacer prácticas de tiro mientras vuelo?

—Agradezco su entusiasmo, teniente —dijo Thrawn—, pero tengo entendido que esa preespecia está a bastante profundidad en algunos puntos y creo que parte del proceso de refinado consiste en aplicar calor. No queremos convertirlo por accidente en un producto letal.

—No, señor —dijo el piloto—. Si solo quiere que la localice, eso haré.

—Haremos algo más que eso, teniente —le dijo Thrawn, sacando su comunicador—. Usted lo ha dicho, prácticas de tiro. Teniente comandante Osgoode, al habla el comandante Thrawn. Tengo un reto muy interesante que proponerle.

Eli llegó a la conclusión de que era la operación militar más disparatada que había visto o que le hubieran contado jamás.

Pero funcionó.

Desde tierra fue bastante espectacular. Probablemente debió ser aún mejor desde una órbita baja. Gimm pilotó su caza TIE sobre las tierras de cultivo, rozando las puntas de los tallos de cereal en ocasiones, y continuó por pastos, pantanales y más tierras de cultivo. Volaba realizando giros suaves o zigzagueos frenéticos, por donde le llevaba el rastro, sin dejar de seguir el filón de preespecia que se ocultaba bajo tierra.

Y unos cincuenta metros más atrás había una oleada cegadora de llamas intensas provocada por el fuego purificador de los turboláseres de la *Avispa Trueno* que seguían el mismo camino, imitando con precisión las maniobras del TIE y quemando la preespecia hasta destruirla.

Como Thrawn había previsto, cuando amaneció ya habían terminado.

. . .

—¿Qué está haciendo? —preguntó Joko. *«Le tiembla la voz»*—. ¿Atacan nuestro territorio soberano a discreción?

—He destruido la fuente de beneficios de los conspiradores —dijo Thrawn. ¿De verdad el jefe Joko no veía el patrón ni entendía sus consecuencias?—. Sin la preespecia, no tienen ningún incentivo para querer hacerse con el territorio afe.

—Ustedes nos han atacado —repitió Joko—. Han destruido tierras de cultivo y han dañado casas y manantiales de agua.

—Si no destruíamos toda la preespecia, los ataques habrían seguido.

—El Imperio habría hecho justicia sin tanta destrucción.

—Sin la destrucción habría sido una justicia pasajera —dijo Thrawn—. Tenía un valor demasiado elevado para ignorarlo. Los ladrones habrían vuelto. Y entonces les habrían hecho perder mucho más que sus tierras de cultivo.

—¿El qué? —preguntó Joko—. ¿Huertos? ¿Puentes?

—Vidas.

Joko se lo quedó mirando unos segundos, en un silencio tenso y cargado de amargura.

—Veo que se preocupa por mi gente —dijo, finalmente—. Pero podrían haber protegido sus vidas y tierras de otra manera. Una manera mejor.

—Puede presentar una protesta por mis actos ante Coruscant —dijo Thrawn—. Quizá los repudien.

—Pero el daño ya estará hecho —dijo Joko—. Protestaré por sus actos. Y rezaré para no volver a verlo nunca más.

Vanto lo esperaba cuando Thrawn salió de la lanzadera.

—Alférez Vanto —dijo—. ¿Ha habido respuesta de Coruscant a mi informe?

—Sí, señor —dijo Vanto, en un tono sombrío y preocupado—. Me temo que no están muy contentos con usted.

—Pues menos van a estarlo cuando el jefe Joko les transmita su reacción.

—Está bien —dijo Vanto, lanzando un suspiro de resignación—. No solo están descontentos, están furiosos.

—Como preveía.

—Es de locos —dijo Vanto, dejando asomar su ira entre el decoro—. Ha terminado con el conflicto, ha desenmascarado una trama criminal y ha sacado del mercado un buen filón de especie. ¿Qué más quieren?

—Quieren un comandante que se ciña a los protocolos —dijo Thrawn—. Quieren un comandante que les pida consejo.

—¿Y permiso?

—Es posible —dijo Thrawn—. He descubierto que muchos almirantes aspiran a ese rango porque quieren tener control y autoridad. Ese tipo de líderes se sienten amenazados si oficiales de menor rango resuelven los problemas complicados sin su ayuda.

—Y la política acecha tras todas las esquinas, claro —Vanto lo miró, con aire pensativo—. ¿Y usted, comandante? ¿Para qué quiere un alto rango?

Era una pregunta que le habían hecho muchas veces a lo largo de años. Thrawn también se lo había preguntado. Su respuesta nunca parecía satisfacer a su interlocutor.

—Porque hay problemas que deben resolverse. Y algunos solo puedo resolverlos yo.

—Entiendo —Vanto se quedó callado un momento—. El primer teniente Hammerly ha podido contenerlos un poco, diciéndoles que se encontraba reunido con el jefe local, pero esperan su llamada.

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Ahora mismo llamo.

—¿Qué piensa decirles?

—La verdad.

Vanto le había hecho la pregunta. No parecía más satisfecho con la respuesta que ninguno de los que se la había hecho antes.

Thrawn se planteo si alguien, algún día, quedaría satisfecho. Si entendería la verdad.

«La verdad».

Eli pensaba en aquellas palabras con desdén mientras caminaba por el pasillo central de la *Avispa Trueno*, rumbo a su camarote. La verdad. ¿De qué le había servido la verdad a nadie?

Thrawn llevaba diciendo la verdad prácticamente desde que había aparecido en el espacio imperial, pero seguían convocándolo a Coruscant para que se explicase ante comités de funcionarios cada vez más hostiles. Si seguía en la marina y podía comandar su propia nave era únicamente gracias a la intervención y los favores de gente como el coronel Yularen.

La verdad. No, la verdad nunca servía de nada. Solo para cabrear a los que preferían las mentiras y la confusión para parecer mejores de lo que eran.

Y por lo que Eli había visto, creía que aquello era aplicable a prácticamente todo el mundo.

Delante de él se abrió la puerta del hangar de cazas estelares y el teniente Gimm salió por ella.

—Teniente —lo saludó Eli—. Excelente pilotaje.

—Gracias —dijo Gimm, con una expresión extraña—. Celebro encontrarlo.

—¿Tiene alguna pregunta, señor?

Gimm torció los labios en una sonrisa irónica.

—No se acuerda de mí, ¿verdad?

Eli frunció el ceño, estudiando su cara. No lograba reconocerla.

—No, señor —reconoció—. ¿Debería?

—Creo que sí —dijo Gimm, encogiéndose de hombros—. Aunque claro, estaba bastante oscuro y, probablemente, usted tenía otras cosas en la cabeza.

Eli respiró hondo cuando finalmente cayó en la cuenta.

—Es uno de los cadetes que atacó al comandante Thrawn.

—Cosa que niego categóricamente, por supuesto —Gimm bajó la vista hacia la placa de Eli—. Sigue siendo alférez.

—Un alférez al servicio del mejor comandante de la marina —replicó Eli, secamente.

—Puede —dijo Gimm—. Aunque, por lo que he oído, no está muy claro que vaya a mantener su puesto de comandante.

—Eso ya lo veremos —dijo Eli—. ¿Qué quería?

—En realidad nada —dijo Gimm—. Solo explicarle que, a pesar de los esfuerzos que estoy seguro que hizo el comandante Thrawn, no fui expulsado de la Academia. De hecho, las cosas me fueron muy bien. El comandante Deenlark pudo mover los suficientes hilos para que nos transfirieran a los tres al entrenamiento con caza estelar de la Academia Skystrike.

—¿En serio? —dijo Eli—. ¿Y fue el comandante Deenlark?

Gimm frunció el ceño, solo un instante.

—Oh, ya entiendo. Cree que mi familia movió esos hilos. —Se encogió de hombros—. En realidad, no importa. La cuestión es que alguien movió los hilos. Pero no se lo tome muy a pecho, alférez. Que haya sido comandante tanto tiempo es bastante impresionante para un alienígena de las Regiones Desconocidas. Si acaba como teniente al cargo de las reparaciones de droides… bueno, nadie podrá arrebatarle sus recuerdos.

—Estoy seguro de que le quedarán mucho más que recuerdos —dijo Eli.

Gimm arqueó las cejas.

—Estoy seguro de que le quedarán mucho más que recuerdos, señor —le corrigió Gimm.

Eli tuvo que hacer un esfuerzo supremo para contener las ganas de darle un puñetazo a Gimm.

—Estoy seguro de que le quedarán mucho más que recuerdos, señor —dijo.

—Así mejor —dijo Gimm—. Creo que voy a tomarme una copa con los oficiales. Buenas noches, alférez.

Dio la vuelta y echó a andar por el pasillo. Eli se lo quedó mirando, con una mezcla de emociones desagradables en su interior.

Thrawn había estado en lo cierto. Aquel tipo se había convertido en un piloto de caza estelar extraordinario.

Aunque, probablemente, nunca supiera que debía agradecérselo precisamente a Thrawn. De hecho, probablemente se iría a la tumba convencido de habérsela pegado al pobre y estúpido alienígena.

Eli lanzó un suspiro y continuó hacia su camarote. Se preguntaba si realmente a alguien, en algún sitio, le importaba la verdad.

CAPÍTULO XIX

En algunas situaciones las alianzas son útiles. En otras son absolutamente cruciales.

Pero siempre hay que abordarlas con precaución. Ese tipo de unión se basa en los beneficios mutuos. Mientras exista ese beneficio, la alianza se puede mantener firme. Pero las necesidades cambian y los beneficios se esfuman, así que puede llegar el día en que un aliado vea más beneficioso traicionar al otro.

El guerrero debe estar atento a ese tipo de cambios si pretende anticipar y sobrevivirá un ataque imprevisto. Afortunadamente, los indicios suelen ser evidentes a tiempo para planear y ejecutar una defensa.

También existe siempre la posibilidad de que los cambios sirvan para unir aún más a los aliados. Es bastante inusual, pero puede suceder.

. . .

—El de cuatro variedades es el mejor —dijo lady Teeyr Hem, acariciando con sus largos dedos phindianos la botella que Arihnda le había llevado—. Estoy en deuda con usted.

—Celebro que le guste —dijo Arihnda—. Y yo estoy en deuda con usted por su simpatía hacia los objetivos de Cielos Altos.

—Sus objetivos son muy parecidos a los de mi marido y los míos —dijo lady Hem, toqueteando el cuello de la botella—. Debe haberse tomado muchas molestias para conseguir este vino en concreto.

—Ha sido un placer —le aseguró Arihnda. De hecho, había sido una especie de reto, había supuesto viajes a cerca de treinta de las mejores vinerías del Distrito Federal y varias horas de estudio de etiquetas hasta que había conseguido dar con la añada, las variedades y la cosecha exactas que sabía que lady Hem quería.

Pero había merecido la pena. La cara que hacía la phindiana era impagable.

—En cualquier caso, tengo que irme —añadió Arihnda, levantándose—. Solo quería entregarle esto en muestra de mi agradecimiento y preguntarle si el senador Hem ha tenido tiempo de leer el documento que le envié.

—Sí —dijo lady Hem, pasando los dedos por la etiqueta con relieve de la botella—. Creo que coincide con sus agenda y sus planes, pero se lo comentaré esta noche —Parpadeó rápidamente, la versión de su especie de una gran sonrisa—. Puede que mientras tomamos una copa de vino.

—Estoy deseando tener noticias suyas —dijo Arihnda, devolviéndole la sonrisa—. Hasta la próxima, lady Hem.

—Hasta otra, mi buena amiga Arihnda Pryce.

Driller estaba horrorizado, como era de prever.

—¿Dos mil créditos por una botella de vino? —dijo, mirando el recibo de Arihnda—. ¿Te has vuelto loca?

—Los phindianos son una especie muy tecnológica y que valora mucho la familia — le recordó Arihnda—. En el caso del Senador Hem eso es aún más fuerte. Una simple botella del vino preferido de su mujer y lo tienes en tu bolsillo.

—No es una simple botella —gruñó Driller—. Con esto podrás acceder a su oficina, como mínimo, ¿no?

—Espero una invitación para finales de esta semana —le aseguró Arihnda—. Y sí, estoy segura de poder sonsacarle algunas cifras sobre el presupuesto militar de la marina y el nivel de apoyo del Senado. Las cifras secretas, no las que conoce la opinión pública.

—Genial —dijo Driller—. Es importante saber dónde va el dinero para saber qué queda para escuelas y hospitales.

—Por supuesto —dijo Arihnda, sonriendo para disimular el desprecio que sentía. ¿De verdad la creía tan cándida y estúpida? Parecía que sí—. ¿Quiere que me trabaje a alguien más para Cielos Altos?

—Veamos —dijo, examinando su datapad—. Hay un par de gobernadores de visita. Borde Medio, nada complicado. O… ooh. ¿Quieres un buen pez gordo?

—¿Cómo de gordo?

—El más gordo —dijo, mirándola fijamente—. El pez por el que me ibas a abandonar hasta que la oferta de trabajo se canceló. El gran moff Tarkin.

Arihnda sintió un nudo en el estómago. Tarkin.

Llegaba en el momento perfecto.

—Vaya —dijo, intentando encontrar la combinación justa de naturalidad e interés—. Claro, ¿por qué no?

—Porque tiene fama de devorar abogados y pequeños burócratas y escupirlos en finas ristras de carne picada —le advirtió Driller—. No será uno de los recados sencillos que has estado haciendo últimamente. Esto será más parecido a una pelea de perros.

—Los recaditos sencillos son divertidos —dijo Arihnda—, pero también me gustan las peleas de perros. ¿Puedes conseguirme una entrevista con él?

—Creo que sí —dijo Driller—. ¿Estás segura?

Arihnda sonrió.

—Confía en mí —dijo—. Siempre he deseado conocer a Tarkin.

Arihnda había aprendido que los políticos y militares empleaban muchos trucos para intimidar, presionar y demás formas de colocar a sus visitantes en desventaja.

Tarkin se los conocía todos.

Empezando por su oficina. La larga caminata desde la puerta, la gruesa moqueta que se resistía al paso del visitante y amenazaba con hacerla tropezar en cualquier instante, la luz del sol reflejada en las esquinas de los estantes, expositores y la propia mesa, los

puntos de luz cambiantes y parpadeantes que te distraían… Los objetos de los estantes y expositores eran la siguiente capa, eran recuerdos de los antiguos triunfos de Tarkin, un museo de recordatorios de su poder. Aquí y allá vio algún artefacto antiguo y valioso que el gran moff había comprado, robado o expoliado. Otra declaración; aquel tipo conseguía todo lo que se proponía.

Era una exhibición impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que Tarkin probablemente usaba su oficina solo unas semanas al año. Su oficina central, desde la que gobernaba gran parte del Borde Exterior, debía resultar incluso más intimidante.

Y al final del pasillo estaba él, sentado en una silla de respaldo alto y mirándola mientras se acercaba.

Arihnda pensó que, si la oficina en sí no bastaba para que los invitados se pusieran a la defensiva, la primera visión del hombre debía ser más que suficiente. Su cara enjuta, el pelo grisáceo, los labios finos y los ojos severos eran una visión imponente. Los doce recuadros de su placa de rango ofrecían un engañoso contraste con el verde oliva oscuro de su uniforme. La rigidez de su expresión y cuerpo mientras la miraba acercarse eran comparables a las de un depredador de la jungla preparándose para atacar a su presa.

Era una exhibición impresionante de poder y capacidad de intimidación, que seguro que funcionaba con prácticamente todo el que osaba entrar en su santuario.

Arihnda quería ser la excepción.

—Gobernador Tarkin —lo saludó al llegar hasta su escritorio—. Agradezco que se haya tomado la molestia de recibirme.

—Señorita Arihnda Pryce —dijo él. Su voz era tan fría como su cara—. Tengo entendido que representa a un grupo de apoyo llamado Cielos Altos.

—Eso creen ellos —dijo Arihnda—. De hecho, vengo en representación de mí misma. A hacerle la mejor oferta que le harán hoy.

La expresión de Tarkin varió, pero su mirada pareció hacerse aún más fría.

—¿En serio? Creo que puede estar sobrevalorando sus encantos.

—Oh, no se trata de eso, gobernador —le aseguró Arihnda—. Lo mío es la información —Se sacó una tarjeta de datos de un bolsillo y la dejó sobre la mesa—. Aquí tiene una pequeña muestra. Esperaré encantada a que le eche un vistazo.

Tarkin se quedó callado un instante, sin dejar de mirarla a los ojos. Después, una leve sonrisa asomó en sus labios.

—Aplaudo su ingenio —dijo, recogiendo la tarjeta de datos—. Siéntese.

Arihnda fue hasta la silla que había en una esquina del escritorio y se sentó, intentando no mostrar ni pizca de la aprensión que sentía. Estaba segura al noventa por ciento de que había interpretado bien a aquel hombre, pero el diez por ciento restante podía hundirla o encumbrarla.

Tarkin volvió a mirarla un momento y metió la tarjeta en su ordenador.

—Como mínimo no es tan grosera como para probar un software de robo de datos —comentó.

—Claro que no —Arihnda sacó otra tarjeta de datos y la dejó sobre la mesa—. Esta es la que contiene el software de robo de datos. Son el folleto y las líneas maestras de Cielos Altos que se suponía que debía entregarle.

Tarkin frunció el ceño fugazmente.

—¿En serio? —dijo, claramente intrigado—. ¿Quién es usted, exactamente, señorita Pryce?

—Alguien que quiere cerrar un trato que nos beneficiará a ambos —dijo Arihnda—. Pero, se lo ruego… eche un vistazo a la información de esa tarjeta. Le permitirá hacerse una idea de lo que puedo ofrecerle.

De nuevo, Tarkin se la quedó mirando un momento, antes de volver a concentrarse en su ordenador. Arihnda estaba sentada, en silencio, mirando los ojos del gran moff mientras vagaban por la pantalla al repasar el archivo. Había aprendido a leer las expresiones, humanas y no humanas, en el tiempo que llevaba en Cielos Altos, pero la de Tarkin era como una máscara teatral.

Terminó de leer y se volvió hacia Arihnda.

—Interesante —dijo.

—¿Le parece instructivo? —preguntó Arihnda.

—No mucho. Lo sabía prácticamente todo.

Arihnda sintió un nudo en el estómago.

—Entiendo.

—No haga esa cara de preocupación —dijo Tarkin, con otra sonrisa—. Eso es bueno. Demuestra que ha podido colarse en los archivos del gobernador Nasling y menciona un par de asuntos que desconocía. No, me refería a la habilidad de sus jefes. ¿Cómo han logrado crear un software ladrón tan bueno?

—Imagino que los ayudó alguien —dijo Arihnda—. Diría que rebeldes.

Por un instante, un destello de emoción asomó en la cara de Tarkin. Después la máscara volvió a su sitio.

—Rebeldes —repitió.

—Sí, Su Excelencia —dijo Arihnda—. Pero no se preocupe, solo tienen el esqueleto del archivo de datos. Lo suficiente para dejarlos contentos con mi trabajo y que me sigan enviando a visitar a más funcionarios. —Se atrevió a sonreír—. Y para que me sigan financiando, claro. Los sobornos pueden salir caros.

—Sobre todo en Coruscant —coincidió él—. ¿Así que es un software ladrón de doble capa?

—Exacto —dijo Arihnda—. La segunda capa la instaló un socio sobre la versión de Cielos Altos. La idea de traérselo fue de otro asociado. Ambos prefieren mantener el anonimato —añadió, como si acabara de recordarlo.

La insinuación funcionó tal como esperaba. Tarkin se reclinó en su silla, mirándola fijamente a los ojos.

—No es momento para evasivas —dijo, fríamente—. Sus nombres.

—El programa se creó por órdenes del coronel Wullf Yularen, del DSI —dijo Arihnda—. Quien me aconsejó que se lo trajera fue el comandante Thrawn.

—Ah —dijo Tarkin, en un tono algo más grave—. Deja caer los nombres de dos individuos muy respetados esperando que crea que tiene amigos y benefactores poderosos. ¿Quién le aconsejó eso?

—Nadie —dijo Arihnda, empezando a sudar un poco—. Siempre he creído que usted era el único benefactor que necesitaba.

Para su alivio, Tarkin le dedicó otra de sus leves sonrisas.

—Gracias por no presuponer que llegaremos a ser amigos. —Su sonrisa se esfumó y frunció levemente el ceño—. Lo del comandante Thrawn es interesante. Estuvo en Coruscant hace solo unas semanas, dando explicaciones ante otro comité del tribunal militar.

—¿Qué hizo? —preguntó Arihnda. Intentaba seguir el rastro de todas las actividades de Thrawn, pero no se había enterado de aquello.

—Quemó un filón de especia scarn en el territorio de unos alienígenas —dijo Tarkin—. Directo y eficaz. Aunque menos astuto políticamente de lo que algunos habrían deseado.

—¿Y cuál fue el veredicto?

—Su absolución, por supuesto —dijo Tarkin—. No cae muy bien en el Alto Mando, pero no pueden discutir sus resultados. Parece que el Emperador también ha quedado prendado con él. ¿Y qué esperan el coronel Yularen y Thrawn a cambio de su ayuda, exactamente?

—El coronel Yularen la información, por supuesto —dijo Arihnda—. Estaba muy interesado en mis… llamémoslas pesquisas sobre los principales políticos del Imperio.

—¿Supongo que no se las habrá dado?

—Aún no —dijo Arihnda—. Me pareció que usted querría verla antes. Y quizá querría extraer algunos detalles que pudiera usar para… —Se encogió de hombros—. Para el bien del Imperio, por así decirlo.

—Muy noble por su parte —dijo Tarkin—. ¿Y el comandante Thrawn?

—Fue asombrosamente fácil de contentar —dijo Arihnda—. Solo me pidió unas reparaciones rápidas en su nave y el tan postergado ascenso de su asistente. Lo primero lo he solucionado ya a través de algunos contactos, pero sigo encontrando cierta resistencia política para lo segundo.

—¿Resistencias al ascenso de un militar? —preguntó Tarkin, incrédulo—. ¿A cuál de nuestros queridos políticos le sobran tanto tiempo y energías?

—Al moff Ghadi —dijo Arihnda, mirando fijamente a Tarkin.

Fue tal como había soñado. O mejor aún, incluso. La cara de Tarkin se tensó y sus ojos destellaron y se entrecerraron.

Sabía que existía rivalidad entre aquellos dos hombres. Lo que no sabía era que fuera tan profunda y amarga.

—El moff Ghadi —repitió Tarkin—. Debería habérmelo imaginado.

—Poseo información sobre él, por supuesto —dijo Arihnda, con la mayor naturalidad posible—. Fue uno de los primeros políticos a los que investigué.

—¿Tiene esa información encima?

—Aquí mismo —dijo Arihnda, tocándose el bolsillo de la cadera y sacando su datapad—. Pero creo que antes podría interesarle oír una grabación que realicé hace unos meses —lo activó y subió el volumen:

«*Más vale que sea importante*», sonó la voz de Ghadi por el altavoz. «*Condenadamente importante. Estoy a punto de hacer azotar a Ottlis por haberme despertado y mejor no le digo lo que me gustaría hacerle a usted*».

«*Es importante*», respondía Arihnda. «*Tenía razón… Cielos Altos tiene vigilada a mucha gente importante. He encontrado los archivos*».

«Por supuesto que tenía razón. ¿Y hay algún motivo por el que esta revelación no pudiera esperar a más tarde?».

«Probablemente habría podido esperar. Pero me pareció que querría ver cuanto antes el archivo de Tarkin».

«¿Tienen un archivo sobre Tarkin? ¿Qué contiene?».

«No lo sé. Este está encriptado de manera distinta a todos lo demás que he encontrado. Pero, si es como los que he podido leer, seguramente contiene muchos secretos. Cosas que Tarkin preferiría que nadie supiera».

«Perfecto. Sí, sin duda quiero esos archivos».

«.Eso pensaba. Puedo ponerlo con el resto de los archivos que he encontrado. Solo quería asegurarme de que también quería este».

«No sea estúpida. ¿Tiene el arma que necesito para acabar con Tarkin y ha de preguntarme si la quiero? Métalo en una tarjeta de datos y tráigala a mi oficina. Inmediatamente».

«Sí, Su Excelencia. Aunque, como le he dicho, por el momento es ilegible. Si me da un poco de tiempo, quizá pueda descifrarlo».

«Limítese a traerlo. Yo lo descifraré. Ya veremos cuánto poder le queda al gran moff Tarkin cuando le haga comerse todos esos secretos».

«Muy bien, Su Excelencia…».

—Ya basta —dijo Tarkin, serenamente.

Arihnda detuvo la grabación.

—Imagínese —dijo, burlonamente—. Un alto oficial conspirando para usar material obtenido ilegalmente para acabar con la carrera de otro alto oficial.

—Y siendo lo bastante estúpido para que esa conspiración quedase grabada —Tarkin la miró—. He notado que su voz no resulta tan identificable como la de Ghadi.

—La grabadora no funciona del todo bien.

—Por supuesto —dijo Tarkin—. Dígame, ¿qué le dio, exactamente?

—Absolutamente nada —le aseguró Arihnda—. Mera palabrería envuelta en lo que parecía una capa de encriptado avanzada. Probablemente aún intenta encontrar alguna frase coherente en todo ello.

—Entiendo —murmuró Tarkin—. Así que el coronel Yularen obtendrá información sobre los políticos del Imperio. El comandante Thrawn tendrá el ascenso de su asistente. Y yo tendré la misma información que Yularen, pero antes que él, y la satisfacción de borrar de la faz de la galaxia al moff Ghadi. ¿Qué sacará usted de todo esto?

—Su patrocinio y apoyo —dijo Arihnda—. La satisfacción de saber que he ayudado a los verdaderos poderes que mantienen el Imperio en funcionamiento —hizo una pausa—. Y, si le parece útil y oportuno, quisiera ser gobernadora de Lothal.

—Lothal —repitió Tarkin, inclinándose hacia delante y tecleando en su ordenador—. No es la petición desmesurada que esperaba. ¿Por qué Lothal?

—La rivalidad entre el gobernador Azadi y el senador Renking les costó a mis padres su empresa minera y los obligó a abandonar su hogar —dijo Arihnda, sintiendo una inesperada punzada de ira creciendo en su interior. Creía haber superado aquella traición. Parecía que no—. Ser nombrada gobernadora de Lothal sería una humillación para el primero y me allanaría el camino para acabar con el segundo.

—Una visión bien clara de los propios objetivos es importante en los gobernadores —dijo Tarkin, secamente—. Pero el cargo de gobernador es valioso. Me temo que esto —tocó las tarjetas de datos que había sobre su mesa— no basta.

—Me lo temía —Arihnda respiró hondo y sacó otra tarjeta de datos—. Pero esto sí.

—¿Y qué es eso?

—Todo lo que al Imperio le interesa saber sobre Lothal —dijo Arihnda—. Sus minas y refinerías, incluidas las discretas minas secretas de las que nadie habla y que no pagan impuestos ni aranceles. Sus infraestructuras e industrias, incluidas las cifras de producción y niveles de eficiencia. Su estructura bancaria y cómo los activos se ocultan o evaden. Su gente, incluidas clases sociales y las especies que se llevan bien o mal. Resúmenes de las exploraciones arqueológicas de las zonas del norte, que sugieren la presencia de recursos minerales sin explotar, tanto en territorios protegidos como sin proteger.

Arihnda se enderezó en la silla y dejó la tarjeta sobre la mesa de Tarkin.

—El Imperio está incorporando mundos del Borde Exterior. Podemos hacerlo de la manera más sencilla e indolora posible. Para todos.

—Interesante —dijo Tarkin, sin hacer ademán de recoger la tarjeta—. Alguien podría considerarlo traición a su planeta natal.

—Yo prefiero verlo como lealtad a mi nuevo planeta.

—Bien dicho —dijo Tarkin, en tono aprobatorio—. Y, si me lo permite, es extraordinariamente oportuna. Resulta que ese cargo de gobernador va a quedar vacante pronto.

—¿El gobernador Azadi se jubila? —preguntó Arihnda, frunciendo el ceño. No había oído nada al respecto.

—Sí —dijo Tarkin—. Aunque en contra de su voluntad, al parecer.

—Interesante —dijo Arihnda. No podía decir que Azadi no se lo tuviera merecido. Tanto si había estado activamente involucrado en la detención de su madre y la pérdida de su empresa como si, sencillamente, se limitó a mirar para otro lado mientras otros miembros de su gabinete hacían el trabajo sucio, se lo merecía—. ¿Renking?

—Puede —dijo Tarkin—. Aunque puede haber otros motivos. En todo caso, el senador Renking se está postulando para el cargo. —Arqueó las cejas—. Me pregunto cuál de los dos lo desea más.

—Le he ofrecido los medios para acabar con el moff Ghadi —dijo Arihnda, obligándose a mantener la calma ante la repentina oleada de ira y frustración que sentía. No podía perder a aquellas alturas. Sobre todo frente a Renking—. Poseo información privilegiada sobre otros moffs, gobernadores y senadores. Le he dado Lothal. Quiero ese cargo de gobernadora, Su Excelencia. ¿Qué más necesita para hacerlo posible?

—Oh, mucho, mucho más, señorita Pryce —le aseguró Tarkin—. Hay mucha gente poderosa que me gustaría conocer mejor. Por suerte, ahora la tengo a usted.

Arihnda apretó los dientes. Había empezado como servidora de un senador, ¿ahora le estaban ofreciendo el puesto de servidora de un gran moff?

—Su Excelencia…

—Por supuesto, como gobernadora tendrá mejor acceso a esa gente que como activista —continuó él—. Sí, creo que esto puede ser ventajoso para los dos.

Arihnda lanzó un suspiro silencioso. Solo había estado jugando con ella. Debería haberlo sabido.

—Celebro que lo apruebe, Su Excelencia.

—Por supuesto, pasar de civil común a gobernadora planetaria es un paso enorme —continuó Tarkin—. De todas maneras, ha tenido mucha experiencia y contactos con los poderosos del Imperio, además de la ventaja de ser natural del mundo en cuestión. Podríamos empezar nombrándola gobernadora interina, antes de concederle el cargo definitivamente.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Arihnda.

—Oh, unos meses —dijo Tarkin, encogiéndose de hombros—. Un año, como máximo. Técnicamente estos nombramientos deben pasar por Palacio, pero, no veo motivo para molestar a los burócratas. Tendrá que pasar gran parte de los dos primeros años en el cargo aquí, en Coruscant, aprendiendo todos los detalles de su nuevo puesto.

—¿Al mismo tiempo que consigo la información que usted quiere?

—Su breve ausencia de Lothal no deberían suponer ningún problema —prosiguió Tarkin—. Hay varios ministros allí y cualquiera de ellos puede encargarse de todo

mientras usted cumple con su parte del trato. Solo tendrá que elegir uno antes de volver a Coruscant.

Arihnda sonrió. El cargo de gobernador de Lothal era un gran golpe en su campaña para acabar con Renking y le permitiría seguir viviendo entre la élite de Coruscant. No podía haberlo planeado mejor ni en sueños.

—Creo que tenemos un trato, Su Excelencia.

—Así es —Tarkin le tendió una mano—. El resto de la información, por favor.

—Aquí tiene la mitad —dijo Arihnda, sacando otras dos tarjetas de datos de su bolsillo—. Le daré la otra mitad cuando me confirmen en el cargo.

—Por supuesto —dijo Tarkin—. Le irá como anillo al dedo, señorita Pryce. ¿O debería decir gobernadora Pryce?

—Gracias, Su Excelencia —dijo ella, levantándose—. Ahora, si me disculpa, tengo un recado más por hacer. Además, estoy segura que quiere echar un ojo a esas tarjetas. —Las señaló—. Por cierto, la grabación del moff Ghadi está en la segunda. Cuídela.

Cuando Arihnda llegó, Juahir estaba cruzando el tatami central del Dojo Yinchom, con la bolsa de deporte en las manos.

—Hola… Arihnda —la saludó—. ¿Has salido antes?

—No, estoy de recados —dijo Arihnda—. ¿Has tenido buena sesión?

—Bastante —dijo Juahir—. El senador Xurfel ha inscrito a sus dos nuevos guardaespaldas. Los he puesto a prueba para comprobar lo buenos que eran.

—¿Y?

—Tienen potencial, pero no están a la altura de los estándares de Coruscant. Aunque los pondremos en forma. ¿Y qué recados estás haciendo?

—Bueno, ayer estuve en la oficina del gran moff Tarkin —dijo Arihnda—. Tuvimos una charla muy agradable.

—Sí, algo he oído —dijo Juahir, más animada—. Driller dice que te consiguió una cita con él. Enhorabuena.

—Gracias —dijo Arihnda—. Hoy no tenía mucho que hacer, así que se me ha ocurrido pasar a visitarte.

—Genial —dijo Juahir—. ¿Y vamos a entrenar o a almorzar?

—Ni una cosa ni otra. Vamos a detener a alguien.

—¿A quién?

—A ti —Juahir quedó boquiabierta al ver entrar silenciosamente en el dojo al coronel Yularen con sus agentes.

—Arihnda, ¿qué pasa aquí? —preguntó Juahir.

—Estamos arrestando a una traidora —dijo Arihnda—. Una mujer que ha usado su puesto de entrenadora para sobornar o extorsionar a guardaespaldas de alto nivel para que espíen a sus jefes. —Arqueó las cejas—. Y, en ocasiones, para que intenten asesinarlos.

—¿Qué? —Juahir respiró hondo, completamente pálida.

—Kaniki, el guardaespaldas del senador Evidorn —dijo Yularen, en un tono sombrío, mientras se acercaba a ella—. Ha intentado matarlo esta mañana. Al parecer, su adoctrinamiento sobre los males del Imperio fue demasiado efectivo.

—Nunca le dijimos que matase a nadie —protestó Juahir—. Solo debía sacar información para… —Se quedó callada, lanzando una mirada de repentina comprensión a Arihnda.

—Así es —le confirmó Arihnda—. Fui yo la que sacó la información que Driller y Cielos Altos ha estado recopilando y se la entregó al DSI. Ahora mismo están deteniendo a Driller y a todos los relacionados con el grupo, pero, tras el incidente de Kaniki, el coronel Yularen ha decidido arrestarte personalmente.

—Arihnda…

—Solo quiero saber una cosa —dijo Arihnda, notando un nudo en la garganta por las emociones contenidas—. ¿En algún momento fuiste mi amiga? ¿O siempre fui una simple herramienta para ti?

Juahir se la quedó mirando, mientras los agentes del DSI se colocaban tras ella y la esposaban.

—Sí, fui tu amiga —dijo, en voz baja—. No me metí en… esto… hasta que el senador Renking te despidió. Fue tan terriblemente injusto. Me demostró lo corrupto que es todo el sistema. Después Driller me lo propuso y…

—¿Driller y Cisne Nocturno? —cortó Yularen.

Juahir lo miró a él.

—Driller mencionó a alguien con ese nombre. Pero solo hablamos de lo que podíamos hacer para mejorar las cosas. Para hacer que el Imperio fuera mejor para todos.

—Y entonces pensaste en mí y en que podrías utilizarme —dijo Arihnda—. La pobre Arihnda Pryce, perdida y a la deriva entre los agitados escombros de Coruscant. El chivo expiatorio perfecto.

—No fue así.

—Pero se le acerca bastante —dijo Arihnda y miró a Yularen—. He terminado. Gracias.

—Espera —le suplicó Juahir, cuando los agentes del DSI la empujaron hacia la puerta—. Arihnda, fui tu amiga. Te ayudé cuando necesitabas a alguien. ¿No me puedes ayudar tú ahora?

Arihnda levantó una mano. Yularen la imitó y los agentes se detuvieron.

—Esto es lo que vamos a hacer, Juahir —le dijo—. El coronel Yularen te va a interrogar. Si se lo cuentas todo, y quiero decir todo, te mandará a la cárcel, salvándote de la pena de muerte.

El rostro de Juahir palideció todavía más.

—Arihnda…

—Pronto tendré poder —la cortó Arihnda—. Si logro mis metas, quizá pueda mover los suficientes hilos para liberarte en unos años. Si no… —Se encogió de hombros.

—¡Arihnda!

Pero Yularen ya había hecho un gesto y sus hombres se pusieron en marcha de nuevo. Arihnda no se movió de donde estaba, ni se dio la vuelta, hasta que la puerta se cerró a su espalda.

—¿Y qué hacemos con ella? —preguntó Yularen.

Arihnda se giró, parpadeando para limpiar las repentinas lágrimas que habían asomado en sus ojos. H'sishi estaba plantada en la puerta de su oficina, mirándolos.

¿Yularen acababa de pedirle consejo?

Por supuesto. Yularen y Tarkin se habían mantenido en contacto por el asunto de Cielos Altos y, aunque el nuevo estatus de Arihnda aún no se había anunciado oficialmente, era probable que al coronel ya le hubiera llegado la noticia.

—El comandante Thrawn dijo que estaba libre de toda sospecha, ¿no?

—Esa fue su conclusión, sí —dijo Yularen.

—¿Ha encontrado algo en los registros que contradiga eso?

—No.

—En ese caso supongo que la podemos dejar marchar —Arihnda levantó un dedo hacia la togoriana, a modo de advertencia—. Pero le recomendaría que se marchase de Coruscant cuanto antes. Su antigua empleada puede intentar cargarle parte de las culpas. Es el tipo de persona que le hace esas cosas a sus amigas.

—Gracias —dijo H'sishi, en tono grave—. Señora Arihnda, coronel Yularen —se dio la vuelta y volvió a meterse en su despacho.

Arihnda sonrió. «Señora Arihnda». Una cortesía insignificante, una capa de respeto sobre un desdén profundo e innato. La cortesía para los pequeños e indefensos.

Pero aquello se había terminado para ella. Para siempre.

«Gobernadora Pryce». Sí, aquello ya estaba mejor. Mucho mejor.

. . .

«Semana nueva, misión nueva», solía decirse Eli.

Esta vez eran contrabandistas, pequeñas bandas que operaban en sistemas recónditos. La *Avispa Trueno* había demostrado estar particularmente dotado para acabar con aquel tipo de plagas para el comercio imperial y Coruscant parecía haberse dado cuenta.

Por supuesto, Thrawn debía como mínimo parte de ese éxito al talento de Eli para identificar y rastrear cargamentos y suministros. Lo que había desembocado en ataques contra no menos de cuatro redes de contrabando, tres de ellas involucradas en el mercado negro de doonio.

Dos de las cuales al parecer habían estado relacionadas con Cisne Nocturno.

Eli frunció el ceño para sí. Todo aquel asunto de Cisne Nocturno se empezaba a salir de madre. La *Avispa Trueno* había llegado a tiempo para acabar con una de esas redes detectadas por Eli, pero no para detener a la otra, que interrumpió abruptamente sus actividades. Peor aún, Eli había identificado al menos otras cinco redes que parecían

encajar en la pauta de Cisne Nocturno, pero quedaban fuera de la zona de patrulla de su nave y, por consiguiente, lejos de las garras de Thrawn.

Este siempre emitía avisos a los comandantes de los sectores afectados. Pero las comunicaciones solían ser demasiado lentas, o sus naves andaban demasiado atareadas en otras tareas, o los comandante sencillamente no le creían. Con el DSI tampoco le iba mucho mejor y, a menudo, incluso allí, solo el coronel Yularen tomaba en serio sus informes.

Thrawn siempre hablaba de patrones y conexiones. Después de casi cuatro años a su servicio, Eli empezaba a habituarse a detectar aquellos patrones. Otros en la marina no parecían tan perspicaces. Posiblemente nunca lo serían.

El único rompecabezas que ni Eli ni Thrawn habían logrado resolver era por qué Cisne Nocturno estaba tan obsesionado con apartar el doonio de manos del Imperio y por qué el Imperio estaba tan interesado en aquel material.

No estaban construyendo naves con él. Cada vez que repasaba las cifras, la cantidad de doonio que acumulaba el Imperio rebasaba con creces cualquier necesidad potencial. ¿Estaban acumulando existencias para futuras naves? Las conversaciones de Thrawn en Palacio… ¿A lo mejor el Emperador estaba planeando algo especial? ¿Una serie de expediciones por las Regiones Desconocidas, quizá? Había demasiadas preguntas sin respuesta.

Pero aquellas cuestiones palidecían ante la que planeaba sobre ellos aquel día. Concretamente, por qué Thrawn y él habían sido convocados repentinamente a Coruscant.

No podía tratarse del incidente de Cyphar. El chiss ya había sido absuelto de cualquier posible conducta indebida. ¿Acaso Yularen había descubierto algo nuevo sobre Cisne Nocturno que quería contarles personalmente? ¿O el Alto Mando se había cansado de la obsesión de Thrawn por aquel tipo y querían que dejase de hostigar al resto de comandantes por algo tan simple como que no estuvieran haciendo su trabajo?

¿O quizá Eli había cruzado alguna línea invisible en sus pesquisas y análisis del asunto? El hecho de que hubieran dado órdenes específicas de que se presentase junto a Thrawn le resultaba enormemente inquietante.

—¿Sabe de qué va esto, señor? —le murmuró Eli a Thrawn cuando un grupo de altos oficiales entraron en la sala.

—No. Pero me parece interesante que te hicieran venir también a ti.

Thrawn también había caído en eso. No le sorprendió.

—Intenta leer sus caras —le susurró Thrawn.

Eli reprimió una mueca. Lo intentaba. Lo llevaba intentando desde que los oficiales habían empezado a entrar. Centró su atención en la almirante que abría la comitiva, estudiando su expresión y lenguaje corporal…

Y contuvo la respiración, interrumpiendo su análisis cuando el último hombre entró por la puerta.

El gran moff Tarkin.

Y, de repente, todo era posible. El cargo de Tarkin era técnicamente civil, con un puesto que le otorgaba autoridad sobre una amplia porción del Borde Exterior, pero también vestía el uniforme de la Marina Imperial y sus deberes y autoridad estaban a caballo entre materias civiles y militares.

¿En representación de cuál de aquellos dos ámbitos acudía?

La almirante esperó a que todos se hubieran sentado y se puso de pie.

—Nos hemos reunido aquí esta mañana para rendir homenaje a dos de los nuestros —dijo.

Eli se estremeció. ¿Homenaje? ¿No era otra comisión de investigación ni ningún tribunal militar?

—Nunca un oficial de la Marina Imperial había logrado tantos éxitos en tan poco tiempo —prosiguió la almirante.

Eli sintió un leve alivio, mezclado con una pizca de melancolía. Así que se trataba de eso. Habían convocado a Thrawn para concederle otro ascenso.

No envidiaba aquel reconocimiento. Al contrario, lo tenía más que merecido. Aparte del incordio que suponía para Cisne Nocturno, su historial era una retahila constante de victorias sobre los enemigos del Imperio.

—Por eso, es un gran placer para este comité concederle al comandante Thrawn el rango de comodoro. Enhorabuena, comodoro Thrawn.

Allí estaba. Eli sonrió e intentó mostrarse alegre, porque realmente lo estaba, y se sumó a los aplausos. Hacerlos viajar hasta Coruscant para lo que para Thrawn era una ceremonia bastante común parecía excesivo, pero como mínimo ahora podrían volver al espacio. Mientras la almirante daba un paso adelante y le entregaba a Thrawn su nueva placa de rango, Eli empezó a repasar mentalmente los archivos que debían conducirlos hasta el siguiente nido de contrabandistas…

—También es un honor y un privilegio —continuó la almirante— para este comité rectificar una situación que hemos permitido desde hace demasiado.

Eli frunció el ceño y las listas y manifiestos de carga se esfumaron de su mente. ¿Thrawn se había metido en algún lío que desconocía?

—Por eso este comité tiene también la satisfacción de concederle al alférez Eli Vanto…

Eli contuvo la respiración. Estaba sucediendo. Por fin estaba sucediendo. Después de tanto tiempo, iban a ascenderlo a teniente.

—… el rango…

«Teniente Vanto»: En su cabeza sonaba como un trago de agua fresca tras una sesión de entrenamiento en el dojo. «Teniente Vanto…».

—… de teniente comandante.

Eli sintió que todo el cuerpo se le quedaba rígido. ¿Qué acababa de decir la almirante? ¿Teniente comandante?

No era posible. Que un alférez se saltase tantos rangos de golpe era algo inaudito. Debía haber oído mal.

—Enhorabuena, teniente comandante Vanto —concluyó la almirante.

Y la placa de rango en la mano extendida de la almirante era de teniente comandante, no había duda.

—Enhorabuena —repitió Thrawn, junto a él.

—-Gracias, señor —logró decir Eli—. Y gracias, señora.

Aquello no fue todo; hubo varios discursos breves de los demás miembros del comité, más felicitaciones y visiones emocionantes del glorioso futuro que les esperaba.

En realidad, Eli no oyó nada de aquello.

Para su leve sorpresa, Tarkin se quedó rezagado cuando los oficiales de la marina se marcharon.

—Enhorabuena, comodoro —dijo el gran moff, saludando a Thrawn con la cabeza—. Y a usted también, teniente comandante —añadió para Eli.

—Gracias, Su Excelencia —dijo Thrawn.

—Gracias, Su Excelencia —repitió Eli.

—Una ceremonia preciosa —continuó Tarkin—. Me alegro de haber venido. La gobernadora Arihnda Pryce les manda recuerdos y sus felicitaciones.

—Me preguntaba si lo haría —dijo Thrawn. Eli notó un matiz peculiar en su voz. ¿Alguna broma privada entre Tarkin y él?—. Espero que esté bien.

—Bastante —dijo Tarkin—. Deseosa de ocupar su nuevo cargo.

—Celebro que le hayan ido bien las cosas.

—Y yo —Tarkin alargó la mano y tocó la nueva placa de comodoro en el pecho de Thrawn—. Considérelo una gratificación.

—Gracias, Su Excelencia —dijo Thrawn—. Por favor, dele las gracias a la gobernadora cuando la vea.

—Lo haré —dijo Tarkin—. Ahora creo que tienen enemigos del Imperio de los que ocuparse. Le deseo suerte en la caza.

Tras un saludo con la cabeza a Thrawn, se dio la vuelta y se marchó.

—De nuevo, enhorabuena, teniente comandante Vanto —dijo Thrawn—. Creo que la espera ha valido la pena.

—Sin duda, señor —dijo Eli. Se preguntó qué diría el teniente Gimm cuando viera la nueva placa de rango del antiguo alférez.

Probablemente nada. No es que pudiera decirle gran cosa a un oficial superior.

Pero ver su expresión habría sido impagable.

—Bueno, será mejor que vayamos a nuestra nueva nave —continuó Thrawn, volviéndose hacia la puerta—. Tenemos mucho que aprender.

Eli frunció el ceño.

—¿Nuestra nueva nave?

Thrawn se giró, con una sonrisa socarrona y divertida.

—Veo que no has prestado atención durante la parte final. Ya me lo pareció. Nos han trasladado, comandante. Ahora soy capitán del *Quimera* del DSI.

Eli contuvo la respiración. ¿Le habían dado un destructor estelar imperial a Thrawn?

—No, esto… enhorabuena, señor.

—Gracias, comandante —dijo Thrawn, cada vez más divertido—. ¿Nos vamos?

—Sí, señor.

Fueron hacia la puerta.

—¿Qué ha querido decir el gran moff Tarkin con eso de que su ascenso ha sido una gratificación? —preguntó Eli.

—Creo que solo era una broma.

—Ah —dijo Eli. Un destructor estelar era uno de los mejores destinos posibles, prácticamente el más alto que podía ofrecer la Marina Imperial. Iba a ser un verdadero honor y un privilegio servir a bordo de uno. Como teniente comandante.

Antes de dejar la *Avispa Trueno*, prometió tomarse la molestia de encontrar al teniente Gimm.

CAPÍTULO XX

Raramente se puede alcanzar la victoria en la guerra sin aliados. Algunos aliados proporcionan asistencia directa y ambas fuerzas combaten codo con codo. Otros aliados proporcionan apoyo logístico, ya sean armas y material de combate o sencillamente comida y otros productos esenciales. A veces la forma más eficaz de usar a un aliado es como amenaza, creando una distracción con su mera presencia y obligando al enemigo común a desplegar recursos lejos del principal frente de combate.

Pero apoyar a tu aliado no significa necesariamente que siempre estés de acuerdo con él. Ni con sus objetivos o métodos.

. . .

Ya habían apagado la alarma del *Quimera* cuando Eli llegó al puente. «Un nuevo día», pensó con hastío, mientras bajaba del turboascensor, «una nueva crisis». La vida bajo el mando del comodoro Thrawn era bastante emocionante, pero había momentos en que la persecución y captura de piratas y contrabandistas empezaba a hacerse rutinaria e incluso un tanto aburrida.

Pero aquella crisis no era una más.

El primer aviso de que estaba pasando algo serio fue el grupo apiñado alrededor de Thrawn, tras la cápsula holográfica del puente trasero. Allí estaban no solo el oficial de comunicaciones Lomar, sino también la primera oficial Karyn Faro y el comandante de los soldados de asalto Ayer.

Thrawn miró a Eli y le hizo un gesto para que se acercase.

—Teniente comandante Vanto —dijo, en tono grave—. El primer teniente Lomar acaba de recibir una llamada de auxilio del transporte de tropas *Sempre*. Su capitán informa de que está siendo atacado.

Eli echó un vistazo a la pantalla táctica. Si las posiciones y vectores eran precisos, estaban a más de dos horas de distancia.

—Supongo que no hay nadie más cerca, ¿verdad?

—Nadie con el suficiente arsenal —Thrawn hizo un gesto a Lomar—. ¿Primer teniente?

—El *Sempre* ha identificado a sus atacantes como la fragata *Castilus y* dos escuadrones de cazas estelares V-19 —dijo Lomar—. Aunque podría haber más… los atacantes están usando bloqueadores de señales y las transmisiones del *Sempre* son algo confusas. Tengo gente analizando las grabaciones y si contienen algo interesante lo encontraremos —Lanzó una mirada a Thrawn—. Su última transmisión decía que habían superado sus defensas y que los estaban abordando.

—Hace ocho semanas se denunció el robo de las naves atacantes —añadió Thrawn.

Eli frunció el ceño. Había algo en la voz del comodoro…

—¿Cisne Nocturno estuvo detrás?

—Es posible —dijo Thrawn—. La treta fue bastante imaginativa, lo que puede indicar su implicación en el plan. Pero, aunque esté tras el robo, no creo que esté involucrado en este ataque. Los ataques violentos abiertos no son su estilo.

—Los estilos cambian, comodoro —dijo Faro, en un tono enérgico y con punto de impaciencia—. Y, con el debido respeto, no veo qué importancia tiene la procedencia de las naves, comparada con el hecho de que están ahí, disparando a los nuestros.

Eli se estremeció. La comandante Faro venía con el *Quimera*, había servido como primera oficial bajo el capitán anterior. Nunca era abiertamente insubordinada, pero tampoco se alejaba demasiado. Un primer oficial no debería cuestionar los comentarios de Thrawn, sobre todo no en público.

Pero el chiss se limitó a inclinar la cabeza en su dirección.

—El *Quimera* ya vuela a máxima velocidad para acudir en su auxilio, comandante —dijo—. Y saber su procedencia puede permitirnos anticipar sus objetivos y actos futuros.

—Es un carguero de tropas, señor —dijo Faro, aún con un matiz de impaciencia—. Creo que su objetivo más probable es matar unos cuantos soldados imperiales.

—Quizá —dijo Thrawn—. O quizá no. —Le hizo un gesto a Ayer—. Parece que ese transporte en concreto tiene algo particularmente misterioso.

—Sí, señor —dijo Ayer, mirando con incomodidad a Eli—. Como le dije al comodoro, comandante Vanto, el *Sempre* no carga con tropas.

—¿Va vacío?

—No, señor.

Eli miró a los demás.

—¿Perdone?

—No puedo decir nada más, señor. A ninguno de ustedes —añadió Ayer, mirando con todavía más incomodidad a Thrawn.

—El mayor Ayer ha recibido una comunicación directa de Coruscant, pero no está autorizado a compartir su contenido con nosotros —dijo Thrawn—. Nuestras órdenes son llevarlo a él y a sus soldados de asalto hasta el *Sempre* y deshacernos de las naves atacantes.

—Entendido, señor —dijo Eli, notando una sensación desagradable en su espalda. Las comunicaciones secretas ajenas a la cadena de mando habitual siempre lo ponían nervioso—. ¿Y si necesitan ayuda a bordo?

—No la necesitaremos, señor —le aseguró Ayer.

—¿Y si la necesitan? —repitió Eli.

—No la necesitaremos —repitió Ayer. Su voz poseía una nueva firmeza, lo que dejaba claro que el asunto estaba zanjado—. No puedo decir nada más.

—Estoy seguro de que seremos informados a su debido momento —dijo Thrawn—. Hasta entonces, nuestro deber es llegar al *Sempre* antes de que lo destruyan. Comandante

Faro, realice una revisión completa de las armas y los equipos de ataque. Debemos estar preparados para combatir desde el momento que lleguemos a la zona del ataque. Teniente comandante Vanto, contacte con ingeniería. Si hay alguna manera de aumentar la velocidad del *Quimera* aplíquenla.

El *Quimera* llegó al cabo de una hora y cuarenta y nueve minutos.

Y descubrió que todas sus órdenes eran ya irrelevantes.

El *Sempre* vagaba a la deriva por el espacio. Los tripulantes estaban tirados por toda la nave, muertos. Los compartimentos para tropas estaban desiertos.

Las naves atacantes, por supuesto, hacía mucho que se habían marchado.

—Qué raro —dijo Vanto, mientras se abrían paso con Thrawn entre un amasijo de cadáveres. Ahora que ya no era necesario mantener la confidencialidad, sobre el asunto, Ayer les había permitido, no sin ciertas reticencias, sumarse a sus soldados de asalto en el último barrido de la nave—. Hay quemaduras de bláster en algunos cadáveres, pero no en todos.

—Sí, lo he notado —dijo Thrawn—. Entre los que no tenían, había varios con heridas en la cabeza y el torso.

—Como si les hubieran golpeado —dijo Vanto. Señaló las manchas de sangre de una zona cercana del mamparo—. Y después está eso. Parece que a la mayoría de las víctimas les golpearon la cabeza o el cuerpo contra las paredes y los mamparos.

—Fíjate también en que algunas de esas manchas están a mayor altura que la que tienen las víctimas —dijo Thrawn—. Esa mancha, en concreto. ¿Ves alguna pauta en ella?

Vanto se acercó a la pared y miró la mancha. «*Frunce el ceño mientras piensa. Sus dedos pasan por encima de la mancha, como si la quisiera memorizar*».

—Hay más sangre que en las demás. Esos rastros podrían ser marcas de dedos. ¿Alguien que escribió con sangre?

—Es posible —dijo Thrawn. La mancha estaba borrosa y parecía incompleta, como si hubieran interrumpido al autor. O quizá no había sido ningún mensaje. Sin duda no se parecía a ninguna letra o combinación de letras que él reconociera. Aunque si el autor había sufrido heridas eso podría explicar aquella distorsión.

Pero, ¿por qué iba a escribir tan alto alguien herido? Si no era una palabra, ni el principio de una palabra, podía tratarse de un símbolo o un glifo.

Examinó los cadáveres del suelo. Como Vanto había notado, dos habían muerto por fuego de bláster, los demás habían sido golpeados hasta la muerte. Ninguno era lo bastante alto para haber escrito aquello con comodidad.

Vanto había llegado a la misma conclusión.

—Diría que eso lo hizo uno de los atacante o de los pasajeros.

—Quizá lo averigüemos examinando el dormitorio del escuadrón —dijo Thrawn—. Vamos.

Un soldado de asalto hacía guardia ante la compuerta del dormitorio.

—Lo siento, señor —dijo. «*Su voz filtrada es tensa y apremiante*»—. Está prohibido pasar.

—Soy el comodoro Thrawn —dijo este—. Quiero entrar.

—Lo siento, señor, pero tengo órdenes.

—Le estoy dando nuevas órdenes, soldado —dijo Thrawn—. Los pasajeros se han marchado ya. El secretismo que le ordenaron mantener respecto al *Sempre* ya no es necesario. Sus oficiales y tripulantes imperiales están muertos, y algunos de sus compañeros también. Que podamos hacer justicia con los responsables de este ataque depende de la información que consigamos reunir. Y tiene parte de esa información detrás, al otro lado de esa compuerta.

—Lo siento, señor, pero tengo órdenes —repitió el soldado de asalto. «*Su voz no muestra reconocer la premura de la situación*».

—Soy su comandante, soldado —dijo Thrawn—. ¡Apártese de en medio!

«*Vanto se estremece por el volumen y la vehemencia repentinos. El soldado de asalto reacciona con parecida sorpresa. Se aparta rápidamente de la compuerta*».

—Gracias —dijo Thrawn.

Vanto y él entraron.

—¿Desapruebas mis palabras o mi tono?

—Ninguna de las dos cosas, señor —dijo Vanto—. Solo me han sorprendido. Creo que no le había oído nunca gritar enfadado.

—No estaba enfadado —dijo Thrawn—, Hay gente que no atiende a razones. Hay otros que se niegan a considerar alternativas a sus pautas de comportamiento habituales. En esos casos, romper inesperadamente las pautas del propio comportamiento puede ser un arma eficaz. ¿Qué ves?

Vanto fue hasta el centro del dormitorio. Giró la cabeza poco a poco y detuvo la vista en las hileras de literas de tres pisos.

—Eso no son literas de tamaño estándar. Son medio metro más largas, como mínimo. ¿Y los cargueros de tropas estándar no llevan literas de cuatro pisos?

—Sí —dijo Thrawn—. Este dormitorio está claramente diseñado para pasajeros más corpulentos.

—Y no parece improvisado —dijo Vanto—. Las literas están atornilladas a las paredes, la cubierta y el techo. ¿Para qué tipo de pasajeros diseñaron el *Sempre*? —«*Se queda callado. Sus ojos se concentran en las arandelas de la pared, al lado de cada dos literas. Aprieta los dedos con repentina tensión*»—. No eran pasajeros —dijo, en voz baja—. Eran prisioneros.

—No solo prisioneros —dijo Thrawn—. Eran esclavos.

Faro los estaba esperando cuando Thrawn y Eli regresaron al puente.

—Informe, comandante —le ordenó Thrawn.

—Tengo el análisis del ataque, comodoro —dijo Faro, abriendo un esquema en la pantalla de sensores—. Parece que el fuego más dañino provino de los V-19, que destruyeron los generadores de escudos, hiperimpulsores y subluces; mientras la fragata actuó principalmente como distracción.

—Era de prever —dijo Thrawn—. Doctrina militar establecida… —Miró a Eli—. *Nikhi.*

Eli reprimió una expresión de hastío. Tantos años hablando básico y seguía habiendo palabras que se le escapaban.

—Aparte —dijo.

Thrawn se lo agradeció con un asentimiento.

—Doctrina militar establecida aparte, un escuadrón de cazas estelares bien entrenado y capaz de penetrar puntos defensivos suele ofrecer mayor potencia destructiva que las naves capitales. Fíjese que la destrucción deliberada del hiperimpulsor indica que su objetivo no fue nunca capturar la nave para usarla.

—Venían a liberar a los esclavos —murmuró Eli.

—Exacto —dijo Thrawn—. ¿Hay algún detalle que indique el origen o el método de entrenamiento de la especie de los atacantes?

—Oh, nada que hayamos notado, señor —dijo Faro, frunciendo el ceño—. Ni siquiera sé muy bien cómo podríamos determinar algo así.

—Hay algunas maneras —dijo Thrawn—. Ya hablaremos de eso más tarde —se volvió hacia Lomar—. ¿Primer teniente?

—Hemos terminado de revisar el audio del *Sempre* —dijo Lomar—. Hay media docena de especies que podrían emitir los sonidos que hemos detectado, pero solo los wookiees encajan con las dimensiones de los esclavos descritos.

—Bien —Thrawn sacó su datapad—. En ese caso, esta mancha de sangre se puede interpretar como un emblema, en vez de escritura. Muy bien. Comandante Vanto, a la computadora.

—Sí, señor —Eli se sentó ante el monitor más cercano—. Listo.

—Los esclavos tienen que provenir de Kashyyyk —dijo Thrawn, con los ojos entornados, mientras iba pasando páginas en su datapad—. Pero debe haber un centro de procesamiento fuera del planeta donde examinen su salud y otros parámetros antes de mandarlos a su destino final. Tomando Kashyyyk y nuestra ubicación actual como extremos, busque la ubicación más probable de ese centro.

—Si no tenían prisa, no hay motivo para que vinieran directos hasta aquí —comentó Faro—. Podrían haber realizado ese proceso en cuálquier lugar entre aquí y Alderaan.

—No es cuestión de prisa sino de eficiencia, comandante —dijo Thrawn—. Si ese tipo de transportes han estado llegando de manera constante… —Hizo una pausa y siguió examinando su datapad—. En cualquier caso, el *Sempre* fue modificado para cargar con

wookiees o criaturas de su tamaño. ¿Es razonable suponer que ese centro es permanente, comandante Vanto?

—He buscado todo lo que se encuentra dentro de un doble cono de noventa grados, señor —informó Eli—. Hay muchos sistemas en ese radio.

—Tiene que ser una base militar —dijo Thrawn—. De propiedad y administración exclusivamente imperial. Relativamente aislada, cerrada al tráfico externo y con un alto nivel de materiales importados, superior a lo que su dotación de personal sugeriría.

—¿Por qué no buscan transportes que lleven comida wookiee? —sugirió Faro.

—No creo que la comida wookiee tenga nada de especial, señora —dijo Eli, mientras seguía introduciendo parámetros—. Y aunque lo tuviera, los envíos se harían pasar por maquinaria u otros artículos. No tiene mucho sentido usar un centro de esclavos secreto si le proclamas a la galaxia que estás dando de comer a muchas bocas extras.

—Exacto —dijo Thrawn. Eli vio que seguía mirando su datapad, pero ya no iba de página en página. Debía de haber encontrado lo que andaba buscando—. Es muy probable que haya otra base imperial cerca, menos secreta pero más grande y lo bastante próxima para ofrecer una respuesta rápida, en caso de que fuera necesario.

—Sí, señor —Eli introdujo los últimos parámetros—. Y eso nos da… Lansend Veintiséis. Es una vieja estación aduanera que los Separatistas tomaron durante la guerra y convirtieron en un centro de montaje. El Imperio la recuperó, pero no ha hecho gran cosa con ella.

—Hasta ahora —murmuró Faro—. ¿Cree que deberíamos advertirles de que han destruido uno de sus transportes, señor?

—Haremos más que eso —dijo Thrawn—. Comandante Vanto, dé órdenes al timonel de llevarnos hasta Lansend Veintiséis a la máxima velocidad posible.

—Sí, señor —dijo Eli. Activó el intercomunicador y dio las órdenes.

—¿Por qué iban a ir allí los asaltantes? —preguntó Faro—. ¿No sería más normal que llevaran a los wookiees a algún planeta para refugiados?

—Está presuponiendo que tienen todos los wookiees que quieren —dijo Thrawn.

—¿Me está diciendo que cree que piensan asaltar la estación para liberar más prisioneros? —preguntó Faro, frunciendo el ceño.

—Considere lo siguiente, comandante —dijo Thrawn.

Eli disimuló una sonrisa. Conocía aquel tono.

—Que el *Sempre* saliera del hiperespacio en el punto exacto donde esperaban los atacantes habría sido prácticamente imposible sin ayuda interna —prosiguió Thrawn—. Esa ayuda tuvo que provenir de Lansend o del propio *Sempre.* En ambos casos, significa que los asaltantes contaban con un aliado y saboteador a bordo de la estación.

—Y si sigue allí —dijo Faro, asintiendo—, ¿por qué no sabotea las defensas de la estación?

Thrawn inclinó la cabeza hacia ella.

—Muy bien, comandante.

—Si tienen un saboteador a bordo, ¿no deberíamos advertirles? —comentó Lomar—. A ellos o a… Comandante Vanto, ¿el comodoro tenía razón con lo de la otra posible estación cercana?

—Sí —dijo Eli—. La base Baklek, a veinticinco minutos de vuelo.

—No podemos efectuar ninguna comunicación —dijo Thrawn—. No queremos alertar a los asaltantes de nuestra presencia.

—Con el debido respeto, señor, me sigue pareciendo algo excesivo —dijo Faro—. Si alguien saboteó el *Sempre*, es muy probable que Lansend recibiese la misma llamada de auxilio que nosotros y sepa que están en problemas. Atacar a un transporte desprevenido es una cosa, atacar una estación bien pertrechada es otra muy distinta.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn—. De todas formas, creo que lo intentarán.

—¿Por qué son unos locos idealistas y eso los convierte en unos suicidas?

—No —dijo Thrawn—. Porque nos advirtieron que iban a hacerlo.

Faro miró con cara de sorpresa a Eli.

—¿Cómo?

—El dibujo que dejaron entre los cadáveres —dijo Thrawn—. Ahora sabemos que los esclavos eran wookiees. La mancha que encontramos es un símbolo de clan, subrayada con una marca de advertencia o desafío.

Eli se estremeció al entender por dónde iba Thrawn.

—¿Y un desafío significa venganza?

—En las culturas tribales como la wookiee suele ser así —confirmó Thrawn—. Aunque no haya más wookiees que rescatar a bordo de la estación, querrán vengarse de aquellos que los esclavizaron. Y, dado que es probable que la estación aún no esté enterada de sus actos, deben atacarla lo antes posible.

—Solo puede ser Lansend —comentó Eli.

—Esperemos —dijo Thrawn—. En cualquier caso, ojalá lleguemos a tiempo de cazar a los asaltantes con las manos en la masa.

—Seguimos sin señal de la estación —informó Vanto. *«Su voz está crispada por la expectación del combate, su tono indica que hay un torbellino de posibilidades y patrones en su cabeza»*—. Salimos en quince segundos.

—Arsenal y tripulación listos —dijo Faro—. Escuadrón de TIE preparado para despegar.

—La comunicación para la base Baklek está lista —dijo Lomar—. Mensaje pregrabado a punto.

Las líneas estelares parpadearon y el *Quimera* ya estaba allí.

Y la batalla ya se había iniciado.

—Están atacando la base —dijo Vanto—. Veo una fragata… y veintidós cazas estelares V-19. Los cañones láser de estribor de la base están inutilizados; las armas de babor siguen abriendo fuego.

—Desplieguen los TIE —ordenó Thrawn—. Su prioridad es inutilizar la fragata, sin destruirla. Comuniqúense con la base Baklek y añadan los detalles del comandante Vanto al aviso. Comuniqúense con Lansend para solicitar un informe de situación.

En muchas casos, la estrategia de ataque del oponente delataba su origen. Allí, la batalla ya había desembocado en el caos y cada caza estelar hacía la guerra por su cuenta.

Pero, incluso en un desorden mayúsculo como aquel, se podían detectar patrones y conexiones. Thrawn estudió los movimientos de los V-19, buscando repeticiones.

—*Quimera*, le habla el coronel Zenoc —«*La voz del altavoz del puente es tensa, pero no está asustada*»—. Bienvenido. Es muy oportuno.

—Coronel, le habla el comodoro Thrawn —dijo este—. Tiene un saboteador a bordo de su estación.

—La hemos encontrado, desarmado y encerrado —dijo Zenoc—. Por desgracia, antes pudo inhabilitar las comunicaciones de largo alcance y los sistemas defensivos de estribor. Se supone que la base Baklek está de guardia… ¿pueden avisarlos por nosotros?

—Ya lo hemos hecho —dijo Thrawn—. Necesito los planos de su base.

—Bien —dijo Zenoc—. Se los mando. Le incluyo las lecturas de nuestros sensores internos en tiempo real.

—Excelente —dijo Thrawn—. ¿Comandante Vanto?

—Los planos y las lecturas de sensores se están cargando —dijo Vanto.

Aparecieron los planos, con puntos móviles que indicaban las posiciones de atacantes y defensores.

—Se han infiltrado por la compuerta de amarre de estribor —continuó Zenoc—. Por ahora seguimos resistiendo, pero nos están obligando a recular. Parece que intentan abrumar nuestras defensas de babor para mandar otro pelotón de abordaje por allí y atraparnos en pinza.

—Mis cazas estelares están combatiendo a esos asaltantes —dijo Thrawn—. ¿Comandante Vanto?

—Los V-19 de babor se han dispersado —informó Vanto—. La mitad ha dado la vuelta para repeler a los TIE y la otra mitad sigue atacando las defensas de la estación. Los V-19 de estribor vuelven para defender la fragata.

—Demasiado tarde —gritó Faro. «*Su voz contiene una siniestra satisfacción*»—. Hemos inutilizado el hiperimpulsor de la fragata. Nuestros visitantes no irán a ninguna parte.

—Ordenen a los TIE que se concentren en los V-19 —dijo Thrawn. Los movimientos del personal de la estación le habían revelado un patrón—. Coronel Zenoc, ¿tiene personal en las zonas A-cuatro, A-cinco y B-cinco?

—No, señor.

—¿Hay esclavos en esas zonas?

Se produjo una breve pausa.

—No estoy autorizado a hablar de eso, comodoro.

—Si quiere salvar su estación, coronel, debe responder a mi pregunta.

Otra pausa.

—Hay… personal no militar en la zona B-cinco —dijo Zenoc.

—Gracias —dijo Thrawn—. Lleve a todo su personal hasta la B-ocho y resistan allí.

—¿A la B-ocho? —*«La voz de Zenoc revela confusión»*.

—Sí —dijo Thrawn—. Comandante Faro, he indicado siete blancos de disparo en la parte de estribor de la estación. Necesito que los turboláseres disparen con máxima precisión, ¿puede hacerlo?

—Por supuesto, comodoro —le confirmó Faro—. Estoy mandando los blancos a los artilleros… Artilleros esperen órdenes.

—¿Coronel Zenoc?

—Nos hemos retirado —dijo Zenoc. *«Su voz sigue revelando confusión, y ahora se le han sumado el recelo y la desconfianza»*—. Pero esta no es una posición defendible, señor. Si nos obligan a seguir retrocediendo, nos veremos en apuros.

—No los obligarán —lo tranquilizó Thrawn—. La batalla ha terminado. Turboláseres: abran fuego.

En el plano, los siete puntos marcados se iluminaron cuando sus cascos se desintegraron. Tras ellos, los sensores pintaron cuatro zonas internas de un rojo intenso, donde el aire del interior escapaba al espacio.

—¿Qué demonios? —bramó Zenoc—. *Quimera*, ¿acaban de dispararnos?

—Sí —le confirmó Thrawn—. Creo que ahora tiene a los intrusos atrapados en sus posiciones actuales.

Otra pausa.

—Que me aspen —dijo Zenoc. *«Sus recelos y confusión previos han desaparecido. Su voz revela ahora sorpresa y comprensión»*— ¿Y B-cinco?

—Intacto, aunque ahora está aislado del resto de la estación —dijo Thrawn—. Seguiremos combatiendo a la fragata y a los V-19. Le sugiero que invite a los intrusos a rendirse, antes de iniciar la operación de acceso de emergencia.

—Sí, por supuesto —*«La voz de Zenoc revela alivio y cierto punto de humor»*—. Gracias, comodoro. Excelente trabajo.

—No se merecen, coronel —dijo Thrawn—. Seguiremos luchando hasta que lleguen refuerzos de Bakiek. Después dejaremos que se ocupen de sus prisioneros mientras nosotros recuperamos el *Sempre* y se lo devolvemos. Imagino que tienen órdenes para este tipo de contingencias.

—Así es —dijo Zenoc. *«Su voz se serena cuando la inmediatez de la batalla queda atrás y recuerda la pérdida de la tripulación del transporte»*—. Estaremos preparados para su regreso. Y gracias de nuevo, comodoro.

—¿Comandante Faro? —dijo Thrawn.

—Las fuerzas enemigas se han reducido a la fragata maltrecha y a tres V-19 operativos —informó Faro—. Supongo que quiere que los acorralemos y capturemos los cazas restante intactos si es posible, ¿verdad?

—Solo si es posible —dijo Thrawn—. Si no lo es, el Imperio ya tiene suficientes prisioneros para interrogar entre el resto de supervivientes.

—Sí, señor.

Vanto se le acercó.

—¿Comodoro? —dijo, en voz baja y con preocupación—. ¿Qué vamos a hacer con los wookiees?

—Los dejaremos allí.

Vanto se quedó callado un momento.

—No me siento del todo cómodo con la idea de que el Imperio emplee esclavos, señor.

—Las apariencias a veces engañan, comandante —dijo Thrawn—. Los llaman «esclavos», pero puede que sean trabajadores con contrato. O prisioneros trabajando para reducir su pena. Quizá se hayan vendido como esclavos para saldar deudas que tenían en su planeta. He visto ese tipo de cosas más de una vez.

—¿De verdad lo cree posible?

—No —dijo Thrawn, en un tono más adusto—. Pero las circunstancias que los han forzado a servir al Imperio ya no importan. Son un bien del Imperio, y serán tratados como tal.

—Entendido, comodoro.

CAPÍTULO XXI

Cada cultura es distinta. Cada especie es única. Eso plantea desafíos al guerrero, que a menudo tiene que descubrir la estrategia, los objetivos y las tácticas del oponente basándose en pequeños indicios.

Pero el peligro de malinterpretar a un oponente en ocasiones resulta mayor aún en política. Ahí, uno casi nunca cuenta con la claridad de las armas abriendo fuego, ni con movimientos de tropas que delaten el peligro inminente. A menudo, el único indicio de conflicto llega cuando la batalla ya se ha desencadenado.

La compuerta de la lanzadera se abrió, dejando entrar el cálido aire de la tarde.

Después de tantos años, Arihnda había vuelto a su hogar.

Se detuvo en lo alto de la rampa y dedicó un momento a mirar los edificios de Ciudad Capital antes de volverse hacia el paisaje más rústico de los alrededores. Tras la gigantesca urbe de Coruscant, la vista de vegetación salvaje resultaba casi impactante.

—Bienvenida a casa, gobernadora —gritó alguien desde el pie de la rampa.

Arihnda miró hacia abajo. Allí estaba Maketh Tua, vestida con el azul y gris de los ministros imperiales, con un destello de su cabellera rubia asomando debajo de su casco cónico ceñido. Llevaba un datapad en la mano y su sonrisa desprendía un punto de nerviosismo.

—Gracias —dijo Arihnda, bajando la rampa y deteniéndose ante ella—. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí, gobernadora —confirmó la mujer—. Más de un año desde que accedió al cargo, de hecho.

Arihnda notó que torcía los labios. Y en aquel año había pasado menos de una semana allí, normalmente solo unas horas por visita, gobernando a distancia el mundo que tanto le había costado conseguir. Pasaba la mayor parte del tiempo en Coruscant, haciendo amigos, promocionando Lothal entre los millares de mundos del Imperio y buscando información incriminatoria para el gran moff Tarkin.

Pero por fin, por fin, había llegado para quedarse.

Tras las relucientes luces de Coruscant no estaba del todo segura de lo que opinaba sobre su vuelta a Lothal.

—Eso significa también que hace más de un año que fue nombrada supervisora de la producción industrial —dijo—. Dígame, ¿cómo va la producción industrial de Lothal?

—Bastante bien, Su Excelencia, bastante bien —dijo Tua—. Tengo todos los datos para que los analice, en cuanto esté instalada y lista.

Arihnda alargó la mano en silencio. La expresión animada de Tua se diluyó, solo ligeramente, y le dio apresuradamente el datapad.

—El archivo de arriba, Su Excelencia.

—Gracias —Arihnda abrió el archivo, mirando a Tua por el rabillo del ojo. La mujer había sido asistente ministerial en los últimos dos meses de la administración del gobernador Azadi. La repentina destitución y el arresto de este, acusado de traición, habían sido traumáticas para todo el personal gubernamental y, a pesar del tiempo transcurrido, era evidente que Tua no lo había superado del todo.

Esperaba que todos se sintieran igual. Los subordinados nerviosos trabajaban más duro y no se ensuciaban las manos. Hasta que su recién regresada jefa no les diera mejores sensaciones, serían educados, enérgicos y fáciles de controlar o intimidar.

Lo que era perfecto, porque la intimidación iba a empezar de verdad.

—¿A qué se debe este descenso en la producción de las refinerías? —preguntó, dando la vuelta al datapad—. ¿Veinte por ciento en los últimos cuatro meses?

—Son las minas, Su Excelencia —dijo Tua—. Se han explotado tanto en los últimos años que se están quedando sin mineral de calidad.

—¿En serio? —dijo Arihnda, sosegando levemente el tono.

Tua sintió un nudo en la garganta.

—Se han explotado muchísimo —repitió—. Y cada vez cuesta más encontrar mineros cualificados. Muchos jóvenes se enrolan en la Academia… el comandante Aresko instauró una serie de incentivos. Pero sencillamente ya no quieren trabajar en las minas. Ahora que las maneja el Imperio en lugar de las antiguas familias mineras…

—Pues traiga mineros de otros planetas —la cortó Arihnda. Ya había notado que las minas explotadas por el Imperio habían sufrido grandes pérdidas de obreros—. Mis padres… —Se calló cuando una cifra de la lista llamó su atención—. ¿El filón de doonio ya se ha agotado? No es posible.

—Lo lamento, Su Excelencia, pero así es —dijo Tua—. Yo misma he bajado a la mina. Ya se ha extraído todo el doonio.

—Entiendo —dijo Arihnda, abriendo los datos completos de Minería Pryce. El hecho de que Renking hubiera conservado el nombre era un motivo más de irritación—. En ese caso, Minería Pryce no merece el esfuerzo que se le está dedicando. Clausúrela.

Tua quedó boquiabierta.

—¿Perdone, Su Excelencia?

—¿No ha quedado clara mi orden?

—No, Su Excelencia —dijo Tua, apresuradamente—. ¿Quiere… que la cerremos ahora mismo?

—Ahora mismo —le confirmó Arihnda—. Cuando termine el actual turno. Ocúpese personalmente, ministra.

—Sí, Su Excelencia —Se dio la vuelta y echó a andar.

—¿Ministra?

Tua se volvió.

—¿Sí, Su Excelencia?

Arihnda le tendió el datapad.

—Tengo entendido que el senador Renking está en Lothal en estos momentos —-dijo, mientras Tua recuperaba el aparato—. Que alguien le anuncie que quiero verlo en mi oficina cuanto antes.

Su oficina en el edificio del gobierno estaba tal como la había dejado, impoluta pero poco amueblada. Los partidarios de Azadi se habían llevado todos los efectos personales de este tras su arresto y Arihnda no se había tomado la molestia de remplazados.

Ni pensaba hacerlo. Estaba allí para trabajar, no para relajarse entre baratijas y souvenirs.

Se pasó el resto de la mañana y la primera hora de la tarde leyendo los datos acumulados desde el último informe enviado por Azadi a Coruscant. La industrialización de Lothal avanzaba a un ritmo gratificante, pero aún existían algunas deficiencias graves por solucionar.

Prácticamente había anochecido cuando el droide de la recepción le anunció la llegada de Renking.

Tal como Arihnda esperaba, el senador cruzó la puerta sin esperar que le diera permiso para entrar.

—Bienvenida de vuelta, Su Excelencia —dijo, sin el menor rastro de sinceridad en su voz—. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse esta vez?

—Espero que sea permanente —dijo Arihnda.

—Maravilloso. —Se detuvo ante la mesa y su expresión se ensombreció—. Bueno, ¿de qué demonios va eso de cerrar mi mina?

—¿Su mina? —replicó Arihnda, con serenidad—. Perdone, pero no sabía que tuviera ninguna mina. Creía que todas las de Lothal eran propiedad o estaban bajo control del Imperio.

—Ya sabe a qué me refiero —dijo Renking—. Su vieja mina… Minería Pryce. Mi acuerdo con el Imperio hacía que me correspondieran un diez por ciento de los beneficios.

—Ese ya habría sido motivo suficiente para cerrarla —dijo Arihnda—. Pero no se haga ilusiones, ha sido una simple decisión empresarial. El filón de doonio se ha agotado y no quedan los suficientes mineros experimentados para malgastarlos en minas poco productivas. Por eso Minería Pryce cierra y sus empleados serán transferidos a otras explotaciones.

—Imagino que usted decidirá dónde irá cada uno de ellos —preguntó Renking, con aire receloso.

—De eso se ocupará la ministra Tua —dijo Arihnda—. Pero parece justo ofrecer los mejores puestos a los empleados con mayor antigüedad.

—Que, casualmente, son los que quedan de cuando usted administraba la mina, ¿verdad?

—La antigüedad funciona así.

Renking resopló entre dientes.

—Ya sabe que no tengo por qué soportar esto —dijo—. Puedo traer mis propios expertos y demostrarle que la producción de la mina está, al menos, a la altura de cualquier otra de todo Lothal.

—Podría —coincidió Arihnda—, pero no lo hará. ¿Quiere saber por qué?

—Lo estoy deseando —le espetó él, sarcásticamente.

—Primero: porque Minería Pryce es demasiado pequeña para que la batalla merezca la pena —dijo, contando con los dedos—. Además, usted tiene otras explotaciones mucho más rentables, sobre todo ahora que el doonio se ha terminado. Segundo: porque cada favor que pide por una mina sin valor es un favor que no podrá pedir en otra ocasión. Conozco su manera de trabajar. No se puede permitir malgastar los favores por simple orgullo.

Arihnda endureció su expresión.

—Y tercero: la única manera de que yo haya llegado al cargo de gobernadora a mi edad es porque cuento con amigos y mecenas poderosos. Muy poderosos. Y, a pesar de lo mucho que ha investigado, me atrevo a decir que sigue sin tener la menor idea de quién son. Hasta que lo sepa, no se atreverá a mover un dedo contra mí.

Se quedaron mirándose un buen rato, a cada lado de la mesa. Después, tras otro resoplido suave, Renking inclinó la cabeza.

—En ese caso, gobernadora, creo que nuestra conversación ha concluido.

—Diría que sí, senador —coincidió Arihnda—. Buenas tardes.

Esperó que Renking hubiera salido de su oficina y los droides porteros le hubieran comunicado que había abandonado el edificio. Después, echó mano al holo de su mesa y tecleó un número familiar.

La pantalla se iluminó con la cara triangular, los ojos brillantes y la prominente cresta craneal de una hembra anx.

—Hola, Eccos —dijo Arihnda—. Soy Arihnda Pryce. ¿Qué tal le va?

Por un momento sus ojos la miraron, sin comprender. Después, abruptamente, la jefe minera anx lanzó una retahila en shusugaunt.

—Calma, Eccos, calma —dijo Arihnda—. En básico, por favor… mi shusugaunt está bastante oxidado. Sí, he vuelto. Sí, sigo siendo gobernadora. Pero eso no significa que no podamos seguir trabajando juntas. Si se sigue dedicando a ganar dinero, claro está.

—Por supuesto —dijo Eccos, sus palabras apenas eran comprensibles debido a su fuerte acento.

—Bien —dijo Arihnda—. Ya debe de saber, por supuesto, que Minería Pryce tenía un filón de doonio que estaba explotando. Supongo que también sabe que el filón se ha agotado.

—Sí, ambas cosas —dijo Eccos, claramente apenada—. Es muy triste.

—En realidad no, puesto que las dos sabemos que no es cierto —dijo Arihnda, serenamente—. Vi el informe y sé que el bloque de granito que supuestamente indicaba el final del filón no es más que una barrera. Sigue habiendo doonio al otro lado.

—¿En serio? —dijo Eccos, aparentemente sorprendida—. ¿Está segura?

—Por supuesto —dijo Arihnda—. Porque lo ha estado extrayendo usted.

Las mejillas de Eccos se arrugaron por la consternación.

—Gobernadora Pryce…

—No se moleste en negarlo —la cortó Arihnda—. Porque también he visto sus cuentas. La llamo para decirle que acabo de cerrar Minería Pryce. Eso significa que desde mañana mismo puede ponerse a trabajar a todo tren en ese filón, sin preocuparse porque algún secuaz de Renking oiga sus máquinas al otro lado del granito.

Sus mejillas se volvieron a arrugar, esta vez en dirección opuesta.

—No… no sé qué decir.

—Pues no diga nada —dijo Arihnda—. Solo extraiga ese doonio y haga que lo procesen. —Miró fugazmente el mapa que había abierto en su datapad—. Dependiendo de hacia donde vaya el filón, quizá debamos expropiar a un par de granjeros para extraerlo. Avíseme si lo ve necesario.

—Sí, gobernadora Pryce —dijo Eccos—. Que tenga dulces sueños.

—Igualmente —dijo Arihnda.

Cortó la comunicación, con la vulgaridad de aquella despedida chirriándole aún en la cabeza y los oídos. Siempre había creído que Lothal era dolorosamente rústico, pero su vida en Coruscant había acentuado aún más el contraste. Volvió a su ordenador.

Y se detuvo. Por la ventana que deba al oeste vio que el sol se empezaba a poner.

Se lo quedó contemplando un momento, recordando el momento en que su madre fue arrestada y sus vidas cambiaron para siempre. Entonces había pensado que los habitantes de las grandes ciudades probablemente no veían nunca ni el horizonte ni el atardecer y se había preguntado si alguna vez pensarían en aquellas cosas. O si les importarían.

Arihnda había vivido en Coruscant, la mayor ciudad de la galaxia.

Y, mientras miraba por la ventana, se dio cuenta de que en realidad no le importaba.

Apretó el botón de cierre de las persianas, dio la espalda al lejano horizonte y volvió al trabajo.

Los siguientes meses fueron una desagradable combinación de trabajo frenético, irritantes tratos con los lugareños y un tedio implacable. Lothal era exactamente como Arihnda recordaba: repleto de humanos paletos, no humanos aún más paletos, pautas de nepotismo que solían menoscabar los intereses imperiales en el planeta y una estructura social que no ofrecía ningún entretenimiento en absoluto.

El nepotismo era lo peor. Durante los años que había pasado en la capital, el Imperio había fomentado la industria en Lothal, ampliado las minas y desplegando gradualmente más tropas para supervisarlo todo.

Pero no todo el mundo estaba contento con el nuevo rumbo del planeta. A los viejos líderes y familias les molestaba la lenta erosión de su poder y no disimulaban sus

esfuerzos por sumar a amigos, socios y todos los miembros de su red de influencias a las protestas contra aquel nuevo orden. La respuesta imperial había sido predecible: se había reprimido la libertad de expresión y se habían restringido otras libertades y tras aquello se había seguido operando con normalidad como de costumbre.

Parte de esa normalidad implicaba expropiar a granjeros de sus tierras, a veces para instalar nuevas fábricas o instalaciones militares, aunque más habitualmente para ampliar explotaciones mineras. Naturalmente, los granjeros protestaban por aquellas expropiaciones forzosas y sumaban a sus amigos al conflicto, lo que desembocaba ocasionalmente en violencia.

Eran conflictos infructuosos. Lothal disponía de tierras de cultivo más que suficientes para sus necesidades y, de hecho, seguía siendo un mundo exportador de alimentos. El puñado de granjas perdidas era insignificante, pero los granjeros desplazados no solían verlo así y rechazaban las ofertas de empleo en fábricas o minas sin pensárselo dos veces.

Aun así, a pesar de las protestas de una minoría, el trabajo seguía avanzando. Los que habían asegurado que el desarrollo crearía trabajos y prosperidad se estaban reivindicando. Los que habían criticado la presencia imperial y pregonado desgracias eran ya un murmullo prácticamente imperceptible.

Pero no todas las amenazas eran internas. Arihnda llevaba tres meses en Lothal cuando un peligro inesperado asomó la cabeza.

—Sí, Su Excelencia, vi ese informe hace unos días —dijo la ministra Tua, frunciendo el ceño por la confusión que le generaba la página que había abierto Arihnda en su ordenador—. No veo qué problema hay.

—¿No? —dijo Arihnda, en tono sombrío. A pesar de la larga experiencia de Tua administrando las infraestructuras industriales de Lothal, había cosas que se le escapaban por completo—. El gobernador de Kintoni se ofrece para ampliar sus instalaciones militares y de mantenimiento, ¿y usted no ve ningún problema?

—No, Su Excelencia —dijo Tua, aparentemente más desconcertada que nunca—. Me parecía que cuanta más presencia naval tuviéramos en la zona mejor. Con tanto pirata y contrabandista…

—No queremos mayor presencia naval en esta zona —gruñó Arihnda. ¿Aquella mujer no entendía nada?—. Queremos mayor presencia naval en Lothal. ¿Lo entiende? Solo en Lothal.

Tua se encogió en su silla, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el miedo. Bien.

—Su Excelencia…

—Queremos que Lothal sea el corazón de esta parte del Borde Exterior —dijo Arihnda, en voz baja. Por algún motivo, aquel tono más suave pareció asustar a Tua mucho más que su anterior arrebato de ira—. Eso significa industria, minería, comercio,

más academias civiles y militares para jóvenes… y una potente presencia de la marina para controlarlo todo. Si Kintoni empieza a atraer a nuestras naves todo se desmoronará.

Arihnda arqueó las cejas.

—¿Quiere vivir en el Lothal del pasado, ministra Tua? ¿Lo recuerda?

A Tua le costó hablar.

—Entiendo, Su Excelencia, pero…

—Pero no sabe qué podemos hacer al respecto —dijo Arihnda, repentinamente asqueada. A pesar de la educación que había tenido Tua en el extranjero seguía pensando como una nativa. Es decir, no pensaba mucho—. Me marcho inmediatamente a Coruscant —dijo, apagando la pantalla y levantándose. Ya podía olvidarse de sus planes de instalarse allí de forma permanente—. Se queda a cargo de todo hasta que regrese.

—Sí, Su Excelencia —dijo Tua, poniéndose de pie—. Eh… ¿puedo preguntarle hasta cuándo estará fuera?

—Hasta que haya solucionado esto —dijo Arihnda—. Cómo sea.

—Lo siento, pero el gran moff Tarkin no está en Coruscant ahora mismo —dijo la recepcionista, en tono educado pero ausente—. Si lo desea, puedo dejarle un mensaje.

—No es necesario —dijo Arihnda. De hecho, no esperaba que Tarkin estuviera allí, pero había merecido la pena intentarlo—. Solo añádale una nota en lo próximo que tenga que mandarle diciéndole que la gobernadora Arihnda Pryce de Lothal le manda recuerdos.

—Sí, gobernadora.

No la había reconocido, ni por su cara, ni por su nombre. En realidad, no le sorprendía. Había miles de gobernadores en el Imperio y no podía esperar que nadie memorizase ni una décima parte de ellos.

Aun así, Arihnda había albergado esperanzas de que la reconocieran.

El holocomunicador del aerodeslizador estaba parpadeando con una llamada en espera cuando regresó. Miró quien era, sonrió para sí y lo activó.

—Gobernadora Arihnda Pryce al habla —se identificó para el hombre uniformado que respondió—. Respondo a la llamada del comodoro Thrawn.

—Un momento, gobernadora. —La pantalla quedó en negro. Al cabo de un minuto, aparecieron la cara azul y los ojos rojos de Thrawn, que tan bien conocía.

—Señorita Pryce —dijo Thrawn, inclinando la cabeza para saludarla—. Aunque debería decir gobernadora Pryce.

—Gracias por devolverme la llamada, comodoro —dijo Arihnda, decidida a ignorar aquel desliz. Estaba lo bastante familiarizada con la falta de tacto de Thrawn en asuntos sociales y políticos para saber que no pretendía ofenderla. Además, nunca era buena idea reprender a alguien que iba a serte útil—. ¿Ha podido echar un vistazo a las propuestas que le envíe?

—Sí —dijo Thrawn, bajando la vista hacia algo que quedaba fuera del ángulo de cámara—. Si lo he entendido bien, quiere que le diga dónde creo que sería más conveniente ampliar la presencia de la marina en esa zona del Borde Exterior, en Lothal o en Kintoni.

—Eso es —dijo Arihnda, cruzando los dedos mentalmente. Había luchado contra sus instintos naturales y había descartado su plan inicial de inclinar los datos y las propuestas a favor de Lothal. Thrawn podría notarlo y perdería toda posibilidad de sumarlo a su bando—. Evidentemente, tengo intereses particulares en la cuestión, pero he intentado mostrar las alternativas de la manera más ecuánime posible.

—Y lo ha conseguido, gobernadora —dijo Thrawn, mirando todavía hacia otro lado—. Me tomé la libertad de contrastar sus notas y mapas con los archivos de la marina. Su presentación es notablemente imparcial.

—Gracias —dijo Arihnda, con un escalofrío recorriéndole la espalda. Daba gracias por no haber intentado inclinar la balanza—. ¿Y cuál es su conclusión?

—Ambos sistemas ofrecen ventajas —dijo Thrawn, volviéndose por fin para mirarla—. Pero, si tuviera que quedarme con uno, elegiría Lothal.

Arihnda exhaló sin hacer ruido.

—Gracias, comodoro. ¿Puedo mencionar su parecer cuando haga mi presentación ante el Alto Mando?

—No será necesario, gobernadora —dijo Thrawn—. He elaborado un análisis completo con mis conclusiones. Puedo mandárselo ahora mismo, si lo desea.

—Por supuesto —dijo Arihnda—. Gracias.

—De nada. Estoy encantado de ayudar a la marina imperial en todo lo que esté en mi mano. ¿Algo más?

—De momento no, comodoro. Espero volver a verlo pronto. Adiós.

—Adiós, gobernadora.

El archivo tardó unos minutos en cargarse, primero en su aerodeslizador y después en una tarjeta de datos. Arihnda observó el proceso, repasándolo mentalmente. Con la bendición de Thrawn ya conseguida, solo le quedaba una persona que ver antes de defender su propuesta ante el Alto Mando.

Y había dejado a aquel contacto para el final deliberadamente. Se guardó la tarjeta de datos en el bolsillo y dedicó un momento a prepararse mentalmente. Después se incorporó al tráfico y cruzó el Distrito Federal hasta un lugar familiar, muy familiar.

La oficina del senador Domus Renking.

—No esperaba verla por aquí hoy —comentó Renking, tenso mientras acompañaba a Arihnda. Le pareció que continuaba molesto por la pérdida de Minería Pryce, pero que seguía siendo incapaz de tomar ninguna represalia contra ella—. Me enteré de que estaba

en Coruscant, pero supuse que se reuniría con esos amigos y mecenas poderosos con los que me amenazó.

—La vida social puede esperar —dijo Arihnda, sacando una tarjeta de datos—. Supongo que habrá oído que Kintoni ha solicitado ampliar la presencia de la marina en su sistema.

—Por supuesto —dijo Renking, frunciendo el ceño, mientras se sentaba ante su escritorio—. ¿Qué sucede?

—Ni siquiera la marina dispone de recursos ilimitados —dijo Arihnda, con toda la paciencia de la que fue capaz. Debería haber sospechado que Renking estaría demasiado concentrado en sus ridiculas intrigas políticas para entender la verdadera intención de la petición de Sanz—. Cada crédito que gastan en Kintoni es un crédito no gastado en Lothal. Así que debemos impedirlo.

—Muy bien, fantástico —dijo Renking—. Entendido. Supongo que ya ha pensado algo.

—Por supuesto —dijo Arihnda—. Es un plan con tres partes. Primera, tengo una propuesta que muestra lo que Lothal puede ofrecer en instalaciones de aterrizaje y mantenimiento. Aquí están todos los detalles. —Le dio una tarjeta de datos—. Segunda, tengo un análisis y una recomendación favorable a la candidatura de Lothal del comodoro Thrawn. Tercera…

—¿Thrawn? —la cortó Renking, frunciendo el ceño de nuevo—. ¿El teniente de piel azul que conocimos en la fiesta de la Semana de la Ascensión?

—Sí. Aunque ahora es comodoro —dijo Arihnda—. Y muy respetado por el Alto Mando. Su opinión debería ser relevante. Y tercera, quiero que usted se trabaje a la gobernadora Sanz —dijo, arqueando las cejas.

—¿Que me la trabaje cómo?

—No lo sé —dijo Arihnda, con impaciencia—. Hable con ella, discútalo, convénzala… haga lo que crea oportuno. Pero debe lograr que retire su propuesta.

—Puedo intentarlo —dijo Renking—. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—La presentación de las propuestas se hará dentro de seis días. Hasta entonces, estaré puliendo la mía y buscando aliados en el Senado. Le sugiero que aproveche ese tiempo para trabajarse a Sanz.

—Entendido —dijo Renking—. ¿De la manera que crea conveniente?

Arihnda levantó una mano.

—Haga lo que se le da mejor, senador. Haga lo que se le da mejor.

—Todos en pie —entonó el suboficial que había junto a la mesa baja.

Arihnda estaba sentada en la galería de candidatos, con Renking junto a ella, y se levantó cuando un funcionario y dos civiles entraron en la sala. Vio a la gobernadora Sanz al otro lado del estrecho pasadizo, poniéndose en pie a la vez que todos los que

ocupaban aquella parte de la galería. Le pareció que tenía la espalda extraordinariamente tensa.

El comité tomó asiento y, mientras los candidatos se sentaban, la civil del centro recogió el datapad que tenía sobre la mesa, justo enfrente.

—El comité de selección del Alto Mando imperial ha estudiado las distintas propuestas presentadas —dijo—. Estamos aquí para anunciar públicamente sus decisiones. —Dio unos golpecitos al datapad—. Primero: en la cuestión de Lothal contra Kintoni con relación al contrato de ampliación del despliegue e instalaciones de la marina, el contrato se ha otorgado a Lothal.

Arihnda sintió que la invadía una oleada de alivio. Miró al otro lado de la galería y le pareció que Sanz estaba menos rígida.

Era extraño, teniendo en cuenta que acababan de rechazar su propuesta. Quizá no deseaba aquel contrato tanto como aseguraba.

—Podemos marcharnos —le dijo Renking, con premura, dándole un golpecito en el brazo.

—Vaya, vaya —susurró Arihnda, estudiando su datapad—. Las siguientes peticiones también tienen relación con el Borde Exterior, quiero ver qué pasa.

Renking gruñó.

—Genial —dijo y se sumergió en un silencio taciturno.

Arihnda había analizado los distintos casos y no le sorprendió ninguna de las decisiones del comité. Finalmente, tras veinte minutos, hizo un gesto a Renking para señalarle el pasadizo. Este se levantó y salió de su fila de asientos, con Arihnda a su estela.

—Todo ha salido bien —comentó Renking mientras abandonaban la sala de conferencias e iban hacia la salida del edificio—. Supongo que tengo que felicitarla.

—Gracias —dijo Arihnda. Por el rabillo del ojo, vio que una mujer vestida con una guerrera del DSI venía desde la puerta hacia ellos—. Aunque no habría sido posible sin usted.

—Celebro haber podido ayudar…

—¿Senador Domus Renking? —dijo la mujer.

Renking se volvió hacia ella, dando un leve respingo al ver su uniforme.

—Sí —dijo, con cautela.

—Mayor Hartell, del DSI —se identificó la mujer—. Necesito que me acompañe, señor.

—¿Para qué? —preguntó Renking, con un gesto cada vez más sombrío—. ¿A qué viene esto?

Arihnda se dio cuenta de que los transeúntes empezaban a detenerse y ralentizar su paso y a que todas las cabezas se giraban para mirarlos.

—¿De verdad quiere hablarlo aquí, senador? —preguntó Hartell.

—Le diré lo que no quiero —replicó Renking, empezando a alzar la voz—. No quiero que ningún esbirro del DSI me ponga en una lista para que otro esbirro del DSI pueda presionar al Senado Imperial. Quiero saber de qué se me acusa y quién me denuncia.

—Como desee, senador —dijo Hartell—. El denunciante es el propio Departamento de Seguridad Imperial. Se le acusa de cohecho.

Renking contuvo la respiración.

—¿Qué? —preguntó, con las palabras saliendo con dificultad entre sus tensos labios.

—No se haga el sorprendido —dijo Hartell—. Hace cuatro días, abordó a la gobernadora Sanz de Kintoni y le ofreció un soborno considerable a cambio de que retirara la propuesta de su planeta para el Alto Mando. La gobernadora Sanz rechazó su oferta, con el argumento de que retirar la petición a estas alturas despertaría sospechas, pero aceptó su contrapropuesta de sabotear deliberadamente su propia presentación para que le pagara el doble de su primera oferta si Lothal ganaba la puja.

A Renking se le había puesto cara de animal acorralado.

—Eso es falso —dijo—. Completamente falso —Arihnda pensó que sonaba más preocupado que desafiante—. No sé qué les ha contado Sanz…

—La gobernadora Sanz no nos ha contado nada —dijo Hartell, secamente—, pero lo hará. También ha sido detenida por su participación en la conspiración.

Renking contuvo la respiración, girando la cabeza para mirar a Arihnda.

—¿Pryce?

—No debería discutir cuestiones legales con tarjetas de datos ajenas en los bolsillos —dijo Arihnda, serenamente.

—Pero… —Renking miró a Hartell y volvió a mirar a Arihnda—. Fue usted quien me dijo que lo hiciera.

—Le dije que hablase con ella, que discutiese, que la convenciera —le rectificó Arihnda—. Jamás le sugerí, ni por asomo, que intentase sobornarla. —Hizo un gesto a Hartell—. Como se puede comprobar en la grabación.

—Así es —dijo Hartell—. Gracias por su colaboración, gobernadora Pryce. Puede marcharse. Senador Renking, le ruego que me acompañe.

Renking miró por última vez a Arihnda, con una expresión que era una mezcla de incredulidad y odio. Después, sin decir palabra, se dio la vuelta y siguió a Hartell.

Alrededor de ellos los habitantes de Coruscant volvieron a sus asuntos ahora que ya había terminado el espectáculo.

. . .

—Me marcho a Lothal mañana por la mañana —le dijo Arihnda a la recepcionista de su oficina en Coruscant, recogiendo las tarjetas de datos que había olvidado llevarse aquella mañana—. Aunque no creo que tarde mucho en regresar. El mes que viene hay varias reuniones y conferencias a las que me gustaría asistir, el gran moff Tarkin me ha invitado

a visitar Eriadu y no me quiero perder la Semana de la Ascensión por nada. Así que deberías mantener la oficina abierta y operativa.

—Sí, gobernadora —dijo la recepcionista—. Ah, ha recibido un mensaje de una tal Juahir Madras, hace un par de horas.

Arihnda quedó petrificada.

—¿Juahir Madras?

—Sí, gobernadora, del centro de detención Oovo Cuatro. En el último año ha mandado unos veinte mensajes como este. Se los hice reenviar, pero su oficina en Lothal siempre los devuelve. ¿Se los quiere llevar?

Arihnda respiró hondo. Juahir Madras. Su vieja amiga. Su vieja y traicionera amiga.

—No. Guárdalos. Te avisaré cuando esté preparada para leerlos.

CAPÍTULO XXII

Inevitablemente, el soldado sobre el terreno y el tripulante a bordo de una nave de combate ven la guerra desde una perspectiva limitada. Su objetivo es llevar a cabo su misión o tarea encomendada y confiar que sus comandantes conozcan la situación y la amplia red de acciones, posiciones, posibilidades y peligros. El liderato es un rol y una tarea a los que no se debe aspirar con ligereza. La lealtad tampoco debería ofrecerse sin motivo. Aunque el principal motivo por el que se lo respeta es el juramento de lealtad y servicio del soldado, el líder verdadero trabaja para demostrar que realmente merece dicho respeto.

Pero el liderazgo y la lealtad son armas de doble filo. Ambas se pueden manipular para desviarlas de su propósito. Las consecuencias de esto nunca son agradables.

. . .

—Convénzalos si puede —dijo el almirante de la flota Jok Donassius, la expresión de su rostro en el holo era sombría y enfurecida—. Aniquílelos si es necesario, pero deténgalos. Y pronto.

—Entendido, almirante —dijo Thrawn, en tono sereno y frío. A Eli le pareció que estaba mucho más tranquilo que él.

Y, a juzgar por las expresiones que podía ver en el resto de la tripulación del *Quimera*, creía que no era el único que se sentía así.

No le extrañaba. No había pasado mucho tiempo desde que la crisis separatista desembocó en la sangrienta devastación que fueron las Guerras Clon. Habían muerto miles de millones de seres en aquel conflicto, centenares de planetas habían sido absolutamente destruidos y muchos millares más todavía seguían intentando recuperarse del desastre. La galaxia no se podía permitir una repetición de semejante horror.

Pero el gobernador Quesl y el pueblo de Botajef parecían dispuestos a intentarlo.

Thrawn y Donassius terminaron de hablar y el holo se apagó. Por un instante, Thrawn se quedó mirando el proyector vacío, como si ponderase las órdenes que acababa de recibir. Después, levantó la cabeza unos centímetros y se volvió hacia sus altos oficiales.

—Comandante Faro, ordene al timonel que ponga rumbo a Botajef.

—Sí, señor. —Faro miró al timonel, que Eli vio que ya la estaba mirando, y levantó un dedo. El timonel asintió y se giró hacia su tablero de mandos—. Ponemos rumbo a Botajef, comodoro —confirmó Faro.

—Gracias —Thrawn miró al grupo—. ¿Algún comentario? ¿Primera teniente Pyrondi?

—Con el debido respeto, señor, creo que están locos —dijo la oficial de armamento Pyrondi, vacilando brevemente. Era la última incorporación al cuerpo de oficiales del puente del *Quimera,* y aún estaba habituándose al estilo directo de Thrawn cuando consultaba cuestiones tácticas—. ¿De verdad creen que pueden independizarse del Imperio ellos solos?

—¿Quién dice que están solos? —replicó sobriamente Faro—. Hay mucho descontento en la galaxia. Y no para de crecer.

—Aunque, en general, son simples protestas.

—Por ahora —dijo Faro, sin rodeos—. Pero ¿quién dice que Quesl no tiene otro centenar de sistemas apoyándole en secreto y que no están todos a la espera de ver hasta dónde llega antes de reclamar su propia independencia?

—No llegará muy lejos —dijo Pyrondi—. Es decir, ¿en serio, señora? Tenemos suficiente arsenal para dejar nuestras iniciales grabadas a fuego en la superficie de roca de Botajef.

—Algo que el gobernador Quesl sin duda sabe —dijo Thrawn—. ¿Qué pretende ganar con este desafío, entonces?

—Esa es la cuestión, señor —coincidió Faro—. Si representa a muchos otros sistemas, acabar con él puede no ser necesariamente la solución. Puede incluso que empeore las cosas. Si está solo —señaló a Pyrondi—, es muy probable que la teniente Pyrondi tenga razón y se trate simplemente de un loco.

—Pues, si lo es, ha elegido un gran lugar para demostrarlo —dijo Pyrondi—. He conocido a unos cantos jefis en mi vida. Son los seguidores más fieles del mundo. Si los convences para que te conviertan en su líder, te seguirán a cualquier parte. Y, a pesar de la inmigración del último siglo, siguen siendo un sólido ochenta y cinco por ciento de la población del planeta.

—¿Y no protestaron cuando Coruscant designó un humano como su gobernador? —preguntó Eli.

—Como he dicho, señor, son leales —dijo Pyrondi—. Si demuestras que eres un héroe te seguirán. Quesl debió demostrarlo, con creces.

—Pienso lo mismo sobre los jefis —dijo Thrawn—. Y eso sugiere que la mejor estrategia podría ser darles un nuevo líder.

—Eso suponiendo que sigan ciegamente a Quesl, señor, y que lo de la independencia no sea cosa suya —advirtió Pyrondi—. Si hay un grupo de jefis realmente decididos detrás de esto es probable que no necesiten a nadie que les diga qué deben hacer. Hay muchas cosas que no sabemos sobre ellos.

—Pues debemos descubrirlas —dijo Thrawn—. Comandante Faro, ¿cuánto falta para llegar a Botajef?

Faro revisó su datapad.

—Unas quince horas, aproximadamente, señor.

—Estaré en mi camarote —dijo Thrawn—. Usted queda al cargo del puente, comandante Faro. Quiero que el *Quimera* esté preparado para el combate dentro de catorce horas.

—Lo estará, comodoro —dijo sombríamente Faro y Eli pudo ver en su mirada los ardientes y fugaces recuerdos de sus experiencias en las Guerras Clon—. Cuente con ello.

La historia de Botajef estaba compuesta por largos periodos de lealtad pasiva, seguidos de breves episodios de conflicto normalmente feroz, seguidos de cambios de lideratos y una nueva era de lealtad pasiva.

El arte jefi seguía el mismo patrón: curvas interrumpidas por líneas duras o ángulos bruscos, con una paleta de colores que imitaba el espectro emocional y ético del grupo. Las esculturas tenían pocos contrastes, indicando quizá que los propios jefis reconocían las deficiencias de su cultura. Por el contrario, los trenciles colgantes, con sus rápidos amortiguadores de equilibrio, indicaban que también reconocían la estabilidad esencial de su sistema político.

—¿Comodoro? —dijo Vanto.

—Pase.

Vanto se acercó, sorteando los holos.

—¿Arte jefi?

—Sí.

—Bonito —dijo Vanto, ojeando las obras—. Un poco extraño para mi gusto, pero bonito. Comodoro, vengo a anunciarle que estamos a dos horas de Botajef y que el *Quimera* está listo para el combate.

—Gracias, comandante —dijo Thrawn—. Pareces preocupado. ¿Te inquieta el combate que se avecina?

—Sí —dijo Vanto—. Aunque, probablemente, por motivos distintos a los demás. Me inquieta que hayan podido asignarnos esta misión porque ciertas personas pretenden tenderle una trampa.

—¿Tienes alguna prueba de eso?

—Carezco de pruebas, pero me baso en la lógica —dijo Vanto—. Sabemos que hay gente en el gobierno que no le tiene simpatía, muchos de los cuales detestan a los no humanos en general. Y ahora nos encontramos con un planeta mayoritariamente no humano proclamando su independencia, con una considerable flota defensiva para respaldar esa decisión. Los dos desenlaces más probables son que aplaste a los jefis o que la Fuerza de Defensa de Botajef nos derrote y nos eche del sistema.

—Por suerte, hay más opciones que esas.

—Espero que sí —dijo Vanto—. Porque en mi primer escenario, Coruscant podría pintarlo como un alienígena loco que pierde el control y arrasa un mundo de inocentes jefis y humanos que se limitaban a obedecer al líder que se les había colocado. En el

segundo, podrían pintarlo como un incompetente y destinarlo al mando de un carguero de mineral.

—Qué interesante que elijas ese ejemplo —dijo Thrawn. Los holos de arte jefi desaparecieron, remplazadas por un mapa del Imperio—. ¿Recuerdas el puesto que tenía la capitana Filia Rossi antes de comandar el *Cuervo de Sangre*?

—Primera oficial de la nave escolta de cargueros de mineral, ¿verdad?

—Sí —dijo Thrawn—. Soy consciente que tuviste reservas sobre sus capacidades y rango, pero piensa en lo que sabemos ahora sobre la forma en que el doonio y otros metales se están sacando del mercado. Puede que los cargueros de mineral que escoltaba fueran más importantes de lo que nadie sospechaba entonces.

—Interesante —dijo Vanto, con aire pensativo—. Es más, creo recordar que su destino anterior fue Socorro. Hay un montón de doonio en los cinturones de asteroides de esa zona. Ahora que lo pienso… como dice, nadie conocía la importancia de aquellos cargueros. Me pregunto si eso pudo provocar que alguien fuera menos cuidadoso con la seguridad de lo que son ahora.

—Exacto —dijo Thrawn—. En cuyo caso, se debería poder rastrear los envíos y descubrir dónde se está desarrollando esa operación.

—Lo puedo intentar —Vanto frunció el ceño cuando la última palabra llamó su atención—. ¿Operación, en singular? ¿Cree que se trata de un único proyecto?

—Sí —dijo Thrawn—. Piénsalo. Están tomando componentes de hiperimpulsores de los almacenes, pero no ha desaparecido ningún hiperimpulsor ya montado. También están tomando componentes de motores subluz, pero ningún motor entero.

—Interesante —dijo Vanto, en voz baja—. Aunque eso podría significar solo que no quieren remolcar cosas pesadas de aquí para allá.

—Es posible —dijo Thrawn—. Aunque tienen transportes lo bastante grandes para transportarlas dentro. Mi conclusión es que pueden estar creando hiperimpulsores y motores subluz de dimensiones nunca vistas.

Vanto quedó boquiabierto.

—¿Se refiere a algo más grande aún que un destructor estelar?

—Según mi lectura de los datos, bastante más —dijo Thrawn—. Confieso que esta conclusión me produce cierta aprensión. He visto ese… *omseki*.

—Síndrome.

—He visto ese síndrome antes —prosiguió Thrawn—. Las naves capitales del tamaño de destructores estelares y una gran cantidad de cazas estelares de apoyo son el destacamento naval más eficaz y flexible, tanto para la disuasión como para el combate. De todas formas, hay quien cree que más grande es sinónimo de mejor. Incluso el Imperio tiene unos recursos limitados y me temo que tampoco los invierte siempre sabiamente.

—Son los inconvenientes de una gran burocracia —dijo Vanto, con pesar—. Dos burocracias, en este caso, si contamos al gobierno y a la marina. Siempre se producen

despilfarros, a veces muy considerables, perdidos entre los resquicios de los mecanismo de control.

—Eso es penosamente cierto —dijo Thrawn—. Puede que aún tenga oportunidad de expresar mi opinión sobre las estrategias de sistemas armamentísticos a escala tan grande.

—Bueno, lo invitan a Coruscant con bastante frecuencia —comentó Vanto—. Quizá… —se quedó callado, entendiéndolo todo de repente—. Sabe dónde es, ¿verdad? Ha averiguado dónde están construyendo esa monstruosidad.

—Tengo una ligera idea.

—Debería habérmelo imaginado —dijo Vanto—. Siguió el rastro de los cargueros de minerales de Rossi, ¿verdad?

—No pude descubrir su destino final —dijo Thrawn—. Sin embargo, descubrí los vectores más probables de los envíos.

—Eso solo le deja… —Vanto sonrió con complicidad—. Aunque también tenemos el vector probable de la nave de esclavos wookiees. Así que, suponiendo que todos fueran al mismo sitio, ha cruzado esos vectores…

—Y he encontrado un lugar —dijo Thrawn—. Puede no ser el correcto, claro. Quizá tengamos la oportunidad de visitarlo, en algún momento. Entretanto, debemos ocuparnos de Botajef.

—Sí —dijo Vanto—. ¿Imagino que tiene un plan?

—Así es. —El mapa galáctico desapareció, remplazado por la imagen de un humano, de pie tras un podio—. Esta es la grabación de la declaración de independencia del gobernador Quesl, de hace treinta horas.

—Sí, la he visto —dijo Vanto—. No se puede negar que el hombre tiene talento para los discursos.

—¿Te has fijado en las obras de arte que cuelgan en la pared de detrás?

—En las cincuenta y siete —Vanto sonrió irónicamente—. Sí, las he contado. También he tomado holos de todas las obras que se ven en la grabación, por si usted quería usarlas para intentar descubrir más cosas sobre ese tipo.

—Gracias —dijo Thrawn—. Pero no nos dirán nada sobre el gobernador. Esas obras de arte las ha recopilado el pueblo jefi durante siglos y el gobernador Quesl no ha variado nada, ni las piezas ni su emplazamiento.

—Eso lo ha descubierto consultando los viejos archivos —dijo Vanto, ligeramente alicaído—. Bueno, me pareció buena idea.

—Una idea excelente —dijo Thrawn—. En otras circunstancias, me habría podido resultar enormemente útil. Pero quiero que te fijes en el contenido del discurso y la manera de hablar del gobernador. ¿Qué oyes?

—Bueno, es muy claro con sus objetivos y sentimientos —dijo Vanto—. Deja claro que no tiene la menor intención de mantener a Botajef en el Imperio.

—Pero ¿no debería dar muestras de ser consciente de la fuerza que sin duda se aplicará para reprimirlos?

—Parece lo más lógico —dijo Vanto, rascándose la barbilla pensativamente—. Ahora que lo menciona, prácticamente es como si desafiase a Coruscant a que se lo impida, si puede.

—Haré una predicción —dijo Thrawn—. Creo que encontraremos armamento pesado instalado alrededor del principal edificio gubernamental. También predigo que el gobernador Quesl le planteará ese mismo desafío directamente al *Quimera*.

—¿En serio? —dijo Vanto—. ¿Y las fuerzas de defensa planetaria?

—Empezará desplegándolas para mantener al *Quimera* a distancia. Después, les ordenará atacar.

—Una táctica interesante —dijo Vanto—. No tardaremos en descubrirlo.

—No tardaremos, no —dijo Thrawn—. Puedes volver al puente. Cuando llegues, ordena al comandante de cazas Yve y al comandante de soldados de asalto Ayer que vengan a verme inmediatamente. Tengo órdenes que darles…

El *Quimera* llegó a Botajef cuando tenía previsto.

Y el condenado de Thrawn había acertado en todo.

—Dos corbetas CR90 subiendo desde la órbita —informó Eli, echando un vistazo rápido a la pantalla táctica—. Vienen por estribor y babor, seguramente intentan rodearnos, pero están fuera de nuestro rango efectivo de tiro. Cinco escuadrones de interceptores Torrente V-19 despegan de la base del polo norte. Otros dos escuadrones más desde el polo sur.

—Los sistemas armamentísticos de las dos corbetas están fríos —añadió Faro—. Creo que los hemos pillado desprevenidos.

—Detecto tres baterías de turboláseres en tierra —dijo Eli, sonriendo para sí—. Coordenadas en la táctica. A destacar que una de ellas está en la capital, cinco turboláseres agrupados alrededor del palacio del gobernador.

—¿Alrededor del palacio? —repitió Faro, con incredulidad—. ¿De verdad cree que el Imperio va a contenerse?

Eli recordó la batalla sobre Umbara y los disparos precisos que la *Avispa Trueno* había lanzado contra el filón de preespecia de Cyphar.

—Es muy probable que no conozca la buena puntería de los artilleros imperiales, señora.

—Quizá podamos mostrársela —dijo Thrawn—. Primera teniente Yve, despliegue los TIE.

—Desplegando los TIE, comodoro —respondió Yve—. ¿Objetivos?

—Mande cuatro a cada corbeta —ordenó Thrawn—. No deben disparar, sino realizar vuelos de reconocimiento, con las filas bien cerradas, dos a babor y dos a estribor. Los demás TIE formarán un escudo entre nosotros y los V-19.

—¿Incluida la unidad especial, señor?

—Sí —dijo Thrawn—. No deben disparar hasta que yo lo diga.

—Sí, señor —Yve se volvió hacia su terminal.

Eli frunció el ceño. No sabía nada de ninguna unidad especial de TIE. ¿Thrawn y Yve habían tramado algo cuando dejó el camarote de Thrawn para dirigirse al puente?

—¿No permitirá que los TIE se defiendan, señor? —preguntó Faro.

—Les ofrezco a los jefis una oportunidad, comandante —respondió Thrawn, serenamente—. Dicho esto, no creo que inicien el primer ataque.

—Comodoro, recibimos una señal del gobernador Quesl —gritó Lomar.

—Pásemela.

La pantalla de comunicaciones se iluminó con la misma cara marchita y fruncida que Eli había visto en la grabación anterior. Quesl estaba más cerca de la cámara y parecía aún más desagradable y sospechoso.

—Al habla el gobernador Quesl, del sistema libre de Botajef —dijo—. Han entrado sin autorización en espacio jefi. Si no lo abandonan, abriremos fuego contra ustedes.

—Al habla el comodoro Thrawn, comandante del destructor estelar imperial *Quimera* —dijo Thrawn—. Me temo que debe haber algún malentendido, gobernador. Según el tratado firmado por los jefis tras las Guerras Clon, todo cambio de su estatus debe seguir los procedimientos formales señalados en la Sección Dieciocho, Párrafo Cuatro.

La cara marchita se alejó de la cámara y Eli pudo atisbar las obras de arte jefi que colgaban de las paredes de detrás.

—¿De qué está hablando? —preguntó—. Ese tratado no existe.

En la pantalla táctica, los cuatro TIE volaron junto a la corbeta de estribor, como Thrawn había ordenado. Eli contuvo la respiración, preguntándose si la corbeta iba a interpretarlo como un ataque y a abrir fuego.

Afortunadamente, no lo hizo. De hecho, aparte de una breve sacudida de su proa, no mostró reacción alguna. La corbeta de babor se mantuvo aún más impertérrita ante el vuelo cercano de su caza estelar, y ni siquiera dio una sacudida nerviosa.

—Su falta de conocimiento sobre el puesto que ocupa es desconcertante —dijo Thrawn—. Vistas las circunstancias, me veo obligado a recordarle el Párrafo Siete. Esa disposición dicta que, antes de que se puedan iniciar negociaciones de ningún tipo, el gobernador u otro líder análogo debe proceder a su completo desarme. —Señaló la pantalla táctica—. Por lo que debo insistir en que retire esas baterías de turboláseres que rodean su palacio.

—Oh, debe insistir, ¿verdad? —replicó Quesl, en tono condescendiente—. Bueno, es comodoro y dispone de un destructor estelar imperial, ¿no se atreve a enfrentarse a un pueblo libre y a sus armas? ¿Teme que seamos tan mordedores como ladradores? —Cruzó los brazos ante el pecho, esbozando una sonrisa burlona—. ¿No le gustan donde están los turboláseres, comodoro Thrawn? Muy bien. Sáquelos usted mismo.

—Muy bien —dijo Thrawn y le hizo un gesto a Yve—. ¿Primera teniente?

—Sí, señor —dijo Yve—. Unidad Especial Uno: en marcha. —En la pantalla táctica, seis de los cazas TIE que iban a interceptar a los V-19 rompieron abruptamente la

formación. Se colaron entre la formación de los defensores y fueron directos hacia la capital y el palacio.

—¿Qué? ¡No! —gritó Quesl—. Defensores… ¡Defended!

Los turboláseres abrieron fuego y sus descargas brillantes chisporrotearon en el aire hacia los cazas que se les aproximaban.

No sirvió de nada. Yve había entrenado de manera soberbia a sus pilotos de TIE y sus cazas estelares eran rápidos y ágiles. Esquivaron las descargas fácilmente, aproximándose al palacio a pesar del incremento de intensidad en el fuego defensivo.

—Aún está a tiempo de rendirse, gobernador —dijo Thrawn.

—Jamás —le espetó Quesl. Su cara era tensa por la expectación, con la mirada fija en algo que quedaba fuera de cámara—. Moriré con dignidad y honor. Y con todo la fuerza y la resistencia del pueblo jefi a mi favor.

—Su espíritu es admirable —dijo Thrawn—. Pero su dramatismo es bastante innecesario. Observe la potencia y habilidad de la Marina Imperial.

Los TIE habían llegado al palacio y sus cañones láseres abrieron fuego.

Pero no apuntaban al palacio. Sin dejar de hacer piruetas y tirabuzones para esquivar las intensas descargas de turboláser, lanzaron una ráfaga tras otra contra aquel armamento. Uno de los turboláseres se desintegró en una brillante bola de pedazos de metal y cerámica. El segundo también cayó. Y después el tercero…

—¿Comandante Faro? —llamó Thrawn.

Eli parpadeó. Estaba tan absorto en la danza mortal de la superficie planetaria que había olvidado mantenerse atento a la situación en las cercanías del *Quimera*. Miró la pantalla táctica…

Y descubrió que, mientras estaba distraído, el *Quimera* se había desplazado extraña y considerablemente hacia estribor, hacia la corbeta que seguía allí apostada. En la pantalla táctica apareció una línea azul, indicando la activación de uno de los rayos tractores del destructor estelar…

Y en la pantalla de comunicaciones, Quesl gritó al mismo tiempo que su imagen daba una fuerte sacudida.

Eli miró a la pantalla táctica cuando por fin lo entendió.

—¿Está en la corbeta?

—Por supuesto —dijo Thrawn, con un levísimo matiz de satisfacción en la voz—. Junto a la valiosísima colección de obras de arte que ven a su espalda. Gobernador, discúlpenme por no colaborar en sus intenciones de destruir el palacio. Eso le habría servido para encubrir eficazmente su robo, además de provocar un ataque sin cuartel contra el *Quimera* por parte de los enfurecidos jefis. Supongo que esperaba huir en medio del caos resultante.

En la pantalla, Quesl respiraba pesadamente, con la cara convertida en una máscara de odio e impotencia.

—Nunca le creerán —le espetó—. Los jefis me son leales.

—Son leales a los líderes respetables —replicó Thrawn, en un tono más frío—. No creo que sigan viéndolo como tal después de esto.

Quesl le miró con ferocidad. Y pareció flaquear. Le dedicó otra sonrisa burlona a Thrawn y se giró ligeramente para mirar la pared que tenía detrás.

—Valen centenares de millones, comodoro. Miles, quizá. Y lo único que hacen es acumular polvo en un edificio de tercera de un mundo de quinta. Miles de millones.

Se dio la vuelta, y parte de su melancolía se había visto remplazada por la perplejidad.

—Pero tengo dos corbetas idénticas, ¿cómo ha sabido que iba en esta?

—El vuelo de reconocimiento del caza estelar —dijo Thrawn—. Su piloto reaccionó ante lo que temió que podía ser una colisión inminente; tripulación humana. La otra corbeta confío ciegamente en su líder y no mostró ningún temor; tripulación jefi. Usted, lógicamente, no podía confiar en los jefis para que le ayudasen en su traición.

Quesl suspiró.

—¿Y aquí se acaba todo?

—Ni mucho menos —le tranquilizó Thrawn—. Su tripulación y usted serán subidos a bordo del *Quimera*, las obras de arte se devolverán, le contaremos la verdad a los jefis y deberán elegir a un nuevo líder, hasta que Coruscant pueda mandar un nuevo gobernador. —Los ojos le brillaban—. Después, por supuesto, se le someterá a juicio.

Dejó que aquella última palabra pendiese en el ambiente por un instante, puede que para invitar a Quesl a que respondiera. Pero el gobernador no abrió la boca.

Thrawn hizo un gesto para que apagasen la pantalla de comunicaciones.

—No hay ningún tratado de la época de las Guerras Clon, ¿verdad? —preguntó Faro.

—No —dijo Thrawn—. Solo quería seguir viéndolo, hasta que el tirón del rayo tractor me confirmase definitivamente donde estaba —respiró hondo—. Primer teniente Lomar, contacte con el jefe de la Fuerza de Defensa de Botajef y explíquele la situación. Estoy seguro de que querrá pruebas; puede invitarlo a subir a bordo cuando él quiera. Comandante Faro, lleve la corbeta del gobernador al hangar. Mayor Ayer, sus soldados de asalto la abordarán en cuanto comprueben que la nave es segura. Tenga cuidado con los prisioneros. Y aún más con las obras de arte. Primera teniente Yve, dé orden a la Unidad Especial Uno de regresar a la formación, junto a los demás TIE. Dígale a todos los pilotos que se mantengan alerta, pero que no se prevén más combates.

Miró a Eli y este creyó ver una pequeña sonrisa en labios del chiss.

—Comandante Vanto, contacte con el Alto Mando en Coruscant. Infórmeles de que hemos resuelto el problema de Botajef satisfactoriamente.

CAPÍTULO XXIII

Muchos creen que la vida militar está plagada de aventuras y emoción. En realidad, esa vida, consiste mayoritariamente de largos periodos de rutina, aburrimiento incluso, entre los que se intercalan breves intervalos de desafíos y peligros.

Los enemigos raramente buscan a sus oponentes. El guerrero debe convertirse en cazador, buscando y acechando con destreza y paciencia. Los éxitos a menudo se obtienen por la confluencia de pequeñas cosas: hechos aislados, conversaciones distraídas u oídas casualmente, factores logísticos. Si el cazador es persistente, terminará viendo un patrón y encontrará al enemigo. Solo entonces el combate romperá la rutina.

No sorprende, por tanto, que los que buscan emociones a veces se cansen de realizar largas y arduas persecuciones. Se sienten aliviados cuando el enemigo aparece de motu propio, mostrándose firme y desafiándolos.

Pero el guerrero sabio es particularmente cauto en esos momentos. Sabe que hay pocas cosas más peligrosas que un enemigo habilidoso en su propio terreno.

—Sus cilindros de código, por favor —dijo la guardia de la puerta. «*Su tono es enérgico y formal, pero su rostro muestra recelo*».

—Tenga —dijo Vanto, entregándole su cilindro y el de Thrawn.

«*La guardia coge el primero y lo mete en el lector de identidad. El procedimiento de confirmación tarda más de lo habitual. Quizá no crea que las identificaciones son auténticos*».

«*Vanto también percibe la demora*».

—¿Algún problema, suboficial?

—Ninguno, comandante. —«*Su cara sigue mostrando recelo cuando devuelve los cilindros. Pero no alberga las suficientes dudas para solicitar ayuda*»—. Puede pasar, comandante Vanto —«*Otro breve pero notable titubeo*»—. Y usted también, almirante Thrawn.

Entraron en el cuartel general del Alto Mando.

—Me pregunto qué será esta vez —murmuró Vanto, mientras caminaban entre personal de la marina, que corría de un lado para otro cumpliendo sus cometidos.

—Las comunicaciones de los últimos cuatro días indican que las fuerzas de asalto Uno Cero Tres y Uno Veinticinco también han sido convocadas —dijo Thrawn—. Mi conclusión es que planean una misión importante.

—Interesante —dijo Vanto—. ¿Cuánto tiempo tuvo que pasarse escuchando trozos de conversaciones para reunir esos pedazos de información?

—No mucho —le aseguró Thrawn—. Hay patrones en las comunicaciones imperiales, como en todo lo demás. Una vez los detectas, resulta fácil extraer información.

—Eso es una gran habilidad —dijo Vanto—. Yo necesitaría horas con una computadora y una plantilla matriz para conseguir algún resultado.

El resto del grupo estaba esperando, sentados en media circunferencia frente a un holoproyector, dando la espalda a Thrawn y Vanto cuando estos llegaron. Había cuatro oficiales de la marina y cuatro civiles, estos últimos vestidos al elegante estilo gubernamental. Entre los oficiales y los civiles quedaban dos asientos vacíos.

A un lado del proyector estaba el almirante de la flota Donassius. «*Su expresión es controlada, pero su postura indica tensión*». Justo enfrente estaba el coronel Yularen. «*Su rostro y su postura también indican tensión, aunque la oculta mejor que Donassius*»

—Almirante Thrawn —dijo Donassius, asintiendo con gravedad por todo saludo cuando Thrawn y Vanto se acercaron al círculo de asientos—. Permítame que le presente al Almirante Durril del DEI *Justiciero y* las Fuerzas Especiales Uno Cero Tres y al almirante Kinshara del DEI *Inquebrantable* de la Uno Dos Cinco. Les presento al almirante Thrawn, del DEI *Quimera*, que ha sido asignado recientemente a la Noventa y seis.

—Es un honor —Thrawn los saludó con la cabeza mientras él y Vanto pasaban hacia el final de la fila. «*Kinshara devuelve el saludo educadamente, con una expresión que no revela rencor ni hostilidad. La expresión y el lenguaje corporal de Durril muestran incomodidad por la presencia de un no humano. Los otros dos oficiales, un capitán y un comandante, actúan con la cortesía y el recelo habituales en todo asistente cuando conoce a un oficial superior de la marina*».

—Y estos son los gobernadores de los sistemas en cuestión —prosiguió Donassius—. El gobernador Restos de Batonn, el gobernador Wistran de Denash, el gobernador Estorn de Sammun…

«*El cuarto gobernador es una sorpresa*».

—Y la gobernadora Pryce de Lothal.

—Es un honor —repitió Thrawn—. Me alegro de volver a verla, gobernadora Pryce.

—Lo mismo digo —dijo Pryce. «*Su expresión es fría, su tono profesional. Pero su pose contiene una tensión oculta*»—. Habría preferido que fuera en circunstancias más agradables.

—La han convocado para tratar esas circunstancias —dijo Donassius. «*Su voz revela un desdén sombrío*»—. Siéntense, por favor, y pongámonos manos a la obra. ¿Coronel Yularen?

—Gracias, almirante —dijo Yularen. Apretó una tecla en su remoto y apareció un holo de parte del Borde Exterior—. Sector Batonn —lo identificó—. Hemos detectado un aumento de las actividades de delincuentes e insurgentes en los últimos meses. Hasta ahora, suponíamos que eran los disturbios habituales provocados por habitantes descontentos. No obstante, tenemos indicios de que algunos de esos grupos pueden estar

empezando a trabajar juntos o, como mínimo, a compartir información y coordinar sus planes. No son más que pequeños incordios, pero creemos necesario acabar con esta tendencia antes de que se extienda.

—¿Esa cooperación es muy intensa? —preguntó Thrawn.

—Ahora mismo, no mucho —dijo Yularen—. Los grupos insurgentes son paranoicos, prácticamente por definición, y no suelen confiar unos en otros más de lo que confían en sus gobiernos. Pero, como he dicho, han empezado a hablar.

—Y debemos silenciarlos —dijo Pryce.

—Una pregunta, coronel —intervino el gobernador Restos—. Aquí estamos cuatro gobernadores, en representación de cuatro de los sistemas afectados. Pero solo veo a los comandantes de tres fuerzas de asalto. ¿Puedo preguntar cuál de nuestros sistemas tienen pensado ignorar?

—El almirante Konstantine ya se ha ocupado de los insurgentes de Lothal —dijo Donassius—. La gobernadora Pryce solicitó asistir como observadora, dado que su sistema está próximo a la zona afectada y padece problemas bastante parecidos.

—Entiendo —dijo Restos, mirando a Pryce con recelo—. Mientras Batonn reciba suficiente atención.

—Por supuesto, gobernador —dijo Yularen—. De hecho, empezaremos por su mundo, ya que parece el principal núcleo de esa actividad en el sector. Si conseguimos sacar a los insurgentes de allí, los demás grupos deberían flaquear.

—¿Qué quiere decir con «sacarlos»? —preguntó Wistran—. ¿De dónde?

—Ahora mismo, de un lugar llamado Isla Scrim, a trescientos kilómetros del Batonn continental —dijo Yularen—. Hace cinco días, un grupo de insurgentes asaltó y tomó la guarnición imperial local. Tienen al menos unos cien rehenes, principalmente soldados y técnicos de la marina, aunque también hay algún trabajador civil. Tienen control absoluto del escudo de energía de la isla, sus defensas costeras y tres de sus cañones de iones. Almirante Thrawn, usted se ocupará de eso.

—¿Tienen planos de la instalación? —preguntó Thrawn.

—Claro —el holo cambió a una vista aérea de Isla Scrim.

—Dice que hay tres cañones de iones —dijo Thrawn—, pero veo ocho baterías fortificadas en la costa.

—El último informe de situación, de hará unas seis semanas, afirmaba que cinco de los cañones necesitaban cambiar sus tubos caztron —dijo Yularen.

—¿Qué cinco?

—Creo que eso es irrelevante —dijo Yularen—. Los insurgentes han tenido tiempo suficiente para mover los tres tubos operativos, por lo que no podemos saber qué cañones funcionan.

—No debería importar —dijo el almirante Durril. «*Sacude la mano, en una negativa relajada*»—. Tampoco van a intentar entrar desde las alturas. El mejor plan es una incursión a baja altitud.

—Las defensas costeras son más que suficientes para repeler un ataque importante —comentó Thrawn.

—No lleva mucho tiempo en la marina, ¿verdad? —preguntó Durril. «*Su tono es condescendiente. Baja la vista a la placa de rango del nuevo almirante, con una expresión cargada de desaprobación y resentimiento*»—. Si no, sabría que si más de la mitad de los cañones de iones de la isla están inutilizados también deben de estarlo la mitad de las defensas costeras. Nos debería bastar con unos cuantos botes de asalto llenos de soldados de asalto.

—Quizá —dijo Thrawn—. Necesitaré más tiempo para estudiar la situación.

—No tenemos tiempo —dijo Donassius—. Cada hora que esa guarnición pasa en su poder mancilla la reputación del Imperio. Sus órdenes son acudir inmediatamente a Batonn y acabar con el control insurgente de Scrim —«*Tuerce los labios*»—. Destruya la isla si es necesario, pero expulse a los rebeldes.

—La destrucción de la isla implicaría también la muerte de los rehenes —dijo Thrawn—. Hay mejores opciones. Pero precisan de mayor estudio y planificación.

«*La sala queda en silencio. El lenguaje corporal de los presentes revela desaprobación e incomodidad*».

—Muy bien —dijo Donassius. «*Su tono es tenso*»—. Si no se considera capaz de hacerlo, la Noventa y seis puede ir a Sammun. ¿Le gusta más esa misión?

—Iré donde la marina me mande —dijo Thrawn.

—¿Ha pasado tiempo suficiente con la Noventa y seis para trabajar bien juntos?

—Sí, almirante.

—Muy bien. Almirante Durril, parece muy seguro de que los rebeldes de Scrirm serán fáciles de neutralizar. Su Uno Cero Tres se ocupará de ellos.

—Será un placer —dijo Durril. «*Su voz revela impaciencia y satisfacción*».

—Bien —«Donassius *señala a Yularen, con cara de decepción*»—. Coronel Yularen, puede continuar con su informe.

—Desapruebas mi decisión —dijo Thrawn, mientras bajaba con Eli por la escalinata exterior, rumbo a la plataforma de aterrizaje donde esperaba su nave.

—Creo que todos desaprueban su decisión, señor —dijo Eli, amargamente—. No sé cuánto crédito tenía en el Alto Mando, pero creo que acaba de tirarlo todo por la borda.

—Por ahora —dijo Thrawn, serenamente. Sacó su datapad y tecleó algo—. Eso cambiará.

—No veo cómo —dijo Eli, intentando ver qué hacía Thrawn. Por la pantalla del datapad pasaban imágenes, pero desde donde estaba no podía ver detalles—. El almirante Durril parecía muy seguro de poder recuperar la isla.

—El almirante Durril siempre está muy seguro de sí mismo —dijo Thrawn—. Pero tiene tendencia a priorizar la velocidad sobre la precisión. A veces le sale bien. Pero muy a menudo le lleva a cometer errores de cálculo.

—¿Cree que este es uno de esos errores de cálculo?

—Estoy convencido —dijo Thrawn—. Y su fracaso será costoso, tanto para su fuerza de asalto como para él personalmente.

—Maravilloso —masculló Eli. Más hombres y mujeres muertos por culpa de la arrogancia de sus superiores—. ¿Deberíamos decir algo?

—Ya lo he dicho —le recordó Thrawn—. He advertido de que la situación requería de un estudio más profundo.

—¿Y va a dejar que la Uno Cero Tres se lance de bruces contra un muro?

—El almirante Durril ha tomado una decisión —dijo Thrawn—. Le hemos ofrecido asesoramiento. Lo ha rechazado. Ahora debemos quedarnos al margen y dejarle que demuestre de lo que es capaz.

—Imagino que sí —dijo Eli, estirando el cuello. Las imágenes seguían pasando por la pantalla del datapad de Thrawn—. ¿Puedo preguntar qué hace, señor?

—Estudio el arte sammuni. Necesito entender mejor su cultura.

Ya tenían la plataforma de aterrizaje a la vista cuando Thrawn se guardó el datapad. Caminaron hacia su lanzadera y Eli se estremeció de vergüenza por lo patético que parecía su carguero ligero entre las imponentes lanzaderas Lambda de los demás almirantes. Seguía sin saber por qué Thrawn había elegido aquella nave en particular, que le habían arrebatado a la última banda de contrabandistas a la que habían desactivado, en vez de usar su propia Lambda. Eli creía que Thrawn pretendía mostrarla como un trofeo a los demás almirantes. Pero lo cierto era que no había encontrado el momento de hacerlo.

—También desapruebas que haya elegido esta nave.

Eli lo miró de reojo.

—¿Tiene que hacer eso siempre?

—Creo que nos ahorra conversaciones intrascendentes —dijo Thrawn, sacando su comunicador—. Almirante Thrawn a comandante Faro.

—Sí, almirante —dijo enérgicamente la nueva capitana del *Quimera*—. ¿Tenemos nuevas órdenes, señor?

—Así es, comandante —dijo Thrawn—. Debe llevar la fuerza de asalto a Sammun. Tenemos la misión de eliminar la actividad insurgente local.

—Sí, señor —dijo Faro, con un inusual matiz de incerteza en la voz—. ¿Dice que debo llevarla yo? ¿No viene con nosotros?

—Correcto —le confirmó Thrawn—. El comandante Vanto y yo tenemos algo que hacer en otro sitio.

—Entiendo —dijo Faro. Eli sabía que Faro aún se estaba habituando a ser capitana del *Quimera* y notaba que no acababa de gustarle la idea de que la enviasen a una misión tan pronto y sin su almirante para controlarlo todo. Pero empezaba a recuperar su habitual confianza en sí misma—. Muy bien, almirante. ¿Alguna instrucción concreta?

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Entrará a cierta distancia del sistema y dispersará la fuerza de asalto. Después se acercará a Sammun con el *Quimera y* exigirá la rendición de los insurgentes. Nuestros servicios de inteligencia indican que cuentan con protección frente a asaltos aéreos y terrestres, pero lo más seguro es que sus escudos y búnkeres no soporten el fuego de los turboláseres de un destructor estelar durante mucho rato.

—Así que los amenazo con atacar, pero el verdadero objetivo es sacarlos de sus posiciones, ¿verdad?

—Exacto —dijo Thrawn—. Quizá deba disparar unas cuantas veces para convencerlos de que abandonen su bastión, pero no será necesario que lo destruya por completo. Es posible que la fuerza de asalto también necesite destruir algunas de las naves en fuga, pero deberían capturar la mayoría intactas.

—¿Y si se dirigen a otras zonas del planeta?

—Me parece bastante improbable —dijo Thrawn—. Su primer instinto será buscar la seguridad y oscuridad del espacio.

—Entendido, señor —dijo Faro. Ya conocía el plan y Eli no dudaba de que lo llevaría a cabo hasta el final. A pesar de su actitud despreocupada en lo referente a emplear el decoro adecuado, era bastante lista y solía saber lo que se hacía—. Oscuridad quizá, pero seguro que no encuentran seguridad.

—Muy bien, comandante —dijo Thrawn—. Antes de partir para Sammun, despliegue la *Shyrack* para mi uso. Informe a la capitana Brento de que contactaré con ella personalmente cuando haya decidido qué rumbo debe tomar.

—Sí, señor —dijo Faro—. ¿Debo avisarlo cuando haya completado mi misión o espero que usted contacte conmigo?

—Mejor esto último. Que tenga una buena caza.

—Lo mismo digo, almirante.

Thrawn volvió a guardarse el comunicador en el cinturón.

—Y ahora a lo nuestro —dijo.

—Sí, señor —dijo Eli—. Eh… ¿no nos estaremos adentrando en terrenos pantanosos, señor? Donassius nos ordenó que fuéramos a Sammun.

—No exactamente —lo tranquilizó Thrawn—. El almirante de la flota Donassius dijo que la Noventa y seis debía ocuparse de la insurgencia del planeta. No nos mencionó específicamente ni a ti ni a mí.

Eli hizo una mueca. Era un detalle y dudaba que ninguno de los presentes hubiera reparado en él. Pero Thrawn era almirante y Eli comandante, y ya tenía sus órdenes.

—Sí, señor —dijo—. ¿Puedo preguntarle dónde vamos?

—A Batonn, por supuesto —dijo Thrawn—. El almirante Durril está convencido de que podrá tomar Isla Scrim fácilmente. Me interesa ver si está en lo cierto.

—Formación de asedio estándar —murmuró Vanto. Su tono demostraba interés y alerta, pero seguía sin entrar a juzgar las tácticas del almirante Durril—. Sin respuesta aparente de la isla aún.

—Pueden estar negociando —comentó Thrawn. «*Las naves están en formación de asedio, no hay duda, aunque no es exactamente la estándar. Dos de los cruceros ligeros están más alejados del* Justiciero *de lo normal y Durril no ha colocado un escudo de cazas estelares*»—. No detectamos comunicación de corto alcance desde aquí.

—Es verdad —coincidió Vanto—. Sigo a la espera de que alguien nos vea y nos ordene marcharnos.

—Nuestro transpondedor nos identifica como un carguero con todos los permisos necesarios —le recordó Thrawn. *«Una de las corbetas que cubren a Durril emite una señal. El transpondedor del carguero responde a ella. Un instante de dudas, una nueva señal y la corbeta no insiste*»—. Deben creer que esperamos a evaluar la gravedad de la batalla antes de seguir descendiendo hacia la superficie.

—Sí —dijo Vanto, con ironía—. Qué suerte que tuviera la previsión de elegir este transporte. —Arqueó las cejas—. Porque ha sido suerte, ¿verdad? ¿O detectó algo en el tráfico de comunicaciones que le hiciera sospechar que podíamos necesitar algo más discreto que una Lambda militar?

—Tenía ciertas sospechas —dijo Thrawn. La perspicacia de Vanto había crecido considerablemente con los años. Ya percibía muchos de los patrones y captaba rápidamente sus motivos subyacentes.

Aunque en ocasiones se le escapaban las razones más profundas. Pero aún tenía tiempo. Las habilidades tácticas del joven comandante seguían mejorando, aunque el propio Vanto no fuera muy consciente de sus progresos. Lo importante en aquel momento era mejorar su capacidad de observación y entrenar su mente para recopilar datos y alcanzar conclusiones con mayor rapidez. En combate, aquellas decisiones automáticas solían marcar la diferencia entre la victoria y la derrota.

«La lejana fuerza de asalto emite una serie de destellos».

—Primera salva lanzada —anunció Vanto—. Han disparado todos los turboláseres del *Justiciero*. El escudo de energía de la isla… parece resistir.

—¿Alguna reducción de potencia?

—Ninguna que los sensores puedan detectar desde aquí —dijo Vanto, con el ceño fruncido por la concentración—. Segunda salva lanzada. Sin respuesta de los insurgentes aún.

—Eso no tardará en cambiar —dijo Thrawn. *«Las corbetas de pantalla se acercan al destructor estelar, mientras Durril reacciona a su fallido intento por destruir el escudo de la isla*»—. Al ordenar a todas sus naves que disparen, Durril acaba de mostrar todo su potencial.

—Además de revelar claramente sus posiciones —comentó Vanto—. Si el comandante de la isla es listo, contraatacará antes de que cambien esas posiciones… Ahí

van. El escudo parece contraerse… puedo ver partes de las costas oeste y norte. Durril sigue castigando el centro…

«En la pantalla principal dos ráfagas de descargas verdes con matices rojos salen disparadas desde los confines de la isla hacia el cielo».

—¡Fuego de iones! —gritó Vanto—. Impactos directos en el *Justiciero.*

—¿Lo han inutilizado? —preguntó Thrawn. «*Los cruceros ligeros y las fragatas vuelven a abrir fuego, mientras Durril ordena a sus turboláseres que apunten a los cañones de iones de las costas norte y oeste*».

Pero era demasiado tarde. El escudo se había vuelto a expandir tras los disparos de los cañones de iones y las descargas de turboláser fueron repelidas sin causar daños. Las naves escolta seguían disparando, algunas a los cañones de iones ya cubiertos, otras al centro del escudo, intentando provocar una sobrecarga en el generador.

—Durril flaquea —mascullo Vanto, pasando rápidamente de su previa falta de juicio al menosprecio—. Probablemente les ha ordenado a todos que sigan disparando mientras intenta reactivar sus sistemas. Vaya, el escudo vuelve a contraerse. Ahora se descubre la costa norte…

«De nuevo, Durril no se da cuenta o no reacciona. Las naves escolta siguen disparando inútilmente hacia las baterías del oeste y el sur, mientras un cañón de iones de la costa norte, abre fuego».

—Maldición —dijo Vanto, entre dientes—. El momento justo. No sé quién está al manda ahí abajo, pero es bueno.

—¿Daños? —preguntó Thrawn. La última descarga de iones había alcanzado a la fragata y a los dos cruceros de babor del *Justiciero,* lanzando ondas de energía contra sus cascos que habían dañado los sensores de la nave y los sistemas de control y puntería de los turboláseres.

—Impactos en los escoltas de babor —informó Vanto—. Les quedan el armamento secundario y los motores auxiliares. Aún pueden salir de esta, si Durril les ordena retirarse, pero una o dos descargas más en los puntos justos y acabarán a la deriva.

«Durril continúa con su ineficaz ataque, en vez de amoldarse a la táctica de su oponente. Los escoltas mantienen su posición mientras una nueva ráfaga de fuego de iones sale disparada de la isla».

Pero esta vez, mientras las descargas alcanzan al mismo grupo de escoltas, aparece una hilera de ocho pequeños cargueros espaciales por debajo del borde oriental del escudo, rumbo al continente, a trescientos kilómetros de distancia.

—El *Justiciero* ha perdido definitivamente sus turboláseres —dijo Vanto, en tono sombrío—. Aunque puede que aún cuente con el motor auxiliar y eso le permita escapar. Pero Durril no lo intenta. Los dos cruceros ligeros y la fragata que han recibido el último ataque parecen inmovilizados.

—Un ataque concentrado en el *Justiciero* y la escolta a babor de Durril —dijo Thrawn. *«Los cargueros siguen volando bajo, sobre el agua. Su comandante hace virar constantemente al grupo de un lado a otro, aprovechando la mínima cobertura de las*

nubes y el brillo del reflejo de la luz del sol para ofrecer una mínima visibilidad desde las alturas»—. El flanco contrario a la dirección que mandó a sus cargueros.

—¿Cargueros? —preguntó Vanto, frunciendo el ceño—. ¿Dónde?

—Volando hacia el este, desde la isla —dijo Thrawn—. A baja altitud y mínima potencia, lo que los hace prácticamente invisibles para naves que están bajo un ataque de iones.

—Y para las naves que no están bajo un ataque pero tienen toda su atención puesta en las naves que sí que lo están —dijo Vanto—. Vale, ya los tengo. Yo también caí en el engaño —Miró a Thrawn—. Parece que lo esperase.

—Era uno de los posibles motivos por los que la escolta de estribor estaba siendo ignorada a favor de las naves de babor —dijo Thrawn—. Pero es interesante. El procedimiento estándar habría sido justo el opuesto: apuntar a los escoltas de estribor del *Justiciero* para minimizar la respuesta ante la partida de los cargueros.

—Hay mucha distancia hasta el continente —comentó Vanto—. No tiene sentido escapar si todo el mundo sabe que lo estás haciendo y dónde vas.

—Exacto —«*Siete de los cargueros siguen volando hacia el este, a la altitud de las olas altas. El octavo, que ahora ya está fuera de la zona de combate, se eleva hacia el espacio. Un momento interesante para que su comandante disperse el convoy*»—. Lo que suscita la pregunta de dónde van. En particular, ese que se ha desviado y va hacia el espacio. ¿Qué te parece?

Vanto se lo pensó un momento.

—Desde aquí no puedo ver si son transportes de carga o de personal —dijo, lentamente—. Pero no tienen motivo para evacuar a la gente de la isla en plena batalla. Ni a sus fuerzas o rehenes. Son transportes de carga. Un motivo evidente para tomar Scrim es el material militar que almacena, así que esas naves probablemente cargan con todo lo que no se fundió en tierra. Siete naves rumbo a las células insurgentes del continente. ¿Una hacia Denash o Sammun?

—O a algún otro lugar —dijo Thrawn.

—Sí —Vanto se inclinó hacia las lecturas de los sensores—. Los escudos vuelven a abrirse. Parece que van a lanzar una última descarga contra el *Justiciero*.

Pero esta vez no fue una descarga de iones lo que salió disparado hacia el cielo desde la costa oeste de la isla. Esta vez fue el fuego verde intenso de una salva de turboláseres desde una batería al norte del cañón de iones más occidental. La ráfaga impactó en la superestructura de estribor del *Justiciero*, quemando el casco.

Vanto contuvo la respiración.

—Maldición. ¿Un turboláser? Donassius no dijo que la isla dispusiera de turboláseres operativos.

—Puede que no lo supiera —«*Una segunda descarga brilla en la atmósfera, lanzando de nuevo su energía contra la nave insignia de Durril. De nuevo, este no hace ademán de contraatacar ni de huir*»—. Creo que el carguero que se aleja del planeta no tardará en saltar al hiperespacio. Contacta con él.

Vanto le lanzó una mirada de perplejidad.

—¿Quiere que contacte con él?

—Sí —dijo Thrawn—. Una señal corta, por supuesto, para mantener una charla privada. Somos el *Nudo Corredizo y* tú eres un contrabandista de armas llamado Horatio Figg.

La confusión momentánea de Vanto se transformó en comprensión.

—Ese es el verdadero motivo por el que volamos en una nave de contrabando capturada. ¿Busco comprar o vender?

—Lo que nos granjee una invitación para visitar su base.

—Una invitación para visitar su base —Vanto respiró hondo—. Vale. Allá vamos. —Activó el comunicador y lo ajustó a corto alcance—. Carguero no identificado, le habla el carguero *Nudo Corredizo* —dijo—. Parece que huye de aquí, ¿necesita ayuda?

No se produjo respuesta.

—Otra vez —dijo Thrawn, en voz baja.

Vanto asintió.

—Deje que lo pruebe de otra manera, carguero. Supongo que lleva mercancía fresca. También supongo que quiere conservarla. ¿Prefiere entrar en razón o que lo denuncie a los imperiales?

—Ni se le ocurra, *Nudo Corredizo* —«*La voz es oscura y furiosa, con matices tan recelosos como amenazantes*».

—No se me había ocurrido —le aseguró Vanto—. Solo intentaba entablar una conversación amistosa. Si no me equivoco sobre su carga, puede que lleve algo que podría servirme.

—Olvídelo. Esta mercancía ya tiene dueño.

—Genial —dijo Vanto—. En ese caso, quizá quiera añadirle una capa de glaseado a su tarta.

Se produjo una larga pausa.

—¿Qué vende? —«*La voz sigue siendo recelosa, pero revela un cauto interés*».

—Un poco de todo —le dijo Vanto—. Han asaltado una base militar, no a un vendedor de especia, así que asumo que están interesados en armas. Y yo soy vendedor de armas. ¿Les interesan o no?

Otro silencio.

—Puede. El jefe dice que quiere hablar. —Una luz se encendió en el tablero—. Le mando las coordenadas. Haga el salto en cuanto pueda.

—Recibido —dijo Vanto—. Ahora mismo voy.

Vanto cortó el canal de comunicación.

—Bueno, quizá se la hayamos pegado —dijo Vanto—. ¿Ahora qué?

—Nos preparamos para seguirlo —dijo Thrawn.

—¿Quiere decir ya? —preguntó Vanto—. ¿Y qué pasa con el *Justiciero*?

«La tercera salva de turboláser impacta contra el destructor estelar. Las cuatro naves escolta aún intactas disparan hacia el arma, pero vuelven a llegar demasiado

tarde porque el escudo se repliega sobre ella. Hay una pauta en los ataques, pero Durril no logra verla ni usarla a su favor».

—No tenemos manera de ayudar —dijo Thrawn—. Ya he transmitido una señal de auxilio en nombre del almirante Durril. Será mejor que centremos nuestros esfuerzos en otra parte.

—Entendido —dijo Vanto, frustrado pero admitiendo la situación.

«El escudo vuelve a retraerse, esta vez sobre la costa este. Las naves escolta viran su blanco, lanzando un ataque contra las baterías de cañones de iones recién expuestas. Es la misma respuesta que Durril ha intentado ya repetidas veces».

«Pero, como era de prever, el comandante de la isla cambia de táctica. No lanza descargas de iones. De hecho, mientras las naves imperiales siguen disparando, el escudo vuelve a replegarse en la costa oeste sin que las atareadas y maltrechas naves imperiales lo noten. Los escoltas siguen disparando a las baterías del este cuando una nueva ráfaga de fuego de iones llega desde las baterías terrestres del oeste y silencia sus armas».

—Qué raro —dijo Vanto.

—Explícate.

—Nuestro amigo del carguero —dijo Vanto—. Está lo bastante lejos para saltar al hiperespacio, pero no lo hace. Me pregunto si tendrá algún problema con el hiperimpulsor.

—Quizá —dijo Thrawn—. ¿Qué otras posibilidades hay?

—Podría estar esperando a ver qué tal va el combate —sugirió Vanto—. Recopilando tantos datos como pueda, antes de realizar el salto. O podría estar mandado o enviando instrucciones de última hora.

El carguero parpadeó repentinamente con pseudomoción y desapareció.

—Creo que ya tiene todo lo que quería —dijo Vanto—. ¿Lo seguimos ya?

«En la isla, el escudo vuelve a replegarse para mostrar el turboláser de los insurgentes. Pero las naves imperiales no están ya en condiciones de responder a tiempo. Como antes, el Justiciero *es el blanco del ataque».*

Neutralizar, atacar, amagar, atacar. Una pauta eficaz, llevada a cabo con precisión y destreza.

—¿Estás teniendo dudas al respecto?

—No lo sé —dijo Vanto, en voz baja—. Nos ha dado esas coordenadas con demasiada facilidad. Podría tratarse de una trampa.

—Cierto —dijo Thrawn—. Por otra parte, dudo que sea tan tonto como para darnos la verdadera ubicación de su base. Lo más probable es que sea un punto de encuentro donde podrán estudiarnos más detenidamente.

—No estoy seguro de que eso suene mejor.

—Comporta ciertos riesgos —dijo Thrawn—. El desenlace final dependerá del interés que tengan por hacerse con armamento nuevo. Permíteme sugerir otro posible motivo de la demora en su partida. Dime, ¿qué hacen los otros siete cargueros?

—¿Los otros? Oh, claro… el resto del grupo —Vanto ajustó los sensores—. Siguen rumbo al continente. Aunque… qué interesante. Sus vectores son distintos. Ya no van al mismo sitio, sino a siete puntos diferentes.

—Si lo estuviera viendo algún observador imperial, ahora tendría que elegir —dijo Thrawn—. Podría intentar seguir al octavo carguero al espacio o quedarse aquí y seguir a los otros siete hasta los bastiones insurgentes.

—Después de que el octavo haya concentrado toda la atención sobre sí mismo —dijo Vanto—. Es muy probable que esté ahí fuera, esperando a ver cuánto tardamos en seguirlo.

—Y si lo seguimos —dijo Thrawn—. Si estuvieras al mando, ¿qué elegirías, al del espacio o a los otros siete?

«Las descargas del turboláser de la isla siguen acribillando al Justiciero, *destruyendo su casco y armamento. Los cañones de iones vuelven a abrir fuego, lanzando nuevas salvas contra las naves escolta, impidiéndoles acudir en su ayuda».*

—Probablemente elegiría… un momento —dijo Vanto, cayendo de repente en la cuenta—. No tengo que elegir, ¿verdad? Supuso que íbamos a necesitar refuerzos, por eso mando desplegar la *Shyrack* de la Noventa y seis. Ya acecha por la zona, ¿verdad?

—Así es —dijo Thrawn. Excelente—. La capitana Brento está vigilando el planeta, incluidos los siete cargueros. Podemos concentrarnos en el octavo.

—Sí —Vanto miró por última vez las lecturas de los sensores, claramente reacio a abandonar a la 103 en una batalla perdida—. Muy bien. Hagámoslo.

CAPÍTULO XXIV

Hay momentos en la vida de todo comandante en que debe blandir el bastón de mando ante un subordinado.

A veces por cuestiones de pericia, cuando el subordinado posee habilidades de las que el comandante carece. A veces es algo posicional, cuando el subordinado está en el lugar adecuado en el momento adecuado y el comandante no. A menudo se puede prever cuando se perderá la comunicación directa, por lo que el subordinado puede recibir unas instrucciones generales que deberá llevar a cabo por iniciativa propia, a medida que los acontecimientos se desarrollen.

Ningún comandante disfruta con esos momentos. La mayoría de subordinados los temen. Los que no los temen muestran ese exceso de confianza que prácticamente siempre conduce al desastre.

Pero hay que afrontar esos momentos. Y todos aprenden de ellos, ya sea para bien o para mal.

. . .

Llegaron a las coordenadas y encontraron al carguero esperándolos.

—Ha tardado lo suyo —gruñó alguien desde este—. ¿Algún problema?

Eli respiró hondo. Si había llegado a familiarizarse con algo durante su estancia en la marina eran contrabandistas, vendedores de armas, ladrones y sinvergüenzas de todo pelaje. Sabía cómo se comportaban, hablaban y pensaban. El truco era pensar y hablar igual.

Activó el comunicador.

—No teníamos pensado usar el hiperimpulsor hasta que aparecieron. No creía que se aburriera tan rápido.

—Sí. Ja, ja. ¿Con quién hablo?

—Me llamo Horado Figg.

—¿Qué hacía en Batonn?

—Buscar posibles negocios y clientes —dijo Eli—. Me enteré de lo de la Isla Scrim y se me ocurrió pasar a ver si les interesaba hacer negocios. Comprando o vendiendo… ya se lo he dicho, me dedico a ambas cosas.

—Bueno, personalmente, estaría encantado de volarlo en pedazos y acabar con esto —dijo el otro—. Pero el jefe quiere verlo, así que supongo que vivirá un poco más. Sígame.

—Gracias —dijo Eli, virando hacia el vector del carguero—. No se arrepentirá.

—Ya me arrepiento. Y no intente escapar… no estoy solo.

El comunicador se apagó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eli.

—Ahora nos preparamos —dijo Thrawn, desabrochándose el arnés y levantándose del asiento—. Síguelo y mantente atento. Ahora mismo vuelvo.

Al cabo de diez minutos, con su destino final ya visible en las pantallas, regresó.

—Veo que hemos llegado.

—Casi —dijo Eli, frunciendo el ceño. Thrawn llevaba la túnica enrollada en un brazo y un pequeño bláster de mano en la otra mano—. La nave parece una Nómada de la época de las Guerras Clon.

—No las conozco.

—Eran una especie de talleres mecánicos itinerantes que llegaban a los sistemas cuando terminaban los combates y las flotas se marchaban —explicó Eli—. Las instalaciones de reparación solían ser el blanco de duros ataques y esas naves llegaban para echar una mano a los lugareños. Es consciente de que quitarse la túnica no bastará para engañar a nadie, ¿verdad?

—No lo pretendo —dijo Thrawn—. Quítate la tuya y ponte esta.

—Vale, pero me quedará grande… vaya —Eli se calló al ver una quemadura de bláster reciente en la túnica que Thrawn llevaba en las manos—. ¿Qué es eso?

—Le quitaste esta túnica a un oficial imperial al que mataste —dijo Thrawn—. Por eso te va grande. Y la llevas porque intimida a la gente.

—Vale —dijo Eli, mirando la túnica con el ceño fruncido, mientras se quitaba la suya. Vio que la placa de almirante de Thrawn había sido remplazada por una de teniente.

¿Una placa de teniente?

Miró mal a Thrawn.

—Sí —el almirante le confirmó—. Mi viejo remoto, modificado para nuestras necesidades actuales. Cuando llegue el momento, aprieta el recuadro más cercano al centro de tu pecho.

—¿Y cuándo llegará ese momento?

—Lo sabrás. Toma —le ofreció el bláster de mano—. Escóndetelo en algún sitio. Te lo quitarán, pero resultaría sospechoso que no llevases un arma oculta.

—¿Y me quedo este también? —preguntó Eli, señalando su bláster mientras alisaba la solapa de la túnica. Era dos tallas más grande.

—Sí —dijo Thrawn—. Como muestra de la mercancía que tienes a la venta.

—Vale —dijo Eli, acuciado por nuevas dudas. Interpretar aquel papel disparatado por comunicador era una cosa, hacerlo en persona otra completamente distinta.

Apartó aquel pensamiento de su cabeza. La verdadera esencia de los sinvergüenzas era su seguridad en sí mismos. Si no era capaz de fingirla, estaba muerto.

—¿Dónde estará usted?

—Organizando nuestra huida —dijo Thrawn—. Entretanto, averigua todo lo que puedas sobre ellos.

—Bien —La Nómada apareció ante su vista y Eli pudo ver que ya había seis naves pequeñas alineadas en su largo muelle de reparaciones, que ocupaba la totalidad de uno

de sus flancos. Entre las embarcaciones amarradas había tres huecos vacíos, con las luces de aproximación señalando el del centro—. Solo recuerde que no puedo hacer este papel eternamente.

—Seré tan rápido como pueda —dijo Thrawn y salió de la cabina, llevándose la túnica de Eli.

—Figg, le hemos señalado un puesto de aterrizaje —le dijo el piloto del carguero, apartándose de su camino—. Aterrice y baje de la nave. Alguien lo estará esperando.

Eli activó el transmisor.

—Entendido. Espero que tengan algo de comer. Estoy muerto de hambre.

—Usted prepárese para hablar —le dijo su interlocutor, bruscamente—. Porque tendrá que hacerlo durante un buen rato.

Tres hombres armados lo esperaban cuando bajó la rampa del carguero.

—Vaya, vaya —dijo uno, en tono burlón—. Un imperial. Menuda sorpresa.

—Es usted justo el tipo de idiota para el que me pongo esto —dijo Eli, con un matiz de desdén y hastío en la voz—. ¿No ha notado que me va grande?

—¿Ni la quemadura de bláster? —añadió otro, apuntando su propio bláster al estómago de Eli.

—Que no se ve si coloco la cámara del comunicador bien —dijo Eli—. Esto me garantiza la atención y cooperación de la gente.

—Aquí no —dijo el primer hombre—. Ese bláster. Tírelo… poco a poco… y dele una patada.

—Tengan cuidado con él —dijo Eli, desenfundado el bláster y dejándolo sobre la cubierta. Una patadita lo lanzó dando vueltas hacia los guardias—. Es parte de mi stock. Un pistola auténtica de la Marina Imperial. No se encuentran en ningún sitio.

—Se sorprendería —dijo el primer hombre—. Abra los brazos y no se mueva.

Eli obedeció. El hombre hizo un gesto y sus dos compañeros dejaron sus blásters sobre la cubierta y fueron hacia Eli, con expresiones decididas.

Había esperado que no encontraran el bláster de mano que llevaba escondido bajo el brazo. Pero lo encontraron.

—¿Más stock? —preguntó el primer hombre, tomando el arma y mirándola con el ceño fruncido, mientras los otros recogían las suyas.

—Stock y un seguro de vida —dijo Eli—. Le sorprendería la cantidad de clientes que se intentan marchar sin pagar.

—No lo dudo. Vamos.

El muelle tenía tres compuertas que conducían al interior de la enorme nave. Los tres hombres llevaron a Eli por la del centro, la más cercana a su carguero. Una corta caminata por un pasillo cubierto de óxido, un giro hacia otro pasillo y llegaron a un

compartimento con una placa descolorida a un costado en la que podía leerse «CAPITÁN».

El primer hombre dio un paso adelante y apretó el botón de apertura. La compuerta se abrió y le hizo un gesto a Eli para que pasara.

Eli respiró hondo. «Seguridad en ti mismo», se recordó. «Una seguridad en ti mismo que bordee la arrogancia». Saludó con un gesto desenfadado a su captor y cruzó la compuerta.

Y se quedó petrificado. Sentado tras un viejo escritorio, con una sonrisita en los labios estaba…

—¿Cygni?

—Se acuerda de mí —dijo el tipo, sonriendo más ampliamente—. Me alegro de volver a verlo, comandante Vanto.

»Y, por favor, llámeme Cisne Nocturno.

Eli tardó un buen rato en recuperar el aliento. Desde su primer encuentro a bordo del *Dromedario*, Cisne Nocturno siempre se había mantenido en la sombra. Siempre. Era la última persona que esperaba encontrar al mando de la operación de Isla Scrim.

Aquello era una novedad. ¿Realmente conocían a aquel tipo?

Se sobresaltó cuando alguien le dio una fuerte palmada en la espalda. Obligó a sus músculos a reaccionar y se adentró en la sala.

—Siéntese —dijo Cisne Nocturno, señalando una silla en una esquina de su escritorio—. ¿Qué llevaba encima?

—Un bláster estándar —dijo el primer guardia, pasando junto a Eli y dejando la pistola de la marina sobre la mesa—. Y esto —añadió, dejando el bláster de mano al lado—. Nunca había visto nada igual.

—Una especie de antigüedad —dijo Cisne Nocturno, mirándola detenidamente—. ¿De la época de las Guerras Clon? —preguntó, levantando la vista hacia Eli.

Eli negó con la cabeza.

—Ni idea.

—En realidad, no importa —dijo Cisne Nocturno, girando unos grados ambas armas para que no apuntasen hacia él, sino hacia Eli—. Por cierto, me alegro de que el almirante Thrawn le haya mandado a usted a buscarme. Siempre he pensado que ha contado con muy malas cartas y el hecho de estar aquí hará que se libre de lo que los rebeldes de Isla Scrim le están haciendo ahora mismo a él. —Frunció el ceño, bajando la vista hacia la placa de teniente—. Es comandante, ¿verdad? Vi el anuncio de su nombramiento. No lo han degradado, ¿verdad?

—No, sigo siendo comandante —le confirmó Eli, mientras parte de su bruma mental se disipaba en un repentino arrebato de emoción cautelosa. ¿Cisne Nocturno creía que era

Thrawn quien dirigía aquel chapucero ataque contra la isla?—. Esto solo forma parte del disfraz.

—Ah —dijo Cisne Nocturno—. No es gran cosa como disfraz. ¿Realmente esperaba que no desconfiáramos?

—Oh, esperaba que desconfiaran —dijo Eli, con la mente a mil. Era evidente que Cisne Nocturno creía que había acudido solo. Lo mejor que podía hacer era entretenerlo—. Pero no esperaba que hubiera nadie a bordo que me hubiese visto jamás, mucho menos usted. Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Ha terminado con un puñado de chiflados?

—No están nada chiflados —dijo Cisne Nocturno—. Su Imperio es corrupto, comandante. Corrupto, peligroso y contraproducente. Terminará cayendo, de todas formas. Yo solo estoy echando una mano.

—Yo no estaría tan seguro de eso —dijo Eli—. Mientras haya comandantes como el almirante Thrawn, no lo tendrá nada fácil.

—Oh, pero no hay comandantes como el almirante Thrawn —dijo Cisne Nocturno, con una leve sonrisa—. Ya no.

La sonrisa se esfumó.

—Por favor, entienda que Isla Scrim ha sido mi último recurso. He intentado destruirlo políticamente. He intentado convencer al Alto Mando de que generaba más problemas de los que solucionaba. Pero siempre se ha salido con la suya. Matarlo era la única manera que se me ocurrió de neutralizarlo.

—Estoy seguro de que agradeció sus reticencias previas —dijo Eli, frunciendo el ceño a medida que el patrón de los desafíos previos de Cisne Nocturno le quedaba clara—. De todas maneras, los destructores estelares son naves bastante duras. La isla solo tiene un turboláser y sus disparos deben atravesar la atmósfera. Podría fallar en cualquier momento.

Cisne Nocturno se encogió de hombros.

—Es posible. Aunque a estas alturas ya no importa. Perder su nave de mando, porque la nave está perdida, tanto si sobrevive Thrawn como si no, será un borrón que ni siquiera él podría soportar. Sean quien sean sus amigos, por muy alto que estén situados, ya no tendrán más remedio que darle la espalda.

Eli no pudo evitar sonreír ante aquello.

—Quizá. Parece tener un interés muy particular por su carrera.

—Lo tengo —dijo Cisne Nocturno, frunciendo el ceño ante la sonrisa de Eli—. Desde que desbarató mi pequeño robo de gas tibanna. ¿Qué le hace tanta gracia?

—Oh, nada —dijo Eli—. Hablando del tibanna, buen truco. ¿Cómo extrajo el gas sin causar ningún daño a los cilindros?

—Lo lamento, pero es secreto profesional.

—¿Y qué más da? —replicó Eli—. De todas formas, va a matarme.

—En realidad no —dijo Cisne Nocturno—. A no ser que dé problemas. Mi objetivo era Thrawn, no usted.

—Gracias —dijo Eli, secamente—. No sé muy bien si sentirme halagado o insultado. Aunque puede que Isla Scrim no sea suficiente. Supongo que no sabe por qué aceptaron a Thrawn en la marina, para empezar.

—Imagino que gracias a las presiones de alguno de sus amigos —Cisne Nocturno entrecerró los ojos, estudiando la cara de Eli—. No —dijo, en voz baja—. No un amigo cualquiera. Un no humano de las Regiones Desconocidas… tendría que ser alguien muy bien situado. No… espere —Abrió mucho los ojos—. Demonios —dijo, inclinándose sobre el escritorio—. ¿Fue él?

—¿A qué se refiere? —preguntó Eli, encogiéndose un poco. La repentina intensidad de Cisne Nocturno resultaba ligeramente intimidante.

—Demonios —repitió de nuevo Cisne Nocturno en un susurro, con la mirada clavada en Eli—. ¿De verdad no lo sabe?

—Diría que no.

—Así que ese era Thrawn —dijo Cisne Nocturno, clavando la vista en algún punto a espaldas de Eli—. Me lo contó hace un par de años alguien que trabajaba en los asteroides de Thrugii. Me habló de un no humano desconocido, con piel azul y ojos rojos y brillantes, que por extraño que pueda parecer terminó, aliándose con uno de los generales Jedi que combatía en las Guerras Clon.

Eli notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—Anakin Skywalker —murmuró.

La mirada de Cisne Nocturno volvió a centrarse, como si una compuerta invisible se hubiera cerrado, dejando fuera sus recuerdos.

—Sí, el general Skywalker —dijo, en tono receloso—. Conoce la historia.

—Lo único que sé es que Thrawn lo conoció —dijo Eli—. No me quiso contar nada más.

El intercomunicador del escritorio emitió un pitido. Cisne Nocturno siguió mirando fijamente a los ojos de Eli durante unos instantes. Después, volvió a reclinarse en su asiento y apretó un botón.

—¿Sí?

—Hemos registrado el carguero, señor —dijo una voz débil—. No hay nadie más a bordo. Pero, escuche… detectamos una fuga de radiación en el compartimento de motores.

—Una fuga de radiación —repitió Cisne Nocturno, mirando a Eli y arqueando las cejas.

—Sí, señor. Y tiene mala pinta. ¿Cree que deberíamos remolcarlo fuera del muelle, antes de que el reactor entre en fase crítica?

—Oh, no creo que sea necesario llegar a ese extremo —dijo Cisne Nocturno—. ¿Cuántos soldados te acompañan?

—Los seis. Nos dijo que fuésemos precavidos.

—Así es —dijo Cisne Nocturno—. Reúnelos a todos ante esa compuerta y averiguad cómo entrar. Debe haber algún control manual cerca del mecanismo de apertura principal.

—Espere un momento —protestó el hombre—. ¿Quiere que entremos ahí? ¿Sin trajes contra la radiación?

—No los necesitaréis —le aseguró Cisne Nocturno—. Solo son uno o dos imperiales más escondidos entre los deflectores. Irán armados, por supuesto, así que seguid siendo precavidos.

—Entendido —dijo el hombre.

Cisne Nocturno apretó el botón del intercomunicador.

—¿En serio? —le preguntó a Eli, con una sonrisa burlona—. ¿Una fuga de radiación?

Eli se encogió de hombros, tragándose una maldición. De todos los planes que Thrawn podía sacarse de la manga, tenía que ser precisamente el que Cisne Nocturno ya conocía.

—Es un clásico.

—No hay duda —dijo Cisne Nocturno—. Aunque, al igual que usted, no sé si sentirme halagado o insultado. Debe estar arrepintiéndose de no haber recurrido a otra estratagema.

—No sabía que iba a actuar ante un público que ya conocía el espectáculo.

—Cierto —dijo Cisne Nocturno—. Espero que quienquiera que esté ahí dentro no oponga resistencia. La gente de Simmco no es muy brillante, pero tiene muy buena puntería.

—No lo dudo —dijo Eli, lanzando un suspiro. No sabía cómo iba a terminar todo aquello, pero Cisne Nocturno iba a llevarse una sorpresa. Iba a encontrar o a Thrawn en persona o su cadáver.

—Pero me estaba hablando de Thrawn y Skywalker —dijo Cisne Nocturno.

—No, ya se lo he contado todo sobre Thrawn y Skywalker —le corrigió Eli—. Todo lo que sé. Aunque esa historia thrugii parece interesante.

—Pues hablemos de usted —dijo Cisne Nocturno—. Ahora que Thrawn está a punto de salir de la circulación, su carrera por fin saldrá de su sombra. —Arqueó las cejas—. Ha estado bastante bajo su sombra, ¿verdad?

Eli sonrió. Había habido un tiempo en el que se había sentido así.

Pero ya no. Desde hacía mucho.

—Eso no me preocupa —aseguró—. Cada uno se labra su propio futuro, como solía decir mi padre. Soy comandante, tengo un historial bastante decente de éxitos y me gustaría creer que he hecho uno o dos amigos por el camino.

—¿En serio? —preguntó Cisne Nocturno—. Porque parece que Thrawn no tiene amigos. Creo que carece por completo de inteligencia política. —Resopló—. En cuanto a usted, mi joven e idealista comandante, ¿de verdad cree que tiene algún amigo en Coruscant? ¿Un don nadie del Espacio Salvaje que ha pasado toda su carrera ejerciendo de perro faldero de un no humano?

—Eso no es así —insistió Eli—. Ya vio que terminaron aceptando a Thrawn.

—Probablemente porque alguien compró o vendió favores —dijo Cisne Nocturno—. Necesita conocer mejor Coruscant. —El intercomunicador volvió a emitir una señal y Cisne Nocturno lo activó—. ¿Sí?

—Señor, aquí Simmco —dijo un hombre—. Hemos registrado todo el compartimento de motores y no…

Se vio interrumpido por una explosión que estalló en el altavoz del intercomunicador. Al cabo de un instante, Eli notó una réplica más silenciosa de la explosión en el mamparo que tenía detrás.

Y, de repente, la sala se inundó de la cadencia atronadora de la alarma universal de abandonar la nave.

Cisne Nocturno recogió el bláster de Eli de la mesa con una mano y encendió el intercomunicador con la otra.

—¿Capitán? —gritó, entre la cacofonía—. Capitán, ¿qué está pasando?

Eli se preparó. Thrawn le había prometido que sabría cuándo había llegado el momento. Acercó la mano distraídamente a la placa de rango y apretó el recuadro interior. Cisne Nocturno percibió el movimiento y volvió el bláster hacia su prisionero, a modo de advertencia…

Y el bláster de mano que tenía justo delante estalló con una cegadora nube de humo.

Eli se levantó rápidamente, estremeciéndose cuando la descarga del bláster de Cisne Nocturno chisporroteó en el aire y destruyó el respaldo de la silla de la que acababa de levantarse. Durante una fracción de segundo, se planteó contraatacar, se dio cuenta de que sería un suicidio y optó por huir corriendo hacia la compuerta. Si era capaz de abrirla antes de que Cisne Nocturno recuperase una buena visibilidad quizá pudiera salir vivo de aquella.

Prácticamente había llegado y tenía la mano estirada hacia la apertura cuando la compuerta se abrió sola y una figura imponente irrumpió en la sala, empuñando un bláster. Eli se lanzó contra él a toda velocidad y lo derribó contra la cubierta. El tipo lanzó un resoplido cuando el impacto le dejó sin aire. Eli le arrebató el bláster, le atizó con la culata en un lado de la cabeza para asegurarse que no se levantaba, se levantó y corrió hacia el muelle de amarre.

A pesar del estruendo, podía oír los gritos y pasos apresurados del resto de la tripulación reaccionando a la alarma. Por suerte no tuvo que ir muy lejos. Cruzó la compuerta del hangar mecánico…

Y se topó con un hervidero de actividad. Todos los que no habían podido abandonar aún la nave parecían estar allí, algunos estaban subiendo al equipo de emergencia, pero la mayoría corría hacia las naves con clara intención de huir.

A cada segundo que pasaba entraban más hombres y mujeres en el hangar. Eli sabía que, antes o después, alguno lo vería. Apretó los dientes, se volvió hacia su carguero y esperó que la explosión la hubiera provocado Thrawn al deshacerse del pelotón de abordaje de Simmco.

Una descarga de bláster pasó chisporroteando junto a él, lo hizo recular y casi lo tiró al suelo. Se sujetó como pudo, pero terminó cayendo sobre una mano. Giró sobre sí mismo y levantó el arma prestada, preguntándose si tendría tiempo para disparar antes de que su atacante acabase con él…

Y vio a Thrawn en el hangar, empuñando un bláster y haciéndole gestos desde la entrada de otro carguero. Eli se puso en pie y esprintó hacia la nave.

Al cabo de treinta segundos estaba allí, subió la rampa y cruzó la compuerta. Thrawn ya había desaparecido, seguramente rumbo a la cabina. Cerró la escotilla, revisó que el sellado fuese firme y siguió adelante.

Thrawn estaba sentado en el asiento del piloto, con los monitores e indicadores activados.

—Bienvenido a bordo, comandante —dijo, mientras Eli se abría paso por aquel espacio reducido hasta el asiento del copiloto—. Deberíamos estar lejos de aquí para cuando se den cuenta de que nos hemos marchado.

—¿Por eso nos llevamos esta nave en vez de la nuestra? —preguntó Eli, atándose el arnés.

—Un extra inesperado —dijo Thrawn—. Mi principal objetivo eran los datos que puedan haber quedado en la computadora de esta nave. En particular, historiales de navegación que podrían indicarnos la ubicación de sus bases y vías de suministros. —Miró de reojo a Eli—. Te llevaron ante su líder, ¿verdad? ¿Era Cisne Nocturno?

—Sí —dijo Eli, frunciendo al ceño al entenderlo todo repentinamente—. ¿Sabía que sería él?

—No estaba seguro, pero lo sospechaba.

—¿Por qué no me dijo nada? —preguntó Eli. Thrawn siempre jugaba con las cartas muy escondidas, pero aquello era demasiado—. Me podría haber resultado extremadamente útil saber con quién me las vería.

—Al contrario —dijo Thrawn—. No habrías podido hacer una interpretación convincente si no estabas genuinamente sorprendido.

—¿Así que nos metió a los dos deliberadamente en la trampa?

—Era necesario que creyera que nos la habían pegado —dijo Thrawn—. De lo contrario, habría estado en guardia.

—Y su tripulación también —dijo Eli, notando que su enfado se diluía. Como de costumbre, una vez Thrawn se la explicaba, era capaz de ver la lógica táctica—. No estaba en el compartimento de motores, ¿verdad?

—No —dijo Thrawn—. Me escondí en la cápsula de salvamento hasta que el pelotón de abordaje fue hacia la parte trasera, después salí y busqué el control de la alarma de evacuación de la nave.

—Después de colocar una «bomba» —dijo Eli—. A ver si lo adivino, ¿el mismo truco de la celda de energía de bláster manipulada que usó para huir de su planeta de exilio?

—Sí —dijo Thrawn. El tablero de estado se iluminó en verde—. Hora de volver a Batonn.

Activó el impulsor y salieron disparados del muelle. Eli se tensó, pero nadie les disparó.

—¿Para ver qué queda de la fuerza de asalto del almirante Durril?

—Espero que más de lo que crees —dijo Thrawn—. Pero ahora lo veremos.

—Le dije a Cisne Nocturno que los destructores estelares eran naves duras —dijo Vanto, sacudiendo la cabeza con perplejidad mientras miraba por la ventanilla a la 103 reagrupada—. Pero esto bordea lo inverosímil.

—No los bombardearon mucho rato —dijo Thrawn—. La capitana Brento tenía instrucciones de intervenir en cuanto nos marchásemos, coordinar las naves operativas restantes lo mejor que pudiera y usar sus rayos tractores combinados con el *Justiciero.*

—¿Hizo que un puñado de cargueros ligeros remolcasen un *destructor estelar*? ¿Y ha funcionado?

—No tenían que moverlo mucho —dijo Thrawn—. Solo lo suficiente para llegar a una órbita fuera del alcance de los cañones de iones. Una vez fuera del ataque, los sistemas de energía del *Justiciero* se recuperaron lo bastante rápido para alejarse de Batonn y ponerse a salvo.

—Ah —dijo Vanto—. Me pregunto si Durril admitirá que le ayudó la *Shyrack.*

—Le costará pasarlo por alto.

—Sin duda. Pero apuesto a que lo intentará.

—Y después pudimos hacer unas reparaciones rápidas en los motores y salir de su alcance —Durril concluyó su informe. *«Su intermitente imagen holográjica es difícil de interpretar, pero su voz revela ira y vergüenza»*—. Pido disculpas por mi fracaso, almirante de la flota Donassius. Pero ahora sé a qué nos enfrentamos y puedo garantizar que mi próximo asalto será un éxito.

—Quizá —dijo Donassius. *«Su imagen holográfica se vuelve hacia el tercer holograma que flota sobre el proyector del* Quimera»—. Almirante Kinshara, su informe, por favor.

—Nos hemos ocupado de los insurgentes de Denash, almirante —dijo Kinshara. *«Su voz contiene satisfacción por su éxito y una satisfacción más sutil por el fracaso de Durril»*—. No había gran cosa, en realidad. No obstante, nuestros interrogatorios preliminares a los prisioneros indican que gran parte de sus naves y material se puede haber trasladado ya a Batonn.

—Excelente —dijo Durril. «Su *voz transmite confianza*»—. Todos los huevos en el mismo cesto. Mucho mejor para cogerlos a todos.

—¿Almirante Thrawn? —dijo Donassius.

—También hemos llevado la paz a Sammun —dijo Thrawn—. Destruimos dos naves enemigas y capturamos cuatro. También capturamos una cantidad considerable de armas de mano.

—Sin su presencia, según tengo entendido.

«La comandante Faro mueve los pies. Su habitual confianza ha desaparecido; su postura revela incomodidad».

—La misión se llevó a cabo siguiendo mis directrices, almirante.

—Entiendo —«*Por un instante, Donassius sigue mirando a Thrawn*»—. Almirante Durril, ¿cuándo estará la Uno Cero Tres en condiciones de volver a volar?

—Podemos estar combatiendo de nuevo dentro de treinta horas, señor —dijo Durril. *«Su vergüenza ha desaparecido, su voz revela expectación»*.

—No le he preguntado cuando puede volver a combatir, almirante —dijo Donassius—. Sino cuando podrá volar.

—Ah… en unas cinco horas, quizá —dijo Durril. *«Su voz revela una repentina cautela»*—. Señor, con el debido respeto…

—Dentro de cinco horas llevará su fuerza de asalto a los astilleros de Marleyvane para proceder a las reparaciones —dijo Donassius—. ¿Almirante Thrawn?

—¿Sí, almirante de la flota?

—Dijo que necesitaba recopilar más información sobre los insurgentes de Isla Scrim. ¿Cuánto tiempo necesitará?

—Señor, debo protestar —dijo Durril. *«Su incredulidad se transforma en indignación y orgullo herido»*—. Esta operación me fue asignada a mí. Soy perfectamente capaz de concluirla con éxito.

—¿Almirante Thrawn? —repitió Donassius.

—En realidad, almirante de la flota, ya he recopilado toda la información —dijo Thrawn—. Puedo tomar la isla cuando lo desee.

—Bien —«*La imagen de Donassius mira a Durril y después de nuevo a Thrawn. Su voz transmite satisfacción*»—. Cuando quiera, almirante.

CAPÍTULO XXV

En un momento u otro, todo guerrero desea poseer una fortaleza inexpugnable. Semejante fortaleza es percibida como un refugio, un lugar de rebeldía o una roca contra la que puedes lograr que el enemigo se choque para su propia destrucción.

Los políticos también anhelan una fortaleza así, aunque la conciben en términos de poder y autoridad, en vez de piedra, armas y escudos. Los empresarios también quieren una protección similar contra competidores e intrusos, mientras que los piratas esperan que los proteja de las autoridades. De una manera u otra, todo el mundo quiere disponer de un refugio absoluto.

Pero la seguridad absoluta no existe. Los que creen en ella descubrirán que la esperanza se hace pedazos contra la misma roca tras la cual pretende ocultarse.

. . .

Los capitanes ya tenían sus órdenes. Las naves de la Fuerza de Asalto 96 estaban en posición.

Era la hora.

—Todas las naves, informen —gritó Thrawn desde el centro de la pasarela de mando, revisando los últimos preparativos, como siempre.

Eli sonrió para sí. Aparte del interés de Thrawn por observar y detectar los patrones que seguían sus oponentes, el propio almirante tenía también muchos a su vez.

—Un plan interesante —murmuró Faro, situada junto a Eli—. Como mínimo, podemos confiar en pillarlos desprevenidos.

—Los planes del almirante Thrawn suelen consistir en eso —murmuró Eli.

—Ya lo he notado —dijo Faro—. Lleva mucho con él, ¿verdad?

Eli se encogió de hombros.

—Toda mi carrera.

—Debe haber sido agradable —masculló Faro—. Escasean mentes como la suya. Con demasiada frecuencia, los hombres y mujeres en puestos de mando los han alcanzado por ser quien son, en vez de por lo que saben.

—Sí, he servido a las órdenes de unos cuantos de esos.

—Como Thrawn, imagino —dijo Faro—. Seguro que hubo momentos que lo volvieron loco. Menos mal que usted estaba cerca para ayudarlo a mantener la cordura.

—Yo no tengo nada de especial, señora —dijo Eli—. De hecho iba a ser oficial de suministros hasta que él apareció.

Faro negó con la cabeza.

—Eso habría sido un enorme desperdicio. Su sitio está en el puente, no los centros de distribución.

—No estoy seguro de que eso sea cierto —dijo Eli, notando una punzada de vergüenza—. Es evidente que no poseo la genialidad táctica del almirante.

—Quizá no —dijo Faro—, pero entiende perfectamente los planes cuando se los explican.

Eli no pudo evitar sonreír.

—Cuando se explican cualquiera puede entenderlos.

—¿Usted cree? —replicó Faro—. ¿De verdad cree que todos los capitanes y altos oficiales de la Noventa y seis entienden cómo funcionará esto?

—Por supuesto —dijo Eli, frunciendo el ceño—. Es obvio.

—Para usted y para mí, comandante —dijo Faro—. No para todos.

Eli se quedó mirando la espalda de Thrawn, contando mentalmente las respuestas de las naves a medida que llegaban por el puesto de comunicaciones. ¿Estaría Faro en lo cierto?

Y si eso era verdad, ¿era ese el motivo por el que Thrawn había manipulado su carrera, para mantenerlo como su asistente personal? ¿No como castigo, ni por capricho, sino para adiestrarlo en el arte de mandar?

El informe de la última nave terminó y Eli vio que Thrawn enderezaba un poco la espalda. Había llegado el momento.

—Muy bien —dijo el almirante—. *Shyrack, Flensor* y *Tummor:* en marcha.

—Mantenga nuestra posición —añadió Faro, en voz baja, para el timonel del *Quimera.*

Eli respiró hondo y exhaló lentamente. Enviar los cruceros ligeros de las tres fuerzas de asalto al peligro suponía un gran riesgo, uno que la mayoría de comandantes dudaría en asumir, pero era el único plan viable.

Frunció el ceño. ¿Estaba Faro en lo cierto? ¿Acaso era Eli uno de las supuestas pocas personas capaces de entender realmente las tácticas de Thrawn?

Los cruceros avanzaban hacia el planeta, disparando con sus turboláseres a Isla Scrim. Por el momento era algo inútil, incluso sin el escudo sobre la isla, los disparos habrían sido mayoritariamente ineficaces. Pero a medida que las naves de guerra descendieran y llegaran a la estratosfera, el nivel de energía disparada iría aumentando progresivamente. Finalmente, si los cruceros seguían a salvo, las descargas empezarían a sobrecargar el escudo y posiblemente el generador. Antes de que eso sucediera, los insurgentes tendrían que reaccionar.

No esperaron a que la situación llegase a un punto tan crítico, por supuesto. Los cruceros todavía estaban en la atmósfera superior cuando el escudo se contrajo simultáneamente por toda la costa, abriendo vectores de disparo para los tres cañones de iones.

—Cañones de iones a la vista —gritó Thrawn—. Cruceros, fuego a discreción.

Las tres naves de guerra cambiaron sus vectores de disparo del centro del escudo hacia sus nuevos blancos. Eli pensó que era como una repetición exacta de la primera tentativa del almirante Durril.

Pero esta vez había un ingrediente añadido al cóctel. Mientras los turboláseres de los cruceros acribillaban las baterías de cañones de iones, un cuarto cañón de iones abrió fuego desde una posición de la costa sureste.

La *Shyrack* lo detectó e intentó variar su blanco, pero la velocidad de reacción de la nave era demasiado lenta para un giro tan grande y de ángulo tan pronunciado, y las descargas borrosas de iones que subían desde la superficie eran demasiado rápidas. Antes de que los cruceros pudieran girar hacia su nuevo blanco, los cúmulos de iones impactaron en su casco, inutilizando sensores y acallando su arsenal. Antes de que el *Flensor y* el *Tummor* pudieran virar su blanco, el cuarto cañón de iones les había disparado a ambos, silenciándolos también.

—El almirante tenía razón —comentó Faro—. Tenían un cuarto cañón operativo. Debían disponer de un tubo caztron de repuesto cuando tomaron la isla.

—Nos las hemos visto con Cisne Nocturno antes —le recordó Eli—. Al final aprendes a no fiarte de las apariencias.

—Cruceros, informen —ordenó Thrawn.

Eli escuchó atentamente los informes que llegaban. Cisne Nocturno era inteligente, no cabía duda. Pero no lo sabía todo.

No sabía, por ejemplo, lo duros que eran los cruceros ligeros imperiales. Las tres naves habían perdido sus armas y motores primarios, pero sus comunicaciones y parte de su armamento auxiliar seguían intactos.

Y, lo más importante, también sus motores auxiliares.

—Maniobra final —ordenó Thrawn—. *Flensor,* ahora.

El *Flensor* empezó a virar hacia estribor. Thrawn lo miró un momento e hizo una señal.

—*Shyrack,* ahora.

Entonces, el *Shyrack* y el *Tummor* se movieron rápidamente hacia sus posiciones asignadas.

—¿Qué hacemos con el cuarto cañón de iones, almirante? —preguntó Faro.

—No supondrá ningún problema —le aseguró Thrawn—. ¿Capitán Yelfis? El *Tummor* recibió la última ráfaga. ¿Alguna observación?

—El cañón empezaba a fallar, almirante —dijo la voz de Yelfis por el altavoz—. Mi oficial de ingeniería dice que es un síntoma de que el emisor del tubo caztron está a punto de fundirse. El traficante del mercado negro que se lo vendió los estafó.

—Teniendo en cuenta que su principal cometido era obligarnos a que nos retiráramos para reevaluar la situación, diría que esa breve funcionalidad seguramente les ha salido rentable —dijo Thrawn—. Afortunadamente, no se nos disuade tan fácilmente. Comandante Faro, llévenos hasta allí.

Frente a ellos, el horizonte planetario se elevó ligeramente cuando el *Quimera* varió de posición. Avanzó hasta colocarse tras los tres cruceros medio inutilizados, entró en la atmósfera y se aproximó a la superficie…

—-El cañón de iones del norte tiene ángulo de tiro —advirtió el capitán del *Flensor*.

—Compense, comandante —ordenó Thrawn.

—Compensado —le confirmó Faro, serenamente.

Eli sonrió levemente. Los insurgentes habían detectado el acercamiento del *Quimera* y esperaban acabar con él como habían hecho con el *Justiciero,* pero un ligero cambio en las posiciones de las naves imperiales dejaba el destructor estelar justo detrás del crucero maltrecho.

—¿Comandante? —preguntó Thrawn.

—Seguimos aproximándonos, almirante —informó Faro.

—El cañón del oeste tiene ángulo de tiro —informó Brento desde el *Shyrack*—. Ajustando… lo cubrimos, *Quimera.*

—Gracias, capitana —dijo Thrawn—. A todas las naves, sigan con el plan.

Faro dio un paso hacia Eli.

—Me pregunto si empiezan a inquietarse —murmuró.

—Lo dudo —dijo Eli—. Quienquiera que mande ahí abajo es lo bastante listo para saber que toda sombra tiene dos caras. Si sus cañones de iones no pueden alcanzar al *Quimera,* los turboláseres del *Quimera* tampoco pueden alcanzar a sus cañones de iones.

—¿Y el turboláser de la isla?

—Esperará a que estemos más cerca —dijo Eli—. Como solo disponemos de ese blanco, supondrá que lo tenemos fijado. No querrá abrir el escudo hasta que pueda realizar un disparo claro.

—Como dice, es un tipo listo —dijo Faro—. Casi siento lástima por él.

Los tres cañones de iones de la isla seguían disparando esporádicamente, intentando claramente alcanzar al *Quimera,* tras los cruceros. Pero Thrawn había colocado las naves bien y sus cuatro capitanes habían seguido sus órdenes con precisión. Cada vez que los cañones abrían fuego, sus descargas terminaban chocando contra los cruceros.

Pero aquel punto muerto no podía durar para siempre, por supuesto. Si los cañones seguían disparando, los sistemas de los cruceros terminarían quedando tan dañados que perderían toda su energía y movilidad de forma definitiva. En aquel instante, iniciarían una lenta caída en espiral que concluiría cuando se estrellasen contra la superficie.

Por suerte, aquello no iba a suceder. El *Quimera* siguió avanzando…

—Distancia de tiro óptima, almirante —informó Faro—. Turboláseres preparados.

—Gracias, comandante —dijo Thrawn—. Blanco Uno. Turboláseres, fuego.

Eli vio por la ventanilla que el cielo se iluminó cuando las brillantes descargas verdes salieron disparadas hacia el planeta que tenían a sus pies.

Pero no hacia la isla. Como habían demostrado dolorosamente el almirante Durril y el *Justiciero,* las defensas de los insurgentes eran más que suficientes para repeler todo tipo de ataques orbitales.

Pero Scrim era una isla… y el océano que bañaba sus costas no quedaba bajo la protección del escudo.

—Impacto directo en las coordenadas del Blanco Uno —dijo una voz desde una de las dos fragatas de la 96, que realizaban vuelos de observación a gran altura sobre la zona de combate—. Cráter marino… implosión… oleaje hacia el exterior…

—¡Impacto! —gritó una voz desde la otra fragata—. Un maremoto ha impactado contra la costa este.

—Blanco Dos, fuego —ordenó Thrawn—. ¿Daños en Blanco Uno?

—No está claro, almirante —dijo el vigía de la segunda fragata. El tipo intentaba mantener la calma y la profesionalidad, pero Eli pudo percibir pavor en su voz—. Pero el tsunami ha impactado de lleno contra el emplazamiento del cañón de iones del oeste.

—Informe sobre Blanco Dos —les interrumpió el vigía de la primera fragata—. Emplazamiento de los turboláseres alcanzado. Parece más inundado que Blanco Uno… el terreno de allí debe ser más llano o incluso tener alguna depresión.

—Alternen fuego —dijo Thrawn—. Blancos Uno y Dos.

—El escudo se retrae —informó el *Flensor*—. El turboláser tiene campo libre para disparar…

—El segundo tsunami ha impactado en Blanco Dos —dijo el primer vigía.

—Segundo tsunami sobre Blanco Uno —añadió el segundo—. El cañón de iones del oeste está inundado. Turboláser… —Se calló—. Explosión en el emplazamiento del turboláser, almirante. Parece que el agua ha cortocircuitado los condensadores. Diría que el arma está inutilizada.

—Comunicaciones, abran transmisión —ordenó Thrawn—. Isla Scrim, les habla el almirante Thrawn, a bordo del DEI *Quimera*. Desactiven su escudo y ríndanse o seguiremos inundando su armamento pesado y sus defensas costeras hasta arrasarlos por completo, junto a aquellos que las manejan. Repito, desactiven su escudo y ríndanse o serán destruidos.

No hubo respuesta.

—¿Seguimos disparando, almirante? —preguntó Faro.

—Alternen el fuego entre los Blancos Uno y Tres —dijo Thrawn—. Alerte a los botes de asalto para la acción inminente.

Otra descarga de turboláser salió disparada del *Quimera* contra el mar turbulento.

—Tsunamis en Blancos Uno y Tres —informó el primer vigía—. Parece que se ha iniciado un incendio en los alrededores del Blanco Dos.

—¡Señor, el escudo está desactivado! —gritó el oficial de sensores—. Parece que se rinden.

—Confirmado, almirante —añadió el oficial de comunicaciones—. El líder insurgente solicita formalmente los términos de su rendición.

—Dígale que sus hombres y él deben deponer sus armas en los edificios y esperar a los botes de asalto fuera —dijo Thrawn—. Si intentan imponer cualquier tipo de resistencia dispararemos a matar.

Se volvió levemente hacia el pozo de tripulantes y Eli pudo ver un brillo particularmente intenso en sus ojos rojos.

—Y dígale —añadió, en voz baja— que lo pagarán muy caro si alguno de sus rehenes resulta herido.

Esperó respuesta, se dio la vuelta y retrocedió por la pasarela de mando hasta donde estaban Eli y Faro.

—Comandante Vanto, puede comunicar a Coruscant la noticia de nuestra victoria. Comandante Faro, cuando hayamos recuperado por completo la isla, se encargará de supervisar el remolcado de los tres cruceros fuera de la gravedad de Batonn para iniciar sus reparaciones.

Eli asintió.

—Sí, señor.

—Sí, almirante —dijo Faro—. Permítame que lo felicite. Un plan brillante y perfectamente ejecutado. Una victoria impresionante.

—¿Victoria, comandante? —Thrawn sacudió la cabeza—. La batalla ha terminado, pero la guerra por Batonn aún no está ganada.

Se dio la vuelta y miró la pasarela.

—Si me necesitan, estaré en mi camarote. Infórmenme cuando tengan la isla bajo control.

—¿Alguna vez ha estado a bordo de un destructor estelar imperial, gobernadora? —preguntó Yularen, cuando su corbeta llegó, remolcada por un rayo tractor, al muelle del *Quimera*.

—No, no he tenido ese privilegio, coronel —dijo Arihnda. En realidad, nunca había visto una de aquellas naves gigantescas desde tan cerca, ni mucho menos subido a bordo.

Pero las naves eran naves, los hombres eran hombres y los almirantes, incluso aquellos que habían ascendido tan rápidamente como Thrawn, seguían siendo simples almirantes.

Había tratado con muchos y no esperaba que aquel le fuera a dar mayores problemas.

Thrawn los esperaba cuando Arihnda y Yularen salieron del túnel del puesto de amarre.

—Gobernadora Pryce —la saludó el almirante—. Coronel Yularen. Bienvenidos a bordo.

—Gracias, almirante —dijo Arihnda. El comandante Vanto estaba unos pasos tras él, junto a una mujer con placa de capitana—. Agradecemos que nos haya recibido, pese a haberlo solicitado con tan poca antelación.

—Sobre todo, teniendo en cuenta lo atareado que está —añadió Yularen—. Pero creo que esta reunión puede merecer la pena.

—Ya veremos —dijo Thrawn—. La sala de reuniones es por aquí.

La sala de reuniones, cuando por fin llegaron, resultó ser poco más que una sala de recreo para pilotos. Los refrigerios que había eran simples y escasos, probablemente procedentes del comedor de los pilotos.

Thrawn no había presentado a sus dos subordinados. Afortunadamente, tanto Arihnda como Yularen conocían a Vanto y la mujer, por lógica y rango, debía ser la capitana del *Quimera*, la comandante Faro.

Arihnda negó mentalmente. Después de tanto tiempo, Thrawn seguía sin dominar las exigencias políticas de su cargo.

—Tenemos entendido que ha localizado el principal bastión insurgente en Batonn —dijo Yularen, mientras se sentaban alrededor de la mesa—. El complejo de Minería y Refinería Arroyoseco, a las afueras de la ciudad de Paeragosto.

—Sí —Thrawn miró a Vanto—. Aunque los cargueros que huyeron de Isla Scrim aterrizaron en distintos puntos del continente, el comandante Vanto pudo descubrir que los vectores de transporte indicaban que sus cargas habían terminado en Arroyoseco.

Arihnda sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Y, por supuesto, planea irrumpir allí con sus fuerzas.

—Creo que no tenemos elección, gobernadora —dijo la comandante Faro—. El escudo del complejo impide un asalto orbital.

—Aunque no fuera así, hay aproximadamente treinta mil civiles dentro del recinto del complejo —añadió Thrawn.

—Sí, lo sé —dijo Arihnda—. Dos de ellos son mis padres.

Los inquietantes ojos rojos del chiss se entrecerraron.

—Entiendo.

—Lo que no tiene por qué ser algo malo —dijo Yularen—. La gobernadora Pryce, por motivos evidentes, ha seguido muy detenidamente los acontecimientos de Batonn. Hace dos días vino a mí con una propuesta —hizo un gesto—. ¿Gobernadora?

—Es muy sencillo, almirante —dijo Arihnda, dejando que su voz, su expresión y su lenguaje corporal pasasen a lo que gustaba de llamar «modo persuasivo»—. Visité a mis padres varias veces cuando trabajaba para el senador Renking. Conozco a gente de allí y mis padres probablemente conozcan a la mayoría. Quiero bajar allí, contactar con mis padres y sus amigos y echar un vistazo desde cerca a las defensas y el arsenal de los insurgentes. Así, cuando mande sus fuerzas, no irán completamente a ciegas.

—Dependiendo de su arsenal, podrían incluso sabotear el generador de escudos —comentó Yularen—. Eso facilitaría considerablemente la operación.

—Sí —dijo Thrawn, mirando fijamente a Arihnda—. Una duda. Cuando visitó por última vez Batonn era asistente de un senador, ahora es una gobernadora imperial. Su puesto y reputación pueden precederla.

—No lo harán —dijo Arihnda—. Puedo camuflarme, pero en realidad las expectativas de la gente suelen superar su capacidad de observación. Si no esperan ver a la gobernadora Pryce de Lothal no la verán.

—Sus padres sí.

Por un instante, Arihnda recordó aquel día espantoso en Lothal, el día que tuvo que decirles a sus padres que debían dejar su hogar, puede por unos años o puede que para siempre. Había hablado mucho y muy claro durante aquellas tres horas: había argumentado a favor de la oportunidad que les ofrecían, la había alabado al mismo tiempo que les advertía de los peligros de no aceptar la oferta de Renking y les había prometido su ayuda en un futuro, reconociendo que en aquellos instantes no podía hacer nada por ellos. Finalmente, los había convencido y se habían mudado a Batonn, y habían llegado a asentarse en su nueva vida con niveles razonables de comodidad y satisfacción.

Pero era Arihnda quien los había convencido. No Renking y sus amenazas, sino Arihnda.

—No se preocupe por ellos —le dijo a Thrawn—. Me aseguraré de que no digan nada.

—Supongo que no irá sola —comentó Vanto.

—Por supuesto que no —dijo Arihnda. Aunque, de hecho, era lo que pretendía. Lo había debatido mucho con Yularen, hasta que no le había quedado más remedio que aceptar lo contrario—. Me acompañará un hombre del coronel Yularen.

—La coartada será que buscan a un amigo involucrado en el problema minero —dijo Yularen—. Eso les dará una excusa razonable para entrar en las potenciales zonas de combate y convencer a sus padres para que la ayuden a superar los puestos de control insurgentes.

—Y gracias a ello no necesitará posicionarse con ninguno de los dos bandos de la disputa —dijo Thrawn—. Lo cual nos viene bien, dado que no sabemos de qué lado están sus padres.

Arihnda notó que torcía los labios. No había pensado en aquello.

—Estoy segura de que son leales al Imperio.

—Puede —dijo Thrawn—. Cisne Nocturno es bastante convincente. Debo comentarle también que será una empresa peligrosa, incluso con la ayuda de un escolta del DSI.

—No me pasará nada —insistió Arihnda—. Y, lo que es más importante, necesitan la información.

—Aunque usted no sea precisamente una experta en recopilarla —comentó Faro—. Me parece que eso limita su valor.

Arihnda no pudo evitar sonreír ante aquello. Faro no tenía ni idea de lo buena que era recopilando información.

—Primero: el agente Gudry está entrenado para esas cosas —dijo—. Sabe percibir los datos en bruto. Segundo: sé de minas, minería y refinerías. Sé que materiales necesitan esas instalaciones y cuáles no, además de cuál merece ser destruida desde la órbita. Con su capacidad y mi criterio formaremos un equipo muy eficaz. —Miró a Thrawn—. El más eficaz, me atrevo a decir, que pueda conseguir con tan poca antelación.

Thrawn se la quedó mirando un instante y después miró a Yularen.

—¿Responde por el agente Gudry, coronel?

—Absolutamente —dijo Yularen—. Es muy competente, tanto como investigador como guardaespaldas. La mantendrá a salvo. Cuente con ello.

Thrawn se quedó callado un instante más. Después asintió muy levemente.

—Muy bien. ¿Cómo piensa llevarla hasta la mina?

—La llevaré hasta Dennogra y la colocaré con Gudry a bordo del saltaplanetas regional —dijo Yularen—. Llegarán a Paeragosto como cualquier visitante.

—Entiendo —dijo Thrawn. Arihnda podía notar que seguía teniendo dudas, pero también sabía que tenía una autoridad limitada sobre un gobernador imperial, sobre todo si este contaba con la bendición del DSI—. ¿Cuánto tardará?

—Podemos llevarla hasta Dennogra y de vuelta a Batonn en doce horas —Yularen se miró el crono—. Debería llegar a Arroyoseco unas dos horas antes del atardecer, hora local. —Señaló hacia atrás con la cabeza—. Por la pinta de sus cruceros ligeros, dudo que tampoco estén preparados para entrar en acción antes.

Arihnda frunció los labios. Yularen tenía razón. Al llegar, su corbeta había pasado cerca de uno de los cruceros y todo un flanco de la maltrecha nave era un remolino de remolcadores de mantenimiento y barcazas mecánicas gigantes. Por lo que habían podido ver de los otros dos cargueros, colocados lejos del *Quimera* para cubrirlos de cualquier posible combate, tampoco estaban mucho mejor.

—Los cruceros resultaron algo más dañados en el ataque de los cañones de iones de lo que esperábamos en un primer momento —admitió Thrawn—. Aun así, su estado es bastante irrelevante porque servirían de poco en un asalto por tierra.

—A no ser que el plan de Cisne Nocturno cuente con una parte espacial —le advirtió Yularen—. Recuerde que el almirante Kinshara informó de que la mayoría de naves insurgentes ya habían salido de Denash cuando llegó la Ciento Veinticinco.

—Ese informe se limitaba a reproducir las declaraciones de sus prisioneros —le recordó Thrawn—. La presencia o el número de naves insurgentes en el sistema aún la deben confirmar fuentes independientes.

—Quizá —dijo Yularen—, pero le conviene no perder de vista el cielo.

—Nunca lo hago, coronel —le aseguró Thrawn, con media sonrisa—. Que quede constancia de que desapruebo el plan de la gobernadora Pryce, tanto por cuestiones de seguridad como de eficacia. Sin embargo, tal como seguro que está a punto de recordarme ella misma, Batonn y la ciudad de Paeragosto no son consideradas aún zonas militares, lo que limita mi autoridad sobre sus movimientos en ellas.

—Aun así, aunque no lo apruebe, sé que podré contar con su ayuda inmediata si surgen problemas —dijo Arihnda. Los largos años que llevaba de lucha política le habían enseñado que ser generosa en la victoria nunca venía mal—. Se lo agradezco, almirante.

Thrawn inclinó la cabeza hacia ella.

—Gobernadora —Miró a Yularen—. ¿Volverá al *Quimera* después de llevar a la gobernadora Pryce y el agente Gudry a Dennogra?

—Desgraciadamente, tengo asuntos urgentes que atender en otro sitio —dijo Yularen—. Pero confío que volveremos a vernos pronto.

—Lo estaré deseando —dijo Thrawn—. ¿Usted proporcionará los comunicadores y colectores de datos que van a necesitar la gobernadora Pryce el agente Gudry?

—Sí. Y coordinaré con el comandante Vanto sus frecuencias y contraseñas —dijo Yularen.

—Muy bien —Thrawn volvió a inclinar la cabeza hacia Arihnda—. Le deseo éxito en su misión, gobernadora. Tenga cuidado y rehuya el peligro.

—Y apórtenos información útil —añadió Yularen—. Mejor aún, investiguen si pueden desactivar el escudo. Eso facilitaría mucho las cosas.

—Descuiden —les dijo Arihnda a ambos—. Haremos todo lo que esté en nuestras manos.

—Y las contraseñas descifrarán todo lo que envíen —dijo Yularen, entregándole a Eli una tarjeta de datos, mientras caminaban hacia el muelle.

—Gracias —dijo Eli, metiendo la tarjeta en el datapad. Tenían la entrada al túnel del muelle justo delante y la gobernadora Pryce ya se había alejado de ellos, acelerando el paso. Estaba realmente ansiosa por empezar aquella misión—. El almirante Thrawn se ha puesto en contacto con las fuerzas imperiales en tierra. Estarán listas para actuar cuando la gobernadora Pryce y su escolta den con la manera de dejarlos entrar.

—Sí —dijo Yularen, en un tono un tanto extraño—. Gobernadora, suba y póngase cómoda. Debo hablar con el comandante Vanto.

Pryce lanzó una mirada levemente desconcertada por encima de su hombro, pero desapareció por el túnel sin decir nada.

—¿Algún problema, coronel? —preguntó Eli, en voz baja.

—No sé —dijo Yularen—. ¿Puede decirme quién ha establecido las posiciones del *Quimera* y del resto de la fuerza de asalto?

—Creo que ha sido el almirante en persona. ¿Por qué?

—Porque es realmente inusual —dijo Yularen—. De hecho, bordea la insensatez. Sus tres cruceros ligeros están en las esquinas de un triángulo equilátero de cerca de un centenar de kilómetros por lado. Eso significa no solo que están demasiado alejados de su nave insignia, sino también unos de otros. Ninguno de ellos podrá socorrer a los demás, ni está a distancia de cubrir al *Quimera*.

—Aún no están del todo listos para el combate —dijo Eli. Aun así, él mismo se había preguntado por aquella colocación. La explicación de Thrawn había sido que quería mucho espacio alrededor de cada crucero para que no se molestasen las enormes barcazas mecánicas que había traído al sistema desde quién sabía dónde.

Pero, ¿era aquello una explicación? ¿O era una simple excusa?

—Esa falta de capacidad de combate es precisamente la cuestión —dijo Yularen—. Como le he dicho, no pueden apoyar al *Quimera*, ni este a ellos. En esencia, son como tortugas panza arriba rodeadas de más tortugas panza arriba. Bastará con que salten unas

cuantas naves armadas del hiperespacio para perder un cruceró y un montón de naves de apoyo. Si nos atacan tres fuerzas simultáneas podrían perderlos a los tres y todas sus naves de apoyo.

—Simultáneas no —murmuró Eli—. Lo harán en secuencia. Primero *Shyrack*, después *Flensor* y después *Tummor*. Quieren dar tiempo suficiente al *Quimera* para que vuelva sus turboláseres hacia un crucero antes de que ataquen al segundo.

—Veo que está aprendiendo a pensar tácticamente —dijo Yularen—. La cuestión es: ¿por qué Thrawn no está haciendo lo mismo?

—Estoy seguro de que lo hace —dijo Eli.

Pero Yularen acertaba en todo. Por lo que a Eli solo se le ocurría un motivo para que los cruceros estuvieran distanciados tanto unos de otros.

Eran el equivalente de Thrawn a los zigzagueos para el tráfico. Algo para ralentizar un ataque relámpago, animando a los asaltantes a lidiar con un trío de naves periféricas, mientras la *Quimera* se preparaba para el combate.

Pero el cebo estaba indefenso, lo que suponía que cualquier ataque degeneraría instantáneamente en una matanza.

Eli sintió un nudo en la garganta. Thrawn no haría algo tan despiadado. Seguro que no.

—Bueno, yo no alcanzo a ver la lógica de esto —dijo Yularen, sombríamente—. Pero supongo que eso es asunto suyo, no mío. Lo único que digo es que debería mantenerse atento a todo. Cisne Nocturno… tengo la impresión, desde aquel primer asunto del gas tibanna, de que logra hacerle perder los estribos a Thrawn. Mucho más de lo que el almirante está dispuesto a admitir. Y, ahora que sabemos que es él quien lo orquesta todo, no estoy del todo seguro de que Thrawn esté pensando con la mayor claridad.

—Piensa perfectamente —dijo Eli, con firmeza—. Y cualquier cosa que haga será por el bien del Imperio.

—Eso espero —dijo Yularen—. En cualquier caso, no le pierda ojo —Yularen echó un último vistazo hacia atrás y fue hacia el túnel.

Eso dejó a Eli solo en el pasillo. Con pensamientos nuevos e inquietantes.

Esperó a que la corbeta se hubiera marchado sin incidentes. Después toqueteó la tarjeta de datos de Yularen y fue hacia el puente.

Iba a vigilar a Thrawn, sí. De hecho, pensaba vigilarlos a todos.

Porque Cisne Nocturno andaba cerca, y ya tenía algún plan en marcha.

Y, como había dicho el propio Thrawn, era un tipo muy persuasivo.

CAPÍTULO XXVI

Todo el mundo tiene metas. Algunas de esas metas son aparentes, visibles para todo el que se moleste en observar. Otras son más íntimas, compartidas solo con los más allegados.

Algunas son secretos oscuros que uno espera que no vean la luz jamás.

Pero, inevitablemente, al final, esas metas más profundas deben manifestarse si se pretende alcanzarlas. Deben compartirse para que alguien las oiga, las vea, o para que ofrezca su ayuda para cumplirlas.

Todo aquel que hace públicas esas metas debe estar preparado para la aceptación y el rechazo. Debe estar preparado para afrontar las consecuencias.

Todas las consecuencias.

. . .

A bordo del *Quimera*, Thrawn había dicho que la ciudad de Paeragosto no era zona militar aún.

Si no lo era, Arihnda no tenía interés en afrontar una de verdad.

El primer desafío era el puerto espacial, donde todos los que bajaran del transporte deberían mostrar su identificación y responder a algunas preguntas sobre sus propósitos para visitar Batonn en general y Paeragosto en particular. Después de eso, vendrían los soldados de la Fuerza de Defensa de Batonn y los de la marina que habían colocado un puesto de control en la carretera principal de la ciudad al complejo minero de Arroyoseco. No parecía que hubieran acordonado la ciudad por completo aún, pero suponía que solo era cuestión de tiempo y efectivos. Y, finalmente, había un puesto de control justo debajo del escudo de Arroyoseco, protegido por lo que parecía un grupo variado de insurgentes, gente descontenta, buscadores de emociones y simples mercenarios o aspirantes a mercenarios a sueldo.

Pero las identificaciones que les había proporcionado Yularen (una con un nombre parcialmente real y una dirección planetaria falsa para Arihnda, y una con todo falso para Gudry) funcionaron, gracias en parte a la increíble labia del agente. Arihnda había esperado tener que ocuparse de todo. Era evidente que Yularen no había exagerado las virtudes de Gudry.

—Lo ha hecho muy bien, gobernadora —murmuró Gudry, mientras se dirigían a una fila de transportes privados de cuatro plazas, justo después del primer puesto de control—. Mejor de lo que esperaba.

—Me alegro de contar con su aprobación —le murmuró Arihnda—. Empezaremos por casa de mis padres y después iremos a echar un vistazo a la zona minera.

—Solo necesitábamos a sus padres para entrar —dijo Gudry—. Y ya estamos dentro.

—Solo hemos superado una barrera —comentó Arihnda—. Aún no estamos en el complejo minero.

—Eso no será problema —dijo Gudry—. En cualquier caso, quiero ver qué pasa antes de que se haga de noche.

Arihnda lo agarró por un brazo.

—Primero, no sea idiota —dijo, bajando la voz—. Mi padre es capataz y mi madre administradora. Ir acompañados de una cara conocida nos servirá para sortear puestos de control y patrullas de seguridad con mucha más facilidad que las bravuconadas del DSI. Segundo, todas las explotaciones mineras están igual de iluminadas de noche que de día. Lo único distinto son las sombras. Y tercero, como a los imperiales ortodoxos les gusta atacar las posiciones enemigas por la noche, el atardecer hará que los insurgentes mantengan la alerta exterior. La noche es justo lo que queremos.

Gudry siguió callado otro par de pasos.

—Bien —gruñó—. Lo haremos a su manera. Por ahora.

—Lo haremos a mi manera —coincidió Arihnda—. Siempre.

Su primer temor era que sus padres hubieran cambiado de horario laboral. Eso habría supuesto tener que buscarlos o correr el riesgo de realizar una llamada por comunicador. Para su alivio, su madre abrió la puerta al segundo timbrazo.

—¿Sí? —dijo, con cautela. Los miró a los dos alternativamente y finalmente se detuvo en Gudry—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Podrías empezar por darme un abrazo —sugirió Arihnda.

Elainye se estremeció, clavando la vista de nuevo en Arihnda. Tuvo una fracción de segundo de confusión y abrió muchísimo los ojos.

—¡Arihnda! —Dio un paso adelante y abrazó a su hija—. No sabía que vendrías. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Pue un arrebato, madre —dijo Arihnda, lanzando una sonrisa triunfal a Gudry por encima del hombro de su madre. Este sostenía que la peluca rubia sobre su pelo corto negro y las gafas oscuras para cubrir sus ojos azules no engañarían a nadie. Evidentemente, Arihnda tenía razón—. Me enteré de que había problemas y quería asegurarme de que padre y tú estabais bien.

—Estamos perfectamente —dijo Elainye, abrazando a Arihnda—. Aunque eso puede cambiar en cualquier momento —Se separó y le tendió una mano a Gudry—. Soy Elainye Pryce.

—Mattai Daw, señora —dijo—. Arihnda me ha hablado tanto de usted que es como si ya la conociera.

Arihnda notó que torcía los labios. De hecho, lo único que Gudry sabía sobre sus padres era gracias a retazos de la conversación que habían mantenido a bordo del transporte, un diálogo que debía de haber comprendido unos quince minutos del tiempo que llevaban juntos. El resto del viaje desde Dennogra lo habían pasado en silencio, con Gudry absorto en planos, mapas y los últimos despachos del DSI.

—Tenemos que hablar, madre —dijo Arihnda—. ¿Padre está en casa?

—Sí, claro. Pasad, pasad.

Al cabo de un minuto y una ronda de abrazos, los cuatro estaban sentados en el salón.

—Bueno, ¿qué pasa por ahí fuera? —preguntó Talmoor—. ¿Has venido a hablar con el gobernador para que solucione este embrollo?

—Desgraciadamente, el gobernador Restos no hace caso a nadie —dijo Arihnda, examinando a su padre. Había envejecido considerablemente en las semanas transcurridas desde su última hololl amada, su cara estaba más arrugada, los ojos estaban más tristes y la postura era más gacha—. De hecho, he venido de manera completamente extraoficial, de ahí el pelo y las gafas. Además de a asegurarme de que estabais bien, hemos venido porque necesitamos vuestra ayuda. Puede que haya un amigo de Mattai dentro de la zona minera y necesitamos que nos ayudéis a encontrarlo y a sacarlo de allí.

—Oh, está dentro, seguro —dijo Gudry, con la mezcla justa de preocupación y vergüenza—. Es de los que se meten en este tipo de cosas sin pensarlo. Necesito encontrarlo y sacarlo antes de que todo explote.

—Espera un momento —dijo Talmoor—. Para empezar, no hay nadie en la mina en contra de su voluntad. Están combatiendo por los derechos de la gente frente a un gobierno peligroso y represivo.

Arihnda sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Thrawn había puesto en duda qué bando apoyarían sus padres en el conflicto. En ese momento, Arihnda había defendido su lealtad sin dudarlo. Oír a su padre hablar así…

—Creo que estás matando mosquitos a cañonazos —dijo—. El Imperio tiene muchas facetas.

—En Coruscant quizá —dijo Elainye—. O en Lothal. Pero no en Batonn. Aquí, el gobernador y sus amigos… bueno, hablaré claro, son corruptos, Arihnda. Muy corruptos. Y la galaxia debe enterarse.

Arihnda recuperó el aliento. ¿El problema se limitaba a los políticos locales? Podría soportarlo.

—Lo investigaré cuando regrese a Lothal —les prometió—. Puedo presentar una solicitud ante el Senado, o ante el mismísimo Emperador, incluso. Hay procedimientos para ese tipo de cosas.

—Sí, los hay —dijo Talmoor, con aire taciturno—. Se llaman revoluciones. Entiendo que se preocupe por su amigo, Mattai, pero no puede hacer nada.

—Estoy dispuesto a asumir eso —dijo Gudry—. Pero necesito que me lo diga él mismo. He oído demasiadas historias sobre gente reclutada a la fuerza por piratas y grupos insurgentes… Sí, sé que la mayoría son falsas. Pero necesito… —Tragó saliva—. Solo necesito oírlo de su boca.

—Por eso vamos a entrar —dijo Arihnda—. No tenéis que llevarnos si no queréis, pero nos ayudaría que llamaseis a algún conocido para avisarlo de que vamos.

Talmoor suspiró.

—No podréis entrar sin mí. Vale, os llevaré. ¿Cómo se llama su amigo?

—¿Quién sabe? —dijo Gudry—. Es decir, no siempre ha estado del lado bueno de la ley, no sé si me explico. Lo conocí como Blayze Jonoo, pero no sé qué nombre puede estar usando aquí.

—Bastará con eso —dijo Talmoor, con un punto de sarcasmo—. ¿Lo reconocerá al menos, si lo ve?

—Por supuesto —le aseguró Gudry—. Y es experto en armamento electrónico, lo que puede darnos alguna pista sobre dónde puede estar trabajando.

—Bien —dijo Talmoor, recogiendo su chaqueta del colgador junto a la puerta—. Iremos y echaremos un vistazo rápido. Pero si nos piden que nos marchemos, nos vamos. ¿Queda claro?

—Queda claro —dijo Arihnda—. Antes de salir, necesito ir al baño.

—Vale —dijo Talmoor—. ¿Recuerdas dónde está?

—Sí, si madre y tú no lo habéis cambiado de sitio —dijo Arihnda, esbozando una leve sonrisa—. Ahora mismo vuelvo.

Y volvió. Pero camino al baño estaba la cocina, con el bolso de su madre colgado de una correa tras la puerta, como siempre. Sin que nadie la viera, abrió el bolsillo lateral, deseando fervientemente que su madre no hubiera cambiado de marca ni modelo de comunicador desde su última visita.

Pero su madre era un animal de costumbres y, para su alivio, el comunicador era el mismo. Lo sustituyó rápidamente por otro idéntico que había traído de Coruscant y siguió hasta el baño.

Se habría podido llevar el comunicador sin molestarse en darle el cambiazo; pero no quería asumir ese riesgo. Si su madre notaba su desaparición, usaría la señal de rastreo para encontrarlo y eso podría suscitar preguntas incómodas en el lugar y momento menos indicados. De aquella manera, a no ser que Elainye quisiera hacer una llamada, la desaparición de su comunicador le pasaría completamente desapercibida.

Gudry seguía hablando de su amigo desaparecido cuando Arihnda volvió con ellos.

—¿Lista? —preguntó Talmoor.

—Lista —le confirmó Arihnda—. Gracias, padre.

—De nada —le dijo Talmoor—. Muy bien. Vamos allá.

La línea exterminadora había rebasado ya la ciudad de Paeragosto. El cielo sobre el bastión enemigo de Arroyoseco se oscurecía a medida que se acercaba la noche.

Había llegado la hora.

La oficina de Thrawn estaba silenciosa, con la misma luz crepuscular que tenían los insurgentes más abajo. Estaba rodeado de hologramas de arte batonnés, flotando como mensajeros del pasado, cada obra un relato sobre los valores, actitudes y modos de pensar del pueblo y cultura que la habían creado. Forma y fluidez, color y textura, estilo y

medio… todo le hablaba. Incluso factores como el tipo de arte y el valor de las obras daba pistas sobre el modo de actuar y reaccionar de ese pueblo en la guerra.

Por desgracia, con aquel tipo de insurgencia los patrones no eran tan claros y sencillos como lo serían en un alzamiento planetario. La mayoría de los que seguían a Cisne Nocturno eran batonneses, pero seguro que había otros llegados desde otros lugares para sumarse a su causa. Esos elementos externos alterarían y diluirían los patrones indicados por el arte.

Lo ideal sería disponer de tiempo para un estudio más sosegado y minucioso del enemigo. Pero no había más tiempo. Isla Scrim había sido una distracción, algo ruidoso y muy visible con lo que Cisne Nocturno pretendía llamar la atención del Imperio, mientras reagrupaba sus fuerzas y armamento bajo el escudo protector de Arroyoseco. Lo más probable era que esperara que el hecho de recuperar la isla convenciera al Imperio de que Batonn había dejado de ser una amenaza, ganando así tiempo para seguir preparándose después de que las fuerzas enemigas se retiraran.

Pero, para variar, había calculado mal. Se le acababa el tiempo, igual que a la insurgencia de Batonn.

Era responsabilidad de Thrawn hacer todo lo posible para asegurarse de que terminase de la mejor manera.

El comunicador de su escritorio ya estaba ajustado a la frecuencia adecuada.

—¿Sí? —respondió una mujer.

—Le habla el almirante Thrawn, a bordo del DEI *Quimera*. Quiero hablar con Cisne Nocturno.

Se produjo una pausa.

—¿Perdone? —dijo la mujer. *«Su voz revela incredulidad y asombro»*.

—Le habla el almirante Thrawn —repitió este—. Por favor, informe a Cisne Nocturno de que quiero hablar con él.

Esta vez se produjo una pausa más larga.

—Un momento.

Pasaron cuarenta segundos hasta que el comunicador volvió a activarse.

—Cisne Nocturno al habla —dijo una voz familiar. *«Su tono revela cautela pero poca sorpresa»*—. ¿Cómo ha conseguido esta frecuencia?

—Era una de las muchas que contenían los registros del carguero que el comandante Vanto y yo nos llevamos de su Nómada.

—Ah —dijo Cisne Nocturno. *«Ahora su voz revela un humor sombrío dentro de la cautela»*—. Un descuido del último piloto. Bueno, de algún otro esperaría un ultimátum o cierto regodeo, pero creo que no es su estilo. ¿Para qué me llama?

—Quiero hablar con usted.

—Estamos hablando.

—En persona, cara a cara, sin barreras entre nosotros.

«Se oye un leve resoplido».

—Claro. ¿Quiere venir a mi campamento o prefiere que visite yo el suyo?

—Hay un campo dos kilómetros al noreste de las instalaciones de Arroyoseco —dijo Thrawn—. Con una cadena de colinas bajas que lo ocultan de la vista, aunque fácil de acceder a él desde su campamento.

Otra pausa.

—Lo dice en serio, ¿verdad? —dijo Cisne Nocturno. *«Su voz revela confusión»*—. ¿De verdad quiere que vaya allí, fuera de la protección del escudo?

—Si le hace sentir mejor, sepa que yo llegaré antes —le dijo Thrawn—. Como sabe, dispongo de un carguero civil que no llamará la atención de nadie.

—Y traerá guardias, por supuesto.

—Ordenaré que se queden dentro del carguero, fuera del rango de tiro. Puede estar seguro de que no busco su muerte.

—¿Solo quiere capturarme?

—No lo entiende —dijo Thrawn—. Capturarlo no me serviría de nada. Y mucho menos matarlo.

—Me intriga —dijo Cisne Nocturno. «*Cautela, pero también un creciente interés*»—. ¿Y entonces de qué le sirvo?

—Solo hablaré de eso en persona —dijo Thrawn—. No por comunicador.

—Entiendo. —Otra pausa—. Dice que no quiere matarme. Me gusta eso. ¿Y qué le hace pensar que yo no lo mataré?

—Porque aprecia la vida —dijo Thrawn—. Porque soy la única garantía de que los civiles que hay en su bastión no serán masacrados. Si este ataque lo liderase otro, casi con toda seguridad mataría a todo el mundo y arrasaría todo lo que encontrase a su paso. Y usted no quiere eso.

—No pedí a esos civiles que vinieran —dijo Cisne Nocturno. «*Hay dolor, ira y resentimiento en sus palabras*»—. En algunos casos, no pude evitarlo porque sus casas quedan bajo el escudo. Pero en otros… les pedí que no vinieran. Pero nos hicieron caso.

—Entiendo —dijo Thrawn—. También entiendo que es consciente de esa carga, como lo sería yo. Le juro que haré todo lo que esté en mi mano para evitar muertes innecesarias. Por eso sé que me permitirá volver al *Quimera* con vida.

Esta vez, la pausa fue más larga, de cerca de once segundos. Una lectura de la expresión y el lenguaje corporal habría resultado útil. Pero la comunicación era solo de audio.

Si Cisne Nocturno aceptaba su invitación, podría hacer una lectura más completa.

—Como le he dicho, me intriga —dijo Cisne Nocturno—. Muy bien, ¿por qué no? El campo del noreste. ¿Cuándo?

—Estaré allí dentro de una hora —dijo Thrawn—. Usted puede llegar cuando quiera.

—En una hora —dijo Cisne Nocturno—. Allí estaré.

Talmoor tuvo que esforzarse, pero finalmente Arihnda, Gudry y él mismo recibieron autorización para superar el perímetro exterior de la mina. No había transportes personales a la vista, pero Talmoor les aseguró que la parte central del complejo estaba solo a un kilómetro hacia el interior y fueron a pie.

Y, mientras andaban, tal como Arihnda esperaba, su padre se embarcó en un monólogo sobre la historia reciente de Arroyoseco.

—Lo irónico es que el gobernador es el responsable de que tengamos un escudo —dijo, mientras se apartaban del paso de un camión deslizador que iba hacia el interior, con el compartimento de carga repleto de cajas. Arihnda miró de reojo cuando el vehículo los adelantó y vio las palabras «cuerda MAKRID» a los lados de las cajas—. Cuando empezaron los problemas en Denash, el dueño de Arroyoseco le pidió protección. Solo quería un par de centenares de soldados para reforzar sus puestos de control, pero el gobernador se quería guardar a todas las tropas para su protección personal. Así que encontró un escudo regional DSS-02 de segunda mano y lo mandó instalar.

—Genial —dijo Arihnda, mirando a Gudry, que caminaba al otro lado de su padre. El sol había desaparecido ya, pero las luces del complejo, tal como ella había previsto, lo compensaban con creces y pudo ver una leve sonrisa en los labios del agente.

No le extrañaba. Los escudos DSS se usaban en todo el Imperio y seguro que durante su instrucción en el DSI le habían enseñado a desactivarlos.

Yularen les había sugerido que intentasen inutilizar el escudo, pero no lo había dicho en serio. Podían darle una verdadera sorpresa antes de que acabase la noche.

—Lo normal habría sido que sus operadores lo hubieran intentado sabotear antes de que ustedes los echasen a patadas —comentó Gudry.

—Antes de que los insurgentes los echasen a patadas —le corrigió Talmoor, con cierta tensión—. Puedo coincidir en algunas de sus quejas, pero no soy uno de ellos. En cualquier caso, tengo entendido que los detuvieron y los escoltaron fuera del recinto sin que supieran qué estaba sucediendo.

—¿Y entonces apareció Cisne Nocturno? —preguntó Arihnda.

Talmoor la miró con el ceño fruncido.

—¿Quién es Cisne Nocturno?

—El líder del grupo —dijo Arihnda—. ¿No lo sabías?

—Ya os lo he dicho, no son mi gente —dijo, secamente—. ¿Dice que su amigo era técnico, Mattai?

—Mayoritariamente, aunque sabe hacer de todo —dijo Gudry—. Puede incluso que lo hayan traído para que se ocupe de mantener en marcha el escudo. ¿Sabe dónde está el generador?

—Por allí —dijo Talmoor, señalando—. Supongo que podemos ir por ahí.

Arihnda les dejó dar un par de pasos. Eligió un momento para colocarse tras un camión deslizador aparcado y se escabulló. Dejó el camión atrás, rodeó otro y se postró sobre una rodilla para quedar fuera de la vista de Gudry y de su padre, aunque mirasen hacia allí. Sacó el comunicador de su madre y marcó la frecuencia de su padre.

Este respondió al segundo tono.

—¿Elainye? ¿Pasa algo?

—Me encuentro mal —dijo Arihnda, jadeando como si estuviera sufriendo un ataque—. Creo que ha sido… creo que es algo del aire.

—Espera, llamaré al hospital —dijo Talmoor, visiblemente preocupado.

—No, no es para tanto —dijo Arihnda, sin dejar de jadear. No sabía si su imitación era buena, pero esperaba que la tensión y los jadeos disimulasen las inexactitudes—. ¿Puedes volver a casa? Necesito que vengáis Arihnda y tú.

—Sí, por supuesto —dijo Talmoor—. Arihnda…

Se quedó callado, preguntándose dónde se había metido ella, sin duda.

—Por favor, daos prisa —dijo Arihnda. Apagó el comunicador, lo guardó en su bolso de mano y se puso de pie.

Justo a tiempo. Cuando se dio la vuelta, aparecieron Gudry y su padre por detrás del camión deslizador.

—¡Arihnda! —gritó Talmoor.

—Aquí —gritó Arihnda, yendo apresuradamente hacia ellos—. Lo siento… he visto un grupo de hombres y quería mirarlos más de cerca.

—¿Qué pinta tenían? —preguntó Gudry.

—Ninguno se parecía a la descripción que me diste. ¿Algo va mal?

—Tu madre está enferma —dijo Talmoor, agarrándola de un brazo—. Tenemos que volver a casa.

—¿Es grave?

—Dice que no —dijo Talmoor—. Pero nos vamos. Vamos, Mattai.

—Espere un poco… necesito encontrar a mi amigo —protestó Mattai—. ¿No puedo quedarme? Le prometo que no molestaré a nadie.

—Creo que no… —empezó a decir Talmoor.

—Buena idea —le interrumpió Arihnda—. Sabrás volver a casa, ¿verdad?

—Claro —dijo Gudry—. Vosotros marchaos. Estaré bien.

—No puedo dejar que se quede sin mí —dijo Talmoor. Pero sus palabras eran mecánicas. Era evidente que solo pensaba en su mujer—. Prometí…

—Déjame hablar con él —le ofreció Arihnda. Sin esperar respuesta, agarró a Gudry de un brazo y lo alejó unos pasos.

—Bueno, estos es condenadamente raro —susurró Gudry—. ¿La vieja vaca se pone mala justo ahora?

—Puede hacerlo solo, ¿verdad? —preguntó Arihnda, intentando ignorar el hecho de que acabase de insultar a su madre.

—Por supuesto —gruñó él—. El problema es que su padre no va a dejarme.

—Lo convenceré —dijo Arihnda—. El último camión deslizador, con las cajas de cuerda makrid, debe averiguar dónde ha ido. La cuerda makrid es un…

—Un alambre explosivo —la interrumpió—. Gracias, lo sé. Me preocupa más la colección de cañoneras y cazas de baja altitud de la policía que posee Cisne Nocturno.

Arihnda quedó boquiabierta.

—¿Ha visto cañoneras? ¿Cuántas?

—No las he visto —dijo Gudry, con paciencia—. He visto piezas usadas entre la chatarra, suficientes para montar dos docenas de ellas.

Arihnda se estremeció. Vehículos aéreos de combate. Justo lo que necesitaban.

—Debe encontrarlas y señalar su ubicación —dijo—. Y…

—Sí, gracias, sé hacer mi trabajo. Usted limítese a quitarme de encima a su padre y llevárselo de aquí, ¿vale?

—Vale —Se volvió hacia su padre, sin soltar el brazo de Gudry—. Bueno, hemos hecho un trato —dijo—. Tú y yo nos vamos a casa, a ver a madre. Él se queda aquí una hora, solo una hora, buscando a su amigo. Si para entonces no lo ha encontrado, se marchará. ¿De acuerdo?

Talmoor titubeó, con la cara fruncida por la indecisión.

—Arihnda…

—No pasará nada, padre —dijo Arihnda, soltando el brazo de Gudry y agarrándose al de su padre—. Estará bien y madre nos necesita. Vamos. Vamos.

—De acuerdo —dijo Talmoor, a regañadientes, mientras dejaba que ella lo llevase hacia el perímetro—. Pero tenga cuidado, Mattai. Y no se meta en líos.

Con su padre distraído por la preocupación, no le costó llevarlo de vuelta por otro puesto de control, uno cuyos guardias no sabían que habían entrado tres y solo habían salido dos. Afortunadamente, los hombres y mujeres del puesto también conocían al capataz Talmoor Pryce y no los registraron ni interrogaron.

Arihnda se preguntó cuántos de ellos seguirían vivos por la mañana.

Pero no era su problema. Aquella gente estaba en pleno corazón de una zona de combate, se habían metido allí intencionadamente y si les pasaba algo sería culpa suya. Y lo mismo valía para Gudry.

En cuanto a Arihnda, tenía algo más importante que hacer. Un trabajo que tenía planeado desde el inicio de aquella confrontación. Un trabajo que solo ella podía hacer.

Había llegado la hora de ponerse manos a la obra.

CAPÍTULO XXVII

Un enemigo nunca será prácticamente nada más que un enemigo. Lo único que puedes hacer con un enemigo es derrotarlo.

Pero un adversario se puede convertir ocasionalmente en un aliado.

Esto tiene un precio, por supuesto. Todo en la vida tiene un precio. Cuando se trata de un adversario ese precio puede pagarse con poder o posición. A veces se paga con orgullo o prestigio.

A veces el precio es aún mayor. A veces se pone en riesgo el futuro, e incluso la propia vida.

Pero, en todas esas situaciones, las cuentas son claras: o bien la potencial ganancia compensa la potencial pérdida o bien no la compensa.

Y el guerrero no debe olvidar nunca que su adversario y él no son los únicos factores de esa ecuación. A veces, el universo entero puede pender de un hilo.

. . .

Cisne Nocturno estaba esperando en el punto de encuentro cuando Thrawn llegó.

—Creía que esperaría a que hubiera llegado yo —dijo este.

—Me aburría —dijo Cisne Nocturno. *«Su voz revela un humor negro distraído. Su postura contiene tensión pero también hastío. Su calor facial está algo incrementado por una leve cautela»*—Además, tenía curiosidad por saber si me había dicho la verdad. —Señaló las estrellas, sobre sus cabezas—. Ahora mismo podría matarme y yo no podría hacer nada por evitarlo.

—No me sirve de nada muerto ni capturado.

—Eso me ha dicho —dijo Cisne Nocturno—. Supongo que pretende que me rinda y convenza a mis seguidores de que también lo hagan, ¿verdad?

—Es interesante que los llame seguidores —dijo Thrawn—. Cuando nos conocimos, usted era un mero asesor. Vendía sus dotes estratégicas a cualquiera que pagase por ellas, sin plantearse las consecuencias.

—Me hace parecer un mercenario amoral —dijo Cisne Nocturno. *«Su voz revela aceptación y acuerdo. Su postura contiene tensión, pero también el sutil reconocimiento de que la afirmación es acertada»*—. Pero tiene bastante razón. Aunque me gustaría decirle que le salvé la vida durante el secuestro del *Dromedario.*

—¿Cómo?

—Convencí a Ángel de que subiese el droide zumbador a bordo de su nave, con usted y los demás prisioneros —dijo Cisne Nocturno—. Estaba bastante seguro de que tenía algo pensado y quería que lo tuviera a su disposición.

—¿Por qué?

Cisne Nocturno se encogió de hombros.

—Iba decirle que los dejase a todos en el siguiente punto de control, pero sospechaba que los iba a matar, como mínimo a usted y el resto de imperiales. No se lo podía impedir solo, así que no tuve más remedio que esperar que usted fuera lo suficientemente listo para sobrevivir si disponía de las herramientas adecuadas. De ahí el droide.

—Gracias —dijo Thrawn—. Permítame decirle que, si no lo hubiera hecho, tenía otro droide pegado al casco.

—Ah. Por supuesto —*«La sonrisa de Cisne Nocturno tiene un punto de ironía»*—. Adiós a mi idea de intentar apelar a su sentido del deber.

—Creo que el deber no es una base estable para ninguna relación —dijo Thrawn—. Aunque puede que sea distinto en el Gremio Minero.

Cisne Nocturno abrió mucho los ojos.

—En realidad no —*«Su tono revela incredulidad y un creciente temor. Los músculos de sus brazos se tensan y su postura cambia a una de huida»*—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Sabe de minería y de metales —dijo Thrawn—. Notó la desaparición del doonio antes que cualquiera no familiarizado con los metales y su mercado. También le mencionó el asteroide Thrugii, que apoya las actividades del Gremio Minero, al comandante Vanto.

—Supe que había sido un error en cuanto lo dije —aseguró Cisne Nocturno. «*Niega con la cabeza, su postura se relaja del modo de huida al de asunción de la derrota*»—. ¿Qué sabe?

—Sé que hubo un grupo que se percató de la confusión creciente en los mercados de metal del Imperio y se desmarcaron del gremio para manipularla en beneficio propio. Sé que otros miembros fueron abandonándolo para emprender su propio camino. Supongo que usted fue uno de ellos.

—Sí —«*La expresión de Cisne Nocturno revela ahora una serenidad cauta*»—. El caos en el precio de los metales estaba afectando a muchas empresas pequeñas, astilleros en particular. Me uní al grupo que pretendía desviar fondos de los encargos de la marina para ayudarlos —«*Frunce los labios, su expresión revela frustración y un breve destello de ira. Su calor facial aumenta fugazmente y vuelve a descender*»—. Lo dejé cuando descubrí que se limitaban a revender los metales robados al Imperio en el mercado negro.

—¿Y se unió a los insurgentes?

—Entonces no —dijo Cisne Nocturno—. No fue hasta mucho después. La mayor parte de la gente con la que trabajé al principio eran meros ciudadanos agraviados por el Imperio que no obtenían compensación ninguna. La justicia vale dinero y el robo y el contrabando de metales como el doonio eran la manera más eficaz de generar ese dinero.

—¿Doonio y gas tibanna?

Cisne Nocturno sonrió.

—Me habría gustado ver su cara cuando descubrió que me había salido con la mía. Al menos en parte —*«Su expresión y lenguaje corporal revelan que recuerda y reflexiona»*—. Ahora que lo pienso, esa fue probablemente la primera vez que trabajé

directamente con un grupo insurgente. La primera vez que fui consciente, al menos. Aunque eran un grupo de tierra que no tenía naves, por eso tuve que contratar a Ángel y a los chiflados de sus Sincu.

—No volverán a incordiar a la galaxia.

—Sí, algo he oído —dijo Cisne Nocturno—. Después de eso… no sé. Me moví durante un tiempo por terreno pantanoso, principalmente ayudando a inocentes, aunque trabajando también con insurgentes, cuando se me presentaba la ocasión. Me planteé volver al Gremio Minero, pero habían desenmascarado al grupo con el que me había marchado y les echaron al Imperio encima. Se puede imaginar las consecuencias —Sonrió—. O mejor dicho, no necesita imaginárselas, porque ya las conoce.

—Las conozco —le confirmó Thrawn—. ¿Así que su única opción eran los insurgentes?

—Oh, me habría podido ganar la vida cómodamente sin ellos —«*Cisne Nocturno frunce los labios, con una expresión de repentino temor*»—. Pero entonces empecé a oír rumores. Historias sobre algo espantoso que el Imperio estaba construyendo en medio de la nada. Ese proyecto estaba agotando todo el doonio, iridio y otros metales que estaban sacando de los mercados. Oí que planetas enteros habían sido bombardeados. Las viejas instalaciones thrugii en las que solía trabajar siguen oficialmente bajo control de la Corporación Kanauer, pero ahora son una explotación imperial. Eso despertó mi curiosidad —«*Frunce los labios. Su expresión revela arrepentimiento*»—. A veces ser curioso puede ser malo.

—La curiosidad nunca es mala, pero puede ser peligrosa. Ese proyecto que buscaba… ¿Quiere detenerlo?

«Cisne Nocturno frunce el ceño, su expresión y lenguaje corporal revelan recelo. Su calor facial vuelve a crecer».

—¿Por qué? ¿Se encarga de protegerlo?

—No.

—Pues probablemente debería —«*Sus sospechas se disipan*»—. Si de verdad lo quieren proteger, claro. ¿Me pregunta si yo lo detendría? No sé. Supongo que antes tendría que saber qué es, para poder juzgar si es digno o no del caos que está generando. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque yo también estoy interesado en ese proyecto. Querría saber qué ha descubierto.

—Claro —«*Cisne Nocturno sacude una mano en dirección a Arroyoseco. Su expresión es sarcástica*»—. Quítese el uniforme, únase a nosotros y le contaré todo lo que sé.

—Ya sabe que no puedo hacerlo.

—Ni yo darle información que algún día podría ser crucial para mi gente —dijo Cisne Nocturno—. El sentido del deber, ya sabe.

—Pero tiene el deber de respetar unos ideales más altos —dijo Thrawn—. Hábleme de Cyphar.

—¿Cyphar? —«*Cisne Nocturno frunce el ceño por la sorpresa*»—. ¿Qué pasa con Cyphar?

—Dice que tiene un deber con la gente de Arroyoseco —dijo Thrawn—. El dinero que iba a ganar con el contrabando de la preespecia de Cyphar habría servido para comprar armamento y provisiones para ellos. Sin embargo, empleó deliberadamente la misma técnica del sellado que yo ya conocía, con la esperanza de que me diera cuenta y arruinase la operación.

«*Cisne Nocturno niega con la cabeza. Su expresión revela tanto resignación como admiración. Los músculos de sus brazos se relajan, indicando que ha dejado de esperar ningún tipo de combate*».

—A veces olvido lo bueno que es. Otras, me alegro de que lo sea. Tiene razón, preparé aquello con la esperanza de que usted lo detuviera. He visto lo que la especia le hace a la gente y no quería tener nada que ver con eso.

—Pero trabajó con ellos.

—Me engañaron —«*Su voz contiene amargura*»—. Me dijeron que los afes y el gobierno de Cyphar los estaban asfixiando y que no conseguían que el Imperio les prestase atención. Cuando descubrí a qué tipo de contrabando se dedicaban ya estaba allí y no podía huir sin correr el riesgo de recibir una descarga de bláster en la cabeza.

—Podría haber alertado a las autoridades.

—Que quizá hubieran hecho algo al respecto o quizá no —«*La sonrisa de Cisne Nocturno contiene humor negro*»—. Además, tenía una reputación que mantener. No, confiaba en que usted se daría cuenta y se ocuparía de ello. Como hizo.

—Igual que me ocupé de Cielos Altos en Coruscant —dijo Thrawn.

«*Cisne Nocturno levanta las manos, con las palmas hacia fuera. Su postura muestra cautela y protesta. Su cara contiene una mezcla de ira y desdén*».

—No sé qué cree saber sobre Cielos Altos, pero hágame caso si le digo que los asesinatos o tentativas de asesinato jamás formaron parte del plan. El único motivo por el que sobornaban a los guardaespaldas era para tener acceso a archivos de alto nivel que nos permitieran descubrir el proyecto secreto del Imperio.

—¿Descubrió algo?

—Muchas cosas —dijo Cisne Nocturno. «*Su expresión revela determinación*»—. Descubrimos que el gran moff Tarkin está implicado, para empezar. Descubrimos que la construcción se está haciendo en un único lugar en vez de en distintos puntos de la galaxia.

—Eso no es del todo exacto —dijo Thrawn—. Hay un centro principal de construcción, pero hay otro auxiliar.

—¿En serio? —Cisne Nocturno frunció el ceño—. Qué interesante. Esas cosas no se me suelen pasar por alto.

—Es un error comprensible —dijo Thrawn—. La mayor parte de los materiales para el centro auxiliar se entregaron hace mucho y los envíos posteriores fueron muy

pequeños. Como le he dicho, el principal centro de construcción está absorbiendo el grueso de los envíos actuales.

—Gracias, eso me hace sentir un poco mejor —«*La voz de Cisne Nocturno revela un humor seco*»—. Aun así, parece que hablamos de una única gran estructura o una estructura compuesta, en vez de una serie de grandes naves o estaciones de combate. Si no, sería más seguro dispersar las naves por distintas ubicaciones.

—Estoy de acuerdo.

—Y me estoy acercando. Unas semanitas más… —«*Se queda callado, con su determinación diluyéndose de nuevo en el hastío*»—. Pero no tengo unas semanas, ¿verdad?

—Eso lo tiene que decidir usted.

—¿En serio? —«*Cisne Nocturno niega con la cabeza. El hastío se extiende de su cara a todo su cuerpo*»—. Esta gente está ligada a mí, almirante. No les puedo dar la espalda.

—Entiendo —dijo Thrawn—. Siempre he sabido que era un maestro de la estrategia, ahora veo que también es un líder.

—¿Ah, sí? —«*Su expresión muestra amargura*»—. Deje que le cuente un secreto. Hubo un momento en que urdí un gran plan para unir a todos estos grupos rebeldes e insurgentes.

—¿Y qué se lo impidió?

—La paranoia —dijo—. La desconfianza. Las disputas. El orgullo —«*Vuelve a negar con la cabeza*»—. No sé si alguien los llegará a unir algún día. Lo único que sé es que yo no pude. Hasta ahí llegan mis dotes de liderazgo —«*Señala a Thrawn, con una expresión que muestra un punto de confusión*»—. Lo que no entiendo es por qué sigue sirviendo al Imperio. ¿No ve el mal que está ayudando a perpetuar?

Las luces del complejo minero a espaldas de Cisne Nocturno brillaban levemente sobre el fondo de nubes dispersas. Millares de personas esperaban allí, preparándose para el inevitable ataque imperial.

—Le ofrezco un posible escenario —dijo Thrawn—. Usted y yo nos enfrentamos a un peligroso depredador sediento de sangre. No podemos huir, nuestras armas y herramientas son limitadas. ¿Qué opciones hay?

—La más obvia es unir nuestras fuerzas —dijo Cisne Nocturno. «*Su voz revela dudas y reflexión*»—. Pero es evidente que se refiere a otra cosa.

—No necesariamente —dijo Thrawn—. Unirse contra un rival común es una de las opciones. Hay otra.

—¿Cuál?

—Ya la sabe —dijo Thrawn—. Usted me mata para convertirme en la presa fácil. Mientras el depredador me devora, usted trata de encontrar o construir un arma que le permita garantizar su propia supervivencia.

—Es lógico —dijo Cisne Nocturno. «*Su tono contiene una serena repulsión. Su postura indica el deseo de apartar semejante idea*»—. Despiadado, pero lógico. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que esa fue la decisión que tuve que tomar cuando entré en contacto con el Imperio.

Cisne Nocturno frunció el ceño.

—Oí que lo habían rescatado del exilio.

—No sabía que era de dominio público.

—No lo es —«*La sonrisa de Cisne Nocturno es irónica*»—. Tuve que investigar bastante para descubrirlo. Y también tuve que investigar mucho para encontrar el historial de su paso por la Academia Imperial Real, además de otros detalles sobre su carrera.

—Me honra que me considerase digno de semejante dedicación.

«*Cisne Nocturno se encoge de hombros*».

—Para derrotar a un enemigo debes conocerlo. No puedo decir que lo haya derrotado muy a menudo, pero estudiarlo siempre ha sido fascinante. ¿Me está diciendo que no estaba exiliado?

—Eso era lo que pretendíamos que pareciera. Pero no era realmente así.

«*Cisne Nocturno sonríe levemente. Su expresión es expectante*».

—Cuénteme la verdad.

—Estaba explorando los confines del nuevo Imperio, poco después de las Guerras Clon. Había visto una pequeña parte del conflicto y el caos generado en toda la región por la caída de la República.

—Hay teorías de que tanto el conflicto como la caída fueron maquinados por agentes externos.

—Las causas no varían el hecho de que la República era inestable —dijo Thrawn—. Había demasiados puntos de vista distintos. Demasiados estilos de pensamiento y acción política. La propia naturaleza del sistema lo hacía ser lento e ineficaz.

—¿Y creía que el Imperio era lo contrario?

—En aquel momento apenas sabía nada sobre el Imperio —dijo Thrawn—. Pero durante una de mis investigaciones encontré una colonia de refugiados neimoidianos. Cuando descubrieron a quién representaba, me suplicaron que sumase a los chiss a la batalla contra Coruscant. Prometieron que su pueblo se alzaría con nosotros, que juntos derrocaríamos al Emperador Palpatine y restauraríamos la República.

—Espero que no aceptase su oferta —«*La expresión y tono de Cisne Nocturno revele desdén*»—. Los neimoidianos tienen una opinión excesivamente elevada de sí mismos y de sus capacidades.

—Evidentemente, no creí su palabra. Tampoco les hice ninguna promesa. Pero mis superiores se interesaron por mi informe.

—¿Por el Imperio? ¿O por los neimoidianos?

—Por la realidad —dijo Thrawn—. Hay cosas malas en la galaxia, Cisne Nocturno. Mucho peores que el Imperio y mucho más peligrosas para todos los seres vivos. Conocemos algunas, de otras solo hemos oído rumores. Necesitábamos saber si el Imperio que estaba surgiendo de las cenizas de las Guerras Clon podía ser un aliado contra ellas.

—O si había que acabar con él para convertirlo en la presa fácil —dijo Cisne Nocturno. *«Su voz revela temor»*.

—Ahora ya entiende mi escenario —dijo Thrawn—. Conocí a un general Jedi durante mis investigaciones sobre las Guerras Clon. Eso me dio credenciales que ofrecer a los líderes del nuevo Imperio. Era el más idóneo para venir.

—¿Y lo dejaron en algún sitio y simularon que lo habían exiliado?

—Sí —dijo Thrawn—. El campamento se diseñó para que pareciera que llevaba años allí. En realidad, estuve solo unos meses. Probamos varios cebos para atraer alguna nave imperial hasta el planeta. Lo logramos al tercer intento. Usé mis habilidades tácticas para subir a bordo de la nave, con la esperanza de impresionar al capitán. Lo logré y me llevaron a Coruscant.

—Donde lo nombraron oficial de la Marina Imperial.

—Algo completamente inesperado —dijo Thrawn—. Solo esperaba convencer al Emperador de que me dejase estudiar la estructura política y militar de su Imperio, bajo el pretexto de compartir información sobre posibles amenazas remotas. Pero su oferta me daba la oportunidad de descubrir muchísimo más.

—¿Y su análisis le convenció de que era mejor esperar que el Imperio terminase siendo algún día su aliado en lugar de derrocarlo? —*«Cisne Nocturno niega con la cabeza. Su expresa revela decepción»*—. Me temo que ese uniforme le impide ver la realidad.

—En absoluto —dijo Thrawn—. El Imperio es corrupto, sin duda. No hay ningún gobierno realmente ajeno a esa plaga. Y sin duda es tiránico. Pero se necesita ser despiadado cuando la galaxia está permanentemente amenazada por el caos.

—¿Y qué pasa cuando esa crueldad genera más caos? —preguntó Cisne Nocturno. *«Su tono es desafiante, su postura abandona fugazmente el hastío y recupera una nueva energía»*—. Porque eso es lo que sucede. La represión y las revueltas se alimentan y devoran mutuamente.

—En ese caso, las revueltas deben morir —dijo Thrawn—. El peligro es demasiado alto. Hay demasiado en juego. Si el Imperio cae, ¿qué puede remplazado?

—La justicia. La piedad —*«La sonrisa de Cisne Nocturno contiene tristeza»*—. La libertad.

—El caos —dijo Thrawn—. La anarquía. Las Guerras Clon.

«Cisne Nocturno niega con la cabeza».

—Puede que yo tenga una visión más optimista de las personas que usted. Así que considera que la tiranía es un dique de contención contra el mal. ¿Hasta cuándo?

—Expliqúese.

—¿Hasta cuándo aceptará la tiranía como una parte necesaria del gobierno imperial? —preguntó Cisne Nocturno—. ¿Hasta que se acalle toda resistencia? ¿Hasta que hayan acabado con todos los males?

—Puede que su optimismo no sea tan elevado como afirma —dijo Thrawn—. El cariz de un gobierno lo marca su líder. El Emperador Palpatine no vivirá eternamente. Cuando llegue el momento de ceder su autoridad a otro, mi posición como alto oficial me permitirá influir en la elección de ese líder.

—¿Y espera que ese líder aporte luz a la oscuridad?

—Tengo esa esperanza, sí —dijo Thrawn—. Pero si el mal se termina imponiendo, esa esperanza se extinguirá. Definitivamente.

—Esperanzas —«*Cisne Nocturno niega con la cabeza. Su lenguaje corporal no muestra esperanza*»—. Almirante, me temo que sigue siendo peligrosamente cándido en cuestiones políticas —«*Levanta una mano. Su lenguaje corporal transmite derrota.*»—. Espero que tenga razón, pero me temo que se equivoca.

—Ya lo veremos.

—Algunos lo veremos —dijo Cisne Nocturno—. Otros habremos muerto antes. ¿Y los neimoidianos? ¿Qué fue de ellos?

—Por lo que sé, siguen donde los dejé, alimentando su rencor y soñando con su esperadísima victoria —dijo Thrawn—. Como le he dicho, no les prometí nada. Aun así, aquel primer contacto fue el motivo por el que establecí y después fomenté mi relación con el cadete Vanto. Cuando oí casualmente que mencionaba a los chiss creí que me podían haberlo destinado a bordo del *Golpe Relámpago* para que me espiase discretamente.

—¿Y supongo que ese no fue el caso?

—No —dijo Thrawn—. Para cuando estuve convencido de que no me espiaba, ya había percibido otras cualidades en él, cualidades que le he ayudado a desarrollar en los últimos años. Al igual que usted, posee esa rara combinación de aptitudes tácticas y de liderazgo.

—Ah —dijo Cisne Nocturno. *«Su voz revela pesar»*—. Y ahora llegamos a la parte en que me pide que abandone a mi gente y mi causa y me una a usted en su cruzada por un Imperio mejor.

—En absoluto —dijo Thrawn—. Después de lo que ha hecho aquí, nunca lo aceptarían en la marina.

—Tampoco querría que me aceptaran.

—Pero quiero ofrecerle un puesto —dijo Thrawn—. No en el Imperio, sino en la Ascendencia Chiss.

«Cisne Nocturno queda boquiabierto. Su expresión es de absoluta sorpresa. Los músculos de sus brazos y torso se tensan, su postura se endereza».

—¿Quiere que…? Almirante, eso es una locura.

—¿Acaso un humano entre chiss es más inverosímil que un chiss entre humanos? —preguntó Thrawn—. Le ofrecería la oportunidad de enfrentarse a fuerzas mucho más

malignas que las que combate ahora. Es más, su trabajo allí podría salvarle la vida a todos los que están ahora con usted en Arroyoseco.

—¿Pero qué va a pasar con ellos en estos momentos?

—Les haré una promesa —dijo Thrawn—. Si se dispersan, deponiendo sus armas, aquí termina todo.

—¿Qué? ¿Sin represalias? —«*La expresión de Cisne Nocturno contiene sarcasmo*»—. ¿No empleará el martillo tiránico para aplastar el caos?

—El pueblo de Batonn es un recurso del Imperio —dijo Thrawn—, Un comandante astuto jamás malgasta sus recursos innecesariamente.

«Cisne Nocturno niega con la cabeza. Su expresión contiene incredulidad y pesar».

—Debería haber imaginado que esa es su forma de ver a la gente.

—Veo la realidad —dijo Thrawn—. Sus seguidores pueden regresar a sus hogares y empleos. No habrá represalias ni se tomará ninguna medida contra ellos.

—Hasta que usted se marche —«*La expresión de Cisne Nocturno revela amargura*»—. Aunque el gobernador Restos respetase los términos del acuerdo, que no lo haría, no sería por mucho tiempo. Las injusticias que sufre el pueblo son demasiado grandes y la arrogancia de los que ostentan el poder es demasiado profunda. Antes o después, volverían a rebelarse. Pero esta vez no tendrían a nadie para liderarlos. Los barrerían del mapa y acallarían sus voces antes incluso de que pudieran hacerse oír.

—¿Piensa quedarse?

—No tengo elección —dijo Cisne Nocturno—. Tenemos el mismo sentido del deber, almirante Thrawn. Es posible que busquemos el mismo fin, al menos a largo plazo. Pero vemos caminos muy distintos hacia ese fin.

«*Vuelve a enderezarse, su postura transmite una sensación de partida inminente*».

—¿Puedo confiar en su promesa de proteger a los civiles, mejor dicho, los recursos del Imperio, de Arroyoseco tanto como pueda?

—Puede —dijo Thrawn—. Pondré todo mi empeño en preservar las vidas de todos los que están bajo su liderazgo, combatientes o no. Y mantengo la oferta de clemencia, si se rinden.

—Se lo agradezco. Buenas noches, almirante. Y gracias por su tiempo. Hemos sido adversarios en la distancia desde hace mucho. Mi curiosidad por fin ha quedado satisfecha.

—¿Sí? —preguntó Thrawn—. Aún queda el asunto del nuevo proyecto del Imperio. Si lo ayudase a buscar respuestas, ¿lo convencería eso para unirse a mí?

«Cisne Nocturno lo mira fijamente. Su expresión es tensa, con los ojos entrecerrados. Su postura vuelve a revelar sorpresa».

—¿Qué sabe exactamente?

—No sé nada directamente —dijo Thrawn—. Pero he encajado unas cuantas piezas del rompecabezas. Puede que también sepa dónde se está realizando la construcción principal.

—¿Y no ha ido a comprobarlo personalmente?

—No he tenido oportunidad.

—¿No la ha tenido? ¿O no la ha buscado? Y, si lo encontrase, ¿qué? ¿Qué haría? Sirve al Imperio y ese proyecto, sea lo que sea, está empleando muchos recursos imperiales.

—Sirvo al Imperio —dijo Thrawn—. Pero también sirvo a las causas de la Ascendencia Chiss. Si considero que ese proyecto es una amenaza contra ella, me puedo plantear un cambio de rumbo.

«La expresión de Cisne Nocturno contiene interés y tentación. Se frota los dedos incansablemente contra una pierna, en un movimiento cargado de incertidumbre».

—Y si me rindo y acepto sus términos, ¿qué me ofrece?

—Viajar hasta el lugar de la construcción juntos.

—¿Y la gente de Arroyoseco y Batonn?

—Ya le he dicho lo que les ofrezco a ellos.

—¿Y qué pasa con sus quejas sobre el gobernador Restos?

—Haré lo que pueda.

«Cisne Nocturno niega con la cabeza, su lenguaje corporal revela resignación».

—Ese es el problema. Esto es un conflicto político y usted no tiene ningún poder político. Por una parte, tenemos un rompecabezas y el temor por los planes del Imperio. Por la otra, tengo gente de carne y hueso que proteger. Lo lamento.

—Yo también.

«Cisne Nocturno se da la vuelta y echa a andar hacia el complejo minero».

—He leído sobre los cisnes nocturnos —dijo Thrawn—. ¿Y usted?

«Cisne Nocturno se vuelve ligeramente. Su cara queda oscurecida por las sombras. Su lenguaje corporal vuelve a revelar hastío, además de un sereno temor».

—¿Se refiere a que solo cantan cuando cae la noche?

—Sí —dijo Thrawn—. No cree poder ganar esta batalla, ¿verdad?

—Sé que no ganaremos —dijo Cisne Nocturno.

—Eso no supone necesariamente el fin. Puedo dar órdenes de que lo detengan, sano y salvo.

—Las ignorarán. La mitad de las tropas aquí son de la Defensa de Batonn y Restos está decidido a deshacerse de mí.

—Pues venga conmigo ahora.

—Un hombre debe cumplir con su deber, almirante Thrawn. Aunque este combatiendo contra la noche eterna.

Echó a andar de nuevo. Al cabo de un minuto había desaparecido tras las colinas. Al cabo de otro minuto, el ruido apagado de un aerodeslizador rompió el silencio de la noche.

—Gracias por no matarlo —dijo Thrawn.

—No me las dé todavía —*«Llega la voz del coronel Yularen desde detrás. Revela ira y recelo»*—. Explíqueme por qué no debo dispararle a usted por traición al Imperio.

Elainye se sorprendió al ver a su marido e hija de vuelta tan pronto. Pero no tanto como el propio Talmoor.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, abrazándola—. Parecías muy enferma. ¿Se te ha pasado?

—¿El qué? —preguntó Elainye, mirándolo con el ceño fruncido, visiblemente confusa—. No sé de qué hablas.

—Fui yo —dijo Arihnda, sacando el comunicador de su madre y dándoselo—. Necesitaba volver y alejarme de Mattai. Esta era la manera más sencilla de hacerlo.

—¿Para qué? —preguntó Elainye, mirando fijamente a Arihnda, mientras recuperaba mecánicamente su comunicador.

—Va a producirse una batalla dentro de poco —dijo Arihnda—. De las gordas. Debo sacaros de aquí antes de que empiece. Id a hacer las maletas…

—Arihnda, Arihnda —la tranquilizó Talmoor—. No pasa nada. No atacarán a los míos… de verdad. El gobernador no se atreverá a apartar a sus queridos soldados que emplea como guardaespaldas personales para lanzarlos contra nosotros.

—No tendrá otro remedio —dijo Arihnda, entre dientes—. Hay una fuerza de asalto imperial sobre el planeta y el almirante tiene órdenes de neutralizar a los insurgentes de Batonn. Eso significa Arroyoseco, y piensa tomarlo. Así que debéis coger todo lo que consideréis imprescindible…

—Arihnda, por favor…

—Nada de por favores, madre —le espetó Arihnda—. No hay tiempo para eso. Tenéis que hacer las maletas, ¡ya!

No pretendía gritar aquella última palabra, pero lo hizo y sintió una punzada de culpabilidad cuando su madre se sobresaltó ante su inesperada vehemencia.

Pero si era necesaria para que se movieran, Arihnda podría soportarlo.

—Vamos, Elainye —dijo Talmoor, agarrando a su mujer de la mano—. Haz lo que te dice.

El fue hacia las escaleras. Elainye no se movió.

—¿Y nuestros amigos? —preguntó, resistiéndose a los tirones de su marido, en un tono perfectamente controlado—. ¿Y los hombres y mujeres que trabajan con nosotros en la mina?

—No estoy aquí por ellos —dijo Arihnda—. He venido por vosotros.

Se produjo otro largo silencio.

—Entiendo —dijo Talmoor—. Muy bien. Vamos, Elainye.

—Y daos prisa —dijo Arihnda, mirando por la ventana hacia las luces del lejano complejo minero.

Porque Gudry no sabía nada sobre aquello. Y, si lo descubría, estaba convencida de que no iba a gustarle nada.

—Creía que había dicho que tenía asuntos urgentes que atender en otro sitio —dijo Thrawn cuando el coronel Yularen bajó de la colina, con una carabina bláster en las manos. «*Igual que su voz, su lenguaje corporal revela cautela y sospechas*».

—Me preguntó si volvería al *Quimera* —le recordó Yularen—. Le dije que no. Y no lo he hecho.

—No quería que la gobernadora Pryce y el agente Gudry supieran que venía a vigilarlos.

—Correcto —dijo Yularen—. Los dos se habrían sentido insultados, aunque por distintos motivos. Se puede imaginar mi sorpresa cuando el comandante Vanto me informó de que usted había abandonado el *Quimera* a bordo del carguero que se llevó de la Nómada de Cisne Nocturno.

—Veo que también le pidió al comandante Vanto que se mantuviera más vigilante que nunca.

—Me está entreteniendo —dijo Yularen. «*Sigue avanzando hasta quedar a cuatro metros. Su bláster apunta unos grados hacia un lado, sin representar una amenaza directa pero listo para actuar, si es necesario*»—. Quiero saber qué hace aquí y qué tratos ha estado haciendo con Cisne Nocturno.

—Soy almirante —dijo Thrawn—. Usted es coronel. Podría ordenarle que se retirase.

—En teoría sí —reconoció Yularen—. En la práctica, el DSI tiene más peso en Coruscant de lo que nuestros respectivos rangos pueden sugerir —«*Duda un segundo y después baja la carabina para que apunte al suelo*»—. No creo que sea un traidor, almirante. Pero este encuentro tiene toda la pinta de una traición y eso es todo lo que necesitan sus enemigos para acabar con usted. En resumen, o me lo cuenta todo ahora o se las tendrá que ver con ellos. ¿Qué prefiere?

—Invité a Cisne Nocturno para ofrecerle un puesto con mi gente —dijo Thrawn—. Eso no solo nos habría beneficiado, sino que la pérdida del líder de los insurgentes habría puesto fin a toda oposición en Batonn.

—Entiendo —dijo Yularen. «*Su voz revela incerteza*»—. No aceptó, ¿verdad?

—Ya lo ha visto marcharse.

—Quizá solo haya ido a cambiarse de ropa —replicó Yularen—. ¿Seguro que no volverá?

—Seguro.

—Muy bien —dijo Yularen—. Ahora hábleme de sus cruceros ligeros. Concretamente, ¿por qué los ha situado tan alejados del *Quimera*, rodeados de esas barcazas espantosas que trajo de quién sabe dónde?

—Los cruceros aún se están reparando y no están en condiciones de combatir —dijo Thrawn—. Los situé a cierta distancia para que quedasen fuera del alcance de cualquier ataque procedente de la superficie.

—Ajá —dijo Yularen—. Parece razonable… excepto que su ubicación actual los deja completamente expuestos a un ataque espacial. ¿Recuerda las naves que huyeron de Kinshara y Denash?

—No se ha probado la existencia de tales naves.

—Las pruebas son para juristas y políticos. Estoy hablando de tácticas y estrategias, materias de las que, de repente, parece no saber nada. Esos cruceros están lo bastante alejados del pozo de gravedad de Batonn para que alguien se pudiera lanzar sobre ellos, abordarlos, llevárselos al infierno y volver a traerlos —«*Arquea las cejas, su expresión es de duda*»—. Sus hiperimpulsores funcionan, ¿verdad? Es lo que Vanto dedujo a partir del historial de reparaciones.

—El comandante Vanto es experto en suministros y reparaciones —dijo Thrawn—. Si afirma que los hiperimpulsores están operativos, puede creerlo.

—Celebro oír eso —dijo Yularen—. No ha respondido mi pregunta.

—Tiene razón que un atacante decidido y rápido podría obligar a huir a los cruceros —dijo Thrawn—. ¿Pero no ve dónde conduce ese escenario?

«*Yularen frunce el ceño. El fruncimiento se desvanece al comprenderlo*».

—Los cruceros también pueden hacer el salto si se avecina un ataque.

—Exacto —dijo Thrawn—. Por eso los ubiqué donde están. Las barcazas mecánicas están amarradas con la bastante holgura para no suponer ningún impedimento.

—¿Y por qué los ha separado tanto unos de otros? —«*Su expresión contiene expectación*».

Thrawn permaneció en silencio. «*La expresión de Yularen cambia a una cautelosa comprensión*».

—Porque no quiere que los potenciales ladrones de naves los tengan en una hilera perfecta.

—Exacto —dijo Thrawn—. Posee las mismas habilidades tácticas que el comandante Vanto, coronel. No sé si también poseerá su capacidad de liderazgo.

—No tiene mucho instinto político, ¿verdad? No importa. Tengo una transmisión de Gudry, del momento en que Cisne Nocturno se ha marchado. Se ha colado en la base de Arroyoseco y ha colocado minas tanto en el generador de escudos como en un almacén de explosivos que ha encontrado. Ha conectado los detonadores a su comunicador remoto —«*Su expresión contiene repentina frustración*»—. Dice también que, en cuanto se haya reunido con Pryce, podrán marcharse y que puede detonar una o las dos minas cuando usted ordene.

—¿Cuándo se haya reunido con la gobernadora Pryce?

—Eso es lo que me inquietó también a mí —dijo Yularen. «*Frustración e ira*»—. Al parecer, se marchó a algún sitio, probablemente con sus padres, y no logra contactar con ella, ni localizar su comunicador. Dijo que probaría en su casa. Si no está allí… —«*Niega con la cabeza*».

—La encontraremos —dijo Thrawn—. Debo volver al *Quimera*.

—Vaya —dijo Yularen—. Espero no tener que decirle al gran moff Tarkin que debe buscarse otro gobernador para Lothal.

CAPÍTULO XXVIII

Todos luchan por la victoria. Pero no todos entienden qué es realmente.

Para un soldado o piloto cualquiera la victoria es sobrevivir a la batalla en curso. Para un político la victoria es una ventaja que puede poner sobre una mesa de negociaciones. Para un guerrero, la victoria es expulsar al enemigo del campo de batalla o forzarlo a rendirse.

En ocasiones la victoria es más grande de lo que el guerrero podía esperar.

En ocasiones es más de lo que puede soportar.

—¿Bromeas? —dijo Arihnda, mirando la pila de veinte tarjetas de datos que le había dado su madre—. ¿Todas?

—Todas —dijo Elainye, con firmeza—. Y si encuentro la otra caja antes de que nos saques de aquí serán diez más.

—Es la historia de tu vida, Arihnda —le recordó Talmoor—. Tus recitales de danza, tus debates escolares, tu primer día de trabajo en la mina. Todo, hasta que te marchaste a Coruscant.

—Muy bien —dijo Arihnda, consultando su crono sin que se le cayeran las tarjetas de datos al suelo—. Tenéis quince minutos. Y no olvidéis llevaros algunos recuerdos personales.

—Eres lo más importante de nuestra vida, Arihnda —le dijo Talmoor, serenamente.

—Bueno, de todas formas, coged algunas cosas vuestras. Algún recuerdo debéis conservar de antes de que yo naciera. ¿Dónde están las maletas?

—Abajo, en el armario de al lado de la cocina —dijo Elainye—. Hay una grande y tres pequeñas.

—Vale —dijo Arihnda—. Meteré esto en una de las pequeñas y subiré la más grande. Recordad, quince minutos.

Bajó las escaleras, con las tarjetas de datos en una pila vertical entre las palmas de sus manos. Quince minutos debían ser más que suficientes para salir de allí antes de que Gudry volviera.

Se equivocó. Por quince minutos exactos.

—Aquí está —dijo Gudry, a su espalda, cuando llegó al pie de la escalera.

Arihnda se sobresaltó y estuvo a punto de tirar las tarjetas al darse la vuelta. Gudry había salido de la alacena, con el ceño fruncido por el recelo y un hilo de sangre seca bajo la mandíbula.

Empuñaba un pequeño blásrer.

—Por supuesto —dijo Arihnda, tan serenamente como pudo. «Maldición», pensó—. ¿Dónde iba a estar?

—Oh, no sé —dijo Gudry, con sarcasmo—. ¿En el hospital, quizá? Con su madre gravemente enferma y eso.

—Falsa alarma —dijo Arihnda—. Le preparamos una infusión, le hicimos poner los pies en alto y empezó a encontrarse mejor.

—Sí, ya veo —dijo Gudry—. Puedo oír la fiesta que tienen montada arriba. Como si preparasen las maletas. ¿Dónde está esa infusión?

Arihnda sintió que se le hacía un nudo en el estómago. «Estúpida», se regañó. Era lo bastante lista para saber que no debía contar mentiras innecesarias, sobre todo si eran fáciles de contrastar.

—¿Qué quiere decir?

—Que se deshizo de mí intencionadamente —dijo, dando un paso hacia ella—. Que no pensaba ayudarme a encontrar lo que debía.

—El profesional es usted, no creía que fuese a necesitar mi ayuda.

—¿Pero sus padres si necesitan que los ayude a salir de aquí, antes de que todo esto se vaya al infierno? —Gudry negó con la cabeza—. Lo lamento, querida. Esta no es una misión de rescate. Se trata de buscar y destruir —Levantó su comunicador—. Por suerte para el Imperio, no la necesité. Busqué y ya estamos preparados para destruir.

Arihnda respiró hondo. Y lo maldijo mentalmente. ¿Cómo había podido ser tan rápido?

¿O cómo había podido ser tan lenta ella?

—Excelente —dijo—. ¿Qué tenemos?

—Tenemos un almacén de explosivos y el generador de escudos. —Sonrió levemente—. Sí, llegué al generador de escudos.

Arihnda miró el nuevo bláster de Gudry.

—Supongo que ahí es donde consiguió esa arma, ¿verdad?

—Digamos solo que su anterior dueño ya no la necesita —dijo Gudry—. Conecté los detonadores a mi comunicador. Señal Uno es el escudo, Señal Dos todos los explosivos.

—¿Todos los explosivos?

—Todos —dijo Gudry—. Era un buen alijo… necesité cuatro minas para cubrir todas las pilas. Pero olvídese de eso. Estamos listos, la fuerza de asalto y las tropas de la marina están listas, y es hora de largarse de aquí. Así que deje esas tarjetas y vámonos.

—Podemos llevarnos a mis padres —dijo Arihnda—. No nos demorarán.

—Por mí como si se convierten en dragones arkanianos y salen de aquí volando —replicó Gudry—. Un grupo suscitará una atención que no podemos permitirnos. Aquí mando yo y no vienen.

—Soy gobernadora —le espetó Arihnda, dando un paso hacia él.

—Y yo tengo un bláster.

Desde las escaleras llegó un repentino gritito ahogado. La madre de Arihnda había quedado petrificada a media escalera, sujetando un reluciente cristal multicolor, con los

ojos desorbitados ante la visión del bláster de Gudry. Arihnda dio otro paso rápido hacia Gudry, mientras este se volvía hacia aquel ruido inesperado…

Y cuando volvió a girarse hacia Arihnda, esta le arrojó la pila de tarjetas de datos a la cara.

Gudry fue rápido. Pero también estaba medio girado y desequilibrado y con el bláster apuntado hacia otro lado. Agachó la cabeza para esquivar las tarjetas volantes, levantó la mano para agarrarlas y giró sobre sí mismo para quedar frente a Arihnda.

Demasiado tarde. Ella le sujetó la muñeca con la mano derecha y, cuando intentaba liberarse, levantó el brazo, se metió por debajo de su brazo, agarró el bláster con la mano libre y dobló bruscamente el codo de Gudry por encima de su hombro. Se oyó un ruidito cuando la articulación se partió y un gruñido apenas más audible cuando Gudry reaccionó al dolor. Arihnda le arrebató el bláster y se lanzó al suelo…

Y gritó de dolor cuando Gudry le golpeó en la nuca con el canto de la mano.

Cayó hacia delante, alejándose de él. La cabeza le daba vueltas y las rodillas le flaqueaban. Lanzó su mano libre a ciegas, logró agarrarse al brazo de una silla al caer junto a ella. Usó el brazo de la silla para girarse y cayó de espaldas al suelo.

—Genial —gruñó Gudry, caminando hacia ella y sujetándose el codo roto con la otra mano—. Volveremos a probar esto en el dojo, cuando me hayan curado el brazo. Levántese… es hora de irse.

—Con mis padres —logró decir Arihnda, entre jadeos.

—No —le espetó Gudry—. Déjelos morir aquí, con todos los paletos del Borde Exterior.

Arihnda levantó el bláster y le disparó tres veces al pecho.

Gudry se desmoronó al suelo, muerto antes de poder cambiar de expresión. Arihnda se sujetó la nuca, estremeciéndose ante las punzadas de dolor que le atravesaban el cráneo, y se puso de pie.

Su madre seguía plantada en las escaleras, más boquiabierta que antes.

—¿Lo ves? —logró decir Arihnda, señalando con el bláster el cristal que Elainye llevaba en las manos—. Tienes tus propios recuerdos.

—Arihnda —dijo Elainye—. Oh, Arihnda…

—No he tenido elección, madre —la cortó Arihnda—. Iba a dejaros a padre y a ti aquí. Y probablemente iba a matarme en cuanto saliéramos de la zona. —Aquello no era cierto, por supuesto, pero si servía para que su madre se sintiera mejor estaba encantada de engañarla—. Deja que coja la maleta…

—Yo me ocupo de la maleta —dijo Elainye, despegándose por fin de las escaleras y yendo apresuradamente hacia su hija—. Tú siéntate. No… espera… antes voy por el medipac.

—Tú trae la maleta —dijo Arihnda—. Yo iré a por el medipac. No tenemos mucho tiempo.

Elainye miró a Gudry y se dio la vuelta rápidamente.

—Estaremos listos —murmuró.

Miró por última vez a su hija, evitó mirar al hombre muerto del suelo y fue hacia el armario de las maletas.

Arihnda se quedó un buen rato contemplando a Gudry, preguntándose si debería sentir algo por lo que acababa de hacer. Pero no sentía nada. Ni culpa, ni pesar, ni siquiera malestar. Gudry había amenazado a sus padres. Se había interpuesto en su camino.

Y lo había pagado.

Con cuidado, consciente de su equilibrio inestable, pasó por encima de Gudry. Este seguía llevando todo su material especial, incluidas las minas, el mecanismo detonador y todo lo demás que se había llevado hasta allí.

Era probable que Arihnda solo necesitase el detonador. Pero nunca se sabía.

Se arrodilló y empezó a registrar el cadáver.

—Seguimos sin respuesta de Pryce ni Gudry —dijo la voz de Yularen por el altavoz del puente del *Quimera*—. ¿Han recibido algo ustedes?

—No, desde la transmisión de Gudry confirmando que el escudo había sido saboteado —dijo Faro—. Imagino que usted también tiene el código detonador necesario.

—Sí, pero prefiero no usarlo hasta que no los hayamos dado por capturados. O por muertos.

Eli miró hacia la pasarela de mando. Thrawn estaba frente a la ventanilla delantera, con las manos juntas a su espalda, contemplando inmóvil el planeta que tenían debajo.

El almirante no había dicho gran cosa desde que había regresado de su visita clandestina a la zona de Arroyoseco. Eli había recibido una comunicación privada de Yularen mientras Thrawn estaba regresando a la nave, pero el mensaje no decía mucho, excepto que sus dudas sobre las motivaciones y la estrategia del almirante habían quedado resueltas satisfactoriamente.

Tal vez se habían resuelto de manera satisfactoria para el coronel del DSI, pero no tanto para Eli. El hecho de que Thrawn hubiera vuelto sano y salvo de Batonn había aliviado muchas de sus preocupaciones y su estrés, pero la cuestión de la vulnerabilidad de los cruceros seguía pendiendo sobre aquella situación como una nebulosa oscura.

Sobre todo desde que Eli había demostrado, como mínimo a sí mismo, que el almirante Kinshara acertaba sobre las naves insurgentes huidas de Denash.

Y habían sido algo más que unas pocas. Sus cálculos, extraídos de la lista de piezas de recambio y envíos de materiales que Kinshara había recuperado en la base capturada, indicaban que había no menos de treinta naves medianas acechando en las proximidades. Todas armadas, todas listas para atacar.

Incluso para un destructor estelar imperial, una fuerza de treinta naves armadas no era algo para tomarse a la ligera. En una situación así, el *Quimera* necesitaba sus naves pantalla cerca.

Pero no las tenía. Los tres cruceros seguían en sus círculos privados de aislamiento, muy alejados del *Quimera*, cada uno de ellos medio rodeado por naves de suministros y barcazas mecánicas. No podían contar para nada con las dos fragatas porque Thrawn las había destinado a tareas de alta observación, por si Cisne Nocturno intentaba transportar armas o personal de refresco a sus fuerzas de tierra.

Eli había comunicado sus descubrimientos a Faro, que había respondido vaciando los muelles del *Quimera* y doblando el número de cazas TIE vigías desplegados alrededor del planeta. Pero los TIE no podían cubrirlo todo y las naves de guerra más cercanas capaces de responder a una llamada de auxilio estaban a más de treinta horas de distancia. Cuando llegasen, la batalla ya habría concluido.

Miró la pantalla táctica, notando que se le hacía un nudo en el estómago. Todas las naves de la 96 estaban en posiciones vulnerables, pero solo había una realmente importante. Si las treinta naves acechantes de Cisne Nocturno acababan con el *Quimera*, tendría todo el sistema a su disposición. Si no lo hacían perderían la batalla.

El *Quimera* no era un simple objetivo. Era el objetivo.

—Coronel Yularen, ¿cuál es el estado de sus tropas? —gritó Thrawn.

—No tenemos suficientes para rodearlos, almirante, pero probablemente podremos montar una potente ofensiva —dijo Yularen—. Debo comentarle también que el informe de Gudry sobre un número no determinado de cañoneras y cazas de baja altitud tiene algo preocupados a los comandantes de tierra.

—Cuando el escudo quede desactivado, esas naves no supondrán ningún problema —le aseguró Thrawn—. El *Quimera* puede descender hasta un rango de tiro efectivo en tres minutos, tiempo más que suficiente para lidiar con embarcaciones de combate de ese tamaño.

—Es muy probable que necesitemos ese apoyo, señor.

—Cuenten con él —dijo Thrawn—. Antes de destinar todas las tropas a la batalla, quiero que seleccione un escuadrón de operaciones especiales para mí.

—Sí, señor. ¿Qué misión tienen?

—Cuando empiece la batalla, quiero que se dirijan a casa de los padres de la gobernadora Pryce —dijo Thrawn—. Si el agente Gudry y ella fueron descubiertos, es probable que se refugiasen allí.

—Entendido, señor —dijo Yularen—. De hecho, puede que no tengamos que esperar al inicio de la batalla para hacerlo. Si interpreto bien los mapas, la casa está lo bastante lejos del centro para poder mandar un escuadrón cuando queramos.

—Eso me parecía a mí también —dijo Thrawn—. Pero la situación sobre el terreno suele ser más compleja de lo que parece desde la órbita. ¿Cuánto tardará el escuadrón en llegar a la casa?

—Deme quince minutos para elegir a un escuadrón y prepararlo —dijo Yularen—. Probablemente otros treinta para infiltrarlos por la línea de piquetes exteriores y llegar hasta allí. Cuarenta y cinco minutos, una hora como máximo.

—Bien. Proceda.

—Sí, señor.

—Y avise a los comandantes de que tengan sus tropas a punto —añadió Thrawn—. Si la gobernadora Pryce y el agente Gudry no están en casa de los Pryce, y si seguimos sin noticias suyas para entonces, daremos por supuesto que su misión ha fracasado y actuaremos en consecuencia.

—Sí, señor —dijo Yularen.

—¿Capitana Faro?

—¿Almirante? —contestó Faro, dando un paso hacia la pasarela.

—Prepare el *Quimera* para el combate —dijo Thrawn—. Espero la aparición de fuerzas enemigas en cualquier momento.

—Sí, señor —Faro hizo un gesto hacia los pozos de tripulantes—. Preparen los turboláseres. Escudos en modo de espera.

—Escudos en espera —dijo alguien.

—Turboláseres… —empezó a decir otro.

—¡Han aparecido enemigos! —gritó el oficial de sensores—. Naves medianas… diez… vienen por el vector uno-diez por ochenta. Rango, ciento treinta kilómetros.

Eli se volvió hacia la pantalla táctica, con un nudo en la garganta. Las diez naves habían saltado del hiperespacio treinta kilómetros por detrás de la *Shyrack* e iban directas hacia ella, acelerando a velocidad de ataque. Justo lo que se temía.

—Almirante… la *Shyrack*...

—¡Han aparecido enemigos! —le cortó el oficial de sensores—. Otras once naves medianas por el vector…

—En realidad vienen dos grupos —le corrigió la oficial de sensores auxiliar, con tensión—. El segundo es también de once naves. Almirante, van a por los cruceros.

—Ya los veo —dijo Thrawn, en un tono gélido como el hielo.

«¡Pues haga algo!», gritó Eli mentalmente. Los tres escuadrones atacantes no habían abierto fuego aún, pero aquella tregua solo duraría unos segundos más. Veinte kilómetros más y sus cañones bláster atravesarían los cruceros indefensos como un cuchillo de fruta atravesaría una semicáscara.

Y, una vez destruidos los cruceros, nada los separaría del *Quimera.*

Miró la pantalla, con la mente bullendo por la situación, intentando encontrar alguna salida. No la había. El *Quimera* estaba demasiado sumergido en el pozo de gravedad de Batonn para saltar a velocidad luz. Con el impulsor principal aún en reposo, necesitarían casi diez minutos para ascender hasta la distancia necesaria. No había armamento de tierra para ayudarlos y Batonn no disponía de ninguna plataforma orbital armada. Lo único que podía hacer el destructor estelar era quedarse allí y enfrentarse a las naves enemigas.

¿Cuál era el plan de Thrawn? ¿Hacer que los asaltantes malgastasen energías en los cruceros, posiblemente inutilizando algunas de sus armas, y esperar que el blindaje y arsenal del *Quimera* fueran suficientes para repelerlos? Seguro que el almirante no quería que los recién llegados pudieran sumarse a Cisne Nocturno y los insurgentes de tierra…

¿Acaso aquella era la manera de asegurarse de que se mantuvieran en el espacio, lejos de Cisne Nocturno, hasta que hubiera concluido la batalla de Arroyoseco?

Un movimiento llamó su atención y al girarse vio a Thrawn volviendo por la pasarela de mando. Sin prisa, como si le preocupase estar demasiado cerca de la ventanilla cuando se iniciase el ataque, con el paso medido de un hombre seguro de su plan y sus dotes de mando.

Se detuvo junto a la sección de comunicaciones del pozo de tripulantes, casi como si acabara de decidir pararse ahí.

—Contacte con los comandantes de tierra —ordenó—. Las unidades del oeste y el norte pueden abrir fuego contra los insurgentes de Arroyoseco. Pero no deben moverse de los alrededores del complejo, y solo deben disparar fuego de hostigamiento hasta que caiga el escudo o yo les transmita nuevas órdenes.

—Sí, señor.

Thrawn siguió por la pasarela, deteniéndose ante Eli y Faro.

—El escuadrón de rescate del coronel Yularen podrá aprovechar el fuego de distracción contra otros puntos del perímetro —dijo.

—Sí, señor —dijo Eli, en un rincón de su mente sintió cierta desazón por haber estado tan preocupado por las naves atacantes para no haber encajado las piezas del rompecabezas por sí solo—. Señor… ¿Las naves?

—Sí, comandante, las naves —dijo Thrawn, volviéndose de nuevo a mirar por la ventanilla—. Ahora veremos si he interpretado bien a mi oponente.

—O si estamos a punto de morir —masculló Eli.

—Sí —dijo Thrawn—. O si estamos a punto de morir.

. . .

Arihnda y sus padres estaban cerca del perímetro exterior de piquetes cuando el complejo se iluminó al norte y al oeste bajo el fuego de bláster.

—¿Talmoor? —murmuró Elainye, con tensión y agarrándose al brazo de su marido.

—Lo he oído —dijo Talmoor, en tono sombrío—. Al final ha sucedido. Esperaba que no.

Arihnda miró la zona medio iluminada que tenían delante, intentando ver las tropas imperiales. Pero seguían agachadas y en silencio, igual que cuando Gudry y ella habían cruzado sus líneas. ¿Los escuadrones no habían recibido la orden de atacar?

No era posible. Si seguían allí era porque se lo habían ordenado.

En ese caso, aquellos ataques lejanos solo podían ser o una incursión por vector único o una maniobra de distracción.

Sonrió levemente en la oscuridad. Claro. Había estado ignorando las constantes llamadas a su comunicador y al que le había quitado a Gudry, no había tenido ganas de hablar con Thrawn hasta que supiera exactamente qué decirle. Si aquel fuego de bláster era una distracción, otro equipo podía infiltrarse por otro sitio y buscarla.

Su sonrisa se esfumó. El lugar más lógico para empezar a buscar sería la casa de sus padres. Si llegaban hasta allí y encontraban el cadáver de Gudry…

Quizá pudiera salir de aquella a base de ingenio. Quizá no. El hecho de que Gudry estuviera muerto y ni Arihnda ni sus padres tuvieran una sola quemadura de bláster iba a requerir de una mentira complicada.

—Tenemos que irnos —dijo Elainye, sin dejar de mirar las lejanas luces parpadeantes—. ¿Arihnda?

—Un momento —dijo Arihnda, mirando a su alrededor. A unos metros a la derecha había una especie de excavadora, probablemente los insurgentes la habían dejado allí para que aquella parte de la línea de piquetes tuviera un lugar donde retroceder cuando empezasen los tiros—. Quedaos aquí. Ahora mismo vuelvo.

El surtido de Gudry contenía seis minas con detonador remoto. Todavía le quedaba una.

Colocarla bajo la excavadora fue sencillo. Conectarla al comunicador de Gudry para detonarla fue lo complicado. Este le había mostrado el procedimiento durante su viaje, pero había sido una explicación superficial y se la había dado un hombre que, claramente, no esperaba que tuviera que usar aquella información jamás.

Pero, tras unas cuantos intentos fallidos, consiguió activarla con el ajuste Señal Tres. Escondió el comunicador en su mano y volvió junto a sus padres.

Estos seguían mirando a la lejanía, como si fueran a ver lo que estaba pasando a base de fuerza de voluntad.

—Es hora de irse —les susurró—. Dejadme hablar a mí.

Esperaba que los vigías de las líneas insurgentes estuvieran totalmente concentrados en el exterior y que sus padres pudieran cruzarla desapercibidos. De nuevo, la suerte les dio la espalda.

—Alto —dijo una voz serena, justo frente a ellos—. ¿Dónde creen que van?

—Necesito sacar a mis padres de aquí —dijo Arihnda. Era un hombre mayor y empuñaba el bláster como si supiera lo que hacía. Un veterano de las Guerras Clon, quizá—. Mi madre no se encuentra bien —añadió, echando a andar hacia él—. Necesito llevarla a…

—A ver sus identificaciones —la cortó el vigía—. Todas.

Se había terminado todo. Hasta entonces, todos los que se habían encontrado conocían a su padre, por el nombre o personalmente, y era muy probable que aquel hombre también lo conociera. Si empezaba a hacer preguntas… o peor, si llamaba a algún superior receloso…

—No será necesario —dijo Talmoor, dando un paso adelante—. Soy Talmoor…

Arihnda apretó los dientes y activó el comunicador.

Las minas como aquella tenían una potencia limitada y la explosión no fue muy grande. Aunque fue lo suficiente ruidosa para llamar la atención de todos hacia la excavadora, que dio una sacudida y quedó ligeramente ladeada.

El guardia quedó boquiabierto. Arihnda se le acercó, plantó el cañón de su bláster sobre su pecho y disparó.

Con el ruido del disparo amortiguado por su cuerpo y los ecos de la explosión, dudaba que nadie hubiera podido oírla. El vigía no hizo ningún ruido al caer al suelo, mientras su bláster rebotaba suavemente contra el pavimento. Arihnda miró alrededor mientras se guardaba el bláster dentro de la túnica, pero no vio más piquetes.

—Arihnda, ¿qué ha sido…? ¡Arihnda! —gritó su madre—. ¿Qué ha pasado?

—Debe haberlo alcanzado un pedazo de metralla —dijo Arihnda, agarrándola del brazo y llevándosela de allí—. ¿Y padre? Vamos.

—Pero tenemos que ayudarlo —dijo Elainye.

—Demasiado tarde —dijo Arihnda, tirando con más fuerza—. Vamos, padre.

—Ahora mismo —dijo su padre, en un tono extraño.

Arihnda miró por encima de su hombro, lo que provocó otra punzada de dolor en su nuca. Talmoor estaba junto al cuerpo, mirándolo.

—¡Padre! —dijo en un intenso susurro—. Vamos.

Siguió mirando al cadáver un momento. Después se estremeció y la siguió.

Y, a pesar de la tenue luz, Arihnda pudo ver dolor y repulsión en sus ojos.

Esperaba que alguien los abordase al menos una vez más antes de llegar a las líneas imperiales, pero la explosión parecía haber dispersado a los insurgentes, mientras averiguaban si el ataque había empezado ya o no. Al frente pudo ver una hilera de transportes de tropas blindados, con sus armazones oscurecidos sobre el fondo de la luminosa ciudad de Paeragosto…

—¡Alto! —gritó una voz profesional y seca desde detrás de ellos.

Arihnda miró hacia atrás. Dos hombres con los uniformes negros de los soldados de la marina iban hacia ellos, con sus carabinas bláster a punto. No tenía ni idea de dónde habían salido.

—No pasa nada —dijo, apresuradamente—. Soy Arihnda Pryce. Estoy aquí eñ misión especial para el coronel Yularen.

—¿La gobernadora Arihnda Pryce? —dijo uno de los soldados, apretando el paso—. Por fin, gobernadora. El coronel estaba preocupadísimo por usted. Será mejor que lo llame… el equipo ya ha entrado.

—¿Qué equipo? —preguntó Arihnda.

—El equipo de rescate que va a casa de sus padres —dijo el soldado—. ¿Son estos?

—Sí, estos son mis padres —le confirmó Arihnda, con el pulso acelerado. Creía que el equipo habría esperado a que la batalla se iniciase para infiltrarse.

Quizá aún estaba a tiempo de detenerlos.

—¿Cuándo han entrado?

—No lo sé —dijo, echando un vistazo rápido a su credencial—. Hará unos veinte minutos. Pregúnteselo al coronel Yularen. ¿No se suponía que la acompañaba alguien más?

—Nos separamos —dijo Arihnda, apretando los dientes. Veinte minutos. Dependiendo de lo rápida que hubiera sido su incursión, era posible que ya tuvieran la casa a la vista.

De hecho, podían estar dentro ya.

—Ahora mismo lo llamo —dijo, mirando hacia arriba. Las estrellas, o al menos lo que podía verse de ellas entre el fulgor brumoso del complejo, mostraban el parpadeo adicional producido por el filtrado de la luz a través de un campo de energía. Seguían bajo el escudo de Arroyoseco—. ¿Dónde tiene su cuartel general? —preguntó a los soldados—. Necesito llevar a mis padres a la ciudad para que puedan atenderlos bien.

—Allí —dijo el hombre, señalando el carguero blindado más grande—. El mayor Talmege. Él se ocupará de proporcionarles transporte.

—Gracias —Arihnda se volvió hacia sus padres—. Vamos donde podáis sentaros.

Salieron, con Arihnda guiando a sus padres por detrás. «Unos pasos más», se dijo a sí misma. «Solo unos pasos más».

Los tres grupos de naves atacantes ya tenían a los cruceros en su rango de tiro. Eli apretó los dientes, preguntándose cuándo iniciarían la masacre. Los atacantes siguieron avanzando, llegaron a colocarse a poca distancia…

Y, con perfecta simultaneidad, rompieron sus formaciones y las naves dieron un amplio rodeo a los cruceros y naves auxiliares. Esquivaron los obstáculos, recuperaron la formación de sus grupos y siguieron adelante, rumbo al *Quimera*.

Sin realizar un solo disparo.

—¿Qué diantres? —masculló Faro.

—Cisne Nocturno ha aprendido de nuestro ataque contra Isla Scrim —dijo Thrawn, serenamente—. Usted misma ha podido ver que ha hecho volar sus naves por los vectores precisos en que nuestro fuego quedaría bloqueado por los cruceros.

—Sí, señor —dijo Faro—. Hablando de nuestro fuego…

—Paciencia, comandante —dijo Thrawn—. Primer teniente Lomar, ordene a los cruceros que se separen de las barcazas cuanto antes.

—¿Va a desplegarlos, señor? —preguntó Eli—. Creía que los había colocado ahí para que pudieran saltar al hiperespacio, antes de que la fuerza enemiga abriera fuego.

—Suposición incorrecta, comandante —dijo Thrawn, con calma—. Los atacantes no iban a disparar contra ellos. Recuerde, nos enfrentamos a Cisne Nocturno, quien insistió en que la tripulación del *Dromedario* fuera cautivada por unos piratas que en realidad querían matarlos. Jamás ordenaría a sus fuerzas que disparasen contra naves incapaces de devolver el fuego —Señaló por la ventanilla hacia la *Shyrack*—. Desde un punto de vista estrictamente táctico, tener nuestras naves y sus tripulaciones intactas detrás de ellos, directamente en nuestra línea de disparo, también debería hacernos dudar de abrir fuego defensivo.

—¿Y por eso los hace marcharse? —preguntó Faro—. ¿Para que podamos contraatacar?

—No voy a hacer que se marchen —Thrawn le dedicó una leve sonrisa—. Paciencia, comandante. Comandante Vanto, informe sobre las barcazas mecánicas.

—Se han separado de la *Shyrack* —dijo Eli, estudiando la imagen—. Igual que las que rodean al *Flensor* y el *Tummor*… —Hizo una pausa, mirando al grupo de máquinas de reparaciones. ¿Algo asomaba tras ellas?—. ¿Almirante? ¿Eso son…?

—Sí, comandante —dijo Thrawn, en voz baja—. Cazas TIE, un escuadrón completo por cada lado. Llegados al sistema Batonn ocultos en el interior de las barcazas mecánicas.

Eli exhaló lentamente, el nudo de su estómago se deshizo al comprenderlo todo.

—Han esperado a que las naves atacantes los rebasasen.

—Sí —dijo Thrawn—. Y ahora, gracias a la estrategia de Cisne Nocturno, están perfectamente posicionados tras sus objetivos.

Mientras Eli miraba, los TIE rodearon limpiamente las barcazas y aceleraron a velocidad de ataque, lanzándose sobre los navios insurgentes.

—Nuestros TIE siguen en pantalla de cobertura —dijo—. ¿De dónde salen estos?

— Del *Justiciero* —dijo Thrawn—. El almirante Durril ha tenido la amabilidad de prestárnoslos. ¿Comandante Faro?

—¿Señor?

—Ordene a nuestros turboláseres que se preparen para disparar —dijo Thrawn—. Recuérdeles que no deben dar a los TIE que vienen detrás.

—Sí, señor —dijo Faro, con una leve sonrisa—. Control de fuego, ya han oído al almirante. Se aproxima un enemigo. Prepárense para abatirlo.

Había llegado la hora.

Los padres de Arihnda estaban a salvo, en el cuartel general del mayor Talmege. Arihnda estaba de pie detrás del vehículo. La luz clara de las estrellas sobre su cabeza mostraba que por fin habían salido de debajo del escudo de Arroyoseco.

Y no había nadie mirando.

No podía detener al escuadrón especial de Yularen. No podía evitar que encontraran el cadáver de Gudry. Lo único que podía hacer era asegurarse que jamás pudieran informar de aquello.

Sacó el comunicador de Gudry y activó el remoto.

No el remoto de la Señal Uno, que destruiría el escudo, sino el remoto de la Señal Dos, el que volaría el almacén de explosivos de Cisne Nocturno.

Y de repente aquel mundo se estremeció con un estallido de fuego.

A pesar de lo que Eli pudiera pensar sobre las habilidades de Durril como estratega, los pilotos de caza estelar del *Justiciero* eran de los mejores que había visto en su vida. Cuando los atacantes llegaron al rango de tiro del *Quimera*, sus números se habían reducido prácticamente en dos terceras partes.

Ahora le había llegado el turno al *Quimera*.

El cielo estaba plagado de naves rapidísimas y destellos verdes de descargas de turboláser cuando Eli vio por el rabillo del ojo que la pantalla que mostraba el bastión de Arroyoseco se iluminaba con un intenso estallido de luz.

Se volvió hacia el monitor, notando que se quedaba sin aliento. Por una fracción de segundo, el fuego ribeteado de humo formó una circunferencia casi perfecta.

Alguien maldijo desde el pozo de tripulantes… y Eli lo entendió, de repente.

Los explosivos que Gudry había encontrado y minado acababan de estallar. Pero el escudo, aún activo, había contenido la explosión y la había desviado hacia dentro y hacia abajo, arrasando no solo el bastión de los insurgentes, sino también multitud de hogares civiles apiñados alrededor del complejo minero.

¿Qué demonios acababan de hacer los insurgentes?

El puente del *Quimera* había quedado en completo silencio. Thrawn fue el primero en romperlo.

—Comandante Faro, contacte con el coronel Yularen y los comandantes de tierra —dijo, en un tono sereno que contenía cierta crispación—. Sus tropas deben entrar inmediatamente en el complejo insurgente.

«Pero no para combatir. Sino en misión de rescate.

—Entendido, señor —dijo Faro, en un tono rígidamente controlado—. ¿Y esos? —añadió, señalando las naves enemigas que volaban entre los disparos de los cañones de bláster y el luego de turboláser.

—Si alguien escapa, déjenlo marchar —dijo Thrawn—. El relato de lo vivido aquí desmoralizará a otros grupos parecidos.

—¿Y los que sigan combatiendo?

Thrawn no titubeó.

—Destruyanlos.

—¿Has visto eso? —repitió Elainye, con voz temblorosa—. ¿Has visto eso?

—Lo he visto, madre —le confirmó Arihnda, mientras medio guiaba, medio arrastraba a sus padres hacia la lanzadera que les estaba esperando. Tras ellos, toda las líneas imperiales habían cobrado vida, a medida que hombres y vehículos se dirigían a los edificios en llamas y las ruinas dispersas del antiguo complejo minero de Arroyoseco—. Y no, no tengo ni idea de qué ha pasado.

—Qué horror —murmuró Elainye—. ¿Cómo puede hacer algo así el Imperio?

—Si quieres culpar a alguien, culpa a los insurgentes —replicó Arihnda, más bruscamente de lo que pretendía—. Son ellos los que han provocado este conflicto.

Su madre se quedó callada. Su padre no había abierto la boca desde que habían bajado del vehículo de Talmege.

Arihnda debía reconocer que estaba algo nerviosa. La explosión contenida por el escudo había sido mucho más devastadora de lo que esperaba.

Pero había cumplido sus propósitos. Sin duda, la explosión y la tormenta de fuego posterior debían haber arrasado el hogar de sus padres y toda prueba del asesinato de Gudry con él.

Al fin y al cabo, aquello era lo único que importaba.

—Esto es lo que vais a hacer —dijo, zarandeando un poco a sus padres para asegurarse de que la escuchaban—. El piloto tiene instrucciones de llevaros al aeródromo de Paeragosto, a un transporte llamado *Duggenhei*. Vuestro billete para Lothal ya está pagado. Una vez allí, id a la mansión del gobernador… yo llamaré antes para dar instrucciones de que os alojen en la suite de invitados. Yo iré lo antes que pueda y ya veremos entonces qué queréis hacer. ¿Queda claro?

—Pero… —empezó a decir Elainye.

—Nada de peros, madre —dijo Arihnda—. Marchaos y esperadme. ¿De acuerdo?

Elainye suspiró.

—De acuerdo.

—¿Padre? ¿De acuerdo?

Talmoor se limitó a asentir.

—Bien —dijo Arihnda, deteniéndose al pie de la rampa de la lanzadera y soltándolos—. Subid. Yo iré lo antes posible.

Se los quedó mirando mientras subían a bordo en silencio, los dos seguían moviéndose aún como alguien que había estado soñando y de pronto se había visto atrapado en una pesadilla espantosa. La compuerta se cerró y la lanzadera despegó, rumbo a las lejanas luces de la ciudad.

—¿Sus padres?

Arihnda se dio la vuelta. El coronel Yularen estaba unos metros más atrás, mirándola fijamente.

—Sí —dijo ella—. Los mando de vuelta a casa. Aquí no les queda nada.

—A nadie, en realidad. Vengo a decirle que el almirante Thrawn solicita su presencia inmediata a bordo del *Quimera*.

Arihnda sabía que el coronel habría podido hacer aquello por comunicador. Pero, en ese caso, no la habría podido seguir para ver qué tramaba.

Genial. Que lo viera. Que lo viera, dudase y sospechase. Ahora era la gobernadora Pryce, estaba al mando de gran cantidad de minas, fábricas e industrias vitales para el bienestar económico y militar del Imperio. Mientras siguiera dándole a Coruscant lo que quería sería intocable.

—Gracias, coronel —dijo—. ¿Tiene una lanzadera preparada?

—Así es, Su Excelencia —dijo este—. ¿Nos vamos?

CAPÍTULO XIX

Todo el mundo siente remordimientos. Los guerreros no son ninguna excepción.

Uno desearía poder distinguir entre los acontecimientos causados por los propios descuidos o falta de habilidad y aquellos causados por las circunstancias o fuerzas ajenas a nuestro control. Aunque, en la práctica, no hay diferencia. Todos los remordimientos tienen el mismo efecto en la mente y el alma. Todos dejan cicatrices igual de amargas.

Y siempre, bajo la cicatriz, acecha la idea y el temor de haber podido hacer más. Alguna acción u omisión de acción que podría haber cambiado las cosas a mejor. A veces se puede aprender de esas cosas. Muy a menudo, solo se añaden al tejido cicatricial.

Un guerrero debe aprender a dejar de lado esos remordimientos lo mejor que pueda. Y al mismo tiempo debe ser plenamente consciente de que nunca se alejarán demasiado de él.

. . .

—Según todos los estándares, ha sido una masacre —dijo Yularen. «*Su voz es controlada pero contiene profundo dolor por el eco de recuerdos oscuros*»—. Vi cosas horribles en las Guerras Clon. Esta está a la altura de las peores.

—¿Tiene las cifras? —preguntó Thrawn.

—Sí, señor —dijo Yularen, tecleando en su datapad—. Como puede ver, el número de muertes civiles supera por mucho el de insurgentes caídos.

—¿Cómo sabemos quién era quién? —preguntó la gobernadora Pryce. «*Su voz contiene desdén y cautela, pero ninguna simpatía. Los músculos de sus brazos y hombros están tensos bajo su túnica*»—. Esto fue un alzamiento ciudadano, al fin y al cabo.

—Podemos asumir que todos los que estaban dentro del cordón central y los que empuñaban armas en los puestos de vigía eran insurgentes —dijo Yularen. «*Su tono es educado, pero contiene un desprecio mal disimulado*»—. Y que, probablemente, todos los que estaban dentro de sus casas cuando la tormenta de fuego las destruyó no lo eran.

—No es necesaria tanta vehemencia, coronel —dijo Pryce. «*Su voz revela calma ahora, con el desdén diluyéndose. Sus manos, apoyadas en la mesa de reuniones, muestran un rígido autocontrol*».

—¿Sabe por qué los explosivos se detonaron antes que el escudo generador? —preguntó Thrawn.

—Le diré lo mismo que le he dicho al coronel Yularen —dijo Pryce—. Fui a casa de mis padres para que se preparasen para marcharse. Allí esperamos al agente Gudry. No

volvió a la hora que habíamos acordado, así que nos fuimos. Solo puedo suponer que fue atrapado o herido por los insurgentes y que en vez de dejarse atrapar detonó las minas.

—¿Empezando por las del almacén de explosivos? —preguntó Yularen. *«Su voz revela sospecha. Sus ojos están clavados en Pryce, que ni siquiera parpadea»*.

—O detonó los dos a la vez —dijo Pryce. *«Su voz revela impaciencia y desafío. Sus manos empiezan a moverse, pero vuelven a quedar quietas cuando ella recupera el control»*—. O probó primero con el generador y falló. No sabremos los detalles hasta que se realice una investigación completa.

El comandante Vanto se revolvió en su silla, también frustrado y receloso, pero no dijo nada.

—El Senado ya ha ordenado la apertura de una investigación —dijo Yularen—. Pero dudo que sirva de nada. La parte interior del complejo, donde se produjo la explosión, ha quedado prácticamente reducida a polvo.

—Bueno, no siento mucha simpatía por los insurgentes —dijo Pryce—, pero lamento la pérdida del agente Gudry. Era un buen agente y un guardián leal.

—Supongo que también lo lamenta por los soldados fallecidos en la explosión —dijo Yularen—. Como los que fueron enviados a rescatarla.

—Una misión que desconocía —dijo Pryce. *«Su voz muestra frialdad. La tensión de sus músculos se disipa»*—. Como le he dicho, no quería usar mi comunicador si no era estrictamente necesario.

—¿Qué sabemos sobre la capacidad de los insurgentes para interferir las comunicaciones? —preguntó Thrawn.

—Nada, señor —dijo Vanto—. Aunque en teoría debían ser capaces de hacerlo. Y seguro que alguien como Cisne Nocturno quería controlar quién se comunicaba desde el interior de su bastión, si era posible.

—Sí —dijo Thrawn—. Coronel, su informe dice que la muerte de Cisne Nocturno está confirmada.

—Sí, señor —dijo Yularen—. Encontraron e identificaron su cadáver en una de las zonas exteriores, donde los daños fueron menos graves. Probablemente estaba revisando el perímetro —titubeó—. Preparándose para unirse a los defensores de esa zona, seguramente.

—Sí —dijo Thrawn.

Y todo había terminado. El camino había concluido. El patrón se había roto.

El canto de Cisne Nocturno se había silenciado. La galaxia iba a ser peor tras su pérdida.

—Aun así, el Emperador está satisfecho con el desenlace —dijo Pryce. *«Su voz revela orgullo y satisfacción al mirar a Thrawn. Mantiene la cabeza bien alta»*—. Encantado.

—¿En serio? —dijo Thrawn.

«Pryce desvía la vista para no mirar a los ojos a Thrawn. Los músculos de su garganta se tensan, su expresión muestra cautela e incomodidad».

—Sí —dijo—. Espero que encuentre alguna forma tangible de mostrar su agradecimiento.

El intercomunicador de la sala de reuniones emitió una señal.

—¿Sí? —preguntó Thrawn.

—Mensaje de Coruscant, almirante —informó Faro. *«Su voz muestra una excitación controlada»*—. El Emperador solicita su presencia en el Palacio Imperial en cuanto le sea posible.

—Gracias, comandante —dijo Thrawn—. Transmita que lo he recibido e informe a Coruscant de que iremos allí en cuanto hayamos terminado con el asunto de Batonn.

—Sí, señor. —El intercomunicador se apagó con un chasquido.

—No conviene que haga esperar al Emperador, almirante —le advirtió Pryce.

—Tiene razón —dijo Yularen—. Con el debido respeto, señor, podemos ocuparnos de todos los asuntos en tierra.

—Y los cruceros pueden venir cuando estén reparados, señor —añadió Vanto—. Llegarían un par de días después que nosotros, nada más. Si quiere, podemos dejar las fragatas aquí, con ellos, para que viajen todos en convoy.

—Excelente idea —dijo Thrawn—. Muy bien. Dígale a la comandante Faro que inicie los preparativos. El *Quimera* abandonará Batonn dentro de tres horas y el resto de la fuerza de asalto lo seguirá en cuanto sea posible. Coronel Yularen, si durante las próximas tres horas considera necesario que siga aquí, avíseme para que podamos postergar nuestra partida.

—Sí, señor —«*Yularen, Vanto y Pryce se levantan de la mesa*».

—Gobernadora Pryce, me gustaría hablar con usted en privado, si es posible —dijo Thrawn.

Vanto y Yularen se miraron. Pero recogieron sus tarjetas de datos y salieron de la sala de reuniones, sin más comentarios.

—¿Tiene una pregunta, almirante? —preguntó Pryce, cuando los otros se habían marchado. «*Sigue de pie junto a su silla, su lenguaje corporal no da el menor indicio de que vaya a sentarse otra vez*».

—Tengo una afirmación, gobernadora —le contestó Thrawn.

«Pryce niega con la cabeza. Los músculos de sus mejillas y garganta muestran nueva tensión, pero su espalda está recta y rígida, y tiene una mano alzada con una confianza desafiante».

—No.

—¿Perdone?

—Esa no es forma de hacer una acusación contra un poderoso miembro del gobierno imperial —dijo ella—. A pesar de todo su talento táctico, almirante, sigue sin tener la menor idea de cómo tratar con políticos.

—¿Ah, no?

—No —dijo Pryce. *«Su voz revela confianza»*—. Su carrera ha estado repleta de triunfos militares y baches políticos. Y para sacarlo de cada uno de esos baches ha necesitado a alguien con habilidades políticas.

«Se inclina hacia delante y apoya las palmas de las manos sobre la mesa».

—Mostremos las cartas. Mejor dicho, le mostraré mis cartas, ya que usted no es aficionado al juego. Es evidente que sospecha que sé más de lo que he contado sobre lo sucedido en Batonn. Bien. Sospeche tanto como quiera. Pero no pierda de vista que me necesita.

—¿Para qué?

—Para sortear futuros baches políticos —dijo Pryce—. Y, créame, encontrará más baches. Es un almirante de éxito. Eso lo convierte en blanco de aquellos que quieren parte de su poder.

—¿Gente como usted?

Ella volvió a sonreír. *«Su expresión contiene ironía. Su lenguaje corporal revela un respeto ligeramente reticente»*.

—Veo que ha aprendido algunas lecciones políticas, como mínimo. Pero no, no pretendo arrebatarle poder. Solo quiero orientarlo hacia el rumbo que más nos beneficiará a ambos.

—¿Y cuál sería ese rumbo?

—Lo cierto es que tengo un pequeño problema de insurgencia en Lothal —dijo ella. *«Su voz revela reticencia. Su calor facial aumenta. Su lenguaje corporal muestra rencor e ira, aunque dirigida hacia otra parte»*—. Quiero convertir mi mundo en la mejor fuente de metales de calidad de todo el Borde Exterior, además del principal centro manufacturero y militar del sector. En el proceso, es posible que haya apretado demasiado a sus habitantes. Más allá de los motivos, tenemos un problema y el almirante Konstantine se ha mostrado muy ineficaz al respecto.

—¿Ha hablado con el Alto Mando?

—El Alto Mando tiene un montón de puntos calientes de los que ocuparse, ahora mismo —*«Su voz revela impaciencia y desprecio»*—. Y surgen nuevos a diario. He hablado unas cuantas veces con el gran moff Tarkin y esta situación le gusta tan poco como a mí. Lo que más le molesta es que nuestros rebeldes locales estén empezando a extender su descontento a otras zonas de la región. Me ha dejado muy claro que debo encontrar una solución.

—¿Y la ha encontrado?

—Sí —dijo ella—. Usted.

—¿Y en qué me beneficiaría eso a mí?

—Ya le he detallado uno de sus beneficios —dijo Pryce—. Si mi orientación política no le parece lo suficientemente valiosa, piense en lo buena que será para su prestigio una nueva victoria. Eso es lo único que Coruscant valora: los resultados —*«Ladea la cabeza»*—. Mis fuentes dicen que el almirante Sartan de la Séptima Flota va a ser

remplazado de manera inminente. Batonn es el tipo de victoria que podría hacer que lo considerasen para el cargo.

—Estoy satisfecho con la Fuerza de Asalto Noventa y seis.

—Lo estaría más con la Séptima Flota —replicó Pryce. *«Hace una pausa, su expresión y lenguaje corporal muestran los esfuerzos que hace por recuperar el autocontrol»*—. Otra carta más, una que sé que le importa. La Séptima Flota dispone de un gran arsenal. La mandan a grandes conflictos, contra enemigos poderosos y desesperados. Si no la comanda usted, otro lo hará. ¿Cree que hay alguien más en la Marina Imperial tan preocupado como usted por limitar el número de bajas?

—Sus argumentos son muy interesantes —dijo Thrawn—. Me pensaré su propuesta.

—Hágalo —*«Su lenguaje corporal revela absoluta confianza. Su expresión es serena y victoriosa»*—. Entretanto, vaya a reunirse con el Emperador. Sonría y agradézcale todos los elogios y regalos que le haga —*«Sonríe, su expresión revela cinismo»*—. ¿Quién sabe? Puede que lo nombre gran almirante. Bueno, ocúpese de eso y después nos volveremos a ver pronto.

—Bien —dijo Thrawn—. Adiós, gobernadora. Buen viaje.

Hacía dieciocho minutos que Pryce se había marchado cuando Vanto volvió a la sala de reuniones.

—La gobernadora Pryce acaba de marcharse —informó, mirando fijamente a Thrawn—. ¿Qué le ha dicho?

—Se me ha ofrecido como asesora en asuntos políticos.

—No hay duda de que le vendría bien alguien así —dijo Vanto, dubitativamente—. Aunque no estoy seguro de que sea la más indicada para el puesto. ¿Qué ha dicho de Arroyoseco?

—No ha reconocido haber tenido nada que ver con la destrucción —dijo Thrawn—. Pero creo que tuvo parte de la culpa, como mínimo.

—¿Pero no tiene pruebas?

—Ninguna.

—Me lo imaginaba —dijo Vanto, en tono sombrío—. Y, si hacemos caso a Yularen, es poco probable que las encontremos. Ella se sale con la suya.

—Quizá —dijo Thrawn—. O quizá no. He notado que se suele dar cierta simetría en este tipo de cosas.

—Esperemos —dijo Vanto—. Bueno, ¿a Coruscant?

—A Coruscant —dijo Thrawn.

—Sé que no le va a gustar atribuirse todo el mérito de la acción de ahí abajo —dijo Vanto—, pero intente sonreír y mostrarse agradecido, de todas formas. —Frunció el ceño—. ¿Por qué sonríe?

—La gobernadora Pryce me ha dado más o menos el mismo consejo.

—Oh —Vanto se encogió de hombros—. Bueno, es un buen consejo. Con su permiso, antes de marcharnos me gustaría ver si ha llegado algún dato definitivo de tierra.

—Sí, míralo, por favor —dijo Thrawn—. Recuerda también que otros han servido bien al Imperio. Confío que el Emperador les concederá honores a todos.

—Yo no me haría demasiadas ilusiones —dijo Vanto—. No importa. Estoy bastante contento siendo su asistente, almirante. Es mi lugar.

—Quizá —dijo Thrawn—. O quizá no.

El salón del trono era tal como Thrawn lo recordaba, aunque ahora lo veía con otros ojos. El nuevo uniforme que le habían dado era blanco, con galones dorados y ribete de cuello plateado, completamente distinto a cualquier otro en la Marina Imperial. La placa de rango que el Emperador sostenía en sus arrugadas manos era igual de imponente: doce recuadros azules, rojos y dorados.

La cara del Emperador estaba como nunca la había visto. *«Su expresión revela satisfacción, con matices de diversión y malicia»*.

—Enhorabuena, gran almirante —dijo, acercándole la placa—. Es un día excelente para usted. Es un día excelente para mi Imperio —-«*La diversión crece*»—. Aunque me temo que muchos no lo verán igual.

—Me esforzaré para apaciguar sus mentes y corazones —dijo Thrawn—. Pero antes deberé sosegar mi mente y mi corazón.

«La sonrisa abandona la cara del Emperador. Parte de la satisfacción se diluye, remplazada por descontento».

—Por supuesto —dijo—. Muy bien. Hable claro, gran almirante.

—Hábleme de la Estrella de la Muerte.

«La diversión desaparece por completo. La malicia crece».

—¿Cuándo y dónde tuvo noticias de ese proyecto?

—Descubrí el nombre en mensajes no cifrados —dijo Thrawn—. Deduje sus dimensiones y potencial por el nivel de recursos dedicados. Y ahora quiero que me cuente su finalidad.

«La diversión reaparece, mezclada ahora con comprensión y triunfo».

—Ah —dijo, bajando la mano hacia un costado—. Sus pensamientos son claros, Mitth'raw'nuruodo. Teme que, una vez haya acabado con los rebeldes dentro de mis fronteras, vuelva mi arma imparable contra sus chiss. ¿Es eso lo que le preocupa?

—En parte —dijo Thrawn—. No querría ver que mi colaboración con su Imperio y con usted se termina transformando en nuestra conquista y destrucción. Pero también le desaconsejo que desvíe demasiados recursos del Imperio de una armada flexible de naves capitales y cazas estelares hacia proyectos gigantescos que pueden llevar la presencia imperial a solo un sistema.

—Permítame aplacar sus temores —dijo el Emperador—. No planeo nada contra su gente. Por supuesto, he notado que, a pesar de la ayuda que me ha prestado para cartografiar rutas hiperespaciales en las Regiones Desconocidas, siempre ha mantenido

en secreto la ubicación de mundos y bases chiss. Me parece aceptable. No me molesta que proteja a su pueblo. En cuanto a los recursos imperiales…

«*Vuelve a sonreír, el triunfo crece y se convierte en extrañamente frágil*».

—Dentro de poco ya no será necesario extender la presencia imperial por la galaxia. Cuando la Estrella de la Muerte esté plenamente operativa, su mera existencia acabará con toda oposición. ¿Y bien…?

«Levanta el brazo, extendiendo de nuevo la placa de rango».

Esta vez, Thrawn la aceptó.

—Bien —dijo el Emperador. *«Su sonrisa vuelve a contener satisfacción. La malicia se disipa, aunque nunca desaparece del todo».*

Una puerta se abrió a un lado del salón del trono y apareció una figura alta, vestida completamente de negro y con una larga capa agitándose a su espalda.

—Ah… Lord Vader —saludó el Emperador. «*Hace gestos a la figura. Su lenguaje corporal transmite sensación de dominio*»—. Venga, únase a nosotros. Creo que no conoce a Darth Vader, gran almirante Thrawn.

«*Vader se acerca, su paso es medido pero confiado. Su cara está oculta, el movimiento de sus músculos queda silenciado y es imperceptible bajo su ropaje blindado. Pero su lenguaje corporal transmite poder y autoridad*».

«*También está cargado de confianza. Más que otra cosa, tiene confianza*».

—Así es, Su Excelencia —dijo Thrawn—. Encantado, lord Vader.

—Gran almirante —dijo Vader, inclinando su cabeza enfundada en un casco. *«Su voz es profunda y parcialmente mecánica. También transmite poder y seguridad*».

—Me han hablado muchísimo de usted —dijo Thrawn—. Me alegro de que por fin podamos conocernos.

—Sí —dijo Vader—. Lo mismo digo.

EPÍLOGO

Dicen que conviene mantener a tus aliados a la vista y a tus enemigos a mano.

Una afirmación muy acertada. Uno debe ser capaz de percibir todas las fortalezas de un aliado para encontrar la mejor forma de usarlo. Uno también debe ser capaz de percibir las debilidades del enemigo para encontrar la mejor forma de derrotarlo.

Pero ¿qué sucede con los amigos?

No existe una respuesta consensuada, probablemente porque la amistad verdadera es extraordinariamente inusual. Aunque yo he formulado la mía propia.

A un amigo no es necesario mantenerlo a la vista ni a mano. A un amigo hay que concederle la libertad de encontrar y seguir su propio camino.

Si uno es afortunado, ambos caminos se unirán durante un tiempo. Pero si los caminos se separan, reconforta saber que un amigo sigue haciendo del universo un lugar mejor con sus habilidades, sus puntos de vista y su presencia.

Porque mientras haya un amigo que te recuerde nadie muere del todo.

. . .

Eli leyó la entrada por segunda vez. Después suspiró y apagó su datapad.

Seguía sin saber por qué Thrawn le había dado su diario. Puede que lo considerase algo meramente histórico. O quizá lo consideraba la última oportunidad de entrenarlo e instruirlo.

O quizá el motivo se encontraba, de alguna manera, en aquella última anotación.

Eli se preguntó si habría más diario. Y, si era así, si lo encontraría.

Lo dudaba. Aunque, en realidad, no importaba. La galaxia ya disponía del legado y los éxitos de Thrawn. Aquellos que podían aprender de su legado probablemente ya lo habían hecho. Lo que no, jamás lo harían.

Eli esperaba pertenecer al primer grupo.

Dejó a un lado el datapad y volvió a mirar los números que flotaban en la pantalla. Sabía que para la mayoría los números eran algo prácticamente carente de significado. Para él, un especialista en suministros nato, eran como música. Tanto si formaban listas de inventarios, cálculos sobre puntería o rumbos hiperespaciales y datos de posición, los números estaban en el corazón de todo lo que hacía funcionar al universo. Hablaban de una gran sinfonía de gente, tanto humanos como no humanos, de mundos y rutas comerciales, de la esencia tanto del bien como del mal.

Quizá por eso había trabajado tan bien con Thrawn. Eli tenía sus números, Thrawn tenía su arte y sus respectivos talentos resultaban prácticamente incomprensibles para todos los demás.

Aquel pensamiento y su propia arrogancia lo hicieron sonreír. No, nunca había llegado a entender del todo a Thrawn. Dudaba que alguien lo hubiera hecho.

Pero aquello estaba en el pasado de Eli. Su presente era este. Su presente y esperaba que también su futuro.

El flujo de números terminó y Eli tiró de la palanca del hiperimpulsor. La vista a través del dosel de la cabina cambió del cielo moteado a las líneas estelares y después a la fría belleza de estrellas desconocidas.

Y, en el centro de aquella majestuosidad, una sola nave. Una gran nave que brillaba con débiles luces de posición, repleta de armamento, tripulada por hombres y mujeres que Eli no conocía.

Ya había llegado.

La pantalla del comunicador se iluminó con una cara, majestuosa y de piel azul, con unos brillantes ojos rojos. Llevaba el pelo recogido en un moño apretado en la coronilla. La insignia de su cuello era de almirante.

—Soy la almirante Ar’alani, de la Flota de Defensa Chiss —dijo, en voz clara y con un fuerte acento sy bisti—. ¿Es usted?

—Soy yo —Eli respiró hondo—. Soy Eli Vanto. Mitth’raw’nuruodo les manda saludos. Cree que puedo ser útil a la Ascendencia Chiss.

—Bienvenido, Eli Vanto —dijo Ar’alani, inclinando la cabeza para saludarlo—. Juntos descubriremos si está en lo cierto.